Silvia Ribelles de la Vega

La vida en un puño

Novela

La vida en un puño

novela

Silvia Ribelles de la Vega

La vida en un puño

Impreso en el Planeta Tierra
ISBN: 978-1511-801119
Diseño de portada y contra portada: Silvia Ribelles de la Vega

Faustino Ruiz de la Peña: *Luces, Colunga,* 2013. Colección particular. Óleo sobre lienzo.

Reverso de una postal enviada por Luis Montero Álvarez a su familia. Colección personal de Esther Montero Pérez

Pues si esto era la vida, si esta brecha
en mitad de la muerte era la vida,
si este escozor relámpago en los ojos,
si este sol en la boca,
si este soplo de brisa en la garganta,
si estas tremendas ganas de subirse a los árboles
eran la vida, entonces
¿para qué tanto escándalo,
tanto fruto prohibido,
tanta miel en los labios? ¿Para qué
el equipaje lleno hasta los bordes,
los domingos sin rastro, las miradas
de odio, el desaliento, los puñales,
los embustes, la bruma, los paraguas?
¿por qué no me avisaron de que nada
era tan importante? ¿Para qué tanto miedo
al álgebra, a la luna, tanto amor asustado,
tanto dolor cargado a las espaldas?
Pues si esto era la vida,
lo cierto es que no había para tanto.

Arena en los ojos. Del libro "Doméstica", Julio Rodríguez.

A mi abuela Angelines, que tanto quiso a su hermano.

I

Oviedo (Asturias), noviembre de 1937

Debido sin duda a las conversaciones que sobre política siempre hubo en mi casa, estos temas me preocupaban, e intentaba siempre estar al día de lo que ocurría en España. Padre siempre fue hombre de derechas. Madre nunca se preocupó mucho por la política, pero siempre asentía con la cabeza cuando Padre daba su opinión y a todo decía amén. Como durante los primeros años de nuestras vidas nos criamos en las montañas, en las estaciones de tren, en ambientes campesinos y conservadores, y muy aislados en todos los sentidos de ideas más modernas o progresistas, era difícil tener otra opinión distinta a la de Padre.

Recuerdo un día en que Luis, que contaría once o doce años, le había ido a llevar la comida al capataz de la mina de La Mortera porque Paco, que siempre se la llevaba, estaba indispuesto con mucha calentura y Madre no lo dejó ir. Luis volvió entusiasmado y nos contó a Constante y a mí que el capataz le había dicho que los campesinos y los obreros íbamos a dejar de trabajar tan duro, y que los señores iban a compartir nuestro trabajo, y que existía la posibilidad de que todos fuéramos iguales. Que en Rusia ya funcionaba ese sistema, y que no había rey ni religión, y que todos eran felices. A mí me pareció un disparate lo de Rusia. ¿Cómo podían vivir sin rey y sin religión? Se lo contó a Padre, y Padre le arreó un muletazo. Al día siguiente, que tuvo que volver a llevarle la comida al capataz, padre le acompañó. Luis me contó que cuando llegaron allí Padre y el capataz tuvieron una fuerte discusión, al final de la cual padre amenazó que si volvía a meterle en la cabeza esas pamplinas a alguno de sus hijos le denunciaría al ingeniero.

Todos los hermanos nacimos a lo largo de la vía del tren entre Campomanes y Pajares. Conforme padre iba ascendiendo de puesto en la compañía, nos íbamos acercando más al valle, donde las

temperaturas eran más suaves en invierno y la vida algo más placentera. Su primer destino fue Pajares, la estación más alta de Asturias. Allí nacimos los siete primeros hijos. Al encontrarse la escuela en el pueblo, carretera abajo, a dos kilómetros de distancia, en los meses de invierno se nos hacía muy difícil acudir a las lecciones de don Benigno, el maestro. En el pueblo se encontraban además el juzgado y la iglesia, y por él pasaba la carretera a Madrid. Hubo dos inviernos que fue tal la cantidad de nieve que cayó que hicimos túneles de una casa a otra para comunicarnos, y podíamos tirarnos por las ventanas del primer piso para salir, con gran regocijo por nuestra parte, pero que madre encontró de lo más temerario y nos prohibió hacerlo en cuanto se enteró. Recuerdo el año que bautizamos a Pepe, en pleno mes de noviembre, y el caballo que tiraba del trineo que nos transportaba al pueblo carretera abajo se desbocó; yo creo que porque oyó aullar a los lobos. Salimos despedidos todos por los aires y del impacto quedamos encajados en la nieve, cada uno en una dirección. Cuando hicimos recuento vimos con gran sofoco que faltaba el bebé. Por fin, tras mucho buscar entre los matorrales que asomaban entre el blanco manto, al levantar el trineo, apareció Pepe, dormido como un bendito, indemne.

Vivíamos toda la familia en las casillas que la compañía ponía al servicio de los empleados, que eran todas idénticas y jalonaban la vía del tren como cuentas de un rosario, prácticamente a la orilla de los raíles. Visto desde la perspectiva de los años, me fascina pensar que no hubiera más accidentes, que ninguno de nosotros muriera atropellado por un tren. Aunque cerca estuvo de ocurrir. Mi tía Carmen siempre cuenta cómo un día, estando ella al cuidado de Paco y mío, cuando él contaba cuatro años y yo apenas dos, en un descuido suyo Paco salió de la casa. Cuando más entretenido estaba jugando con unos caracoles en mitad de la vía, llegó una locomotora aislada. El maquinista, que vio a Paco, comenzó a pitar para advertir al niño, pero él estaba ensimismado en su juego. Paró la máquina. El maquinista se bajó, tomó a Paco en brazos y llamó a la puerta de la casilla, entregándoselo a mi tía. Ella le propinó un par de azotes pero yo creo que había que habérselos dado a ella, dada la corta edad de Paco, ya que era ella al fin y al cabo quien estaba a cargo del niño.

En las casillas teníamos una cocina con un lar en el suelo, y una sala ocupada por una mesa muy grande con bancas donde, cuando por fin fuimos a vivir a Campomanes, que ya éramos trece hermanos, teníamos que tomar turnos para comer. Era tal el desbarajuste que Matías y Manolo, los más pequeños, algunos días comían dos veces; no sé muy bien si por despiste de Madre, por malicia, o por no entender ellos el sistema de los turnos. Las casillas no tenían agua corriente, que había que traerla de una fuente, y esta, a veces, se encontraba a

un kilómetro de la casa. Ese era el trabajo de mis hermanas y mío, así como ayudar a mi madre en labores de casa y atender el pequeño huerto que teníamos. Yo creo que el trabajo más duro de todos era lavar la ropa, que había que cargar hasta el lavadero, lavar, enjuagar y retorcer bien para que no pesara tanto a la vuelta. En invierno el agua del lavadero algunos días se congelaba y había que romper la fina capa de hielo con piedras. Las manos se nos ponían rojas y se nos hinchaban y nos salían sabañones. En casa Madre nos daba friegas con ajo y cebolla. A veces llorábamos de dolor. Era un trabajo en verdad muy duro. Otra cosa que aborrecíamos era fregar, porque éramos muchos en casa, y había que asegurarse de que no te quedabas sin agua a mitad de la faena. Angelines, que era la más cabezona y mandona de todas, cuando le tocaba fregar, nos obligaba a comer todo en el mismo plato, hasta a beber la leche, a lo *probe*, y así tener que fregar menos. Le pusimos el mote de *La Ministra*, porque mandaba más que un teniente general.

Cuando vivíamos en Pajares muchas veces los trabajadores del cantón de padre dejaban por la mañana sus bolsas colgadas de un clavo que había en la puerta de casa y a la hora de la comida entraban para calentar su tartera en el lar. Mis hermanos, Paco, Constante y Luis, a hurtadillas, iban a las tarteras, metían la mano y sacaban un trozo de tortilla, o de jamón, o de pan. Pero alguno se dio cuenta y advirtió a Madre. Al principio lo negaban todo, hasta que intervino Padre, y cuando cantó la gallina y se supo la verdad les valió unos cuantos muletazos. Nunca más se volvió a repetir. En otra ocasión, cuando vivíamos en Linares del Puerto, fueron los más pequeños, Mariano, Cesáreo y Pepe, los que idearon cómo comer algo más de lo que les correspondía. Como teníamos un cerdo en casa, cuando había matanza, había todo tipo de embutidos que Madre, con muy buen criterio, guardaba en un cuarto, cuya llave llevaba colgada del cuello. Pero mis hermanos, siendo como eran de lo más traviesos, se las ingeniaron para hacer un gancho que metían por uno de los ventanucos de ventilación y así alcanzar los chorizos que colgaban de las vigas dándose el consabido festín. Cuando se enteró Padre del hurto les arreó unos cuantos muletazos en las posaderas, lo cual les impidió sentarse durante bastantes días.

Rondaría el año 1925 cuando Paco, Luis y yo nos vimos obligados a ir a vivir a Oviedo. Luis se había escapado del seminario de Valdediós. El tío Manolo había visto en él condiciones para afrontar los estudios de bachillerato, y para allá que lo mandaron. A los cuatro años apareció en la puerta de la casa de Padre y Madre en Campomanes. Dijo que no volvería jamás. Que esa vida no era para él. Madre se disgustó mucho y le rogó que se aplicara, que tomara ejemplo de Constante, que estaba en Valladolid, con los Dominicos,

deseando entrar al servicio de Dios. Pero Luis se negaba, y, ante la negativa, Padre le buscó un puesto como aprendiz de fogonero en los talleres de la Estación del Norte de la capital. Por esa misma época, Paco había sido nombrado factor auxiliar en la estación de Oviedo, en donde además del servicio a la compañía, hacía y simultaneaba el servicio militar, de cuota, que padre y madre pagaron con gran sacrificio para que no dejara de trabajar. Fue de esta manera que yo tuve que ir con ellos a la ciudad, para atenderlos. Padre y Madre tenían que ayudar a pagar el alquiler de la casa donde vivíamos, en la carretera del Naranco, porque con lo que mis hermanos ganaban no llegaba. Paco trabajaba dieciséis o dieciocho horas diarias, y Luis doce o catorce, incluso algún domingo, así que como podrá deducirse yo casi no los veía. Yo les preparaba el desayuno y las tarteras para ir a trabajar y arreglaba la casa, que era muy pequeña. Si había mercado, iba a comprar, aunque madre siempre me mandaba en el tren la lechera y algún producto del campo: unas cebollas, manzanas o patatas o nabos. Siempre me quedaba mucho tiempo libre, algo a lo que no estaba acostumbrada debido a que, cuando estaba en casa de Madre y Padre éramos quince a atender.

Hay que decir que Luis y Paco eran completa- mente opuestos. Paco, sin dejar de ser un buen hombre, un buen hermano, carecía sin embargo de sentido del humor, no tenía amigos, ni le gustaban las bromas. Era muy serio, lo cual yo creo, obedecía a la vida que llevaba, de muy pocas relaciones humanas y sociales, dada la dedicación excesiva a su trabajo y ocupaciones. Luis era otra cosa. Siempre estaba de buen humor y en seguida había encajado entre sus compañeros en el depósito de máquinas. Al principio de nuestra llegada, siempre iba a casa para cenar. Yo intentaba preparar comidas que le gustasen con los escasos medios a mi alcance, porque disfrutaba mucho comiendo. No era raro el día que me traía alguna cosa y me decía: ”Mira, Pura, lo que te he conseguido”; un periódico del día para que lo leyera, unas flores que había cortado subiendo por la carretera a casa, unos huevos frescos que le había regalado alguna admiradora. Porque hay que decir que Luis era un adulador y siempre pegaba la hebra con alguna, lo cual, a veces, le hacía llegar tarde a casa a cenar. En una ocasión, en que el presidente de una fábrica de choco- late había visitado los talleres, me trajo un bloque de cacao de al menos una libra, y durante casi una semana desayunamos los tres como señores, un chocolate caliente delicioso. Luis empezó a dejar de venir a casa para cenar. Como le pregunté que dónde iba, ya que sabía que no tenía ningún vicio y, en cualquier caso, no tenía dinero para pagárselos, me contestó que acudía a las reuniones del sindicato de ferroviarios, en el que le había introducido un amigo suyo llamado Juan. Yo no les dije nada a este respecto ni a Paco ni a Padre por miedo a que hubiera

algún problema; y, aunque yo no sé discurrir muy bien de política, sin embargo sabía que aquellas reuniones iban en contra de lo que los buenos españoles considerábamos sacrosanto: Dios, patria y rey.

Y como ya he dicho, viviendo los tres de esta manera durante casi dos años, yo tenía mucho tiempo libre. Al principio, lo empleé en conocer la ciudad. Me dediqué a recorrer sus calles, entrar en sus iglesias, mirar a la gente que iba y venía. Yo siempre disfrutaba con el bullicio. Por la calle Uría, me maravillaba viendo los palacetes que, como un collar de hermosas cuentas, adornaban aquella enorme vía principal de la ciudad; a las señoras elegantes que habitaban en ellos; a los limpiabotas que estaban apostados en cada esquina; los autos, los tranvías, los vendedores con sus cestas, con sus burros y mulas cargados de género. Cuando pasaba por el café Peñalba, miraba mi reflejo en las enormes cristaleras. En muchas ocasiones, si necesitaba tranqui- lidad, entraba en la catedral y me sentaba en un banco a observar aquella obra magistral de la humanidad. Los días de mercado, la ciudad se veía inundada por una marea de aldeanos que llegaban a vender sus productos. En la plaza adyacente a los soportales de El Fontán, se instalaban los madreñeros, los navajeros, los que traían quesos frescos y huevos, loza, las verduleras, los chatarreros, todos dispuestos en improvisados puestos. Si llovía, que era normal, se escondían bajo un manto de paraguas negros y sombrajos blancos.

Algún domingo, mis hermanas Angelines y Maruja obtenían permiso de Madre para venir de visita en tren, que era gratis por ser hijas de empleado. Si el día era soleado, íbamos los cuatro a pasear al Campo de San Francisco. Pasábamos por delante del Casino y de la Casa de las Fieras, aunque en aquella época nunca llegamos a entrar. Si coincidía con un domingo que Luis no trabajaba, la diversión era mayor. Luis nos hacía reír a las tres. A veces le paraba un hombre por la calle, alguien que él conocía del taller, y le decía: “¡Montero, qué bien acompañado se te ve!”, y nosotras nos poníamos coloradas cuando explicaba que nos había sacado del Café Cantante porque éramos demasiado guapas para trabajar allí. Entonces Angelines, que tiene muy mal genio, sacaba al hombre de su error y le decía que éramos sus hermanas, y Luis se moría de la risa viéndola tan enfadada. Paco nunca venía con nosotros porque aprovechaba para ir a cortejar a su novia en La Cobertoria.

Un día una vecina, que sabía que tenía tiempo libre, me dijo que en el hospital de Llamaquique, que está en la parte alta del Campo de San Francisco, estaban buscando muchachas interesadas en aprender los rudimentos de auxiliar de enfermería, que solamente se necesitaba saber leer y escribir y tener buena disposición. Me presenté en el hospital, y al principio nos tuvieron haciendo muchas labores de

limpieza, cambiando camas, lavando ropa; yo creo que para ver quiénes eran las más dispuestas. Yo no tenía nada mejor que hacer, al estar mis dos hermanos todo el día fuera de casa, así es que no me quejaba. Al cabo de dos meses nos permitieron la entrada en las salas donde estaban los pacientes y nos pidieron que observásemos el trabajo de las enfermeras profesionales. Yo tuve mucha suerte porque me tocó con una enfermera de Avilés que se llamaba sor Encarnita y que la pobre murió cuando los rojos bombardearon el hospital durante la guerra. Sor Encarnita era muy buena, sus pacientes la adoraban. Me enseñó cómo tratar las cajitas metálicas que contenían las jeringas, tijeras y otros instrumentales necesarios para realizar curas, cómo limpiarlos y desinfectarlos, cómo colocar las cuñas de los pacientes. Viendo que no era aprensiva ni me asustaba la sangre, le pidió permiso al jefe de sala para enseñarme algo más, lo cual fue permitido. Con ella aprendí a limpiar una herida abierta y cómo desinfectarla y cubrirla. Aunque nunca me permitió realizar puntos de sutura, yo observé infinidad de veces cómo ayudaba al médico cuando se los daba a los pacientes y, luego, cómo se los quitaba, y estaba segura de que podría cerrar una herida de esta manera sin ningún problema. Pero mi estancia como aprendiz en el hospital iba a durar poco. Habiendo sido Padre ascendido a sobrestante en la estación de Oviedo, toda la familia se mudó a vivir allí casi dos años después de que Paco, Luis y yo llegáramos a la ciudad. Por el puesto que ocupaba Padre en la compañía, le fue ofrecida una casa junto a la estación. Allí nos mudamos todos, menos Paco, que acababa de casarse, y Constante, que vivía en Valladolid, en el seminario. De nuevo volvía a tener que atender una familia de trece miembros, además de la vaca, los dos cerdos y las gallinas que teníamos en una cuadra junto a la casa, y un cuadro donde plantamos cebollas, patatas, berzas y otros alimentos de necesidad. Como mi trabajo en el hospital estaba peor pagado que el de un mozo de estación, y Madre consideraba un disparate que echara tantas horas allí, decidí buscarme un trabajo mejor y entré como dependienta por las mañanas junto con mi hermana Maruja en unos almacenes de la calle Cimadevilla. Por las tardes, me dedicaba a ayudar a Madre y a mis hermanas con las labores de casa. Yo tenía la intención de continuar con mis visitas al hospital por las noches, después de terminar con las labores de casa, pero Madre no me lo permitió. Me tuve que despedir de mi aprendizaje en el hospital. ¡Qué poco me imaginaba yo entonces que iba a utilizar con tan buen provecho todo lo aprendido con sor Encarnita!

Porque en España la marcha de los aconteci-mientos iba de mal en peor. Yo admiraba a los hombres que defendían lo que constituyen los pilares de nuestra civilización. Me asustaba ver que el país estaba

caminando por derroteros peligrosos. Y efectivamente, llegó la dictadura de Primo de Rivera. Yo estaba entusiasmada con las leyes que este gran español dio. Daba gloria ver cómo andaban de derechos los españoles. Pero como las cosas buenas en España nunca duran, efectivamente, sucedió lo que tenía que pasar: el rey, queriendo formar un gobierno, convocó elecciones municipales, y después para elegir diputados. Unas elecciones municipales bastaron para quitar la monarquía y que se proclamase la república. Esto se hizo tranquilamente, que era la admiración del extranjero.

Cuando llevábamos dos años viviendo todos en Oviedo fue cuando se declaró la república, y acto seguido se eligieron las cortes constituyentes, y aquí empezó a verse la clase de república que habían proclamado. Hicieron una constitución que hería los sentimientos más sagrados de todo español, la más ignominiosa que se ha conocido: contra la religión y contra la familia. Una vez aprobada, se celebraron elecciones y ganó la izquierda.

Como la mujer es más sensible a las cosas que el hombre, y como una de las causas más sagradas de la mujer es la religión, donde ella encuentra el consuelo para sus penas y el valor para afrontar las contrariedades, cuando la mujer vio que le arrebataban esta, y que en adelante no podría, con libertad, irse a la iglesia, se dispuso con todas sus energías a defender la idea santa. Y, en su afán de quitar a las mujeres las cualidades que tienen todas, queriéndolas hacer como ellos, los de izquierdas les dieron los mismos derechos que a los hombres, entre los que figuran el poder votar. ¡Qué contentas nos pusimos al ver que podíamos con nuestro voto dar la batalla! En las siguientes elecciones nuestro esfuerzo se vio coronado con la victoria de las derechas. Pero los obreros, envenenados por los comunistas, que querían ver su ideología implantada en España, se aprestaron a la lucha para echar al nuevo gobierno. A una señal, que de antemano habían puesto, se lanzaron a la huelga revolucionaria del 34, que tuvo caracteres graves en los centros industriales donde la autoridad estaba en manos de los partidos de izquierdas.

Como ya es sabido, nosotros vivíamos junto a la estación. A la media noche del 4 de octubre de aquel año de 1934 se levantaron los obreros. Padre prestaba servicio de noche ese día. A altas horas de la misma se presentaron varios individuos con armas y bombas de mano, diciéndole que había estallado la revolución y que no circularía ningún tren hasta que ellos lo ordenasen. Y para mayor seguridad de ellos, arrancaron los aparatos telefónicos para que no se pudiera comunicar y le exigieron a Padre que él y cuantos estaban allí entregaran las armas. Padre les contestó que no tenía armas, ni él ni ninguno de los que allí estaban, pero ellos insistieron que sí las tenía como todos los de derechas, como así le consideraban. Padre volvió a

negar que tuviera armas y ahí quedó todo. Y aunque no estaban del todo convencidos, salieron de allí para dirigirse a otros puntos de la estación para asegurarse de que esta quedaba sin comunicación. Entonces Padre preparó un telegrama y le dijo a un mozo de agujas que era de su confianza que lo llevara a la telefónica para comunicar de lo ocurrido a la jefatura, que ningún tren debía ser recibido ni expedido. Pero cuando este se dirigía a la telefónica fue interceptado por los revolucionarios en el camino, y el mozo, a punta de pistola, les contó que Padre le había mandado, por lo que ellos se presentaron en la oficina de Padre otra vez y le pusieron contra la pared con las manos en alto durante un buen rato, al cabo del cual apareció por allí el jefe de los revolucionarios del comité ferroviario. No era otro que Juan Ambou.

En mi casa conocíamos bien a Juan. Era compañero de Luis en el taller y su familia vivía muy cerca de nuestra casa. Era un hombre bien parecido, con el pelo claro y los ojos azules, bastante alto y delgado. Todo el mundo le conocía en el barrio de La Argañosa y, he de decir, se le tenía mucho aprecio. En mi casa siempre era bienvenido a pesar de que Padre y Madre sabían que era muy rojo. Aunque no veían bien la amistad de Luis y Juan, sin embargo, nada podían hacer para detenerla. Madre siempre le pedía a Luis que rezara y que se aplicara bien en el taller y dejara las reivindicaciones de los obreros para otros, que la única manera de medrar era trabajar duro y dejarse de lecturas políticas que sólo le llenaban la cabeza de humo. Padre siempre hablaba de política en la mesa, creo yo con la esperanza de quitarle la venda de los ojos a mi hermano Luis, pero como llegara un momento en que las ideas de Luis eran irreconciliables con las de Padre y mis otros hermanos, Madre prohibió que se hablase del tema. Juan venía por casa todos los jueves por la tarde a recoger a Luis camino del Ateneo Obrero del Ferrocarril, que él había fundado. Allí se reunían unos cuantos hombres y hablaban de política y hacían lecturas de libros y comentaban las noticias del diario, mientras fumaban y bebían. Mi hermana Anita, que era muy coqueta, siempre estaba en el portal de la casa cuando llegaba Juan. Todas sabíamos que ella lo encontraba muy guapo, pero Juan la trataba como a una niña, que es lo que era, y él siempre le preguntaba por Angelines. "¿Hoy tu hermana tampoco está?", preguntaba en voz alta, porque sabía que estábamos todas escuchando detrás de la puerta. Y Anita, que era un poco descarada, le contestaba: "No. Angelines está en la iglesia, rezando por la salvación del alma de los comunistas". A lo que él contestaba aún más alto: "Me agrada. Eso quiere decir que al menos quiere el bien para mí. Dile a tu hermana que si este domingo no tiene que rezar me la llevo a la Asunción, si quiere y si tiene permiso de tu padre." Y Angelines se ponía colorada

detrás de la puerta. Ella decía que no quería tener un novio rojo que no la dejara ir a la iglesia ni rezar y, además, sabía que Juan tenía muchas novias y admiradoras y, más aún, no le agradaba a Padre ni a Madre. Angelines siempre fue muy cabezota.

En la noche en que estalló la revolución, cuando Juan reconoció a Padre y vio que estaba contra la pared, las manos en alto, y que un revolucionario le apuntaba con un fusil, inmediatamente ordenó que lo dejaran en libertad. Se echó a un lado y le aconsejó en casi un susurro que se fuera para casa y se encerrara allí; que metiera a la familia en el sótano y que esperara el desarrollo de los acontecimientos. Padre le dio las gracias, mirándole a la cara, y le preguntó por Luis. Juan contestó: "Luis no está involucrado; al menos, no activamente, ya que no pertenece al partido. Ha realizado labores de propaganda y agitación antes del levantamiento, nada más No tiene armas. Está en casa con los demás". La alegría que sintió padre al oír aquellas noticias, según nos contó, no se podía describir. Cuando llegó a casa nos ordenó a todos que bajáramos al sótano y nos resguardáramos allí. Desde las ventanas de la sala, en el primer piso, Padre y mis hermanos construyeron una suerte de mirador, parapetados con mantas y colchones. Los tiros cada vez se oían más cerca de la casa, y no sólo tiros; también se oían bombas. Cada hora que pasaba, nuevas explosiones y más fuertes. Luis no aguantó más y salió de casa, en contra de la voluntad de Padre y a pesar de las lágrimas de Madre. Nos dijo que no nos preocupásemos, que no nos pasaría nada. Mis hermanos también quisieron salir, pero Padre se lo prohibió terminantemente. Al fin y al cabo eran bastante más jóvenes. Padre, a pesar de las protestas de Madre, mandó al mayor de los hermanos, a Pepe, que entonces contaba 15 años, a la estación a ver qué ocurría, si había noticias. Regresó Pepe sano y salvo, gracias a Dios, al cabo de una hora. Había ido a la estación, y allí había visto a Cagancho, un amigo de Luis del taller. Le dio noticias de Luis, que estaba en el almacén de la estación al cuidado de la intendencia, lo cual nos tranquilizó mucho, y también de que los revolucionarios se habían hecho con la ciudad, y de que en las cuencas mineras imperaba el poder obrero. Esto nos descorazonó de tal manera que comenzamos a rezar el santo rosario, como hacíamos por las noches todos juntos. Pasaron dos días y las bombas se oían cada vez más cerca. Por encima de los edificios de Uría, se veían espesas columnas de humo negro, había cadáveres tendidos en las calles. Un día de madrugada, cuando nos encontrábamos todos durmiendo en el sótano, una bomba entró por el tejado de la cuadra y explotó. La cuadra estaba vacía, ya que los animales se los habían llevado los revolucionarios el primer día, pero los destrozos fueron tremendos. Estábamos todos bien, gracias a Dios, y lo único que nos apenaba era no tener noticias de Paco, que estaba

en Palencia, ya que no se oían más que amenazas y nada se sabía de las demás provincias, puesto que el primer cuidado de los revolucionarios fue quitar todas las radios. Unos ocho días después, las tropas entraron en Oviedo, lo cual nos consoló, ya que era cuestión de tiempo el que toda Asturias estuviera liberada. Poco a poco se fue haciendo el ejército dueño de la situación y procediendo a la detención de los elementos revolucionarios, que se escondían en las casas, de donde les sacaban a fuerza de palos, produciéndose unas escenas dolorosas y lamentables entre las fuerzas del ejército y Guardia Civil, según iban entregándose unos, y siendo capturados otros, ya que se les daban muchos palos sin consideración de ninguna clase. Padre, que intentó interceder por unos cuantos que él conocía y que sabía perfectamente que eran rojos pero incapaces de matar una mosca, y que habían participado en el levantamiento por ignorancia y por no tener otra ocurrencia, fue severamente increpado y vituperado por unos guardias.

Esto fue en grandes rasgos la revolución. Aunque lo peor había pasado, nunca se regresó a la normalidad anterior. Juan había logrado salir del país: al haber sido uno de los más señalados en el levantamiento, tuvo que poner tierra por medio. Luis estuvo escondido en casa y, al no venir nadie a buscarle ni preguntar por él, supusimos que estaba fuera de peligro. Los trabajadores del ferrocarril fueron regresando paulatinamente a sus puestos, si bien tuvieron que inscribirse todos y se les hicieron carnés y se les investigó. Todos aquellos que fueron acusados de haber tenido armas o haber cometido destrozos en la ciudad fueron arrestados. Luis y su amigo Cagancho, que no pertenecían al partido entonces, y que habían pasado bastante desapercibidos gracias sus actividades en la intendencia, lograron reincorporarse a sus puestos al cabo de unos días, lo cual fue de gran alivio para todos.

Pero la tranquilidad sólo iba a durar un año y medio. Las cárceles estaban llenas de presos, unos con más culpa, otros casi con nada, y en vista de que la vida de la nación no era todo lo tranquila que debiera ser, creyeron remediarla con otras elecciones en febrero de 1936, en las cuales las derechas debieron de equivo- carse, dado el resultado que obtuvieron. La marcha del país fue de mal en peor hasta que la cosa se puso seria con el asesinato de Calvo Sotelo en pleno verano. El día 17 de julio oímos por la mañana temprano pregonar: “Intentona militar fascista fracasada”. Como es de suponer, nos apresuramos a leer la prensa y saber qué decía la radio, y vimos que el levantamiento era sólo en África. Dimos gracias a Dios y rogamos para que no se extendiera a la península. Pero esta vez nuestras preces no fueron escuchadas. Se desató una guerra en el país que iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

II

Estación de Pajares (Asturias), enero de 1916

El convoy provocó un enorme estruendo al salirse de los raíles. La nieve que había caído durante varios días se aferraba tozudamente a los caminos, a los campos, a las paredes de las montañas y a las vías del tren por culpa del intenso frío. Quin miró su reloj. En unas horas llegaría el tren de Madrid. No había suficientes brazos en la estación, así que se despertó a todos los muchachos de trece años en adelante. Se les dio unos tragos de coñac para entrar en calor y una herramienta para quitar de la vía la tierra y la nieve que se habían desprendido con la embestida del tren en la ladera de la montaña. Los hombres prepararon la enorme grúa para levantar la locomotora y volverla a encarrilar.

"Paco, deja la pala y baja al pueblo a avisar que descarriló el mercancías. Que suban todos los hombres que puedan. Es urgente."

Paco, que apenas contaba trece años, levantó la cara aterrorizado, sin soltar la pala. Veía la mirada de su padre clavada en la suya, iluminada por los candiles de los otros muchachos, ligeramente empañada por su aliento al hablar. No dijo nada, con la esperanza de que su padre se lo pensara mejor.

"Paco, es una orden."

Paco, aún incrédulo, apenas pudo articular una frase, en la que le recordaba a su padre que había lobos. Quin se le quedó mirando unos segundos. No había pensado en esa posibilidad.

"Le diré a Luis que te acompañe".

Valiente solución. Al cabo de un rato apareció Luis, bien arropado con un abrigo, una bufanda y su boina calada hasta las orejas. Los dos niños llevaban madreñas en los pies, y un palo y un candil en la mano.

"Si os sale un lobo al paso, le ponéis el candil en los ojos. Ya veréis cómo sale corriendo."

Los dos hermanos miraron la oscuridad insondable en la que tenían que adentrarse. Del camino que llevaba al pueblo, a unos dos

kilómetros de distancia montaña abajo, sólo se adivinaban tres metros ante ellos. El resto, se lo había tragado la negra noche. Se miraron e, instintivamente, se arrimaron el uno al otro como corderos asustados. Luis, que contaba ocho años, empezó a llorar y Paco le cogió de la mano.

“Camina, Luis. Madre nos hará un chocolate caliente a la vuelta, ya verás.”

Negra noche sin luna. Al principio se oían tras de ellos órdenes gritadas, voces y golpes de herramientas, la caldera de la máquina resoplando como una ballena varada. Pero aquellos sonidos cada vez se fueron haciendo más imperceptibles, más lejanos, hasta que sólo se oía el crujido de la nieve bajo sus madreñas. Paco sujetaba el candil ante sí, y Luis lo llevaba lo más bajo posible para alumbrar el camino, cuyo perfil la nieve había borrado. El frío les mordía la cara. En un par de ocasiones tuvieron que soltar los candiles y, dando saltitos, meterse las manos bajo la ropa para calentarlas. No tenían guantes. El paso era cada vez más ligero. De vez en cuando miraban tras de sí, pero incluso si una manada completa de lobos les hubiera estado siguiendo no la habrían podido ver, tal era la negrura del camino. El oído aguzado, cualquier ruido insignificante les hacía caminar lo más rápido que sus jóvenes piernas les permitían. Entonces, Luis tropezó y sintió un fuerte golpe en una rodilla al caer, el candil rodó hasta que se apagó y lo perdieron de vista. Paco dejó su candil en el suelo y ayudó a su hermano a levantarse. Luis se sacudió la nieve. Sentía una ligera punzada en los pulmones, una combinación del golpe y del susto. De repente, sintió que el pánico le había inmovilizado. Las piernas le temblaban y empezó a llorar otra vez. Paco agarró a Luis de la mano y tiró de él, pero este no quería andar.

“Anda, Luis… vamos. Si no avisamos, el tren de Madrid va a descarrilar.” Vamos… tira.

“¿No lo oyes?”, dijo Luis en un susurro.

Paco ladeó ligeramente la cabeza para captar mejor cualquier sonido. De repente lo oyó. Eran pisadas en la nieve, de un cuadrúpedo, ligeras y rápidas. Y, luego, claramente, un jadeo animal. Paco tomó su palo y lo puso en alto amenazando a la negrura que se abría ante ellos, a la nada. No sabía qué hacer. Si era un lobo, uno solo, tal vez podrían salir indemnes. Pero los lobos nunca iban solos. Cada vez se oía más cerca. Luis se parapetó detrás de su hermano, que blandía el palo en una mano y el candil en la otra. El animal empezó a gruñir, pero no lo veían. Estaba en la parte alta del camino. Paco entonces empezó a gritar y a agitar el candil frenética- mente ante él. Luis salió de detrás de su hermano y golpeó el suelo con su vara, que sujetaba con ambas manos y levantaba sobre su cabeza, para hacerla bajar ante él con toda la fuerza que podía, multiplicada por el terror. Ambos gritaban

como posesos. Al cabo de lo que les pareció una eternidad, jadeantes y acalorados, dejaron de gritar y se quedaron en silencio, escuchando a la oscuridad. Los gruñidos habían cesado. Nunca vieron qué o quién era el dueño de aquel sonido horripilante. Y Paco agarró a su hermano de la chaqueta y tiró de él.

"*Un don din, de la Poli, Politana, un cañón que no sirve para nada, tiré una bolita. ¿A dónde fue a parar? A la orillita del mar.*"

Paco cantaba, cada vez más fuerte, hasta que Luis se animó a acompañarle. Bajaban los dos a pleno pulmón, como dos borrachos.

"*Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena; Mambrú se fue a la guerra, no sé cuándo vendrá, do-re-mi, do-re-fa, no sé cuándo vendrá.*"

Cuando por fin distinguieron alguna luz del pueblo, allá a lo lejos, aún asidos de la mano, echaron a correr y sus voces se ahogaron en jadeos. Luis perdió su palo en aquella carrera febril, pero no se dio cuenta hasta que llegó al pueblo. Se plantaron ante la casa de Nicanor el de Cloya, y con la frente perlada de sudor, casi sin aliento, Paco propinó enorme golpes a la puerta con su vara, gritando.

Veinte minutos después, tras tomarse un reconfortante cuenco de leche caliente con pan migado en la cocina de Nicanor, emprendieron la vuelta camino arriba, esta vez acompañados por unos veinte hombres. Pero los niños aún iban de la mano, subiendo a paso ligero como el que más. El miedo que había sentido Luis bajando por aquel camino se había disipado. Miraba a su hermano Paco con admiración. Se acordó de aquel día, no hacía mucho, en que Abelardo, el del Habanero, se había hecho con una pistola que su padre tenía guardada en casa, bajo la cama. Se la enseñó a sus amigos y se la volvió a meter en el cinto. Los tres niños decidieron ir a jugar al río, por la tarde. Tiraban piedras y había que acertar un palo que sobresalía entre dos grandes rocas, en la orilla opuesta. Era primavera y los árboles comenzaban a vestirse de verde. Entre las hojas secas que alfombraban el suelo del bosque, surgían las primeras flores amarillas y moradas. La nieve ya se había dejado de ver hacía tiempo, y el río bajaba fuerte, rápido, alimentado por el deshielo de las montañas. En aquella zona donde estaban jugando los dos hermanos Montero y el hijo del Habanero, el cauce se angostaba ligeramente y salvaba con un salto un desnivel de unos dos metros. El estruendo del agua intentando sortear la estrechez era casi ensordecedor. Paco y Luis ya habían acertado varias veces en el palo, pero no así Abelardo, que cada vez se ofuscaba más, y sus amigos le tomaban el pelo, como siempre. Los dos hermanos estaban mirando a la corriente, el hijo del Habanero se colocó tras ellos, alejándose unos metros, sacó la pistola, abrió las piernas, sostuvo el revólver entre las dos manos y les apuntó. "A ver de quién os reís ahora", dijo muy serio. Los hermanos Montero

se volvieron sin saber a qué se refería su amigo, y al girarse se les borró la sonrisa de la boca. Paco empujó delicadamente a Luis hacia un lado, sin apartar la mirada de Abelardo, que estaba frente a él, a apenas cuatro metros de distancia. Levantó las manos y le clavó aquellos pequeños ojos, marrones. Sólo se oía el estruendo del río.

“No me mires así, Paco…vosotros empezasteis riéndoos de mi…”, acertó a decir Abelardo, con voz frágil. Había estado toda la tarde buscando una disculpa para sacar el revólver, por fin la había encontrado. Abelardo echó el martillo de la pistola para atrás con una sonrisa triunfal y apretó el gatillo, haciendo una mueca, cerrando los ojos y pegando la barbilla al hombro, para no ver lo que pasaba. El martillo volvió a su sitio con un clic apenas imperceptible, más bien imaginado, ahogado por el sonido del agua bajando por el cauce. Luis se dio cuenta de que se había meado encima, cuando Paco saltó a los pies de Abelardo, con un movimiento rápido, haciéndole caerse de espaldas. El revólver dio varias vueltas en el aire, hasta que aterrizó a los pies de Luis. El niño se agachó y lo recogió, agarrándolo como con asco entre el índice y el pulgar por la fría culata. Paco se sentó a horcajadas sobre Abelardo y la emprendió a puñetazos con él. Ante la tunda inmisericorde, se cubrió la cara con los brazos, y entonces los golpes cayeron sobre sus costillas. Luis, caminando como un pingüino, se acercó a su hermano con el arma aún en la mano, le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo casi a gritos, pues el ruido del río era verdaderamente ensordecedor,

“Paco, vámonos a casa, que me meé”. Paco se levantó, jadeando, se estiró la ropa, le arrebató el revólver a su hermano con un gesto rápido y lo tiró al río.

“¡Coño, Paco”, gritó Abelardo aún tirado en el suelo, con la cara ensangrentada, “podías habérmelo devuelto, hostias! Ahora mi padre me va a matar.” Los hermanos, sin volverse, Luis con las piernas ligeramente separadas y los zapatos encharcados, Paco apretándose los nudillos doloridos por la paliza que le había propinado a Abelardo, emprendieron la marcha hacia el pueblo.

III

Campomanes (Asturias), agosto de 1918

La visita del tío Manolo a la casa de Campomanes era motivo de regocijo para toda la familia. Siempre traía de Oviedo alguna chuchería, alguna tira bordada, libros y revistas. María, la madre, se ponía muy contenta cuando llegaba su hermano y sacaba los mejores chorizos y las mejores carnes. Preparaba bizcochos de nata y compraba café en la tienda-chigre, y anís y coñac. El tío Manolo se había ordenado sacerdote y había vivido en el Caribe una temporada dando clases en una escuela en Santiago de Cuba, unos años después de la guerra colonial. Hacía apenas un par de años había regresado a Asturias para cuidar de su madre, que se encontraba muy delicada de salud. María estaba convencida de que Manolo llegaría a santo, y le tenía mucho cariño y admiración. Siempre avisaba de su llegada a Campomanes a don Custodio, el párroco de Casorvida, con el que tenían mucha relación, y le invitaba a merendar. En aquella ocasión, casi a finales del mes de agosto, don Custodio y don Manuel, como les conocían sus feligreses, habían subido paseando hasta Herías, solos. A ambos les gustaba mucho caminar. No llevaban madreñas pues había sido un verano muy soleado, casi sin lluvia, y las alpargatas eran suficientes. En los campos, los hombres y las mujeres andaban a la hierba, que se secaba pronto al sol estival. Se cruzaron con una yunta de bueyes tirando de un carro hasta los topes de hierba casi seca, con tres jóvenes subidas en lo alto, con sus gorritos de paja atados al cuello coquetamente con pañuelos de flores. Los dos curas saludaron al hombre que llevaba la yunta, Juan el Carretero, que dirigía a sus bueyes con el palo de avellano apoyado sobre la testuz de una de las bestias, a la que llamaba Lucero. Regresaron cuando ya casi era de noche, y don Custodio emprendió la vuelta a Casorvida después de haberse tomado un vino blanco fresco, la botella recién sacada del arroyo, con un buen trozo de bizcocho de natas.

“Recuerde lo que le dije, don Manuel, que no caiga en saco roto”, se

despidió don Custodio.
“No se preocupe, hablaré con mi hermana. Vaya usted con Dios, don Custodio”, y cerró la puerta de la casilla.
“¿Qué tienes que hablar conmigo?, Manolo”, dijo María con aire preocupado.
“No es nada malo, mujer, todo lo contrario. Pero vamos a esperar a que los chicos se acuesten y a que llegue Quin”, le contestó su hermano.
“Angelines, Pura, Maruja”, les apremió su madre, “acabad de recogerlo todo y para la cama”.
“Pero, Madre, usted dijo que podríamos quedarnos hasta tarde hoy, con el tío Manolo”.
“No, ni hablar. Rezaremos el santo rosario y todos a la cama. Llamad a vuestros hermanos.”
“¿Y Padre?”, terció Maruja, “¿Él no va a rezar hoy?”
Angelines cerró los ojos y mantuvo la respiración ante el descaro de su hermana. María sacó una vara corta y esbelta que llevaba en un pliegue del mandil. Maruja extendió la mano. Su madre le propinó tres golpes en la palma. No quería que su hermano pensase que estaba criando a niñas contestonas. En silencio terminaron de recoger mientras el tío Manolo salió y se sentó en un banco de madera en el costado de la casa, a fumar y a contemplar las luces del pueblo y la silueta de las montañas que la tenue luz de la luna creciente apenas recortaba. Casi no había terminado su cigarrillo cuando lo llamó su hermana para que les guiase en sus rezos. Por fin terminaron y todos se fueron a sus habitaciones sin rechistar, incluidos Paco y Luis, quienes habían albergado la esperanza de que les permitieran quedarse por ser los mayores. María sacó la botella de coñac y le estaba sirviendo un vaso a su hermano cuando llegó Quin.
“Buenas noches nos dé Dios, Manolo. ¿Dónde está todo el mundo?”
“Durmiendo ya, Quin. Qué bien que llegas pronto. Manolo tiene algo que decirnos.” María sacó otro vaso y una botella de vino para su marido. Atizó un poco el fuego para calentar la tartera con la cena de Quin y se quedó en pie junto al lar.
Quin se acercó a la pila, echó agua de un caldero en sus manos que restregó vigorosamente y se secó con un trapo.
“Acabo de estar con los hombres del cantón. Me cuentan que han llegado a Oviedo varias familias de represaliados por las huelgas del año pasado. Por lo menos quince o veinte familias nuevas, todos marcados por revolucionarios. No les tratan bien, según parece. Los chavales se ríen de los nuevos en la escuela; hay gente que no les quiere vender género a las mujeres. Así no van a conseguir nada; dispersando a los huelguistas por el país, desarraigándolos, y luego, en los nuevos destinos, haciendo la vista gorda cuando se les trata mal.

Así sólo van a conseguir que le tomen más odio aún a la Compañía."
"¿A tu cantón no ha llegado ninguno?" Manolo dejó el vaso sobre la mesa y empezó a buscar su bolsita de tabaco en el bolsillo de la sotana.
"No, aquí no se menearon mucho. Casi todos son bastante tranquilos. Trabajan para la Compañía pero también tienen una huerta y animales, como nosotros, y no les falta de nada. Las pagas llegan a tiempo y no hay motivo para revolucionarse. Yo entiendo a los que viven en las ciudades, sobre todo en lugares como Madrid, Barcelona o Zaragoza. Están más expuestos a todas esas corrientes políticas nuevas que llegan de fuera, y no tienen más que su sueldo para sustentar a la familia. Aquí tenemos de todo, la verdad."
María se levantó y puso el contenido de la tartera humeante en un plato. Sacó una cuchara y lo puso todo delante de su marido. Se sentó, al borde del taburete, delatando su impaciencia, pero sin atreverse a sacar el tema hasta que los hombres terminaran su discusión.
"Bueno, Quin, tú sabes lo que sufren hoy en día algunos trabajadores. Las pagas son insuficientes, y si alguno sufre un accidente o la muerte, sus hijos y sus viudas se ven en la calle. Hay ciertas cosas de las que piden que no me parecen descabelladas, de verdad."
"¡Carajo, Manolo! No lo voy a saber, *ho*. Nosotros pasamos las de Caín, y aquí estoy. Es todo cuestión de echarle ganas, Manolo. No se puede quejar uno abandonando el puesto de trabajo." El padre de Quin había muerto atropellado por un tren, y él y su hermano se habían puesto a trabajar con catorce y doce años respectivamente para sustentar a la familia. Al poco tiempo había muerto su madre en un incendio. Los tres hermanos pequeños habían sido recogidos en un orfanato en Madrid. Durante un instante, el recuerdo de aquellos dolorosos momentos retornó a la mente de Quin, pasando por su mente como una hoja que arrastra la corriente de un río joven, que al encontrar un remolino entre dos rocas parece que se va a hundir y desaparecer, pero sigue corriente abajo, a flote a duras penas, sobreviviendo, dando mil vueltas; de nuevo desaparece de la vista, apenas un instante, y parece que ya ha desaparecido, pero sigue, continúa, testarudamente, a pesar del dolor. Nada puede borrar ese recuerdo. Ni el viento, ni la lluvia, ni el tiempo.
Quin apuró el vaso de vino. María le sirvió más.
"Bueno, ¿y qué es lo que nos querías decir?, Manolo."
"He estado hablando con don Custodio, y me dice que conoce bien a don Pascual, el maestro de aquí. Me cuenta que los chicos vuestros son muy aplicados", y dejó de hablar para chupar el papel de liar y cerrar el pitillo.
"Eso ya lo sé. Los tengo amenazados de muerte", y echó una sonrisa de medio lado, "y su madre les ayuda en lo que puede."

“Bien, pero además me dice que Luis es excepcional”, y se levantó a coger una brasa para encender su cigarrillo. “Y que recomienda que lo metáis en Valdediós a estudiar. Que tiene capacidad para afrontar los estudios de bachillerato en ese seminario.”

Quin soltó la cuchara y cogió el pan. María bajó la cabeza.

“Es demasiado caro, no podemos pagarlo. Además, necesitamos a Luis para ayudar en casa con los animales y en el campo.” Quin pasó un trozo de pan por el plato, sin levantar la vista.

“Sería para el año que viene, o para el otro. Constante tiene un año menos que él y es fuerte y duro, y Pepe cumplirá seis, algo podrá hacer, aunque sea *llindar* vacas. Yo pagaré los estudios.”

María levantó la cabeza como impulsada por un resorte, y miró a su marido, con ojos expectantes.

“No sé, Manolo. Te lo agradezco mucho. Entiéndeme, a mí me gustaría mucho que el chaval estudiase y se hiciese cura, o no, que estudie, que salga adelante; pero la situación económica…”

“Ahora precisamente, Quin, con la guerra en Europa, estamos en tiempos de bonanza. Si guardáis durante este año, dinero digo, y trabajáis duro, a lo mejor podéis permitiros tener un par de brazos menos. Pensad en el chico. No me tenéis que dar la contestación hoy mismo, ni la semana que viene. Se puede esperar. Yo podría mover algún palillo para que lo aceptasen sin reparos. Luego es cuestión de papeleo. Pensadlo.”

María ya no escuchaba. Su mente estaba lejos, saboreando con auténtico regocijo lo que acababa de oír. Luis, su Luis. Ella siempre lo supo, desde la primera vez que lo vio aquella primera madrugada de mayo cuando lo pusieron en sus brazos, cuando aquel cuerpecito envuelto en mil mantas llevaba apenas unas horas en el mundo. Tenía una mirada tan penetrante. La primera vez que lo arrimó a su pecho aquella amanecida en la que el sol se derramaba por los valles como miel, y entraba por la ventana en perfectas líneas doradas, el bebé la miró, la miró como nunca ninguno de sus hijos la había mirado, una mirada que no volvería a ver jamás, ni en él ni en nadie, pero que se le quedó grabada para siempre. Luis comenzó a andar con apenas nueve meses de edad, y con dos años cantaba canciones de memoria al son de los golpecitos de sus pies. María lo cogía en brazos y le cantaba, consciente de que el niño prestaba atención, y memorizaría la letra y la música. Luego, sentada en el taburete, las pequeñas piernas a horcajadas sobre su regazo, ella le miraba a la cara atentamente durante varios segundos, y el niño sonreía y se lanzaba al cuello de su madre, y no podía evitar apretar aquel cuerpecito contra sí con toda la fuerza que le era posible, como si quisiera volver a hacerlo solo suyo, meterlo de nuevo en su seno. Era un niño fuerte, robusto, aunque no muy alto. Tenía el pelo oscuro, los ojos muy vivos,

pequeños, de una mirada muy profunda. Era tranquilo, hablador, que se interesaba por todos y por todo. Siempre había sabido ganarse con su simpatía a los demás, incluso a su padre, incluso a su hermano mayor, Paco, que tantos celos había sufrido por su culpa. Sus hermanas Pura, Maruja y Angelines lo adoraban, y la primera siempre le ayudaba, a escondidas, cuando le tocaba fregar, sin que se enterasen sus otros hermanos. Acompañaba a su abuela, ya mayor y con la vista muy debilitada, hasta la misma puerta de la casa, y le ayudaba a descalzarse las madreñas. El día que murió la anciana fue el que más lloró, y se negó a comer durante toda la jornada. Nunca decía que no a nada, ni a nadie. Siempre estaba dispuesto a ayudar, a arrimar el hombro allá donde hiciera falta. En verano, cuando tenían que pastorear las vacas que dejaban a cargo a su padre, él y sus hermanos se montaban en los caballos semisalvajes que andaban sueltos por el monte y se recorrían a su grupa la zona, buscando a los mansos animales, gracias a lo cual se conocían la comarca como la palma de la mano. Ya de noche, volvían con la leche de aquellas vacas, escasa, pero muy cremosa, que María casi siempre usaba para mantequilla o para requesón. Los niños conocían cada camino, cada cabaña, cada tenada, los arroyos, los ríos, los bebederos de ganado, los pueblos, las aldeas. Todo se lo recorrían a lomos de las bestias durante los largos días estivales. En época de siega, Luis siempre era el primero en aparecer por el *prao* con la guadaña, mucho más alta que él, pero que manejaba con maestría. Había empezado a segar con seis años. Todos los veranos les ayudaba Pelo, un chaval que trabajaba como criado en casa del Comandante, la familia más importante de La Frecha, un pueblo a cuatro kilómetros de Campomanes donde María tenía algún terreno y familia. Pelo era muy hábil con la guadaña, muy rápido. Se ponía detrás de los niños, y marcaba un ritmo frenético que asustaba a los chicos, que miraban de reojo. Pero había que “segar y seguir *p’adelante*”, como les decía él, cosa que los niños cumplían sin rechistar por miedo a perder un trozo de alpargata o, peor aún, de pie. Nunca faltaba una mano que le tendía a Luis el botijo, un bollín, o un cacho de tortilla o de empanada. Cuando sus hermanas traían las tarteras con la comida de casa, entre susurros le indicaban cuál era la porción más grande; y él siempre tenía un piropo, una galantería a su manera infantil, una palabra amable para ellas.
María salió de su ensimismamiento alertada por el rechi- nar de las patas de una silla en el suelo. Su hermano, Manuel, se levantaba para ir a dar un paseo nocturno antes de acostarse y fumarse el último cigarrillo. Quin anunció que subía a la habitación, y dio las buenas noches. María recogió los platos que habían quedado, ahogó la lumbre hasta el mínimo y, mientras secaba los cacharros, miró a su hermano alejarse, apenas una figura iluminada por la luna, carretera abajo.

Aquel hombre que había vuelto de Cuba para cuidar de su madre enferma era, decididamente, un santo. María conocía la magnitud de su sacrificio porque él siempre le hablaba de aquellos años pasados en la isla caribeña con auténtico entusiasmo que rezumaba nostalgia. Había dejado aquella isla tropical, aquel edén, aquella tierra fértil y alegre, de cálido sol, de bosques de verdes palmeras, de suaves temperaturas, bañada por el mar Caribe, que adoraba, para regresar a la fría y húmeda Asturias, gris, inhóspita, dura, de un clima inmisericorde y cruel. María lo sabía. Había dejado a sus alumnos del internado de Santiago, y a los de las escuelas locales, a sus compañeros; tuvo que abandonar sus estudios, sus escritos. Con la ocupación estadounidense había infinidad de gringos en la isla y había empezado a aprender inglés y había hecho buenas migas con el director de la escuela, un cura de Maryland con el que intercambiaba clases de idioma. Con él había comenzado la labor de mejorar la escuela pública, tan abandonada por el antiguo y desechado sistema español, más clasista que el estadounidense. Había dicho adiós para siempre a las tertulias del Café de París, bastante liberales, a las que acudían varios dominicos y algún jesuita, uno de los pocos dueños que quedaban de los cafetales fundados por los franceses en el siglo XIX, un par de empresarios jóvenes e idealistas, ambos estadounidenses, y algún que otro artista. Todo lo había dejado para regresar a España, de la que había salido unos cuantos años antes, y atender a su madre. Había aceptado esa obligación filial con calma, con estoicismo, sin la más mínima queja, sin un solo reproche hacia sus otros hermanos. Era verdaderamente un santo. De él dependía ahora el que Luis pudiera salir adelante gracias a los estudios. María, con el último plato para secar en una mano y en la otra un trapo, se arrodilló frente a la pila y rezó.

IV

Valdediós (Asturias), octubre de 1923

Ramón se despertó como todas las mañanas con "*Angelus Domini nuntiavit Mariæ",* en boca del padre Tomás, que caminaba con paso rápido a lo largo del pasillo que se abría a los pies de las camas alineadas contra la pared, como Moisés partiendo las aguas del mar Rojo, los brazos en alto. Aún no había despuntado el alba, pero ya los llamaban a la oración. "*Et concepit de Spiritu Sancto"*, contestaron los jóvenes, a duras penas. En silencio, todos los muchachos salieron de sus catres y se arrodillaron en el frío suelo junto a sus camas y rezaron la primera de una infinidad de avemarías, que habrían de llegar más tarde, en algún momento, a lo largo de toda la jornada. Por fin se pusieron en pie y se vistieron. En silencio salieron al corredor. Llovía. Bajaron las escaleras, hasta la planta baja y, pegados a la pared, caminaron ateridos hasta la puerta que daba entrada a la iglesia, pasada la de la sacristía. A través de la puerta entreabierta se podía ver al padre Jacinto y al padre Fulgencio, preparándose para la Santa Misa. "*In nomine Patris, et Filii, et Espiritus Sancti*." "Amén", contestaron todos. Casi dos horas después de salir del jergón estaban por fin sentados a la mesa del refectorio. Eran las siete de la mañana y no acababa de amanecer. El desayuno se desarrolló en silencio; leche con pan migado y requesón con miel. No había queja. Al terminar, de nuevo "*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum"*. Salieron del refectorio y se separaron en grupos. Fueron charlando, ahora sí, reanimados por la comida y la luz, hasta las aulas, que se encontraban en el primer piso del vetusto edificio.

Ramón había llegado hacía unas semanas a Valdediós, a mediados del mes de septiembre, apenas dos días antes del principio del curso. Procedente de la parroquia de Santiago de Figueras, sobre la vertiente asturiana de la ría del Eo, frente a las costas de Lugo, tenía el acento típico de aquella zona al hablar, lo que le valió el mote de el Gallego, aunque no lo era. Y, es más, como oriundo de la frontera,

sentía más aversión hacia sus vecinos que el resto de la provincia, y se consideraba a sí mismo más asturiano que ninguno. Pero nada pudo hacer para quitarse el alias. El seminario de Valdediós, al que había sido enviado por su padre para hacerse cura, estaba situado en un hermoso valle de suaves colinas pobladas de robles y castaños centenarios, muy cerca de Villaviciosa, tierra adentro. El paisaje era verdadera- mente hermoso. La minúscula iglesia prerrománica y los edificios que albergaban las escuelas, con su imponente templo del siglo XIII, no carecían de señorío, situados cerca de un caudaloso arroyo. Como colocados a mano desde el principio de los tiempos, de cara al sol naciente, afloraban minúsculos pueblecitos, grupos de apenas un puñado de casitas con sus chimeneas humeantes del lar. Algunas de estas aldeas estaban, además, engalanadas con una pequeña ermita resguardada del viento y de los malos espíritus por un tejo, centinela centenario. Las verdes praderas salpicadas de vacas y algún caballo, las colinas circundantes, densamente pobladas de castaños y abedules, le daban al entorno una gracia y un frescor que parecían sacados de una postal. Pero a Ramón le faltaba el mar de su Figueras natal. Su familia, llamados del Mayordomo por ser tradicionalmente los encargados de las haciendas de los Villamil, vivían en la parte alta del pueblecito pesquero que se asomaba a la ría, mitad asturiana, mitad gallega. En la parte baja, vivían los pescadores, que aguerridamente navegaban en una de las flotas pesqueras más grandes del occidente de la provincia de Oviedo, más incluso que las de Cudillero y Navia. Sus redes ocupaban, cuando las colgaban en los tendederos a secar después del encascado, todo el frente del lateral izquierdo del pequeño muelle, y tapaban, suspendidas en altos postes con un tupido encaje color cobre, las decrépitas fachadas de las viviendas de los pescadores, pobres y desvencijadas, sus ventanas pintadas del mismo color que la barca de faena, utilizando la pintura que había sobrado, formando así un tablero multicolor de azules, verdes y rojos, anárquicamente repartidos. El otro lateral estaba presidido por el impresionante castillo almenado de los Pardo Donlebún, cuya torre central se remontaba al siglo XVI. Aunque Ramón vivía en la parte alta del pueblo, frente a la Torre del Reloj en construcción, por donde la carretera entraba en la pequeña villa marinera, en apenas cuatro zancadas, cuesta abajo, se plantaba en el pequeño muelle, donde, si era una tarde de sol, el olor de la resina que curaba las redes tendidas lo impregnaba todo. Un paseo de quince minutos con ágiles piernas a lo largo de la línea de la costa, atravesando el muelle, pasado el arroyo de Santiago y saliendo del pueblo, le llevaba hasta la capilla del Cristo del Buen Viaje, conocida como la Atalaya, que, como una torre vigía, había sido erigida en la bocana de la ría. Desde allí se

divisaba el mar abierto. Ramón siempre acudía a aquel lugar en los días de galerna. El rugido del viento era ensordecedor; las olas se estrellaban con un estruendo paralizador contra las rocas de San Román; el mar bravío, encabritado, saltaba sobre los acantilados, como queriendo salir de su eterna cuenca, e inundar con su gris plomizo las praderas de verdes pastos salpicadas por *toxos* amarillos. Ramón era el segundo de un total de cuatro hermanos, uno mayor que él, y dos hermanas más jóvenes. Había llegado al seminario gracias a que don Florencio Villamil había visto en él madera de buen estudiante y le había ofrecido a la familia pagarle los estudios en el seminario menor de Valdediós, que gozaba de gran fama. Don Segundino, su padre, que siempre había querido tener un hijo cura, aceptó encantado, y en un periquete ya había empaquetado al pobre Ramón y a su baúl, lleno con ropas y zapatos nuevos, un buen abrigo de lana, un par de madreñas y algún libro, rumbo a su nuevo destino, entre las lágrimas de su madre y sus hermanas, y la envidia de su hermano mayor, que hubiera preferido salir de allí aunque fuera para hacerse cura. El viaje lo realizó en la recién inau- gurada línea de autobuses, que comunicaba el occidente asturiano con la capital. Aquel vehículo salvaba los ciento sesenta km de distancia en apenas diez horas, atravesando la mitad de la provincia, descendiendo por profundos valles y escalando montañas, más suaves que las del oriente asturiano, pero igualmente duras e inhóspitas. El resto del recorrido lo realizó en tren hasta Villaviciosa, y en coche de caballos hasta el seminario. En total, veinte horas. Cuando Ramón llegó a Valdediós, se desmayó en la cama y cuando don Tomás le despertó al día siguiente con su "*Angelus Domini nuntiavit Mariæ*" no sabía ni dónde estaba.

Ramón era un chico tranquilo, que acababa de cumplir quince años. Su cama era vecina de la de Luis, tenían la misma edad y acudían a las mismas clases. Fue así como los dos entablaron amistad, casi inmediata- mente. Luis ya llevaba en el seminario tres años, por lo que era un veterano. Acogió a Ramón bajo su ala porque le gustó aquel chaval desde el primer día. Era limpio, rápido, honesto y tenía un buen sentido del humor. Los domingos, después de misa y de desayunar, permitían a los seminaristas salir del recinto. Los chicos se acercaban al estanco-chigre de San Pedro de Ambas, a ver pasar las carretas que iban a Villaviciosa y algún coche, si tenían suerte, o iban a caminar por las colinas. Ramón, en su afán por ver el mar, siempre subía a las lomas más altas; y allá, a lo lejos, hacia el norte, como trazada con tiralíneas entre dos colinas, a veces se veía, a veces se adivinaba borrada por la bruma, la fina línea azul del Cantábrico.

Ninguno de los dos sentía dentro de sí la llamada de la vocación. No eran malos estudiantes, no les disgustaban las lecturas ni las clases, pero lo de ser curas no era para ellos. Los chicos tenían

clase de lunes a sábado, mañana y tarde. Las clases duraban una hora y media, y estaba prohibido hablar. Los profesores les instruían en Latín, Lengua Castellana, Aritmética, Geometría, Religión, Dibujo, Gimnasia, Inglés y Francés. Pero no eran las lecciones de Aritmética y Geometría de don Remigio, ni los latinajos de don Tomás, ni ninguna de las otras disciplinas lo que les exasperaba; lo que podía con ellos era toda la letanía de continuas oraciones y rezos, las horas que se consumían diariamente en postrase de rodillas, o bajar la cabeza mientras soltaban continuas oraciones, sin sentido. Cuando les tocaba rezar juntos, el uno al lado del otro en el banco, se animaban mutuamente a inventarse los rezos y cambiar las palabras para provocar la risa en el otro. El *"et antiquum documentum, nove cedat retui"*, en boca de Ramón, terminaba indefectiblemente como "Trae *p'aca* ese documento que te voy a recluir"; y, si Luis estaba de humor, a escasos dos metros de Ramón, las contestaciones al ángelus eran como para troncharse de risa. Ramón, para no meterse en líos, bajaba la cabeza y simulaba tiritar. "*Angelus Domini nuntiavit Mariæ",* decía el padre Tomás; y todos contestaban: "*Et concepit de Spiritu Sancto"*, "y confeti por todo lo alto". Seguía el padre Tomás, "*Ecce ancilla Domini"*, y los alumnos, mecánicamente*, "Fiat mihi secundum verbum tuum",* "fríeme unos huevos con atún".
"Imaginaos, si todo el tiempo que pasamos rezando lo echásemos en estudiar, o en leer, o simplemente en debatir", dijo Pepe, mientras daba una calada al cigarrillo y abría la puerta. Luis sonrió sin decir nada, y también encendió un cigarrillo. Había sido él, Pepe, quien le había metido el vicio de fumar en el cuerpo. Dos chavales del último curso, a los que les quedaban apenas unos meses antes de salir de allí, y algunos más jóvenes, entre los que se encontraban Luis y Ramón, entraban en la cabaña vacía, al otro lado del valle, que habían tomado como cuartel general para reunirse los domingos si llovía y pasar el día para charlar. Llevaban cualquier cosa que tuvieran para comer o beber, de lo que les enviaban de sus casas. Acababan de llegar y aún no habían desempaquetado lo que traían, ocupados en fumar y en ponerse cómodos.
"A ver, ¿qué tenemos hoy?", dijo por fin Fermín, que siempre tenía hambre. La comida en la escuela no era muy abundante ni tampoco muy buena, y los envíos que llegaban de casa siempre eran bienvenidos. Los palomos del convento, que se contaban por cientos, también contribuían involuntariamente a paliar las ganas de comer. Si el hambre apretaba porque se habían quedado castigados sin cenar, los chicos cazaban un par de tórtolos con suma facilidad, les retorcían el pescuezo, los desplumaban en los retretes y se los llevaban al cocinero, que por tres reales, los cocinaba. Todo a espaldas de los profesores, claro está.

“¡Chist...! ¡Cocinero! Dos palomos.”
“¿Con o sin *patatines* los queréis?”
“Con *patatines*, cocinerín, con *patatines*.”
Los chicos se pusieron a repasar lo que tenían para merendar aquella tarde de domingo.
“Bueno, aquí hay unos chorizos que sobraron de la semana pasada de Luis, algo de pan que quedó del desayuno de esta mañana y que Juanín consiguió de la cocina con su labia habitual, queso de un reciente envío de la madre de Pepe, unas sardinas de Adolfo”, paró para tomar aliento y poner una sonrisa en la boca, “una empanada recién llegada de Galicia…”
“Coño, Fermín, que mi pueblo no está en Galicia. Te voy a dar una hostia que vas a ir volando hasta allí para que lo veas tú mismo”, soltó Ramón. Todos rieron.
“…y unas manzanas que se agenció Pepe de la huerta de doña Remedios”.
“Joder, Pepe. Ya te quedaron ganas de ir allí otra vez…”, le dijo Luis, incrédulo.

Hacía una semana, cuando los chicos regresaban al seminario después de haber pasado el domingo deambulando por los montes, Luis, Ramón y Pepe decidieron entrar a asaltar las fresas que Remedios, la del Capellán, tenía en su huerta. La noche era muy oscura, ya que la luna se escondía detrás de las nubes que habían dejado bastante lluvia. Olía a tierra mojada, había silencio total. Los chicos avanzaron en silencio hasta que encontraron el cuadro donde Remedios tenía las fresas, que reconocieron por las flores blancas que destacaban en la penumbra. Una nube recorría el cielo y tras ella intentaba asomarse la luna. Se pusieron en cuclillas y, metiendo las manos bajo las hojas, palpaban la planta hasta que daban con la fruta, que estaba mojada y fresca: deliciosa. No habían terminado de tragar una fresa cuando ya se estaban metiendo la siguiente en la boca mientras, casi a ciegas, buscaban más bajo la planta. Les daba la risa y, con la boca llena, rezumando el dulce y fragante jugo de la fruta, resoplaban por las narices, nerviosos. Entonces Luis, de repente, se quedó inmóvil como una estatua, abrió los ojos como platos y se puso en pie como empujado por un resorte. Ahuecó la mano y se la llevó a la boca. Los otros dos levantaron la vista hacia él, e instintivamente miraron a su alrededor creyendo que habían sido descu- biertos. Todo parecía tranquilo. En el hueco de su mano, Luis vació el contenido de su boca. Justo en ese instante la nube que tapaba la luna se retiró completamente, y algo más de luz inundó la escena. Entre la masa viscosa que el chico había depositado en su mano, se movía una enorme babosa.
“¡Un *llimiago*!”, gritó. Con un movimiento casi mecánico, tiró el

contenido de su mano, que fue a caer en la cara de Ramón. Una arcada, y a continuación, una explosión de vómito que le hizo tambalearse. Ramón, que se había sentado y se limpiaba frenéticamente con las manos, sintió como una masa viscosa le llenaba la boca y allí mismo vomitó también sobre sus pantalones. Pepe, que había recibido la mayor parte de la vomitada de Luis a modo de lluvia, había logrado ponerse a cuatro patas y, en esa postura, vaciaba el contenido de su estómago con fuertes espasmos sobre las plantas de fresas. "¿Quién anda ahí…? ¿Quién va?" Los chicos, aún mareados y asqueados por lo ocurrido, se pusieron en pie y echaron a correr hacia la tapia y la saltaron. "¡A *on'* vais, mentecatos…! ¡Veréis como os coja…! ¡Mal *añu pa'* ti!" No pararon hasta llegar al río, donde se limpiaron como pudieron entre risas. Regresaron al seminario, empapados y muertos de frío. Luis terminó su relato entre fuertes risotadas.
Por fin, Fermín continuó con la tarea de inspeccionar los víveres.
"A ver esa empanada…", se calló apenas dos segundos, "…asturiana", dijo recalcando la última palabra bien, y echándole una sonrisa a Ramón, que le mostró un puño con cara de pocos amigos, y luego le sonrió, "pasadla *p'acá*, vamos a darle un tiento".
Desataron el cordel, desenvolvieron el paquete; relamiéndose, retiraron el papel de estraza y abrieron la caja de cartón en la que la empanada venía perfectamente bien protegida y que en algunas partes mostraba manchas de grasa. Al levantar la tapa los semblantes de Fermín y Pepe cambiaron súbitamente de alegría a decepción.
"¿Qué pasa?", quiso saber el Gallego, "¿a qué cuento esas caras?"
"¿De qué decías que era la empanada?, Ramón", le preguntó Pepe sin quitarle ojo al contenido de la caja, como si fuera a echar a andar.
"De chorizo, dice mi madre en la carta, ¿por qué?", contestó levantándose y dirigiéndose hacia los dos chicos a grandes zancadas.
"Bueno…", continuó Pepe, "a lo mejor podemos afeitarla", y empezó a rebuscar en su bolsillo la navaja.
Cuando Ramón se asomó para ver el contenido de la caja, vio que la empanada tenía unos pelos de moho de, al menos, un centímetro de alto, pero respiró aliviado.
"Joder, qué susto me disteis, cabrones, menudas caras que se os quedaron… Por un momento creí que mi madre me había mandado un brazo de mi hermana o algo peor", todos rieron. "No seas guarro, Pepe, guarda esa navaja. A ver si vamos a morirnos todos. Fijo que tiene unos gusanos como dedos", dijo con cara de asco. "Hay que tirarla".
-Bueno, pues con lo otro nos arreglamos", todos asintieron, y sonrieron muy contentos, encantados de tener aquellos momentos en solitario, lejos del seminario.

“*Angelus Domini nuntiavit Mariæ”*, empezó a decir Pepe, caminando a lo largo de la cabaña en clarísima imitación al padre Tomas, con los brazos en alto.
“Y me como un chorizo en el actooooo”, contestaron los demás entre risas, con el retintín de estar rezando el ángelus.
“Pepe y Fermín, ¿qué vais a hacer cuando terminéis?, les preguntó Luis con la boca llena de pan y queso, con la navaja abierta en la mano.
“Bueno, yo volveré a Llanes. Los estudios de cura no son para mí. Mi padre me ha pedido que termine aquí y así lo cumpliré. Mi sueño es aprender tecnología, pero avanzada, de radios. Ahí está el futuro. Llegará un día en que en cada hogar habrá una radio, ya veréis”, dijo Pepe sin dejar de masticar.
“Si hombre, y un auto. Pues sí que estás tú bien”, le contestó Juanín entre grandes risotadas. Los demás sonrieron, con pequeñas muecas, no queriéndole quitar la razón a Pepe completamente, pero sin ninguna certeza de que sus vaticinios pudieran cumplirse.
“Sí, sí… tú ríete, animal. Pero mira cómo ya se pueden oír conciertos del Teatro Real de Madrid, sin estar dentro”, soltó Pepe, “que los inventores son unos tipos muy inquietos, que no pueden estarse *paraos*. Que siempre andan a ver cómo pueden tirar un pedo más alto que otro. ¿Qué me dices de lo de hace dos años, cuando los americanos anunciaron el resultado de las elecciones por la radio, que hubo gente que ni tuvo que leer el periódico para enterarse?” Pepe se había levantado y llevaba las manos metidas en los bolsillos, caminando arriba y abajo, por la cabaña.
“¿Tú te imaginas si alguien consigue la tecnología para comercializar esos aparatos como para que haya uno en cada casa? ¿Os imagináis la de perras que se pueden hacer?” Con las manos hundidas en los bolsillos hasta las muñecas, Pepe miraba hacia el techo, ensimismado, como si estuviera viendo el dinero fluir por encima de su cabeza. Salió de su ensoñación y añadió: “No digo que lo vaya a inventar yo, pero ¿y si pongo un taller? El único taller de Llanes que arregle radios… Ese es mi sueño.”
“Joder, Pepe, para que haya suficientes radios para que tú hagas suficientes perras arreglándolas, antes las familias tienen que tener dinero para comprarse una… Tal como están las cosas aquí, te veo montando tu tienda de reparaciones en América”, dijo Fermín. “Este es un país atrasado, los únicos que tienen la comida asegurada son los ricos, y nada más. Nuestra industria es casi inexistente, tenemos que traerlo todo de fuera.”
“Mira los ingleses, nos están comprando carbón y mineral de hierro, sacado de nuestras minas. La industria minera está más fuerte que nunca”, apuntó Adolfo, un poco desafiante.

“¿De qué nos vale venderles materias primas a otros países, si luego ellos nos van a vender lo que sus industrias han hecho con ellas?” Mientras hablaba, Fermín encendió otro cigarrillo. “Sí, estamos vendiendo mineral de hierro y carbón a Inglaterra, y luego ellos nos venden un buque de guerra construido en sus propios astilleros con esos materiales. ¿Por qué no construir los buques aquí? Yo te voy a decir por qué”, siguió Fermín, acaloradamente, “porque no tenemos una industria lo suficientemente desarrollada, por eso. Seguimos empe- ñados en estar pegados a las tierras de labranza, al arado que trajeron los romanos hace más de mil años. Nada ha cambiado desde entonces. Tenemos que subirnos al tren de la modernidad, muchachos; si no, nos quedaremos en la estación y nos comerán los lobos.”

“Si no labramos la tierra, Fermín, ¿de qué vamos a vivir? ¿Qué comeremos? Ahí sí que vamos a ser pasto de los lobos”, dijo Luis.

“Yo no digo que dejemos de labrar la tierra, Luis, que no me queréis entender. Es solo que el sistema, tal cual está planteado, no funciona. Hay muchos terratenientes que son los que manejan la política en este país, y ellos son los que están poniendo trabas a la modernización y a la industria.

“Entonces, Fermín, ¿qué hacemos? ¿Les quitamos los terrenos? ¿Y a quién se los damos? ¿A los pobres? Mira la que hay montada en Rusia; todo empezó por ahí, por los campesinos sin tierra.” Pepe seguía de cerca lo que pasaba en Rusia, le parecía interesantísimo.

“Marx escribió su obra, que siguen al pie de la letra los soviéticos, para que la revolución se desarrollara en países altamente industrializados. Todos los ejemplos que pone en su libro están sacados de las centros fabriles de Gran Bretaña. Sin embargo, allí no se mueve ni una hoja, mientras que en Rusia ha habido una guerra civil que han ganado los comunistas, que han creado un estado socialista.” Fermín se dio cuenta de que todos le escuchaban atentamente, incluido Juanín, así que prosiguió: “¿Y por qué creéis que es eso? Porque Rusia tenía una sociedad anticuada, donde el campesinado estaba oprimido, y los terratenientes, los grandes terratenientes, eran los que manejaban la política y los que tenían el poder. Bueno, pues eso se acabó. Con el estallido de la Gran Guerra los campesinos aprovecharon la debilidad del zar para levantarse, hartos de trabajar para los señores, y el resto ya lo conocéis. Ahora parece que va ser el pueblo quien tenga el poder y será él el que dicte las leyes, colectivamente, sin distinción social. Y cuando se industrialice el país, será para beneficiar a toda la población; se hará colectivamente, para que todos salgan ganando, no sólo los capitalistas”, Fermín miró a un lado, apoyándose con ambos brazos estirados en el respaldo de una silla, poniéndose ligeramente de perfil con respecto a su audiencia, intentando parecerse al Lenin que había

visto en una foto de alguna revista en la que el líder soviético se estaba dirigiendo a una masa enfervorecida; incluso había considerado muy seriamente dejarse una perilla como la del ruso en cuanto se pudiera afeitar. Prosiguió: "La justicia social será una realidad, sin distinción de origen ni de clase y cada familia podrá enviar a sus hijos a estudiar, y habrá pan para todos, y trabajo para todos." Se hizo un silencio de unos dos o tres segundos.
Juanín rompió el silencio: "Joder, Pepe, me parece a mí que vas a tener que ir a arreglar radios a Rusia entonces; menuda arcadia", y todos rieron.
"Yo ya sé lo que va a hacer Fermín cuando salga de aquí", dijo Adolfo con una sonrisa en la boca.
"¿Qué?", preguntó Ramón.
"¡La revolucióooooon!", y se levantó y echó a correr derribándolo. Todos se tiraron encima y empezaron a pelearse entre risas y gritos.

La tarde pasó apaciblemente hasta la hora de recoger y regresar al seminario. Por el camino Luis hizo todo el trayecto de vuelta con Fermín. Cuando se quedaron un poco más rezagados, le dijo,
"Fermín, eso que nos contaste antes en la cabaña, sobre los señores y los trabajadores, yo ya lo había oído antes", dijo para darse importancia.
"Ah, ¿sí? ¿Y dónde lo oíste?", le contestó Fermín, mirando al frente y caminando a buen paso.
"Bueno, se lo oí a un trabajador de la mina, pero mi padre me aconsejó… bueno, me amenazó, que no prestara atención, que son paparruchadas, y…"
"Tú eres de pueblo, ¿no?, Montero"
"Sí, y a mucha honra", contestó Luis con tono dolido.
"No, hombre, no lo digo por insultarte. Los campesinos siempre sois más conservadores, sobre todo aquí en el norte, donde disfrutamos de algo de tierra, por poca que sea, para alimentar a nuestras familias. Pero en los centros de trabajo de Oviedo y Gijón, en las minas, en las grandes ciudades industrializadas, en el campo latifundista del sur, se está gestando un movimiento, lo que llaman la revolución social, para que haya igualdad entre todos los trabajadores, entre todos los hombres. En los pueblos estáis demasiado lejos de esas corrientes, y en este seminario, ni te cuento." Fermín se paró en seco y miró a Luis.
"¿Tú quieres saber más sobre la revolución?", le dijo bajando la voz.
Luis dudó un instante, aturdido por lo repentino de la pregunta. Y por fin contestó:
"Sí… como dice el padre Tomás, *el saber no ocupa lugar*", y no le quitó ojo al chico, tres años mayor que él.
"Bien", y Fermín le puso una mano en el hombro, "creo que me puedo

fiar de ti. Te voy a dar libros, revistas, panfletos, cosas para leer. Si hay algo que no entiendes, podemos discutirlo, pero no le digas nada a nadie, ni a Ramón. Aún no. La revolución no está muy bien vista por los curas, aunque mis lecturas provienen de uno de ellos, no te voy a decir cuál."

Las sienes de Luis palpitaban con tal estruendo que casi no podía oír lo que Fermín le estaba contando. Luis, entonces, vio en los ojos de su amigo un brillo que no había visto antes, o, tal vez, no se había fijado en él. Aquella fruta prohibida que era la revolución ya le estaba alertando los sentidos, le estaba ayudando a despertar instintos que no sabía ni que tenía. Casi sintió la sangre fluir por sus venas con más fuerza, con más brío ante la perspectiva de adentrarse en *terra ignota*. Le producía un nerviosismo y una excitación que no había sentido antes jamás.

"¡Eh! ¡Vosotros dos! Daos prisa que nos van a sancionar si llegamos tarde!" Oyeron la voz de Ramón a lo lejos. Fermín le tendió la mano a Luis, quien la apretó con fuerza, y así quedó zanjado el asunto. Los dos echaron a correr entre risas.

Durante los siguientes meses, Luis encontraba libros y revistas en los lugares más inesperados, y siempre sabía de dónde provenían. Los leía con fruición. Al principio no entendía casi nada, y tenía que preguntarle a Fermín continuamente. Su amigo le animaba a que siguiera leyendo, pero no solo las lecturas políticas que hablaban de la revolución. Le decía que el buen revolucionario tenía que saber de todo, y le daba largas charlas sobre la importancia del saber, cómo la revolución no podría triunfar en un pueblo sin cultura ni conocimientos. Poco a poco Luis fue haciéndose con el vocabulario de los comunistas: la clase opresora y la clase oprimida, los medios de producción, el mercado universal, los instrumentos de producción, los medios de comunicación, la burguesía, el capital. El invierno y la primavera pasaron entre lecturas revolucionarias y las propias del curso. Llegó mayo, con los exámenes finales, que eran ante un tribunal. Pepe y Fermín aprobaron y obtuvieron sendos títulos de bachiller. Todos los demás, incluido Luis, abandonaron el seminario a principios de junio, para pasar el verano en sus casas. Cuando Fermín salió del seminario, le prometió a Luis que seguiría enviándole lecturas revolucionarias cuando comenzase de nuevo el curso, lo cual cumplió. A la vuelta del verano, a mediados de septiembre, todos regresaron al seminario. Luis dejó a su familia con pena en Campomanes, sabiendo, además, que se iba y les dejaba con la necesidad de unos brazos extras para terminar con la siega, recoger el maíz, la patata y reunir el ganado disperso por los montes. La perspectiva de volver a ver a sus amigos le animaba, pero Fermín y él habían llegado a la conclusión de que ninguno de los otros sentía la

llama revolucionaria en su pecho como ellos. Luis había tanteado a su inseparable amigo Ramón, pero parecía que no estaba por la labor. Cuando regresó a Valdediós se sintió aislado. Siempre tenía esa sensación de soledad cuando regresaba, pero en apenas unas semanas se le pasaba. Aquel curso de 1924-1925 fue diferente. Su amigo Ramón se había enterado de sus gustos revolucio- narios y le había intentado convencer para que los aban- donase. Ramón no quería ser cura, pero la idea de una España sin Dios no tenía sentido para él. Ya no rezaban *de mentira* como antes. Un día que Luis empezó a contestar al ángelus con una de sus frases inventadas, Ramón dirigió la vista hacia él y lo hizo callar mirándolo con el ceño fruncido. Ramón le hablaba del fascismo, el nuevo movimiento que había surgido en Alemania y en Italia. Cuando se ponían a discutir, Ramón muchas veces se exasperaba intentando convencerlo de que, prácticamente, pensaban igual. Para Ramón el comu- nismo y el fascismo casi se tocaban, ya que ambas ideologías odiaban el capitalismo y despreciaban las democracias liberales, por encontrarlas decadentes. Sin embargo, Luis era consciente del anticomunismo de los fascistas, que no creían en la igualdad de clases. Y ahí los dos amigos eran irreconciliables. Lo habían discutido miles de veces. Cuando Luis sacaba a colación el anticlericalismo de los fascistas, Ramón argüía, con la cabeza alta, que cuando se creara un movimiento fascista en España en cuyas bases se incluyera la religión católica él y miles de jóvenes como él se harían fascistas, fascistas españoles.
"¿Y por qué no te haces comunista?", le contestó Luis, con tono desesperado.
"Ya te lo he dicho. No creen en Dios, quieren crear un estado sin religión. Eso es imposible."
"Pero…"
"Déjalo ya, Luis. Si queremos seguir siendo amigos debe- mos dejar de hablar de estas cosas."

La relación entre Luis y Ramón cada vez se hizo más tirante. Cuando estaban solos, la tensión era palpable. Se había convertido en una situación incómoda, por lo que dejaron de hacer cosas juntos. Pero Luis no se distanció sólo de Ramón. Poco a poco se fue dando cuenta de que estar con sus otros compañeros tampoco le apetecía. Cada vez buscaba más la soledad. Los días que había clases, realizaba sus quehaceres hablando solo lo justo. Los domingos salía al monte a caminar, solo, y regresaba poco antes de que sonase el toque de queda, agotado, después de deambular por aquellos parajes sombríos y solitarios. Llegó un momento en que ya no soportó más seguir en aquel lugar cerrado, apartado del resto de la humanidad, aislado en todos los sentidos del mundo de los hombres. Llegaban cartas de su casa, de su tío, de Fermín y paquetes con algo de comida y algún

dinero. Tenía la sensación de que el tiempo no pasaba, encerrado en aquel valle bucólico, sin más contacto con el exterior que las carretas que pasaban por la carretera los domingos. Las lecturas revolucionarias le estaban produciendo una necesidad irrefrenable de estar entre sus iguales. La educación que estaba recibiendo de los curas no carecía de valor, sí, Fermín tenía razón, pero aquel saber cada vez le parecía más monolítico, más innecesario. Quería sentir lo que sentían los traba- jadores, tomar parte de los acontecimientos cuando se desencadenase una revolución, luchar codo con codo con sus compañeros proletarios cuando se convirtiera en uno de ellos. Los continuos rezos le exasperaban, le parecían una pérdida de tiempo, cada vez sentía más adentro que no iban a ninguna parte, que nadie los escuchaba. Rogó a sus padres que lo sacaran de allí. Le mandó una carta a su tío Manolo, que era quien le había metido en aquel lugar, para que intercediera por él. Incluso le expuso a Fermín su manera de sentir. Todos ignoraron sus ruegos y peticiones, y le animaron para que aguantara los dos años y pico que le quedaban para terminar y salir de allí con el bachillerato.

Luis regresó a Campomanes, a casa de sus padres, en el verano de 1925. A mediados de septiem- bre, como en los cuatro años anteriores, se subió al tren que le llevaría a Oviedo, camino de Villaviciosa, para regresar al seminario. Cuando llegó a Oviedo, con su baúl, otro muchacho le ayudó a bajarlo del tren. Se quedó en el andén, hasta que este se vació de viajeros, inundado por un mar de dudas. Miró el reloj de la estación. Todavía tenía tres horas hasta que saliera el tren del ferrocarril Vasco-Asturiano, y tenía que llegar hasta allí. Se subió en el tranvía que le llevaba hasta la estación de vía estrecha de la calle Jovellanos. Dejó su baúl en la sala de equipajes, junto a la oficina del jefe de estación, y subió a la calle, a dar un paseo antes de que saliera el tren. Se acercó a la pastelería de Camilo de Blas, y pegó su nariz al escaparate para admirar las bandejas con los deliciosos pasteles: los famosos carbayones y las bombas de crema de aquella pastelería ovetense, los milhojas, las bandejas con pastas de té, y las elegantes bomboneras. Todo era tan bonito, tan frágil que parecía que se iba a romper sólo con mirarlo. Exquisito. Debió de quedarse un buen rato ensimismado, porque de repente sintió que alguien daba golpes en el cristal desde dentro. Era una de las dependientas, con su impecable delantal blanco almidonado, que le miraba con el ceño fruncido, haciéndole gestos con la mano para que se apartara, y se podía leer en sus labios “¡Aire, aire!”. Luis le sacó la lengua y salió de allí con paso firme. Decidió volver a la estación. Bajó las escaleras hasta la sala de espera, se quitó la boina y se sentó a esperar. Miró fijamente las agujas del reloj, lo despacio que avanzaban. Así sentía él que pasaban los días en el seminario. No

quería volver. Le invadió una sensación de agobio, sentía que se ahogaba. Pensó en todos sus hermanos, los echaba de menos. Todos estudiaban en las escuelas nocturnas de Campomanes. Él habría preferido estudiar allí, con ellos. Trabajar durante el día y estudiar por la noche, como un proletario que era. Le parecía que el tratamiento de señorito que estaba recibiendo no era justo. Se rio de ese pensamiento. Señorito. Menuda tontería acababa de pensar, y sonrió abiertamente de medio lado. Cualquiera que le viera con su boina y sus zapatos viejos, y esas manos llenas de callos, endurecidas por años de trabajos… Menudo señorito estaba hecho. Se acordó de la cara de pocos amigos de la dependienta de Camilo de Blas. Seguro que los señoritos de verdad comían dulces de esos todos los días. Tan sólo un par de veces había probado los pasteles de aquel establecimiento, en sendas ocasiones invitado por su tío Manolo, que les había llevado una bandeja a Campomanes. Aquellos dulces eran tan delicados, tenían un sabor tan exquisito, que había que comérselos callado, sentado, con pausa, saboreando cada mordisco. Había que sentir el merengue pegarse al paladar y, como una explosión, esparcirse por toda la boca, hasta los lugares más recónditos; las láminas del milhojas habían sido creadas, siempre decía él, para deshacerse en la boca lentamente y tragarlas con una buena dosis de crema pastelera, de la que rebosaba cuando uno mordía el exquisito pastel, recogiéndola del borde un poco rasposo de un lametazo. Abandonó sus pensamientos y se puso a mirar a la gente, que entraba y salía, e intentó dejar la mente en blanco. Por fin entró un hombre con uniforme azul que anunció la salida de su tren. Con su baúl se subió al vagón de tercera y el tren echó a andar. Cuando llegó al seminario era ya de noche y se le permitió comer en el refectorio algo que había traído de su casa: una tortilla, un poco de chorizo, un bollo de tocino y unas tajadas de queso. Tenía hambre. En cuanto terminó, se lavó la cara y el cuello y se aseó un poco el pelo. Se acostó.

El Día de Difuntos cayó en domingo. Toda la familia había ido a misa en Campomanes y después todos ellos tomaron un delicioso desayuno de huesos de santo que el tío Manolo había traído de Oviedo, y picatostes con chocolate caliente. Por la tarde subieron hasta el cementerio de Herías, a visitar la tumba de los abuelos, poner flores frescas y limpiar las lápidas. Cuando regresaban, caminando por la avenida de La Estación distinguieron una figura en la puerta de la casa. Estaba anocheciendo y no se veía bien. Parecía una persona, sentada en una caja o algo parecido. El perro de la familia, que caminaba junto a Mariano como siempre, echó a correr hacia la figura, y todos le vieron perfectamente, a pesar de la oscuridad, menear la cola y tenderle la pata al desconocido, que se agachó a acariciarle. Entonces Maruja dio un gritito y cogió a Angelines por el

brazo.
“¡Es Luis!”, dijo, y se tapó la boca, dando saltitos de nerviosismo.
“Ay, Dios mío”, acertó a decir su madre.
Cuando estuvieron cerca, Luis se levantó. Su padre se puso ante él.
“No me mire con esa cara, Padre, parece que haya visto usted un ánima.”

V

Oviedo (Asturias), diciembre de 1938

"¿Dónde está Manolín?" María mostraba preocupación en su cara, y se asomaba a la ventana del corredor con la esperanza de ver al niño bajar por la cuesta desde la carretera o ver su figura corriendo cerca de las vías del tren acompañado por Careta. Nada.

"No sé, Madre", contestó Anita. "Ya tenía que estar de vuelta con la vaca."

A María le inundó el recuerdo de la guerra, antes de la caída del Norte, y le dio un vuelco el corazón: aquel día del invierno de 1936 en que Manolín no había aparecido en todo el día y encontraron una nota sobre su cama diciendo que se había ido a Oviedo, a intentar pasarse con los nacionales, a luchar con sus hermanos. Al principio de la guerra toda la familia, menos Luis, estaba dentro de Oviedo, que se había sublevado, y que fue inmediatamente rodeada por fuerzas gubernamentales, y sitiada durante tres meses. Durante el sitio, en medio de la noche, la línea del frente sobrepasó la casa de la familia y al día siguiente amanecieron todos, menos Mariano, Cesáreo y Pepe, en territorio republicano. Tras algunas peripecias, lograron reunirse en casa de una hermana de María, en el pueblo de La Frecha, y ahí vivieron hasta que acabó la guerra en el norte.

Estando refugiados en La Frecha, un día después de la desaparición de Manolín, se acercaron Maruja y Quin a Oviedo, que seguía cercada por las tropas republicanas, a preguntar por él. Los de fuera del cerco, los gubernamentales, les dijeron que habían cambiado la compañía esa misma mañana y nadie les había dicho que hubieran visto a un chaval de doce merodeando por allí. Les indicaron dónde podían acercarse a parlamentar con los cercados, con los rebeldes. En ocasiones, a voces, se podían mantener conversaciones y se podía preguntar por familiares. Padre e hija se acercaron a aquel lugar que les indicaban, en lo alto de una pequeña colina. Era un promontorio,

fuertemente defendido con sacos terreros, alambre de espino y nidos de ametralladora de cemento, que se asomaba a la ciudad. Abajo, una vaguada, tierra de nadie; y al otro lado, frente a ellos, a unos treinta y cinco metros en línea recta, la posición del enemigo. Era un día soleado de enero, totalmente despejado de nubes, pero los débiles rayos apenas calentaban el gélido aire invernal. La torre totalmente destrozada de la catedral se erguía altiva entre el cogollo de casas, casi todas en ruinas por los continuos bombardeos. La torre de San Isidoro había sido volada también. Una débil columna de humo al norte de la ciudad quedaba como único vestigio de los recientes ataques a aquel sector. Era domingo y había silencio total. Quin y Maruja se miraron.
"¿Y qué decimos?", preguntó Quin al hombre que estaba con ellos.
"¿Cómo dices?, camarada", le preguntó el soldado de guardia levantando la vista de su periódico.
"Digo que cómo llamamos la atención del enemigo… para que me escuchen…. para preguntar por mi hijo, ya sabe." Y se corrigió a sí mismo: "Ya sabes, camarada".
El hombre se puso en pie y soltó el diario sobre una caja de munición soviética. Se puso las manos alrededor de la boca, inspiró y gritó: "¡Eh!... ¡Vosotros!... ¡Fascistas de mierda!" Miró a Maruja y a Quin, y añadió suavemente, ahora dicho con un tono como quien espera que le atiendan pronto en la cola de la administración: "A ver si hay suerte." Al cabo de un rato se oyó: "¿Qué tripa se os rompió?, rojos hijos de puta; me cago en vuestra madre", a gritos, en medio del silencio de la mañana.
"Ahí los tenéis", dijo el hombre con un gesto de misión cumplida. "Preguntad lo que queráis." Y tomó el periódico y se volvió a sentar.
Quin y su hija se miraron de nuevo. A Maruja le dio la risa de lo nerviosa que estaba. Se quedaron callados unos instantes, sin saber qué hacer. Por fin Quin reaccionó.
"¿Hay ahí alguien que se llame Manolo Montero?", gritó Quin.
"¿Quién coño lo quiere saber?", respondió la misma voz que antes se había cagado en las madres del enemigo.
Quin dudó unos instantes y gritó: "Lo quiere saber su padre, Francisco Montero Castañón, un servidor."
Silencio. Tal vez se oyó el trino de un pájaro, pero nada más. Pasaron algunos minutos.
"¡Aquí se pasó un valiente, Manolo Montero, hace dos días, para defender a España, cabrones de mierda, que os vamos a machacar a todos!"
"Podían ahorrarse los insultos, la verdad", dijo Quin para sí, aunque su hija y el soldado republicano del puesto lo oyeron perfectamente.
"Siempre nos hablamos así, camarada, no te lo tomes personalmente. Es más entretenido." Quin se encogió de hombros, y gritó hacia la

posición enemiga:
"¿Y está por ahí...?" Dudó qué decir. "¿Puedo verlo?" Silencio, que duró unos segundos, durante los cuales Quin y Maruja se quedaron en pie, de perfil, con la cabeza ligeramente levantada como para recibir mejor cualquier comunicación desde el otro lado.
"Pregúntale al cabrón del comandante si da autorización para intercambio de prensa", gritó el hombre desde el otro lado. Quin miró al soldado, que seguía leyendo.
"Dice que si dan autorización para intercambiar prensa", y Quin levantó los hombros incrédulo, sin entender muy bien qué había dicho.
"Ah, sí. Espera." El soldado se puso en pie y gritó hacia su puesto de mando, que estaba al pie del promontorio.
"Comandante, el enemigo solicita un alto el fuego para intercambiar prensa."
"Concedido", dijo en tono cansino una voz, que no se veía de donde salía, "y espera que va Quiñones con prensa nuestra."
El tal Quiñones apareció al cabo de unos minutos con un fardo de periódicos atado con cuerdas. Se puso el casco y subió al puesto donde estaban Quin, Maruja y el soldado, quien dio una orden gritada, soltó un toque de corneta y esperó a algo parecido desde el otro lado. Quiñones bajó hacia tierra de nadie. En medio de la vaguada se encontró con un soldado enemigo que había bajado del lado opuesto. Se intercambiaron los fardos de papel. Quiñones regresó sano y salvo. En la parte de arriba del paquete de prensa, en la primera hoja se podía leer: "Se pasó un flecha", en grande. Y más abajo: "Un niño grande que lleva en la frente claridades de héroe." Y un dibujo de Manolín, vestido con su uniforme de flecha de Falange.
A Quin, de repente, le ardió la sangre, y lo ridículo de la situación le golpeó como una bofetada en la cara. Allí estaban él y su hija Maruja, arriesgando la vida, buscando a aquel mocoso. Él mismo, que hacía escasamente tres meses había escapado en el último momento de las garras de la muerte cuando iba a ser paseado en Gijón por un grupo de anarquistas, y que sólo gracias a la intervención milagrosa de su hijo Luis, que se había quedado con los leales y resultó estar en un batallón de ametralladoras, había salvado su vida; él, que llevaba tres meses intentando pasar desapercibido; y aquí estaba, aireando su nombre a voz en grito en medio de aquellos que hacía apenas tres meses le llevaban al paredón. Verdaderamente, no se podía ser más imbécil.
"Pues dígale a mi hijo", gritó Quin hacia las líneas enemigas, fuera de sí, sin importarle si le oían o no, "que si no lo mata el enemigo lo mataré yo mismo cuando esta guerra de mierda acabe." Y soltó el periódico con rabia sobre la caja con inscripciones en cirílico.

"¡Padre!", dijo Maruja, y se volvió a reír, llevándose las manos a la boca.
"Adiós, joven… o camarada o lo que carajo sea", dijo Quin, y cogió a Maruja de la mano y tiró de ella colina abajo, para regresar con las noticias y tranquilizar a su esposa.

Pero ese día de diciembre de 1938 Manolín y la vaca Careta no aparecían. La guerra en el norte había acabado hacía poco más de un año. Los habitantes de Oviedo habían regresado a su ciudad, devastada por meses y meses de bombardeos continuos. Las tropas que habían estado defendiéndola habían sido ahora trasladadas a otros frentes del país, y los trabajos de reconstrucción avanzaban a duras penas por falta de brazos. Cesáreo, aquel hijo callado, tímido, siempre pegado a las faldas de su madre, un poco esquivo, que tenía fijación con las piedras, de las que atesoraba una colección de más de cien piezas, había muerto en el frente de Teruel, en el verano de aquel año. La guerra le había sacado a relucir su faceta de guerrero. Había resultado ser un soldado hábil y valiente, un luchador nato. Cuando cayó Gijón y se desmoronó el Frente Norte, se alistó a los Regulares. En seguida llegó al grado de sargento. Murió abatido por las balas de los brigadistas internacionales que defendían una posición cerca de Belchite en junio de 1938. Murió desangrado por el camino, en la ambulancia, antes de llegar al hospital más cercano, en Cella. Nada pudieron hacer por él. Cuatro meses después, su madre y su hermana fueron a sacar su cuerpo de la tumba en el suelo casi sin marcar donde estaba, y ponerlo en un nicho. El sepulturero y el capellán les habían aconsejado a las dos mujeres, totalmente vestidas de luto, que se pusieran un pañuelo en la nariz para mitigar el hedor del cuerpo en descomposición cuando lo desenterraran. Sacaron un frasquito de agua de colonia y dos pañuelos de la pequeña maleta que habían traído consigo en el tren desde Oviedo, en aquel tren que las había llevado por un país desolado, recorriendo unos paisajes lúgubres, abatidos por la guerra que aún no había terminado, golpeados por el hambre, la destrucción. El sepulturero clavó su triste pala en la tierra, endurecida por el frío intenso del mes de noviembre. Tras levantar una primera capa se vislumbró una plancha de madera de pino con el nombre de Cesáreo pintado a brochazos rápidos y no muy precisos, seguramente porque había muchos más que pintar ese día, y todos los días. Por fin lograron sacar la caja entera. Con la punta de la pala, el sepulturero levantó la tapa, desclavándola. Maruja apartó la mirada. María no. Bajo la tapa, un bulto envuelto en una sábana blanca, un sudario, con un nudo en los pies y otro en la cabeza. El capellán se llevó el pañuelo a la nariz y la boca, a pesar de que no había ningún olor especial. Maruja abrió los ojos. Aquel hombre fuerte, serio, soltó la pala y metió la mano en el bolsillo de sus raídos pantalones de pana

para sacar una navaja. Agarró un trozo de la tela, a la altura de lo que debía de ser la frente del cadáver, y la rasgó de arriba a abajo, con un sonido como arrancado de las entrañas de la tristeza, parecido a un plañir de miles de mujeres de uno y otro bando, de un país anegado en la sangre de sus hijos arrancados a la fuerza de sus brazos, antes de tiempo. Maruja volvió a esconder la cara en el hombro de su madre. Cesáreo sólo tenía 19 años. María reconoció el jersey que ella misma le había tejido. Debió de morir muy temprano por la mañana, cuando el sol de junio en aquellos cerros inhóspitos aún no calentaba aquella tierra ahora baldía, tan diferente a la verde Asturias, tan sobrecogedoramente árida. Le faltaba una mano, y tenía una pierna muy estropeada. Era él. En aquel amasijo de piel, carne podrida y huesos pudo reconocer la cara de su hijo, el más callado de los trece, el que más la necesitó siempre. María sacó una medalla y se la prendió al jersey, y le puso un rosario que Constante había enviado de Japón, en la mano que le quedaba. Maruja, que por fin pudo reunir fuerzas para mirar los restos de su querido hermano Cesáreo, tuvo que echar a correr y vomitar detrás de un murete. María esperó a que regresara, sacó su rosario y miró al capellán, que se apartó el pañuelo de la nariz; el sepulturero se quitó la gorra y rezaron. En menos de una hora ya estaba la caja con sus restos en un nicho con su nombre.
"Maruja… lo que más pena me da es dejarlo aquí, solo… tan lejos de nosotros."

Y Manolín y la vaca sin llegar. Salió a la calle, a esperarle. Ya era noche cerrada. Su vecina la vio, y le preguntó qué hacía. María le explicó.
"A Manolín lo vi yo hace horas meter a la vaca en el cercado que está junto al cementerio y luego ir a jugar al fútbol al campo del hospital de Llamaquique, con los hijos de Conchita y de Aquilina. Me extrañó que la metiera ahí, la verdad", dijo la vecina para tranquilizar a María. "Míralo, por ahí viene. No te preocupes, mujer, que no le va a pasar nada." Y se metió para su casa.
"¿De dónde vienes?, Manolo. ¿Tú no te has dado cuenta de la hora que es? Me vas a matar a disgustos." María no solía enfadarse con sus hijos varones, pero Manolín era mucho.
"De donde voy a venir, Madre. Ya lo sabe usted bien. De buscar a la vaca del campo, de pastar", mintió Manolín.
"Pues doña Paquita me acaba de decir que te vio jugando al fútbol… y la vaca… ¿dónde dejaste la vaca mientras jugabas?"
Manolín era un apasionado del fútbol. Una de las cosas que más le había molestado de la guerra había sido que se hubiera interrumpido la liga. El Real Oviedo, en 1936, contaba con un equipo de excepción, estaba a un paso de ganar la liga. ¿Quién en todo el país no había conocido antes de la contienda a la Delantera Eléctrica? Todos los

niños, todos, podían decir esos nombres de corrido: Casuco, Gallart, Lángara, Herrerita y Emilín. A Manolín le encantaba ir a pegar patadas al balón, y soñaba con, un día, convertirse en el máximo goleador de la liga española. Aquello de llevar la vaca Careta a los pastos comunales que estaban en el Naranco, junto al antiguo hospital de tuberculosos, interrumpía sus planes de futuro. Un día, subiendo al monte, exasperado por el lento caminar del animal, descubrió, junto al cementerio de San Pedro de los Arcos, un prado cerrado con una valla y con la hierba muy crecida, de un aspecto verdaderamente suculento. No se lo pensó dos veces. Dejó allí al animal, y se fue al antiguo campo de maniobras, donde sabía que algunos chavales de La Argañosa organizaban partidos electrizantes.

“Manolo”, insistió su madre, “te acabo de hacer una pregunta: ¿Dónde dejaste la vaca?” No le quedó más remedio que confesar. En mitad de la confesión, aparecieron Angelines y Pura, que venían de probarse sendos vestidos de novia, arreglados de unos que tenían antiguos del luto de Difuntos, con los que se iban a casar a finales de enero, las dos en una misma ceremonia.

“¿Que llevaste a la vaca a pastar a dónde?”, le recriminó Angelines, casi a gritos. “Ay, Dios mío, si eso es el cementerio de los moros… ¡Qué asco! Yo no vuelvo a probar ni una sola gota de leche de esa vaca.”

“Ni yo”, terció Pura. “Y verás Maruja cuando se entere…. y Adela… ¡Y Anita! No, a Anita mejor no le decimos nada, que le va a dar un telele.”

“Buena la has armado, Manolo. Verás cuando llegue tu padre. Vamos a tener que vender esa vaca. No sé si alguien querrá comprarla.”

VI

Oviedo (Asturias), enero de 1939

Pura y Angelines iban a casarse a finales de enero de aquel año de 1939 que acababa de empezar; las dos el mismo día. El novio de Pura era, según le habían contado las otras hermanas, muy guapo. Se llamaba Ángel. No se lo habían presentado porque era falangista, y no sabían si lo delataría a la policía. El novio de Angelines, Severino, era otra cosa. Trabajaba en las oficinas de la compañía ferroviaria. Allí había conocido a Angelines un poco antes de que estallase la guerra.

Severino sabía de la existencia de Luis, y que la familia lo tenía escondido, pero no le habían dado más detalles hasta que se decidió trasladarlo a Oviedo para que un médico lo viera. Severino les había puesto en contacto con él. El médico se llamaba Juan Hernando. Desde La Frecha, donde llevaba escondido un año, Luis había llegado a Oviedo a finales de noviembre para ser atendido, aquejado de una especie de sarpullido que le salía por todo el cuerpo y le atormentaba. El doctor Hernando, que en realidad era dentista, le recomendó, primero, unas friegas con pomada de zinc, compresas calientes y baños con crema de aloe. Pero nada funcionó. El sarpullido seguía allí. En todo caso, más rojo, más vivo.

Severino a veces subía a hablar con Luis al desván de la casa de sus padres, junto a la estación. Un día le prometió que le llevaría una radio de galena. Antes de la guerra Severino había montado un pequeño taller en el chalé de su madre, que estaba junto a los antiguos depósitos de agua de la ciudad. Su madre, viuda, aceptaba huéspedes. En los bajos de aquel chalé Severino tenía su taller. Cada vez le llevaban más radios para arreglar. Hasta se había convertido en proveedor de aquellos modernos artilugios que tanto gustaban. Cuando salía del trabajo en la Estación del Norte, en su pequeño taller, pasaba horas destripando aquellos cacharros. Pero con el estallido de la guerra todo había desaparecido. El chalé quedó

totalmente destruido por los bombardeos. La madre se refugió en Llanos de Somerón en casa de unos familiares. Pedro, el hermano pequeño de Severino, había ido durante la guerra a Gijón, donde se le aceptó como oficinista en Socorro Rojo; y Severino logró pasarse de nuevo a Oviedo, con los nacionales. Cuando Gijón cayó y los que habían estado sitiados en Oviedo por fin pudieron salir libremente, Severino compró una bandeja de los famo- sos pasteles de crema en Camilo de Blas y fue hasta La Frecha a casa de su novia, Angelines, y le dijo:

“Aquí te traigo unas bombas de Oviedo.” El matrimonio entre Severino y Angelines quedó apalabrado aquel día.

El aparato de radio que Severino le había llevado a Luis había obrado milagros en el enfermo. Su estado de nerviosismo había disminuido y con él, el sarpullido. Podía informarse de cómo avanzaba la guerra, sin necesidad de oírlo de boca de otros. Aquello le había tranquilizado, a pesar de que era claro que la guerra estaba perdida. Fue entonces cuando comenzó a plantearse la posibilidad de salir de España.

“Luis, tu hermana Angelines y yo podemos ir hasta Irún de viaje de novios, con el pretexto de ir a visitar a algún familiar. Ya lo hemos hablado y los dos estamos dispuestos a ello. A ver cómo está la situación. Podemos buscar algún punto de apoyo, preparar tu huida.”

Luis caminaba arriba y abajo por aquel desván, como un tigre enjaulado, fumando sin parar.

“¿Y cómo voy a llegar hasta allí? Todo es territorio nacional.”

“Bueno, puedes coger un tren. No necesitas permiso para sacar un billete. Seguro que tu hermano Mariano puede hacer algo para que pases desapercibido, vamos, para que el revisor del tren te ignore."

“Tenía que haberme ido con Cagancho, cuando él salió de aquí con los nacionales con intención de pasarse a los nuestros. Nunca debí escuchar a mi madre.” Luis ya había perdido la cuenta de cuántas veces había dicho, pensado, soñado, gritado esas mismas palabras.

“No pienses en eso ahora, Luis.”

“Ya lo sé, Severino. Pero ya no aguanto más aquí encerrado.”

El sarpullido había mejorado considerablemente. Proba- blemente el estado de ansiedad y nervios que había sufrido en La Frecha era lo que se lo había producido. Los minutos, las horas, los días: parecía que no pasaban. Era angustioso. Hubo temporadas en las que práctica- mente no veía la luz del sol, encerrado en el establo. En Oviedo, por lo menos, leía la prensa todos los días, tenía una radio, veía a sus hermanos y, a través de un agujero que había hecho en la pared, hasta podía ver las vías del tren.

Severino se levantó mirando el reloj, y cogió su chaqueta y empezó a ponérsela, en ademán de marcharse.

“Veo que te mantienes ocupado. ¿Qué haces?”
“Unos costureros. Uno para Angelines, otro para Pura. Son mi regalo de bodas.” Luis se acercó hacia los proyectos.
“¿Ves? Levantas la tapa y tienes todo este espacio para guardar todos los chismes de costura. Y así”, y tomó una silla y se sentó “a la altura de los codos para que puedan apoyarse y no se tengan que agachar a coger nada”, y simuló estar cosiendo y abrió la tapa para demostrar lo cómodos que eran. “Los hago los dos idénticos para que no haya problemas”, y sonrió.
“Seguro que les encanta a las dos. Me marcho. ¿Necesitas algo?, y Severino agarró el pomo de la puerta para salir.”
“No. Sólo que os deis un paseo por la ciudad y penséis en mí.”
“Eso está hecho. Adiós.”
Luis se tiró en la cama. “Eso sí que me apetecería”, pensó. “Ir a dar un paseo al aire libre, sin miedo a ser reconocido”. Sólo en una ocasión se había atrevido a salir de la cuadra donde estaba escondido en La Frecha. Una noche no aguantó más y se escapó. Fue caminando hasta Campomanes, cuatro kilómetros, igual que había hecho tantas veces de niño. La luna no era muy grande, hacía mucho frío y era más de la una de la noche. No había cuidado. Llegó a buen paso hasta las afueras del pueblo, se subió a un muro de una finca que estaba en lo alto de un camino y se quedó sentado un largo rato a contemplar el valle. Cuando el frío se hizo insufrible, bajó de un salto de nuevo al camino y regresó a su escondite.

Pero él desearía salir en pleno día, por las calles de Oviedo, que tanto añoraba. No se había paseado por Uría desde el comienzo de la guerra, cuando los nacionales se hicieron fuertes en ella y no se rindieron, a pesar de los continuos y salvajes ataques. Gijón no era lo mismo. Desde luego la playa y la proximidad del mar le daban una luz que Oviedo no tenía. Pero los vetustos edificios, las estrechas callejuelas medievales, la muralla, las vistas magníficas al Aramo y al Naranco de su Oviedo del alma brillaban por su ausencia en la Gijón industrial y llana. Durante la guerra, en una de las ocasiones que había estado en Gijón descansando fue cuando se enteró de que a su familia en Oviedo le había pasado la línea del frente en octubre del 36. Fue a las oficinas del cuartel de reemplazo de su batallón, el antiguo club de regatas, y preguntó por ellos. De los hombres, sólo habían hecho prisioneros a su padre y a los dos hermanos menores; Matías, que tenía catorce años, y Manolo, que tenía once. Su madre y sus hermanas también habían caído en manos de los republicanos. Con un par de telefonazos logró que se tramitara la puesta en libertad de los pequeños y de las mujeres. Pero su padre estaba preso en la Iglesiona, en Gijón, desde hacía dos días. Allí llevaban a los que iban a pasear.

“Camarada, busca a Pérez y personaos inmediatamente en la Iglesiona, armados con fusiles semiautomáticos. Esperadme en la puerta.”
“Sí, camarada”, y Rodríguez se llevó un puño a la gorra.
Montero cogió su gorra y salió a buen paso de la oficina, camino del despacho de Juan Ambou, que estaba allí mismo, al otro lado del patio central del palacio.
Dio dos golpecitos con sus nudillos sobre el marco de la puerta, que estaba abierta.
“¿Me das tu permiso?, camarada.” Montero se plantó de pie, bajo el dintel de la puerta del despacho que ocupaba Juan Ambou. Este levantó la cabeza.
“Pasa, Montero. Pasa y cierra la puerta.”
“Juan, necesito tu ayuda urgente. Mi padre está preso. La línea del frente les ha pasado en Oviedo y lo tienen encerrado aquí en la Iglesiona. Necesito una orden firmada por ti exigiendo su liberación inmediata.”
Juan Ambou le miró a los ojos, aquellos ojos pequeños, marrones, vivarachos, tan expresivos. Los suyos, en cambio, tan azules, de largas pestañas, que no necesitaban más expresión que su sola existencia, tan exótica, para salirse con la suya. Estuvo callado unos segundos. Ninguno de los dos apartó la mirada. Juan recordó cómo Angelines, la hermana de Luis, nunca quiso hablarle, ni ir a pasear con él. Aquella mujer le volvía loco. Su pelo negro rizado, sus ojos negros, aquella nariz recta y elegante, la piel tersa y blanca; admiraba de ella la alegría que despedía y la chispa que tenía al hablar. Sabía que era una mujer trabajadora, fuerte, inteligente, que podría hacer feliz a cualquier revolucionario. Pero ella no quería ni oír hablar de él. Luis había intentado en numerosas ocasiones conven- cerla para que saliera a dar un paseo con él; a Juan le constaba que Luis se había esforzado en convencer a su hermana. Pero Angelines nunca accedió. Él sabía que había sido su padre el culpable, que no veía bien que su hija saliese con un rojo, y por eso no le tenía mucha simpatía. Pero cuando tuvo que escapar de Oviedo, después de que fracasara la revolución del 34, Quin había hecho la vista gorda cuando lo vio subido en el tren que había de sacarle hacia Irún. Quin le vio perfectamente, sentado en el vagón de primera, disfrazado de señorito, detrás del periódico que fingía leer para pasar desapercibido mientras el tren salía lentamente de la estación. Y no le había delatado. Podía haber parado el tren, haber hecho entrar a la Guardia Civil apostada a lo largo del andén, y no lo había hecho.
“¿Cómo es el nombre completo de tu padre?”, y abrió un cajón en busca de un papel con el membrete del Departamento de Guerra, lo metió en la máquina de escribir y con fuertes golpes de tecla escribió

la orden. Sacó una pluma, firmó y estampó el sello: “Consejo de Asturias y León. Departamento de Guerra.” Se lo entregó a Luis, que salió corriendo de allí apresuradamente, con apenas tiempo de decir: “Gracias, camarada. Te debo una.”

En la puerta de la Iglesiona le estaban esperando Rodríguez y el capitán Pérez, imponentes con sus fusiles. Los tres hombres entraron. Luis se presentó ante el guardia, le dio los buenos días y le mostró el papel. Aquel hombre miró la orden escrita, y luego al cabo y al capitán con sus ametralladoras; volvió a mirar a Luis, que no sonreía.

“Seguidme”, les dijo.

Se colocó en lo que era el crucero de la iglesia, que había sido convertida en cárcel. Todas sus imágenes habían sido arrancadas, destruidas. Aún olía a chamuscado de las quemas de altares y otros pertrechos sacros que los revolucionarios habían provocado en el interior del templo. Los bonitos frescos que cubrían las paredes alrededor del altar mayor estaban desconchados, con marcas de bala y de metralla, de humo, e incluso de pintura. Había montones de escombros pegados a la pared. Los bancos se usaban de improvisadas camas, y estaban dispuestos de cualquier manera por toda la amplia estancia. Había muy poca luz. Las vidrieras habían sido cubiertas con sacos terreros para evitar que se rompieran durante los bombardeos. El templo ofrecía un aspecto desolador, lleno de hombres, muchos de ellos heridos, algunos moribundos por las palizas a las que habían sido sometidos. Aquel guardia se situó donde confluían las naves de la iglesia, bajo un pequeño haz de luz que se proyectaba sobre el suelo. Miró el papel que llevaba entre las manos y gritó:

“Persónese el camarada Francisco Montero Castañón inmediatamente.”

Murmullos. Gritos de agonía ahogados entre los presos.

De entre toda aquella masa informe de hombres de diferentes edades y procedencias, unos sentados, otros de pie, otros más acostados sobre el suelo, en los bancos, hacinados de cualquier manera, surgió Quin, caminando lentamente. Parecía mucho más viejo.

“Presente”, dijo sin titubear.

El guardia se apartó y la luz cayó sobre Luis. Quin soltó un pequeño grito de sorpresa, pero no se movió ni dijo nada más. Luis se acercó a su padre y le dijo:

“Acompáñanos, camarada”, y caminó con él a lo largo de la nave. Detrás de ellos iban los dos hombres armados, y el guardia.

Los que se quedaban allí les gritaban:

“¿A dónde os lo lleváis?, sinvergüenzas.”

“¿No veis que es un hombre mayor…? Podría ser vuestro padre.”

“¡Desgraciados!”

El guarda se volvió y gritó:

"¡Silencio…! ¡Silencio he dicho, hijos de puta! ¡Me cago en Dios!" Varios hombres armados con porras entraron casi corriendo hasta donde estaban los presos y empezaron a soltar golpes, a diestro y siniestro.

Luis y su comitiva alcanzaron la calle. Luis se despidió de los dos hombres armados dándoles las gracias y caminó con su padre calle abajo, sin decir nada, bajo la lluvia que había comenzado a caer. Dieron la vuelta a la esquina y se fundieron en un abrazo. Ambos hombres lloraban.

"Gracias, hijo… me has salvado la vida… Gracias."

"Padre… Padre… cómo me alegro de haber llegado a tiempo… Perdóneme, Padre… perdóneme…"

"No, hijo… no hay nada que perdonar… no hay nada que perdonar…. Que Dios te bendiga."

Luis se levantó de la cama de su pequeño refugio en el desván de la casa de sus padres en Oviedo, buscó la cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Se puso a buscar por la radio algo para escuchar que le tranquilizase. Encontró una emisora que ponía música americana de las películas del momento… "Esos tipos serán unos capitalistas, pero haciendo películas son únicos", pensó Luis. Escuchando a Fred Astaire cantar aquellas canciones que sabía Dios lo que decían, se acordó de Cagancho. ¿Qué sería de él? La de veces que habían ido al cine a ver a aquellas películas, en las que aparecían aquellas mujeres tan hermosas, como si fueran diosas, perfectas, que tantas intentaban imitar y casi ninguna lo lograba. Aquellos tipos siempre se salían con la suya, a pesar de que eran bastante feos. Un buen traje con un clavel en la solapa, un elegante par de zapatos, un piano siempre a mano, una terraza a la luz de la luna, y la dama caía a sus pies. Una vez se habían vestido así, clavel incluido, para ir a la boda de uno del taller. Se bañaron enteros aquel día, se pusieron agua de colonia y fijador en el pelo, bien peinado para atrás como los artistas, aunque los rizos rebeldes de Luis necesitaban una ración extra de aquel potingue. Le pidieron a uno de la estación que tenía una máquina de retratar que les sacase una instantánea. Ellos habrían sido más partidarios de sacarse las fotos dentro de la estación, en el vestíbulo principal, que era muy elegante. Pero el dueño del aparato insistía en que no había luz suficiente. Decidieron entonces ir a un descampado que había en un costado de la estación. Era un día de sol y Luis llevaba un traje oscuro, zapatos de dos colores estilo inglés, camisa blanca y una bonita corbata de seda negra de rayas blancas que sus hermanas, que trabajaban en una mercería del centro, le habían regalado; colocada con nudo ancho, como dictaba la moda en 1933. Para darse un aspecto desenfadado, decidieron sacarse la foto con un diario debajo del brazo. Primero Cagancho y luego él se

colocaron ante su amigo que les sacó una foto a cada uno, de cuerpo entero. Luis se rio, aquella tarde de finales de diciembre de 1938, acordándose de la decepción cuando los amigos vieron la foto revelada. Efectivamente, ambos hombres estaban bien elegantes, pero tras ellos salían dos tristes y miserables burros, con alforjas, atados a una valla de madera desvencijada y vieja. Luis quería tirar la foto, pero Victorina, su novia, le rogó que no lo hiciera, que a ella no le importaban los burros que aparecían en la parte de atrás. Le costó convencerle, porque era terco como una mula, pero al final accedió. Cuando Victorina murió en el hospital, sesenta años después, tenía esa misma foto entre las manos.

Durante la guerra, mientras estaba en el frente en la posición de Trubia en pleno invierno, antes de lanzar uno de los ataques más furibundos sobre Oviedo, había llegado una orden del Departamento de Propaganda para que se proyectaran dos películas rusas. Por tandas, sacaban a los hombres de sus posiciones y los llevaban a la retaguardia, lo más cerca posible de las líneas, para, en opinión del alto mando, subir la moral y darle alas al espíritu guerrero de los hombres tomando ejemplo del heroico pueblo ruso en su lucha por la libertad. Luis, como capitán ayudante, llevó al primer grupo de soldados de su batallón para ver *Los marinos de Kronstadt.* Bromeaban los hombres por el camino. Claramente era una novedad, salir de las trincheras para ir a ver una película. Cuando llegaron al cine de Trubia entraron y se sentaron entre grandes gritos y risotadas. Sobre el estrecho escenario, ante la cortina que tapaba la pantalla, había un micrófono. Salió un hombre bajito, regordete, calvo, con gafas redondas de montura metálica, que si no fuese por el uniforme de miliciano podría ser el mismísimo Aranda; tenía un papel en las manos. Se hizo el silencio con grandes esfuerzos por parte de los mandos que allí había. Por fin, aquel hombrecillo con una potente y grave voz que no iba con la imagen apocada, leyó a los soldados las conclusiones que debían sacar de la película y, tras una buena tanda de silbidos y pataleos, comenzó la proyección. La cinta estaba en ruso y ese mismo hombre que les había leído lo que debían aprender de la proyección soltaba algunas frases sueltas para ayudar a los hombres a entender lo que allí pasaba. En la historia, unos marinos bolcheviques debían defender la fortaleza de Kronstadt, a las puertas de Petrogrado, ante el ataque de las numero- sísimas tropas blancas. En una parte de la película, los aguerridos marinos rojos prefieren morir despeñados por un acantilado, al que son lanzados con piedras atadas al cuello, antes que caer prisioneros de los soldados blancos. A Luis, la primera vez que vio la película, le pareció que aquellos hombres morían como héroes. No entendió por qué los hombres se rieron tanto con la escena del marinero que lanzó al mar su guitarra antes de

tirarse él. La tercera vez que le tocó ver la película, no pudo evitar sonreírse cuando los hombres rieron con aprobación cuando uno de aquellos marinos logró salir a flote, a pesar del pesado lastre, y alguien entre el público gritó,
"¡Ahí sale uno! ¡A ver lo que tarda en salir el otro!" Y le contestó una voz:
"Espera, que está buscando la guitarra." Carcajadas.
También, en una de las ocasiones que pasaron *Chapáyev*, Luis fue testigo de algunos episodios insólitos entre los hombres, no exentos de humor. La película contaba la historia de las heroicas acciones en la guerra civil rusa de un guerrillero llamado Chapáyev, el cual, tras luchar por su cuenta, pasa a formar parte del ejército bajo la tutela del comisario político. En aquella cinta, lo que las altas estancias querían que el miliciano entendiese era la importancia de la figura del guerrillero, pero dentro del ejército, y cómo la organización del mismo se hacía fundamental. La primera vez que Luis llevó a los hombres de su batallón, no hubo grandes problemas. Sí que se le acercó al final uno de ellos, de origen campesino, y le pidió que le diera las gracias a los rusos por prohibir que se requisaran animales, y que le mandara una carta al comisario contándole los desórdenes que había en el pueblo de sus padres. Luis al principio no lo entendió, pero luego cayó en la cuenta de que aquel miliciano creía que aquello era un noticiario o algo parecido, y que Fúrmanov, el comisario de la película, vivía en Moscú. Lo peor fue la tercera vez que llevó un grupo de milicianos, porque muchos resultaron ser anarquistas. La película fue interrumpida con enérgicos gritos de "¡Muerte al comisario!", que costaron mucho acallar, y se armó una trifulca que casi terminó a golpes. Por fin se consiguió restituir el orden en la sala y la película continuó, pero se cortó antes de que acabase. Cuando Luis, que había visto la cinta en ocasiones anteriores, preguntó que por qué se había hecho eso, le contestaron los de Propaganda que los combatientes jóvenes no podían aceptar la muerte de Chapáyev, y habían planteado sus dudas: "¿Para qué combatir como un valiente si te vas a morir?"
Aquella tarde noche en el escondite de casa de sus padres, escuchando por la radio la meliflua voz de Bing Crosby cantar *Dulce Leilani* con gorgoritos imposibles al estilo del Pacífico Sur, acompañado por unos ukeleles, Luis pensó que, en vez de aquellas películas soviéticas, cuánto más les habría gustado una película de Chaplin a aquellos hombres cansados, hastiados de la lucha, comidos por los piojos, faltos de sueño, de descanso, de una buena comida, que caminaban con la muerte en los talones; cuánto habrían apreciado una película divertida, o un concierto, o una ronda de pasteles y chocolate caliente, o de vino. "Leilani", repitió en voz alta, mirando al techo tumbado boca arriba. ¿Quién podría llamarse así? Tenía que ser el nombre de

una mujer. Aunque a él le parecía más bien un nombre para una perra, o una vaca. “Leilani… El nombrecito tiene guasa.” Se durmió.

VII

Oviedo (Asturias), septiembre de 1939

Las tres mujeres están en la sala, que da a la calle, en el primer piso del edificio. Las persianas están subidas, ya que el sol ha recorrido el cielo y ahora pega contra el costado oeste de la vivienda. Las ventanas están abiertas y la brisa mueve los visillos blancos, que llegan hasta el suelo. Es una cálida tarde de principios de septiembre. Angelines está embarazada, aunque aún no se le nota mucho. Está sentada en un sillón orejero marrón, junto a la ventana, tejiendo un jerseycito, seguramente para el bebé. Lleva un vestido blanco con lunares granates, de manga corta, al que ha tenido que alterar la cintura para podérselo poner. Luce el pelo peinado a lo Concha Piquer, carmín rojo en los labios. Es una mujer guapa, de vivos ojos marrones. Maruja, su hermana, ha ganado algo de peso, pero aún le queda mucho por engordar para volver a la normalidad. Lleva una blusa blanca con un gran lazo sobre el escote, y una falda negra de tablas. Tiene el pelo, muy liso y muy negro, peinado en un favorecedor moño alto. Carmín en los labios, también se trata de una mujer bella, aunque con un toque de tristeza. Está recostada en un tresillo. Se ha quitado los zapatos, y está sentada sobre un costado, las piernas en ángulo, con un diario en una mano. La tercera mujer, Victorina, está haciendo ojales en una camisa de hombre. Con la labor apoyada sobre su regazo, tiene la espalda encorvada, la cabeza baja, que parece que esté rezando. Lleva un vestido negro de media manga y escote cuadrado, muy sencillo. La única nota de color en ella la da un broche de tela en forma de flor de color morado. Lleva el pelo trigueño peinado en un sencillo moño sobre la nuca. La cara limpia, con sus grandes ojos color miel mirando desde detrás de las gafas para no perder la hebra. Es media tarde, y sobre pequeñas mesitas junto al asiento de cada mujer hay una taza de café.

“¿Y qué va a pasar ahora con la guerra en Europa? Nosotros estamos en las últimas. ¿Qué decían en Fuenterrabía?, Maruja.”

“Chica, pues qué van a decir; nada. El día que yo regre- saba en el tren, de los retiros espirituales, ya sabes”, Maruja levantó las cejas en ademán de complicidad, “en la estación de Irún no se hablaba de otra cosa. Que si al otro lado del puente internacional había mucho movimiento, que si el ejército estaba movilizado, que si iban a empezar a repartir máscaras de gas entre la población… No sé…. Mucha confusión.”
“Espero que Luis esté bien”, murmura Victorina sin quitar ojo a los ojales a medio hacer. Maruja y Angelines se miran.
“Victorina, ¿quieres que te cuente cómo pasó todo?” Maruja la mira con pena.
Angelines, que sabe que Victorina no la ve, sacude la cabeza en ademán negativo y se lleva el dedo índice a los labios, frunciendo el ceño.
Maruja en un tono muy suave dice muy seria: “Tiene derecho a saberlo… ¿Quieres los detalles?, Victorina.”
Victorina ya no cose ojales, pero su mirada sigue sobre ellos. Asiente con la cabeza sin levantar la mirada.
“Salimos en el tren de Madrid, como sabes, con los billetes de favor que Mariano, mi hermano, nos había conseguido. Llegamos a Venta de Baños de madrugada y nos cambiamos al tren de Irún. El interventor, que conoce a mi padre y a mis hermanos, Villalaín se llama, hizo la vista gorda.”
“Maruja, por el Amor de Dios, ¡baja la voz!” Angelines se levanta y cierra la ventana.
Victorina empieza a coser otra vez, y escucha sin levantar la mirada.
“Cuando llegamos a Irún nos hospedamos los tres en una fonda de uno que había estado represaliado y no hacía muchas preguntas. Luis y Cagancho se pusieron los uniformes de falangistas para levantar menos sospechas.”
Victorina se acuerda de cómo había bordado el yugo y las flechas rojos para el disfraz de Luis, y siente un calambre de placer al recordar cómo los había escupido cuando los hubo acabado.
“Salimos a dar un paseo por la orilla del río, con una cámara de fotos al cuello y todo, como si fuéramos auténticos turistas.” Maruja sonríe.
“¡Este Luis! Lo tenía todo perfectamente planeado”. Angelines dibujó una sonrisa en sus labios al hablar; una mano sobre su barriga.
“Cagancho empezó a hablar con un cura, que era de Basauri, muy charlatán. Les tenías que haber oído… a Luis, sobre todo, contándole cómo habían defendido Oviedo contra los ataques de los rojos… cómo habían luchado hasta el último hombre. Poniendo al general Aranda poco más que en los altares….Era para morirse de risa.”
“Tantas veces lo oyó contar a sus hermanos cuando estuvo aquí escondido que al final se lo aprendió de memoria, el pobre.” Por fin

Victorina dice algo, con media sonrisa en la boca.
“Paseamos arriba y abajo por la orilla izquierda del río Bidasoa, en compañía del cura y hasta estuvimos hablando con un soldado que estaba de puesto; ya sabéis, de guardia. Era muy parlanchín y yo creo que se confió con la presencia del cura. El caso es que en seguida nos contó cómo estaba montada la vigilancia en el puente internacional, y que a las nueve de la noche la reforzaban.”
“Bueno, apremia que va a venir Severino y no quiere que se hable del tema”, le riñe Angelines.
“El caso es que al día siguiente decidieron pasar. Fue el día antes de que se declarara la guerra en Francia. Un poco antes de que se reforzara la guardia, cruzaron el río a nado entre los dos puestos de aduanas. Me dijeron que cuando llegaran al otro lado moverían unas plantas de maíz altas que había en un sembrado.”
“¿Y las viste moverse?” Angelines tira del ovillo para liberar lana.
“Claro, tonta, ¿no ves que os mandé el telegrama?”
“¿Qué telegrama?”, pregunta Victorina cortando una hebra de hilo con los dientes.
“Uno que dijo Madre que mandara si todo salía sin novedad. Puse: *“Todos bien. Niños aprobado examen.”*
“Que lista eres, Maruja… y qué valiente. Yo no me habría atrevido.” Victorina por fin la mira a la cara.
“Calla, boba. Pues claro que te habrías atrevido si hubiera sido tu hermano.”
“O tu marido”, le contesta Angelines. Y en seguida se arrepiente de haber hecho ese comentario.
“Bueno, ya sabéis lo que piensa Luis; que vendrá a buscarme cuando…” Pero Victorina no se atreve a terminar la frase. Las dos hermanas son sus buenas amigas, y saben cómo piensa ella, pero es muy peligroso decir *cuando se vaya Franco*, incluso entre amigos, incluso en familia. En su lugar termina la frase diciendo: “…cuando vuelva.”
Las tres mujeres se quedan en silencio un rato. Es un silencio incómodo.
“Hace calor. Voy a abrir para que entre algo de brisa”. Y Angelines se levanta, va hacia la ventana y la abre.
“¿Queréis que os lea unas esquelas?” Maruja hojea el periódico.
“Sí, pero de la prensa de Madrid, que no conocemos a nadie… y son más elegantes”, pide Angelines, que se endereza un poco como para oír mejor. El sillón acepta el movimiento de la mujer con un leve crujido.
“Por mí, bien”, dice Victorina con desgana, aunque, en el fondo, le encanta leer las esquelas. Si es una persona mayor, no las suele terminar de leer, porque es ley de vida y a todos les llega su hora. Si

es un hombre, siempre lee entre líneas e intenta adivinar si había sido buen marido, o buen padre en esta vida que abandona. Si la esquela reza *su apenada esposa*, siempre cabe la posibilidad de que, efectivamente, esta se haya quedado triste y desconsolada. Aunque muchas veces, cree ella, la pena es más bien derivada del número de hijos que deja sin pan. Eso sí que es una razón por la que quedarse *apenada*. Se imagina a los mayores poniéndose a trabajar en fábricas y talleres o de sirvientas, convir- tiéndose en hombres y mujeres de la noche a la mañana. Pero si la esquela es de una mujer joven que deja esposo e hijos, esas son las que más congoja le dan y siempre las lee hasta el final, para ver quiénes se quedan en este mundo echándola de menos. Se los imagina en el cementerio, ante una tumba de mármol blanca, muy tristes; el hombre con un ramo de claveles rojos que deja sobre la lápida, los niños arropados por una abuela o una tía, sin entender muy bien qué pasa los más jóvenes, y muy apenados y llorosos los mayores. Si la mujer solo deja esposo, entonces piensa que a lo mejor este se queda hasta contento de haberse quedado viudo y poder buscarse una mujer más joven, o más guapa. Se lo imagina en casa, sentado en su sillón favorito, con los pies encima de la mesa de café, fumando un puro con una sonrisa de oreja a oreja, releyendo la esquela sin dar crédito a su buena suerte.

Por fin Maruja encuentra la página con las esquelas. Carraspea y empieza a leer: "*Tercer aniversario de la señora Doña María de la Asunción Palacios y Moratín, viuda de F. Thorton.*" El apellido anglosajón lo lee sin fricatizar la *th*: "Torton", con cierta dificultad.

"¡Uy, esta estaba casada con un extranjero! Por qué no se iría con él a su país cuando estalló la guerra?"

"Chica, pues a lo mejor no pudo; si era viuda…. Mucha gente se quedó encerrada en Madrid, sin poder salir. A ver, sigue", Angelines la apremia.

"*Dio su vida por Dios y por España, a los veinticuatro años de edad…*"

"¡Qué joven!… para ser viuda… y para morirse… Pobre", murmura Angelines.

"*…vilmente asesinada por las hordas marxistas en la Curva de la Muerte…*"

"Menudos nombrecitos que se gastan en Madrid", masculla Victorina.

"*… Dehesa de la Villa,*" recalca Maruja, "entre paréntesis", esto dicho un poco más alto con cierta vehemencia y levantando la vista del diario para mirar a Victorina, "*el día 6 de septiembre de 1936, habiendo sido sacada de su domicilio el día 5 del mismo mes.*" Las tres mujeres se quedan en silencio.

"Por lo menos no pasó por la cárcel", murmura Maruja en voz baja. Se oye pasar por la calle un carro tirado por lo que suena como el trote de un burro.

“¿Por qué no nos lees otra cosa?, Maruja”, pide Angelines con voz disgustada.
“A ver…” Maruja pasa hojas. “*Peregrinación madrileña a pie a Zaragoza.* ¡Jesús, María y José! ¡Qué paliza!”
“Eso, eso… Léenos eso”, dice Angelines.
“*La salida de Madrid será el próximo martes”*, comienza a leer en la sala Maruja. Pero Victorina ya no la escucha. Victorina está con Luis, la tarde que se despidieron. Lo fue a ver al desván de la casa de sus padres, donde llevaba escondido meses. María, la madre de Luis, la recibió en la puerta de la casa y la acompañó hasta arriba del todo.
“La señal de siempre en caso de peligro”, le dijo, y bajó las escaleras en silencio.
Cuando Victorina entró, Luis estaba de pie secándose la cara con un paño. La habitación estaba limpia y ordenada. Al fondo de la estancia, la cama hecha, a pesar de que nadie iba a dormir en ella esa noche. Sobre la mesa, a la izquierda de Victorina, unos libros y papeles, y un cenicero. Abierta sobre la única silla de la estancia, una maleta pequeña contenía unas prendas de vestir dobladas y unos zapatos. Junto a la silla, en el suelo, descansaba una radio. En el tocador, en la bacía, había agua turbia. Luis acababa de afeitarse, y la navaja estaba abierta sobre la pequeña repisa de mármol que tenía el tocador, secándose. Luis se dio la vuelta con el paño sobre las mejillas y sonrió al ver a Victorina.
“*…una peregrinación compuesta por centenares de personas…”* El ronroneo de la voz de Maruja continuaba.
“¿Has venido a despedirte?”
“A ver… ¿A qué si no?”, contestó Victorina con cierta ironía. Dio un paso. “¿Estás seguro de que quieres salir?”
Luis dejó la toalla sobre el respaldo de la silla. Cerró la navaja, la envolvió en una toalla limpia y seca y la metió en la maleta. Por fin habló.
“Ya sabes cómo pienso yo, Victorina. Ya sabes que esta no es la España que yo quiero y…”
“Pero es la España que hay, Luis”, le interrumpió sin ocultar su enfado. “Es la España que ganó la guerra..." Se le quebró la voz. Respiró hondo. "Y ahora Hitler. ¿Qué vas a hacer en Francia?, Luis. Es cuestión de tiempo que el continente entero esté en guerra. Ya leíste la prensa. ¿Y qué vas a hacer allí? Tú solo, sin conocer a nadie…”
“Luchar, Victorina, seguir luchando.”
“Luchar… ¿Pero tú te das cuenta de lo que estás diciendo?, Luis… Luchar”, repitió con sarcasmo y rabia. “¿Con qué armas?, si se puede saber. ¿Con qué ejército? ¿Con los españoles que están allí padeciendo hambre y piojos? ¿Con los que ya llevan tres años de lucha a sus espaldas y que los franceses tienen encerrados en campos? ¿Y de

dónde van a sacar las fuerzas? ¿Y las ganas?” Las palabras de Victorina se ahogaron en su propio llanto.
“*…dicha peregrinación está acompañada en su itinerario por una ambulancia…”*
“¿Por qué no te rindes?, Luis. ¿Por qué tienes que seguir insistiendo? ¿Por qué?” Ahora Victorina lloraba. Lloraba con rabia. Colocó las manos como si fuera a rezar y escondió su nariz en la apertura de los dedos índices, con los pulgares siguiendo la línea de su mandíbula. Se giró para tapar el llanto, dándole la espalda a Luis.
Luis se quedó en pie, junto a la maleta, mirando a Victorina, con incredulidad. Ella había venido a convencerle para que se quedara. Casi le daban ganas de reírse. Ya lo habían intentado su madre y todos sus hermanos. Habían ido al gobierno civil a pedir informes sobre su conducta durante la guerra. No existían denuncias contra él, por lo que le contaron, ni pesaba sobre él ninguna reclamación grave. Había alcanzado el grado de capitán ayudante y había sido juez de un tribunal popular, donde había actuado, creía él, con ecuanimidad. Pero las rencillas, los odios, las venganzas, las envidias se escondían bien, sobrevivían a las guerras y resurgían cuando sus portadores estaban en la posición de fuerza, como un virus, y sabían esperar al momento oportuno para saltar al ataque. No, él no podía quedarse en España ni un día más. Desde Valencia, Cagancho, que había atravesado el país en tren milagrosamente desapercibido, al día siguiente de que cayera la ciudad, le había convencido de que tenían que salir de España, que la guerra ya estaba definitivamente perdida. Llevaban meses preparando la huida, escondidos por sus respectivas familias.
“*…se recuerda a los peregrinos que el día 12 han de estar en la plaza de Manuel Becerra…”*
Victorina lloraba en silencio. Su espalda iba dando pequeñas sacudidas con el llanto, lo cual la delataba. Luis se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. Ella, rápidamente, sacó un pañuelo y se limpió la nariz. Luis la forzó a girarse. Ahora sus caras estaban una frente a la otra. Luis puso sus manos en la cadera de Victorina, y su cuerpo se puso tenso con el inesperado gesto.
“Ven conmigo”, le susurró. “En una hora podemos estar casados; saldríamos de aquí como marido y mujer. Nunca te lo habría pedido sin esa condición. Podemos empezar de nuevo en Francia, lejos de todo esto.”
Victorina bajó la cabeza. ¡Cuántas veces había soñado ser la esposa de Luis! ¡Cuántas veces se había imaginado que Luis le pedía que se casaran! Pero no así, aprisa y corriendo, como dos fugitivos, abandonando los lugares y a las personas que conocían y querían. Ella no podía dejar a su madre sola. Ambas vivían del trabajo de modista

de Victorina. Su hermana Rosario acababa de casarse y tenía su propia casa que atender. ¿Qué sería de su madre si ella se iba? Además, iban llegando historias terribles del exilio: campos de internamiento, hambre, fatiga, miseria. Ella ya había pasado por algo parecido y por nada del mundo querría volver a padecerlo, ¡y en Francia!, que les había recibido como a criminales. ¿Qué iba a hacer allí sola si la separaban de Luis? No. No tenía ni el valor ni la fuerza.

‘*…se ruega a los hombres que van a tomar parte en la peregrinación…*’

Luis le besó la cabeza y ella levantó la cara. Se miraron. Luis la besó en los labios. Ella se dejó llevar. Sintió la lengua de Luis metiéndose en su boca y en seguida intentó apartarse. Luis la miró fijamente, y deslizó un brazo por detrás de su cintura atrayéndola hacia sí. Victorina no opuso resistencia. Sus labios se volvieron a juntar, y esta vez ella dejó que la lengua de Luis buscara y encontrara la suya, dispuesta. Victorina nunca había besado a un hombre de esta manera. El mundo de las relaciones físicas entre un hombre y una mujer era completamente nuevo para ella, como un territorio sin mapas. Había oído historias cuando trabajó en la fábrica de planchadora, a otras mujeres, un poco descaradas. Había intentado no escucharlas, pero la curiosidad era más fuerte. Las frases le habían llegado cortadas entre los resoplidos del vapor de las planchas, así que algunos detalles quedaron como acciones imposibles llevadas a cabo con partes del cuerpo que no se atrevía ni a nombrar a solas ante el espejo; frases que solo recordarlas la hacían ruborizar. Pero en cuanto a experiencia personal, nada. Sintió como si tuviera una mosca en el estómago, que quisiera salir por su ombligo. ¿O era un enjambre? Fue un beso largo y concienzudo. Luis empezó a besarle la mejilla, luego el cuello. Pero ella agarró su cara con ambas manos y la atrajo hacia la suya, buscando sus labios. No quería que aquella sensación, que ahora se propagaba por todo su cuerpo, parase. Luis tampoco tenía mucha experiencia. Las historias que contaban los hombres en el taller sobre sus visitas a los burdeles, las fanfarronadas de algunos parroquianos del chigre del ateneo, besos robados a alguna mujer durante la siega eran sus únicas experiencias íntimas con el otro sexo. Luis bajó las manos a sus nalgas, y las apretó, llevando su cuerpo con más fuerza hacia sí. Metió una mano debajo de su falda, subiéndola delicadamente por su muslo. Encontró el cierre de su liguero, rodeó la parte de atrás del muslo de Victorina e introdujo su mano bajo su ropa interior, desesperado por sentir su piel. Luis dio tres pasos, haciéndola caminar de espaldas, como dos bailarines, sin dejar de besarla ni de tocarla, y delicadamente la apoyó contra la pared. Ella instintivamente levantó una pierna y rodeó con ella la cadera de Luis. Con la mano que tenía libre, comenzó a desabrochar la blusa de Victorina. Le besaba el cuello, y después el escote. Ella comenzó a sacar la camisa

de Luis del pantalón hasta que consiguió meter sus dos manos que desesperadamente corrían arriba y abajo por su espalda. Luis había conseguido liberar los pechos de Victorina y los devoraba, los pezones duros y pequeños. Entonces Luis la levantó, y ella rodeó la cintura de Luis con ambas piernas. Luis dio unos pasos y la sentó sobre el borde de la mesa. Se miraron por un instante. ¿De dónde salía esta fuerza que ahora los unía de esta manera? ¿Cómo era posible que hubieran estado durante años, viéndose prácticamente todos los días, habiendo ignorado esta nueva dimensión de su relación que acababan de descubrir? ¿Cómo es que no se dieron cuenta, cómo no vieron crecer esta marea que ahora se desataba, acumulándose durante los años, escondida? ¿Por qué ahora, que les quedaba tan poco tiempo? Con ambas manos ahora libres, Luis las deslizó por los muslos de Victorina subiendo su falda, hasta que esta quedó arrebujada a la altura de su cadera, tiró de la ropa interior de Victorina. Luis se puso de rodillas y comenzó a besar la cara interna de su muslo derecho, comenzando desde la rodilla. A medida que avanzaba, la espalda de Victorina se iba arqueando hacia atrás, dejando caer su cabeza, sus pechos blancos perfecta- mente visibles entre la abertura de su blusa. Los muslos de Victorina se iban volviendo cada vez más carnosos, la piel más blanca y más tierna, más suave cuanto más subía por su muslo. Ella abrió las piernas un poco más. Luis se incorporó. Miró a Victorina, y poniendo sus manos a la altura de los riñones, la llevó hacia sí. Ella le envolvió con sus piernas. El enjambre de moscas era un león; no, un dragón, que la quemaba por dentro con un calor maravilloso. Hicieron el amor sobre aquella mesa en silencio. Solo se oía el leve roce de la ropa, el casi imperceptible ruido que produce la carne contra la carne, el tintineo de las medallas a cada sacudida de los cuerpos.

“…el núcleo principal de la tercera peregrinación madrileña…”

Cuando el fuego desapareció, Luis le pidió otra vez que se marchara con él. Victorina lo apartó suavemente, se puso de pie y le dio la espalda, inundada por la vergüen- za, mientras se arreglaba la ropa y el pelo, sin querer mirarlo, sin contestar. Sonaron pasos en las escaleras.

“Luis, si de verdad me quieres ya sabes dónde estoy”. Y le besó en la palma de la mano antes de soltarle y separarse de él unos pasos.

Mirándola fijamente, casi en su susurro, le dijo: “Volveré, Victorina, te lo juro. Volveré a por ti.”

La puerta se abrió. “Cagancho está aquí.”

“Dile que suba. Yo ya estoy preparado.”

“Espera, bajo contigo, Mariano. Adiós, Luis. Buena suerte.”

VIII

Hendaya, Francia, septiembre de 1939

Cuando llegaron a la otra orilla del río era de noche. Había sido mucho más fácil de lo que creían, y sospechaban que encontrarían algún impedimento. Afortunadamente la noche era cálida y bastante oscura. Se tendieron entre la yerba crecida a recuperar el alien- to, en silencio, un minuto escaso. Entonces Luis se acordó: “La señal”. Y se incorporó. A apenas cinco metros había un maizal que llegaba a la orilla misma del río. Se introdujo por entre las verdes plantas y avanzó escondido por el follaje hasta casi la orilla, teniendo cuidado de quedar bien resguardado. Todas las plantas superaban su altura. Miró hacia arriba buscando las que sobresaliesen más. Se situó entre las dos que parecían más altas, agarró un grueso tallo con cada mano, los brazos en cruz, y sacudió con ímpetu. A juzgar por el ruido y la conmoción, Maruja tenía que haber visto perfectamente las plantas moverse desde la otra orilla. Luis se sintió satisfecho y, por miedo a armar demasiado revuelo, decidió no repetir la operación. Regresó donde estaba Cagancho y se introdujeron en una zona boscosa. Allí se quitaron los calzoncillos mojados y se pusieron la ropa seca que habían atado a la cabeza bajo la barbilla con el cinturón para la travesía. No se oía ningún ruido, solamente los grillos, y se adivinaba un ligero resplandor proveniente, seguramente, de los focos del puesto de la frontera. Decidieron atravesar la mancha boscosa con la esperanza de encontrar un camino o una carretera. Cuando llevaban caminando unos veinte minutos por fin oyeron el ruido de un motor acercándose y alejándose. Una carretera. Avanzaron en la oscuridad hasta que la encontraron. No parecía que estuviera muy transitada. Ocultos por los árboles, caminaron paralelos a la carretera, con el río a su derecha, en dirección contraria al puesto fronterizo. Sentían hambre y ganas de fumar, pero no tenían qué llevarse a la boca. Habían cruzado a Francia con solo lo puesto. Tras mucho caminar,

empezaron a sentirse fatigados y decidieron buscar un sitio donde dormir. En un claro entre los árboles dieron con unas rocas tras las cuales quedaban ocultos si alguien pasaba cerca, a no ser que las rodeasen completamente. Se acurrucaron el uno contra el otro, pues la noche se había vuelto algo más fresca, y se durmieron.

"*Allez… reveillez-vous!*" Un silbido, como quien llama a un perro… "*Allez… connards!*" Por fin Luis se despertó y sintió el frío acero del filo de una bayoneta en su cuello. Confuso, con la tenue luz de la madrugada, abrió bien los ojos sin atreverse a moverse y vio que Cagancho tenía otra bayoneta en la mejilla.

"*Espagnols?*", dijo el más joven. Luis afirmó con la cabeza. Los hombres se retiraron unos pasos, sin dejar de apuntarles, y les conminaron a que se levantasen. Cagancho y Luis se pusieron en pie con las manos en alto. Uno de los gendarmes se acercó a ellos y les cacheó.

"*Rien…*" Se miró las manos… "*Comme ils sont sales les espagnols…*" Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se limpió las manos con cara de asco. Los gendarmes intercambiaron unas frases en francés que ninguno de los dos hombres comprendió. Con la culata del fusil, uno de los franceses golpeó a Luis en el hombro pero sin fuerza. "*Allez… marchez!*" Y con un movimiento de cabeza les señaló la dirección en la que debían caminar. Así, encañonados por dos fusiles, llegaron hasta un camión que estaba al borde de la carretera, con un tercer gendarme al volante. Mientras uno de los policías franceses les apuntaba con el fusil, otro les esposaba las manos a la espalda, y el que estaba al volante se bajó para abrir las puertas de furgón.

"*Montez!*" Y con otro movimiento de cabeza les indicó que subieran.

"¿Dónde nos llevarán estos cabrones?", dijo Cagancho, en la oscuridad del furgón.

"No sé. Sólo espero que no nos crucen la frontera. Entonces estamos perdidos." Luis se quedó en silencio unos instantes. "No nos pueden devolver a España. No tenemos pasaportes, ni papeles. No saben quiénes somos, no saben nuestros nombres, ni de dónde veni- mos. Todo les es desconocido. No digas nada, Cagancho. Cuando nos pregunten nos hacemos los tontos."

Cagancho sintió pánico. Tragó saliva y apoyó la cabeza contra la pared del furgón. El hambre que había sentido se había esfumado, y ahora tenía un nudo en el estómago que le llegaba hasta la garganta.

"Bien, Montero. Eso haremos, amigo." Y cerró los ojos el resto del trayecto.

No había pasado mucho tiempo cuando el furgón se paró; la luz que inundó el habitáculo en el que estaban los dos hombres les deslumbró unos instantes. Escucharon unas voces: *"Allez… descendez."* A través de la apertura se veía a los dos hombres que les habían capturado

caminar hacia el edificio que tenía una bandera francesa ondeando y debajo un cartel con las palabras *Gendarmerie Nationale* escrito en grande.
"Aún estamos en Francia, Cagancho. Recuerda, ni una palabra", consiguió decir Luis antes de que les bajaran del furgón, al pie del cual les esperaban otros dos hombres de uniforme.
"¿Son ustedes españoles?', preguntó uno de los hombres con un acento francés muy marcado. Luis y Cagancho se miraron sin decir nada. El policía francés hizo un gesto con la mano y comenzó a caminar. Los dos hombres le siguieron. Cerraba la comitiva otro gendarme, que les apuntaba con un fusil. Por una puerta lateral del edificio se les condujo por un pasillo con puertas a derecha e izquierda. El gendarme traspasó un arco que se abría a la izquierda y bajó unas escaleras. En el piso inferior había una enorme reja, ante la que estaba sentado otro gendarme. Este se levantó de la silla y abrió el cerrojo con una llave. Los dos hombres fueron introducidos en una gran sala con catres alineados contra la pared. Allí se sentaron a esperar. Al cabo de dos horas se oyeron voces. Dos hombres esposados fueron introducidos en la celda. Eran españoles. Cagancho y Luis no lo sabían, pero Francia y el Reino Unido habían declarado la guerra a Hitler. Los recién llegados, dos navarros que habían cruzado por el mismo sitio que Luis y Cagancho de madrugada, les informaron.
"No nos devolverán a España. Nos van a usar como mano de obra barata para sus fortificaciones, estos cabrones, ya veréis."
Pasaron dos horas más y apareció el carcelero con un caldero humeante y cuatro cuencos. Sirvió cuatro raciones generosas de sopa de cebolla y le dio un trozo de pan a cada hombre. Todos comieron con gana. Por la tarde apareció el policía que les había hablado esa misma mañana. Desde el otro lado de la verja se les tomó declaración, uno por uno; un policía más joven escribía los datos, traducidos por su superior. Esa misma noche fueron llevados, esposados, a un camión que les condujo a la estación de tren, donde se les liberó de las esposas pero se les encerró en un vagón de pasajeros. Viajaron toda la noche parando infinidad de veces. Parecía que aquel tren no tuviera prisa en llevarles a su destino. No se les había informado de adónde iban, pero no les importaba mientras la estación terminal no estuviera en España.
Luis cerró los ojos y se imaginó las piezas del motor funcionando: el carbón que al calentar el agua produce vapor; este recorre un circuito que desemboca en un cilindro que, a su vez, empuja un pistón que mueve la rueda. Cuando el pistón alcanza el extremo del cilindro, se abre la válvula de salida y el pistón regresa a su situación original empujado por la rueda. Al final de este recorrido del cilindro, se cierra la válvula de salida y se abre otra vez la válvula de entrada, lo cual permite que el ciclo comience de nuevo. Se dio cuenta de que pensar

en ello le relajaba, le ayudaba a no acordarse de su casa, mientras las ruedas giraban sobre los raíles, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. De madrugada llegaron al destino final: Oloron-Sainte-Marie, en los Pirineos Atlánticos. En camiones se les llevó al campo de internamiento de Gurs.

El campo era grande, y estaba atravesado por una carretera. Luis calculó que tendría unos dos kilómetros de largo por medio kilómetro de ancho. Los hombres fueron recibidos en uno de los edificios de la entrada que albergaban las oficinas, se les inscribió y se les adjudicó una barraca. Luis y Cagancho no fueron separados.

Cuando Cagancho y Luis entraron con una manta cada uno en la barraca que se les había asignado, parecía que estaba desierta. Tardaron un poco en acostumbrar sus retinas a la oscuridad reinante. Había varios montones de paja cubiertos a modo de camas, cuerdas suspendidas desordenadamente a lo largo de las paredes, de las que colgaban ropas como puestas a secar. La barraca no tenía ventanas ni ningún tipo de ventilación y había un fuerte olor acre. Miraron a su alrededor buscando un sitio libre donde instalarse.

"Todos han salido a disfrutar del sol. ¿Sois nuevos?", les preguntó una voz que salía del fondo de la barraca.

"Sí", contestó Cagancho, al aire, entreabriendo sus ojos como para ver la cara del que les hablaba.

"¿De dónde sois?", siguió interrogándoles aquella voz.

"¿Quién lo quiere saber?" Cagancho no soportaba a los cotillas, aunque la figura de este empezaba a aparecer por fin, nítida, ante sus ojos.

"Bueno, no es para ponerse así. Aquí estamos todos igual, no vamos a ningún lado, pero todos venimos de algún sitio. Yo soy Vázquez, de Teruel, de la 130 Brigada Mixta, batallón 519." Y siguió leyendo lo que parecía un periódico, tirado sobre unas mantas que descansaban sobre un montón de paja.

Cagancho se quedó pensativo unos instantes.

"¿Pero vosotros no salisteis por Barcelona, después de lo del Ebro? ¿Qué haces aquí?"

"¿Y quién lo quiere saber?" El aragonés sonrió triunfante apartando el periódico hacia un lado y le guiñó un ojo a un estupefacto Cagancho, que no se esperaba tal contestación.

"Yo soy Montero, y él es Cagancho. Somos asturianos."

"Asturianos, ¿eh? Hay muchos de los vuestros aquí, casi todos comunistas. Se reúnen en las barracas M. ¿De dónde salís?" El hombre se quitó las gafas de cristales redondos que llevaba.

"Cruzamos el Bidasoa hace dos noches, nos apresaron y aquí estamos."

"No se está mal aquí, dentro de lo que cabe, claro. ¿Qué oficio teníais antes… vamos, antes de la guerra? A algunos se los llevan a trabajar.

Vienen patrones de empresas y los sacan. Es una esclavitud, ya os imagináis, las pagas son ridículas. Yo, en mi otra vida, era maestro, así que no valgo para nada.” Y arqueó las dos cejas y las bajó y las levantó dando vueltas a los ojos al estilo Groucho Marx. Luis y Cagancho se miraron, sin saber muy bien qué pensar.
“¿Dónde está todo el mundo?”, preguntó Luis mientras estiraba su manta en un espacio libre del suelo.
“Los que consiguen trabajo salen temprano, al amanecer, especialmente los labradores. A esos les van a tener ocupados por lo menos un mes largo hasta que termine la época de la cosecha. Los que hemos logrado escurrir el bulto andamos por donde queremos. Los hay que hacen reuniones políticas; los hay que juegan al ajedrez; también hay músicos que practican detrás de las barracas A; hay quien simplemente duerme, o lee”. Y mostró su periódico a los dos hombres.
“¿Y las comidas?”, preguntó Cagancho, que tenía un hambre cegadora.
“Bueno, si a eso que nos dan se le puede llamar comida…” El hombre miró su reloj y añadió: “Dentro de dos horas pasará un camión por la carretera central que distribuye bazofia; sí… eso es, pura bazofia incomible. Es la única comida que nos dan. Hay un mercado que funciona muy bien a través de las alambradas, con los habitantes de los pueblos cercanos, si tenéis algo que vender. Al principio venían mujeres de asociaciones benéficas, de la parroquia y esas cosas, que repartían comida y ropa, gratis. Las chicas jóvenes del lugar ayudaban y hasta surgieron amoríos… ya sabéis…. entre alguna lugareña y alguno de nuestros muchachos… Pero en cuanto estalló la guerra, ¡puf!, casi dos milenios de caridad cristiana volatilizados: ya no más comidas gratis repartidas por las dadivosas damas locales; ahora son las mismas pero”, e hizo un gesto donde golpeaba los nudillos de la mano derecha sobre la palma abierta de la izquierda, “a pagárselo.”

Gracias a Vázquez y a su increíble elocuencia aprendieron unas cuantas cosas sobre Gurs allí mismo. La vida en el campo era tranquila. Había una oficina postal que, con la conveniente censura, permitía enviar cartas a casa y recibirlas; incluso llegaban paquetes con cosas que en ocasiones se podían intercambiar por otros productos de necesidad. El campo no tenía agua corriente ni sistema de alcantarillado y, al estar construido sobre un terreno muy arcilloso, cuando llovía se montaban tales barrizales que el tránsito era prácticamente imposible. Los hombres hacían sus necesidades en unos retretes que estaban situados sobre unas grandes bañeras que cuando se llenaban se cargaban en carros y se vaciaban lejos del campo. Los internos se lavaban en una especie de pesebres de madera que se llenaban de agua y esta luego se vaciaba. La vigilancia y el orden en el campo corrían a cargo de soldados del ejército francés, gendarmes y

guardias móviles. Todo el campo estaba rodeado de alambradas, y aunque no había torres de vigía con soldados apostados tras unas armas automáticas dispuestos a disparar sobre cualquiera que intentase escapar, la evasión era casi imposible. ¿Dónde iban a ir los huidos? Los que lo habían intentado habían sido capturados de nuevo sin grandes esfuerzos; incluso algunos habían regresado al campo al darse cuenta de que no había dónde ir. Aunque tratados como animales por la falta de higiene, de comidas decentes y de libertad, al menos estaban todos reunidos y, llegado el momento, ante la incertidumbre del desarrollo de los acontecimientos, podrían tal vez hacer un frente común y salvar el pellejo, una vez más. Eso les contó Vázquez. Al final de su largo discurso les ofreció unos cuantos cigarrillos y una lata de sardinas con un guiño.
"¿Dónde dices que se reúnen los asturianos?", le preguntó Luis, deseoso de salir a investigar el lugar por su cuenta tras haber obtenido toda aquella información del maño.
"En las barracas M, en los números 13 o 14; siempre hay alguno por allí. Tengo entendido que hacen muchas reuniones políticas. Yo pertenecí a la UGT, y coqueteé con el PCE en el 37 y acabé la guerra porque era mi obligación. Cuando cayó Barcelona conseguí llegar a Pamplona, a casa de unos familiares, y allí estuve escondido. Crucé los Pirineos andando y caí aquí. Ya no le presto atención a la política. Me aburre. Si perdimos la guerra fue porque ni nosotros mismos, la izquierda, nos pusimos de acuerdo."
"Gracias por las sardinas y los cigarrillos, amigo." Cagancho decidió cortar por lo sano antes de que Vázquez comenzase un nuevo discurso. "Vamos a ver si encontramos a algún viejo camarada. Nunca se sabe."
"Salud, entonces, compañeros. Buena suerte."
Luis y Cagancho salieron de la barraca bastante animados. Con todo lo que habían aprendido, tres cigarrillos en el bolsillo de la camisa, unas cuantas sardinas en el estómago y el cálido sol de la mañana acariciando sus caras, les parecía que no todo iba a ir tan mal. Por fin llegaron a las barracas M, y buscaron los números 13 y 14, como les había indicado el bueno de Vázquez. Había dos hombres jugando al ajedrez y algunos más mirando. Luis y Cagancho se pararon un momento a mirar antes de preguntar por los asturianos. Pero uno se quedó mirando a Luis y le preguntó: "¿Tú no eres Montero, de la 199 Mixta?"
"¡Coño, Félix!" El hombre se levantó y le dio un abrazo a Montero con fuertes palmetadas en la espalda. Los dos hombres se separaron y se quedaron mirándose, incrédulos. "¿Cuánto tiempo llevas aquí?, camarada". Félix le miró fijamente a los ojos, con la esperanza de adivinar si Luis aún estaba en el partido o no. "Acabamos de llegar, esta misma mañana... ¡Qué suerte haberme encontrado contigo! ¡Ya

estoy otra vez entre camaradas!" Esta vez fue Luis quien buscó en los ojos de Félix algún vestigio de aceptación. Los hombres, que seguían agarrados por los hombros, a un brazo de distancia el uno del otro, apretaron con fuerza sus manos sobre los hombros del contrario como para afirmar su conformidad mutua y se soltaron. "¿Quién es?", preguntó Félix mirando a Cagancho, que había encendido su primer cigarrillo en casi tres días. "Cagancho, un buen amigo y camarada, casi un hermano. Creo que no lo llegaste a conocer porque él estaba con la división de Claudio Martín, de enlace, en Avilés, en el batallón de ametralladoras." Félix le tendió una mano, y Cagancho la apretó con fuerza, sin decir nada.

"Tendréis hambre, ¿eh?, camaradas. ¿Cuándo fue la última vez que comisteis?" Félix, estirando un brazo, les invitó a que se sentaran en unas planchas de madera que habían sido convertidas en una larga mesa con bancos corridos. Fueron llegando hombres, poco a poco. En unos minutos había sobre la mesa pan, carne guisada que podía ser conejo o gato, unas coles hervidas con cebolla y zanahorias y unas cuantas manzanas. "Comed. Ahora os explicaré cómo funciona este campo." Montero y Cagancho comieron con ganas, pero sin quitar ojo a los demás, para tener una idea de las porciones que se adjudicaba cada hombre, como se había hecho en el frente durante la guerra, con la intención de no comer ni más ni menos que los demás.

"Montero… no me puedo creer que hayas llegado hasta aquí… Las vueltas que da la vida, ¿eh?, camarada." Y Félix se metió un trozo de pan en la boca.

"Lo último que supe de ti y de los otros del comité provincial fue que llegasteis a El Musel y conseguisteis embarcar". Montero rebañaba con un trozo de pan mientras hablaba. "¿Cómo salisteis?"

"No te lo vas a creer, pero nos rescataron los ingleses", dijo Félix pasándose la lengua por la base de los molares inferiores en busca de restos de pan. "Salimos de Gijón y cuando estábamos a una buena distancia apareció el Cervera… ¡Chico! Tenías que haber visto a los socialistas tirar las armas por la borda y colgarse rosarios", rió Félix. "Entonces el capitán puso proa a toda máquina hacia un carguero inglés que nos hacía señas. Nos apostamos junto a él y todos conseguimos pasarnos al carguero, mientras un buque de guerra, inglés también, vigilaba. Luego nos enteramos de que el Cervera había pedido que parase el trasbordo de hombres, pero el inglés le obligó a permanecer a un lado y no interferir. Fue apoteósico, chico. Nos abrazábamos y dábamos vivas al rey de Inglaterra." Félix contaba la historia con fuertes y vigorosos gestos. "Nos desembarcaron en Burdeos, y de allí, a bordo de trenes, nos llevaron encerrados a La Junquera. Un viaje criminal, chico. Cuando pasamos a Cataluña, otra vez al frente, y otra derrota más. Y aquí estamos; yo desde abril.

Figúrate, una eternidad.”
“¿Y cómo conseguís esta comida? Porque, según nos contó Vázquez, lo que dan aquí es pura bazofia.” Cagancho se había recostado contra la pared y hablaba con los ojos entreabiertos, dejando que el sol le calentara el rostro.
“Bueno, de eso os iba a hablar ahora. Montero, yo te conozco bien y sé que puedo contar contigo. A ti, Cagancho, no te conozco, pero, si eres amigo de Montero, eres bienvenido, camarada. El partido está más o menos organizado dentro del campo, aunque sin conexión con el exterior. Contamos con unos cuatrocientos hombres y, además, estamos en contacto con los brigadistas, cuyo jefe es un tal Stepánov, un búlgaro que estuvo en España y fue traductor.” Luis y Cagancho escuchaban en silencio atentamente, apoyados los codos sobre la mesa haciendo un triángulo, las manos juntas a la altura de la boca, fumando.
“Nos reunimos todos los días después del toque de diana en grupos de veinte; cada grupo tiene un responsable. En las reuniones, los lunes, se recogen las cuotas; y los martes se hacen las cotizaciones. Os preguntaréis de dónde se saca el dinero de las cuotas. Bien. Hay bastante trabajo si uno quiere ponerse a ello. No es obligatorio, pero ayuda a salir adelante. Si conoces un oficio bien, te inscribes en una lista en la oficina y, a través de la prefectura, los lugareños vienen aquí buscando mano de obra barata. Esa es una manera.” Y con las palmas de las manos enfrentadas y separadas apenas tres centímetros, deslizó los antebrazos sobre la mesa hacia su izquierda, golpeando los meñiques levemente sobre la tabla de madera. “Otra manera”, y sin cambiar la posición de las manos y los brazos, los deslizó hacia su derecha, “es, si tienes algo que intercambiar o vender; a través de las alambradas hay un mercado bastante activo de comestibles y de objetos de primera necesidad: jabón, cuchillas de afeitar, cigarrillos, papel, libros, ropa, zapatos, etc. Los miércoles es el mejor día para comprar alimentos porque es el día de mercado en el pueblo y toda la mercancía que no se vende allí se trae aquí, y suele desaparecer. Pero siempre hay alguien dispuesto a vender algo todos los días. Hay quien ya tiene sus proveedores de siempre. En fin, ya lo iréis viendo. Os pueden mandar cosas desde España y eso luego lo podéis vender en el mercado de las alambradas o en el del interior del campo, que también funciona bastante bien. Los que salen a trabajar, a veces tienen oportunidad de pasarse por alguna tienda en el pueblo, o tienen productos que les han dado en donde trabajan, y dentro del campo también se compra y se vende. Los paquetes que mandan de España los inspeccionan siempre pero hay pocos casos de objetos que hayan desaparecido. Los soldados que lo controlan, por lo que se ve, son bastante honrados.”

“¿Qué hacéis con el dinero de las cuotas?”, preguntó Luis, mientras daba la última calada a su cigarrillo y lo apagaba con presión entre sus dedos y lo raspaba contra el borde de la mesa.
“Compramos víveres y medicinas para ayudar a los que están demasiado enfermos para trabajar; papel y artículos de escritura para el periódico y para los paneles informativos; también hemos comprado algún libro de política, en francés, para los camaradas que necesitan clases de apoyo.” Félix se quedó mirando a los dos hombres, que le escuchaban muy atentos, con una expresión que invitaba a hacer más preguntas, mirando primero a uno, luego a otro, durante cortos intervalos de tiempo.
“¿Qué hacéis el resto de los días en las reuniones?”, quiso saber Cagancho.
“Bueno, se empieza siempre con una puesta al día sobre los distintos camaradas. Por qué no han acudido a la reunión: si es porque están trabajando o están enfermos. Se repasa la lista de los que han necesitado ayuda, y si ya pueden valerse por sí mismos; hay varios médicos entre nosotros; y algunas medicinas, no muchas, se consiguen a través de las alambradas. Luego ponemos a los camaradas al día sobre los distintos proyectos. Hay clases para los analfabetos, tenemos un periódico, hay una banda de música, también hay clases de francés, a las que es obligatorio acudir. Y, mayormente, lo que se trata es de política. Mantenemos la moral alta de nuestros camaradas con clases de teórica política, sobre las enseñanzas de Lenin y Marx y todo eso. En fin, nos mantenemos ocupados.”
“¿Armas?”, preguntó Luis mientras encendía otro cigarrillo.
“De eso no tenemos nada. Es imposible conseguirlas. Está prohibido venderlas; a los nativos digo, les está prohibido, a través de las alambradas. Cuando se realizan las ventas, siempre hay un soldado super- visando; todo lo que se vende tiene que estar a la vista, nada empaquetado. Pero, aunque estuviera permitido, o los soldados hicieran la vista gorda, no creo que nadie quiera deshacerse del arsenal que tiene en casa, por grande que sea. No se sabe qué va a pasar con esta guerra.” Luis y Cagancho asintieron, haciéndose cargo.

IX

Gurs (Francia), septiembre de 1939

Gurs, a 13 de septiembre de 1939.

Mi querida e inolvidable Victorina:

Sabrás que cruzamos a Francia sin novedad. Te escribo desde el campo de Gurs al que fuimos traídos Cagancho y yo CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ al día siguiente de pasarnos. No se está mal en el campo. Nos hemos encontrado aquí con viejos conocidos de la guerra que tienen todo muy bien organizado. Al principio nos costó trabajo acostumbrarnos y tomar el ritmo de las cosas, pero ya estamos adaptándonos a nuestra nueva vida aquí. Se nos permite salir a trabajar a las fábricas y granjas cercanas aunque CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ nos pagan. Con eso y con lo que nos dan en el campo, que no es mucho, sobrevivimos. CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ Estamos aprendiendo francés y también tenemos tiempo para leer y escribir, como ves. Victorina, yo no me olvido de ti. ¿Has cambiado?

Montero.

P.D: Mis señas: Luis Montero Ilot M, Barraque 12, Camp de Gurs, France.

Gurs, a 13 de septiembre de 1939.

Queridos Padres:

Hace apenas una semana que llegamos Cagancho y yo a Gurs CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ. La vida aquí es bastante tranquila y no tengo queja. Tras nuestra llegada hemos encontrado a algún conocido de Asturias y ello ha ayudado en gran medida a adaptarnos mejor a la vida en este lugar. La comida es buena y abundante y nos permiten salir a trabajar fuera por lo que nos pagan un jornal. También tenemos tiempo para leer y escribir. Incluso estamos

aprendiendo algo del francés, que es una lengua muy parecida al español en algunos aspectos. El tiempo es apacible y cálido, algo lluvioso, aunque ahora, con la llegada del otoño, pronto empezará el frío por la proximidad a las montañas. Las gentes del lugar son amables y bondadosas. Queridos padres, envíenme noticias de mis hermanos y de la familia, a los que tanto añoro. Reciban un abrazo de su hijo,
Luis.
P.D: Mis señas: Luis Montero Ilot M, Barraque 12, Camp de Gurs, France.

Oviedo, a 1 de octubre de 1939.

Querido Hijo:
Dios quiera que al recibo de esta y otras cosas estés bien. Gracias a Dios, después de un mes de silencio, tenemos noticias de ti. ¡Qué alegría nos dio a todos recibir tu estimada carta! Nosotros sin novedad. Constante sabes que sigue en Formosa y muy contento. Pepe vino estos días con licencia a descansar un mes, ahora está en el aeródromo de Valencia y te manda unos cigarrillos. Te mando media docena de pañuelos bordados a mano por Angelines, y ella también te manda un libro y periódicos. Yo también te mando unas estampitas para las gentes de allí y unas gorras. Tu padre estos días está un poco malo de catarro. Anita, Angelines y Adela, sin novedad. Pura te manda una chaqueta de lana y unos calcetines para el frío. Sabrás que ahora trabaja de telefonista y muy contenta. Maruja te manda unas camisas y una bufanda. Paco sigue en Ponferrada, en la línea León a Coruña. Mariano, en el depósito y Matías con tu padre. Manolín sigue estudiando. También van algunos comestibles. Espero que todo llegue sin novedad. Muchos recuerdos de tu tío Inocencio, y de la tía Cesárea y de Carmina, que está en la Frecha. De todos en particular, un abrazo, y besos de tus padres que no te olvidan.
Francisco y María Álvarez.

Oviedo, a 18 de octubre de 1939.

Querido Luis:
Sabrás que llegó tu carta hace casi un mes y he tardado algo en contestar. Me alegro mucho de que te encuentres bien, sano y salvo y, según parece, animado y contento entre tus compañeros. Maruja y Angelines me dicen que te han enviado cosas para hacer tu estancia allí más placentera. También me dicen que no saben si llegan las cosas o no, por lo que de momento no te hago llegar nada hasta que no se sepa si lo recibes o no. La razón por la que he tardado en escribirte es por la pregunta que me haces al final de la tuya. Yo no he cambiado, sigo pensando igual. Pero no sé si tú, en esas tierras tan lejanas, con una nueva vida ante ti no cambiarás antes que yo. Por tu carta la vida parece fácil, a pesar de la guerra, y no sé

qué puedo esperar. Dímelo tú.
Victorina.

Gurs, a 27 de octubre de 1939.

Queridos padres y hermanos:
Mediante la presente os agradezco a todos lo que me mandasteis que llegó sin novedad. Me están sirviendo muy bien las ropas ya que el frío es algo intenso, y la comida y los cigarrillos os puedo decir que los he recibido con gran júbilo. Las estampitas que mandó madre las repartí entre unas mujeres muy piadosas que vienen al campo a traer víveres y ropas para los más necesitados, y todas se han quedado muy contentas de recibirlas. La vida sigue sin novedad, aunque se corre la voz de que nos van a llevar a otro sitio en un futuro bastante inmediato CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉCENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ. Intentaré manteneros informados de nuestros movimientos. Sigo aprendiendo francés que tengo la posibilidad de practicar cuando salgo a trabajar. La lectura, el ajedrez y los corrillos de conversaciones de distintos temas son los pasatiempos preferidos. Hacemos algo de ejercicio y tenemos una banda de música. No nos podemos quejar. Seguro que estoy yo mejor aquí que Manolín en la escuela. Espero que le saque buen provecho. A mis hermanas, a todas, os mando besos y os digo que seguro que sois más guapas que cualquier francesa de las que se ven por aquí. A mis hermanos, que cuidéis bien de madre y padre y que no os preocupéis por mí, que sabré salir adelante. Las noticias que nos llegan de la guerra no son muchas, casi todas a través de la gente local, pero de momento se respira tranquilidad. CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉCENSURÉ CENSURÉ CENSURÉCENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ.
A todos os mando un abrazo muy fuerte y os digo que os extraño a todos. Si escribís a Constante a las misiones, pedidle que ruegue por mí (esto para que padre y madre no se enfaden) y que a él también le extraño mucho.
Vuestro querido hijo y hermano,
Luis.

Gurs, a 12 de noviembre de 1939.

Mi querida Victorina:
He recibido la tuya y te voy a ser franco en lo que te digo, para que no te formes ideas equivocadas. La vida aquí es brutal. Nos levantamos con un frío intenso y comemos caliente dos veces al día CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ. Aunque hay actividades en las que entretenerse durante los días en los que no toca ir a trabajar fuera del campo CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ éstas se llevan a cabo detrás de las alambradas. Nosotros

estamos aquí pero nuestra mente y nuestra alma, las de todos los que aquí estamos encerrados, están con nuestras familias y seres queridos, al otro lado de las montañas. No hay ni un solo día, ni una sola hora, ni un segundo en el que no piense en ellos, y en ti, Victorina. Todas mis energías están puestas en volver y abrazaros a todos, y volverte a abrazar. Te ruego no menciones nada de esto a mi familia. No quiero que sufran por mí. Tampoco quiero que sufras tú, Victorina, pero quiero que entiendas mi situación en este lugar. Si sobrevivo a esto, volveré, como te prometí. Cada vez hay más rumores de que nos van llevar a otro sitio, CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ CENSURÉ. Intentaré escribir si hubiera algún cambio.
Te extraña,
Montero

TELEGRAMA OFICIAL
GUERRA ESTADO MAYOR a
COMANDANTE GENERAL 18 REGIÓN BURDEOS
3057 OFI PARIS 0304944 38 I 2005

La compañía de Trabajadores Españoles n. 184 abandonará la estación de OLORON SAINTE MARIE 17h. 29, 14 de enero con destino a MONTREUIL BELLAY. Aseguren víveres para un día en el tren, víveres para dos días en destino.

Burdeos, 11 de enero de 1940, 22h.50
El Oficial de Servicio
(Firma)

X

Gurs (Francia), 16 de enero de 1940

Montero y Cagancho se abrazaron propinándose fuertes palmetadas en la espalda. Cada hombre había sido destinado a una compañía diferente y no habían podido hacer absolutamente nada para cambiarlo. “Acuérdate, Montero”, Cagancho casi no podía contener la emoción, “usaremos a nuestras familias para saber dónde nos encontramos. Ellos nos servirán de enlace.” Se quedaron en silencio. La compañía 184 en la que Montero había sido enrolado partía ese mismo día. Cagancho, que había sido adjudicado a la 145 y no salía hacia su destino hasta dos días después, levantó del suelo el petate de Montero y se lo cargó al hombro. “Te acompaño hasta la salida, camarada”, le dijo en tono sombrío. Montero habría querido negarse, habría prefe- rido caminar solo y perderse entre la masa de hombres que esperaban la llegada del transporte y pasar el mal trago en soledad. Pero Cagancho caminaba delante de él con sus cosas. Odiaba las despedidas. Nada podían hacer para evitar esa separación, ¿para qué dilatar la agonía? Luis sentía un vacío en el estómago, reflejo de lo que se avecinaba.

Nada les habían aclarado sobre sus destinos. Los alemanes, después de lo de Polonia y el Báltico, parecía que hubieran perdido fuerza. La guerra en el oeste del continente no se acababa de materializar. Pero el gobierno francés no se había quedado con los brazos cruzados y había decidido utilizar a los españoles de los campos para su propio esfuerzo bélico. Les habían dado a elegir entre la Legión Extranjera y una de las recién formadas compañías de trabajadores. Los que se habían negado a apuntarse a una cosa u otra eran amenazados con ser deportados a España. No había escapatoria. Los franceses los utilizaban como mano de obra barata, como ciudadanos de segunda, como si tuvieran que pagarse su estancia en suelo francés trabajando prácticamente gratis. Era una explotación en

toda regla.

Llegaron ante la entrada principal. Un soldado con un megáfono pedía a los que tenían que partir que se alinearan ante uno de los edificios de las oficinas del campo. Montero agarró su petate, se lo echó al hombro y con un escueto “Hasta la vista, camarada”, echó a andar hacia el edificio. Cagancho se le quedó mirando hasta que su figura se perdió entre la multitud de abrigos y boinas y bultos de aquella fría amanecida del día 16 de enero de 1940.

Por fin se había hecho el recuento de hombres. Se les informó de que el traslado hasta la estación de Oloron lo harían a pie. Había unos carros tirados por mulas cargados con víveres. Quedaba espacio para los petates, nada más. Se les ordenó formar de cinco en fondo y, por fin, comenzó la marcha. El frío era intenso por culpa de la humedad, pero al menos no nevaba. Los cien hombres iban escoltados por unos cuantos soldados franceses. Caminaban rápido, pues tenían casi quince kilómetros que cubrir. Muchos conocían el paisaje, ya que casi todos, antes o después, se habían visto obli- gados a salir a trabajar. Los campos de cultivo estaban ahora yermos; aquellas partes más sombrías aún cubiertas por la nieve. La carretera estaba limpia y, gracias a que las temperaturas eran algo más benignas que en días anteriores, no había prácticamente hielo, solo en aquellas secciones donde el sol aún no había llegado; y aunque había algún charco, el asfalto permitía a los hombres avanzar sin dificultad. La carretera pasaba, al principio de la marcha, muy cerca del río, prácti- camente oculto por una densa capa de neblina, al igual que los árboles que lo lindaban, de los que solo se veían las desnudas ramas más altas. Caminaban en silencio al principio, demasiado ateridos por el frío, intentando adivinar qué les depararía el nuevo destino, cada hom- bre absorto en sus pensamientos, haciéndose cábalas imposibles e inútiles. Poco a poco se fue corriendo la voz de que deberían haber partido dos días antes, pero la nieve había impedido que salieran. Con el vigor del ejercicio los hombres iban entrando en calor, y empe- zaron a animarse. Algunos encendieron cigarrillos. Otros se desabrocharon un par de botones del abrigo. Los más parlanchines, los que habían obtenido fama de elo- cuentes y ocurrentes entre sus compañeros, que sabían que tenían un público agradecido, más aún, necesitado, comenzaron sus diálogos “¡Qué amables los franceses!”, dijo uno con tono fino. “¡Y qué considerados, los muchachos! Creo que vamos en primera, a París. Estaban esperando a que mejorase el tiempo para que no se nos estropeasen los zapatos de baile durante este agradable paseo por la campiña.” Risas. “La estancia en este magnífico hotel ha sido… deliciosa”, dijo otro. “Secretario, no se olvide de hacer llegar mi agrade- cimiento al primer ministro.” Más risas. “Los franceses… siempre tan hospitalarios. Nuestros mejores vecinos. Asegúrese,

secretario, de que le hace llegar al primer ministro una caja del mejor *champagne*", dijo el se- gundo. "¿Francés?, excelencia", espetó el primero. *"Bien sûr!"*, contestó el segundo, colocándose un monóculo imaginario y atusándose un igualmente imaginario bigote.
Un poco más atrás un grupo de cuatro o cinco empezó a cantar:

"Los moros que trajo Franco
en Madrid quieren entrar.
Mientras quede un miliciano
los moros no pasarán.

Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero,
en el Frente de Teruel,
primera línea de fuego.

Aunque me tiren el puente
y también la pasarela
me verás pasar el Ebro,
en un barquito de vela.

En el Ebro se han hundido
las banderas italianas
y en los puentes sólo ondean
las que son republicanas."

Y un poco más allá, tronaban unas cuantas voces:

"En el Pozo Maria Luisa
murieron cuatro mineros.
Mira, mira, Maruxina, mira,
mira cómo vengo yo.

Traigo la camisa roja
de sangre de un compañero.
Mira, mira, Maruxina, mira,
mira cómo vengo yo."

Entonces uno de aquellos hombres, sin dejar de marcar el paso, se quitó la boina, llenó sus pulmones de aire y gritó, sin música: "*Serenos y alegres, valientes y osados, cantemos soldados, el himno a la lid."*
Se produjo un silencio a su alrededor; solo se oían los golpes del talón de las botas sobre el camino y, lejanas, las canciones de quienes no habían oído las palabras de aquel hombre, que miraba al frente, sin pestañear, con un rictus de rabia y pena, fruto de una amarga derrota,

de una hostil acogida, de un tratamiento humillante, de meses de confinamiento, de días de desesperación, de angustia, de frío, de hambre, de soledad. Entonces se oyó. Primero solo cantaban unos pocos, pero cada vez se oían más voces; la canción se propagaba como una ola, como una marea imparable, hasta que aquellos cien españoles que caminaban sin saber a dónde iban, ni por qué, ni por cuánto tiempo, se unieron en un himno común:

“De nuestros acentos
el orbe se admire
y en nosotros mire
los hijos del Cid.

Soldados, la patria
nos llama a la lid,
juremos por ella
vencer o morir.

El mundo vio nunca
más noble osadía,
ni vio nunca un día
más grande el valor,
que aquel que, inflamados,
nos vimos del fuego
excitar a Riego
de Patria el amor.

La trompa guerrera
sus ecos da al viento,
horror al sediento,
ya ruge el cañón
a Marte, sañudo,
la audacia provoca
y el ingenio invoca
de nuestra nación.”

¿Cuándo había sido la última vez que había oído aquella canción? Luis, aún emocionado, intentó recordar. Juan Ambou le había llamado en octubre del 36 y le había propuesto formar parte del batallón de ametralladoras que acababan de formar. A él solo podían pertenecer ferroviarios, en un principio. Se les entrenó sobre el uso y manejo de aquellas potentes y modernas máquinas, que para Luis siempre serían, a partir de entonces, su arma favorita. El cuartel de reemplazo y descanso estaba en el antiguo Club de Regatas de Gijón,

en el palacio de Revillagigedo. Allí mismo había una pequeña escuela, cuyo patio era colindante con el improvisado cuartel. Por las mañanas los niños salían y cantaban el himno de Riego, marciales, ante la bandera republicana. También daban vueltas por el patio con el puño en alto recitando “no pasarán, y si pasan morirán”, machaconamente, hasta que sus maestros les permitían ir a jugar. El verano del 37, al final de curso, la escuela se cerró y no se volvió a abrir más. Muchos niños habían sido evacuados en buques durante los meses de julio y agosto, y los que no habían conseguido pasaje en un buque inglés, habían sido sacados de la ciudad a casas de familiares, al pueblo, al interior, ante los bombardeos continuos sobre la villa, que se intensificaron aquel verano, después de que cayera Santander a finales de agosto. Desde el aire, la aviación; desde el mar, los buques de guerra insurgentes; y por tierra, la artillería, cada vez más cercana, al principio del otoño. Sin tregua. No, ya no se oirían más las voces infantiles entonando aquel himno patriótico. Pero los hombres lo cantaban, muy a menudo. Luis lo había oído silbar y tararear infinidad de veces a milicianos mientras cavaban trincheras, mientras estaban entregados a cualquier tarea. Él mismo lo tarareaba cuando soltaba una ráfaga de ametralladora; a veces le daba la impresión de que el mecánico tamborileo marcaba el ritmo. “Vencer o morir”, repetía una y otra vez, mientras apretaba el gatillo de su colt: “Ratá-ra-tatá”, “vencer-o-morir.” En la radio, en el cine, siempre sonaba el himno de Riego. Sí, la última vez que lo había oído había sido poco antes de la debacle. A la altura de Bimenes cuatro soldados, borrachos, habían hecho un fuego y estaban asando unos conejos que habían cazado. Reunidos alrededor de la hoguera cantaban aun sabiendo que llegaba el final, dispuestos a lo que se les viniese encima. “¡Camarada!”, uno le llamó. “¿Dónde vas, con esa cara de pena? Ven *p’acá* que te convidemos. ….Que parece que acabes de perder una guerra.” Y estallaron en fuertes carcajadas. Uno de ellos hasta se cayó al suelo. Aquellos hombres casi no podían ni tenerse en pie. Junto a ellos había una caja de botellas de vino abierta, vacía; los cascos de las botellas diseminados a su alrededor. “¿De qué sector venís?”, quiso saber Luis. Le contestó uno que llevaba calzadas unas madreñas y se había colgado una corneta a modo de collar: “Somos…”, y levantó el índice derecho, “… Perdón… Éramos”, se corrigió a sí mismo, mirando a sus compañeros con los ojos inyectados en sangre, “de la 197 brigada, pero nos mandaron *p’al* Sueve hace unos días y nos negamos a ir… Hace tiempo que no vemos a un soldado, ni de los nuestros ni de los fascistas… Estamos esperando, a ver quién viene a recogernos para llevarnos a casa”. Y la risa comenzó de nuevo. “¿Tú sabes quién manda aquí ahora?” Y se quedó mirando a Luis, esperando una respuesta, como una vaca mirando a un tren. Luis los miró. Le

apetecía meterles un cargador, por desertores, pero ya todo estaba perdido. Él había logrado salir de Gijón, cuando ya todos se lanzaron a la desbandada a salvar el pellejo, en un camión que le había dejado a las afueras de la ciudad. Se dirigía hacia el puerto de Pajares, andando, solo, con la intención de esconderse en casa de su tía Carmina, en La Frecha. Se conocía aquellos valles como la palma de la mano. Calculaba que, si se mantenía escondido y tenía cuidado, podría llegar al día siguiente. Dejó a aquellos pobres diablos cantando el himno de Riego alrededor del fuego, asando conejos, quemando sus últimas ilusiones, sus últimas horas de libertad, tal vez de vida.

Los cien hombres por fin llegaron a Oloron. Entraron en la ciudad y la atravesaron, bajo la mirada de los habitantes con los que se cruzaron, que se apartaban a su paso subiéndose a las aceras, o metiéndose en los portales, hasta que la formación llegó a la estación. Allí les esperaban más soldados. En apenas dos horas todos los hombres estaban a bordo del convoy, en vagones de viajeros pero convenientemente cerrados con candado. El tren se puso en marcha. Por fin se corrió la voz de que iban hacia el norte, a un lugar llamado Montreuil-Bellay, cerca de Tours. En cada estación que paraban, había soldados a ambos lados del tren, en el andén y en las vías, atentos para que nadie tratara de evadirse. Pasaron la noche en el tren y al mediodía llegaron a su destino.

"*Allez! Nous sommes arrivés! Prenez vos choses! Nous sommes arrivés!",* gritaba un soldado que se abría paso entre los hombres por el pasillo del vagón. Todos se prepararon para salir. El tren avanzó lentamente pero no entró en la estación. Se paró por completo en una vía muerta, alejada de los andenes de pasajeros. Nevaba y el frío era intenso. Los hombres caminaron por las vías, escoltados por soldados, y fueron conducidos a un enorme almacén, lo que parecía un depósito de máquinas en desuso. Allí había otros tantos hombres, sentados en el suelo, apoyados en sus petates, fumando y hablando. Todos entraron y se acomodaron. Los soldados caminaban entre ellos, pidiéndoles que se sentasen. Los estaban esperando. Por fin se hizo el silencio. Un comandante del ejército francés se subió a una especie de podio que se había improvisado y miró a los doscientos españoles que allí había. Un subordinado le pasó un megáfono. Se lo puso en la boca y gritó: *"Messieurs… espagnols!"* El eco era terrible; la voz rebotaba en las paredes y en el techo del enorme edificio, vacío. Comenzó a hablar en francés a través del megáfono. Los hombres se miraban los unos a los otros, buscando una cara que estuviese atenta y que luego pudiera traducir. Algunos soldados hicieron gestos con las manos como haciendo ver que no se entendía nada de lo que aquel oficial de elegantes bigotes gritaba a los doscientos hombres allí sentados. Alguien silbó, otro más gritó: "¡No se entiende nada!", así, en español.

Más gritos y silbidos, abucheos. Por fin cesó la voz que hablaba a través del megáfono. Se hizo el silencio. El oficial francés comenzó su discurso a voz en grito, con cortas y contundentes frases. Todos estaban atentos, incluso los que no entendían francés, mirando a aquel hombre desgañitarse, con la esperanza de que el mensaje trascendiera a través de los gestos de su cara, o de las vigorosas sacudidas de hombros que acompañaban a cada bocanada de aire que tomaba para continuar. Cuando terminó de hablar, comenzó un murmullo que cada vez se hacía más intenso; los hombres cada vez hablaban más y más alto. Algunos se pusieron de pie para que pudieran oírlos los grandes grupos formados a su alrededor.

"¿Pero qué ha dicho exactamente?"
"¿Una fábrica de pólvora? ¿Estás seguro…?"
"¿Y vías...?"
"¿Vías de qué…? ¿Del tren…?
"¿Pero dónde…?"
"¿Aquí mismo…?"
"Sí, y ha dicho que de momento nos alojaremos en las granjas de los alrededores, hasta que construyamos los barracones… Eso ha dicho; creo que sí…"
"¿Tú qué has entendido…?"
"Estoy seguro. Nos van a llevar ahora, andando, a las granjas y aldeas cercanas al lugar donde empezaremos a trabajar."
Había tal confusión y el tono de voz era tan elevado que los soldados franceses se miraron unos a otros con cierto pánico, sujetando sus fusiles con más fuerza, dando un par de pasos hacia atrás, esperando que aquello explotara como una olla a presión. Entonces el comandante sacó un revólver, y mirando a la masa de españoles apuntó al techo del almacén y pegó dos tiros al aire. Silencio. El oficial francés, con el revólver aún en la mano, gritó un par de órdenes. Sus hombres empezaron a moverse arriba y abajo, a derecha e izquierda, conminando a los españoles a que se levantaran, recogieran sus cosas y formaran. Las enormes puertas del almacén se abrieron y entró una heladora bocanada de aire gélido. Los españoles, cargados con sus pertenencias, salieron, perfectamente encuadrados, dirigidos por casi un centenar de soldados. Comenzaron la marcha a través del enorme complejo ferroviario, atravesando vías hasta que se incorporaron a una carretera. El sol había prácticamente desaparecido tras unas colinas y la noche se les echaba encima. Caminaron por aquella carretera. En cada granja o pequeño cogollo de casas que encontraban a su paso, unos cuantos hombres eran separados del grupo. Se les daban instrucciones precisas a los lugareños, que ya habían sido alertados sobre la llegada de los trabajadores. Y se seguía

la marcha. A medianoche ya estaban todos acomodados.

XI

Tours (Francia), abril de 1940

Llovía a cántaros. La puerta del café se abrió, y durante el tiempo que estuvo abierta para dar paso a un hombre, se oía la lluvia golpear con fuerza sobre la acera.

"*Bon soir, commandant!"*

"Bon soir, Monsieur", respondió el hombre mientras se quitaba el capote y la gorra.

"*Madame, merci."* Y el militar le hizo una pequeña reverencia, una galantería, a la dueña del café, quien recogió ambas prendas y las llevó a secar a la trastienda. El comandante, un bretón de Lorient, alto, rubio, con la piel muy blanca y las mejillas enrojecidas por el frío, dio largos pasos a lo largo del local hasta el fondo, recorrió un angosto y oscuro pasillo y resurgió en una sala en la que había una mesa central a la que estaban sentados tres hombres. Se cuadró ligeramente y los otros le hicieron una leve señal de "Descanse" y le mostraron una silla vacía.

"En Tours ya no quedan prácticamente militares. Aquí ya solo quedamos los que estamos a cargo de los traba- jadores extranjeros", dijo el general de brigada Gratiolet. El recién llegado, que obviamente había entrado a mitad de conversación, se sentó, encendió un cigarrillo, se sirvió un vaso de vino de una de las botellas que estaban abiertas y escuchó con atención.

"¿Y qué sabemos de los que están en Landroff? ¿Alguna noticia?, coronel Médard." Médard era un perigordino de una familia protestante. Él era el primero de su familia que se había metido en el ejército y, aunque su padre habría preferido que continuara con la tradición familiar de construir coches de caballos, este nada pudo hacer para frenar los deseos de su único hijo. Cuando estalló la Gran Guerra se había escapado de casa con tan solo trece años para enrolarse en el ejército, mintiendo sobre su edad. Lo interceptaron en

Burdeos, a punto de subirse en un tren rumbo al frente. Su padre, viudo desde que el niño contaba apenas cinco años de edad, al ver que su interés por el ejército era genuino, y tras hacerle pasar unos años en escuelas de suboficiales, removió Roma con Santiago hasta que consiguió que entrara en la Escuela de Administración Militar, en Vincennes, con la esperanza de que, si su hijo algún día decidía dejar el ejército, siempre le quedaría lo que había aprendido sobre administración para seguir con el centenario negocio familiar. Pero con la llegada del automóvil, los carruajes estaban heridos de muerte, y el joven Médard era feliz entre militares, por lo que, a la muerte de su padre, diez años después del final de la Gran Guerra, vendió todo en Bergerac y se trasladó definitivamente a la hermosa villa de Vincennes, a las afueras de París.
“Mucho frío y mucho trabajo. Allí también han recibido varias compañías de trabajadores para fortificar la Maginot. El general Franco nos ha hecho un buen regalo, sin querer”, contestó el coronel Médard, que se sacó una brizna de tabaco de la punta de la lengua y dio un trago a su vino.
“Y a juzgar cómo ha quedado el país después de la guerra de España no le vendrían mal más manos. Pero aquí nos han venido al pelo, así es que no nos vamos a quejar.” El general Gratiolet era marsellés. Había luchado en la Gran Guerra y estaba a punto de retirarse cuando Hitler invadió Polonia. Por su avanzada edad y su estado de salud, el Estado Mayor lo había enviado a Intendencia, a la Novena Región, en Tours. Allí llevaba nueve meses, quejándose del tiempo y la falta de sol. Era parroquiano asiduo del café de *Monsieur* y *Madame* Le Blanc, y sus blancos bigotes y su aire de mariscal le aseguraban siempre el reservado de la parte trasera del café.
“¿Y Franco no va a intervenir en esta guerra?”, preguntó Drapier, un coronel de Las Landas que había perdido un hijo en la guerra de España. El más joven de sus tres hijos varones, Frédéric, se había marchado un día de casa, y había dejado una nota en la que decía que se había afiliado al Partido Comunista Francés, que era su deber defender Europa del fascismo y que se iba a España a luchar. A los cuatro meses la familia recibió un paquete desde España con una carta firmada por un tal Claude Hémon en la que, en pocas palabras, explicaba que él y Frédéric habían sido grandes camaradas y que este había muerto defendiendo la libertad en Teruel. En el paquete venía el reloj del joven Drapier y un cuaderno con poemas que había escrito en el frente. El coronel quemó el cuaderno sin tan siquiera abrirlo y le regaló el reloj a un gitano trapero que pasó por su casa. Siempre culpó de la muerte de su hijo a los comunistas, que le habían sorbido el seso con ideas antifascistas a un joven de apenas dieciocho años, pero en el fondo odiaba a Franco y a su ejército, y se juró a sí mismo que nunca

pondría el pie en España ni tendría relaciones de ningún tipo con habitantes de ese país. Pero el destino, que es cruel, le había puesto en esta odiosa guerra al mando de una compañía de trabajadores españoles, doscientos en total, lo cual le recordaba cada minuto, cada segundo, la muerte de su hijo predilecto.

"Franco, o mejor dicho, el país, está en las últimas. Cientos de miles de hombres en las cárceles, las ciudades destrozadas, la población hambrienta. Le debe mucho a Hitler, no cabe duda, pero no es tonto, y hará lo posible por escurrir el bulto." Todos sabían que el coronel Médard admiraba al general español. Los demás callaron y se pusieron a sopesar sus palabras con un incómodo silencio.

El recién llegado aprovechó el silencio para cambiar de tema.

"Por cierto, que esta mañana estuve con el padre Guirec, de Meron. Vino en nombre de los trabajadores de la 184." Los allí reunidos agradecieron no seguir hablando de Franco, ni de Hitler.

"¿Y qué quería? ¿No será uno de esos curas comunistas que hay por ahí?" El general Gratiolet estiró la pierna derecha con un leve gesto de dolor. La humedad del día lo estaba matando.

"Bueno, traía una lista de peticiones de los trabajadores, que ya han tendido casi 10 kilómetros de vía férrea y la fábrica de pólvora avanza también rápidamente."

"Esas son espléndidas noticias, Geffroy", dijo el coronel Médard con un leve movimiento de ceja, pero manteniendo el resto de su cuerpo completamente inmóvil, con la mirada fija en su interlocutor. El comandante Geffroy pertenecía al cuerpo de Ingenieros. Se había alistado a finales de los años veinte para realizar sus estudios de Ingeniería, pero con la idea de desmilitarizarse un día. La guerra le había cogido por sorpresa. Ahora estaba envuelto en la construcción para el Ministerio de Defensa de una fábrica de pólvora y un entramado ferroviario que la comunicase con la estación de Montreuil. La mano de obra era mayoritariamente española, una compañía de trabajadores completa, la 184.

"Gracias, señor. Pero el padre Guirec dice que las herramientas de trabajo son muy rudimentarias, la comida insuficiente y los trabajadores no tienen guantes para transportar los raíles y las traviesas, que las tienen que mover con las manos desnudas y…"

"¿Acaso no saben que estamos en guerra?", tronó el general Gratiolet incorporándose sobre la silla, que crujió bajo su peso. "¿Acaso no han oído que Hitler ha invadido Dinamarca hace tres días? ¡Esto es el colmo del egoísmo! Todos tenemos que hacer un esfuerzo con esta guerra que se nos ha venido encima…. Hemos recogido a estos exiliados, les hemos dado comida y un lugar donde resguardarse de la lluvia y el frío, les hemos salvado de una masacre en toda regla y nos vienen con exigencias de esa índole… Lo menos que podían hacer es

estar agradecidos y darse con un canto en los dientes porque tienen trabajo… ¿Con qué derecho presentan peticiones de ningún tipo? ¡Y a través de un cura!... ¿Pero no son todos comunistas? ¡Pues que vayan con sus quejas a la Tercera Internacional! Aquí no tenemos tiempo para llorones y quejicas que no saben apretarse el cinturón en tiempo de guerra….”
“Con el debido respeto, señor, el padre Guirec insiste en que no se les ha pagado ni un franco, a los españoles de la 184, y que los franceses que están allí contratados reciben una paga de 55 francos diarios por el mismo trabajo.” El comandante Geffroy había tomado suficiente vino como para ser capaz de hacer aquellas afirmaciones.
Médard dejó que el silencio reinara para incrementar algo más la tensión que se respiraba en el ambiente, y por fin dijo:
“Geffroy, se le ve muy preocupado por el bienestar de los trabajadores. Le puedo informar de que hace algo más de un mes recibimos una partida del Alto Mando para realizar los pagos, de diez francos diarios, a los trabajadores extranjeros. Necesitamos la firma del general Laure, que se encuentra en Landroff trabajando duramente en las fortificaciones de Francia.” El coronel Médard, mientras pronunciaba estas palabras, fumaba, el codo derecho apoyado sobre el brazo de la silla, sujetando un humeante cigarrillo entre los dedos índice y corazón, la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, mirando al bretón fijamente. A veces el coronel Médard tenía cara de zorro.
“¿Se le ha enviado el documento al general?, señor.” El comandante Geffroy no sabía de dónde estaba sacando la flema para hacer aquellas preguntas a sus superiores.
“Sí. Se le ha enviado, comandante, y esta misma mañana lo recibí firmado dando el visto bueno. Si quiere puede informar a su cura comunista sobre ello. Pronto recibirán sus pagas los españolitos.”
“¿Y qué más puntos había en aquel pliego de peticiones?, comandante. Lo de los guantes no me parece descabellado. Esos raíles deben de pesar casi una tonelada.” El coronel Drapier, desde que había entrado en este servicio con la compañía de trabajadores españoles, tenía a veces la sensación de que por su boca hablaba su hijo comunista muerto, Frédéric.
“Señor, los españoles se quejan de que cuando van al pueblo no se les permite hablar con las mujeres, ni entrar en los *bistrots* ni en otras zonas de ocio.” El comandante Geffroy, nervioso, cogió su vaso y dio un largo trago. Se hizo otro silencio incómodo; solo se oía la lluvia repicar contra los cristales de la claraboya de la sala contigua, y nada más. La calma antes de la tempestad. El general Gratiolet arqueó ambas cejas, incrédulo. Geffroy parecía un chico despierto, pero no iba a llegar lejos en su carrera militar. Era obvio para el general

Gratiolet. Se limpió las comisuras de los labios y esbozó una sonrisa sarcástica que apenas duró dos segundos. Si rictus se volvió serio, y clavó sus pequeños ojos azules fijamente en el joven comandante. Comenzó con un tono de voz que era casi un susurro.
“¿Se imagina usted, Geffroy, que estamos aquí sentados cómodamente, disfrutando de nuestro bien merecido descanso”, el general de brigada Gratiolet iba subiendo el tono de voz, aunque no gritaba, ni mucho menos, aún no, “y entran cinco o seis españoles, sacan su guitarra y nos joden la velada?”, terminó su frase con un sonoro puñetazo en la mesa. El coronel Médard sonreía. El coronel Drapier se miraba las manos, intentando decidir cuál de los dos tenía razón. De nuevo, el fantasma de Frédéric.
“Señor, yo…”
“¿Tiene usted hijas en edad de casar?, Geffroy”. Y el general Gratiolet se contestó a sí mismo la pregunta: “No, no las tiene porque es usted joven aún. Pero tal vez tenga hermanas, ¿eh?”
“Señor, yo no…”
“¿Y qué cara se le pondría a usted si ve entrar en este mismo café a una hermana suya del brazo de un indeseable”, y buscó una palabra mejor, “de un miserable que no recibe ni un puto franco por su trabajo pero que es un chico muy guapo?” El general Gratiolet estaba rojo de ira. “Porque algunas mujeres son tontas del culo, Geffroy, hasta las francesas… ¡Vamos, dígame!” Y de nuevo se contestó la pregunta él mismo. “Pues a mí no me haría ni puta gracia, comandante.” Y ya gritando, apunto de levantarse, ambas manos apoyadas sobre los brazos de la silla, rojo de ira: “¡Ni puta gracia!” El general Gratiolet, cuando se enfadaba, no medía su lenguaje.
En ese preciso instante entró *Monsieur* Le Blanc con una pata de cordero humeante y guarnición de verduras y patatas. “Señores, de postre hay frutas confitadas y flan de huevo”. Los cuatro hombres exclamaron: “¡Aaaah!”. E hicieron hueco para que la pata de cordero descendiera y descansase sobre la mesa. El coronel Drapier pensó que aquella cena no la catalogaría él como una comida de tiempos de crisis, e intentó, por un momento, apartar de su mente el recuerdo de Frédéric. El general Gratiolet se acordó de las estupendas codornices que servían en su tierra, que nada tenían que envidiar a aquel cordero, y por un momento deseó que hubiera parado de llover. Al coronel Médard le corrió un escalofrío por la espina dorsal imaginándose a su querida, Paulette, coque- teando con un español. El comandante Geffroy, bajo los efectos del coñac que se había bebido en el cuartel antes de salir, y del vino que se había echado al coleto en el café, se hizo la promesa de que a primera hora de la mañana enviaría un recado al coronel Médard para asegurarse de que el pago llegaba a Meron. A veces se solucionaban más asuntos en un café que en la

oficina.

XII

Norte de Burdeos, (Francia), junio de 1940

Montero y Riveira esperaban a que se hiciera de noche. Fermín Riveira Martínez era un gallego de Monforte de Lemos, tres o cuatro años más joven, y dormía, totalmente inmóvil, tan pacíficamente que Montero diría que estaba muerto si no fuera porque acaban de hablar hacía quince minutos. Después de encontrar la cabaña del bosque en la que iban a pasar el día, habían salido a buscar algo de comer y dieron con un cultivo de nabas que ya había sido saqueado por alguien antes, y en él solo hallaron algún tubérculo. Se lo comieron hervido, y nada más. Montero intentó dormir para olvidarse del hambre.

Habían hecho buenas migas, Riveira y él, en la compañía de trabajadores y decidieron unirse cuando se anunció la desbandada.
"Los alemanes han invadido Francia. Cada hombre que corra su suerte y que Dios os acompañe a todos." Por la megafonía, la voz del comandante francés sonaba metálica, apremiante, asustada. Se anunció que estaban repartiendo certificados de liberación y vales de avi- tuallamiento para canjear en Parthenay, sesenta kiló- metros al sur. En apenas cuatro horas desde el primer aviso, todos los soldados franceses habían abandonado el campo. Se corría la voz entre los trabajadores de que había buques ingleses en Burdeos que les sacarían de Francia. La confusión era total. Los hombres iban aban- donando el complejo en grupos de dos, de tres o de más; poco a poco el lugar se fue quedando vacío. Algunos, en medio de la confusión, habían conseguido hacerse con alguna herramienta que los soldados franceses habían dejado atrás.

Montero y Riveira fueron a su barracón, que hacía apenas un mes que habían estrenado, recogieron sus pertenencias y salieron del campo. Por primera vez desde que habían llegado a Francia estaban solos, del todo. Al atravesar la puerta del complejo, abierta de par en

par, sin un solo soldado que les vigilase, sintieron una verdadera y total sensación de libertad. A nadie le importaba dónde iban, o si morían o eran capturados por el camino. Echaron a andar por la carretera que les habían indicado, siempre en dirección sur, siempre con el sol naciente a la izquierda y el poniente a la derecha: no tenía pérdida. Pasaron por varias granjas, pero sabían que nadie les iba a acoger ni a dar comida. Los alemanes avanzaban sobre Francia a paso de gigante. Las carreteras estaban desiertas. En Parthenay, donde llegaron al mediodía del día siguiente, nada. Los soldados franceses estaban en franca retirada, los alemanes les iban pisando los talones y los vales no tenían valor. Llegaron a las afueras de la ciudad, una ciudad fantasma. De vez en cuando se veía una cortina de una ventana moverse apenas unos milímetros. Las tiendas del centro estaban todas cerradas, sus escaparates vacíos. No pudieron siquiera comprar alimentos, nadie quería el dinero. La gente prefería aferrarse a la comida que tuviera. El dinero que tanto trabajo les había costado ganar no tenía ningún valor. A partir de marzo habían comenzado a recibir una paga del Ministerio de Defensa. Había sido el cura del pueblo, el padre Guirec, quien había intercedido por ellos. Sólo recibían 10 francos, una miseria, pero les daba para adquirir objetos de primera necesidad en el pueblo, o para comprar comida a los campesinos. Habían logrado ahorrar algo, y con eso pensaban realizar aquel viaje.

Montero y Riveira entraban en los campos de cultivo y robaban cualquier verdura o fruta que encontraran. Cazaron un gato que asaron en una hoguera detrás de un pajar abandonado en el que pasaron la noche. Cuando llevaban dos días caminando oyeron los primeros aviones alemanes, que apoyaban a la artillería pesada que avanzaba como una enorme ola, que iba tragándose el país de norte a sur, de este a oeste. “¡Putos gabachos! No tienen cojones ni para luchar por su propio país.” Por miedo a ser bombardeados o ametrallados, decidieron caminar de noche y esconderse de día. Riveira sentía una fuerte opresión en el pecho. En cuestión de segundos, la frente se le perlaba de gotitas de sudor, se sentía fatigado. Ese día durmieron en la cabaña que encontraron en medio de un pequeño bosque y que seguramente pertenecía a algún leñador. Forzaron la puerta y entraron. Se acostaron en el suelo, habiendo comido solo aquellas nabas cocidas. “Que tengas buena suerte, Montero.” Cuando fue a despertarlo unas horas más tarde, Riveira estaba muerto. Montero cavó un hoyo detrás de la cabaña y lo enterró allí. Sabía que su amigo era un anticlerical convencido y ateo, por lo que en la cabecera del montículo bajo el que descansaba su cuerpo clavó una estaca que encontró, sobre la que grabó con una navaja su nombre y la fecha de su muerte: 17 de junio de 1940. Lo cubrió todo

con pesadas piedras para que las alimañas no pudieran desenterrar el cuerpo. Esperó a que se hiciera de noche y comenzó a caminar, solo. No se encontró a nadie. Intentaba caminar apartado de la carretera, pero siempre sin perderla de vista. No tenía mapa ni brújula. No sabía orientarse por las estrellas tampoco. Si llegaba a un cruce, se acercaba a la carretera para buscar un cartel indicador que le ayudase a adivinar. La luna iluminaba los campos, en muchos de los cuales ya estaba la cosecha crecida. Ahora el sol tenía que dorarla durante el verano. A pesar de la destrucción y la muerte de la guerra, siempre quedaría alguien con vida que recolectase las cosechas, y alguien que las llevase al molino o donde fuera, y otros que se las comieran. No todos morían en las guerras; siempre había sido así, desde el principio de los tiempos.

Era cerca de la medianoche cuando los oyó. Primero era un zumbido lejano, casi imperceptible, que cada vez se fue haciendo más y más fuerte. Cuando los aviones pasaron por encima de él, volaban bajo; Luis se tiró al suelo y se tapó la nuca con ambas manos, instintivamente, como había hecho en la guerra de España. Cayeron las primeras bombas sobre Burdeos. Con el resplandor de las explosiones, las siluetas de los edificios se podían ver durante unos segundos desde la colina sobre la que se encontraba, al norte de la ciudad. El bombardeo duró varios minutos. El viento traía el aullido de las sirenas; se habían declarado varios incendios. Luis se quedó mirando, apoyado contra un árbol, cómo algunos barrios de la ciudad ardían frente a él. No podía hacer nada, solo esperar. No le quedaban cigarrillos y las ganas de fumar le produjeron un estado de enfado y odio del que él mismo se sorprendió. Por un momento se alegró de que los alemanes hubieran bombardeado la ciudad francesa. Así aprenderían la lección, y a partir de ahora iban a saber los franceses lo que era bueno. Iban a conocer el miedo, la miseria, el hambre. Esto no hacía más que empezar. Él ya llevaba casi tres años huyendo, escondido, maltratado, humillado. Primero en España, después en Francia. Pues los franceses, esos hombres tan soberbios, esas mujeres tan altivas, iban ahora a ver lo que valía un peine. Pero aquellos sentimientos no tardaron en desaparecer. En realidad lo que sentía era indiferencia. Estaba solo, sus únicas pertenecías cabían en un hatillo del tamaño de un melón. Solo poseía un par de zapatos, que había intercambiado en Gurs por dos chaquetas que le habían enviado de España, la ropa que llevaba puesta, una cantimplora, un capote corto y una navaja que había comprado en Meron a un herrero a un precio abusivo. No podía volver a España, no sabía cómo contactar con el partido, no conocía a nadie en Francia. Tal vez moriría allí, solo, como Riveira, lejos de los suyos; no, peor que Riveira, sin nadie que, al menos, marcara su tumba con su nombre. La indiferencia se convirtió

en angustia. Cómo le habría gustado poder fumar. Ya había pasado un par de horas desde el bombardeo, ya no se veían llamas en la ciudad, solo una enorme columna de humo que se levantaba sobre el horizonte, como un dios enfa- dado. Para apartar de su mente aquellos pensamientos que casi bordeaban la ansiedad, decidió reemprender la marcha hasta alcanzar la orilla norte del río.

Cuando llegó al puente, este parecía desierto. Estaba amaneciendo y al otro lado se veían los edificios grises asomándose al Garona, tras los cuales se levantaban las puntiagudas torres de las iglesias y la catedral. No se veía ningún soldado, ni ningún puesto de control sobre el puente. No sabía muy bien qué hacer. Se sentó bajo unos árboles, semiescondido, con la esperanza de que surgiese la manera de cruzar al otro lado, pero no solo. Oyó unas voces y esperó a que se acercasen más. Se trataba de un grupo de aldeanos que llevaban sus productos del campo en cestas y en carretas tiradas por mulas. Se acercó a uno que caminaba junto a una mula.

“Monsieur, excusez-moi…” Iba a poner a prueba lo que había aprendido en el seminario y durante sus diez meses de estancia en Francia. *“Vous allez à la ville?”* El hombre siguió caminando, pero no le ignoraba. Le miró con ojos suspicaces, primero a la cara, luego le miró a las manos.

*“Espagnol?”, p*reguntó. Y se paró, con la brida de la mula en la mano.

“Oui.” Luis bajó la mirada un segundo, pero la levantó en seguida.

“Vous avez faim?” Y se llevó los dedos de la mano derecha apiñados a la boca. Sin esperar una respuesta, metió la mano en un morral que llevaba atado a la grupa de la mula, sacó pan y queso y se lo ofreció a Luis.

“Mangez”, dijo con una sonrisa afable.

“Merci, Monsieur.” Luis comió con ganas, de pie, echando miradas furtivas al hombre que le contemplaba con pena y algo de satisfacción. Entonces el campesino sacó una botella de vino del morral, le quitó el corcho, y se la tendió a Luis, quien echó un par de largos tragos. El vino, un poco seco, le raspó la garganta agradablemente, le calentó el cuerpo entero, sentía cómo su calor corría por sus venas, cómo llegaba hasta la punta de sus dedos, hasta la raíz de sus cabellos.

“Vous allez à Bordeaux, mon ami ?” Y el campesino, con la brida en la mano, señaló hacia la ciudad al otro lado del río.

“Oui… à la ville.” Luis empezó a andar junto al hombre. Cruzaron el puente de Pierre juntos, rodeados de más campesinos. El hombre le explicó que iban al mercado a vender sus productos. Llegaron a un acuerdo: el campesino le daría comida para dos días si Luis le ayudaba a descargar, vender y cargar la mula de nuevo. Entraron por una de las puertas de la ciudad. Aunque eran apenas la siete de la mañana, se notaba mucha actividad. Los edificios eran opulentos, las calles

estaban limpias; las tiendas, a pesar de la guerra, llenas a rebosar. Se respiraba algo de humo de los bombardeos de la noche anterior. Según iban caminando por las calles de la ciudad, el campesino iba recogiendo información, hablaba demasiado rápido y Luis no lograba entender. Pero luego aquel hombre menudo, de pequeños ojos, muy juntos, muy vivaces, que debía de tener unos sesenta y cinco años de edad, le desmenuzaba la información a Luis.
Emulaba un avión con la mano. *"Douze avións allemands… douze… Un, deux, trois… dix, onz*e… douze…! Beaucoup de bombes…Y empezó a mover sus manos imitando un bombardeo… *"Soixante-huit."* Y escribió un sesenta y ocho en la palma de su mano izquierda con su rudo índice. *"Morts."* Y se pasó el dedo por la garganta como cortándosela con un cuchillo… "Muertos", repitió Luis haciendo el mismo gesto.
"Voila!", contestó el campesino, contento de haberle hecho entender, con una sonrisa mellada.
"*Je... vi les avions…"* Luis intentó hacerle ver al hombre que había visto el bombardeo, poniéndose el dedo índice debajo del ojo derecho. Desmontaron el género de la mula juntos y se colocaron en la calle, bajo una estructura metálica, junto a una de las finas columnas de hierro que sujetaban el enorme tejado en forma de paraguas que tapaba el mercado. "Sí", pensó Luis para sí, "esta es, sin duda alguna, una ciudad rica." No parecía que hubiera una guerra. Ni tan siquiera que los alemanes hubieran entrado ya en París y avanzaran sobre toda Francia, a pie, sin encontrar prácticamente resistencia alguna. Las mujeres acudían al mercado y compraban de todo, tanto en los puestos permanentes del interior como en los improvisados, como el suyo, que estaban fuera. Había mucho movimiento en la calle. Luis pudo entender que Burdeos se había convertido en la capital de Francia, ya que el gobierno con todos sus ministros se habían trasladado allí hacía apenas una semana. Había, además, multitud de refugiados, gente que esperaba subirse en un barco y escapar, dejar la guerra detrás.

Mientras se comía un puñado de cerezas esperando a que el campesino atendiera a una señora, le pareció oír a alguien que hablaba español. Dos hombres pasaron delante del puesto, fumando, y hablando entre ellos. Le hizo ver a su patrón por un día que regresaría inmediatamente y los siguió intentando oír lo que decían. Les miró los zapatos: viejos, pero eran zapatos y no alpargatas. Las manos fuertes, la ropa limpia aunque se notaba bastante usada. Tenían que ser exiliados, como él. Los dos hombres entraron en el mercado, caminando con seguridad, sabían dónde iban. Se pararon ante un puesto de fruta e intercambiaron unas palabras con una mujer que llevaba un mandil. Al poco rato salió un hombre del puesto. Luis tuvo que agarrarse a una de las columnas del mercado. Casi no le salían las

palabras de la emoción.
"¡Félix… Coño, si es Félix!", dijo en voz alta, sin poder creer lo que veían sus ojos, y echó a andar hacia donde estaban los hombres. Una vez estuvo más cerca, lo llamó. El que había salido del puesto se dio la vuelta al oír su nombre.
"¡No me jodas…! ¡Montero! ¡Otra vez tú!"
Se dieron un fuerte abrazo. Se echaron a un lado para dejar pasar a un mozo con boina y blusón azul, que empujaba un carretillo lleno de frutas y verduras.
"¿Pero qué haces aquí? ¿Cómo has *llegao*?, hombre. ¡Qué alegría verte!" Félix estaba genuinamente contento de ver a su camarada. Montero le explicó brevemente cómo había llegado, y que tenía que volver al puesto.
"Nos vemos en la entrada principal a las dos, Montero, cuando cierre el mercado." Se despidieron con un fuerte apretón de manos y otro abrazo.
El resto de la mañana la pasó de excelente humor. Se fumó los cuatro cigarrillos que le había dado Félix y cuando el campesino le dio lo acordado después de terminar el trabajo, se despidieron.
"Bon chance, ami." Y bajando la voz, casi en un susurro, el campesino añadió: *"Et vive l'Espagne libre et republicaine!"* Y a modo de despedida le tendió su mano, dentro de la cual iban unos billetes.
Luis se sentía incapaz de corresponder con un *"Vive la France."* Se acercó al viejo campesino, tomó la mano que le tendían entre las suyas y le dijo: *"Merci, Monsieur. Vive la Republique!"*
A las dos de la tarde se presentó Luis a su cita. Félix llegó solo y echaron a andar. Entraron en un bistró de una de las calles que salían del mercado. Félix pidió dos cafés. Montero no daba crédito. Era la primera vez que entraba en un establecimiento público desde su llegada a Francia.
"¿Cuándo has llegado, camarada?" Félix fumaba, las mangas de la camisa remangadas. Tenía cara de estar cansado.
"Esta misma mañana, a pie. Vi el bombardeo desde una colina, al norte de la ciudad."
"¡Qué cabrones los alemanes! Dicen que hay más de sesenta muertos. Las bombas cayeron en la parte sur de la ciudad; se aseguraron de que el puerto quedara intacto." Félix encendió un cigarrillo. Luis recordó por un segundo los sentimientos de venganza que había sentido contemplando el bombardeo aquella madrugada. Por fin llegaron los cafés. *"Merci"*, le dijo Félix al camarero, inclinando su cuerpo hacia un lado para que pudiera colocar los cafés encima de la mesa.
"Oye, aquí hay de todo", dijo Luis, y dio un sorbo al café. "Y por lo que veo tenéis acceso a muchas cosas. ¡Coño, que café más rico! La última vez que tomé uno así fue en Gijón, al principio de la guerra."

“El ayuntamiento nos da doce francos diarios a título de refugiados; no refugiados de España, sino refugiados en general, de todas las regiones de Francia. Mañana iremos a que te inscribas y recibas lo tuyo. ¿Tienes certificado de liberado de la compañía?”

“Sí.” Y Montero se dio dos golpecitos con la palma de la mano sobre el bolsillo de la chaqueta.

“Bien, pues con eso es suficiente. Te buscaremos un trabajo. Ahora mismo están organizando la feria colonial y unos cuantos de nuestro grupo trabajan allí. Seguro que te consiguen algo, conocen bien al patrón. Por la noche dormimos en una de las barracas, en la Madagascar. Hay una zona habilitada para dormitorio de trabajadores, pero somos todos españoles y nos metemos ahí, de gratis.”

La tarde la pasaron en un jardín público, bajo unos árboles, compartiendo la comida que tenían. Félix trabajaba en el mercado, y la dueña del puesto le pagaba unos quince francos al día, más las propinas.

“De cinco y media a siete y media subo la fruta y las mesas del sótano al mercado y lo coloco todo; de doce a una y media hago la operación inversa. La propietaria me emplea como vendedor de siete y media a doce. Es una verdadera explotación”, explicaba Félix mientras se comía unas cerezas estupendas, apoyado sobre un codo, tirado en el césped. “Solo gano de más las propinas y como me repugna coger más no viéndome obligado, en lugar de doce o quince francos más, gano seis o siete. Pero a cambio, me dan la fruta y la verdura estropeada que no vale para la venta. Esta noche cenamos ensalada y conejo con guarnición de verduras de temporada.” Y se tiró en el césped, boca arriba, a disfrutar del sol. Montero aún no se lo creía. Estaba esperando des- pertarse, de un momento a otro, en su frío barracón de la compañía de trabajadores, como si todo hubiese sido un sueño. Se acordó de Riveira, el gallego que había enterrado al norte de la ciudad, y pensó lo que habría disfrutado de aquel momento al sol, con el estómago lleno, en libertad. Montero se durmió, no supo durante cuánto tiempo, al sol. Félix lo despertó.

“Vamos, camarada. Te voy a presentar a los demás y tu nuevo hogar.”

Los dos hombres caminaron apenas diez minutos. Las calles estaban muy transitadas por coches, bicicletas, algún carro con animales de tiro, motos; las terrazas a rebosar, gente tomándose un café, o una cerveza fresca o un pastis; grupos de hombres, casi todos, leyendo la prensa en animada conversación antes de ir a sus casas a cenar, en aquella soleada tarde de principio de verano de 1940. Llegaron a una enorme plaza que se abría entre los edificios, rodeada de árboles por tres costados, y cuya vertiente norte miraba al río. En el centro de la plaza había alineadas varias edifi- caciones exóticas: una pagoda china, un edificio morisco con un minarete, unas cabañas africanas

con el techo de paja, un fortín del Oriente Próximo. Y, entre ellas, multitud de personas, familias con niños, parejas del brazo, grupos de chavales, que iban de una a otra, parándose en los pequeños puestos que había instalados detrás de las edificaciones, admirando, incluso comprando las baratijas venidas de ultramar. Montero no salía de su asombro. El día había estado lleno de cosas insólitas, pero aquello era el colmo; aquellas edificaciones eran algo que solo había visto en postales, en libros. Desde que había llegado a Burdeos esa mañana era como si la guerra se hubiera esfumado; se le había quitado un enorme peso de encima, como si hasta entonces hubiera llevado una losa a cuestas. Incluso veía a los franceses de otra manera. Félix tuvo que tirar de su brazo en un par de ocasiones para sacarle de su estupefacción y hacerle seguir adelante. Atravesaron la avenida central transversalmente y llegaron ante uno de aquellos pabellones. Era un edificio de una sola planta, alargado, encalado al estilo colonial. La entrada principal, en un extremo del pabellón, se situaba bajo una pequeña torre rematada con un tejado a cuatro aguas, también blanco. Sobre la puerta había un arco de medio punto, y en la base del arco se podía leer en letras color teja: “Madagascar” en grandes caracteres. A la entrada, adornada con unas tupidas cortinas del mismo color que las letras, había un soldado africano, muy alto, con el uniforme colonial francés anterior a la Gran Guerra, azul claro, con un fez rojo y botas de media caña. Félix lo saludó: *“Bonsoir, Didier!”*

“Bonsoir, Félix”, contestó el hombre con una voz profunda. Montero apenas pudo farfullar un “*Bonsoir, Monsieur.”* Y entraron. Atravesaron la estancia, llena de telas de colores, de cestas con diseños étnicos, vasijas de barro, collares y adornos de los nativos de la isla; había varias mujeres y hombres vestidos con trajes de aquellas latitudes caminando descalzos y en entretenida conversación con las personas que habían entrado a visitar la muestra; láminas a todo color de árboles enormes, de animales exóticos, de plantaciones, de flores, de pájaros de mil colores; fotografías de ciudades, de poblados, de las gentes de allí, de paisajes imposibles. Félix de nuevo tuvo que tirar de Montero, abrió una puerta y dejaron tras de sí la Francia colonial. Entraron en una sala bastante grande, a lo largo de cuyas paredes había hileras de literas que daban la vuelta a toda la estancia. En el centro, una mesa de bancos corridos, y al fondo, una puerta que decía “W. C.”

“No es el Ritz pero es gratis. Pon tus cosas en esta litera de aquí abajo. Era de un vasco que encontró trabajo en el puerto y se queda allí a dormir. Toda tuya.”

Montero colocó sus escasas pertenencias al pie de la litera y se tiró sobre el jergón. Había también una manta. “Bueno”, pensó, “es más

cómoda que la de la compañía.”
“Ahora vamos a esperar a que venga Martínez. Es el que mejor conoce al patrón. Seguro que te consiguen un trabajo en la feria.”
Luis entrelazó los dedos que le hacían de almohada detrás de la cabeza. No habían hablado nada, Félix y él, sobre el partido. ¿Estaría organizado en Burdeos? Poco habían hecho políticamente en la compañía de trabajo. Él había estado de responsable, pero no había muchos camaradas, unos setenta. Habían hecho reuniones y alguna lectura, poca cosa, porque no tenían contacto con el exterior, y hasta abril no les habían trasladado a todos a vivir a las barracas recién construidas por ellos mismos, por lo que reunirse era casi imposible. Seguro que en Burdeos la cosa era diferente. Todo aquel día, desde que se había encontrado con Félix, había sido como un sueño, una sorpresa agradable tras otra. ¿Y cuándo llegarían los alemanes? La plaza en la que se hallaban parecía bastante cercana al puerto, así que no había cuidado con los bombardeos. Pero una vez que llegaran las tropas a la ciudad, sería otra cosa. ¿Qué iban a hacer los franceses? No estaban presentando batalla al invasor, que campaba a sus anchas por el país. Encendió un cigarrillo.
“Oye, Félix”, dijo Montero al cabo de un rato, “gracias, camarada. Creo que hoy ha sido el día más feliz desde que llegué a Francia.” Pero de la litera de abajo solo le llegó un profundo ronquido.

XIII

Burdeos (Francia,) 23 de junio de 1940

"Camaradas: Stalin y Hitler son aliados. Tenemos las manos atadas." Un murmullo recorrió la sala. Había estallado la polémica.
"Pero los franceses se han rendido, han firmado un armisticio, aquí está bien claro en la prensa de hoy". Julio, un valenciano alto y rubio que trabajaba en la feria, lanzó el ejemplar del día de *La Petite Gironde,* en cuya portada, en enormes letras, se podía leer "*L'armistice est signé entre la France et l'Allemagne".*
"Eso ya lo sabemos, Julio, pero estamos a las órdenes del Partido Comunista Francés y…"
"El Partido Comunista Francés está acabado, desde la ilegalización el septiembre pasado, camarada, además de que muchos de sus miembros devolvieron el carné de afiliado tras el pacto con Hitler." Julio no se daba por vencido.
"…y hasta ahora las órdenes, venidas a través de ellos y directamente del Komintern, ya sabes cuáles son: denunciar a las potencias imperialistas y no atacar a los alemanes." Continuó diciendo Félix, como si no hubiese sido interrumpido.
"Pues yo, como antifascista español, me niego a acatar esas órdenes, vengan de donde vengan, y menos ahora que no tardaremos en ver a los alemanes por las calles. Hitler ayudó a Franco en España; para mí es el enemigo natural. Los soviéticos serán su próxima víctima, ya lo veréis. Y entonces nos pondremos todos a llorar como viejas."
La pequeña célula del PCE que había surgido de la mano de Félix en Burdeos celebraba su segunda reunión desde su formación hacía diez días. A la primera reunión, hacía una semana, apenas habían acudido seis hombres. Ese domingo, 23 de junio de 1940, se encontraban en la trastienda del garaje de Bertrand, un antiguo brigadista francés que ponía el local a disposición de los comunistas españoles, unos veinte asistentes.

“Si atacamos a los alemanes estaremos haciéndole un favor a una potencia imperialista como es Francia, que tanto daño nos causó en la guerra”, le intentó hacer razonar otro camarada llamado Mestre, de Teruel.
“Hitler y Stalin tienen un mismo enemigo: las potencias imperialistas”, dijo uno nuevo, un chaval apocado de Valladolid llamado Velasco.
“Eso es lo que nos cuentan los soviéticos para que nos callemos y nos traguemos la píldora amarga de que se aliara contra nuestro enemigo natural. En las cárceles de Hitler están nuestros camaradas del Partido Comunista de Alemania como presos políticos. Aquí, en Francia, en abril se adoptó la medida de castigar con pena de muerte la propaganda comunista, por asimilarla con la nazi. ¿Acaso os creéis, ahora que los nazis son dueños del país, que nos van a dejar desfilar con nuestra bandera? ¡Sois unos idiotas!” Y se echó a reír. Julio era un niño bien valenciano que se había afiliado al PCE después de que el Frente Popular ganara las elecciones de febrero de 1936. Su padre, uno de los abogados más famosos y prestigiosos de Valencia, lo amenazó con echarle del bufete y desheredarlo si no abandonaba el partido. Julio no solo dejó el bufete y se desligó completamente de toda su familia, sino que, además, con el estallido de la guerra, y tras los incendios que acabaron con parte del registro civil de la ciudad de Alboraya, en la que había nacido, se cambió el nombre por Belcebú Satanás Fernández –el segundo apellido, como él decía, para darle carácter ibérico al recién estrenado nombre– y renunció por escrito a cualquier derecho hereditario proveniente de su familia. En Valencia hacía llamarse el Dimoni. Fue uno de los más ardientes anticlericales, y presumía de haber participado activamente en la quema de decenas de iglesias de la ciudad y de haber paseado a no pocos curas. Cuando cayó Valencia, logró escapar por los pelos y llegó hasta la frontera. Una vez en Francia, abandonó su nombre de guerra y recuperó solo el de pila; dejó el Fernández en lugar del Pla de su padre, y recuperó el Serra de su abuela materna, que había muerto durante la tercera guerra carlista, decían, en brazos de su amante francés.

Más murmullos. Había algunas cabezas que se movían afirmativamente, como dando la razón a Julio. Félix miró a su alrededor incómodamente. Todos los allí reunidos habían afirmado en algún momento, siempre en privado, eso mismo que Julio había dicho allí abiertamente ante todos. Pero había que seguir una línea, había que acatar las órdenes venidas de Moscú, la obediencia a Stalin era ciega, como una religión casi, basada en dogmas políticos intangibles. A pesar de que todos habían recibido la noticia del pacto entre Hitler y Stalin con asombro, sintiéndose incluso traicionados, las órdenes venidas de arriba eran claras: no atacar a los alemanes.
“Camaradas, a falta de instrucciones de nuestro propio partido,

tenemos que acatar las del PC francés, venidas de Moscú, y fin de la cuestión", sentenció Félix, viendo que aquello se le iba de las manos.
"¿Nuestro propio partido? A saber dónde están esos cabrones… No aquí, en Francia, rompiéndose el espinazo como nosotros, eso desde luego." Julio se había autoproclamado allí mismo la voz de la discordia, el invitado incómodo. Su tono de voz irónico no estaba exento de desdén y suficiencia.
"Camarada, la pertenencia a este grupo no es obligatoria." Montero, que había permanecido callado todo ese tiempo, habló desde una de las filas de atrás. Estaba serio. Había conocido a Julio esa misma mañana poco antes de que comenzase la reunión. El valenciano tenía que haber llegado a la barraca por la noche, con los demás, pero según le contaron los otros, Julio iba por libre. A Montero aquella falta de disciplina no le pareció bien, pensó que sería peligroso en un grupo clandestino. Cuando Félix, en la trastienda de Bertrand, le indicó aquella mañana de domingo quién era Julio, Montero lo observó atentamente. Alto, delgado, con el pelo perfectamente engominado y un afeitado fresco y apurado. Vestía una camisa blanca impecable, unos pantalones de color crudo. Fumaba soltando el humo por la boca, mirando a su alrededor con cierto aire de prepotencia, le pareció a Luis. Mientras Luis le observaba, esperando a que comenzase la reunión, sus miradas se cruzaron. Se miraron fijamente unos segundos. Luis no bajó los ojos, y Julio aprovechó que alguien le pidió paso para mirar a otro lado. A Montero no le gustó aquel tipo. Después de oír lo que había dicho en la reunión, Montero supo que no se había equivocado en su juicio
"¿Qué quieres decir tú con eso?", le contestó Julio, en un tono molesto.
"Como muy bien sabes, camarada, la pertenencia al Partido Comunista conlleva aceptar ciertas cosas con las que es posible que no todos los miembros estén de acuerdo, y esas diferencias solo se superan mediante el estudio de las doctrinas políticas. Estoy seguro de que no eres el único que opina como dices; yo mismo me pregunté en su día por qué nuestro líder, Stalin, se había aliado con Hitler. Pero tras muchas conversaciones con otros camaradas y muchas lecturas a las que tuve acceso, lo acaté, con dificultad, es cierto, lo reconozco, pero lo terminé aceptando. Tenemos que dominar la teoría marxista-leninista, aplicándola a la lucha diaria, combinando así la teoría y la práctica revolucionarias; tenemos que tener métodos de trabajo serios y responsables; un sistema de organización adecuado a la lucha que libramos. No por nada somos el grupo mejor organizado. Lo que nos diferencia de los demás es la disciplina y la obediencia. Si no te gusta, camarada, puedes marcharte. Nadie te obliga a pertenecer a la agrupación. Pero si decides quedarte, se aceptarán tus críticas y se

escucharán. No se nos puede olvidar que el marxismo es crítico. Además, si la crítica es siempre necesaria, en tiempos de guerra lo es mucho más; para eso nos hemos reunido aquí. Pero lo que no debemos estar dispuestos a aceptar entre nosotros son juicios derrotistas, ni crítica destructiva, ni lenguaje que raye el insulto de los demás camaradas que estamos aquí presentes, ni de los ausentes tampoco. En esta existencia clandestina que llevamos, la unión hace la fuerza, camarada. Durante estas reuniones tenemos que estudiar cómo seguir las directivas de Moscú en estos momentos tan difíciles; cómo aceptar la presencia de los alemanes entre nosotros; cómo sobrevivir clandestinamente, y crecer, pero siempre dentro de la línea que marca Moscú. Tenemos que caminar todos por la misma senda, o estamos perdidos." Miró a Julio, y añadió: "Eso es todo." Durante el improvisado discurso, Julio no le quitó ojo a Montero, apoyado sobre uno de los bancos de trabajo de la trastienda del taller. Se hizo un gran silencio. Félix respiró aliviado.

"Camaradas, Montero lo ha explicado muy bien. No tardaremos en tener a los alemanes entre nosotros. Tenemos que estar preparados para continuar con nuestras reuniones y demás entre ellos. Podemos estudiar sus movimientos, su manera de actuar. Es muy probable que en el futuro tengamos que pasar a la ofensiva."

La reunión no duró mucho más y los hombres salieron poco a poco del taller, para no delatar a Bertrand. Félix y Montero fueron de los últimos en salir.

"Gracias, Montero, por echarme un capote." Félix le puso la mano en el hombro a Luis. "Creo que Julio nos va a traer problemas. Es demasiado indisciplinado, incumple las normas de la barraca, como has podido comprobar tú mismo. Tenemos que frenarle."

"Cuando los alemanes lleguen a Burdeos no sabemos cómo van a actuar", terció Luis, con tono preocupado.

"Creo que debemos confeccionar un decálogo que debe de ser aceptado por todos los miembros. Si hay una primera falta, el infractor deberá pedir disculpas públicamente al grupo y no se le permitirá acudir a la siguiente reunión. La segunda infracción supondrá la expulsión. Esa norma teníamos en un grupo clandestino de Oviedo después de lo del 34. ¿Qué te parece?"

"Bien, me parece una idea cojonuda. Podemos ponernos a trabajar en esas normas esta semana, unos cuantos camaradas, y presentarlas el próximo domingo y ratificarlas. Hay que actuar rápido." Luis dio una larga calada al cigarrillo con manos temblorosas.

Luis consiguió trabajo en la cementación de la carretera que corría paralela a la costa. Cuando los alemanes llegaron a Burdeos, al principio su presencia no había sido tan traumática como la mayor parte de la población se esperaba. Los bares y los cafés estaban llenos

de soldados y oficiales con el uniforme gris, quienes sentados al sol en las terrazas, disfrutando de una cerveza fresca, de vino o cualquier otra bebida, no parecían tan amenazadores. Las tiendas vendían su género a los invasores, que eran, por lo general, disciplinados y pagaban bien. Serra, un alicantino que trabajaba en una bodega, les aseguraba a los demás que los alemanes pagaban todo lo que se llevaban de allí, y que, teniendo en cuenta lo malas que habían sido las cosechas en los años anteriores, y la crisis que había surgido en el sector con la sombra de la guerra, los vinateros estaban encantados de poder dar salida a todo aquello. Los alemanes repartían comida gratis en una de las plazas centrales de la ciudad "para hacerse los simpáticos", como decía Félix. La ciudad y sus habitantes, a pesar de todo, estaban viviendo unos momentos de bonanza, aunque nadie sabía lo que podría durar aquello.

Los españoles, entre ellos Luis, seguían viviendo en las barracas de la feria, pero sabían que aquello cerraría al final del verano, y tenían que empezar a buscarse otro alojamiento. Era pronto por la tarde. El patrón les había dicho a todos los trabajadores de la carretera que podían marcharse antes de tiempo, a lo que nadie puso ni media objeción. Luis caminó hasta casa, a pesar del calor, para ahorrarse el dinero del tranvía hasta el centro. Saludó a Didier, el centinela de la barraca, atravesó el pabellón y entró en la habitación. Cerró la puerta tras de sí y dio un par de pasos hacia su litera. Iba silbando y estaba distraído pensando si acercarse hasta la piscina de la ciudad a darse un baño. Entonces vio, al fondo de la estancia, sobre la única cama que no era una litera, la espalda desnuda de una mujer, blanca y suave como la crema, y una melena negra rizada con un lazo en la parte alta de la cabeza que recogía parte de su cabello. Los hombros redondeados, exquisitos; la espina dorsal trazaba una sinuosa línea a lo largo de la esbelta espalda; la cintura marcada; las caderas perfectamente idénticas y carnosas; le recordaba a la caja de una guitarra. Luis se quedó mirándola extasiado unos segundos. Hacía meses que no veía el cuerpo de una mujer con tanto detalle, menos aun completamente desnudo. En seguida reaccionó, y se dio cuenta de que la mujer estaba sentada a horcajadas sobre un hombre, del que, desde donde estaba Luis, solo se veían las plantas de los pies y las manos sobre las femeninas nalgas. La mujer emitía grititos de placer, levantándose el pelo por la nuca, y echando la cabeza hacia atrás, mientras cabalgaba sobre su montura. El hombre emitía unos resoplidos descomunales que, obviamente, les habían impedido oír la entrada de Luis, que no sabía muy bien qué hacer. Optó por salir y dar un fuerte portazo, para asegurarse de que los amantes salieran del éxtasis, y también para aplacar el enfado. Pasados unos minutos llamó a la puerta con fuerza. Cuando entró, se encontró a Julio, sentado en

la cama atándose los zapatos, casi vestido.
“¿Dónde está la mujer?”
“Está en el baño, muy avergonzada. Es una mujer decente, casada. Te ruega que te marches y la dejes salir lo antes posible.” Julio se puso en pie y empezó a abrocharse la camisa.
“Sabes perfectamente que el reglamento impide la entrada de mujeres en la habitación. Si se entera el jefe nos pone a todos de patitas en la calle. También estás incumpliendo el reglamento del grupo.” Montero estaba muy serio, de pie, sin moverse de su sitio.
“Vamos, Montero”, dijo Julio metiéndose la camisa por el pantalón, “sólo nos estábamos divirtiendo. Anda, sé buen chico, márchate y olvídate de lo que has visto.”
“Me voy a marchar, pero esto no lo voy a olvidar. Es tu segunda falta y sabes lo que esto significa. Si no lo denuncias tú mismo en la próxima reunión, lo haré yo.”
“Vamos, Montero, no seas tan serio.” Julio empezó a caminar hacia donde estaba Luis mientras se abrochaba el cinturón. “Mira, la chica es un bombón. No sabes lo bien que trabaja. ¿Quieres que te invite a una sesión? Si nunca has follado con una francesa, no sabes lo que es una mujer, chico. Yo me quedo fuera vigilando, mientras tú y ella os conocéis un poco mejor. ¿Qué me dices?” Y guiñó un ojo con una sonrisa en la boca.
Montero seguía inmóvil. Julio se paró delante de la litera de Montero, y apoyó su brazo sobre el jergón de arriba. Se trataba de un hombre alto. Montero empezó a caminar hacia su litera, hasta que estuvo frente a Julio. La diferencia de altura era considerable. Montero cogió sus cosas para ir a la piscina, mientras Julio le miraba con una expresión divertida. Cuando lo hubo recogido todo se plantó frente Julio.
“¿Qué me dices, entonces?, camarada. ¿Cerramos el trato?” Y Julio le tendió la mano.
“Me temo que tú y yo ya no somos camaradas; en todo caso lo decidiremos todos en la próxima reunión.” Montero comenzó a caminar hacia la puerta. “Como te he dicho, puedes comunicarlo tú o, si prefieres, lo hago yo.” La puerta del baño, donde se había escondido la mujer, se abrió a penas unos centímetros, y unos dedos asomaron pegados a la hoja. “En cuanto a la señorita, te agradezco tu ofrecimiento, pero no, gracias. Ya le puedes decir que salga, que yo me voy.” Agarró la manilla, se llevó el puño a la sien en señal de despedida y salió. Detrás de sí, al otro lado de la puerta, oyó a Julio gritar: “Esta me la pagas, Montero, ¿me oyes? ¡Me la pagas!”

La piscina judaica se encontraba a unos diez minutos andando desde la plaza. Luis nunca había visto una piscina antes. Cuando Félix le explicó lo que era y que, más aún, tenían acceso a ella, no se lo

podía creer. Luis se defendía en el agua bastante bien. Cuando era un chaval, en verano, a veces iban a chapotear a los ríos. Había un hombre en La Frecha, Belarmino el *Coxu,* que había estado en el ejército, donde le habían enseñado a nadar bien. Al poco de ingresar, mostró tener dotes para el deporte, y su comandante le preguntó si le gustaría que le entrenaran como instructor, a lo que accedió encantado. Pero cuando llevaba ya dos años trabajando y enseñando a otros hombres, estalló la guerra colonial en Marruecos. Fue trasladado al norte de África, donde su unidad participó en la toma de Xauen, y estuvieron durante semanas viviendo en un pequeño fortín en lo alto de una montaña. Todos los días veía el mar, allá a lo lejos, como un espejismo, y ardía en deseos de ir a zambullirse en sus azules aguas. Abajo, en el valle, pasaban las caravanas de camellos, los pastores con sus cabras. Siempre se presentaba voluntario para ir con la recua de mulas a buscar agua a los pueblos, a pesar del peligro de emboscadas, solo para percibir el sonido que esta hacía al caer otra vez al fondo del pozo al subir el cubo para llenar los cántaros que iban sujetos a las bestias; para estar cerca de ella, para no olvidarse del todo de su existencia; para poder constatar que, en algún lugar, había abundancia de ella; como si pudiese conjurar el momento en el que volvería a estar completamente rodeado del líquido elemento. Por fin su compañía, tras semanas de espera, recibió órdenes de atravesar varios barrancos y dirigirse a la bahía de Alhucemas para defender la ciudad de Annual. El mar estaba cada vez más cerca. Belarmino casi lo podía oler y pensó que, tras la victoria, iría a zambullirse para yacer en sus azules brazos, hasta saciarse. Pero los rifeños atacaron con todas sus fuerzas y aquello terminó en un desastre militar antes de llegar a la costa. Tuvo suerte y solo perdió un pie en el Rif. Fue milagrosamente resca- tado y evacuado, a un hospital militar, a Melilla, y luego a Cádiz. Viéndose impedido y temiéndose que no le iban a permitir dedicarse a instruir en la natación, decidió desmilitarizarse y regresar a su Asturias natal, donde retomó el oficio de campesino. Nunca había dejado de nadar. Siempre que podía, fuera invierno o verano, se subía en el tren a Gijón. Allí permanecía tiempo, nadando, y secándose al sol, si es que el día estaba despejado, o dando un paseo por los soportales de la iglesia de San Pedro si llovía, para entrar en calor tras nadar durante largo rato. Daba gusto verle deslizarse por el agua. Si no iba al mar, andaba por las pozas y las partes más profundas del río. Cuando Belarmino se tiraba al agua, todos le miraban con envidia, con asombro, de ver con qué facilidad avanzaba por aquel elemento. Un día Luis le pidió que le enseñara a nadar. Belarmino estaba encantado con su pupilo. Encontró en él a un ávido aprendiz, y un interlocutor atento. Entre brazada y brazada, aprendiendo las técnicas de respiración, le contaba infinidad de historias sobre Marruecos. Le explicaba

cómo los beduinos iban comple- tamente tapados, de blanco, sobre sus camellos, con los rifles a la espalda, y eran magníficos jinetes. Las mujeres, siempre cubiertas, de las que sólo se veían los ojos, y a veces las manos, que llevaban pintadas con dibujos, como si llevasen guantes de encaje; los pueblecitos con casas pintadas de rojo, de naranja, de índigo; los zocos, las mezquitas, las telas multicolores; los olores, los sabores, los sonidos del desierto sabía Belarmino describir a la perfección. Un día llegó como siempre cojeando, con un morral colgado de bandolera, en el que traía una colección de postales y de fotos. Ahí estaba Belarmino, en una foto, vestido con el uniforme colonial, de pie, apoyado en el respaldo de una silla sobre la que estaba sentada una mujer ataviada al estilo de *Las mil y una noches*, con un decorado de arabescos detrás. Belarmino estaba de cuerpo entero y con todas sus partes intactas. Luis le miró a la extremidad mermada, y luego a la foto. Belarmino se dio cuenta.
“No me importa, ¿sabes? Ya me acostumbré a vivir así. Me gusta nadar porque en el agua no se nota.”
“¿Te duele?”, preguntó Luis, sin quitarle ojo al muñón.
“¡Qué va a doler! Dolió cuando lo perdí, ¿oíste? ¡Ahí sí que dolió la hostia!”, y movió la mano de arriba abajo haciéndole ver que aquello había sido de una magnitud impresionante.
Cuando Montero llegó a la piscina se encontró con que no había muchos bañistas, lo cual agradeció. Se zambulló en el agua. Se acordó gratamente de la desnudez de la mujer y se rio para sus adentros pensando que tal vez debería haber aceptado el trato que le ofrecía Julio. Pensó en Victorina. No había obtenido contestación a su última carta, enviada hacía ya más de un mes, al poco de llegar a Burdeos. A lo mejor había encontrado otro novio. Tampoco le habían escrito de su casa. No tenía noticias de los suyos desde abril, cuando se encontraba aún en la compañía de trabajadores. Nadando en la tibia piscina, al sol, la experiencia brutal de los meses anteriores le parecía un sueño, como si no hubiera existido nunca. Allí, en el agua, se sentía seguro; era casi un sentimiento primitivo, ancestral. Sabía que varios de los que estaban allí nadando eran soldados alemanes. Pero, en aquella piscina, a Luis le gustaba pensar que, así, casi desnudos, sin uniformes, sin trajes de faena, sin armas, sin picos ni palas, libres de cualquier símbolo externo, todos avanzando por el agua por puro placer, solos, encerrados en sus pensamientos, nadando a lo largo de la piscina pero sin cruzarse, todos eran iguales. Tal vez en aquel momento los soldados que estaban allí nadando también echaran de menos a sus novias, a sus familias, a sus madres. Tal vez los sentimientos de todos ellos eran paralelos, como las líneas que describían en el agua.

Ni Montero ni Félix ni ninguno de los demás volvió a ver a

Julio desde lo de la mujer. Félix escuchó atentamente la historia de Montero y decidieron desconvocar la reunión del domingo, como medida de precaución. El lunes Bertrand les dijo que se había presentado la policía en su local por la mañana, y habían inspeccionado a fondo el taller, sin encontrar nada. Claramente Julio les había traicionado. Dejaron de reunirse en aquel lugar, y el grupo, que ya pasaba de cien miembros, se rompió en células más pequeñas, más fáciles de controlar y de esconder en el Burdeos ocupado. Un par de semanas después de lo del taller de Bertrand, apareció el cadáver de Julio flotando en el Garona, con una entrada de bala en la cabeza. La policía interrogó a todos los que vivían en la barraca Madagascar, y al final resultó ser un asunto de faldas. Nadie sintió su muerte. La feria colonial cerraría sus puertas con la llegada del otoño y los hombres empezaron a buscarse otros alojamientos. El nuevo gobierno de Vichy exigía a los extranjeros estar empleados; de lo contrario serían enviados a los campos de internamiento o a la Legión Extranjera. Los controles eran continuos. Los hombres tenían que enseñar sus salvoconductos, tanto a la policía francesa como a los soldados alemanes, en la calle, en los tranvías, en los cafés, en el cine. Félix consiguió contactar con la dirección del partido de la Francia ocupada, en París, y se fue a Orleans, a organizar allí otro grupo clandestino. Montero se quedó a cargo de las células de Burdeos, pero Félix le avisó de que le haría acudir al norte, y que debía ir pensando en quién sería su delfín.

XIV

Orleans (Francia), enero de 1941

Cuando el tren cruzó el puente sobre el Loira y empezó a aminorar la marcha, Luis se puso su abrigo y sus guantes y preparó su pequeña maleta. Por fin el convoy entró en la estación, en la que las luces eléctricas aún estaban encendidas. El reloj marcaba las nueve y cuarto de la mañana y el día era tan oscuro que parecía que nunca iba a amanecer. Luis salió de la estación. Un gendarme le pidió la documentación, y lo dejó seguir. Sacó del bolsillo de su abrigo el pliego de papel con el plano que le había enviado Félix a Burdeos y lo miró para asegurarse de que llevaba buen camino. Al final de la *rue de la* Bretonerie, por fin, vio la catedral. Buscó un bistró, entró y pidió un café con algo de pan. Cuando ya casi eran las diez, salió a la calle. Llovía. Bajo la puerta principal de la iglesia catedral de la Santa Cruz vio a Félix. Este le saludó con la mano, y cuando Luis se hubo acercado, se dieron un fuerte abrazo. La lluvia arreciaba.

"¿Qué tal el viaje? ¿Muchos controles?"

"Todo muy bien. Sólo me pidieron el salvoconducto en dos ocasiones. Una en Tours y otra aquí, en la estación. Sin problema."

"La casa está muy cerca. Tengo paraguas. ¿Vamos?"

"Vamos."

En la casa de la *rue de* L'Etelon se hospedaba un total de seis hombres, todos del partido. La puerta principal se abría sobre una sala de estar que ocupaba casi toda la planta baja del edificio. A un lado había una puerta tras la que se adivinaba una minúscula cocina. Al fondo había unos grandes ventanales y una puerta que daba acceso a un jardín bastante grande. La estancia tenía una mesa con bancos corridos, de fabricación tosca, a ambos lados para acomodar hasta a diez hombres, una chimenea que estaba encendida y dos sofás viejos. Unas escaleras daban acceso a la planta superior. En las paredes había cuadros que representaban, seguramente, rincones de la ciudad. Luis

reconoció en uno de ellos la catedral. El suelo era de losa y, a pesar de que estaba encendida la chimenea, hacía algo de frío.

Tras el único sillón que había en la sala, que ofrecía la espalda a la entrada principal, surgió la figura completa de un hombre. En una mano tenía un libro, con la otra se subía unas gafas de leer a lo alto de la cabeza. Sonriendo, dio una par de zancadas hacia los dos recién llegados.

Luis se quitó los guantes, soltó la maleta y le tendió la mano. Emilio Nadal la apretó con fuerza.

“Emilio, te presento a Montero, el camarada que acaba de llegar de Burdeos”, dijo Félix.

“Encantado de conocerte, camarada.”

“Lo mismo digo.”

“Quiero que sea él el que me releve aquí en Orleans cuando yo vaya al sur a hacerme cargo de aquella zona.”

Nadal puso los brazos en jarra y se quedó mirando a Luis con una sonrisa en la boca.

“Así que este es el famoso Montero. Hemos oído muchas cosas muy buenas de ti, camarada. Yo soy el encargado del partido en París. Allí hay mucho trabajo, pero quería venir a conocerte en persona si es que aceptas el cargo que se te ofrece. Las referencias que tenemos de ti son excelentes.”

“Gracias, camarada. Estaré encantado de trabajar para el partido aquí en Orleans.”

“Pero pasa, pasa, hombre… No nos quedemos aquí en la puerta. Vendrás cansado. Félix, enséñale dónde va a dormir y esas cosas; que se lave si quiere. Yo voy haciendo algo de café y preparando la reunión.”

“Por aquí, Montero, sígueme.” Y Félix cogió la maleta. Ambos hombres subieron a la planta de arriba y se detuvieron delante de la primera puerta que apareció ante ellos, casi al pie de la escalera.

“Dormirás aquí, en esta habitación. Aquella, la del fondo, es la mía; esta, la de los Martínez. Ellos comparten habitación…Son hermanos.; la de la derecha es de Carlos, que sabes que vino de Burdeos en noviembre; y la de la izquierda es de Pérez, que se irá con Nadal a París. Necesitamos otro hombre. Bueno, acomódate y baja en cuanto puedas.”

“Gracias, Félix.”

Félix dejó la maleta ante la puerta y bajó las escaleras. Montero cogió la maleta, entró en la habitación y dejó la carga sobre una silla. Abrió la ventana y empujó las contras. Seguía lloviendo. Su habitación daba al jardín, al fondo del cual había un muro de piedra. Había seis o siete árboles frutales imposibles de reconocer sin la hoja, y a la derecha un casetón, seguramente para herramientas, pegado al cual estaba el

excusado. Aseguró las contraventanas a la pared de fuera y cerró la ventana. La habitación era pequeña, pero estaba bien amueblada. Una cama bastante grande, un tocador con palangana y jarra de agua de cerámica blanca y espejo y un brasero. Una mesa y un pequeño escritorio a un lado de la ventana recibían suficiente luz. Al otro lado de la ventana, un armario de un cuerpo. Luis se acercó al tocador. La jarra estaba llena de agua. Ese Félix… Lo había preparado todo. Sonrió. Sobre la repisa del tocador, una pastilla de jabón y una toalla limpia. Luis se lavó la cara y las manos y bajó inmediatamente para que los dos hombres no lo esperaran demasiado.

“Siéntate, camarada. ¿Café?” Y Nadal levantó la cafetera.

“Sí. Solo. Gracias, camaradas.”

Nadal se colocó las gafas sobre la nariz y revolvió unos papeles que tenía ante él.

“El camarada Félix me dice que fuiste fogonero y que tienes conocimientos de mecánica."

“Así es”, contestó Montero tras darle un pequeño sorbo al café.

“Bien, en la Kommandantur buscan a alguien. Teníamos a un hombre del partido pero sufrió un accidente y no parece que se vaya a incorporar inmediatamente ni mucho menos. Tenemos que conseguir que te metas dentro. Hay que observar bien a los alemanes, tenemos que conocer su manera de trabajar, sus horarios, sus actividades. Tendrás que hacer informes detallados de todo lo que observes. Parece ser que Stalin y Hitler no son tan amigos como parece.”

“Eso era de esperar, camarada”, dijo Montero sin poder disimular su alegría.

“Ya, pero aún no hay órdenes que contravengan lo anterior. Solo nos dedicaremos a observar y a estudiar. Es una información que en el futuro nos puede venir muy bien. Félix se quedará contigo hasta que te hagas con las riendas de la situación. Entonces, realizaréis juntos el primer viaje a París para enlazar conmigo.”

“Montero, tú serás el encargado de las cotizaciones, como he hecho yo hasta ahora, y también llevarás propaganda cada vez que vayas a París. Te enseñaré cómo funciona la maleta con doble fondo. También tendrás que transportar armas alguna vez.” Félix no le quitaba ojo a Luis mientras le decía esto.

“¿Qué experiencia tienes con armas?, camarada”. Nadal pasaba papeles sin encontrar lo que le interesaba.

“En España aprendí todo sobre el manejo de ametralladoras automáticas. También nos dieron cursos de explosivos en las Escuelas de Guerra. Soy bastante bueno tirando con pistola y fusil, es decir, tengo bastante buena puntería.”

“¿Hace cuánto no tienes un arma en la mano?, cama- rada.” Nadal se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y miró a Luis sobre la

montura.
“Desde octubre del 37”, dijo Luis secamente.
Nadal se quitó las gafas y se pasó la mano por la cara, como para quitarse el sueño.
“Aquí tenemos un pequeño arsenal que Félix te enseñará. Quiero que te familiarices con todo lo que aquí hay.”
Luis no pudo evitar sonreír. De joven nunca le habían llamado la atención las armas, pero desde que las conoció a fondo durante la guerra en España su pasión por aquellas máquinas, especialmente las ametralla- doras, se había hecho más que evidente. Se había convertido en uno de los principales expertos en su uso, manejo y mantenimiento. Siempre que alguien tenía un problema con su arma, acudía a él. Nunca ninguno de aquellos cacharros se le había resistido. El frío acero, la madera suave y pulida hasta la perfección, el rítmico tableteo, la fuerza, el fuego, el vigor de las balas que salían escupidas de sus entrañas. Siempre lo había encontrado de un atractivo casi embriagador.
“¿Cuántos hombres has matado?, Montero.” Nadal entrecruzó los dedos de ambas manos, los antebrazos apoyados sobre la mesa.
“Más de los que habría querido nunca, camarada.” Eso era lo que no conseguía conciliar, a veces, con su amor por las armas. A menudo se le aparecían en sueños las caras de los hombres que habían caído junto a él atravesados por las balas del enemigo, a veces en posturas imposibles: de rodillas, o sentados mirando hacia el cielo, la boca abierta como esperando que cayera el maná, los sesos rezumando por un orificio en un amasijo de sangre; y se imaginaba que él mismo había creado una carnicería parecida a los del otro lado. Eso le quitó el sueño durante mucho tiempo, hasta que se acostumbró a vivir con la muerte, con la que él había llevado a otros seres humanos con sus armas, y con la suya propia, incluso, que por alguna razón que él desconocía, no había ido a visitarle en la guerra de España.
“¿Alguna vez cuerpo a cuerpo?”
“Sí.”
“No sabemos cuándo vamos a tener que pasar a la acción, camaradas. Tenemos que estar preparados. Tu trabajo en la Komandantur es, además, controlar si hay movimientos de tropas, o de armas. No nos vendría mal otro hombre más aquí. ¿Tú conoces a alguno?”
“Félix, ¿tú te acuerdas de Cagancho, en Gurs?”
“Sí, aquel amigo tuyo. Llegasteis juntos. ¿Qué fue de él?”
“Recuerdas que cuando nos llevaron a las compañías de trabajo nos separaron. Seguimos en contacto a través de nuestras familias, pero ahora ya nos carteamos directamente. Él estuvo en la 145, y luego en Perpiñán y Rivesaltes. Ahora está en La Rochelle. No ha tenido contacto con el partido, pero es un tipo juicioso, y yo respondo por

él.”
“¿Es de fiar?”
“Ciento por ciento, camarada. Te lo aseguro.”
“¿Cuánto tiempo crees que tardará en venir?”
“No sé. Pero es fácil que en menos de quince días lo tengamos aquí. Sé que en La Rochelle no se encuentra del todo bien. Le cuesta encontrar trabajo.”
“Bien, camarada, mantenme informado. Dentro de quince días vendréis tú y Félix a verme a París. A ver si tenemos noticias de tu camarada… ¿Cómo dices que se llama?”
“Cagancho; bueno, Emilio. Su nombre real es Emilio Alcón, pero todos lo llaman Cagancho.”

XV

Cárcel de La Santé, París; principios de octubre de 1942

Emilio se despertó e intentó moverse, pero se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos como un cordero a la estaca. Le dolía todo el cuerpo; no sabría especificar dónde. Cuando logró adaptar su visión a la oscuridad reinante, vio que la luz provenía de un ventanuco que había sobre su cabeza, a unos dos metros de altura sobre el jergón en el que estaba tirado. Pudo levantar la mirada y vio una puerta frente a la cama. Las paredes de la celda estaban ennegrecidas y sucias. Miró a ambos lados y vio que tenía la muñeca izquierda vendada. Entonces se acordó. Había intentado suicidarse después del interrogatorio. Lo habían suspendido del techo, con las manos atadas a la espalda, de las muñecas, hasta que ambos brazos se le habían salido de las articulaciones, produciéndole un dolor inhumano. Luego, al recobrar la consciencia, le habían pegado patadas, tirado en el suelo, con las manos aún atadas a la espalda; se le saltaron varios dientes y le rompieron varias costillas. Perdió de nuevo el conocimiento y cuando volvió en sí le metieron la cabeza en agua helada hasta que creyó que se ahogaba.

Él mismo había intentado cortarse la venas en la celda, después de aquellas duras sesiones de tortura, con el cristal de su propio reloj, que sus carceleros no tuvieron tiempo de quitarle. Querían que confesase su participación en el atentado del cuartel de la milicia de Doriot. Menudos cabrones. Habían acudido al asalto Puerto, Pérez Troya y él. Solo a él habían conseguido atrapar. A pesar de que no llevaba nada encima que le incriminase, ellos querían que hablase. Lo llevaban claro. Él y sus compañeros habían lanzado una bomba en pleno desfile. Habían causado alguna baja, seguro; no le había dado tiempo a verlo porque tuvieron que huir. Cada uno por un lado. Él tuvo la mala suerte de entrar en un tranvía que estaba vacío. Los policías lo vieron y el conductor cerró las puertas para que no pudiera

escapar. Allí le dieron la primera paliza. Pero no iba a hablar. Aquellos cabrones podían matarle si querían. No iba a abrir el pico.
La puerta de la celda se abrió. Entró un hombre con un mono azul ceñido a la cintura con un cinturón de cuero grueso. Llevaba una porra colgando del cinturón y unas llaves. En los pies, unos chanclos de madera; en las manos un cuenco. Detrás de él había un soldado francés, armado.
"Tu es à La Santé, dans l'infirmerie de la prison. Voilà ta bouffe. Mange si tu as faim. Si non, on prendra ta bouffe pour tes camarades."
Mientras hablaba, aquel hombre delgado y alto le soltaba las cadenas que le mantenían inmóvil. Dejó el cuenco sobre el suelo, frente a la puerta. No sabía qué hora era, ni cuantos días habían pasado desde el 30 de septiembre, el día que le habían cogido. Al menos le habían dicho dónde ese encontraba: en la cárcel de La Santé, en la enfermería. Tenía hambre, supuso que era buena señal. Cuando el carcelero y el soldado se hubieron marchado, intentó levantar un brazo. Vio con horror que no podía mover ninguno de los dos. Le entró el pánico. ¿Y si se había quedado paralizado con las palizas? Pero no, logró mover los dedos de ambas manos, y las piernas también le respondían. Primero realizó un pequeño movimiento de hombros, arriba y abajo, tirado aún en la cama, con ambas piernas flexionadas. Luego los codos. Le dolían los brazos, casi no los sentía. Logró girar y ponerse de costado. Sintió una punzada aguda. Las costillas, rotas. Tenía la boca seca. Consiguió despegar la lengua del paladar; tenía un sabor algo dulzón. Se dio cuenta de que era sangre. El sabor le trajo recuerdos de niñez, cuando él y su madre iban a Valladolid en el tren, que les salía gratis, a visitar la tumba de sus abuelos. El aire de Castilla, tan seco, le hacía sangrar por las narices. A veces se despertaba por las noches con la almohada de la casa de su tía teñida de rojo, y en la boca ese mismo sabor dulzón de la sangre casi coagulada. Su madre le regañaba y le daba un coscorrón con los nudillos por manchar la ropa de cama de casa de su hermana, Milagros, pero su tía le acariciaba la cara.
"No te preocupes, Emilio. No es nada; no llores. Yo lo lavaré con agua fría, que es mano de santo para quitar las manchas de sangre. Anda, no llores, monín". Y la tía Milagros le acercaba la cabeza a su pecho. Su madre siempre decía que Milagros no tenía vocación de madre, y que por eso no se había casado. Pero en aquellos momentos en que Emilio tenía su cabeza contra el pecho de su tía, y esta le acariciaba el pelo revuelto donde su madre le había dado el coscorrón, a él le parecía que Milagros era más parecida a una madre que la suya propia.

Consiguió a duras penas ponerse de rodillas sobre el suelo, los brazos inertes a ambos lados, como un muñeco de trapo. Se dio

cuenta de que se le habían saltado más dientes. De rodillas logró acercarse al cuenco en que había sopa con algo flotando. Los brazos no le respondían. De rodillas, bajó la cara hacia el cuenco hasta que sus labios tocaron el borde y bebió como pudo. Cuando ya casi había vaciado el recipiente, este se volcó y derramó su contenido por el sucio suelo de tierra. Emilio cogió con su boca los trozos sólidos, que parecían nabos o patatas, y los masticó como pudo. Le habían dejado como a un perro. Pensó que si no recuperaba la movilidad en los brazos iba a ir mal. Hacer movimientos con los hombros le producía un dolor extremo, pero no se le ocurría otra manera de recuperarlos. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared.

Las ganas de fumar le inundaron. Al final había accedido a lo que le pedía Montero. No había estado mal aquel año y medio, entre Orleans y París. Había sido el mejor periodo de su estancia en Francia. Cuando llegó a Orleans, Montero le ayudó a arreglar los papeles y a conseguir un trabajo en un campo de aviación alemán a las afueras, en Bricy. No se decidió a trabajar a las órdenes del partido, pero sí que ayudó a Montero con información sobre el movimiento de los aviones y de los propios alemanes, que su amigo utilizaba para dar golpes en el campo de aviación después de que Hitler invadiera la Unión Soviética y los comunistas dieran luz verde para que sus afiliados sabotearan al invasor. A él siempre le había parecido que aquello era una tomadura de pelo: los comunistas aliados con Hitler. Montero le decía que leyera, que estudiara, que entendiera que los comunistas y los alemanes luchaban contra el capitalismo. Por más que se lo explicaran, para él esa alianza no tenía ni pies ni cabeza. Notó el alivio de muchos, incluido el propio Montero, cuando Hitler por fin invadió a su, hasta entonces, aliada y las cosas retomaron su cauce natural. Cuando Montero se había marchado definitivamente a París al final de 1941 a trabajar para el comité central del Partido Comunista, él, aunque aún no se había decidido a entrar a formar parte del partido, decidió seguir a su amigo. El Partido Comunista, que vivía en total clandestinidad, sin embargo estaba perfectamente organizado, también en París. Gracias a él, ambos consiguieron un trabajo en la Gare de l’Est, donde hacían de mozos y ganaban un sueldo no muy alto pero que se veía aumentado con las propinas que recibían. También consiguieron un lugar donde vivir. Una chica del partido, llamada Margarita Abel, les alquiló una habitación en el último piso de un edificio del centro, junto a las Tullerías. El lugar era mínimo, pero para lo que paraban en casa era suficiente. Montero le presentó a un montón de personas, no solo españoles, sino también de otras nacionalidades: checos, polacos, austriacos. Iban al teatro, al cine, a los bistrós, incluso a exposiciones de arte, a apoyar a unos cuantos chicos del partido que eran unos artistas de tomo y lomo. Uno de ellos

se llamaba Martín Bas, de Barcelona, autor de infinidad de carteles durante la guerra de España, que él recordaba haber visto en Valencia. Martín era un chico estupendo, un poco más joven que él, pero no mucho más. El entusiasmo de aquellos hombres era contagioso. A veces solo les daba para comer una vez al día, pero siempre estaban dispuestos a plantear nuevas reuniones, nuevas formas de atacar al enemigo, consignas que atrajeran a más miembros. Siempre había tiempo para verse y hablar de política, hasta la náusea, machaconamente. Sí, había conocido a cantidad de gente, que no supo que eran comunistas hasta que, por fin, se decidió a unirse a ellos. No recordaba, en aquella cárcel en la que estaba encerrado, muy bien por qué había tomado aquella decisión. ¿Tal vez por agradecimiento, o más por obligación? El partido les protegía. Si se ponían enfermos, con las cotizaciones que los miembros hacían dos veces al mes, se pagaban médicos y medicinas. Si perdían el trabajo, siempre había alguien que, por referencias, te conseguía uno inmediatamente. Eran como una gran familia. Pero Cagancho, en aquella celda, en la que no sabía ni qué día era, ni cuánto tiempo llevaba allí, hambriento y dolorido, empezó a plantearse hasta qué punto el partido les había atrapado en sus redes, con todos esos servicios que ofrecía a sus afiliados a cambio de obediencia ciega, hasta el punto de la muerte. Es decir, si hubieran querido salirse de sus filas, se habrían visto solos en medio del París ocupado por los nazis. Tal vez habrían perdido su trabajo, su casa, sus amigos, sus apoyos. Pero para algunos, como era el caso de su amigo Montero y no tanto el suyo, estar fuera del partido habría significado, además, perder su razón de vivir.

Durante varias semanas estuvo allí encerrado. El mismo hombre le traía comida dos veces al día, y en dos ocasiones le cambiaron las vendas de la muñeca. Poco a poco sus brazos fueron respondiendo. Podía moverlos, aunque no podía subirlos más arriba de los hombros. Ya casi no le dolía la boca, aunque tenía que tener mucho cuidado porque si aspiraba aire frío, que ya entraba por la ventana, sentía un dolor punzante. Seguramente algún nervio le había quedado al descubierto cuando le saltaron los dientes a patadas. Cada vez que oía los chanclos de su carcelero acercarse a su celda, rogaba para que viniera solamente con su comida y nada más. No sabía si había más celdas a ambos lados. Presumiblemente sí, aunque nunca había oído nada, ni siquiera el abrir y cerrar de otras puertas. Solo una vez le despertaron unos gritos terribles, unos gritos ancestrales, primitivos, que se acallaron casi inmedia- tamente. No supo si lo había soñado o si habían sido auténticos. Caminaba arriba y abajo por la pequeña celda de apenas tres metros por tres metros para mantenerse más o menos en forma. A veces, si lo pensaba, le daba claustrofobia. Cuando notaba que estaba a punto de sufrir un ataque y ponerse a gritar como

un loco, con la angustia de aquel sitio reducido, siguiendo con sus ojos las líneas donde confluían las paredes, de arriba abajo, de derecha a izquierda, sin encontrar una salida, cuando notaba que le faltaba el aire, se tiraba en el suelo, acurrucado, y pensaba en España, en Asturias, en Oviedo, en La Argañosa, en su casa, en Pilar y en Pilarín. ¿Qué habría sido de ellas? Cuando salió al exilio lo hizo ante la total indiferencia de su esposa y de su hija. No habían querido seguirle, él no insistió. Tampoco les prometió que volvería. Había pasado casi tres años alejado de ellas durante la guerra. Mientras estuvo luchando en el norte, al principio ellas estuvieron dentro de Oviedo, en el cerco, hasta que se abrió el pasillo. Entonces salieron, pero fueron a León, a casa de una prima de su mujer. Él no las pudo seguir. Cuando acabó la guerra, él se quedó en casa de su madre en Gijón, y ella no quiso volver a Asturias. La última vez que las había visto había sido cuando ellas tomaron el tren desde León un mes antes de que él se fuera al exilio. Habían acudido a Oviedo porque Pilar quería que Pilarín, la hija de ambos, viera a su padre por última vez, como le había gustado decir bien claro en presencia de la niña y de él mismo, y para recoger algunas cosas. No las había visto desde el verano del 36. Pilar seguía igual de guapa, aunque se notaba que los años iban pasando por ella. Había adelgazado y, sí, tal vez menguado, aunque la figura esbelta y elegante seguía volviendo caras por la calle al pasar; asomaban marcas de los gestos en la frente, alrededor de los ojos y en los labios. Seguía teniendo unos dientes blancos, perfectos. Parecía más menuda de lo normal, ataviada con un bonito vestido negro de media manga que cerraba con botones forrados de raso negro hasta casi el cuello; el pelo, negro azabache, peinado a la moda, con ondas bien marcadas y muy brillantes; la piel cubierta con polvos para clarear la tez; los labios muy rojos. Seguía siendo hermosa, aunque él ya no veía esa belleza desde hacía muchos años, empañada por su carácter, mezquino. Pilarín había crecido, estaba más alta, muy cambiada, más seria incluso. Nunca fue una niña a la que le gustara sonreír, y jamás había expresado mucho cariño hacia su padre, como si supiera que él sospechaba que no era hija suya, que su mujer, Pilar, lo había engañado haciéndole creer que, fruto de aquel tórrido encuentro en un almacén del depósito, habían engendrado a la criatura. Cuando nació, seis meses después de la precipitada boda, Cagancho supo que aquel bebé de rosada piel no era suyo. Luego, cuando estuvo claro que la niña tenía el pelo rubio y los ojos azules, una cara angelical, una fisonomía que no correspondía a la de su familia ni a la de su esposa, Cagancho estuvo seguro. Obligó a Pilar a confesar, y solo logró que ella le reconociera, entre risas burlonas y reproches, que había habido más hombres, pero que él había sido el único imbécil que había mordido el anzuelo. Antes de llegar a él le había preguntado a otros

dos para que se hicieran cargo de la paternidad y ambos la habían rechazado. Cagancho sintió ganas de matarla. Nunca quiso a aquella hija. Cada vez que la miraba intentaba adivinar quién podía ser su verdadero padre. Observaba a su mujer cuando aparecía por el taller a llevarle la tartera con la comida, o a darle cualquier recado, tratando de vislumbrar algún gesto, algún comportamiento extraño, alguna mirada furtiva hacia alguno de sus compañeros para desenmascarar al verdadero padre. ¿Y qué iba a hacer entonces? ¿Echarlas y ponerlas de patitas en la calle, con las maletas delante de la puerta de casa? Recordó avergonzado cómo alguna vez, durante los duros ataques sobre Oviedo, tenía la esperanza de que fueran alcanzadas por una bomba. Ahora, allí tirado en el suelo de aquella celda parisina, y sin saber por qué, las echaba de menos. Habría dado cualquier cosa por que lo abrazaran. Habría dado cualquier cosa por volver a casa con ellas.

Un día se oyeron pasos diferentes. Eran varios hombres. Venían a por él, otra vez a torturarle, pensó. Se sintió desmayar. Se lanzó contra la pared con la esperanza de poder derribarla o penetrarla y salir de allí, ahogado por el miedo, por la angustia. Oyó la llave en la cerradura. Se sentó en la esquina de la celda, se puso los brazos en la nuca y se meó encima. Dos soldados alemanes le obligaron entre golpes a que se levantara. No tenía ninguna pertenencia, salió con lo puesto. Le pusieron unas cadenas alrededor de las manos y de los tobillos y fue conducido al patio de la cárcel. La luz del sol le cegaba. Había más hombres en sus mismas circunstancias. No reconoció a ninguno. Por fin el grupo estuvo completo. Los metieron en un furgón sin ventanas, con un soldado alemán entre cada dos hombres para asegurarse de que no hablaban entre ellos. Tras casi una hora, la puerta del furgón se abrió. Estaban en la cárcel de Fresnes, bajo jurisdicción alemana.

Seguía sin saber exactamente la fecha. Calculaba que sería finales de octubre, tal vez principios de noviembre. Se dio cuenta de que llevaba casi un mes sin hablar con nadie. En Fresnes también estuvo incomunicado. Un día fueron a buscarlo. Lo metieron en un furgón, solo, a oscuras. Tras un tiempo el furgón se paró y el motor se apagó. Se abrieron las puertas y Cagancho salió, cegado por la claridad. Hacía frío. Reconoció la *rue* Lauriston, en los Campos Elíseos, las oficinas de la Sipo-SD, una rama de las SS, la policía designada para llevar a cabo la represión de la población. Con las manos esposadas a la espalda, dos soldados alemanes lo condujeron a una sala en la que había una mesa con tres sillas. Le indicaron que se sentara en la que estaba en medio de la sala. Los soldados salieron, y entonces entró un oficial ataviado con el uniforme de las SS, pero con un rombo en el brazalete que le distinguía como oficial de la SD. No había ventanas. El hombre

puso una carpeta sobre la mesa, y se sentó al borde de la misma, con una pierna colgando y la otra apoyada sobre el suelo. Entonces entraron dos tipos vestidos de civil; uno con chaqueta de cuero, otro con una cazadora de piel forrada. Dejaron sus sombreros sobre la mesa, le ataron los pies a las patas de la silla con una cuerda y se sentaron.
"¿Cómo te llamas?"
"Emilio Alcón Fernández."
Bofetada.
"*Herr Kommandant*, estúpido, di *Herr Kommandant* cuando te dirijas a mí."
"Sí, *Herr Kommandant*". Un hilillo de sangre le manaba de la nariz.
"¿Sabes qué día es hoy?"
"No, *Herr Kommandant*. Llevo semanas incomunicado."
"Hoy es 1 de noviembre de 1942."
"Silencio. Cagancho miraba por encima del hombro del alemán que le hablaba en español algo acentuado. Tampoco miraba a los dos hombres que estaban sentados en silencio tras él. Miraba a la pared."
"Según tu dosier, participaste en el asalto al cuartel de los milicianos de Doirot. ¿Sabes cuántos hombres murieron en el ataque?"
Silencio.
Bofetada.
"Contesta, español de mierda."
"No lo sé, *Herr Kommandant*."
"Ocho muertos y siete heridos."
Silencio. Cagancho intentó no sonreír.
"Yo no tuve nada que ver con eso, *Herr Kommandant*. Ya se lo expliqué a la policía francesa."
"Y sin embargo a mí me parece que sí, que tú estuviste implicado en aquello y de aquí no saldrás sin aceptar tu culpabilidad y sin darme los nombres de los que actuaron contigo."
Silencio. Cagancho de repente se dio cuenta de que no tenía miedo. Durante las semanas que había pasado en la celda de La Santé, solo el recuerdo de aquellas sesiones de tortura de la policía le había hecho casi enloquecer. Cuando oyó las botas de los soldados que fueron a sacarlo de la celda el terror le invadió hasta casi la locura. Pero ahora, allí sentado, ante aquellos animales que seguramente iban a hacerle picadillo, sentía una tranquilidad que incluso a él le fascinaba. ¿Sería eso lo que sentían los que llevaban una venda sobre los ojos y estaban ante el paredón? Siempre le había llamado la atención la valentía de aquellos hombres. Cuando los vio en persona en el 34 en Oviedo, luego en el 36 en Gijón; cuando, en las películas de rusos que veían en el frente, fusilaban a aquellos soldados del Ejército Rojo, siempre le había maravillado la flema, la calma del ajusticiado momentos antes

de enfrentarse a la muerte. Él siempre sostuvo que si se hubiera visto en semejante trance no habría podido evitar gritar como un marrano cuando lo van a cortar en canal. Y, sin embargo, ahí estaba. Sabía lo que se le venía encima, o lo sospechaba, pero la sensación de paz era total.
El alemán se giró ligeramente para alcanzar el dosier que descansaba sobre la mesa junto a él y sacó dos fotos. Se las enseñó a Cagancho.
"¿Conoces a estos terroristas?"
Las fotos, sacadas de pecho para arriba, representaban a dos individuos sin afeitar, con el pelo revuelto y la ropa manchada, seguramente de sangre. Cagancho no los conocía, aunque tenían la cara completamente desfigurada por los golpes; sin embargo, estaba seguro de que no los conocía.
"No, *Herr Kommandant*. Nunca los he visto antes."
Bofetada.
"Mientes."
Era imposible convencer a aquel tipo de que él nunca había visto a aquellos hombres de las fotos. A él también le habían tomado una foto, después de sacarlo esposado del tranvía en el que le habían dado caza y después de una buena primera tunda en la comisaría. Recordó cómo le habían limpiado la sangre de la cara justo antes de sentir el flashazo. Se preguntaba si en aquellos instantes también le estarían enseñado su foto a aquellos dos hombres en una habitación contigua, o si se la habían enseñado unas horas antes, e igualmente le habrían dicho al mismo comandante que no lo habían visto antes, y él también les habría dicho lo mismo: "Mientes".
"Le juro que no conozco a esos hombres, que no los he visto en mi vida, *Herr Kommandant*.
Esta vez la bofetada fue tan fuerte que Cagancho, que llevaba las manos atadas a la espalda y los pies a la silla, se cayó al suelo, enganchado a su montura. Al caer, el respaldo se le clavó en el antebrazo. Su sistema nervioso acababa de registrar el dolor cuando sintió un golpe tremendo –seguramente una patada– en la entrepierna. Un grito. Ese era el grito que había oído por la noche, que le había despertado en La Santé. Había sido él mismo; ya había salido semejante sonido antes de su cuerpo, y se le había olvidado. ¿Cómo se podía olvidar una cosa así? El cerebro humano seleccionaba los recuerdos y los registraba. Verdaderamente existía la memoria selectiva, y era un mecanismo de defensa, casi un acto reflejo. Luego, más tarde, se dio cuenta de que mientras estuvo inconsciente, el miedo le debió de inundar de nuevo. Como una sombra se apoderó de todo su cuerpo desde los pies, subiendo por sus piernas, por su tórax, su pecho, los brazos, el cuello y la cabeza. Cuando hubo alcanzado hasta el último cabello, de nuevo sintió que se ahogaba; otra vez las

mismas sensaciones que había experimentado en la celda de La Santé. El valor le había abandonado. Solo había necesitado tres bofetadas y una patada en los huevos. Menudo cobarde. Volvió en sí, seguía tirado en el suelo. Estaba solo en la pequeña sala de interrogatorios. Decidió quedarse inmóvil. ¿Cuánto tiempo habría pasado? Con suerte se habían olvidado de él. Pero no. Oyó la puerta abrirse. Empezó a gritar, no podía controlar su cuerpo, gritaba aterrorizado y se sacudía con toda su fuerza. La silla apenas si se movía. Lo habían atado bien. Los dos tipos vestidos de civil le propinaron varios puñetazos, arrodillados sobre él, hasta que dejó de moverse. Entonces le cortaron las ataduras y lo levantaron del suelo. Casi no podía andar. Cada hombre lo agarró por debajo de un brazo y, arrastrando los pies tras de sí, lo llevaron por el pasillo, y lo bajaron en volandas tres tramos de escaleras que morían en un tétrico pasillo con puertas a derecha e izquierda. La escasa luz venía de una sucia bombilla suspendida por un fino cable. En el aire había un olor imposible de describir, que inundaba los pulmones y los paralizaba. Olía a carne quemada, a sangre, a excrementos. Se oían gritos y sollozos, carcajadas histéricas. Emilio se sentía desfallecer. No podía aguantar aquello ni un segundo más. Quiso que terminase, quiso despertarse y aparecer tirado en el suelo de la celda de La Santé, en aquel suelo inmundo, empapado en sudor, tiritando de frío. Pero no lo lograba, no lograba salir de allí. Los gritos eran terribles. El asqueroso hedor y aquella luz mortecina lo envolvían todo. Los dos hombres lo introdujeron en una celda que tenía la puerta abierta. De una sacudida le pegaron la espalda a la pared. De arriba abajo, en línea con su columna vertebral, corría un raíl que estaba incrustado en la pared. Entre los dos lo levantaron y lo colocaron de puntillas, como una bailarina del Bolshói. Sobre su cabeza bajó una argolla metida en el carril, la cual ajustaron a su cuello. Le ataron las manos a la cintura, para que no pudiera ayudarse. Anclaron la argolla. Estaba suspendido del cuello, a apenas tres milímetros del suelo, con las puntas de sus pies como único sustento. Se ahogaba. Logró descalzarse una alpargata y situarla bajo la otra con ágiles movimientos de pies. Eso le permitió erguirse dos centímetros, la diferencia entre la vida y la muerte. La postura era incomodísima, las piernas empezaron a hormiguearle y a perder fuerza, pero entonces se ahogaba; si dejaba caer su peso, aquel grillete que tenía alrededor del cuello le sofocaba. ¿Qué le iban a hacer aquellos hijos de puta? Habían dejado la puerta abierta para que pudiera escuchar los gritos de los otros. Seguro que todas las puertas de aquellas tétricas estancias estaban abiertas por las mismas razones. ¿Qué le tendrían preparado? Todo sería tan fácil si hablase… Lo contaría todo; dónde se reunía Montero con los otros de la dirección del partido, dónde vivían los dos, en la habitación de la *rue* d'Algers,

cómo actuaban, qué golpes habían dado. Lo contaría todo. Sí, tan fácil como eso. Y entonces lo dejarían en paz, lo bajarían de ahí y podría irse, salir de allí, comer, beber, dormir, curarse las heridas, estar tranquilo. ¡Vivir! Él sólo quería vivir. Y los llamó; empezó a gritarles.
“¡Venid… hijos de puta! Venid que os lo cuente todo. ¡Lo sé todo!” Le faltaba el aliento, se ahogaba. Su voz salía quebrada, casi no podía ni ver. Empezaba a nublársele la visión, aparecían pequeños destellos, como fogonazos, que traían las imágenes de vuelta, la puerta desconchada de aquella sucia celda, abierta, y un pasillo escasamente iluminado. Luego se fundían. Nada.
“¡Cabrones! ¿Acaso no queréis saberlo todo?” Otra vez su voz era apenas un hilo.
Entraron los dos hombres a grandes zancadas y lo embistieron como toros de lidia, con los puños por delante. Aprisionado entre los golpes y la pared, se mordía la lengua, no era capaz de meterla en su boca. Había perdido pie completamente. Aquellos dos salvajes seguían dándole puñetazos. Por fin le soltaron el grillete, de golpe, y cayó al suelo como un saco. Allí tirado le dieron más patadas hasta que se quedó inconsciente.
Cuando volvió en sí estaba tirado en el suelo, sobre un charco de sangre. Era increíble que aún le quedara tanta en el cuerpo. No sabía lo que le pasaba, entraba y salía de la inconsciencia, hasta que se dio cuenta de que no podía mover la mandíbula ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podría conseguir que aquello parara? ¿Cómo podría salir de allí? La muerte. Esa era la solución. La muerte se presentaba como la única salida de aquel lugar. Pues allí estaba él esperándola, pacientemente, como un amante, con los brazos abiertos, ansioso. Se puso a llorar como un niño. Llamaba a su madre. Se acurrucó y empezó a mecerse envolviéndose con los brazos, las manos sobre sus hombros. Los hombres volvieron. Cagancho gritó mil veces “No”, pero no le hicieron caso. Consiguió dar patadas. Uno de ellos sacó una porra hasta que Cagancho quedó, de nuevo, medio inconsciente. Entonces notó cómo lo desataban, y lo tendían boca abajo en una tabla, un extremo de la cual quedaba a la altura de sus hombros. Lo ataron con unos correajes de cuero hasta que quedó bien asegurado. La tabla estaba sobre un potro como si fuera un balancín. Uno de los hombres destapó un depósito en forma de cubo que estaba en el extremo de la tabla. El otro levantó la tabla, de tal manera que la cabeza de Cagancho quedó sumergida en el agua. Estaba al borde de la locura; cuanto más inspiraba para poder respirar por sentirse ahogado, más agua inhalaba. Se estiraba y se retorcía, atado como estaba, como una sanguijuela. Su yugular estaba a punto de reventar, sentía los ojos saliéndosele de sus órbitas, la espina dorsal arqueada como un junco. Se ahogaba, se ahogaba y aquellos cabrones no le

sacaban la cabeza del agua. Muchos años más tarde, décadas después de aquellas sesiones de tortura que no habían hecho más que empezar, no era capaz de sumergirse debajo del agua, y aún se despertaba en mitad de la noche hiperventilando, dando fuertes puñetazos, incapaz de volverse a dormir. Pero siempre le ayudaba a tranquilizarse el recuerdo de haber sido mejor que ellos, de haber esperado a la muerte como un amante fiel.

Un día, caminando por el patio del fuerte de Romainville, Cagancho oyó que había llegado un nuevo contingente de prisioneros. Efectivamente, el grupo de los ingleses seguía siendo igual, pero el de los yugoslavos y los noruegos parecía más numeroso. Vio que entre los suyos, que estaban como siempre descansando al sol, había caras nuevas. Se paró en seco. Pensó que no podía ser. Sintió un deseo de correr, pero no sabía hacia dónde. Además, se dio cuenta de que las piernas le fallaban. ¿Era él? Si, era él. Era Montero. Más delgado, pero era él. Ambos hombres se miraron, de lejos. Montero miró hacia otro lado, como si no lo conociera. Él hizo lo mismo, pero sentía ganas de gritar, de saltar, de reír. Pero... ¿y si Montero estaba ahí por su culpa? Él sabía perfectamente lo que había ocurrido mientras estuvo consciente en los interrogatorios, pero ¿y si había cantado mientras estuvo inconsciente, como cuando habla uno en sueños? Ese pensamiento le torturaba desde hacía tiempo día y noche, porque estuvo a punto de hablar en las oficinas de la *rue* Lauriston. Se acordaba perfectamente. Si hubiera tenido un cigarrillo, lo habría encendido. Llevaba semanas sin fumar. Decidió meterse las manos en los bolsillos para esconder el nerviosismo. Tenía que seguir caminando. Se pasó la mano por el cabello, pero le temblaba el pulso de tal manera que se le alborotaba el cabello, sucio y grasiento, así que decidió volver a meterlas en los bolsillos. Se acercó al grupo de españoles, y reconoció también a Puerto entre los nuevos. Los dos habían sido cazados. Intentó adivinar en sus ojos si él estaba relacionado con la caída de ambos. A Montero le faltaban varios dientes; los alemanes le habían zurrado bien. Estaría jodidísimo, con lo presumido que él era, pensó Cagancho. Le apeteció reír. Se sentó. El corazón se le iba a salir del pecho, la presión en las sienes era insufrible. Se apoyó contra la pared, y puso las manos en sus rodillas, para calmarse. Conocía perfectamente a casi todos los que estaban aquella mañana sentados disfrutando del sol, salvo a dos nuevos que estaban con Montero y Puerto. Dio los buenos días. Varios hombres se levantaron y decidieron ir a dar un paseo. Puerto, Montero y Cagancho se quedaron solos. Cada hombre sentado en el suelo, con la mirada al frente, en silencio. Cagancho sintió rodar una lágrima por su mejilla. Luis Montero lo miró, solo un segundo.

"Camarada… yo también me alegro de saber que sigues vivo. Su voz

se quebró. Caganchó notó cómo la última palabra se había ahogado en la garganta de su amigo. Por el rabillo del ojo, Cagancho pudo ver cómo Luis había bajado la cabeza y sus hombros se sacudían. Estaba llorando.

“Estos cabrones no van a poder con nosotros”, consiguió decir Cagancho. Lo que habría dado por un abrazo fraternal, por poder llorar a gritos, reírse a carcajadas, saltar, correr, decir el nombre de Montero y el de Puerto a voces. Era el día más feliz de su vida. Sí, sin duda. Sentado en el patio de la prisión de Romainville, donde llevaban a los prisioneros que no tenían derecho ni a un juicio, donde se rumoreaba que los iban a llevar a Alemania a algún campo de trabajo; con el cuerpo lacerado por las palizas, el estómago siempre vacío, sin tabaco, sin calor humano, lejos de los suyos, y a miles de kilómetros de España; vencidos de nuevo, pero a pesar de todo ello, era el día más feliz de su vida. Porque seguía vivo. Porque sus camaradas también vivían. Porque no los habían vencido del todo, porque aún había esperanza.

XVI

Toulouse, 4 de julio de 1945

Informe sobre mi detención.
Eran sobre las nueve de la noche en la fecha indicada, 31 de noviembre de 1942, cuando a mi regreso de Nevers me dirigí a una habitación (oficina) instalada en la calle del Teatro, en el sexto piso (casa particular), habitación en la cual nos reuníamos algunas veces Miret, Perramón y yo. A mi llegada de Nevers me interesaba hablar urgentemente con Perramón y me dirigí a dicha habitación después de haber comprobado desde la calle que la luz estaba encendida, lo que me dio a entender que él estaba dentro.

Al abrirse la puerta, dos inspectores de la policía francesa me apuntaron con sus pistolas. Sus primeras palabras fueron: ya han caído tus amigos. Inmediatamente proceden a cachearme. No encontrándome nada me preguntan que a qué iba yo allí. Mi contestación fue que iba a verme con una mujer con la cual tenía relaciones íntimas y que ella hacía la limpieza de aquella habitación, lo que aprovechábamos para pasar el rato.

Al trasladarme a la comisaría del distrito, esposado de una mano, pensé que era el momento para la fuga. A pesar de que uno de los inspectores me apuntaba con su pistola a poca distancia, tomé la escalera y tiré del inspector que me llevaba, que se cayó al suelo. Lo arrastré por todas las escaleras hasta el primer piso, en donde un inquilino que entraba en su domicilio, y creyendo seguramente que se trataba de una pelea de vecinos, me echó la zancadilla, momento que aprovechó el inspector para apuntarme con su pistola en el pecho.

Al llegar a la comisaría el inspector estaba herido, y yo también. Aunque he de señalar que al día siguiente me hicieron un análisis de sangre porque el inspector decía que, durante el forcejeo, yo le había mordido. A primera hora de la mañana era detenida en ese mismo lugar la compañera de Miret, que se dirigía allí para tener noticias de su marido, al cual no veía desde las nueve del día anterior. A ésta la llevaron también a la comisaría donde yo estaba y la colocaron no distante de mí, lo que me

permitió poder hablar. En principio yo puede comprobar que Miret había sido detenido en la mañana del día anterior, es decir, el 30. Ella y yo nos pusimos de acuerdo en que nos habíamos conocido en una reunión de amigos que hacía poco se había celebrado en París y que teníamos relaciones a espaldas de su marido y que nos veíamos en aquella habitación donde ella hacía la limpieza. Esto lo hemos acordado antes de que ella me hubiera reconocido a mí, y yo a ella al ser interrogados por la policía.

El caso queda cerrado ante la policía francesa, ya que la policía no había descubierto nada. Sin embargo, me dejaron encerrado por sospechoso. Al mes de estar encerrado en la cárcel (Santé), la GESTAPO me vino a buscar, y me llevaron a la cárcel de Fresnes por haberme complicado en el interrogatorio de guerrilleros que habían actuado en París, de los cuales había algunos conocidos.

Esta complicación se produjo porque el responsable del trabajo había sido Sandalio Puerto, que había caído el 30 de septiembre de 1942, en el ataque al cuartel de Doriot, en el que hubo muertos y heridos. Resultó que en el interrogatorio, Puerto dio mi nombre (no el de guerra, que era Ángel). Al llegar a Fresnes me preguntaron sobre mi relación con Puerto, y mis actividades terroristas. También me preguntaron por Ángel (yo mismo) al que negué también conocer. Tras varios días de torturas y violencias a las que me sometió aquella buena gente, no consiguieron sacar nada en limpio. Yo fui careado con Puerto, cosa que no me esperaba. Entonces le preguntaron a Puerto, "¿Quién es ese?". Puerto contestó, "Montero, Luis". "¿Has recibido tú de él unos manifiestos?" "Sí señor". Yo lo negué todo. Entonces le volvieron a preguntar a Puerto, con el mismo resultado. Fue en este momento cuando Puerto pidió que le dejaran hablar conmigo, a lo que el comandante le autorizó, pero exigiéndole que lo hiciésemos en francés. Entonces Puerto me dijo, "Ha habido mala suerte, ¿qué se va a hacer? Debes reconocer lo que yo digo, no hay nada más. He dicho que te he conocido en tal punto." Esto me lo dijo medio en francés medio en español, con lo que el comandante se enfureció y le llamó 'crápula'. Entonces comprendí que no se había puesto en peligro nada importante relativo al Partido. Puerto no había desvelado mi nombre de guerra, que era Ángel, a quien la GESTAPO buscaba desesperadamente desde hacía tiempo. Sólo tenía que decir que sí, efectivamente, nos conocíamos, y nada más. Incluso intentaron arrancarme que conocía a Ángel.

No recuerdo todo lo sucedido en los interroga- torios, pero aseguro al partido que tras mi detención, ni entre mis contactos con la MOI y con los departamentos, y con el resto de nuestros responsables del partido en París, no ha habido ni un solo caso de identificación ni han podido recoger ni un solo dato que pusiera en peligro la organización del partido. Estuve en la Santé un mes, En Fresnes, un mes. En la Santé y Fresnes estaba incomunicado. Luego estuve un mes en Romainville, con Cagancho,

Sandalio Puerto y Pérez. El 27 de marzo de 1943 fui deportado a Mauthausen.
Firmado Luis Montero.

XVII

Estación de Mauthausen (Austria), 1 de abril de 1943

El aire gélido entraba por las ventanas y los hombres tiritaban de frío. El continuo girar de las ruedas les había acompañado durante muchas horas; ya no había habido ningún alto en el camino. El sol había salido en dos ocasiones desde la partida, la última vez hacía muchas horas. Los prisioneros habían sido encadenados de pies y manos en el fuerte de Romainville, subidos a un furgón y transportados a la parisina Gare de L'Est. Entre un pasillo de soldados alemanes, fuertemente armados, desfilaron alejándose de los andenes princi- pales, donde varios grupos de curiosos se arremolinaban preguntándose las razones de aquel despliegue. Subie- ron al tren y partieron. Era casi de noche.

Por fin el tren se paró. Los hombres se miraron en silencio, agudizaron todos los sentidos. Se oían perros, voces de hombres que hablaban en alemán. Tras un tiempo indeterminado, se abrieron las puertas del vagón con un enorme estruendo. "*Los, los, los*!" . Por fin se bajaron los primeros hombres, aturdidos por la luz, el frío y la escena en el andén, en muchos casos hechos descender de un tirón de sus ropas por los SS que esperaban sobre la plataforma a ambos lados de las puertas. Luego se subieron a los vagones varios soldados. En el andén había más, que les apuntaban con sus armas y les apremiaban a salir de los vagones. *"Los, los, los!"* Muchos de los prisioneros tenían las piernas entumecidas y no podían casi moverse. Aquellos desgraciados fueron blanco de innumerables patadas y culatazos de los soldados que habían subido y los obligaban a ponerse en pie y recoger sus pertenencias a toda velocidad. Había que salir del vagón y no quedarse rezagado. Los últimos en salir recibirían más golpes. A los SS no les gustaban los rezagados. Había cuerpos tendidos en el vagón; no se movían, estaban desmayados, tal vez muertos. ¿Desde cuándo? ¿Cuánto tiempo llevaban así? *"Los, los, los!"* Unos enormes perros gruñían enseñando sus dientes, intentando liberarse de las cadenas

que los retenían, dando fuertes tirones, levantando sus patas delanteras, echando saliva por la boca. Había una cacofonía de ladridos palabras que parecían ladridos, aullidos de dolor órdenes gritadas golpes de cadenas bultos lanzados con violencia desde los vagones que eran cuerpos sin vida que no decían nada ya no, ya no estaban, ya no se movían y sin embargo los perros se ensañaban con ellos azuzados por sus amos alaridos de terror golpes secos en las piernas en la cara. Las calaveras blancas los miraban gritaban les daban porrazos en las piernas para que formaran, como bestias. *"Los, los, los!"* Apremiaban a los pobres diablos. La degradación no había hecho más que empezar.

Luis consiguió situarse en las filas del interior de la formación, más resguardado de los golpes. Su petate era pequeño. Ya no le quedaba comida, y solo tenía una manta y unas botas de repuesto. Se lo echó todo al hombro. Comenzó la marcha. Salieron de la estación, junto a la cual corría el río; eran unos doscientos hombres, más o menos. Los soldados flanqueaban el grupo, los perros iban detrás, cerrando la comitiva, ladrando como dementes. Atravesaron el pueblo. Estaban en Mauthausen. Por la carretera se cruzaron con un grupo de campesinos tocados con una gorra tirolesa que ya habían sido testigos de otras muchas comitivas de prisioneros similares. Casi todos bajaron la vista al verlos pasar. Los que no, tenían su mirada cargada de una lástima extraña. La carretera se fue haciendo cada vez más empinada. Empezó a nevar. Ya casi no había casas. El ritmo que marcaban los soldados era frenético. *"Los, los, los!"* Un hombre delante de Luis resbaló en la nieve; Luis y otro lo cogieron por los sobacos y lo levantaron; un tercero recogió sus bultos. Un SS se lanzó, con la porra en alto, hacia el grupo que había roto la formación, abriéndose camino entre los hombres a empellones, con la cara desencajada por el odio. Otros dos soldados gritaron *"Alt!"* Los prisioneros dejaron de caminar, con gran alivio. Aquel hombre que había roto la formación fue golpeado repetidamente, hasta que cayó al suelo. Tres soldados más se acercaron rápidamente. Entre los cuatro lo mataron a golpes y patadas en el suelo. Los soldados ordenaron a dos hombres que echaran el cuerpo a la cuneta, y a un tercero que recogiera su petate y cargara con él. Comenzó de nuevo la macabra marcha. *"Los, los, los!"* Un tiro sonó en la retaguardia seguido de un grito de dolor. Los hombres, presa del terror, empezaron a correr despavoridos; los perros, ante el alboroto de los gritos de miedo de algunos de aquellos prisioneros, empezaron a ladrar y a gruñir; sus amos soltaron lastre de las cadenas que los sujetaban para que pudieran atacar a los prisioneros más rezagados. Casi corriendo, sudando y en estado de pánico llegaron los que habían sobrevivido a aquella caminata de casi cuatro kilómetros a lo alto de una llanura. Una enorme mole con

potentes focos y torres de vigía se levantaba ante ellos; su tétrica silueta recortada contra el cielo invernal, helado.

Por el lateral de un edificio atravesaron una puerta ante la que se abría una amplia plaza, la de los garajes. *"Alt!"* Fueron encuadrados en filas; fueron contados. Y, ordenadamente, como les gustaba a los nazis, los prisioneros avanzaron hasta el final del recinto y fueron subiendo por unas escaleras, a la derecha, al final de la explanada, que les conducían a la plaza principal del enorme complejo. Allí, fueron alineados a golpes de porra y con gritos, contra una pared de granito rematada con alambre de espinos que corría por el costado derecho del complejo. Cuando estuvieron todos firmes, varios hombres vestidos con un uniforme de rayas y un triángulo verde en el pecho y en la pernera del pantalón comenzaron a despojar a los prisioneros de los efectos personales de valor que llevasen encima, como relojes, cadenas, pulseras, anillos. Todo esto fue entregado a uno de los oficiales SS que supervisaba la operación. Después empezaron a mirar dentro de los macutos, de las maletas, de los hatillos que los hombres tenían; sacaron latas de conserva, restos de comidas, cigarrillos, mantas, zapatos, ropa de repuesto. Todo eso se lo quedaron aquellos hombres entre risas y exclamaciones de agrado, como cortesanas inspeccionando ricas sedas con las que hacerse nuevos vestidos. Si aparecía algo de valor, se lo entregaban inmediatamente al oficial. Mientras tanto, los prisioneros estaban de pie, inmóviles. Así pasaron varios minutos, hasta que algunos empezaron a toser; otros, a temblar convulsamente por culpa del frío. Al cabo de una hora, cuando más de una docena de prisioneros se habían desmayado, se les había golpeado para que se levantasen, sin éxito, y sus cuerpos prácticamente sin vida habían sido recogidos por hombres con el uniforme de rayas, se dio la orden de emprender la marcha. Entre dos de aquellos edificios que corrían paralelos al muro, los hombres fueron conducidos a los sótanos de uno de ellos. Se les introdujo en una enorme sala, donde se les duchó, y luego se les cortó el pelo al cero, se les afeitó todo el cuerpo y más tarde, desnudos y completamente pelados, fueron introducidos de nuevo en la ducha, no sin antes rociarles con un polvo antiparasitario. Gracias a un sistema de cañerías en el techo, llovió sobre ellos una vivificante ducha de agua caliente que les ayudó a aliviar el picor del polvo con el que les habían rociado. Fueron conducidos de nuevo, desnudos y mojados, al muro donde habían estado alineados tanto tiempo. Seguía nevando. Otra vez convulsos tembleques, desmayos, muertes. Por fin se les dirigió al sótano de otro edificio. Allí se les dio ropa (un uniforme de rayas) y zapatos. Se les interrogó y se les adjudicó un *blok* al que dirigirse. Las barracas, o *bloks*, se encontraban alineadas, paralelas a los edificios en los que habían sido duchados, vestidos e interrogados,

al otro lado de la plaza principal. La entrada era una especie de recibidor rectangular con tres puertas: dos a ambos lados, y una en el medio. Las laterales conducían a dos amplios dormitorios con infinidad de literas. La del centro, a los lavabos. Los hombres entraron en la gran sala. Las literas estaban todas ocupadas. Algunas con tres hombres en cada catre. Nadie se movió; ni los recién llegados, ni los hombres que estaban durmiendo. Reinaba un gran silencio. Por fin, uno se acercó a una cama que parecía que tenía solo dos ocupantes y con ambas manos empujó el bulto que había bajo las mantas y se tendió. Los demás hicieron lo mismo. Luis se acostó en un catre con otros dos, como un animal.

XVIII

Duchas del campo de concentración de Mauthausen, 13 de mayo de 1945

El secretario general del PCE del campo de concentración se levantó. A su derecha, Perlado; a su izquierda, Razola. Las paredes de la sala de las duchas habían sido decoradas con numerosos carteles confeccionados por los hombres con sábanas y toallas procedentes de la lavandería, en los que se leía "Pleno del P.C.E. KLM" en una; o "¡Vivan los aliados!" en otra; o "Un saludo fraternal a los camaradas internacionales que lucharon junto a nosotros en España", en nítidas mayúsculas. Tras los hombres de la mesa principal, dos grandes dibujos en negro sobre blanco de Lenin y Stalin a ambos lados de una enorme bandera roja del PCE, con las siglas del partido y la hoz y el martillo en amarillo, y la tricolor, lo presidían todo. En la sala había más de cien hombres. Algunos estaban sentados en sillas dispuestas en filas en el centro de la amplia estancia, y a lo largo de sus paredes. Otros se habían acomodado en los gruesos alféizares de las ventanas, apoyados contra las cañerías que corrían a lo largo de la pared, o sentados en el suelo. Se oyeron gritos de "¡Silencio!", fuertes y vigorosos "¡Chist! Esto ya empieza." Muchos aprovecharon para encender otro cigarrillo más.

"¡Camaradas!", tronó Luis, "como secretario general del Partido Comunista de España en el campo de Mauthausen quiero daros la bienvenida a este nuestro primer pleno tras la liberación."

La emoción se podía cortar con un cuchillo. Hacía tan solo una semana que los todoterrenos de un pelotón de la 11ª División Acorazada estadounidense habían entrado en el campo. Los veintidós hombres, al mando del sargento Albert J. Kosiek, de Chicago, habían sido recibidos por una muchedumbre de esqueletos harapientos. Antes de traspasar la entrada principal, en la carretera, junto al barracón del Revier, los estadounidenses habían visto montones de cadáveres, y hombres moribundos. Al traspasar la entrada al campo principal,

vieron cómo algunos hombres tendían sus brazos hacia ellos, como bebés hambrientos, y se llevaban después la punta de los dedos a la boca, haciendo el signo internacional del hambre. Otros daban saltitos de alegría y se daban golpes con las palmas de sus manos en sus rapadas cabezas no pudiéndose creer su suerte. Tres esqueletos franceses, sujetándose los unos a los otros, se cuadraron y comenzaron a cantar *"Allons enfants de la Patrie, le jour de gloire est arrivé"*. Algunos se habían caído al suelo, y sentados lloraban de alegría, desconsoladamente.

Por fin un grupo de hombres armados se presentó ante el sargento estadounidense, que hablaba francés perfectamente. Estaban igualmente delgados, pero había otro brillo en sus miradas; estaban, además, vestidos de paisano, no con el uniforme de rayas. Le pidieron al estadounidense que los siguiera. En lo que habían sido las oficinas de los SS, estaba reunido parte del Aparato Militar Internacional. El soldado, acom- pañado por dos de sus hombres, entró en el antiguo despacho de Zereis, el comandante del campo. Tras la mesa del despacho estaba en pie un hombre, vestido de paisano. También de pie, a ambos lados de la puerta, dos hombres más estaban marcialmente apostados; el único vestigio de uniforme eran unos cascos alemanes que llevaban, sustraídos de la armería. Otros cuatro hombres, ataviados también con ropa de civil, estaban alrededor de la mesa, mirando un mapa desplegado que enseñaba el campo y la carretera hasta el pueblo de Mauthausen, el río y el puente ferroviario que lo cruzaba. Todos levantaron la mirada cuando entró el estadounidense.

"Sargento, soy el comandante Pirógov, del glorioso Ejército Rojo", dijo el hombre que estaba tras la mesa. El sargento, ante la falta de uniforme, no se cuadró. Desde la calle se oían gritos de todo tipo, canciones, incluso tiros. Uno de los hombres vestidos de paisano cerró la ventana. El estadounidense y el soviético se miraron a los ojos fijamente durante unos segundos. Por fin el soviético retiró la mirada y la bajó sobre el mapa desplegado en la mesa.

"Esta mañana la fuerzas del Aparato Militar Internacional han asaltado la armería." Con un puntero de madera señaló la situación en el mapa. "Y han ocupado puntos estratégicos: el centro de transmisiones, las oficinas, las cocinas, el almacén de víveres y la cámara de gas." El puntero se movía sobre el mapa con vigorosos clacs que acompañaban los puntos enumerados. "También hemos desplegado dos cordones de seguridad alrededor del campo." El puntero describió dos círculos concéntricos. "Nuestros hombres se han incautado de quince ametralladoras pesadas, doce fusiles ametralladores, varias decenas de bazucas, ochenta subfusiles, pistolas, varios miles de granadas y más de tres mil fusiles." El

estadounidense se acercó más a la mesa, y por fin intervino.
“Mientras subíamos por la carretera nos cruzamos con al menos dos coches que, creemos, proceden del campo. ¿Está esto bajo control?”
“Sí. Hemos requisado todos los medios de transporte y se han enviado varias patrullas al pueblo de Mauthausen para controlar las carreteras y colocar puntos de defensa. Tememos un ataque por parte de los SS que huyeron en la noche del 3 de mayo.”
“Los alemanes se encuentran en franca retirada. Dudo que regresen al campo. No obstante, ha sido muy acertada la idea de tomar las riendas de la situación. Es posible que queden bolsas de alemanes en la otra orilla del río, aquí y aquí. El transbordador no ha parado de funcionar, por lo que hemos podido ver. El puente sobre el río sigue intacto.” El estadounidense señalaba con su dedo los puntos que mencionaba mientras hablaba. Los hombres miraban el plano, evitando el contacto ocular.
“Tenemos varios nidos de ametralladoras defendiendo el puente. Otro destacamento, aquí.” El soviético señaló la oficina del burgomaestre en el pueblo. “Y otro, aquí.” El puntero se movió hacia la carretera que conectaba con Gusen.
“Bien. Tenemos que regresar a nuestra base. Tenemos varios prisioneros. La seguridad parece efectiva. Es posible que algún pequeño grupo de soldados alemanes armados les dé algún susto. Tal vez deberían fortalecer las defensas del puente. Lo felicito.” El comandante soviético tuvo que tragarse la píldora amarga de ser felicitado por un inferior, un sargento. La falta de un uniforme le había jugado una mala pasada, pero al menos estaba vivo, y estaba al mando.
“Volveremos seguramente mañana con más efectivos. Vamos a dar una vuelta de reconocimiento por el campo antes de salir. ¿Podrían recomendar a algún hombre para acompañarnos?”, preguntó el sargento estado- unidense. El comandante Pirógov dio unas órdenes en ruso a los centinelas que estaban en la puerta; luego se dirigió en francés a los otros tres hombres que había alrededor de la mesa.
“Ya han oído. Cada uno de ustedes, como representante de su grupo, designe a un hombre de su nacionalidad para que acompañe a los soldados americanos. Prefe- riblemente alguien que hable francés bien, y si además habla inglés, mejor aún. Envíenlo inmediatamente aquí para comenzar con la visita.” Manuel Razola, que representaba a los españoles, salió del despacho, seguido de los representantes polaco y francés. Con paso ligero bajó las escaleras que conducían a la plaza de garajes y entró en la armería. Allí tenían montado los españoles su cuartel general.
“Montero, hay que buscar a alguien para que acompañe a los yanquis, que quieren hacer una visita turística al campo antes de volver a su

base. ¿Quién se te ocurre?”
“Ha de ser uno de nuestros hombres, alguien del PCE. Somos el grupo mayoritario.” Los representantes socialistas y de otros partidos de izquierdas se tuvieron que morder la lengua ante la evidencia, y apartaron la mirada, y nada dijeron para rebatir aquella orden.
“Razola, avisa a López. Dile que se ponga guapo que va a ir de excursión. Que le acompañe Boix y, si puede, que saque fotos.”.
“Los americanos nos dijeron que reforzásemos las defensas del puente”, dijo Razola, con la esperanza de que alguien le preguntara qué había pasado en el despacho de Zereis. Montero encendió un cigarrillo y rio.
“¡Qué listos esos muchachos! Ya tenemos las armas preparadas. Bisbal está a punto de llegar con el coche. Él, Pagés, Tarragó, Perlado y yo vamos a ir hasta el pueblo otra vez, precisamente a revisar aquella posición. Razola, tú vienes con nosotros.”
Los estadounidenses ya se habían marchado hacía unas cuantas horas cuando Bisbal apareció por fin con el coche, un Mercedes Benz negro. Luis lo conocía bien; lo había revisado cientos de veces para que los oficiales SS fueran al pueblo o a Linz. Cogieron sus armas y se subieron, con Bisbal al volante. Por fin salieron del campo principal. Pararon en la enfermería a recoger a Pagés, que había pasado ahí el día como comandante del destacamento de comunistas encargados de mantener el orden.
“Los tres tipos estaban ya atados por los pies cuando los vimos. Los reconoció Martín.” Se rio Pagés. Iba sentado en la parte trasera del amplio automóvil entre Perlado y Tarragó. “Los muy cretinos se habían puesto unos uniformes que encontraron tirados, sin quitarles las insignias. Estaban medio en pelotas porque llevaban dos semanas en la enfermería. Casi no podían andar ni hablar, pero no querían estar en pelotas.”
“Pobres diablos”, dijo Tarragó, moviendo la cabeza de derecha a izquierda.
“Menuda putada. ¿Os imagináis? Aguantar este infierno para que el día de la liberación te maten a palos por querer estar presentable, por no fijarte en que te estás poniendo el uniforme de un puto triángulo verde”, dijo Bisbal sin quitar ojo a la carretera.
“Llegamos Martín y yo y vimos que había mucho jaleo, y les preguntamos a cinco hombres, uno era un checo, un exbrigadista, que qué hacían. Y me contesta el checo: "*Matar cabrones*”. Todos rieron. Pagés era único imitando acentos extranjeros. “Y Martín mira a los que estaban en el suelo, eran dos, los mira y dice Pagés: *A mí esos no me parecen verdes… Están muy delgados*. Y me fijo y el cabrón de Martín tenía razón. Saco la pistola y doy tres tiros al aire, y todos se tiran al suelo. Y les pregunto a los que estaban con los pies atados, que

casi no podían hablar de lo mal que estaban, y el tipo me dice algo que no entiendo. Y yo le señalo, con la pistola porque la tenía en la mano; le señalo al triángulo verde y le digo *Deutch?* Y el tipo se mira la pechera y abre los ojos que creí que se iban a salir para afuera como dos canicas, y mira la pechera del otro y se ponen a gritar no sé qué, y empiezan a hacer así." Pagés hace como que se cepilla la pechera con los dedos. "Como si llevaran una araña en la camisa de los domingos". Carcajadas en el coche. "Y entonces Martín…"
"¡Mirad!", dijo Bisbal. "¿Qué cojones es esto?" Pararon las risas. Bisbal aminoró algo la marcha. Delante del coche, en una curva del camino, se veía la silueta de dos hombres y una tenue luz. El ruido del motor del coche no dejaba oír lo que les gritaban los hombres, que movían los brazos con insistencia. "Supongo que serán de los nuestros. Llevamos la bandera bien visible. ¿Paramos?" Bisbal miró por un segundo a Montero, a su derecha, a ver qué decía, con ambas manos en el volante. Entonces los focos del coche iluminaron la escena. Un hombre, vestido de paisano, con una gorra y un cigarrillo en los labios, estaba frente al coche, en medio de la carretera, con las piernas abiertas para tener más estabilidad, con una ametralladora en las manos apuntándoles. Bisbal dio un volantazo hacia la derecha para no atropellar al hombre. Entonces sonó la ráfaga. Montero no recordaba cuál de sus sentidos le alertó primero del peligro; si la vista, o si el oído. Solo supo que los escasos dos segundos que transcurrieron entre la percepción del peligro (¿vista u oído?) y el calor que sintió cuando la bala rozó su brazo izquierdo le parecieron toda una eternidad. ¿Por qué se frena el tiempo cuando peligra nuestra vida? ¿Acaso nuestro cerebro aminora la marcha durante esos segundos y percibimos el mundo a paso más lento? ¿Cuánto de lo que percibimos existe a nuestro alrededor y cuánto es producto de nuestras mentes? Montero pensó en su madre. ¿Seguiría con vida? Pudo ver su cara perfectamente, pero no su cuerpo. Era solamente una cara, la que recuerda de la fotografía que le quitaron cuando lo detuvieron en París. Siempre había llevado encima aquella fotografía. De repente, durante aquellos dos segundos escasos, se dio cuenta de que hacía más de seis años que no veía a su madre y que aquella foto, seguramente, ya no era fiel a la mujer que ahora debía de estar esperándole en su casa, junto a la estación. "¡Luis… Luis!" Pudo oír la voz de su madre llamándolo. "¡Vete a buscar a Manolín a la cuadra, que no me oye!" Era su voz, era ella. No la había escuchado con tanta claridad desde que se habían despedido después de la guerra. Se vio a sí mismo bajar a la cuadra y a Manolín jugando con la camada de gatos recién nacidos. La vaca, espantando moscas con el rabo, visible gracias a la tenue luz que entraba por el ventanuco. "Manolín, Madre te llama. Quiere que subas inmediatamente." Era su voz, su propia voz. Y vio a

Manolín soltar a la gata Imperio Argentina, así llamada por una mancha negra parecida a un rizo que tenía sobre la frente, no sin antes plantarle un beso en el hocico. Sintió el cuerpo de Bisbal caer sobre su costado. Sabía que su camarada estaba muerto. Sintió el coche meterse contra la cuneta, donde se paró inmediatamente.

Luis leía su discurso en aquella sala ante el grupo de supervivientes comunistas. Su voz resonaba en sus desconchadas paredes, sobre los recuerdos de su llegada.

"Uno que era más atrevido me preguntó si el Partido Comunista Español trabajaba en Francia." Sonrisas entre los asistentes. "Yo le contesté que el Partido Comunista trabajaba siempre donde hay comunistas." La mirada de Luis sobrevoló durante unos segundos sobre aquel centenar largo de hombres que le miraban, en silencio. "Observé en él una sonrisa de satisfacción, que me extrañó porque fue el primer español que después de mi llegada yo vi sonreír." Luis miró a Martín, que le había introducido en el partido a su llegada. Apenas llevaba tres días en la cantera cuando llegó la orden de presentarse en la armería. Un español al que no conocía, un tal Tomás, acompañado por dos guardias, llegó con la orden.

"Montero, preséntate en la armería inmediatamente." Entregó un papel al centinela de guardia. Los dos hombres, acompañados siempre por los guardias, caminaron en silencio por la carretera que conducía al campo principal. Al llegar a la puerta, bajo la enorme águila que sujetaba entre sus alas una esvástica, entregaron el papel a los centinelas, quienes les dieron paso. Giraron a la derecha, pasaron por los edificios de las oficinas y bajaron las escaleras que conducían a la plaza de los garajes, donde se encontraba la armería. De nuevo presentaron el papel de la orden, y el español y los dos soldados salieron. En la enorme sala Luis contó once prisioneros. Se quitó la gorra, y se colocó ante un hombre, el cual, sentado a horcajadas en una silla, con su propia gorra sobre la mesa, levantó la mirada de un periódico alemán que estaba leyendo. Se puso en pie y tiró el diario sobre la mesa, que aterrizó limpiamente junto a su gorra. Miró al recién llegado a la pechera de su uniforme de rayas y llamó:

"¡Martín!" Este se levantó de su puesto de trabajo, se quitó la gorra y se plantó ante el hombre. Luis vio que llevaba un triángulo azul. Disimuló su alegría de ver a un compatriota. El hombre, que era el capo de aquella compañía, un triángulo verde, le dio una orden que Luis no entendió. Martín le dijo al recién llegado que le siguiera a ocupar su nuevo puesto de trabajo.

Montero, de pie, ante su auditorio, ya no leía su discurso del papel. Lo recitaba. "Un poco más tarde, como nuestro lenguaje engaña raras veces, mutuamente nos descubrimos, y yo pensé: ¡Ya estoy de nuevo en el partido! Esto, que pudiera parecer un hecho corriente,

para mí ha sido extraordinario, y yo os diré por qué: aunque superficialmente, yo ya conocía como el campo estaba montado y me hacía esta conclusión: aquí la vida de un hombre vale mucho menos que una simple colilla. Siendo esto así, camaradas, cómo no calificar de extraordinario mi nuevo contacto con la organización del partido. En medio de tanto martirio, en medio de tanta hambre, en medio, en fin, de tanta inmoralidad, existía un número de camaradas con los ojos puestos fuera de la alambrada, que no cesaron el trabajo con arreglo a las posibilidades."

"Vosotros, los comunistas, os creéis los dueños de la organización clandestina", dijo un anarquista llamado Pérez, un catalán.

"Vete a la mierda, Pérez. ¿No estábamos aquí para intentar solucionar esto?", le contestó Ester. "A ver, Montero, explícales a estos." José Ester trabajaba en la armería con Montero, Martín y otros ocho prisioneros. Era un anarquista catalán.

Los hombres estaban en cuclillas, en círculo, disfrutando del sol primaveral de un domingo de mayo. Entre ellos, cuatro anarquistas y Luis, el único comunista. Otro grupo de cuatro libertarios, de los bloques 6 al 10, disimuladamente fumaban en pie, apoyados contra una pared, lo suficientemente cerca como para oír lo que allí se decía. Era una reunión clandestina.

"Seguro que esta no es vuestra primera experiencia en un campo de prisioneros; tampoco la mía. Pero estaréis de acuerdo conmigo en que nunca antes habíamos visto tanta miseria. Tenemos que ayudarnos los unos a los otros, tenemos que asegurarnos de que alguno sale de aquí con vida para contarlo. Nuestros compatriotas mueren por puñados. Hay que montar un frente común. Ester está de acuerdo con que nosotros, los comunistas, somos los más organizados. No lo digo yo, lo dice vuestro representante en el campo." Algunos hombres bajaron la cabeza, otros miraron a un lado, sin querer dar el consentimiento pero sin atreverse a negar, ante la presencia del propio Ester y su silencio aquiescente.

"Todos hemos luchado en España contra estos que ahora son nuestros verdugos. No les pudimos vencer entonces, pero les venceremos ahora. Necesitamos aprender de nuestros errores. No os pido que nos unamos políticamente; es imposible. Pero al menos unámonos solidariamente en la adversidad." Montero esperaba que no se le notara que se había aprendido aquel discurso de memoria, que lo había practicado miles de veces para asegurarse de que sonaba convincente. "Compañeros, tenemos que salir vivos de aquí para contarle al mundo lo que aquí está ocurriendo y…"

Un silbido. Luego otro. Dos de los hombres que estaban apoyados contra la pared echaron a andar, dando patadas a una piedra. Los que estaban en cuclillas se sentaron en el suelo, guardaron silencio,

dirigieron su cara hacia el sol, simulando estar adormilados. Dos soldados dieron la vuelta a la esquina de la barraca donde la reunión se estaba desarrollando. Se detuvieron ante el grupo de hombres. Todos se quitaron la gorra y se pusieron de pie, en un saludo marcial. Uno de los soldados dio un culatazo en el hombro a uno de los anarquistas que había tardado un poco más en levantarse. El hombre se golpeó la cabeza contra la pared de la barraca. Los dos soldados empezaron a hablar entre ellos, intercambiaron varias frases que los españoles no entendieron. Terminaron su conversación con palabras ahogadas en grandes risotadas, y siguieron su camino. Cuando hubieron dado la vuelta a la esquina de la siguiente barraca, Montero espetó, muy serio:
"¿Os habíais dado cuenta alguna vez, camaradas, de que el alemán suena como dos cerdos apareándose?" Los hombres tuvieron que aguantar la risa.
"¡Los asturianos sois la hostia…! A ver, Montero, cuéntanos cómo hacer para colaborar." Montero no podía ocultar su satisfacción y dejó el resto del discurso olvidado.
"Bien, camaradas, los que pertenezcan al comité tendrán que dar una vez por semana su ración para repartir entre los más débiles. Los que trabajen en desinfección deberán aportar ropa para abrigar a los más necesitados. Preguntad si hay zapateros o sastres en vuestros grupos, y ellos podrán ayudar con arreglo a su profesión, lo mismo que los enfermeros." Los hombres asintieron, mirando fugazmente a Ester, que no quitaba ojo a Montero.
"¿Y los republicanos y los socialistas? ¿Esos qué dicen?", dijo un valenciano tuerto llamado López.
"Los camaradas Calmarza y Rociano, representantes de sus grupos, seguramente ya habrán dado su aprobación." "Cuando salgamos de aquí, compañeros, no estaremos más unidos políticamente, pero al menos habremos sido solidarios y moriremos sabiendo que hemos salvado la vida de, al menos, un hombre", dijo Ester. La reunión se suspendió. Había nacido el comité de solidaridad del campo.
Cuando Antonio Florensa abrió los ojos, lo primero que sintió fue como si en la rodilla le hubiera salido otra rodilla más, y un dolor muy intenso. El hedor era insoportable. Pus, sangre podrida, heces; casi se volvió a desvanecer. Un hombre de brazalete blanco con una improvisada cruz roja, pero vestido con el uniforme de preso, se le acercó.
"Me llamo Víctor. Yo *yugoslavio*. Yo doctor. Tú en la enfermería." Sonrió al enfermo. A Antonio la cabeza le daba vueltas. Le habría gustado girarla para ver a su alrededor, pero solo pensar en semejante esfuerzo le hacía desfallecer. Entonces recordó la caída del andamio, cómo se había llevado las manos a la pierna dolorida; y al capo del

campo, que se había tirado contra él y le había golpeado, incluso en la pierna, hasta que perdió el conocimiento.
“Tu pierna muy mala. Tú vivo. Tú bueno”, dijo el médico.
“¿Dónde habrá aprendido español este?”, pensó Antonio. “Seguro que fue brigadista”. El agrio recuerdo de la guerra en España empezaba de nuevo a invadirle, cuando entraron dos soldados. Hablaron con el médico, que intercambió unas palabras con ellos en alemán. Víctor señaló hacia la cama de Antonio. El médico les hablaba mientras los dos soldados daban unas órdenes, casi ladradas, a dos presos uniformados que se dirigieron a la cama de Antonio. Víctor los seguía, como intentando convencerles de algo. Por fin uno de ellos se dio la vuelta y lo abofeteó; sus gafas salieron volando, y Víctor tuvo que agarrarse a una silla para no caerse al suelo. Los soldados salieron. Antonio sintió cómo dos hombres lo levantaban de la cama. Estaba tan delgado que uno solo, incluso un niño, habría sido suficiente para semejante tarea. Cuando Antonio, llevado en volandas por los dos presos, pasó por delante del médico yugoslavo, este le dijo en voz baja:
“Yo hablo con comité”. El dolor en la rodilla le hizo desvanecerse. Volvió en sí fugazmente, despertado por un pinchazo terrible en la pierna. Le pareció que iba en un camión con más enfermos, o ¿eran muertos? Cuando se despertó estaba en el suelo de la plaza, en el campo principal. Reconoció el bloque 20, el de los rusos, el de la muerte. Cerró los ojos.
“Me voy a morir”, pensó mientras abría los ojos. “Pero así lo prefiero.” Cerró los ojos. Los volvió a abrir. Estaba ahora en el suelo del bloque, sobre unas mantas sucias, bajo la ventana. Había perdido la noción del tiempo. Casi no tenía fuerza ni para cerrar los ojos.
“¡Ya voy Basilia! Ya te abro el despacho… ¿Todavía no son las seis de la mañana y ya estás aquí a por el pan?” Antonio oía el repiqueteo en el cristal, y luego le sonreía a Basilia, la chica más guapa del pueblo, con la que todos soñaban, que le tendía una moneda a cambio de la hogaza de pan, tan caliente, que Antonio tenía en las manos. Basilia ya se había marchado con su animado caminar, con el pan, pero Antonio seguía oyendo insistentemente cómo llamaba al cristal de la puerta del despacho de pan. La muchacha se había alejado calle arriba, por la calle de la tahona de su tío en su pueblo… Olía a pan recién cocido. La llamó, gritó su nombre para que dejara de llamar al cristal de la puerta
“¡Basilia…! Ya tienes tu pan… ¿Por qué sigues llamando? Antonio la veía alejarse. “¡Basilia… Basilia!”. Ella se volvió, y su cara era la de un compañero de barraca que había amanecido muerto a su lado. Antonio dio un grito de terror, como tantos que se oían en aquel bloque diariamente. El repiqueteo en el cristal cesó, solo un instante.

Pero comenzó otra vez. Antonio miró hacia arriba. Vio dos caras que le sonreían. Le hicieron señas para que abriera la ventana. Antonio, animado por el recuerdo de Basilia y del pan caliente, logró incorporarse y abrir. Una mano deslizó una gamella llena a rebosar de un caldo amarillo, no tan asqueroso como él recordaba. Antonio se dio cuenta de que tenía hambre. En un santiamén se bebió el contenido del cuenco. El mismo brazo entró por la ventana y se llevó el cuenco vacío. Durante más de una semana, esas mismas caras y esos mismos brazos se colaban por la ventana por las mañanas para proporcionar el necesario alimento. En unos pocos días Antonio empezó a andar otra vez. Aquellos dos hombres, triángulos azules, llamados Galopa y Felipe, además de la ración extra diaria clandestina, todos los días, en calidad de enfermeros, le curaban la herida. Cuando estuvo casi repuesto, llegó una orden de que fuera a trabajar a las cocinas. El comité de ayuda le había salvado la vida.

Luis, en pie ante la mesa, bajo la atenta mirada de los dibujos de las caras de Lenin y Stalin, y de los rostros de quienes no habían tenido miedo a formar parte de la agrupación política clandestina, para cuyo liderazgo él había sido elegido, prosiguió: “Dura, muy dura ha sido la prueba a que hemos estado sometidos. Todos los que han sabido resistirla tienen el deber de abrazar a los que han tenido algún desvío, y ayudarlos moral y políticamente.”

“¡A ver, tú…! ¡Nombre!”. Un hombre, con las manos atadas a la espalda, y la cabeza y la cara visiblemente laceradas por golpes, intentó decir algo, pero ni una sola palabra salió de sus labios entumecidos y su mandíbula partida.

“¿Habéis oído algo?, camaradas. Dinos tu nombre”. El improvisado juez escupió a los pies del reo. “No estamos aquí para vengarnos, hijo de puta… Sé lo que estás pensando. Estamos aquí para hacer justicia. Por nuestros compañeros muertos... No, muertos no; más bien asesinados, por cabronazos como tú.” Había unos veinte hombres presenciando el juicio de Popeye, uno de los capos más sanguinarios, que se estaba llevando a cabo ante la barraca número 20. Los presentes eran todos antiguos triángulos azules, ahora ataviados en su mayoría con ropas de paisano que habían obtenido de la desinfección y los almacenes.

“Ayer tu amigo Tomás, otro hijo de puta, quiso hacerse el simpático, creyendo que íbamos a olvidarnos sin más de vuestros crímenes.” El reo miraba al suelo. Varias gotas de sangre le pingaban de la nariz, pero no intentaba absorberlas. “¿Y sabes qué se le ocurrió a ese malnacido? Nada más y nada menos que tenderle la mano a Belarmino, el Asturiano… ¿Te acuerdas de él?, cabronazo. ¿Eh…? ¿Y de su padre…? ¿Te acuerdas de su padre?” El juez, un andaluz de Jaén que había llegado al campo en octubre del 41 y había

sobrevivido a la construcción de la escalera de la cantera, y a todo lo demás, volvió a escupir. Encendió un cigarrillo. Los que miraban el juicio estrecharon el cerco alrededor del reo. Apenas había una distancia de tres pasos entre el acusado y el juez.
“Sí… seguro que te acuerdas de cómo pedía clemencia; esas palabras no se olvidan. Seguro que recuerdas cómo entre tú y Tomás lo matasteis a palos, cómo estaba tirado en el suelo de las duchas; hasta el agua se volvió roja con su sangre. El esqueleto de un anciano, eso es lo que era; que podría haber sido tu padre, y vosotros le seguíais pegando. Recuerdo cómo se le salió un ojo con los golpes, y os pareció graciosísimo… y no parasteis de apalearle hasta que lograsteis sacarle el otro… Recuerdo vuestros aullidos de placer cuando conseguisteis lo que queríais; recuerdo el terror que sentíamos los que mirábamos aquello, la impotencia. Solo espero que tú estés sintiendo eso mismo ahora.” El juez cerró los ojos, intentando disimular las lágrimas. “Sí… tu amigo Tomás ayer fue a darle la mano a Belarmino, al hijo del hombre que despedazasteis a palos… ¿Y sabes qué hizo él?” El andaluz se acercó al reo y medio le susurró al oído. “Belarmino fue clemente con él.” El juez se puso el cigarrillo en la boca, cerró el puño, sacó los dedos índice y pulgar, como si tuviera un arma en la mano, y colocó su imaginaria pistola en la frente del reo. El reo levantó la cabeza, con un brillo de esperanza en los ojos. “Belarmino le pegó un tiro. Podía haberlo linchado. Podía haber sacado su corazón y habérselo comido… Tanta hambre pasamos que seríamos capaces de comer hasta mierda, ¿eh?, camaradas.” Algunos hombres rieron. “Pero tú no vas a tener tanta suerte, Popeye.” El círculo se estrechó más. El andaluz lo empujó contra el círculo de liberados. Popeye no opuso resistencia al empujón. Sabía lo que se le venía encima. Cayó contra otro grupo de hombres, que lo empujaron a su vez contra otra sección del círculo humano. Por fin uno sacó un palo y le golpeó en un costado. El círculo se cerró sobre el antiguo capo. Había un silencio sepulcral. Sólo se oían los golpes sobre el cuerpo del asesino. No pararon hasta que lo mataron. Su cuerpo, después, fue colgado, sin ropa, de las alambradas. Alguien se había molestado, entre aquel caos, en recuperar la porra con la que había asesinado a tantos hombres, y se la había metido por el ano.

Las ventanas de la sala de las duchas estaban abiertas, pero al encontrarse en el sótano del edificio, no corría el aire. Hacía calor, pero ninguno de los presentes quería perderse ni un segundo de aquella gloriosa reunión. Aquella reunión que hacía unos días era impensable.
“Camaradas, tenemos ante nosotros un nuevo horizonte despejado, que no quiere decir que todo está hecho. Reincorporémonos nuevamente a una vida de lucha”, gritó Luis, con un vigoroso gesto

triunfante, con la cabeza alta, el pecho erguido, los nudillos apoyados sobre la mesa y los brazos totalmente estirados. Algunos miraron al suelo. Sabían que no iban a continuar la lucha. Al menos no inmediatamente. Necesitaban descanso. Necesitaban tiempo para digerir todo lo que había pasado. Necesitaban hacerse a la idea de que estaban vivos. ¿La lucha? ¿Acaso no habían luchado ya bastante? Ojalá pudieran volver a sus pueblos, a sus calles, a sus antiguos lugares de antes de la guerra; a los pesebres de los animales, a los bancos de los institutos, a las sillas de barbero, a los hornos de las tahonas, al rabizo de los arados, a los mostradores de las tiendas, a las tarimas de las aulas, a los bancos de zapatero, a las fraguas de los talleres, a las bocas de las minas, a las mesas de contable, a las cubiertas de los pesqueros, al ábaco de la trastienda, a las balanzas de la farmacia, a las carretillas de la estación, a la pala de carbón, a aquellos lugares de los que habían sido arrancados por una guerra fratricida hacía casi diez años.

"Como un solo hombre, clavemos nuestra mirada en el corazón de España que nos reclama." Todos levantaron la cabeza. "¡Ahí está nuestra nueva tarea!" Luis estaba al borde de las lágrimas. Respiró hondo y gritó:

"¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Vivan los aliados! ¡Viva el Ejército Rojo! ¡Viva Stalin!"

XIX

Toulouse, 4 de julio de 1945

Luis firmó lo que acababa de escribir, un informe sobre su detención en París, y sin releerlo ni corregirlo, se lo entregó al hombre que estaba en la sala esperando a que todos terminasen. Luis se sintió repentinamente muy cansado.

“Por hoy es suficiente, camarada. Vuelve mañana para el interrogatorio sobre el campo.”

“Mañana tengo una cita para un reconocimiento médico a los exdeportados, en el hospital.”

“Bien, pues pásate por las oficinas del partido cuando puedas, camarada. Allí habrá alguien que te indicará qué hacer.”

“Gracias.” Y salió a la calle. Agradeció el sol de la tarde, que le calentaba el cuerpo. Desde que había vuelto del campo, siempre tenía frío. A pesar de estar en pleno verano, llevaba un jersey de lana grueso. Casi podía reconocer a los que habían estado deportados, por la mirada vacía, los hombros caídos, como soportando el peso de los compañeros que se quedaron allí, y los jerséis de lana que llevaban. Luis había perdido quince kilos, aunque ya había recuperado casi la mitad. Sí, había sido liberado del campo, pero no era un hombre libre. No podía ir a España, a ver a su familia, a abrazar a sus hermanos y a su padre. ¿De qué le valía aquella libertad? Los había visto hacía escasamente dos semanas en Hendaya, y se habían comunicado a gritos; ellos en una barca en mitad del río, él en la orilla francesa. Caminó hasta la parada del tranvía, se subió y, sentado, llegó hasta su destino. Entró en casa de su amigo Mariano, compañero de deportación, que le había recogido en su piso mientras realizaba gestiones en Toulose. Subió los dos tramos de escaleras, llamó a la puerta y, ante su sorpresa, le abrió Cagancho.

“¡Coño, Cagancho! Yo que te había dejado al cuidado de nuestro cuarto en París. ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces aquí?” Y ambos

hombres se dieron un fuerte abrazo.
"Bueno, a mí el partido también me ha llamado a rendir cuentas. ¿O te crees que solo os llaman a los peces gordos?" Cagancho también llevaba un jersey grueso de lana azul marino. Luis lo miró. Hacía solo dos semanas que se habían separado, pero tenía buena cara, tenía mejor aspecto.
"¿Has dejado a Louisette sola en París? Sí que te ha debido de llamar el partido con urgencia, compañero." Y los dos se rieron.
"Tienes buen aspecto, Montero. Los días que pasaste en Hendaya descansando te han caído bien, por lo que veo."
"A ti te deben de estar cuidando muy bien, camarada. Se te ve pletórico." Y era verdad. Cagancho tenía un aspecto casi saludable, teniendo en cuenta que había pasado por su infierno particular en Ebensee, un campo de concentración anejo a Mauthausen, y de los más duros.
"Te traigo una carta que llegó hace tres días, Montero. Es de Victorina." Cagancho fue a su pequeña maleta, la abrió y sacó un sobre blanco, con la pulcra letra de Victorina, y varios sellos con la cara de Franco.
"Yo salía a la calle a dar un paseo. Volveré en seguida. Aquí te dejo con tu carta." Al pasar frente a la figura inmóvil de Montero, camino de la puerta de la calle, le entregó la carta y le puso una mano en un hombro y le susurró: "Suerte, camarada."

Luis alcanzó a sentarse en la primera silla que encontró. Tras de sí se oyó el golpe de la puerta de la calle al cerrarse. Le temblaban las manos. Miró el sobre entre sus dedos. Tragó. El silencio era tan completo que oyó su propia saliva salvar la estrechez de su garganta. Dejó la carta sobre la mesa, las manos en las rodillas, la espalda completamente estirada. Pensó en el campo de concentración, en los años que había pasado allí prometiéndose a sí mismo que, si salía con vida, si vivía para contarlo, le pediría a Victorina que se casara con él, y escondería su cabeza en su pecho para olvidarse del mundo, de aquella miseria, de todo aquel dolor. Cuando llegó a Francia, tras unas primeras semanas en el Hotel Lutétia, su antigua casera se había enterado por un amigo común de que había vuelto a París y le había dicho que le había guardado sus cosas, de antes de la deportación, y que su antigua habitación de la *rue* d'Algers estaba disponible. Cagancho y él entonces decidieron ir a vivir a ella. Una vez instalado en aquel lugar, empezó a averiguar la manera de contactar con Victorina para proponerle matrimonio, y llegó a la conclusión de que el matrimonio por poderes era lo mejor, dadas sus circunstancias. Él no podía entrar en España, imposible, pero a través de la embajada se podían hacer los trámites. Solo llevaba tres semanas en Francia, y le mandó una carta a Victorina pidiéndole que se casara con él, que lo

harían por poderes, que él arreglaría todos los papeles y que iría a buscarla a la frontera, convertido en su marido. Luis volvió a mirar la carta, que descansaba sobre la mesa. La tomó entre sus manos, sin dejar de mirarla, como si fuera un objeto que nunca hubiera visto antes: una carta. El calor de la tarde de repente se hizo agobiante, y en el jardín, las chicharras empezaban a despertarse. Entre grandes sollozos de rabia, rasgó el sobre, una y otra vez, en varios trozos hasta que la carta quedó totalmente destruida, diseminada en mil pedazos, y Luis quedó postrado de rodillas sobre el suelo, llorando con fuertes sacudidas.

XX

Hendaya, junio de 1945

La espera se hacía eterna. Sentado ante el Bidasoa, en el lado francés, Luis fumaba un cigarrillo tras otro sin quitarle ojo a la orilla opuesta. Por fin aparecieron cuatro figuras. Llegaban pronto a la cita, media hora. Él llevaba allí otra media. Se pararon en el sitio acordado. Eran ellos. Luis se levantó como impulsado por un resorte, tiró el cigarrillo al agua y empezó a gritar:

“¡Eh…Eh!” Movía los brazos frenéticamente. De repente sintió que el llanto lo ahogaba. Las lágrimas afloraron en sus ojos con tal afluencia que lo cegaron prácticamente. Ellos también gritaban.

“¡Luis… Luis! ¿Eres tú?, hermano.” Maruja y Angelines se abrazaron, y daban saltitos de alegría. Paco y Mariano movían sus brazos visiblemente emocionados, llevándose las manos a los ojos para quitarse las lágrimas que, como a Luis, les nublaban la visión. De la emoción que sentía, a Luis le fallaron las piernas y se tuvo que agarrar a un bloque de cemento que había a su lado. Malditas fronteras; se habría tirado al agua para alcanzar la otra orilla a nado si no supiera que le pegarían dos tiros desde uno u otro lado del puente fronterizo. Apareció un hombre por detrás de sus hermanos que empujó una barca hasta la orilla. Los cuatro se subieron en ella y el hombre, un guardia civil, remó hasta la mitad del río. Ahora sí que se les veía bien.

“¡Guapas, más que guapas!”, gritaba Luis a sus hermanas. “¡Que ni una guerra ha podido con vosotras!” La emoción lo ahogaba.

“Paco, Mariano… Mariano, Paco”. Tenía muchas cosas que decir, pero no podía; no le salían las palabras. Tras los primeros minutos de emoción, por fin, todos se calmaron. Las mujeres guardaron sus pañuelos y los hombres se sonaron la nariz una vez más.

“¡Contadme cosas de madre!”, gritó Luis. “Y de padre.”

“¿No has recibido nuestra carta…? La que te mandamos desde Oviedo

hace dos semanas.” A Mariano se le había borrado la sonrisa repentinamente.
“No… Solo recibí vuestra nota. Nada de cartas…”
“Madre murió, Luis… Murió el 5 de abril.” A Paco se le hizo un nudo en la garganta. Consiguió dominar las lágrimas inspirando fuerte, y logró añadir: “Nunca se olvidó de ti, hermano. Siempre te llevó en sus oraciones, hasta el último momento... Lo sabes.” Luis sintió una punzada terrible en el costado. Se lo había imaginado. Cuando entabló conversación con aquella mujer en la playa Internacional hacía dos semanas, esta resultó ser una antigua vecina de La Argañosa, cuyo marido era ferroviario y trabajaba ahora en Fuenterrabía. Ella le había prometido a Luis avisar a su familia en Oviedo por teléfono, a la estación, de su presencia en Hendaya y de darles sus señas en Francia. A los pocos días le llegó por el mismo canal una nota de sus hermanos dándole cita en aquel lugar y a aquella hora, y con algunas noticias, de todos menos de su madre. Entonces sospechó que ella ya no vivía. Y, aunque no creía en Dios, rogaba para que no fuera así, para que solo hubiera sido un descuido el no incluir noticias de ella; rogaba para que ella también se hubiera animado a realizar el viaje para verlo al otro lado del río. Demasiado tarde.
Intercambiaron varias frases. “Anita tiene novio…” “Piruchi ya tiene cinco años…” “Voy a conseguir un buen trabajo en París; no os preocupéis por mí…” “Adela vive en Canarias ahora…” “Padre no pudo venir, pero te manda un fuerte abrazo…” “Decidle a la madre de Cagancho que se encuentra bien, y le diré que escriba sin falta…” “Manolín ahora trabaja en la estación con Padre y tiene una novia…” “Pura trabaja en Madrid de telefonista. Te manda un beso muy fuerte…” “El Oviedo quedó cuarto y casi gana la liga…”
“¿Y Victorina…? ¿No traéis un recado para mí de ella…?” Las dos mujeres se miraron. Paco y Mariano hicieron como que no iba con ellos.
“Se casó, Luis…. Se casó hace un año…. Te daba por muerto”, le dijo Angelines.
“¿No manda recuerdos para mí?”, insistió Luis, incrédulo.
Las dos mujeres se volvieron a mirar. Angelines negó con la cabeza, bajó la mirada.
El guardia civil le hizo una seña a Paco. Este asintió y el hombre se colocó dispuesto a empezar a remar y a alejarse de Luis, hacia la orilla española del río.
“Luis, ya no nos queda tiempo, hermano. Nos alegramos mucho de verte sano y salvo”, gritó Paco mientras la barca avanzaba hacia la orilla española del río. Angelines se enjugaba las lágrimas una vez más. Maruja, con una enorme sonrisa teñida de desilusión por no poder abrazar a su querido hermano, no le quitaba ojo a Luis, con las

manos entrelazadas sobre su pecho, como si estuviera contemplando un milagro.
“Luis, ¿necesitas algo?”, gritó Angelines mientras se secaba las lágrimas.
“Que tú me des un beso… Eso necesito.” Y Luis, sonriendo, le lanzó un beso desde la palma de su mano. Angelines y Maruja, las dos, se lo devolvieron.
“Te mandamos un paquete por la misma señora… con ropa y alguna cosilla más…. fotos, y cartas de todos. Tú escríbenos a la casa de la estación”, le dijo Mariano, sentándose, pues la barca avanzaba a golpe de remos y él perdía el equilibrio.
La barca llegó a la orilla opuesta. Luis se quedó mirando cómo desembarcaban sus hermanos primero, y luego cómo ayudaban a las mujeres, tomándolas de la mano. Luis cerró los ojos unos segundos. Se imaginó que abrazaba a los cuatro. Qué vacío se quedaba. Sus hermanas levantaron un brazo, a la vez. Él les devolvió el saludo. Se dio media vuelta y subió por el talud junto al pilar del puente, con las manos en los bolsillos y los ojos inundados de lágrimas.

XXI

París, octubre de 1946

El vagón del metro se movía tanto al dar la curva en aquel tramo entre Tullerías y Concordia, que Paula creyó que el tren iba a descarrilar. Iba sola. Había pasado la noche con Luis en su pequeña buhardilla de la *rue* d'Alger. Su compañero, Cagancho, se había mudado a vivir con su novia, Louisette, a un pequeño apartamento en el número catorce, y la pequeña habitación había quedado para él solo. Era una *chambre de bonne* que se encontraba en el último piso de un edificio de cinco plantas, con entrada para carruajes. Al final del pasillo abovedado, que siempre olía a orines y por cuyo empedrado era muy difícil caminar con zapatos un poco altos, se accedía a un patio central en el que había bicicletas, carretillas, y algunos trastos más, restos de la guerra ya oxidados que nadie había limpiado aún. Por un costado del patio corría un pasillo delimitado por columnas dóricas, al final del cual estaba el portal de la casa, presidido este por un enorme espejo. El pequeño ascensor de caoba tenía un coqueto asiento tapizado de terciopelo rojo que había conocido tiempos mejores. Una vez en la cuarta planta, una pequeña puerta a la izquierda del ascensor daba acceso por una angosta escalera al quinto piso, a las habitaciones de servicio, una de las cuales ocupaba Luis.

Paula abrió su bolso y sacó una pequeña polvera con un espejo. Se lo puso ante los ojos y se miró. Estaba algo pálida; pensó que sería por falta de sueño, y se le escapó una risita acordándose de la noche que había pasado haciendo el amor con Luis en aquel cuarto. Inmediatamente se puso seria, bajó el espejo ligeramente y miró a derecha e izquierda con la esperanza de que nadie la hubiera visto reírse sola. Parecía que no. Volvió a subir el espejo. Se sonrió. Se habían conocido hacía algo más de un año en la Asociación de Deportados. Ella hablaba español porque había entrado en España para luchar a favor de la República con la XIII Brigada Internacional

Dombrowski. Salió de España en febrero de 1939, con los últimos de su grupo, por Los Límites a *Le Pertus*. Luego vinieron los campos de refugiados de Francia, ya que los brigadistas polacos no fueron admitidos de vuelta en su país. Se integró en un grupo de resistentes en París, en 1942. Pero en 1943 su grupo fue enviado a Brest. Allí convivió con un matrimonio español, y aprendió muy bien la lengua. Al final de la guerra regresó a París; se había presentado como voluntaria para ayudar a los recién llegados de los campos nazis. Como hablaba francés y español perfectamente, le pidieron que trabajara con el grupo de españoles. Luis había sido uno de ellos. Se habían conocido al final del verano del 45. Un año después, se habían besado por primera vez mirando el Sena en la *square* du Pont Galant, a la espalda del Pont Neuf. Unos meses después de aquel primer beso, habían pasado la primera noche juntos, hacía un día. Antes habían dado un largo paseo a orillas del río, hasta llegar a las Tullerías. Se sentaron en un banco al sol, que ya se iba escondiendo.
"Cuéntame cosas del campo, Luis."
"¿Qué quieres saber?"
"No sé… Qué se siente cuando se está allí.
Luis se quedó callado un rato. Se separó de Paula unos centímetros y se quedó mirando al cielo. Se oían los trinos de los pájaros y las risas de unos niños que echaban unos barcos de papel a uno de los estanques del parque. Paula se arrepintió de haber hecho la pregunta. Bajó la cabeza y se miró las manos, nerviosa. Buscó rápidamente en su mente alguna pregunta, algo que decir, pero no se le venía nada a la cabeza. Pasados unos segundos, por fin Luis habló.
"Pues es algo difícil de explicar, la verdad."
Paula carraspeó, pero no dijo nada. De repente sintió que tenía una necesidad imperiosa de saber de primera mano lo que había pasado allí. Ladeó su cuerpo ligeramente hacia Luis, haciéndole saber que quería oír más.
"No hay palabras que expliquen lo que allí ocurrió. No se parece a nada que hayamos vivido antes, ni tan siquiera las cárceles de París. Es una experiencia única, tan dolorosa, tan fuerte, tan intensa que no hay palabras."
No dijo nada más.
"Llevo más de un año trabajando en la Asociación de Exdeportados y no sé nada de los campos. Es decir, estadísticas de muertos, enfermedades sufridas allí, condiciones generales. De eso sí tengo una idea, pero nadie te cuenta nada que vaya más allá de lo puramente físico. Hemos tenido multitud de reuniones, y todos los que trabajamos allí opinamos lo mismo: los exdeportados no hablan de su experiencia personal."
Luis siguió callado. Cada día se acordaba de algo vivido allí, de los

que se quedaron allí; a veces, incluso pensaba que habría preferido morir allí también, en aquel infierno. No soportaba las miradas de la gente a veces, cuando se enteraban de que había estado en el campo. Tenía la impresión de que lo miraban y que estaban pensando que había colaborado con los nazis porque de otra manera no habría salido de allí. Empezó a sollozar como un niño. Recordó sus ataques de miedo por las noches, aquel miedo negro, aquel vértigo infinito... ¿Cómo hablar y explicar ese dolor, esa angustia? De súbito recordó a su padre el día que él, siendo un niño de diez años pero sintiéndose ya un hombre capaz de hablar a un adulto de tú a tú, le preguntó: "Padre, ¿cómo fue el día que vio a su padre muerto sobre la vía, tras el accidente?" Recordó cómo su padre había levantado los ojos sorprendido y revolviéndole el pelo con aquellas manos enormes y algo deformadas por el duro trabajo físico le contestó: "Luis, hay penas de las que no hablo porque no sé cómo." Sin darse cuenta, Luis empezó a sentir las lágrimas caerle por las mejillas.
Paula pensó que lloraba recordando el horror vivido en el campo de exterminio y le cogió la mano con fuerza sin hablar. Pero Luis lloraba porque de golpe, como un mazazo a traición, se dio cuenta de que por fin había entendido el dolor de su padre... ese dolor que no se sabe contar por lo intenso y negro que es... Recordó el abrazo de su padre el día que le sacó de una muerte segura en la Iglesiona, en Gijón. Esa sensación tampoco se sabe contar; se queda ahí metida en un rincón del corazón y a veces sale a borbotones, incontrolable... Al menos su padre era un fervoroso creyente y confiaba en la justicia divina, en la resurrección de la carne y todas esas cosas... pero él... él no veía nada al final del valle de lágrimas... no tenía a qué aferrarse... solo a su padre, al que al fin entendía. Pensó en aquel abrazo en Gijón y sintió una nostalgia tan grande que tuvo que abrazarse a Paula para no desvanecerse.
“Sssssh.” Paula le puso la mano sobre la boca y luego lo besó y lo rodeó con sus brazos. Ella conocía bien esa faceta de los exdeportados, y especialmente de los comunistas; el sentimiento de culpabilidad por haber sobrevivido, la sombra de sospecha de haber colaborado en el campo con los captores. Luis le había relatado cómo el Partido Comunista de España, en el gran pleno celebrado en Toulouse en el otoño de 1945, así se lo había dicho a la cara. Después Cagancho le había contado todo con más detalle y así fue como Paula empezó a mirar a Luis de otra manera.

Todos los afiliados habían inundado la ciudad de Toulouse, que se encontraba sumida en un ambiente festivo que no se recordaba desde antes de la guerra. Miles de hombres y mujeres, españoles casi todos, se habían echado a la calle y lucían sus brazaletes de maquis; llevaban banderitas republicanas, a modo de broche, de pañuelo, en los

cochecitos de los bebés; o enormes banderas apoyadas en el hombro, llevadas en procesión por toda la ciudad. Toulouse era un hervidero de exiliados, pero de exiliados contentos, que se sentían por fin victoriosos por su participación en la liberación de Francia. Los comunistas, con toda su plana mayor, se reunieron en un cine de la ciudad. Solo podían acudir a la reunión los cuadros más destacados, y Luis, como secretario general del PCE en Mauthausen, era uno de ellos. Tras las presentaciones y la retórica típica de aquellas reuniones del partido, Santiago Carrillo, miembro del Comité Central, comenzó su discurso contra los camaradas que habían estado en los campos. Les tachó de colaboracionistas y les aseguró que tenían suerte de estar en Francia y no en la URSS, donde habrían sido llevados al paredón. Luis, según le había contado Cagancho, había hablado públicamente en defensa de todos los que, como él, habían sobrevivido a aquella barbarie y habían logrado organizar el partido en la clandestinidad dentro del campo. Pero la dirección ni se inmutó. Fue interrumpido inmediatamente y se pasó, sin más, a otro punto de la reunión.

Los dirigentes destacados que habían sobrevivido fueron apartados de toda responsabilidad política importante y sometidos a una investigación de estilo policiaco. Luis y Razola, por ejemplo, tuvieron que escribir largos informes sobre su estancia en Mauthausen y, ante su sorpresa, sobre las actividades de la Falange, los homosexuales y los degenerados dentro del campo. Nunca se les agradeció el haber mantenido la llama del partido encendida en los momentos y en los lugares más oscuros de Europa, y, por supuesto, jamás nadie les pidió disculpas por las calumnias vertidas en aquella reunión plenaria del partido. Peor aún, habían sido sancionados y, sin embargo, seguían trabajando para él, perteneciendo a él, y darían su vida por él.

Paula acercó su mano a la cara de Luis. Le acarició el pelo, tomó sus manos entre las suyas, entrelazando sus dedos con los de Luis, y le susurró al oído: *"Kazdej nocy widze ciebe w moich snach. Budze sie. Ciebe nie ma. Czekam. Czekam. Czekam."*[1]

XXII

Canero (Asturias), junio de 1947

“Buenas tardes, don Manuel”, saludó Gervasia.

“Buenas tardes, ¿cómo está usted?” Doña Gevasia bajaba por la carretera, camino del pueblo de Canero. Ya estaba oscureciendo.

“Ya veo que tiene visita.” Gervasia se quedó mirando al hombre que acompañaba a don Manuel carretera arriba, camino de la rectoral.

“Es un sobrino de Valencia que está de visita unos días.” Don Manuel se volvió hacia su acompañante.

“Pepe, te presento a doña Gervasia.”

‘Tanto gusto, señora.” Y el hombre se tocó el ala del sombrero con la mano derecha mientras inclinaba ligeramente la cabeza.

“Encantada”, respondió la mujer con una amplia sonrisa, mirando al desconocido de arriba a abajo. Don Manuel notó la expresión de curiosidad en la cara de doña Gervasia.

“¿Y qué tal siguen su marido y su suegro?”

“Bueno, ahí van, don Manuel. Ya sabe que desde la guerra, desde que vinimos *p’acá* de Gijón, no se hablan, y *el mi suegru* anda *fastidiao*… Los años, que *nun perdonen*, y *nun tien* quien lo atienda.” Doña Gervasia, que no había perdido el acento del asturiano hablado en la villa, cambió de brazo la cesta que llevaba y puso los ojos en blanco.

“Que ya ve que *el mi* marido *nun quier* ni oír hablar de *traelo pa’* con nosotros… Pero una es cristiana y no puede abandonar así a un *necesitao*.” Paró para disfrutar de la cara de aprobación de don Manuel.

“Total, que ando *to’l* día de Dios *p’adelante y p’atrás,* entre mi casa y la suya, que parecemos la Santísima Trinidad, yo haciendo de Espíritu *Santu,* y con perdón, Padre.”

Los dos hombres se miraron, confusos.

“¿Qué quiere usted decir con *parecemos la Santísima Trinidad*?”

“Bueno, pues *paez* mentira *pa’* usted, don Manuel: El Padre ye el

padre; y el Hijo *ye* el *fíu*, *el mi* marido, y *anden* cada *unu* por su *lao*… ¿Y quién *ye* el que anda en un continuo *dir* y venir entre los dos?" Y doña Gervasia dio una pequeña palmada y puso una mueca en clara expectación de una obvia contestación.
"¡*Ye* de *libru*, don Manuel! ¡*Ye* el Espíritu *Santu*! ¡Yo misma!"
Ambos hombres tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no estallar en una sonora carcajada. La cesta de doña Gervasia volvió a cambiar de brazo, y su dueña volvió a mirar al desconocido.
"*¿Esti ye unu* de los de su hermana, la casada con el *ferroviariu*?" Doña Gervasia cuando mordía no soltaba.
"Sí. Ya sabe. Mi hermana, que en gloria esté, tuvo trece hijos. Es uno de ellos. Vive en Valencia."
"No será el comunista, ¿eh?" Y la mujer sonrió con gesto cómplice.
"¡Qué va a ser, mujer de Dios!", dijo don Manuel riéndose con ambas manos en el estómago. "Ese, que en gloria esté, murió en un campo alemán, en el año 44."
"¡Ay, Jesús, María y José!', dijo la mujer mientras se santiguaba tres veces. "¡Qué *coses tien usté*, don Manuel! ¿Cómo va a ir un rojo al Cielo? Y menos si era comunista…"
"Doña Gervasia, ya sabe usted: los últimos serán los primeros en el reino de Dios."
"Pues usted me dirá entonces *pa'* qué nos matamos a rezar los demás." Doña Gervasia miraba al cura con total incredulidad.
"Si eso fuera así como usted dice, don Manuel, *estaríen les iglesies vacíes*… y ya ve que no cabe ni un alma."
'Tiene usted toda la razón, doña Gervasia, toda la razón. Hay que seguir rezando." Y don Manuel le puso una mano conciliatoria y tranquilizadora en el hombro.
"Nos va a permitir que continuemos con nuestro paseo. Le ruego salude a su hija de mi parte, y al padre y al hijo."
"No tenga *cuidao*", don Manuel.
"Y al comandante Gutiérrez también me lo saluda cuando lo vea por el cuartel. Dígale que le echamos de menos en la tertulia de don Filemón."
"Un asunto urgente, que lo llamaron de Oviedo. Bueno, usted ya lo sabe, que *ye* el que *tien* el teléfono en la rectoral y manda los *recaos pa'l* cuartel. ¿Qué le voy a contar?", dijo doña Gervasia.
"Bueno, es mi hermana quien contesta el aparato. Yo no entiendo esos chismes." Y levantó la mano en el aire con ademán despreciativo. Sonrió de nuevo.
"Lo dicho; buenos días tenga usted."
"Encantado, y buenos días", dijo el acompañante de don Manuel, mientras se tocaba de nuevo el ala del sombreo y hacía una pequeña reverencia.

"Igualmente. Que tengan ustedes una buena noche." Y doña Gervasia siguió cuesta abajo por la carretera general, con la cesta en ristre, un poco mustia porque le habría gustado hablar un poco más con el párroco.
"Ahora cuando lleguemos a casa le pedimos a Pilar que nos prepare un café", dijo el cura a su sobrino.
Sobrino y tío llegaron por fin a la casa rectoral. Era un edificio recio, de dos plantas, construido a principios del siglo XIX. Tenía un bonito jardín delante, muy bien cuidado, con todo tipo de plantas, cuyas flores engalanaban la fachada, y una coqueta verja blanca que lo delimitaba. Pegados a la casa, y a ambos lados de la puerta principal, había dos poyos en los que sentarse a disfrutar del jardín, a charlar y a ver la gente pasar, aunque no era un lugar de mucho tránsito, al encontrarse en un alto, con la carretera general un poco más abajo. En la primera planta, una bonita galería acristalada se asomaba sobre la plaza. En la parte de atrás de la casa había una enorme finca en la que la hermana de don Manuel, Pilar, tenía infinidad de árboles frutales, berzas, zanahorias, patatas, cebollas, *fabes*, lechugas, fresas y frambuesas en abundancia. Frente a la casa, al otro lado de una explanada de unos diez metros de circunferencia, estaba la iglesia de San Miguel, construida muy a finales del siglo XVIII. Por el costado opuesto a la carretera, corría el muro del cementerio del pueblo, con su cancela de hierro, que chirriaba al abrirse y cerrarse, y que en noches de mucho viento se oía temblar de tal manera que a los que no lo supieran les podía parecer que era aquello el sonido de las ánimas en pena arrastrando sus cadenas por este mundo, deseosas de pasar al otro.

Don Manuel y Pepe entraron en la casa. Pepe saludó a su tía con un beso. Pilar, a pesar de ser una mujer seca, distante, una solterona un poco amargada, adoraba a su sobrino Pepe. Durante el sitio de Oviedo, en el ataque al hospital, Pepe, que había sido herido el día anterior, estaba en el quirófano cuando comenzó el bombardeo y sobrevivió de milagro gracias a los esfuerzos de su hermana Pura, que lo arrastró con ayuda de una monja a través del Campo de San Francisco en medio del estruendo de las bombas, hasta la iglesia de las Salesas, donde tomaron refugio. Unos días después fue evacuado en una camilla tirada por un mulo. La comitiva de heridos salió por el estrecho y precario pasillo que las tropas nacionales habían conseguido abrir, y que había convertido el sitio de la ciudad en asedio. El convoy de heridos fue atacado por las tropas asediadoras, y el mulo que tiraba de la camilla de Pepe salió corriendo, desbocado, asustado por las explosiones. En la frenética carrera de la bestia, Pepe salió disparado de la camilla y aterrizó en un charco de barro, semiinconsciente. Iban camino de un hospital militar en Lugo, pero al

llegar a Canero, un poco antes de Luarca, su tía Pilar, que había sido avisada de la llegada del grupo de heridos, fue a buscarlo. Al verlo, medio moribundo, con los vendajes manchados de barro y sangre, sin color en la cara, decidió que se quedara con ellos hasta que estuviera en mejores condiciones para seguir. La casa del cura había sido utilizada como cuartel general de las fuerzas nacionales en su avance hacia la capital de Asturias. De la estancia del Estado Mayor en aquella casa ya no quedaba ningún vestigio. Pilar había limpiado, barrido, encerado, abrillantado y pulido cada rincón, de manera que nada quedaba de la sucia y desordenada presencia castrense que tanto había aborrecido, y todo estaba en perfecto estado para recibir al herido. Al cabo de tres meses, Pepe ya estaba totalmente restablecido, y Pilar había desarrollado, con sus cuidados y atenciones, con el contacto diario, un cariño especial hacia aquel joven, delgado, valiente, educado y muy religioso, al que le gustaba mucho la lectura. Cuando Pepe salió de la casa de sus tíos para volver a incorporarse a filas, Pilar sintió su marcha como la de un hijo. Ahora, diez años después de aquello, para la visita de Pepe llevaba preparando la casa desde hacía una semana.

Aquellos veinte años que llevaba don Manuel en el pueblo se habían pasado como un suspiro. Había llegado en el 27, pero de párroco llevaba desde el 31, año en el que Pilar había decidido mudarse con él para atenderle. Llevaban juntos tres lustros. Pilar se encargaba de la casa y de la huerta, y a veces, muy a pesar de su hermano, de la moral del pueblo. Las fiestas del Corpus se organizaban, como todos los años, en el *prao* que había entre la casa y la iglesia. Se celebraba una solemne misa de campaña sobre un escenario y la amplia explanada se llenaba de asistentes. Las mujeres del pueblo alfombraban con espadaña y flores el suelo de las calles por donde iba a pasar la procesión. Se sacaban los manteles más preciados de la iglesia y se lavaban, planchaban y perfumaban para cubrir el improvisado altar desde el cual don Manuel oficiaba. Después, salía una comitiva con el *corpus Christi* en una custodia bajo palio, seguido de hombres vestidos con sus mejores trajes, y de mujeres de negro con mantilla y guantes, y también de los niños y las niñas que habían tomado la primera comunión aquel año. Era todo de una gran solemnidad. Acompañaba a la procesión una banda de gaitas. Por la tarde siempre había romería, que se llevaba a cabo en la misma explanada que había entre la iglesia y la rectoral. Los romeros llevaban sus cestas con comida y bebida. Solía acudir un grupo de gaitas y tambores y había baile. A pesar de que los días, al ser siempre la fiesta en junio, eran más largos, cuando caía la noche, don Manuel sacaba una bombilla por la galería de la casa, para que la fiesta no terminase. Su hermana Pilar, que no veía bien aquello, siempre

increpaba a su hermano:
“¡Americano del pote! ¡Eres peor que ellos…! ¿No te da vergüenza? Es una indecencia la fiesta. ¡Y a estas horas de las noche! Esas malditas costumbres que trajiste de Cuba, que es una isla de salvajes, donde van medio desnudos… ¡Ah, si lo llego a saber no dejo que te vayas. No, señor…! ¡Bien lo sabe Dios!”
“¡Pilar, por Dios! ¿Qué mal le hacen a nadie? Anda, déjate ya de darme monsergas. Déjalos, que disfruten de la vida.”
Todos los años tenían la misma discusión, y aquel año en que Pepe fue a visitarlos no fue menos. Cuando don Manuel consiguió aplacar la ira de su hermana, cerró la puerta de la galería, y volvió a sentarse a la mesa junto a su sobrino, disfrutando de un café después de la cena.
“Anda, cuéntanos cosas de tus hermanos. ¿Qué tal están todos por casa?”
“Muy bien, tío Manolo. Ya sabe usted que Anita se casó.”
“Esa hermana tuya siempre fue una cabeza loca”, dijo la tía Pilar, mientras zurcía.
“Y ya sabe que su marido se volvió a Barcelona con su madre y ella está en Oviedo con Padre. Viven separados”, dijo Pepe con cierto retintín sabiendo que aquello iba a provocar un airado comentario de su tía.
“¡Jesús, María y José!” Se santiguó Pilar con la aguja de zurcir. “No sé a dónde vamos a llegar.”
“¿Y qué me cuentas de Luis?”, preguntó don Manuel.
“Luis vive en París. Me extrañó lo que le dijo usted a la señora por la calle, que se había muerto en el campo.”
“Bueno, prefiero que corra esa historia. Así tengo que dar menos explicaciones.”
“Tu hermano Luis fue un cabezota. Por su culpa murió vuestra madre; por todos los disgustos que le dio, haciéndose comunista… Una mujer como ella con un hijo comunista… Ver para creer.”
“Pilar, no empieces…”
“¿Y qué quieres que diga? ¿Que es un santo? Después de que le pagaste los estudios en Valdediós… Dinero tirado. Cuánto mejor hubieras mandado a Constante o al propio Paco. No sé por qué lo elegiste a él…”
“Pilar, cuando Luis fue al seminario ninguno nos pudimos imaginar que iba a venir como vino, convertido al comunismo.”
“Ahora va a resultar que fueron los curas los que le metieron esas ideas en la cabeza…”
“Ya sabe usted que él siempre dijo que en Valdediós fue donde leyó a Marx y a Engels por primera vez, tía Pilar. El tío Manolo tiene razón…”
“Bueno, eso os lo decía para fastidiar, que eso se le dio siempre muy

bien." Pilar siempre tenía que llevar la razón. Era su deporte favorito. Don Manuel miró a su sobrino, y levantó los hombros.
"Bueno, y entonces ¿qué cuentas de él?"
Don Manuel, a pesar del paso de los años y la distancia, no había perdido el cariño por su sobrino Luis, que siempre había sido su favorito. Aquel espíritu rebelde de Luis siempre le había cautivado. Siempre lo había admirado, y jamás se había arrepentido de haberlo mandado a aquel seminario. Aunque no hubiera terminado sus estudios allí y aunque hubiera tomado contacto con el comunismo en aquel lugar, siempre pensó que todo lo que en aquella institución había leído y estudiado no había caído en saco roto. Además, él salió de Valdediós con una idea de los curas que nada tenía que ver con las corrientes anticlericales que habían surgido durante la República y la guerra. Habían discutido de ello centenares de veces. Él no odiaba a los curas, o, al menos, no a todos los curas, y entendía que algunas de las cosas que enseñaba la Iglesia eran buenas, eran aprovechables: la caridad, la igualdad entre los hombres; pero que el hombre, el ser humano, por su condición, las había corrompido y las había estropeado: "*La Iglesia de hoy en día nada tiene que ver con lo que predicó Cristo. Si Cristo viviera hoy en día sería comunista*".
"Luis nos escribe con asiduidad, ya sabe, sobre todo a Oviedo, a casa de Padre. A veces manda paquetes con regalos, y fotos. Según parece le va muy bien por París. Trabaja en la compañía de ferrocarriles franceses, tiene una novia y…
"¿Una novia seria? ¿Para casarse?"
"Bueno, no sabemos si se va a casar o no. De momento, no dice nada de bodas. Pero parece estar muy contento. Cuando terminó la guerra en Europa fueron a verlo a la frontera Angelines, Maruja, Mariano y Paco."
"Sí, algo me contó tu hermana Angelines cuando estuvo aquí el verano pasado. Os alegraríais mucho de saber de él."
"Mucho, tío. Creíamos que había muerto. No sabíamos nada de él. Pero es un tipo duro."
"Un cabezota, eso es lo que es. Con lo guapo que se hubiera quedado en España después de la guerra… ¿A qué tuvo que marchar de aquí…? A nada, a darle otro disgusto a vuestra pobre madre, que en gloria esté."
"Tía Pilar, no se ponga así."
"Pilar, tú sabes que Luis estaba buscado. Le habrían hecho un consejo de guerra, le habrían caído treinta años, y eso con suerte."
"Bueno, eso habría sido mejor que lo que pasó en Francia y luego en Alemania…. Cuánto mejor que se hubiera quedado aquí. Lo que padecería en los campos con los alemanes ¡eso solo Dios lo sabe!". Pilar seguía hablando sin levantar la vista del zurcido.

“Tía Pilar, los alemanes son un gran pueblo. Esos crímenes fueron una confusión de los alemanes, algo terrible, sí, pero no se les puede juzgar solo por esos campos.”

Pepe se puso tenso. Sí, lo había visto, lo había oído, lo había leído; en el Nodo, en la radio, en la prensa. Prefería no saber. Quería que aquello no fuera verdad. Los alemanes eran un gran pueblo. Él mismo lo había visto, él lo podía atestiguar. Había luchado con ellos, para ellos.

En el tren en Francia, 20 de noviembre de 1942

Ayer por la noche fue la última que pasamos en España. Eran las cinco de la madrugada y habíamos cantado Yo tenía un camarada más de mil veces. No nos metimos la mano en el bolsillo ni una sola vez. En todos los bares nos invitaron a vino, a cervezas, a whisky, hasta que nos salía la bebida por las orejas. Nunca me habían besado tantas mujeres; completas desconocidas que se acercaban a ti y te daban un beso sin más. Algunas nos llamaban guapos; y, el colmo de los colmos, incluso nos pagaron algún trago. Toda la noche fue un continuo “¡La última, soldado…! No me la puedes rechazar, chaval, que no se encuentra todos os días a un valiente que va a luchar a Rusia. Vamos a beber por España… ¿De dónde eres…? ¡Coño, no me digas! ¡Pues vamos a beber por los cojones de los asturianos!” Y otra vez el Cara al sol. Recuerdo a medias una rubia con carmín rojo que se sentó frente a mí en silencio y, sin presentarse ni nada, me cogió la mano mutilada y besó la palma; al ver que me faltaba un dedo, sin quitarme ojo, se metió mi muñón del índice en la boca de la manera más provocadora que jamás pude imaginar, y cerró los ojos echando la cabeza para atrás como en éxtasis. Gracias a Dios, mi amigo me sacó de aquel garito diciéndome que eran las cinco de la mañana, porque, en mi estado, creo que le habría hecho el amor allí mismo. Salimos del cabaret tambaleándonos. Llegamos al cuartel con el tiempo justo para afeitarnos y lavarnos un poco. Nos pusimos nuestros uniformes y salimos. Formamos en el patio del cuartel y empezamos a marchar, marcando el paso tras la banda, que tocaba el himno nacional. !Qué alegría sentí! Al llegar a la estación nos esperaba otra banda militar y multitud de personas. Por fin nos subimos al tren y, entre grandes gritos de los que habían venido a vernos salir, el tren echó a andar; se agitaban pañuelos blancos que luego se llevaban a los ojos; o ramas de flores blancas, que luego nos tiraban al pasar, pero todos con la mano en alto, como un bosque de brazos; y cantando por milésima vez el Cara al sol, partimos. Caímos como fardos en la paja limpia del vagón de ganado que nos transportaba. Yo no me desperté hasta que llegamos a Hendaya. El tren se paró en una vía muerta y pasamos ahí la noche.

Francia, 21 de noviembre de 1942

Partimos de madrugada y apenas nos movimos unos kilómetros dentro de territorio francés cuando nos hicieron bajarnos a todos. En fila nos dirigieron hacia una calle que había sido cortada en su principio y en su fin, y donde habían colocado una especie de tienda de campaña gigante. Nos ordenaron que nos desnudáramos y que sólo nos dejásemos las botas puestas. Hicimos un hatillo con nuestras ropas y nos las pusimos delante de nuestras partes, por pudor. Íbamos avanzando, cada vez más cerca del interior de la enorme tienda de campaña y por fin vimos lo que era. Sobre nuestras cabezas, un entramado de cañerías con varias alcachofas de ducha por las que salía agua caliente. Nos daban una pasta de jabón que nos frotábamos por todo el cuerpo y luego, con vigorosas refriegas, nos aclarábamos. Después, en fila y en pelota picada, pasamos a otra zona donde un coronel médico, con uniforme y una bata blanca abierta para que se vieran sus galones, nos miraba con cara de aquí el que se menee se la carga; y, otra vez calzados con nuestras botas pero aún en pelota creación, nos pusieron varias vacunas. Las enfermeras, que seguro que ya habían visto decenas de miles de culos y de miembros españoles, ni se inmutaban y hacían su trabajo mecánicamente, con un rictus completamente neutro. Pero algunos hombres no pudieron evitar sonrojarse, y en el silencio que reinaba, roto apenas por algún apremiante "el siguiente", casi se podían oír, si se prestaba atención, las erecciones de algunos de los soldados.

Una vez fuera de aquellas dependencias improvisadas, nos encontramos con que seguíamos en cueros y a unos diez metros, al otro lado de la zona acordonada, un grupo de personas, hombres, mujeres y niños, acudían divertidos al espectáculo de destape gratuito, gentileza de los servicios médicos alemanes. Tuvimos que esperar un buen rato, así como Dios nos había traído al mundo aunque calzados, hasta que nos devolvieron nuestras ropas. Nos volvimos a subir al tren, pero uno mucho mejor; lo que vendrían a ser vagones de segunda en España, y seguimos camino, atravesando Francia sin parar hasta cruzar la frontera.

Grafenwöhr (Alemania), 23 de noviembre de 1942

Esta mañana me desperté y vi la primera ciudad alemana: Karlsruhe. Parecía un sueño encontrarme en suelo alemán. Aunque era muy temprano, los sargentos nos llamaban para despertarnos y tomarnos el café de bienvenida que nos tenían preparado, bien caliente, y que nos sentó de miedo. Atravesamos Alemania de oeste a este, pasamos por Núremberg. La ciudad estaba arrasada. Los aliados se habían empleado bien. Reinó el silencio en los vagones cuando pasamos por sus ruinas. Aunque ya habíamos visto mucha destrucción durante nuestra guerra, ver de nuevo los edificios humeantes, la gente caminando en largas líneas, saliendo de la ciudad, cargando con enormes fardos de las escasas pertenencias que podían transportar, dejando detrás sus casas arrasadas, algún muerto,

seguro, nos trajo los terribles recuerdos de la barbarie en España, de nuestra guerra. Reconozco que por un instante me di asco. Pensar que me había embarcado en una expedición para ir a crear más destrucción y más dolor a miles de kilómetros de mi casa, de repente, se me hizo agobiante, casi sofocante. No sé si fui el único. Es posible que hubiera más que, como yo, no pudieron soportar la visión de los refugiados, de los desplazados, de las ruinas, de la destrucción, y que, como yo, se apartaron de las ventanas y fingieron leer, o dormir, o escribir. Pensaba en la muerte. No en la nuestra, sino en la de la humanidad. El tren ya no paró hasta que llegamos a la estación de Grafenwöhr cuando ya casi era de noche, donde estamos estacionados ahora. En el tren vamos a pasar la noche, parados en las vías.

Grafenwöhr (Alemania), 25 de noviembre de 1942

Por la mañana el tren dio marcha atrás, y tras apenas unos kilómetros se paró y nos ordenaron que nos bajásemos. Formados todos emprendimos una marcha por un camino embarrado. Hacía frío. A la media hora llegamos a un campamento con barracones todos de madera. Se nos alojó en ellos y luego se nos ordenó que saliésemos en perfecto orden, y que nos formásemos encuadrados en la plaza principal. Con nuestras boinas rojas, aquella plaza se asemejaba a un campo de amapolas. Todos firmes en el patio central, nos han leído un mensaje oficial de bienvenida del general Muñoz Grandes, que está al mando de la División Azul, muy emotivo y bonito. Recuerdo especialmente las palabras que el propio Hitler ha usado para describirnos, a los soldados españoles. Dice Hitler que somos unos guarros, y que vamos mal afeitados y despeinados, pero que no puede imaginar soldados más valientes, que apenas se cubren y que desafían a la muerte, y que los soldados alemanes siempre se alegran cuando comparten sector con los españoles. Somos extraordinariamente duros pero terriblemente indisciplinados, dice Hitler. Esto último nos hizo reír, y después de ver en qué estado llegamos esta madrugada, creo que el Führer tiene razón; pero a juzgar por las caras de los soldados alemanes que nos acompañaron hasta aquí, lo de su simpatía hacia nosotros lo pongo más en duda. A continuación nos empezaron a repartir el uniforme y todo lo demás. Los alemanes habían dispuesto enormes mesas con soldados ataviados con trajes de trabajo al cargo. Sobre las mesas, a un lado ropa interior, a otro lado, guerreras y pantalones, en otro extremo botas, en otro, diferentes objetos necesarios para el soldado. En menos de tres horas, gracias a la ordenadísima y efectivísima intendencia alemana cada soldado español contaba con, además del pantalón y la guerrera, un chaleco y un pantalón acolchados, dos pares de calzoncillos blancos, unas pulmoneras y orejeras, un macuto grande y otro pequeño, un traje de trabajo, gafas especiales, muñequeras, un capote, una manta, una careta antigás, una tienda de campaña, tres

pares de botas, vodka, coñac, pimienta molida, tabaco, pomada antimosquitos, crema de vitamina B y cremas especiales para las congelaciones, un fusil y unas cartucheras. Cepillos he de decir que hay en total cinco, sin contar el de los dientes. El uniforme es de una calidad excepcional. Es idéntico al alemán, pero tiene sobre el brazo, en la pechera y en el casco, una bandera de España. Nos han dejado bien claro que la higiene personal es una de las marcas del ejército alemán. Hay, por supuesto, una maquinilla de afeitar y una cajita con hojas de repuesto. ¡Incluso un bote de colonia! Parece que es Navidad. Después de la instrucción, que fue dura, nos han quedado ganas para vestirnos y sacarnos fotos. Ojalá se las pudiera mandar a Teresa. Ahora que sé que se va a casar con otro ya nada me importa, y debería olvidarla pero no puedo evitar pensar en ella.

Grafenwöhr (Alemania), 29 de noviembre de 1942

Llevo dos días sin escribir; no hay mucho que contar. Formamos y vamos al tiro. Salimos del campamento, caminamos apenas media hora y en un bosque de pinos practicamos el tiro al blanco. Hoy, domingo, nos han dado el día libre y he podido escribir a casa y leer algo. Esta mañana celebramos la primera Santa Misa de campaña. Los curas que vienen con nosotros, con la ayuda de algunos soldados entre los que yo me contaba, instalaron varias mesas a guisa de altar y se oficiaron cuatro misas a lo largo del día. Fue muy bonito. Algunos soldados trajeron ramas verdes y adornaron el altar con ellas y colocamos una bandera de España y estandartes de la División Azul rodeando el recinto. Fue una Misa muy emocionante, al menos para mí. La última vez que acudí a una Misa de campaña con un capellán castrense fue justo antes de que cayera Madrid, y aquí en Alemania la vista de los compañeros de uniforme, al aire libre, los altares para oficiar totalmente improvisados rodeados por los pinos, los hombres rezando fervientemente, trajo muchos recuerdos, algunos muy tristes, por los compañeros caídos en nuestra guerra de liberación, por mi hermano Cesáreo que en Gloria esté. Por todos los caídos por España pedí durante la Misa. Aunque estamos a miles de kilómetros del frente propiamente dicho, el momento se acerca cada vez más, y todos sabemos lo que nos espera. Bueno, casi todos. Somos mayoría los veteranos de la guerra de España, pero hay algún guripa bisoño. Están muy emocionados con los uniformes nuevos y con las bienvenidas en las estaciones, las mujeres que les saludan coquetamente y todo lo demás. Pero ya les estamos sacando de su error. No quiero que se crean que la guerra es esto. Hay aquí chavales de veinte años, que cuando acabó la guerra de España tenían 16 o 17 años, y muchos nunca vieron un combate. Aunque hayan sufrido bombardeos y hambre, no saben lo que es estar en primera línea, ni luchar cuerpo a cuerpo, ni ver morir a alguien a tu lado, a apenas unos centímetros, ni el olor de la sangre y la carne quemada, ni la locura que

provocan los gritos de dolor de los heridos, ni la impotencia que supone el estar completamente desorientado, no saber hacia dónde correr, dónde está el enemigo y dónde están los tuyos, si corres hacia la salvación o hacia los brazos de la muerte. No saben nada.

Grafenwöhr, 1 de diciembre de 1942

Instrucción, instrucción y más instrucción. Hoy he escrito otra carta para mi familia que envío con uno que se vuelve para España por inútil. El resto del tiempo que no estamos marcando el paso, nos dedicamos a limpiar y sacar lustre a las botas, a los correajes, a las hebillas… Somos el ejército de españoles más limpio que jamás he visto. No sé lo que nos durará. En cuanto nos despidan de los instructores alemanes y nos devuelvan a nuestros mandos ibéricos, volveremos a ser los mismos soldados mal afeitados y desaliñados de siempre. De momento se rumorea que salimos mañana. El frío es intenso. Gracias a Dios que contamos con buenos uniformes y buenos alojamientos.

Grafenwöhr, 2, 3 y 4 de diciembre de 1942

Sin novedad. Sólo formamos por la mañana, desfilamos, vamos al tiro, y poco más. Las tardes las paso leyendo. ¿Cuándo saldremos?

Grafenwöhr, 5, 6, 7, 8 y 9 de diciembre de 1942

Nada que contar. El frío ya se nota, ayer nevó por la noche y esta mañana nos hemos levantado con todo cubierto de nieve. Todo parece más tranquilo cuando está cubierto por el blanco manto, y hasta parece que el silencio es más profundo.

En el tren (Polonia), 12 de diciembre de 1942

Nos han anunciado que seguiremos sin parar hasta Riga, y allí nos cambiaremos a un tren militar en dirección al frente. Hace dos días nos anunciaron que por fin partíamos del campamento, nos despertaron muy temprano por la mañana para dejar el barracón como una patena y poner todo en orden, como lo encontramos. De nuevo caminando hasta el tren, pero con nuestro nuevo equipamiento, que pesa lo suyo. Una vez a bordo, el tren echó a andar y pasamos por lugares fantasmagóricos. Pueblos abandonados. Iglesias derruidas. Campos abandonados. Líneas de personas caminando por las carreteras. Polonia, que fue la primera en sufrir el envite de esta guerra terrible, sufre también la mayor devastación. Ya casi no miro por la ventana. Hacemos una parada, en mitad de ninguna parte, cada seis horas para estirar las piernas, y para recoger comida y agua, que los alemanes nos tienen preparadas. Comemos y seguimos camino. Así llevamos un día y medio. Nos intercambiamos los libros entre los compañeros, tengo una lista hecha con los que he leído desde que salí de España. Ya van diez. Es lo único que me mantiene el

cerebro ocupado. De no ser por la lectura ya habría enloquecido, yo creo. Ya tengo ganas de llegar, meterme en esta guerra hasta donde me tenga que meter y volver a casa. Ojalá el tiempo (y el tren) corriera más rápido.

Riga, 12 de diciembre de 1942

Esta madrugada llegamos a Riga pero apenas paramos cinco horas y seguimos camino. No nos han dejado salir de la estación La ciudad ha sufrido primero la ocupación soviética, ahora está bajo jurisdicción alemana. A pesar de que sólo eran las 5 y media de la mañana cuando el tren entró en el andén, los tranvías ya iban atestados de gente. Hemos visto unas edificaciones enormes, junto al río, que parecen hangares. Nos han explicado que es el mercado central. Se ve mucha actividad.

En el tren hacia Leningrado, 14 de diciembre de 1942

Ya llevamos más de 24 horas en el tren. Desde que salimos de Riga avanzamos con una lentitud exasperante, y pasamos más tiempo parados que en marcha. Creo que tardaríamos menos si fuésemos andando. Parece ser que ya hemos pasado la frontera rusa y nos encontramos en territorio soviético, conquistado por los alemanes en el verano del año pasado. Vamos hacia Leningrado, donde el grueso de la División Azul fue trasladado a mediados de agosto. La ciudad lleva sitiada desde septiembre de 1941, es decir, más de un año. Es posible que nos sea fácil romper el cerco y entrar. Eso espero. De momento sólo se ven pueblos y aldeas quemadas, pero con algunas casas en pie, con sus muros y tejados improvisados. Sé que hay vida dentro porque sale humo por la chimenea. Las temperaturas son tan bajas que apenas si se ve gente desde el tren. El frío es intenso, por lo menos 15 bajo cero por las noches. Los días son muy cortos. Los soviéticos, en su retirada, arrasaron pueblos y campos, no dejaron piedra sobre piedra. Es increíble la capacidad de supervivencia del ser humano. ¿Qué comerá esta gente? Todo está yermo, como un desierto. No se ven silos, ni graneros, ni animales de labranza ni de ninguna clase. No hay nada. Pasan horas hasta que vemos un cogollo de casuchas apiñadas, reconstruidas con lo que se pudo salvar de la quema, pero sin medios aparentes de subsistencia. El resto del tiempo, sólo una enorme llanura o bosques. De madrugada o, mejor dicho, a la salida del sol, pasadas las 10 de la mañana, el tren paró en la ciudad rusa de Pskov. Es una auténtica ruina. Todo está cubierto de nieve, y parece limpio cubierto con un manto blanco. Pero los muros derruidos de la mayor parte de los edificios de la ciudad delatan fuertes combates y una enorme y devastadora destrucción. El tren se paró en la estación, pero no se nos permitió bajar. Estuvimos parados alrededor de dos horas. A juzgar por los ruidos y los pequeños envites que sufre el convoy, debemos de estar desacoplando algún vagón y acoplando otros. Todavía seguimos parados en la estación. Esto es lo que más me deprime. Son las 3 de la tarde y ya

casi no veo. Tengo que dejar de escribir.

En el tren en Rusia, 16 de diciembre de 1942

Con tanto tiempo en mis manos, y con tan poca luz para leer o escribir, llevo varios días pensando qué hago aquí. Sobre el motivo de mi alistamiento, diré que el comunismo nunca me ha gustado, y esa misma pregunta me la hizo un jefe militar días antes de mi incorporación a la expedición. En nuestra cruzada de liberación, la mayor parte de los militares que hemos tomado parte voluntaria en nuestra guerra lo hemos hecho porque España caminaba hacia el precipicio con la pérdida de los valores morales, familiares, políticos y religiosos. El comunismo internacional pretendía que España fuese la 2ª nación comunista, afortunadamente el bien triunfó y nuestra amada España se salvó. Los alemanes están ahora en guerra con la Rusia Soviética, y ellos nos prestaron hace años valiosas ayudas con hombres, técnicos y material de guerra. Es lógico que también nosotros correspondiéramos y así la División Azul lo está haciendo heroicamente. Si pierdo la vida en esta tierra lejana, al menos sé que lo haré luchando por algo que considero justo, de ley. El tren avanza muy lentamente.

Luga (Rusia), 18 de diciembre de 1942

Esta tarde, hacia las seis, llegamos a una población llamada Luga. El tren se paró unas horas pero siguió camino. En esta ciudad no queda, prácticamente, piedra sobre piedra. Nos han dicho que el ejército alemán encontró aquí un pequeño foco de resistencia, y se nota porque la destrucción es, si cabe, mayor que en otros sitios por los que hemos pasado.

Novolisino, 19 de diciembre de 1942

Por fin llegamos a Novolisino. Nos dieron el desayuno y nos preparamos con nuestros petates para bajarnos. Habíamos llegado al final. Estamos a 30 kms de Leningrado. El frío es mortal. La temperatura, de unos veinticinco o treinta grados por debajo de cero. Bajamos todas las piezas de artillería que llevábamos en el tren. La ciudad nos recibió con un fuerte cañoneo y rugido constante de la aviación. Después de caminar por una carretera completamente congelada, nos adentramos en un bosque y camuflamos bien los carros y baterías. Nos han traído a unos barracones y después de comer dormí algo.

En el frente, 20 de diciembre de 1942

A las ocho tocaron diana y desayunamos. El frío es intensísimo. Me recuerda a mi niñez, cuando vivíamos en Pajares y a veces Madre nos pedía que fuésemos al bar de la estación, que estaba a 200 metros, a por un vaso de anís o de vino blanco para cocinar, y nos teníamos que abrigar

bien porque había un metro de nieve. Pero bien pensado, aquello era un clima tropical comparado con esto. Si respiras por la nariz sin pegártela a la bufanda, sientes un dolor punzante, casi insoportable. Cuando nos dieron las pulmoneras no sabíamos su utilidad. Ahora ya hemos salido de dudas. Pasamos la mañana limpiando unos carros y luego estuve en el cuerpo de guardia, escribiendo y leyendo.

En el frente, 21 de diciembre de 1942

No hice nada hasta después de la comida. Hoy es el santo de Severino, el marido de Angelines, y seguro que lo celebran aprovechando, además, que la Navidad está a la vuelta de la esquina y que hoy es domingo. Si él llega a saber que me estoy acordando de su santo desde tan lejos… Lo que daría por estar sentado a la mesa con todos ellos celebrándolo. El día ha sido muy divertido porque han traído una compañía alemana de teatro que ha representado una función muy animada. No entendí nada, pero la música y las expresiones de los actores nos hicieron reírnos de todas formas, que buena falta nos hace.

En el frente, 22 y 23 de diciembre de 1942

Sin novedad. Sólo cabe mencionar que la temperatura hoy ha alcanzado los 38 bajo cero. Con este frío es difícil concentrarse y escribir. Parece que tengo el cerebro adormecido, tal vez congelado. Hasta leer me cuesta un triunfo. Hoy a las 12 de la mañana entro de guardia. No sé si sobreviviré.

En el frente, 24 de diciembre (Nochebuena) de 1942

Esta madrugada me ha tocado guardia. El frío es atroz. Estar de pie sobre el hielo es verdaderamente sobrehumano. Para que el tiempo pasara más rápido me puse a repasar todas las provincias españolas, los ríos y otros accidentes geográficos, pero la añoranza me puso triste y entonces recité la lista de reyes godos, también canté y recé el Santo Rosario varias veces. Por fin llegó el relevo. Fui derecho a la cantina muerto de frío y me encontré con la sorpresa de que nos daban el primer aguinaldo: abundante tabaco, una botella de vino, otra de coñac y medio kilo de galletas. Casi todo el resto del día lo pasé en el cuerpo de guardia charlando con los compañeros. Hubo cante, poesías, discursos. Me acordé de los míos, cómo no. Tan lejos…

En el frente, 25 de diciembre de 1942

Por la mañana asistimos a una Santa y solemne Misa que uno de los capellanes dio para celebrar la Natividad de Nuestro Señor. Fuimos muchos los que acudimos. Fue muy emotivo. A las seis de la tarde nos mandaron a realizar un reconocimiento en el bosque a otro y a mí. El frío era de órdago. La luna brillaba en su totalidad, grande y redonda como un duro de plata. Al adentrarnos entre los árboles del bosque, con la claridad

de la nieve y de la luz de la luna, el paisaje era verdaderamente hermosísimo. A pesar del frío me paré un instante a mirarlo y tomé una fotografía de todo ello en mi mente, y si no fuera porque temo quedarme sin papel, lo describiría con todo detalle. Algún día lo haré, Dios mediante.

En el frente, 26 de diciembre de 1942

Hoy nos han enviado a unos cuantos al observatorio, y cuando llegamos a él, nos mandaron al observatorio avanzado. Ya estábamos metidos en harina. A las 16 horas, en total oscuridad, salimos. Nos desviamos de la carretera y nos metimos por un camino que llevaba directo al frente. Al poco encontramos la primera trinchera y siguiendo un poco más allá llegamos a donde estaba el capitán. Salimos y estuvimos haciendo fuego. El frío era insoportable. Cenamos y nos acostamos.

En el frente, 27 de diciembre de 1942

Por la noche nos despertó el mucho tiroteo que había en ambas líneas, y parecía que todo pasaba sobre nuestra chabola. Desayunamos y nos pusimos manos a la obra. Hubo cerca de nosotros una fuerte explosión de mortero, y nos cayó tierra, nieve y metralla encima. No pasó más pues Dios está con nosotros, como dice la hebilla de nuestro cinturón: "Gott mit Uns". El frente es peligrosísimo aquí. Los ataques de artillería, morteros, aviación y todo el armamento posible se utiliza sin parar. Por la tarde no cesaron de tirar morteros los bolcheviques.

En el frente, 28 y 29 de diciembre de 1942

Tiros y más tiros. Las temperaturas han bajado de 40 grados bajo cero. No nos explicamos cómo podemos, ni nosotros ni los rojos, seguir adelante.

En el frente, 30 de diciembre de 1942

Hoy comienzo mi relato con la pluma aún temblorosa y escribiendo en nombre de Dios, que me ha salvado de la muerte y me va, tal vez, a permitir regresar a besar el suelo de la patria que encierra el glorioso nombre de España. Estábamos sufriendo el ataque enemigo, como siempre, sin descanso. A eso de la una, cayó un morterazo cerca de nuestra posición, ya que nuestra batería llevaba todo el día escupiendo fuego sobre los rojos sin parar. Dos horas más tarde, un poco antes de cenar, me encontraba yo leyendo un periódico atrasadísimo que me había dejado un camarada, cuando de repente hubo una explosión que me lanzó como propulsado y casi me hizo perder el sentido. Todo lo que había a mi alrededor se vino abajo, y se me llenó la boca de tierra y nieve. Me aseguré de que estaba en perfecto estado, salí fuera y vi que una de las chabolas estaba envuelta en llamas, pero no había nadie dentro. Las líneas de transmisión se habían cortado con el zambombazo y, por lo tanto, no

podíamos saber órdenes de las otras posiciones. Un cabo que trabajaba en transmisiones había salido ileso, como yo, y, como estoy en Infantería, se nos ordenó salir a los dos a intentar arreglar la línea. Apenas dimos tres pasos y ¡pum! otro pepinazo de los rojos, que de nuevo nos tiró al suelo, y de nuevo los dos ilesos, a Dios gracias. Pero otra de las chabolas se había hundido y comenzaba a arder, y en el interior oímos a alguien que pedía ayuda gritando "¡Estoy atrapado, estoy atrapado!" Nos adentramos en ella y vimos, gracias a una vela que llevábamos, pues las linternas con el impacto se habían quedado inservibles, que el capitán estaba dentro, con las piernas aprisionadas por una viga y el fuego a punto de devorar la chabola. No sé muy bien cómo, entre el chaval de transmisiones y yo, conseguimos liberar al capitán y luego asegurarnos de que no había nadie más allí. Nuestra batería estaba intacta y los que habían quedado bien parados siguieron escupiendo fuego sobre el enemigo. Salimos con la orden de dar esa noticia a los alemanes de la posición más atrasada, y conseguimos, por el camino que lleva a allí, y que estaba muy batido de balas, alcanzarla y restablecer las conexiones, tendiendo una línea. Las balas silbaban pasando a centímetros de nuestras cabezas, pero teníamos que avisar de que nuestra batería seguía intacta y que seguíamos en las trincheras, al pie del cañón, nunca mejor dicho. Fue un día de mucha tensión, pero gracias al Altísimo, sin percances para mí.

31 de diciembre de 1942

Sin novedad. Hoy la artillería enemiga ha estado especialmente errada. Un camarada dice que es porque los rusos están celebrando ya el año nuevo con vodka.

1 de enero de 1943

¡Feliz Año Nuevo! Esta mañana los rusos se han aplicado a fondo y cayeron varios proyectiles muy cerca. La aviación también se despachó a gusto. Fui a escuchar misa que daba un páter alemán, y comulgué para entrar en el año nuevo en la Gracia de Dios.

2 de enero de 1943

Fuimos a realizar unas misiones de reconocimiento y al volver nos encontramos con que habían caído tres proyectiles, con el resultado de tres compañeros heridos y uno muerto.

3, 4, 5, 6 y 7 de enero de 1943

Sin novedad. Solfeo al enemigo por parte de nuestra batería.

8 de enero de 1943

Esta mañana, después de tomar el café, llegó el relevo. Con qué alegría volvimos a la retaguardia, pues nos cuentan que nos espera una

grata sorpresa. A pesar del frío casi enloquecedor, caminábamos ligeros animados por la ilusión de la sorpresa. Al llegar, teníamos cada uno varias cajas con un aguinaldo especial. Cantidad de bebida y de tabaco, todo tipo de golosinas, gentileza del Fürher ¡y prensa en español que ha llegado con las cajas! Tiene fecha del 15 de diciembre, pero no nos importa. Cada caja con su diario. ¡Qué detalle ha tenido la Wehrmacht con nosotros! Leo ávidamente las noticias y los resultados de la liga de fútbol. El Oviedo había empatado con el Zaragoza, a unos, y vamos cuartos en la clasificación. Lo celebré con un trago de coñac. Me leí el periódico de pe a pa. Mañana voy a realizar algunas gestiones mientras estoy aquí, en retaguardia.

Retaguardia, 9 de enero de 1943

Tomé la autovía bien temprano y aprovechando un carro de intendencia nos subimos a él un compañero asturiano de la zona de Las Ubiñas, con quien he hecho migas, y yo, y nos alejamos lo más posible del frente. Llegamos a un pueblecito cuyo nombre no recuerdo. Pernoctamos en una granja donde los aldeanos nos han tratado muy bien. Hemos compartido con ellos nuestro rancho, y ellos nos han dejado calentarnos en el fuego de su lar, y ahí hemos tirado nuestros petates y así vamos a dormir esta noche. ¡Qué gusto escribir con este calorcillo en la cara! Estas buenas gentes no tienen nada que cocinar, pero leña les sobra y por lo menos no se mueren de frío, lo cual me recuerda a la canción esa de Verdicio que dice "ya no hay jamón en la mio panera, pero hay gabitu del que colgar".

Retaguardia, 10 de enero de 1943

Anoche dormimos muy bien, pues, además del calorcillo del lar, el frente está retirado y casi no se oyen los cañoneos. Salimos por la mañana de la humilde casa de nuestros anfitriones que nos daban la mano y nos sonreían afablemente. Les hemos regalado parte de nuestro aguinaldo navideño y se han puesto como locos de contentos. Llegamos a Pretroskaya y hemos ido directos a la desinfección. Ya no recuerdo cuando fue la última vez que me desnudé. Tenía la ropa literalmente pegada a la piel por la cantidad de mugre. Los piojos corrían a lo ancho y a lo largo de mi cuerpo, y al quitarme la ropa los pude ver, en manadas, campando a sus anchas, saliendo de los pliegues y las dobleces de mi piel. Fue una sensación verdaderamente asquerosa. Desinfecté la ropa y me desinfecté yo. Me puse una muda de calzoncillos y camisa limpios. Nos sentíamos como lores. Tanto es así que buscamos al fotógrafo y nos sacamos unas fotografías. Fuimos a Misa, para dar gracias por el día de hoy.

Retaguardia, 11 de enero de 1943

La noche de ayer fue aún mejor, si cabe, que la anterior gracias a que ya no tenía a mis incómodos compañeros de cama: los piojos;

aunque no tardarán en volver. Nos tomamos el café, leímos los mismos periódicos de siempre por enésima vez y escribimos alguna carta, pues sale un correo para España. Por la tarde fui con mi compañero al cine. Mañana volvemos a primera línea. Hoy hemos rozado los 50 bajo cero. El frío es indescriptible.

En el frente, 12, 13, 14, 15 y 16 de enero de 1943

Llegamos a la trinchera avanzada sin novedad al abrigo de la oscuridad. La aviación y la artillería enemigas no han dejado de tirar sobre nosotros. No he tenido tiempo para escribir, aunque nada hay que contar. Bombas y más bombas. Mucho frío.

17 de enero de 1943

Sin novedad.

19 de enero de 1943

Ayer salimos a las 16 horas con un grupo de transmisiones a tender unas líneas, para reponer unas que nos han robado. Entramos en el bosque y oímos los aullidos de los lobos, lo cual hizo correr un latigazo de miedo por mi espina dorsal, aunque uno de la compañía, de León, muy gracioso, dijo que si se le acercaba uno le daría caza para hacerse un guiso. No es mala idea. Nos despistamos y estuvimos perdidos unas cuantas horas, caminando sin parar para no morir congelados. Yo he rezado el Rosario lo menos 50 veces, pidiéndole a la Virgen que nos proteja. A las tres de la madrugada por fin dimos con el observatorio. Hemos pasado todo el día descansando y leyendo, siempre con música de fondo de los proyectiles enemigos, pero sanos y salvos.

20 de enero de 1943

Hoy ha salido el sol por primera vez, así que ha sido un día especial. Sin novedad, por otro lado. Más proyectiles.

21, 22, 23 y 24 de enero

Estos días pasados han sido de sota, caballo y rey. Nuestra batería zumba al enemigo sin parar, y ellos también sueltan lo suyo. No sabría distinguir una jornada de otra. Además, la monotonía del paisaje nevado lo hace todo más uniforme aún.

25 de enero de 1942

Otra vez ha salido el sol en todo su esplendor y parecía incluso que quería calentar algo. La nieve que cayó sin parar ayer por la noche ha cubierto todo con una capa fresca. Tuvimos que salir a desatascar un camión y atravesamos por un campo, con la nieve por las rodillas. Fue

duro.

26 de enero de 1943

La aviación nos ataca sin piedad, así como la artillería. Hemos salido a reconocer una zona y vimos entre los pinos avanzar a unos soldados, muy bien camuflados. Nos parapetamos en silencio, esperando. Los alemanes nos dijeron que eran de los nuestros, que no disparásemos, pero cuando salieron del bosque y llegaron hasta la alambrada, se vio claramente que eran rusos. Abrimos fuego con nuestros fusiles y con dos máquinas ametralladoras. Estaban tan cerca que era imposible fallar el tiro. No quedó ni uno.

26, 27, 28 y 29 de enero de 1943

Sin novedad. Más candela.

30 de enero de 1943

Toda la mañana la pasamos vestidos de camuflaje reconociendo unas posiciones al norte, pasada la carretera Moscú-Leningrado. La zona está muy batida. Llegamos a la trinchera de primera línea sin novedad. El frío casi no nos deja pensar.

31 de enero de 1943

Sin novedad.

1 de febrero de 1943

No hay novedad digna de mención. Sólo que lleva cinco días seguidos sin nevar, lo cual es toda una novedad.

2 de febrero de 1943

Hoy comimos con toda tranquilidad, sin apenas música de fondo. Llevamos varios días esperando un ataque que no sabemos cuándo se va a materializar.

3 de febrero de 1943

Sin novedad en el frente, salvo los pepinazos acostumbrados. Salimos a reconocer una zona y vimos que había bastante movimiento. Tuvimos que tirarnos sobre la nieve en varias ocasiones. Frío, frío y más frío.

5, 6 y 7 de febrero de 1943

Sin novedad. Parece que han subido algo las temperaturas. Se ve

alguna calva negra entre la nieve.

8 de febrero de 1943

Han vuelto a bajar las temperaturas y por la noche cayó nieve sin parar. El viento también nos ha azotado bien. Es lo único que ha hecho callar los cañones de ambos lados durante unas horas.

9 de febrero de 1943

Esta mañana lucía de nuevo el sol y el paisaje parecía una postal de Navidad. Estamos esperando el ataque masivo de los rusos. Con la bonanza meteorológica nos lo aseguran para esta noche. A Dios pido que nos proteja y que nos dé valor.

Pepe despertó en un hospital de campaña en la retaguardia. Su unidad de infantería había sido aniquilada. Habían sido los primeros en salir, a las seis de la mañana. Fue recogido de la nieve por camilleros alemanes horas más tarde y llevado al hospital de retaguardia donde no hacían más que llegar heridos. La trinchera que había ocupado voló por los aires durante la tarde, y con ella todos sus efectos personales, que nunca pudo recuperar. En aquel hospital lo operaron y le hicieron varias transfusiones de sangre, y luego, convaleciente, estuvo en los sanatorios españoles de Riga, y en el alemán de Könisberg. Regresó a España en un tren hospital en abril de 1943 y fue internado en el hospital militar de Carabanchel, donde fue dado de alta un año más tarde, en abril de 1944. Nunca se cansaba de repetir "Gracias a la organización impecable del ejército alemán y a la profesionalidad de sus médicos y enfermeras hoy estoy vivo para contarlo."

"Pepe… tú sabes que esos campos de exterminio existieron…Cada vez nos llegan más fotos de aquella barbarie. Los juicios de Núremberg… no los puedes ignorar." Su tío lo miraba fijamente a la luz de la bombilla eléctrica del salón de la rectoral de Canero.

"Tío Manolo, yo no los ignoro, desde luego que no. Pero son un gran pueblo. Nunca he visto un ejército más profesional, mejor equipado y más combativo."

"Hijo, era un ejército letal, destructivo…"

"¿Y qué me dices de los aliados? Ellos bombardearon a la población civil alemana sin piedad. En los bombardeos aliados sobre Hamburgo, por ejemplo, hubo doscientos mil muertos. ¿Acaso eso no es barbarie?"

"No me has dejado terminar mi frase… Eran un ejército destructivo, como todos los ejércitos, como todas las guerras. No es cuestión de números, Pepe. Si se pierde una vida, una sola, ya es una desgracia. No es cuestión de comparar quién perdió más. Este siglo ha conocido

las dos guerras más devastadoras de la historia de la humanidad, y aún no hemos llegado a la mitad. Tú eras un bebé, hijo, pero yo me acuerdo de la Gran Guerra. Las cifras de muertos, las cantidades de hombres jóvenes empujados a los brazos de la muerte por sus propios dirigentes se contaban por millones, era una cosa inaudita. Era desolador. Y pensábamos que la humanidad habría aprendido una lección después de aquella tragedia, y veinte años después, ya estábamos metidos en otra guerra peor. La Gran Guerra, en realidad, y a pesar del terrible sacrificio de vidas humanas, dejó un mundo peor que el que existía antes de que estallase."

"Los aliados fueron demasiado duros con los alemanes. Hitler quería vengar a aquellos dos millones de soldados alemanes muertos", contestó Pepe, algo mohíno.

"¿Y cómo?, hijo mío. ¿Enviando a otros tantos millones a los brazos de la muerte? Y no solo a sus propios soldados. Piensa en el genocidio…"

"¿Y Stalin? ¿Qué me dice usted de él? No puede olvidarse de Stalin."

"Ese fue otro producto de la Gran Guerra. El sistema soviético que surgió en Rusia tras la Gran Guerra fue, de alguna manera, posible gracias al vacío de poder que se creó allí. Pero no es eso lo que estamos discutiendo. Lo que yo quiero que veas, Pepe, es la inutilidad de las guerras que, se miren por dónde se miren, hijo mío, traen hambre, muerte, destrucción y miseria."

"Manolo", dijo Pilar, mientras levantaba por fin la mirada de los calcetines ya casi zurcidos, "recuerda que el chico es militar."

"Nada malo tienen los militares, Pilar. Es sólo que los ejércitos deben de utilizarse para otros fines."

"¿Qué es un militar sin guerra?, tío Manolo", dijo Pepe, un poco desafiante.

"Mira, hijo, un militar sin guerra es una ayuda muy grande para cualquier país. Un ejército, por su composición y por su entrenamiento, como muy bien sabrás, de disciplina y obediencia a los mandos superiores, resulta un grupo de hombres muy bien preparados para cualquier misión. Se puede utilizar un contingente militar para hacer llegar cargamentos de víveres y medicinas a lugares remotos y de difícil acceso; o para ayudar a la población civil a salir de una situación de catástrofe natural, como puede ser una inundación o un terremoto o algo similar. Los ejércitos no tienen que servir solo para empuñar armas, hijo."

"No sé, tío. Eso que dice usted me suena un poco a algo imposible. No se ha inventado aún el ejército que no tenga armas."

"Las armas no molestan, hijo mío, en cuanto que intimidan a otros que las quieran usar también. "Ya sabes lo que decían los romanos, *Si vis pacem, para bellum."*

"Si quieres la paz, prepara la guerra", dijo Pepe.

"Exacto. Pero no hasta el punto de armarte hasta los dientes para la guerra total, como ha pasado ya en dos ocasiones en lo que va de siglo, ni de poner todos los recursos, humanos, naturales, culturales, ni científicos de un país a disposición de la industria bélica… Recuerdo las palabras de un aristócrata inglés que no estaba de acuerdo con la Gran Guerra… ¿Cómo se llamaba? No recuerdo. En fin, dijo algo así como que la Gran Guerra había desatado la prostitución de la ciencia con propósitos puramente destructivos…"
"¡Jesús, Manolo…! Cuida tu lenguaje", le riñó inmediatamente Pilar.
"Y fue verdad, hijo mío.", dijo Manolo, ignorando a su hermana. "… Mira si no, la bomba atómica."
"Y esa no la tiraron los alemanes, precisamente…", terció Pepe.
"Bueno, porque no consiguieron desarrollarla a tiempo, que si no…"
"Bueno, ya estuvo bien de hablar de guerras, que me deprimís." Y Pilar apoyó la bola de zurcir en la mesa. "¡Qué gaiteros más malos hay este año, Manolo!"
"Será que estarán ya borrachos", dijo Manolo sabiendo que el comentario iba a hacer saltar a su hermana. Pepe le guiñó un ojo a su tío.
"Y tú, encima, venga a sacarles la bombillita. Pues mira, yo voy a tirar de este cable y adiós muy buenas." Y Pilar se levantó y desenchufó el cable que salía por la galería hasta la calle. A los pocos segundos pararon los gaiteros. Entonces se oyó una voz, claramente, proveniente de la romería, que gritó: "*Probe* del *probe* que no va al Cielo, don Manuel… que lo joden aquí y lo joden allí." Unas sonoras carcajadas, y luego otra voz: "¡Fagüestu, que tú vas *derechu* al *infiernu*…!" Más carcajadas.

Pilar frunció el ceño. Ahí estaba, como siempre, Fagüestu, el payaso del pueblo, que hacía las veces de sepulturero, pinche, carretero, segador, cabruñador, *llindaor*, *esbillaor*, incluso de monaguillo y cualquier menester que se terciase. Nadie sabía su edad con exactitud; era tan viejo como los caminos. Vivía en la parte baja del pueblo, junto al río, en una casucha de piedra vista y con un minúsculo ventanuco cuadrado de apenas un palmo junto a la puerta; el tejado estaba rematado por enormes cantos rodados sacados del mismo río al principio de los tiempos, que sujetaban las lajas de pizarra, y por una chimenea minúscula por la que salía el humo del lar sobre el que se cocinaba dentro de la casa. Su cama era un jergón de paja tirado en el suelo de tierra batida y una manta forrada con pelo de camello que le había regalado un moro de los que pasaron por allí durante la guerra; contra la pared opuesta a la puerta había un banco y una mesa hechos por el propio Fagüestu y una minúscula alacena. También había un candil, única fuente de luz durante las noches y los oscuros días de invierno. Fagüestu paraba poco por casa. Siempre llevaba nueces,

castañas o avellanas en el morral; o una manzana, o un cacho de queso y un mendrugo de pan que alguien le daba; o un trozo de chorizo si tenía suerte. Iba siempre de madreñas, a las que se pegada la niebla del río por las mañanas, y era amigo de andar por los caminos y veredas. Nunca había tenido unos zapatos, y siempre llevaba los mismos pantalones y la misma chaqueta. Pequeño, delgado, mellado y la cabeza siempre afeitada y llena de chirlos y cicatrices. Era muy ocurrente y lenguaraz, de ingenio rápido, a pesar de su aspecto de tonto del pueblo. En el chigre siempre había alguien que le invitaba a un vaso de vino o a un café con coñac si le sacaba los colores a algún incauto, o a algún forastero. A veces, si bebía demasiado, se colocaba la boina de lado, se cogía con el índice y el pulgar las puntas inferiores de la chaqueta desabrochada, sacaba la rabadilla y dando pequeños pasitos como un bailador de flamenco, tocaba pitos con la mano que le quedaba libre, el brazo estirado ante él y cantaba, "Cuecho tapines, cuecho cebolles, gozo la vida como el que más", mostrando sus encías despobladas. El cura, si lo veía pasar por la rectoral, lo llamaba desde la galería cuando su hermana Pilar, que lo detestaba, había salido al mercado de Trevías o a algún recado un poco lejos, y le ponía un plato de comida caliente delante. Fagüestu se quitaba la boina, la ponía sobre la mesa, a apenas un brazo de distancia, pues era prácticamente la única posesión que tenía, y bajaba la cabeza rapada al cero sobre el plato dejando a la vista las marcas de tiña. Don Manuel se sentaba a su lado y charlaban mientras Fagüestu devoraba lo que había en el plato, sorbiendo la sopa y limpiándose con la manga. El cura sonreía encantado.

Pero por ese amable gesto Fagüestu no iba a dejar de sacar punta a los sermones de don Manuel. Un domingo de Cuaresma Fagüestu oficiaba de monaguillo por encontrarse indispuesto el habitual. Ese día la lectura del Evangelio fue la multiplicación de los panes y los peces. Don Manuel se confundió y dijo que Cristo había dado de comer a una multitud de cinco personas con cinco mil panes y dos mil peces. Fagüestu, a la salida de la iglesia, ante un nutrido grupo de feligreses, le preguntó a don Manuel ladinamente que dónde estaba el milagro, sabiendo que el cura se había percatado de su error. Pero don Manuel, que posiblemente se esperaba la invectiva de su monaguillo, tuvo suficientes reflejos y contestó, "¡*Home*, Fagüestu, el milagro estuvo en que no reventaron!" En la misa de doce don Manuel atinó con las palabras y esta vez el milagro se cumplió, y los cinco panes y los dos peces sirvieron para dar de comer a la multitud de miles de hambrientos. A la salida de la misa, don Manuel le preguntó a su monaguillo, "Qué, Fagüestu… Esta vez ¿hubo o no hubo milagro?" Y el hombre, con la boina en la mano, bajó la cabeza y contestó, "Home, don Manuel, comieron lo que sobró de la misa anterior."

Pilar, con el enchufe en una mano, se cruzó de brazos y le dijo a su hermano:
“Y ahora sales ahí fuera y les dices a todos que arreando, que es gerundio.” Luego la mujer cruzó la estancia y comenzó a meter ordenadamente todas sus cosas de costura en una enorme caja que guardaba en un aparador de la sala.
“Vamos, Pepe, acompáñame abajo. Vamos a dar las buenas noches a esa gente y a dar un paseín antes de ir a la cama.”
“Después de usted, tío Manolo. Buenas noches, tía Pilar.” Y el joven le dio un beso a su tía en la cara.
“No le hagas caso a tu tío, que es un ignorante”, le dijo Pilar en voz baja. ‘Tú, a seguir luchando, para salvarnos a todos los españoles decentes de las hordas marxistas.”
“Sí, tía Pilar, no se apure.” Y los dos hombres salieron de la sala.

XXIII

París, finales de mayo de 1947

Querido padre, queridos hermanos y hermanas:
Espero que esta carta os encuentre a todos bien por casa. Hace ya dos años que nos vimos en persona y desearía que las cosas fueran más fáciles y pudiéramos abrazarnos finalmente. De momento hay que esperar. Como habréis podido comprobar, con ésta os envío una foto. En ella aparezco con una mujer. Es mi novia. Se llama Paula y es polaca. Nos conocimos hace algo más de un año aquí en París. Yo estoy trabajando para la compañía de ferrocarriles franceses y tengo un buen sueldo, no os preocupéis por mí. Así voy rehaciendo mi vida que no es poco. Os ruego me deis noticias de todos. Yo no tengo mucho que contar. Estuve en el sur del país durante un mes para reposar y fortalecerme. He vuelto como nuevo. Ahora hay que ponerse a trabajar y echar para adelante. Sabéis muy bien que os echo de menos y que me gustaría abrazaros a todos, incluidos los peques de la familia, a los que no conozco. Esperemos que pronto cambie todo para mejor. Os mando un fuerte abrazo y no os olvida,
Luis

Luis releyó la carta y miró la foto. En ella aparecían Paula y él, caminando del brazo por una calle de París. El fotógrafo, un joven armado con una cámara, se había acercado a ellos, que no dudaron en aceptar el servicio que les ofrecía. Salían de un café, y la foto, en blanco y negro, la tomaron en movimiento. Luis, con paso firme, ataviado con una gabardina abierta bajo la que se veía un traje de chaqueta, sonreía sin mostrar los dientes, tocado con un sombrero, la cara afeitada, sin bigote, a pesar de que estaban tan de moda. Paula caminaba de su brazo, con una amplia y radiante sonrisa, el pelo peinado en bonitos bucles, los ojos detrás de unas gafas de pasta. No llevaba guantes, pero sí un sombrero a juego con el abrigo cerrado que no dejaba ropa a la vista. En los pies, unos zapatos de tacón atados con un lazo de raso o tal vez de terciopelo, sobre el empeine. A ambos

lados de la pareja se veían mesas de la terraza ocupadas por gente. Detrás de ellos, el largo ventanal de vidrio donde se leía "Café de…" El nombre completo del establecimiento, tapado por la figura de Luis, estaba pintado con bonitas letras de estilo modernista sobre el cristal. Escribió la fecha tras la foto: "*París, 5 de mayo de 1947*", lo metió todo en un sobre y lo cerró. Recordaba la fecha porque aquel día habían salido Cagancho, Louisette, Paula y él a conmemorar el aniversario de la liberación del campo. Aquel día en el que se había tomado la fotografía, a Luis y a Cagancho no les había gustado la idea de salir "a celebrar" el aniversario de la liberación. Había sido idea de las dos mujeres, que no querían que se repitiera la escena del año anterior. Luis y Cagancho se habían emborrachado hasta casi perder el sentido, y las dos mujeres tuvieron que ayudarles a llegar a casa, desvestirlos y acostarlos, entre llantos y amenazas de suicidio. En aquel segundo aniversario Paula y Louisette propusieron, tras participar en la manifestación de exdeportados por las calles, ir a merendar a un café los cuatro, y luego ir al cine a ver una película americana. Les dejaron bien claro a ambos hombres que no querían ni oír hablar de campos, ni de nazis ni de muertes. Sentados en la terraza del café, veían pasar la gente, disfrutando de una deliciosa merienda. Junto a ellos se sentaron cuatro hombres jóvenes con el uniforme del ejército estadounidense. Con el café en los labios, Luis no pudo evitar pensar en el campo. Había sido de los primeros en ser evacuado a París. Los estadounidenses habían puesto a disposición de la Cruz Roja aviones para devolver a los liberados a sus países. Los españoles no podían volver a España por razones políticas, y Francia los aceptó a todos. Cuando Luis traspasó la puerta del campo por última vez, con una pequeña maleta en la mano, no miró atrás. Cuando, tras esperar pacientemente en una cola, se encontró por fin delante del transporte, un soldado estadounidense le ofreció su mano con una sonrisa en la boca para ayudarle a subirse. De repente se dio cuenta de que aquel gesto, aquella sonrisa, constituían el primer signo de que había recuperado la dignidad, su condición de ser humano, y la libertad. Se subió al camión que los transportaría al aeródromo de Linz y cerró los ojos hasta que se aseguró de que la enorme mole de granito del campo ya no estaba a la vista. Varios hombres a su alrededor lloraban. Fue difícil contener las lágrimas. Al cabo de quince minutos ya estaban en la carretera que iba paralela al Danubio, rumbo a Linz. Era un día de primavera soleado, no había ni una sola nube en el cielo. Se veían, de vez en cuando, deslizándose por el río, barcazas de transporte. Las lejanas montañas, aún espolvoreadas de nieve, se levantaban allá en el horizonte, espectadoras silenciosas del paso de aquellos hombres que volvían al mundo de los vivos. En los lindes de la carretera quedaban vestigios de los fuertes combates: destripados vehículos abandonados,

árboles quemados, pilas de neumáticos y de otros efectos descartados, basura en forma de latas de raciones, jirones de ropa, algunas botas rotas; despojos de pertenencias que ya no servían a sus dueños, a nadie. Pero Luis miraba las montañas, inspiraba el aire fresco que le llegaba a la cara en aquel camión abierto, intentaba ignorar cualquier cosa que le recordase a la miseria por la que habían pasado. Llegaron a la ciudad de Linz y cruzaron el puente, adelantando a unos tanques Sherman M4 que rodaban lentamente, indudablemente estadounidenses, con una estrella blanca pintada en los costados. Sentados sobre los grandes vehículos, viajaban unos quince o veinte hombres, sonrientes, con el uniforme algo sucio, las caras sin afeitar, fumando o charlando y mirando a su alrededor sin perderse nada, como queriendo empaparse de todo, como si fueran turistas; algunos con prismáticos colgando del cuello que se llevaban a los ojos de vez en cuando. Al pasar el convoy de camiones, con la insignia de la Cruz Roja, donde iban Luis y los otros, los americanos los saludaron moviendo los brazos, amigablemente. Ellos devolvieron el saludo con gritos de alegría, sacudiendo lo que llevaban en las manos: una chaqueta, una gorra, una camisa. Al otro lado del puente, en la plaza principal, había un grupo de unos ciento cincuenta soldados alemanes, sentados en el suelo, desarmados, despeinados, sin afeitar; algunos fumaban, otros miraban al frente, pero seguramente sin apreciar lo que veían; con las miradas perdidas, los pensamientos también. Esperaban un transporte a algún campo de detención. Muchos llevaban las gorras del uniforme, otros llevaban la cabeza descubierta. Se les veía cansados, eran soldados vencidos. Varios hombres, civiles, y algún niño merodeaban por la plaza, como gatos curiosos. El convoy en donde viajaba Luis atravesó Linz. Había montones de escombros por todas partes. Algunos edificios mostraban cristales rotos, marcas de metralla, como la superficie de la luna; otros habían sido alcanzados por fuego artillero más fuerte y toda la fachada había volado por los aires dejando al descubierto lo que había dentro, como si fuera una enorme casa de muñecas: una sala empapelada en tonos granates, con una foto aún colgada de la pared y una librería, en el primer piso; y en el segundo, una habitación pintada de amarillo en la que quedaban una cama y una silla. Salieron de Linz, y tras un trayecto de unos diez kilómetros llegaron al aeródromo que los estadounidense usaban como base aérea. Los camiones entraron en el complejo dirigiéndose a una explanada, a un costado de lo que parecía la pista. Allí pararon los motores de los camiones. Tres militares americanos se acercaron al camión de Luis. Uno de ellos, el comandante, dio órdenes en inglés. Los otros dos que lo acompañaban hablaron a continuación; primero uno en francés, y luego el otro en español. Iban interpretando lo que el comandante decía. A Luis, el

acento del soldado estadounidense que hablaba español le recordaba a las canciones de Agustín Lara, que tanto había escuchado antes del exilio y que tanto le gustaban. Casi le apetecía ponerse a cantar. En la pista, a unos doscientos metros de donde los habían dejado los camiones, había un avión. Le parecía imposible que aquel enorme montón de metal pudiera levantar el vuelo. Tras presentar por enésima vez su cartilla de liberado y dar sus datos, por fin los pusieron en una fila y les indicaron que se acercaran al avión. Este estaba posado tranquilamente, con su nariz apuntando al cielo, como un gigantesco pájaro de latón sobre la pista. Tenía una enorme hélice bajo cada ala; y detrás, una puerta por la que habría cabido un todoterreno. Tenía ambas hojas abiertas con una escalerilla para ayudar a subir. Pintada sobre el fuselaje, a la derecha de la puerta, una enorme estrella blanca. Luis avanzó en fila, dejó su minúscula maleta a la puerta del avión, como le habían indicado, y se subió. En el interior había siete ventanas a cada lado. Se sentó en uno de los asientos de metal que estaban instalados contra el fuselaje, de tal forma que los hombres quedaban acomodados de espalda a las ventanas. El habitáculo era como un cilindro cortado en sección longitudinal, a un extremo del cual estaba la cabina del piloto, al otro extremo, carga general, y en medio, los hombres, que, como él, estaban ansiosos y asustados, nerviosos y emocionados. Les explicaron cómo abrocharse los cinturones de seguridad. Los dos pilotos salieron sonrientes de la cabina, fumando y charlando amigablemente, se aseguraron de que las puertas quedaban bien cerradas y regresaron a sus asientos. Otros dos soldados se sentaron entre los hombres. Luis se dio cuenta de que le sudaban las manos. Los motores rugieron y las hélices comenzaron a girar, primero la de un lado, luego la otra. El avión dio una sacudida y Luis sintió que por fin avanzaban. Un soldado que había junto a él le ofreció un cigarrillo, y Luis lo aceptó con una sonrisa. Le temblaban las manos. Miró al otro soldado estadounidense sentado frente a él, hacia la derecha. También fumaba, y al notar que Luis lo miraba le guiñó un ojo y le dijo algo levantando su pulgar derecho que, aunque lo hubiera entendido, no lo habría podido oír, ya que tal era el ruido en el interior del avión. Luis levantó su pulgar derecho y le devolvió la sonrisa. Los pilotos dijeron algo ininteligible, los dos soldados estadounidenses se agarraron a los cinturones de seguridad que tenían sobre los hombros y juntaron los pies. Luis hizo lo mismo. El ruido se volvió ensordecedor, y el avión empezó a moverse cada vez más rápidamente. Todo crujía a su alrededor. Los hombres daban pequeños bandazos con el movimiento del aeroplano, que parecía que iba a desarmarse como un juguete de hojalata. De repente, un gran estruendo y una sensación de ingravidez en el estómago. Estaban en el aire. Luis se giró para mirar por la

ventana. Todo se hacía cada vez más pequeño: las personas, los camiones, los edificios, los campos. Era increíble que volara, increíble. No dejó de mirar al suelo, hasta que el avión sobrevoló las cumbres de las montañas, sobre las que se veía perfectamente la nieve. Tras un tiempo indeterminado, el piloto de nuevo dijo algo que no entendieron. Los soldados estadounidenses se miraron y, al ver las caras de incomprensión de los hombres, uno de ellos, señalando con su dedo hacia abajo por la ventana dijo: *"France… We are in France."* El hombre sentado a la derecha de Luis, un esqueleto, como él, dijo: "Francia… Estamos en Francia." Los exdeportados tardaron apenas un segundo en asimilar aquello, el significado de volver a cruzar la frontera francesa, vivos, libres. Luis no pudo contener la emoción. Se tapó los ojos con las palmas de las manos, y apoyó los codos sobre los muslos: lloraba desconsoladamente. Los soldados estadounidenses también se emocionaron, e igualmente les resultó imposible a ellos no llorar. Atrás quedaba aquel infierno, cada vez más lejano en el espacio, y pronto quedaría también alejado en el tiempo. Pero lo que Luis no imaginó nunca, mientras volaba hacia la libertad, mientras contemplaba el mundo desde arriba suspendido en las nubes, es que aquellos recuerdos de lo vivido allí no le iban a abandonar nunca, y jamás le permitirían ser un hombre finalmente libre.

Paula, que sabía que la mente de Luis estaba en Austria, y no en la reunión del café en París, le había puesto la mano sobre la rodilla, y él la tomó en la suya y la apretó con fuerza, mientras la miraba. Paula era menuda, delgada, con la piel muy blanca y el pelo negro. Tenía los ojos marrones, pero si les daba el sol, se volvían un poco tirando a verdes. Los labios finos, la cara afilada, pero de una simetría casi perfecta, con la mandíbula marcada, la nariz recta. Le recordaba algo a su madre, a sus hermanas. Tal vez era por eso por lo que se había fijado en ella. Era una mujer, sin duda, inteligente. Había estudiado Ingeniería en Polonia antes de que estallara la guerra de España. Había dejado a su familia y a su país para luchar con la República. A pesar de sus conocimientos de Ingeniería, la habían puesto a trabajar de enfermera en un hospital de campaña. Se había quejado en varias ocasiones a sus superiores, para que la dejaran participar en labores de fortificación, pero nunca la habían escuchado. Siempre le decía lo mismo a Luis: "Sí, sí… la República muy moderna, pero a mí, por ser mujer, no me sacaron de mi papel de enfermera." Su español era impecable, y Luis siempre se maravillaba con el amplísimo vocabulario que tenía; incluso giros como *¡Toma castaña!* o *Que si quieres arroz, Catalina* sabía usar y colocar perfectamente. La primera vez que se había fijado en ella fue en la Asociación, mientras discutía con dos tipos que querían hacerse pasar por exdeportados para recibir los beneficios y ella llamó al encargado de seguridad, un

madrileño, diciendo: "¡Aquí, estos dos… que me la quieren dar con queso!", lo cual había levantado grandes risas entre los que estaban a su alrededor por el fuerte acento. Porque de eso, del acento polaco, no se podía deshacer. Paula era alegre, decidida y tenía muchos amigos. Luis no entendía cómo una chica como ella se había fijado en un tipo como él. Ella siempre le contestaba lo mismo: "Prefiero a un obrero español ardiente y amoroso que a un médico polaco, calvo y seriote" o "Prefiero a un comunista valiente y guapo que a un anarquista aburrido y amargado". Luis pensaba si no tendría una lista de frases como esa para soltarle, porque nunca repetía la misma. Después de saber que Victorina ya se había olvidado de él, le costó mucho volver a enamorarse. Fue algo que no hizo conscientemente, fue un sentimiento que fue creciendo con el paso del tiempo, con el desarrollo de su amistad. No fue amor a primera vista; desde luego no para él. Paula se había instalado en su corazón poco a poco, sin hacer ruido, con calma, de una manera paulatina, inesperada incluso. La primera vez que se besaron fue un acto reflejo. Fue la manera de coronar una tarde perfecta, fue algo natural, algo que no podía haber sido de otra manera, casi un instinto.

XXIV

Montaña central asturiana, mayo de 1948

"Cuando los veáis aparecer por la curva del Castañeu apuntadles con el naranjero, Eloy", ordenó Manolo el Caxigal. "Que paren ahí, aseguraos de que no van *armaos* y, sin quitarles el ojo de encima, ni el naranjero, traedlos *p´acá*. Me cago en mi madre, como nos la vuelvan a dar, no respondo." Apenas unos meses antes habían caído dieciséis guerrilleros gracias a una infiltración de la Guardia Civil en sus filas, haciéndose pasar por hombres enviados por el partido. Eloy salió dejando a Caxigal y a Ángel en el pajar, y se reunió con Apolinar, que estaba de guardia, afuera. Comenzaron a andar camino abajo.

"¿Por qué no iban a ser de los nuestros?, Manolo. Nosotros mismos le pedimos al partido que nos mandara refuerzos después de la emboscada del Bójer y los quince. No tiene mucho sentido que pongamos en duda su autenticidad". Ángel, a pesar de que Caxigal era su superior, no tenía miedo a ser franco con él, porque se conocían de siempre.

"Ya lo sé, ya lo sé, Angelín." Manolo parecía molesto por el comentario. "Pero toda precaución es poca. Mi propio hermano murió con Bójer, ¿o acaso no te acuerdas?"

"Coño, Manolo, claro que me acuerdo. Eso no se olvida. Yo solo te digo lo que pienso", dijo Ángel, y escupió en el suelo.

Los dos hombres se quedaron en silencio un rato, sentados en la paja. Se oían los petirrojos en sus nidos. Y al cabo de unos minutos, pasos.

"Y yo te lo agradezco, pero no podemos dejar ningún cabo suelto." Manolo se incorporó rápidamente y se sacudió las briznas que se le habían quedado pegadas a la ropa. Cogió su fusil y se puso en pie ante la puerta. Era un hombre de estatura media, musculoso. Llevaba el pelo engominado, una camisa blanca, pantalones oscuros y alpargatas. "En guardia, Angelín, que vean con quién se están jugando los cuartos."

Angelín asintió, agarró su naranjero y se situó detrás de la puerta. A los pocos segundos esta se abrió. Detrás de la hoja quedó oculto Angelín. A través del vano se distinguían las siluetas de dos hombres, a los que Manolo no pudo ver del todo bien, debido al contraste de luminosidad, hasta que no traspasaron el umbral y se adentraron unos pasos en el pajar. Cuando hubieron entrado, seguidos de Apolinar y Eloy, Angelín cerró la puerta de una patada. Los cuatro guerrilleros apuntaban a los dos hombres con sus armas. El más viejo parecía algo más impresionado, pero el otro miraba a Manolo fijamente a los ojos, reconociendo en él al cabecilla. Los dos hombres mantuvieron la mirada hasta que el recién llegado la apartó.

"Es él, Manolo, el mismo que enlazó conmigo en Oviedo hace dos días." Eloy bajó el arma, pero la mirada furibunda de Manolo le hizo levantarla otra vez.

"¿Quiénes sois y quién os manda?", preguntó Manolo.

"Yo me llamo Montero. Él es Sánchez, pero podéis llamarlo el Viejo. Ya sabes quién nos manda: el partido, desde Francia." Montero habló en un tono suave pero seguro. "Las situaciones de tensión, como esta, me dan ganas de fumar. ¿Puedo?" Manolo miró a Eloy.

"Está limpio, Manolo", informó Eloy.

"Adelante", dijo Manolo sin quitarle ojo.

Montero se metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó una pitillera negra. La abrió y sacó una boquilla y un pitillo largo. Lo encendió con un Zippo. Miró a su alrededor y extendió la mano en la que tenía la pitillera en ademán de ofrecer. Ante el silencio de todos se encogió de hombros y guardó la pitillera y el Zippo en el bolsillo.

"Creo que estaríamos todos más cómodos si bajaseis las armas", dijo después de exhalar la primera bocanada de humo. "Eloy ya os ha informado de que no vamos armados."

"¿Qué lleva ese ahí?" Manolo señaló con su fusil ametrallador hacia un paquete en forma de cubo atado con unas cuerdas que llevaba El Viejo.

"Son papeles, Manolo. Parecen periódicos", dijo Eloy.

"Son unos números de *Mundo Obrero* del mes pasado que traemos de París para vosotros", dijo El Viejo.

"Déjalos en el suelo. Apolinar, mira a ver qué son." Apolinar se echó el fusil a la espalda y, agachado, comenzó a desatar el paquete. Escondidas entre las páginas de unos cuantos diarios de *Arriba,* venían camufladas varias revistas que el PCE editaba en París. Eran números del mes de marzo de 1948.

"Hablad." Manolo bajó la ametralladora, gesto que siguieron todos los demás.

"Estamos aquí porque habéis pedido ayuda y apoyo al partido. El partido enviará poco a poco más cuadros que ayuden a reorganizar lo

que quedó destruido con la infiltración de la Guardia Civil en vuestras líneas.”
“¿Y cómo sabemos que vosotros no sois también infiltrados?”, objetó Manolo. “Los otros también venían de parte del partido, igual que vosotros. Necesitamos más pruebas que unas simples revistas. ¿Por quién nos ha tomado el partido?
“El partido no os toma por nada. Te aseguro que venimos de París.”
“Sí, como los niños”, terció Apolinar con una sonrisa en la boca, y escupió en el suelo. El comentario hizo sonreír a Angelín.
“Eloy, tú que estuviste allí, pregúntales algo”, sugirió Angelín.
“No sé… ¿Qué quieres que les pregunte?” A Eloy parecía molestarle que todos lo mirasen. “Descríbeme la central del partido.” Fue lo primero que se le ocurrió.
“¿Tú la conoces?”, contestó Luis.
“Sí, estuve allí con un valenciano que se llamaba López, que era chófer de algún dirigente.”
“Está en una tercera planta, con ascensor, en la mano derecha de la escalera. Al entrar hay un largo pasillo. A la derecha, unas puertas dobles dan al despacho de Dolores, que tiene tres ventanas a la calle. A la izquierda, en una habitación pequeña y sin ventanas, el despacho de su secretaria. Mije y Santiago comparten despacho, porque Santiago no anda mucho por París, como sabes, y está después del de Dolores. Hay tres o cuatro despachos más y una sala de reuniones. También hay una cocina, al fondo del pasillo. Y un escusado.” Mientras hablaba, Luis no le quitaba ojo a Eloy.
Los tres guerrilleros, que nunca habían salido de Asturias, miraban a Eloy, intentando adivinar la expresión de su cara.
“Sí. Así es, tal como lo describe… Aunque yo no sé de quienes eran los despachos ni nada de eso.” Los cuatro guerrilleros se miraron en silencio.
“¿Y si es una coincidencia?”, preguntó Angelín con ojos suspicaces. “Puede estar describiéndonos la casa de su abuela en Madrid.”
“A mí me parece convincente. Vosotros, ¿qué decís?”, dijo Apolinar apoyándose contra la pared.
“Yo creo que Angelín tiene razón. Puede ser una coincidencia. O puede haber sacado la descripción de algún chivato. Nos tenéis que ofrecer algo más convincente o aquí mismo os ejecutamos.” Manolo volvió a levantar el arma mientras decía esto.
“Está bien, camarada. Entiendo tu postura. Os propongo que, para mayor seguridad y tranquilidad de todos, enviéis a uno de vuestra confianza a Francia para que se entreviste con Dolores o Carrillo. Nosotros facilitaremos el viaje.” Luis le dio una calada a su cigarrillo y miró a Manolo el Caxigal a través del humo cuando hubo terminado de hablar.

“¿Cómo se llevaría a cabo ese viaje, y cuánto tardaría en volver nuestro hombre?”
“Mañana podemos mandar un mensaje en clave al partido. En una semana puede estar todo dispuesto, seguramente: guías de montaña y enlaces en Francia. Luego vuestro hombre puede mandar una consigna que vosotros decidáis por Radio Pirenaica. Es lo más rápido. La vuelta es cuestión de otros diez días, si todo va bien.”
Los cuatro guerrilleros se quedaron en silencio.
“Los únicos que no están fichados de nosotros son Angelín y Eloy, que ya conoce aquello”, dijo Caxigal. “¿Qué dices?, Eloy.”
“Por mí, bien. No me caería mal un cambio de aires. Pero tengo que hablar con el patrón y avisar a mi madre. ¿Cuánto tiempo dices que tardaréis en preparar la salida?”
“Una semana, como mínimo. Te proporcionaremos ropa, dinero y salvoconducto falso. ¿Te haces cargo de lo arriesgado de la operación?, camarada.”
Eloy lo miró con desprecio. “No sé dónde pasaste la guerra tú, camarada. A juzgar por tu aspecto de señorito debiste de pasarlo bastante bien, pero donde yo estuve solo se comía caliente una vez al día si había suerte.”
Luis apagó su cigarrillo, sacó la pitillera y guardó la boquilla sin levantar la vista, para esconder una media sonrisa.
“Bien, el Viejo y yo volveremos a Gijón.” Luis por fin levantó la mirada. “Eloy, cuando esté todo preparado enlazaremos contigo en el café donde trabajas para darte las instrucciones y la documentación. Pensadlo y tomad una decisión. Podemos dejar montadas tres citas a lo largo de la semana; el lunes, el miércoles y el viernes, en el paseo de la playa, frente al banco, donde La Escalerona, a las cinco. La contraseña de siempre.”
Montero y el Viejo se dirigieron hacia la puerta, la abrieron y se pusieron los sombreros. Manolo hizo una seña con la cabeza a Eloy y a Apolinar, quienes levantaron sus armas y salieron tras ellos. Montero dio unos pasos, y al sentir que lo seguían, se giró. Los dos guerrilleros pararon en seco.
“Gracias, camaradas, pero conocemos el camino.” Levantó el sombrero y añadió: “Buenas tardes.”
Eloy y Angelín se volvieron para ver qué ordenaba Caxigal. Este dio un manotazo despectivo en el aire e hizo un gesto con la cara haciéndoles ver que los dejaran ir.
Los cuatro guerrilleros miraron a los dos hombres mientras estos bajaban por el camino y, cuando desaparecieron tras la curva, Apolinar escupió en el suelo y dijo:
“Menudos señoritos nos manda el partido. Estos no aguantan aquí ni un mes…”

XXV

Gijón (Asturias), septiembre de 1949

Amelia le dio la mano a la niña y la ayudó a bajar del tren, que se había parado en la estación de Gijón. Caminaron lentamente, parándose en los escaparates de la calle Begoña. Giraron a la izquierda, en la calle Jovellanos, hasta que salieron a la playa. Pasearon arriba y abajo por el Muro. Hacía sol pero el viento, a pesar de ser solamente mediados de septiembre, era fresco. Se veía algún grupo de mujeres en la playa, buscando navajas en la arena, con las faldas remangadas hasta la pantorrilla. También había algún bañista, de esos que se ven todo el año, aunque truene. Por fin se plantaron ante la fachada del banco y esperaron sentadas en un poyo, fingiendo descansar. Como siempre, de la nada, apareció Luis. Llevaba un elegante traje azul marino, camisa blanca y corbata azul, a juego con el traje. Se quitó el sombrero para saludar, y tomó la boquilla en una mano. Le dio dos besos a Amelia en las mejillas y esta le susurró:

"La niña es una prima mía. Me la traje para levantar menos sospechas. Se llama Carmen." Luis se puso en cuclillas, y dibujó una enorme sonrisa en sus labios.

"Hola, peque… Si estás hecha ya una señorita desde la última vez que te vi." Y le dio un pellizco cariñoso en la mejilla. La niña se escondió detrás de la falda de Amelia, pero con una sonrisa en los labios. Los tres comenzaron a caminar hacia el centro, dejando atrás la playa.

"¿Y cómo están mis queridos hermanos de Blimea? ¿Me traes alguna noticia de ellos?", dijo Luis tomando del brazo a Amelia, que caminaba con Carmencita cogida de la mano que le quedaba libre.

"Mis padres me mandan muchos recuerdos para ti. También me manda recuerdos Amparo, que dice que cuándo vas a ir a verla, que necesita unos géneros para vender", contestó Amelia, con la lección de las palabras clave que le había dado Caxigal bien aprendida.

"Dile a Amparo que estamos esperando una partida de telas divinas de

París, que llegarán pronto. Que en cuanto estén aquí se lo haré saber por el canal habitual.”
Caminaron del brazo, como tío y sobrina, hasta que llegaron al Café Dindurra y entraron. Se sentaron en una mesa cerca de la ventana. Luis se puso de espaldas a la calle. La niña se sentó frente a Luis. Él llevó su mano hasta su nariz e hizo como que se la quitaba, y reaparecía entre los dedos. La niña, un poco asustada, se llevó la palma de su mano a la nariz para asegurarse de que esta seguía en su sitio. Rio divertida.
“¿Qué quieres?, Carmencita. Te invito a lo que quieras.” Y le pasó una mano por la cabeza a la niña, peinada a lo Shirley Temple. Carmencita miró a Amelia desde sus enormes ojos negros.
“Un café para mí, un chocolate para ella, tío”, dijo Amelia.
“¿Y no tenéis hambre? Tú tienes cara de que te gusten los pasteles, así que vas a venir conmigo a elegir el que tú quieras.” Se puso en pie y tomó a la niña de la mano. Amelia los miró con dulzura. Luis condujo de la mano a Carmencita hasta que se situaron frente a la vitrina con los pasteles. La niña sacó un dedito y dijo: “Ese grande de chocolate.” Y aplastó su nariz contra el cristal.
“Ya ha oído a la niña. Llévenos ese pastel grande de chocolate a aquella mesa”, le dijo con una sonrisa al camarero. Y no pudo frenar su deseo de tomarla en brazos y llevarla así hasta la mesa. La niña le sonrió y se sentó junto a Amelia.
“¿Y tú?, Amelia. ¿No quieres nada?”
“Lo mismo que tomes tú, tío.”
“Yo hoy tengo ganas de unos churros. ¿Qué te parece?”
“Muy bien.” Y le sonrió a aquel hombre al que había conocido hacía algo más de un año. Cuando lo vio por primera vez, llegaba a su casa con una maleta pequeña, vestido con un traje azul. Lo vio girar la curva del último repecho de cuesta que arrancaba desde el bebedero de ganado y que conducía hasta la antojana de la casa de sus padres. Este último tramo del camino transcurría, en el mes de mayo, bajo un verde túnel tejido con las tiernas ramas de los castaños, cuyas flores, altas y escalonadas como pagodas chinas, ya estaban casi en su máximo esplendor. Ella y su madre corrieron a refugiarse en la casa. Él se quitó el sombrero al entrar y las saludó educadamente.
“Buenos días, señora, soy su nuevo inquilino. Me llamo Luis. Encantado de conocerla.” Luego se giró hacia Amelia y dijo: “Señorita, tanto gusto.” Las dos mujeres se miraron, algo confusas. Estaban acostumbradas a los crudos modales de los guerrilleros que aparecían por allí de vez en cuando a tratar con su padre, a dejar recados, incluso a exigir un plato caliente y algo de pan y vino. Ellas, aunque los admiraban, los temían, también. Pero aquel hombre era otra cosa. Aquel tratamiento era nuevo. Su madre, Salvadora, le recogió el

sombrero.
“Salvadora Vallina, tanto gusto. Y esta es mi hija, Amelia.” Le tendió a la chica el sombrero, quien lo dejó sobre un aparador con platos que había junto a la puerta.
“Por aquí. Le enseñaré dónde va a dormir. Tenga *cuidao* con los escalones que anden *torcíos*.” Luis la siguió, escaleras arriba, con su maleta. Amelia los esperó abajo sin saber muy bien qué hacer. Se acercó al sombrero de fieltro y lo miró fijamente, como si fuera a salir corriendo. Sentía una tentación irrefrenable de levantarlo. Se asomó a la escalera. Escuchó sin moverse retazos de una conversación que venía del piso de arriba. De puntillas regresó donde estaba el sombrero. Lo cogió y le dio un par de vueltas. Lo miró de frente, con los brazos estirados. Lo acercó hacia sí. Miró en su interior. La etiqueta estaba en francés, a un lado, y un pequeño lacito de lona indicaba lo que iba hacia atrás. Lo acercó a su rostro y lo olió. Tenía una fragancia a agua de colonia, tal vez de lavanda. Lo volvió a dejar sobre el aparador. Por fin oyó pisadas en las escaleras; era su madre.
“Quedó en la habitación. *Diz* que va a *cambiase*.”
“Claro, así vestido por aquí llamaría mucho la atención”, dijo Amelia.
“Vete a por más agua a la fuente, anda, que cuando llegue *el tu hermanu* de la mina tenga algo *pa’ lavase*.” Y Salvadora se sentó a seguir pelando patatas, ya las últimas que tenían de la cosecha del año anterior. “Voy a tener que ir al *mercao* a Langreo a por *patates nueves* de *les* que traen de Castilla”, le dijo a su hija mientras sacaba los cubos de hojalata para bajar a la fuente. “Ahora somos una boca más que alimentar.”
“¿Cuánto tiempo se quedará?, Madre.”
Y en ese momento oyeron pisadas bajando la escalera. Salvadora se llevó el cuchillo a la boca en señal de silencio, y Amelia salió a por el agua apresuradamente.
“Aquí le traigo cinco pesetas, para cubrir gastos de manutención. Es en lo que quedé con Manolo, cinco pesetas por semana, hasta que lleguen los informes de Francia y pueda salir de aquí.” Llevaba unos pantalones de lona tosca, un jersey sobre una camisa de la que solo se veían los cuellos blancos y unas alpargatas.
Salvadora lo miró sin saber qué decir. No estaba acostumbrada a que los guerrilleros pagasen, y menos por adelantado. Alguna vez le habían traído alguna liebre o una gallina, algo de manteca, carbón. Pero dinero, nunca. Luis dejó los billetes donde estaba el sombrero.
“Me lo llevo para la habitación; no creo que lo use en unos cuantos días.” Y desapareció escalera arriba con el sombrero en la mano.
Salvadora se levantó y se puso de puntillas agarrándose al borde de la mesa sin soltar el cuchillo para poder ver el dinero sobre el aparador, al otro lado de la estancia. Eran varios billetes. Dejó el cuchillo sobre

la mesa y se acercó de puntillas al dinero mientras lo miraba. Bueno, era justo. Estaba ocupando una habitación, entre Amelia y ella iban a lavar su ropa, preparar su comida y atenderle hasta que se aclarase su identidad. Iba a cogerlo y guardarlo pero pensó que causaría, tal vez, muy mala impresión en aquel hombre que parecía bastante educado. Decidió dejarlo. Oyó pisadas de nuevo y corrió a sentarse ante sus patatas. Luis bajaba la escalera a grandes zancadas.
"¿Tienen algo de prensa?, Salvadora."
"No, nunca la compramos. Mi marido la lee en la mina, y los chicos también."
"¿Y usted?", preguntó Luis mientras se asomaba a la ventana de la estancia.
"Bueno, yo….", dudó. "Yo… *Ye* que no sé leer."
"Ya." Luis la miró a los ojos para seguir su conversación. "¿Y no le gustaría aprender?, Salvadora."
"Bueno, yo me arreglo bien así, *pa'* que *lu* voy a engañar. No lo necesito. Y tampoco tendría tiempo, la *verdá*. Ya ve." Y señaló las patatas que estaba pelando. "Siempre *trabayando*, don Luis."
"¡Haga el favor de no decirme don!" Entonces apareció Amelia con el agua. Luis fue a la puerta a ayudarla. Salvadora se levantó y cogió el dinero.
"¿A qué hora quiere que vuelva para cenar?", dijo Luis.
-"*El mi fiu*, el pequeño, vuelve de la mina a *les* ocho. Esa *ye* la hora de la cena", contestó Salvadora mientras se colocaba junto a su hija, ante la pila, con las patatas ya peladas en un cacharro.
"Volveré para entonces. Buenas tardes." Salió y cerró la puerta.
Amelia se dio la vuelta y miró por la ventana hasta que vio la figura de Luis desaparecer cuesta abajo.
"Marchó", dijo la joven, y se quedó pensativa junto a su madre. Aquel hombre parecía bastante agradable. Su padre les había dicho que era un hombre del partido, que no debían decirle a nadie que estaba en casa con ellos, que era cuestión de vida o muerte. Que era un hombre más importante que cualquiera de los guerrilleros. Venía de Francia, de París. ¡Qué lejos le parecía aquello a Amelia! Ella, que lo más lejos que había ido había sido a León el invierno anterior, a visitar a unos parientes de su madre que habían ido allí a vivir por motivos de salud. Y lo había encontrado tan diferente a Asturias. Estuvieron apenas una semana y, en todo ese tiempo, el pelo no se le había rizado y no había tenido que ponerse casi nada de fijador. La catedral era más grande que la de Oviedo, y hacía un frío insoportable. El sol no calentaba, y la nariz parecía que se iba a romper con aquellas temperaturas. En las panaderías solo había pan blanco, lo cual era una novedad. Aquel pan tenía un aspecto delicioso, y ya no estaba racionado, como en Asturias. Y el horizonte parecía que no se acababa nunca.

“Amelia”, dijo Salvadora con una enorme sonrisa en la boca. “Mira lo que nos dio Luis.” Y sacó los cinco billetes de una peseta doblados de un bolsillo del mandil. Amelia abrió los ojos como platos.
“Cinco de estos a la semana, me dijo… Menuda suerte. Mañana vamos a Langreo, que hay *mercao*.”
Por fin llegó el camarero con los cafés, los churros, el pastel y el chocolate, que fueron recibidos entre grandes sonrisas.
“Y dime, Amelia, ¿cómo van los preparativos de la boda?”, preguntó Luis, y mojó un churro en el café.
“Bueno, nos casamos el día de Navidad, que cae en domingo. Don Félix nos ha dicho que es un día de mucho lío, pero será temprano por la mañana, a las ocho, así que no habrá cuidado. Luego haremos una comida en casa de mis futuros suegros. El padre de Antonio está muy delicado. Sólo seremos los de casa, ya sabes.” Amelia miró su café.
“Vendrás, ¿verdad?, tío.” Y se volvió hacia Carmencita mientras se limpiaba la boca con una servilleta.
“¡Mira cómo te estás poniendo!” Intentaba disimular el nerviosismo.
“No me lo perdería por nada del mundo, aunque tal vez ya me haya ido… Ya sabes.” Y se llevó el café a los labios.
Amelia conocía perfectamente la situación de Luis. Cuando sus padres lo tuvieron alojado en su casa esperaban informes de Francia que les asegurasen que aquel hombre venía, efectivamente, de parte del buró del PCE, y que no se trataba de un infiltrado como el que había hecho caer unos meses antes al guerrillero Bójer y su grupo, dieciséis hombres en total. Cuando se recibieron sus credenciales, impecables, Luis salió de la casa de los Paxumales, que era el nombre con el que se conocía a la familia, y ya solo pasaba por allí de vez en cuando. A veces, como en aquella ocasión, Amelia se prestaba para actuar de enlace entre los hombres de la guerrilla que estaban en el monte y él. Luis había regresado a Francia a finales de agosto de 1948, apenas tres meses después de su llegada a Asturias, pero en Todos los Santos ya estaba de vuelta en su tierra, aunque solo por cinco meses, como le había prometido el partido, según contó. Ya habían pasado once meses y el partido se negaba a sacarlo de allí. Ella no quería que se fuera, nunca. Todavía se ruborizaba cuando se acordaba de aquel día de finales de invierno, en Oviedo. Ella tenía que acudir a una cita con Luis para llevarle una carta de Caxigal. Salió corriendo del tren y entró en los baños de mujeres de la estación del Norte de Oviedo. Se aplicó carmín, y se pintó las pestañas y se puso polvos en la cara, con un estuche que el propio Luis le había traído de París y que era su mayor tesoro. Se atusó el pelo, se cambió los zapatos viejos por unos de tacón que se había comprado nuevos y se puso un broche con una flor rosa en la solapa de una chaqueta de traje con corte de hombre, tan de moda, con falda de tubo. Le dio un trago a una botellita con

orujo que traía escondida en el bolso, se pellizcó los pómulos y salió del baño. Caminó coquetamente por la calle Uría hasta llegar al punto de reunión. Luis no la reconoció cuando la vio, y le dio dos besos en las mejillas como siempre, con un cariñoso “¡Qué guapa está mi sobrina hoy!” Amelia lo tomó del brazo y le dijo que ese día no le apetecía ir a un café, que prefería ir a dar un paseo por el Campo de San Francisco. Luis aceptó. Entraron al parque, situado en medio de la ciudad, por el paseo de José Antonio, que corría paralelo a la calle Uría. Subieron por uno de los caminos laterales, perpendicular al paseo hasta que llegaron al paseo del Bombé. Caminaron cogidos del brazo, hablando de trivialidades. Dieron la vuelta alrededor de la fuente de las Ranas y Amelia sugirió que se sentaran en un banco. Luis aceptó. Al pie de los enormes castaños que ya empezaban a mostrar sus tiernos brotes, hacía algo de fresco, y Amelia buscó unos guantes en su bolso. Los sacó y, escondida entre estos, iba la nota de Caxigal para Luis. Amelia tiró un guante al suelo. Luis lo recogió, sacó la nota con gran maestría y se la guardó en la manga; le devolvió el guante a su dueña.

“Gracias, Luis.”

“Llámame tío, Amelia”, le susurró.

“A mí me gusta más Luis, solo Luis.” Y echó su melena para atrás, un poco.

“Amelia, no seas niña.” Luis sacó un cigarrillo para disimular su nerviosismo.

“Precisamente es eso, que no soy una niña, aunque tú me trates como tal.” Lo dijo en un tono un poco más alto de lo habitual, con un ligero mohín. Amelia miraba a Luis a los ojos, fijamente, para no perderse su expresión, para saber qué efecto le causaban sus palabras. Intentó cogerle una mano, pero Luis la retiró con delicadeza.

“Luis, yo… yo te quiero, Luis.” Lo dijo con ufanía, con la barbilla levantada, la espalda recta, pestañeando rápidamente, tal vez para tapar el nerviosismo de la frase que acababa de salir de sus labios.

“Estamos en una situación muy peligrosa, Amelia. Por favor, no hagas una escena.” Y le dio una calada al cigarrillo.

“Mírame, Luis, por favor, mírame.”

Ya estaba dicho. Por fin había logrado sacarse de su pecho aquello que la ahogaba, que la agobiaba, que le impedía dormir por las noches y vivir durante el día. Aquel deseo de hacerle saber lo que sentía por él. Tenía que decírselo; ya no podía aguantar más. Sabía que quemaba sus naves, que podía estar aniquilando la posibilidad de volver a verlo, nunca más. Conocía su meticulosidad con el trabajo, le constaba que no se ponía en situaciones de peligro innecesarias derivadas de prácticas que fueran en contra del sentido común, teniendo en cuenta que la policía acechaba continuamente; ni dejaba que ninguno de los

enlaces ni de los hombres lo hiciera. Cuando sospechaba que uno andaba un poco flojo, no lo usaba en una temporada, intentaba apartarlo hasta que tenía la seguridad de que era de total confianza; si alguno presentaba indicios de estar desmoralizado, lo dejaba descansar una temporada hasta que tenía la certeza de que había recuperado la confianza en sí mismo. Esta confesión que ella estaba haciendo la ponía en una situación en la que seguramente Luis dejaría de utilizarla como enlace por considerar que sus sentimientos hacia él podrían ponerlos a ambos en una situación de peligro, como en ese momento. Pero no le importaba. Ya no podía esperar más. Eran demasiados meses escondiendo sus sentimientos. Si el partido sacaba a Luis a Francia no lo volvería a ver nunca más y ella no quería que se marchara sin hacerle saber lo que sentía por él. Tal vez era su última oportunidad. Luis no sonreía. Nunca lo había visto así, aunque sus hermanos le habían contado que a veces se ponía tan serio que daba miedo.
“Amelia, ahora mismo vamos a levantarnos, te voy a dar la mano para que te levantes y vamos a caminar hacia el final del paseo. Allí me despediré de ti, como siempre, y se acabó. Esto no es un juego, Amelia. Yo te quiero mucho, pero como a una hermana. Y nada más. Por mi edad podría ser tu padre.”
Amelia bajó la mirada por fin, y asintió con la cabeza. Sintió un nudo en el estómago, ganas de vomitar. No sabía si tendría suficiente fuerza para ponerse de pie. Le temblaban las piernas.
Luis se levantó. “Amelia, vamos, sobrina.” Y le tendió una mano. Ella la tomó y se puso en pie, aunque tuvo que agarrarse al brazo de Luis con fuerza. Estaba tan avergonzada que le quemaban las raíces del cabello. Sentía que las mejillas le iban a explotar. Caminaron en silencio. Ella solo acertó a decir “Lo siento.” Luis le dio una palmada tranquilizadora en la mano que tenía enganchada en su brazo sin mirarla. Al final del paseo, como había ordenado, se despidieron. Ella echó a andar campo abajo, hasta el paseo de José Antonio, como un autómata. Lágrimas como garbanzos le rodaban por las mejillas. ¡Qué tonta había sido! ¿Cómo podía pretender, una pueblerina como ella, que un hombre como Luis la amase? Le dio la risa, se rio de sí misma y de su estupidez. Luis debía de tener varias mujeres suspirando por él. Mujeres heroicas que habían luchado en la guerra, en París, contra los nazis. Eso le había oído comentar a sus hermanos, aunque Luis no se lo había contado. Ellos se lo habían oído a Avelino, un minero del partido, de la Güeria Carrocera, con el que Luis se llevaba muy bien. ¿Y qué pretendía ella? ¿A qué estaba jugando? Antes nunca había querido saber nada de los guerrilleros y sus entradas y sus salidas. Era solo cosa de su hermano Ceferino y de su padre. Su madre y ella se limitaban a obedecer cuando uno venía y les pedía comida o ropa o

carbón, o un lugar para pasar la noche. A ella no le gustaban aquellos hombres tan rudos, tan mal encarados, sucios y déspotas. Una vez uno de ellos intentó sobrepasarse; la agarró por un brazo y la puso contra la pared. Le había levantado la falda y le había sobado el culo mientras le decía unas cosas terribles al oído. Nunca olvidaría aquel olor a tabaco y a vino de su aliento, que le calentaba la oreja, con la cara contra el frío muro de la casa. Gracias a Dios llegó su madre y lo amenazó con el pincho de la cocina. Aquel desgraciado huyó llamándolas putas a las dos. Sí, algunos de aquellos tipos le repugnaban. Ella había decidido empezar a hacer labores de enlace impulsada por su admiración hacia Luis, que luego sería amor. Antes nunca le había interesado la política, hasta que comenzó a acudir a las charlas que daba Luis. Lo explicaba todo perfectamente, con pasión, pero sin usar palabrería ni frases hechas. Todo quedaba muy claro, y si no era así, él siempre pedía que le preguntaran, que saciasen sus dudas. Aquel hombre insuflaba fervor, sentía lo que decía con cada célula de su cuerpo, no quedaba duda. Y entonces Amelia decidió que quería ser parte de aquello. Quería luchar por aquello que Luis creía, por lo que él llevaba luchando tantos años. Pero sobre todo quería demostrarle que ella también era tan valiente o más que esas novias francesas que había dejado en París. Pero Luis no la quería. Se lo había dicho bien claro. Él tenía cosas más importantes en las que pensar que en una tonta como ella. Se había puesto en ridículo. ¿Qué pensaría Luis de ella? Entró en los baños públicos y vomitó.

Terminaron de merendar y Luis pidió la cuenta. Había dejado el periódico sobre la silla que quedaba libre junto al bolso de Amelia. Dentro del diario iba la carta para Caxigal. Se levantaron de la mesa y Amelia tomó el diario y lo metió en su bolso. De la otra mano asió a la niña. A Luis le habría gustado caminar de la mano de Carmencita también. Cuando había llegado al campo de concentración había mentido. Le habían aconsejado que dijera que estaba casado y que tenía hijos, para que se disipase cualquier duda de homosexualidad, y, quien sabía, tal vez para ablandar los corazones de los verdugos. Declaró ser padre de una niña, y desde el primer día que estuvo allí deseó que hubiera sido verdad. Rodeado de cadáveres, parecía natural querer un hijo; era una manera de venganza, casi, algo así como dejarles bien claro a aquellos animales que no solo tenía la intención de salir de allí con vida, sino además que iba a perpetuarse. Mientras veía el humo salir de las chimeneas del crematorio, en lo único en lo que podía pensar era en tener una casa, una familia, una mujer y unos hijos. “Si salgo de aquí…” Era imposible saber cuántos hijos, verdaderos y potenciales, habían acudido a las mentes de los deportados. Aquella niña le recordó aquel deseo casi constante, tan cotidiano como la propia muerte, en aquel campo de exterminio.

Salieron a la calle. Siguieron hablando de la boda de Amelia. Luis quería saberlo todo sobre el novio. Pasaron por delante de una juguetería. Se pararon ante el escaparate para que la niña mirase a través de los cristales, ensimismada. Entonces Luis la cogió de la mano, se puso de cuclillas a su altura y le dijo:

“Te compro esa muñeca. ¿La ves? La que va de rojo. Es igualita a ti. Ven conmigo.” Luis empujó la puerta de la tienda, y sonó una campana. Entraron Amelia y Carmencita delante. Él detrás. A los diez minutos salían Luis y Carmencita, ambos con una enorme sonrisa en su cara. En una mano, la niña llevaba una muñeca ataviada con un bonito abrigo rojo, igualita a Shirley Temple; y en la otra, la que le quedaba libre, llevaba la mano de Luis.

XXVI

Paris, 31 de octubre de 1948

Paula se ajustó bien la bata con la cinta, cruzó los brazos sobre el pecho y se frotó los antebrazos. El invierno había llegado anticipadamente a París aquel año. Miró a su alrededor. Qué silencioso estaba el apartamento sin Luis. Hacía un mes que se habían ido a vivir allí juntos. Habían encontrado aquel pisito de dos habitaciones en el distrito catorce. No se lo podían creer. Ninguno de los dos había vivido nunca en un apartamento con agua corriente, cocina, baño completo, ¡hasta calefacción! Lo habían amueblado con lo poco que tenían, y habían gastado algo de dinero en una mesa de comedor, unas sillas y un sofá. Luis era muy manitas y había construido librerías para el salón. Habían comprado muebles viejos y él mismo los había empezado a restaurar. En una habitación desocupada estaba el taller de Luis, con todos los proyectos, de momento parados, esperando a su regreso. Como ella, esperando. Ellos dos ocupaban la habitación más pequeña. Tenían una cama y un armario: suficiente. El edificio estaba muy cercano a la Gare Montparnasse, en la que Luis había conseguido un puesto de trabajo al que se incorporaría en cuanto volviera de España. El partido le había prometido que serían, como mucho, cinco meses. La compañía de ferrocarriles le había concedido, de milagro, la posibilidad de incorporarse en marzo. Paula se sentó ante la mesa de comedor con un café caliente y la mirada perdida; pensando.

¿Habría llegado ya a España? Hacía tres semanas le había anunciado que el partido quería que volviese a Asturias. “Pero, Luis… ya has cumplido… ya has entrado. Te dijeron que no tendrías que volver… ¿Qué más quieren de ti?” Recordaba bien su exasperación, su indignación, su rabia. Pero Luis no parecía estar molesto por la orden del partido. “Me han prometido que será cuestión de tres meses, cinco como mucho…” Ella sabía que nada podía contra el partido, que era

una batalla perdida. El partido lo era todo. A pesar de que nadie del buró les había dado la enhorabuena por las medallas con las que el gobierno francés había reconocido a los que se habían quedado en Francia luchando contra el invasor, él no quería ver aquello como una ofensa: “Tienen mejores cosas en las que pensar” era su contestación. Allí estaban, en una caja, la Medalla de la Resistencia y la Cruz de Guerra con Estrella Roja, que no se atrevían, ni él ni ninguno, a llevar puestas a los actos del partido, como les correspondería. El partido lo era todo. ¿Qué fuerza atraía a aquellos hombres a un partido cuyos dirigentes les habían fallado, les habían difamado, que no les habían reconocido como héroes? Para ellos el Partido Comunista era una fuerza que los arrastraba como una fuerte corriente, y estaban comprometidos con él; no, más aun, sometidos a él, en el sentido más completo y puro del término. El partido era escuela, familia, iglesia, cuartel… En algún sitio había oído aquella frase, y no podía ser más cierta. No se podía uno liberar sin más de él. Paula sabía que el partido venía primero, y el resto del mundo después. El partido lo era todo.

Le dio un par de sorbos más a su café. Miró la foto de Luis que había sobre la mesa de trabajo. Se la había sacado tras un mitin político del PCE celebrado en el Velódrome d’Hiver, a finales de 1947. Estaba sentado en una de las gradas del enorme recinto en el que se celebraba una infinidad de acontecimientos deportivos y de cualquier otra índole que aglomerara a grandes grupos de personas. Era su foto favorita; también la de ella. En la foto tenía un aspecto aseado, unos pantalones de pinza bien planchados, un jersey oscuro por cuyo embozo asomaban los cuellos blancos de una camisa, impecables. Tenía un codo apoyado en una rodilla, y la barbilla, a su vez, apoyada sobre la mano de ese brazo. Se veía una mano fuerte, grande, curtida por el trabajo del campo. “Luis, ¿y si no te vuelvo a ver?”, le había preguntado ella cuando le anunció las órdenes del partido. Él no le contestó, porque sabía que podía pasar, sabía que podían detenerle y matarle. Sabía perfectamente que corría ese riesgo. Ella le propuso que tuviesen un hijo, pero Luis no estaba dispuesto. No quería dejar a un hijo huérfano antes de nacer, ni a una mujer sola, aunque él sabía que se defendía muy bien sin él. Paula estaba segura de que no estaba embarazada. Tendría que esperar a su vuelta y planteárselo más seriamente. Ya habían luchado bastante, ya habían demostrado su devoción al partido. Era hora de descansar. Antes de conocer a Luis se había planteado volver a Polonia para ayudar a reconstruir su país, que había sido asolado totalmente por la guerra. Había comenzado los trámites pero los abandonó por él. “Si Luis no vuelve”, pensó, “regreso a Polonia.” Se levantó con la taza de café vacía en la mano. Se acercó a la ventana y vio, a lo lejos, las vías de tren de la estación de

Montparnasse. Podían ser felices, podían rehacer sus vidas. ¿Por qué tenía que ser el partido primero? Tal vez Luis no estuviera del todo seguro de sus sentimientos hacia ella. Tal vez había decidido irse a vivir con ella pero sin convicción, porque resultaba lo más fácil, lo más conveniente, por compromiso incluso, o por imitación. Después de todo parecía que todos sus camaradas, todos los que habían estado en el campo con él, habían encontrado a una mujer con la que recuperarse de la experiencia de la guerra. Él había sido el último. ¿Y ella? ¿Qué sentía ella? Sus experiencias en la guerra de España, primero, y en la de Europa después, le habían enseñado a no encariñarse con nadie; ni hombres, ni mujeres, ni niños. La muerte no hacía diferencias. Había tantos que se habían quedado por el camino, que no habían vuelto, que habían desaparecido, que incluso habían muerto en sus brazos. La guerra la había endurecido; no cabía duda. Pero esta relación con Luis había surgido en tiempo de paz, en un tiempo en el que otra guerra era impensable, en un tiempo donde ya no te podían arrebatar nada, porque nada te quedaba. Por eso le había abierto los brazos a Luis, por eso había tomado la decisión de amar a alguien de nuevo. Como un ratón; se sentía como un ratón que había salido de su agujero demasiado pronto, que se había aventurado a por su trozo de queso antes de tiempo, sin darse cuenta de que el gato aún lo estaba acechando. Sacudió la cabeza. Miró el reloj. Las ocho. Hora de prepararse para salir al mundo, sola.

XXVII

Campo de Caso (Asturias), septiembre de 1949

“Joder, Ruso, como te vuelvas sacar la dentadura te meto un cargador por la boca.”

A Eloy el Ruso le habían puesto unos dientes postizos en la Unión Soviética, cuando había estado allí durante la Segunda Guerra Mundial. Había sido uno de los niños de la guerra, de los elegidos, de los que habían logrado salir de Asturias antes de que cayese el Frente Norte en octubre de 1937. Tenía entonces 12 años. Creían que iban rumbo a un lugar feliz, donde todos eran iguales, donde se les iba a dar una educación y se les iba a convertir en obreros felices y productivos. Nada más llegar de España, fueron acomodados en unas colonias a las afueras de Moscú. Pero con la sombra de la guerra en Europa planeando sobre la Unión Soviética, comenzó un nuevo calvario para aquellos evacuados de la guerra de España. En aquellas casas vivían hacinados cientos de niños. Supuestamente debían recibir clases allí mismo, pero por falta de maestros tenían que desplazarse a tres o cuatro kilómetros de distancia a las escuelas locales, lo cual en mitad del invierno moscovita constituía una auténtica proeza. Las estufas de las viviendas no funcionaban con suficiente fuerza, y algunas estancias carecían de cristales en las ventanas y habían sido cegadas con ladrillos o planchas de madera. El agua había que ir a buscarla a tres kilómetros de distancia. La comida era insuficiente, las medicinas inexistentes. Echaban de menos sus casas, a sus familias. Los mayores, los que podían rebelarse de alguna manera, eran criticados por los comisarios políticos, quienes echaban la culpa de su rebeldía no a las carencias que sufrían, sino a la falta de educación política y a su inexperiencia. Al ver que no iban a poder hacer de ellos buenos obreros, se decidió hacer de ellos, al menos, hombres hechos y derechos, por lo que se les alistó al ejército. Eloy fue uno de ellos. A los demás, los que pudieron alejarse del frente, que avanzaba

inexorablemente hacia Moscú, se les acomodó en trenes rumbo al este. Un vagón de ganado habría sido un lujo comparado con los furgones descubiertos en los que atravesaron los Urales y parte de la estepa durante setenta días. Hubo muertes, partos, piojos, pies y dedos congelados, hambre y más miseria. Eloy, alistado al ejército y enviado al frente, le tocó compartir largas marchas, hambre, frío intenso, inacabables jornadas de trabajos, desolación y muerte con el Ejército Rojo. Cuando estaba con su unidad, cavando trincheras alrededor de Moscú, el caballo del comandante le propinó una coz que no le dejó prácticamente ningún diente en la boca. Para levantar la moral de aquellos muchachos de apenas diecisiete años, el comandante tomó a Eloy bajo su ala y ordenó que se le hiciera una dentadura postiza. Apenas medio año después, su unidad cayó prisionera de los alemanes, que casi habían llegado a las puertas de Moscú. Al comprobar que se trataba de españoles, y por mediación del embajador español en Finlandia, él y su amigo Roberto, conocido como Cantinflas, fueron repatriados a España, en virtud de las excelentes relaciones entre el Eje y Franco. Cumplió dos años de trabajos forzados en España y luego fue puesto en libertad. Encontró un trabajo de camarero en una cafetería de Oviedo. Cuando Luis Montero y Sánchez habían llegado para reorganizar la guerrilla, fue el encargado de ir a Francia, cruzando los Pirineos a pié, para buscar informes de los dos hombres. A su regreso, que se dilató más de lo esperado, supo que la Guardia Civil había ido a preguntar por él a su casa, sin que su madre pudiera dar razón de él. A su regreso, no le quedó más remedio que echarse al monte.
Eloy el Ruso, con la dentadura en la mano, miró a su amigo Cantinflas con desprecio. Ignorando sus palabras, empezó a chupar la suave superficie de resina del paladar de sus dientes postizos, en busca de trozos de comida que se habían quedado allí.
“Ruso, me cago en mi madre, no te lo vuelvo a decir. O la guardas o te salto los que te quedan.” Cantinflas se levantó con la pistola en la mano.
“Bueno, bueno… Haya paz. Ruso, no seas guarro y guarda eso, que a mí me da también un asco de la hostia. Cantinflas, tú guarda lo tuyo.” Manolo Caxigal sabía qué le pasaba a sus hombres. La dirección del partido se negaba a sacar a los guerrilleros a Francia. Él sabía que Montero había hecho todo lo posible por ellos. Le constaba que el propio partido había tachado de desertor a Montero, por querer salir. ¡Había que joderse! Y eso que le habían prometido a Montero que en cinco meses ya estaría fuera, y se iban a cumplir once meses de su llegada. Qué fácil era decir esas cosas desde Francia, desde un despacho calentito y a salvo de la policía, donde las únicas decisiones que tenían que tomar era si iban a ir a comer a uno u otro bistró. Ellos

no sabían qué era pasar un invierno en la montaña, sin dormir dos noches seguidas en la misma cama, viviendo de lo que buenamente podían. A veces los aldeanos se mostraban caritativos y los ayudaban y les ponían un plato caliente o les prestaban un jergón y una manta para una noche. Pero la mayor parte de las veces se notaba que lo hacían por miedo. Un miedo que nunca se les quitaría del cuerpo: si ayudaban a los guerrilleros, podían sufrir palizas de las fuerzas del orden; y si no, de los propios guerrilleros. Bueno, que se jodieran; algo tendrían que aportar a la lucha, que no iban a hacerlo todo ellos… Él llevaba sufriendo más tiempo que cualquiera. Cuando había empezado su lucha en los montes, como *fugao,* en el 37, creía de verdad que iban a lograr algo, que Franco acabaría sucumbiendo ante el clamor del pueblo, despertado por ellos mismos, los guerrilleros comunistas, y su lucha sin tregua. Se había imaginado miles de veces a las gentes, los mineros, los campesinos, los trabajadores de las fábricas, los maestros, los artesanos, uniéndose a ellos en su lucha por la libertad; y ellos, como únicos liberadores del pueblo, aclamados por éste, laureados como héroes por el comité del partido, que por fin habría conseguido instaurar el sistema soviético de libertades para todos los hombres en una España que había casi sucumbido al fascismo. Y sin embargo había ocurrido todo lo contrario. Las fuerzas represoras habían acabado con ellos, los habían diezmado hasta que apenas quedaban unos pocos con vida. Y el partido, cómodamente instalado en Francia, que se negaba a sacarlos de allí. Los socialistas ya habían sacado a los suyos. Sin embargo ellos seguían prisioneros en España, prisioneros de aquellas montañas durante un invierno más, que no se veían capaces de afrontar. Había unos cuantos que ya habían abandonado la agrupación. No le extrañaba. Él también lo habría hecho si no hubiera sido porque Montero le había convencido para que no lo hiciera. Y después estaba lo de los ocho hombres que había despachado el partido desde Francia para sustituir a los que desertasen. ¡Mandaba cojones! Habían mandado a ocho señoritos que nunca habían visto una boñiga de vaca en su puta vida, que nunca habían sufrido las penurias de la vida de guerrillero en la montaña. En la ciudad, sí. Pero nada de monte. ¿Cómo iban a mandar un mensaje a la agrupación de Infiesto si ni siquiera sabían dónde estaba ni cómo llegar? ¿O acaso creían que harían sus desplazamientos en taxi? Cuando Montero llegó por primera vez y lo vieron con aquel traje, pensaron lo mismo, pero enseguida les quedó claro que aquel tipo andaba por el monte como el mejor. Podía dar media vuelta calzado con unas madreñas sobre una piedra del tamaño de un duro. Subía las cuestas como una mula. Era fuerte, a pesar de que decía que venía machacado del campo de los nazis. Esa era otra historia. Les demostró que no era lo que ellos habían creído en un principio. Pero aquellos ocho… ¿A quién se le

había ocurrido mandarlos todos a la vez? ¿Cómo iban a esconderlos? Su presencia llamaba demasiado la atención. Montero había hecho muy bien en mandarlos a Madrid y a Valladolid hasta que se organizase un poco su llegada a Asturias. Medina ya estaba en el llano, encargado de Oviedo y Gijón. El Andaluz era un inútil total, estaba claro, y Montero estaba en trámites de devolverlo a Francia. Él, mejor que nadie, sabía quién valía y quién no. ¿A qué cojones los habían mandado todos juntos?
“Mira, Manolo, ayer el Oviedo metió un gol… *Tarás* contento, ¿eh?” Y Eloy el Ruso levantó la vista del periódico que estaba leyendo.
“No me toques los cojones, Ruso. *Tas* tú *pa’* hablar, que el Barcelona empató con el Valladolid…”
“Ya, pero a esos mismos al que el Oviedo metió un gol, el Barcelona le metió siete la semana anterior… ¡Siete!, ¿*Oísteme*?” Y el Ruso empezó a reírse como un loco.
“Métele el cargador, joder, Manolo… Que se trague los dientes y métele el cargador… *Ye* lo que se *merez* este hijo de puta”, dijo Cantinflas, medio en broma medio en serio.
Manolo miró a sus hombres. ¿Cómo iban a reemplazarlos con los que llegaban de Francia? Si tenían un desconocimiento total del país... ¿Cómo se podía vivir en España sin saber quién era Zarra, Parrita o Dominguín? Aquellos cuadros eran enviados a España sin tener ni puta idea de las cosas que el español medio de entonces sabía, de lo que se hablaría en los bares mientras se tomaba un vino. Si venía alguien y te preguntaba qué te había parecido la faena de Dominguín el día anterior y no sabías qué decir, estabas perdido. Había que hablar de los goles de Zarra, de las tetas de la Montiel y de las piernas de la Flores. Aquellos hombres llegaban con la mente en blanco, eran carne de cañón, presas fáciles para la policía, que tenía ojos y oídos en todas partes. Y encima el partido había mandado a ocho de golpe. ¿Dónde iban a esconderlos? Montero se lo había denunciado al partido; les había dejado bien claro que aquello había sido una temeridad por su parte. Pero ellos no querían oír críticas; solo querían oír que todo iba bien, y no era cierto. Montero había negociado con el partido para que mandara dinero y así, al menos, poder abandonar los golpes económicos. También había conseguido que recibieran armas más modernas. Todo había sido gracias a Montero. Manolo era consciente de que al partido le jodía la permeabilidad de Montero con sus peticiones. Montero le había confesado una vez, bajo juramento de no decir nada a los otros, que el partido los consideraba a todos, salvo a él mismo, a Caxigal, y a el Ruso, desertores, aventureros corroídos por la descomposición política. Aquello a Caxigal le había dolido mucho, pero sabía que no venía de boca de Montero sino de los del buró, que no sabían lo que era vivir perseguido durante años sin

medios. Hubo veces en que si los hubiera tenido delante les habría vaciado un cargador en los huevos, por hijos de puta. En la carta que le habían mandado a la dirección hacía apenas un mes, a través de Martínez, se lo habían dejado bien claro. Necesitaban salir de allí, no querían pasar ni un invierno más en aquellas condiciones; querían descansar. Él nunca había salido de Asturias. Bueno sí; había ido a La Coruña en el 32 a hacer el servicio militar. Pero desde la guerra, solo conocía Asturias. Sus puntos de apoyo estaban todos en aquellas montañas, aunque sus compañeros de lucha habían caído casi todos. Habían sido tantos y tantos los que comenzaron aquella cruzada, y prácticamente no quedaba nadie. Haber sobrevivido era incluso motivo de vergüenza. Pero ya no podía seguir así, ni un mes más. Sabía que Montero estaba trabajando duro para que se solucionase su situación, la de todos ellos. Montero se lo decía: “Ten fe en el partido, ellos proveerán, ya verás.”

XXVIII

París, septiembre de 1949

Uribe cerró la puerta tras de sí. Había llegado tarde otra vez. Martínez y Santiago lo saludaron desde sus asientos, ante la mesa de la sala de reuniones de la *rue* Kleber, sin ventanas, empapelada de color mostaza. Todo lo presidían dos dibujos de los bustos de Lenin y de Marx, y una foto de Pasionaria, en la que la secretaria general miraba hacia arriba, de perfil; de su lóbulo colgaba un pendiente de negro azabache. Pasionaria sonreía tímidamente, como en una oración, mirando al cielo.

"¿Qué tal el viaje de vuelta?, Martínez. ¿Algún percance?"

Martínez ya se lo había contado a Santiago, y ya lo había escrito en el informe correspondiente.

"No. Sin novedad. En verano siempre es más fácil la travesía aunque haya menos horas de oscuridad. En cinco días estábamos en Perpiñán. Luego el tren hasta París."

"Espléndido. Bien, a ver qué tenemos aquí. He leído tu largo informe, Martínez, con todas las copias de los mensajes de Montero y del jefe de la agrupación, Antonio Cacical."

"Es Cagigal, Uribe, Manolo Cagigal", le corrigió Santiago.

"Bien, Manolo Cagigal." Uribe hizo un gesto, quitándole importancia a su error. "Veo que estamos tratando con hombres totalmente desmoralizados, corruptos diría yo más bien."

"Sí. Estoy de acuerdo con el camarada Uribe. La predisposición de Montero a acoger con reservas y críticas todo lo que va desde aquí fomenta las peores corrientes. Concretamente la parte de la carta en la que dice: *Nos ha causado extrañeza que no hayáis dado ninguna contestación, o mejor dicho, orientación a un problema tan agudo como el que plantearon los chicos de aquí colectivamente de marcharse.* ¿Martínez?"

"Ellos dicen, como habréis podido ver, que no quieren pasar otro

invierno como el pasado. Quieren que el partido los saque a Francia, a descansar. El año pasado fue muy duro por el frío y el golpe de la Guardia Civil…”
“Bueno. Y tú que estuviste allí, Martínez, ¿de verdad es tan duro?” Uribe encendió un cigarrillo.
“A ver; yo estuve en agosto. Eso es otro tema. Las temperaturas eran más benignas, no se estaba mal. Los hombres estaban animados en general, pero agosto no es diciembre.”
“¿Qué quieres decir con eso?, camarada”, dijo Uribe con cierta suspicacia.
“Pues que las condiciones meteorológicas son bien distintas, eso quiero decir.” Martínez dijo esto con cierta incredulidad, mirando a uno y otro hombre como si estuviera esperando que le explicasen algo que él se había perdido.
“¿Y?” Uribe no le quitaba ojo.
“Camarada Uribe, cuando estuve en Asturias el mes pasado controlando el trabajo de Montero y analizando la situación en general, estábamos en pleno verano, como sabrás. La agrupación se mueve por la zona montañosa, porque allí es donde se sienten más seguros. Pero en invierno, debido a la altitud y a que se trata de una zona de muchas lluvias, la situación es, es… ¿Cómo lo diría yo…? Es miserable, sí, esa es la palabra. O al menos así me la imagino yo. Montero se quejaba de la tos y del frío. Los demás hombres no estaban en condiciones mucho mejores, según me contaron. Pero todo eso lo explico en el informe. No hay otras razones más que esas. O si las hay, yo no las capté.” A veces Martínez sospechaba que Uribe no era de los más listos.
“Bien. Te mandaremos de nuevo en diciembre entonces”, dijo Uribe secamente, “para que veas por ti mismo si esas condiciones son tan terribles como nos quieren hacer creer.” E hizo unas anotaciones en su cuaderno. Martínez tuvo la sensación de que se le acababa de castigar, por listo. Pensó que debería tener cautela.
Santiago se había mantenido al margen de este intercambio de opiniones sobre el clima de Asturias, que conocía muy bien por ser de allí. Había estado escuchando, apoyado contra el respaldo del cómodo sillón de piel. Se incorporó hacia la mesa para apagar su cigarrillo en un cenicero de cristal atestado de colillas.
“Lo que no puede ser, Martínez, es que mandemos allí a un cuadro como Luis Montero, que supuestamente está bien preparado políticamente, y se deje pisar por los guerrilleros. Él es más responsable que ninguno de ellos. ¿Cómo se atreve a poner en entredicho lo que ordena el partido? La dirección puede equivocarse, pero lo que no puede Montero en ningún momento es manifestar públicamente esas discrepancias.” Se volvió a echar hacia atrás en su

sillón. “En agrupaciones guerrilleras dirigidas por los comunistas, se fusila a los desertores. En Asturias se van de la agrupación, y se les vuelve a aceptar como si nada. Es inexplicable que los camaradas de la dirección, incluido Montero, lo que es más grave, planteen el traer aquí a los camaradas descompuestos.” Santiago miraba a Martínez fijamente mientras decía estas palabras. Martínez cada vez se sentía más indefenso.

“Camaradas, yo os traigo aquí lo que esos camaradas han escrito. Tenéis que entender la situación en la que se encuentran ellos, de continuo peligro. No sé si os habréis sentido acosados alguna vez.” Al ver la cara de Uribe se maldijo a sí mismo por haber dicho aquella última frase. El tal Uribe había pasado la Segunda Guerra Mundial en México, donde, se rumoreaba, se había dedicado al *dolce far niente*, a malgastar el dinero del partido en cenas y fiestas y en vivir como un lord. Santiago, algo parecido; si no rodeado de lujos, al menos sí apartado de todo peligro: lejos del frente, lejos de pasar hambre y privaciones.

“¿Qué quieres decir con eso?, Martínez.” Santiago encendió un cigarrillo, y lo miraba atentamente desde detrás del humo.

Martínez, a pesar de que sabía que Uribe y Santiago habían defenestrado a muchos en el partido, peces gordos como el propio Jesús Hernández, nada tenía que temer. Lo necesitaban. Pocos había como él que pudieran cruzar los Pirineos andando sin percances. Tenía una hoja de servicios impecable, alabada por la mismísima Dolores; ya había atravesado andando aquella cordillera en más de veinte ocasiones; en dos de ellas, en solitario. Iba acompañando a cuadros que tenían misiones en el interior, generalmente cargado con propaganda, dinero, armas, municiones, pesos superiores a veces a los treinta kilos. Era un hombre muy difícil de sustituir de la noche a la mañana. Y además, él era un cuadro medio, sin heroicidades, sin medallas, sin reconocimientos oficiales, por lo que no suponía un problema para ellos, al revés que Montero.

“Bueno, yo lo que quiero decir es que los hombres han sufrido mucho con la caída del grupo de Bójer, todavía muy presente en ellos a pesar de que han pasado ya casi dos años. Cagigal perdió un hermano en la emboscada y…

“La camarada Dolores perdió un hijo en Stalingrado. Un hijo, Martínez. ¿Acaso eso le ha quitado la fuerza para seguir luchando? ¿Acaso se ha visto su ánimo deteriorado por la pérdida?” Había sido Uribe quien había conjurado la figura de Rubén Ruiz, que con tanto éxito se traía a la memoria de los camaradas, le parecía a él, cuando querían acallar cualquier situación de penuria de otros. Santiago movía la cabeza arriba y abajo en señal de aprobación, con el gesto grave, sombrío, el que se merecen los muertos.

“No, camaradas. Tenéis razón”, dijo Martínez. Contradecir a aquellos dos pájaros era una cosa, pero decir nada en contra de Pasionaria, eso era suficiente para que le expulsaran a uno del partido. Martínez era un tipo juicioso.
“Y, además de lo de salir de vacaciones a Francia a costa del partido, está lo del envío de los ocho, que ellos llaman el equipo”, siguió Uribe, y sacó un papel en el que tenía subrayadas varias frases. “Aquí, en esta carta escrita supuestamente por Cagigal, dice: *Acerca del equipo, nosotros, conocedores del terreno y de las condiciones en que se desarrolla la lucha, no encontramos solución factible a vuestras orientaciones.”* Y Uribe levantó las cejas. “Atención a las palabras de este elemento: *Pues es completamente imposible, dada la situación que creo no desconocéis, que tan elevado número de camaradas se concentren en un mismo lugar. Los grandes grupos son descubiertos con suma facilidad.”* Y bajó el papel. “Esto es lo que dice Cagigal, pero es al dictado de Montero, me apuesto la cabeza, que envía una carta parecida pero más suave, fechada el día anterior. Carga más las tintas contra nosotros en la de Cagigal porque sabe que nada podemos contra él.” Uribe encendió otro cigarrillo. Martínez, que no había probado el tabaco en su vida, pensó que aquellos dos no aguantarían ni tres horas de caminata por los Pirineos en las condiciones en las que ellos mismos habían enviado a miles de hombres a España. Solo llevaban en aquella sala algo menos de una hora, pero había tanto humo que le picaba la garganta y le lloraban los ojos. En la foto de la pared, se podría decir que Pasionaria levantaba su nariz hacia el cielo en busca de aire limpio para respirar.

“Martínez, nosotros sabemos perfectamente bien cuál es la situación de los hombres de la agrupación de Asturias. Pero lo que no podemos permitir es que Montero nos chulee como lo hace en esta carta.” Santiago tiró de un papel de entre los que tenía en su carpeta, y se ajustó las gafas para leer mejor. “En esta dice lo siguiente: *Es natural que tendréis muchos deseos de conocer ampliamente los resultados alcanzados en nuestra región después de nuestra llegada*. Bla bla bla”, dijo Santiago, para llegar al pasaje que le interesaba. “*Sinceramente, yo tenía creído tener la suerte de hablar de todas estas cosas "têtê a têtê", talmente como había sido acordado y creo, además, que ello no habría sido nada malo.* Bla, bla, bla,” Santiago escaneaba con los ojos en busca de lo que le interesaba. “Ah, aquí está. Escuchad: *Yo, francamente, siento bastante el que me hayáis emplazado a que sea yo mismo el que tenga que recordaros mi falta de resistencia física, cuando esto había sido examinado anteriormente. Y no debe ser una cobardía el confesar que no me encuentro en condiciones físicas de responder en calidad de responsable a lo que esta región necesita. Y mientras yo lo sea, no quiero que ni un solo paso quede sin dar para poner en marcha la labor*

que nos habéis encomendado; pero yo también he calculado hasta dónde puedo llegar. Por eso os lo dije en esa y por eso os lo recuerdo hoy. La razón fundamental es esta; pero no quiero ocultar que por mucha paciencia que uno tenga, mi temperamento ante ciertas cosas no es de los más elásticos, y aquí hace falta bastante elasticidad para no estrellarse. Quizá solo sea una falta mía pero no lo puedo remediar." Y Santiago le dio un manotazo al papel. "¿Qué os parece? Montero es un chulo. Si su temperamento no es elástico, el mío, desde luego, tampoco lo es."

"Montero, claramente no tiene buen estado de ánimo, pero si le sacamos, después de las críticas que vierte hacia nosotros, y de cómo está envenenando a los pocos que allí quedan sin corromper, esto puede ser la hecatombe. No podemos premiar a los desertores. El buró político está en contra de semejante cosa, como te imaginarás." Uribe se echó para atrás en su silla.

Martínez cada vez estaba más seguro de que aquella reunión era para desprestigiar a Montero y sacar todos los defectos posibles al hombre para no devolverlo a la seguridad de Francia.

"¿Qué me decís del trabajo de Montero? ¿No me negaréis que ha avanzado mucho? Ha logrado rehacer el contacto y poner en pie el partido en…", y Martínez se puso las gafas y buscó, él también, entre sus papeles, "*…en Moreda, Turón, Mieres, Santa Bárbara, San Martín del Rey Aurelio, Laviana, Infiesto, Campo de Caso, Gijón, Oviedo, Pola de Siero…"*

"Para, para, paraaaaa", le dijo Santiago con una mano en alto, como un guarda de tráfico. "¿Y no te dio nombres ni números específicos de todos esos sitios?"

"No, no me dio nada de eso. Ya sabes que él quiere contároslo en persona. Está claro que ha trabajado duro, y que ha logrado reorganizar todo lo que había quedado deshecho, y más."

"Nos estás dando la razón, camarada; cinco meses era poco tiempo para organizar el partido en Asturias. Nos estás dando la razón."

"Pero eso no era lo que le habíais prometido, camaradas."

"Martínez, lo nuestro no fue una promesa."

"Eso no fue lo que me dijo Montero."

"Eso fue lo que acordamos, pero no prometimos nada. Los trabajos del partido siempre pueden resultar más largos."

"Montero entró en España por segunda vez porque le prometisteis que sería cosa de cinco meses, y ya lleva allí más del doble. Está enfermo, y lo sabéis. Por su situación no puede acudir al médico con normalidad, como os imaginaréis. Si no lo sacáis a tiempo podrá ser una bomba que os explote en la cara."

“No creo recordar que te hayamos pedido tu opinión, camarada.”

“La situación es crítica. Los hombres están desmoralizados. Montero es el que los mantiene cohesionados. Él es quien les dice una y otra vez que el partido, es decir, vosotros, cumplirá con su palabra. Pero los hombres no son imbéciles y saben que él mismo tenía que haber salido hace meses, según esas mismas promesas. Vosotros…”

“¡Martínez!”, le cortó Santiago, “en el momento en que queramos tu opinión te la pediremos. Ya te he dicho que el partido no recompensa a los traidores con vacaciones pagadas. Y no hay más que hablar. Si no se te ofrece nada más, te puedes marchar.”

“Camaradas, esto no va acabar bien. Yo os lo he dicho. No planteé bien la situación en el primer informe que escribí, porque tenía la esperanza de que en persona me dierais la razón. Ya veo que me equivoqué. Escribiré otro informe al respecto.”

“Nosotros veremos a ver qué hacemos con ese informe.”

“Bien, pero lo escribiré no obstante.” Martínez recogió sus cosas bajo la atenta mirada de ambos hombres. La cremallera de su maletín al cerrarse fue el único sonido que rompió el silencio, tenso, tirante, cargado. Cogió su sombrero, y dijo “Buenas tardes, camaradas”, sin obtener a cambio ni un pestañeo por parte de los dos hombres.

XXIX

Oviedo, 8 de noviembre de 1949

Gracias a Dios llovía y había poca gente por la calle. El frío, además, era intenso. Angelines, por fin, vio aparecer la figura de un hombre bajando por La Argañosa a buen paso. Se retiró de la ventana y se situó ante la puerta. Oyó los cuatro golpes distanciados que aguardaba. Abrió y bajó un tramo de escaleras para abrir el portal. El hombre entró y se quitó el sombrero. Angelines se llevó el dedo índice a los labios. Sin encender la luz de la escalera subieron en silencio y entraron en la casa. Angelines sujetó la puerta mientras el hombre pasaba. Cerró y dio dos vueltas al pestillo. Por fin encendió la luz del recibidor. Angelines miró a Luis a la cara y, entonces, se dieron un fuerte abrazo. Angelines se separó y tomó la cara de su hermano entre sus manos.

"Eres tú… Sin duda eres tú. Dios mío, qué emoción tan grande, Luis…. Pero dame el abrigo, que lo traes empapado… ¿Por qué me miras con esa cara? No seas tonto, anda."

"Te pareces mucho a madre, Angelines. Qué guapa estás. ¿Cómo es posible que hayas *enguapecido* más aún?"

"Anda, anda… déjate de ridiculeces. Que estoy hecha una vieja. Tendrás hambre, ¿a que sí?"

"No te preocupes por mí. Algo he comido por ahí."

"Pasa, pasa a la sala. Siéntate. Anita va a venir dentro de media hora; quiere verte por encima de todo. No nos lo creíamos; cuando Mariano nos dijo que te había visto en el fútbol, le dijimos que había tomado demasiada sidra en el chigre antes del partido… y aquí estás… No me lo puedo creer."

"Sí. En un principio no iba a entrar en contacto con vosotros, pero al ver a Mariano… no lo pude evitar. Yo también me llevé una impresión de miedo. Le tuve que hacer señas para que mirara para otro lado. … Luego salí de allí."

“¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Hasta cuándo te quedas?”
“Cuanto menos sepas, mejor, Angelines. Ya le expliqué a Mariano mi situación. Supongo que os lo habrá dicho. No quiero poneros en peligro. Pero vamos a dejarlo…. No te pongas triste, anda. No te preocupes por mí. Me sé cuidar bien. Estoy bien, de verdad. Anda, no llores tonta.
Luis cogió a su hermana entre sus brazos, y le besaba la cabeza, mientras le acariciaba la melena.
“¿Qué me habías ofrecido?”
“Una tortilla, con algo de picadillo”, dijo Angelines entre sollozos, mientras se limpiaba las lágrimas con la punta del impecable mandil.
“Te acepto la tortilla encantado. El picadillo, desgraciadamente, no lo puedo ni tocar. Problemas del estómago, ya ves. Yo también me hago viejo.”
“Es del campo, ¿a que sí…? Luis, ¿cómo os trataron allí…? Hemos visto fotos que han ido llegando… No muchas. Unas cosas horribles.”
“Bueno, no tan mal… pero no hablemos de eso ahora.”
Angelines lo miró con ternura.
“Anda, siéntate, que te hago la tortilla y te la traigo.”
“No, voy contigo.”
Luis la siguió por el estrecho pasillo hasta la cocina, que daba a unas huertas, al otro lado de las cuales la ciudad seguía creciendo, recuperándose de sus terribles heridas de guerra. Luis tuvo cuidado de no acercarse a la ventana. Angelines se puso a trajinar por la pequeña estancia.
“Severino se llevó a la niña a dormir a casa de su madre, para más seguridad.”
“¡Qué pena…! Me habría gustado conocerla.”
“Luego te enseño unas fotos.”
Sonó el timbre del portal.
“Esa debe de ser Anita. Espera aquí; voy a abrir.”
Luis oyó a Angelines avanzar con paso decidido por el pasillo, luego las dos vueltas de cerrojo, el chirrido de la puerta y sus pasos, cada vez más lejanos, bajando las escaleras. Luego nada. Otra puerta abriéndose y por fin murmullos, murmullos que parecían intercambios de frases rápidas, frases de sorpresa y emoción. Luis se sonrió en la cocina de su hermana Angelines, solo, imaginándose a su hermana Anita, la más soñadora y embaucadora de todas, la más loquita, subiendo las escaleras. Había tenido un novio durante la guerra; murió en la defensa de Oviedo. Luego había conocido a otro chico, se habían casado en el 44 y el matrimonio duró, literalmente, un suspiro. Ella se había vuelto a casa de sus padres; él, a la de su madre, en Barcelona. Anita buscaba un príncipe azul y, en la posguerra, no existían. Al cabo de un rato Luis se asomó al pasillo,

desconcertado por la tardanza de sus hermanas. Apareció Angelines, al fondo, que caminaba hacia la cocina retorciendo el mandil entre las manos, nerviosa.
“Luis, en la sala hay alguien que… quiere verte.” Al ver la cara de alarma de su hermano, añadió: “No te preocupes… No es la policía.”
“¿Dónde está la bruja de mi hermana Anita…? ¿Cómo es que no ha venido por el pasillo corriendo?” Luis entró en la sala y se encontró a Anita, junto a la ventana, con una sonrisa triunfal. Sentada en uno de los sillones, había una mujer que enseguida se puso de pie. Era delgada y lucía un conjunto de punto morado, una falda de tubo y unos zapatos de tacón negros de hebilla. El pelo, de color trigueño, lo llevaba peinado con unas bonitas ondas naturales que enmarcaban su cara, de la que resaltaban unos enormes ojos color miel.
“Victorina…”, casi susurró Luis, como si la visión fuera un sueño.
“Luis… Yo…”
Anita se tiró a los brazos de Luis, y le dio un sonoro beso en la mejilla. Lo tomó de la mano.
“Luis… qué alegría verte, hermano.” Luis apartó por unos instantes la mirada de Victorina y le devolvió el beso a su hermana, quien se volvió hacia Victorina y le dijo: “Anda, cuéntale… Díselo todo a Luis.”
Victorina, con la cara enrojecida, visiblemente emocionada, se sentó otra vez en el sillón. Angelines venía ya por el pasillo con un vaso de agua.
“¿Victorina?”
Luis permanecía inmóvil.
Angelines se sentó junto a Victorina y le dio el vaso de agua.
“Bebe, hija, bebe… Así…”
“¿Se lo digo yo?”, dijo Anita. Angelines, visiblemente enfadada, limpió el culo del vaso con su mandil antes de posarlo sobre la mesa. Victorina miraba a Luis de reojo. Asintió con la cabeza.
“Luis, Victorina nunca se casó. Ella nos pidió que te lo dijéramos cuando supimos que estabas vivo y te fueron a ver a la frontera Mariano, Paco, Angelines y Maruja. También te lo contó en la carta que te mandó a París después de que tú le pidieras… Bueno, que se casara contigo…”
Luis se llevó una mano a la frente, en silencio.
“Luis, yo…”
Luis soltó la mano de Anita. Angelines se dirigió a un mueble, sacó cuatro vasos y, de un armarito que había en la esquina, sacó una botella de quina.
“Entonces… ¿estás soltera?.. Dime, Victorina… ¿estás soltera?”
“… Sí, Luis. Yo….”
Luis se sentó y aceptó el vaso de quina que le ofrecía su hermana. Victorina, sentada, jugaba con un pañuelo entre las manos. Luis no le

quitaba ojo, pensativo.
“Anita y yo vamos a salir. Vamos a prepararte la tortilla, Luis. Ahora volvemos.
Angelines salió empujando a Anita y cerró la puerta tras de sí. Una vez en el pasillo agarró a su hermana del brazo y tiró de ella hasta la cocina.
“¿Pero cómo se te ocurre hacer esto?, Anita. Pero… ¿tú has perdido la chaveta?”
“Angelines, no te pongas así, mujer, que no es para tanto…”
“¿Pero cómo que no es para tanto…? Tú no estás en tu sano juicio, hermana…”
“Bueno, yo creo que Victorina tiene derecho a ver a Luis, como tú y como yo.”
“¿Para qué?, si se puede saber. ¿Con qué fin?”
“Pues para que se vean, porque siempre estuvieron enamorados.”
“Ah, muy bien… ¿Y ahora qué? ¿Qué va a hacer Victorina? ¿Echarse al monte con Luis? ¿Pero tú te das cuenta del peligro?, Anita. Verás cuando se entere Mariano…”
A Anita le cambió el semblante al oír el nombre de su hermano.
“Bueno… Mariano no va a decir nada. Y si se enfada me da igual.”
“Claro que te da igual, Anita… pero el lío ya está armado. ¿No ves que Luis tiene una novia en París…? Y él va a estar aquí solo unos meses, y luego se volverá a París, y entonces… ¿qué va a hacer Victorina? Esto es pan para hoy y hambre para mañana…”
“Pues marcharse con él.”
“Pero… ¿tú eres tonta? Si ya le pidió dos veces, ¡dos!, que se casara con él, y Victorina no quiso. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?”
“Pues porque Luis ahora tiene un trabajo bueno en París, por eso.”
“¡Ay, Anita! Siempre tuviste muy poca masa gris…. ¿Tú crees que si Luis tuviera un buen trabajo en París estaría aquí ahora arriesgando la vida de esta manera…? Piensa un poco, niñina…”
Anita se quedó pensativa unos segundos.
“Bueno, a lo mejor Victorina le hace cambiar de idea.”
“… Hay veces, Anita, que me apetecería darte con la vara, de verdad. Mira, Victorina es una chica estupenda; ya sabes que la quiero mucho, pero no tiene… no tiene arranque.”
“¿Qué quieres decir?”
“Pues que si yo hubiera sido ella me habría ido a Francia, al menos la segunda vez que Luis le pidió matrimonio. Las dos guerras ya habían acabado… ¿Por qué no se marchó entonces?”
“No sé, no sé por qué no se fue entonces. Pero Victorina es valiente de sobra.”
“No seas ridícula, Anita, por Dios. Ya sabes cómo es Victorina, que no es capaz de ir a Gijón sola en el tren…”

“Bueno, a lo mejor de esta se convence y se va con él.”
“¿Y Luis? ¿No has pensado en Luis? Tiene una novia en París. ¿Qué va a hacer con ella?... ¡Ay, Anita… hay veces que me apetecería matarte! Si llego a saber esto no te digo nada de que Luis está aquí.”
Anita ya no escuchaba a su hermana. Sonreía. ¿Qué se estarían diciendo esos dos en la sala?
Victorina por fin reunió suficiente fuerza para levantar la mirada. Le apetecía sonreír pero pensó que tal vez no era adecuado. Hacía tres años que había recibido la última carta de Luis, en la que le pedía febrilmente que se casara con él. Victorina tenía todas sus cartas guardadas en una carpeta, con tres o cuatro fotos de él. Estaba decididamente envejecido. La vejez había llegado a visitarle antes de tiempo, como una suegra odiosa. El pelo seguía siendo igual de negro y de rizado, aunque las entradas estaban más acentuadas. Los ojos, más hundidos; la boca, enmarcada por dos líneas, como en paréntesis, que atestiguaban el paso del tiempo, el decaimiento, seguramente, de la dentadura. Así y todo estaba muy guapo, pensó Victorina, y un calambre le recorrió todo el cuerpo.
“Estás… estás muy guapa, Victorina. Me alegro mucho de verte. No has cambiado nada desde la última vez que te vi.”
“Tú también estás muy bien, Luis. Has cambiado muy poco”, mintió Victorina, incapaz de decir algo negativo.
Luis la miró fijamente, como si fuera una aparición y tuviera miedo de que se esfumara en el aire. Estaba tal y como la recordaba. Llevaba hasta el mismo peinado, lucía la misma silueta. Así era tal y como se le había venido a la mente tantas veces mientras estaba en Francia, y luego en la deportación. Sacudió ligeramente la cabeza, como para asegurarse de que no era un sueño. Le pasaron por la cabeza algunas de las frases que había memorizado de sus cartas: *“Te esperaré siempre”, “Te ruego no me olvides”, “Te quiere tu Victorina”.* Se había imaginado este momento tantas veces, y ahora que la tenía delante, no sabía qué decir. Allí estaba ella, la mujer por la que había sobrevivido las más terribles condiciones en las que millones de seres humanos habían perdido la vida, y no sabía qué decir. Allí, en la casa de su hermana, se dio cuenta de que, con sus cartas, las que se habían mandado a través de los años, en las que decían que se querían, que se esperarían, se habían adelantado a las circunstancias, y cuando llegó el momento de la verdad, ella no tuvo la suficiente confianza como para aceptarle; y él, que había estado viviendo en el mundo de los muertos durante muchos años, cuando regresó a la realidad y le pidió que se casara con él, ella le había rechazado, y ahora no sabía qué decir. Recordaba perfectamente el lugar donde había tomado aquella decisión. Había dejado el Hotel Lutecia, donde recogían a todos los exdeportados durante una temporada hasta que se reponían. Había

salido a dar un paseo y se había sentado en los jardines de las Tullerías, en un banco. Aún no se había acostumbrado del todo a la libertad, ni a la paz; al ritmo de la gente en sus quehaceres diarios, los juegos de los niños, los colores, los olores de la vida cotidiana, las risas, el tránsito de los autos y los tranvías. ¡Y las flores, tantas flores de tantos colores había en aquellos jardines! Todo tenía una belleza que solo él podía apreciar. Se sumió en un estado de euforia al ver que, efectivamente, había vida en el mundo después de haber muerto, y aquello desencadenó la necesidad de escribir a Victorina y pedirle que se casara con él. Quería compartir aquello tan hermoso con alguien, con ella. Cuando recibió la negativa, durante meses, le había costado entender por qué lo había rechazado, por qué se había casado con otro faltando a su promesa.
"Pues sí que está lloviendo…"
"Sí. Así lleva toda la tarde."
"¿Cómo estás, Victorina?"
"Bien, muy bien. Me alegro de verte."
"Yo también, me alegro de que estés bien."
"¿Te vas a quedar mucho tiempo por aquí?"
"Pues no lo sé. Seguramente me marche pronto…"
"Ya."
Hubo varios e incómodos silencios que intentaron rellenar con un carraspeo, o encendiendo un cigarrillo, o llevándose el vaso de quina a los labios.
"¿Aún vives con tu madre?"
"Sí."
"¿En la misma casa?"
"En la misma casa. Sí."
"¿Y tu hermana?"
"Está muy bien, gracias. Ya tiene tres hijos. Está muy ocupada."
"Ya me imagino…"
Llamaron a la puerta y entraron Angelines y Anita. Victorina se levantó. Luis, también, por respeto.
"Me tengo que marchar." Y mirando a Angelines y a Anita añadió: "No os preocupéis. No voy a decir nada a nadie. Adiós." Se giró hacia Luis. "Adiós, Luis, me alegro mucho de verte."
"Te acompaño hasta abajo, Victorina", le dijo Anita, que había salido a coger su abrigo del perchero.
"Adiós", dijo Luis.

XXX

La Argañosa (Oviedo), 2 de diciembre de 1949

Estaba seguro de que nadie le había reconocido al subir por la calle de La Argañosa. El sombrero calado, los cuellos de la gabardina subidos. Estaba oscuro y llovía a cántaros. Los pocos transeúntes con los que se cruzó, cubiertos también con abrigos y paraguas, miraban al suelo para evitar pisar los charcos. A pesar de que la calle había cambiado desde antes de la guerra, con muchos edificios aún en ruinas, otros con andamios, unos cuantos de nueva construcción, la disposición de la vía era la misma. Reconoció la casa enseguida, no había cambiado mucho. Se paró unos instantes ante la puerta y por fin llamó. Sobre su cabeza oyó cómo se abría una ventana, miró hacia arriba. Reconoció la cara y levantó una mano. A los pocos segundos la puerta se abrió.

"Pasa… ¿Qué haces aquí?"

"He venido a que me des explicaciones, en privado, tú y yo, solos, Victorina."

"Mi madre está en casa."

"Ya me dijo Anita que estaba sorda como una tapia, y que a las ocho de la noche se mete en la cama."

La lluvia caía sin piedad sobre el sombrero de Luis, que no dejaba de mirar a Victorina. Por fin ella accedió.

"Sube."

Ambos subieron la escalera. Victorina delante, Luis detrás, con el sombrero en la mano. Ella entró, le dio paso a Luis, y luego cerró la puerta con doble pestillo.

"Dame el abrigo y pasa a la sala."

"Gracias."

"¿Qué te puedo ofrecer?"

"No te preocupes por mí."

Cuando regresó a la sala, Victorina no sabía qué hacer con las manos.

De un pequeño aparador sacó dos copas y una botella de quina. Abrió una lata de hojalata y la dejó sobre la mesa. Contenía suspiros.
“No sé si habrás cenado. Si quieres te preparo algo.”
“No, esto está bien.”
Luis se sirvió una copa de quina y le mostró una silla a Victorina, que se sentó. Luis tomó también asiento en una de las sillas que había alrededor de la mesa. Le mostró la botella a Victorina.
“¿Te sirvo una?”
“Sí… Está bien, gracias.”
Luis tamborileaba sus dedos sobre la mesa. Sólo se oía el tictac del reloj y el monótono repiqueteo de la lluvia en el alfeizar.
“Tú me dirás, ¿qué quieres de mí?”
“Mira, Victorina, he estado pensando todos estos días, desde que nos vimos en casa de mi hermana, y sigo sin entender por qué me mentiste. Quiero que me des una explicación.”
“¿Una explicación de qué?”
“Una explicación de por qué no quisiste casarte conmigo, de eso.”
“Yo también he estado pensando, Luis, para poder darte una contestación, y la verdad es que no lo sé. Por miedo, supongo.”
“Por miedo…. ¿Miedo a qué?”
“No sé, miedo. Miedo a dejar lo que conozco.”
“¿Y por qué me seguías escribiendo? ¿Por qué seguías alentándome?”
“Yo no creí que tú…”
“¿Que yo qué? ¿Que fuera a sobrevivir? ¿Creíste que me iba a morir?”
“No, no…. yo no creí que fueras a cumplir tu promesa, eso es todo. Pero recibir tus cartas era para mí la mayor alegría. Estuve a punto de decirte que dejaras de escribirme, pero pensé que a ti, a lo mejor, también te harían bien…”
“Vamos, que me seguiste escribiendo por caridad.”
“No, yo no he dicho eso. Te seguí escribiendo porque me gustaba recibir tus cartas, aunque no tenía la confianza de que volvieras aquí. Sabía que algún día dejarían de llegar y…”
Victorina no supo terminar su frase.
“¿Y qué? Algún día dejarían de llegar…. Y así fue, dejaron de llegar porque me internaron en un campo de concentración, Victorina, me fue imposible haceros saber que seguía con vida. Y en cuanto salí de allí, Victorina, lo primero que hice, en cuanto tuve un trozo de papel, un lápiz y dinero para un sello, fue escribirte y presenté mi petición ante ti, tal cual te había prometido, ¿entonces qué?”
Luis la miraba con odio.
“Mira, Luis, te voy a decir la verdad. Cuando me llegó tu carta pidiéndome matrimonio hacía más de dos años que no sabíamos nada de ti, ni tu familia ni yo. Yo estaba viendo a un chico de Alicante, un viajante. No era nada serio. Sólo habíamos ido al cine un par de veces

y poco más, créeme. Cuando llegó tu carta me quedé helada. No pude aceptar. Al cabo de unas semanas dejé de ver a Antonio… el viajante.”
Luis se echó instintivamente hacia atrás en la silla, con media sonrisa en la boca, como diciendo *lo sabía*.
“Tú no sabes cuántas veces, miles de veces, pensé en ti.”
“Ya lo sé, Luis… Y yo en ti, pero…”
“Y te prometí que volvería, ¿te acuerdas?”
“Sí, claro que me acuerdo.”
“Y no creíste mi promesa. ¿Por qué?”
“Luis, yo… no lo sé… no sé por qué. Estaba asustada. Durante meses creí que habías muerto.”
“Y aquí estoy, Victorina. Pero no he venido a buscarte.”
“Ya me imagino.”
“No esperaba verte, la verdad. No quería verte.”
“Ya.”
“Sabes que tengo una novia en París.”
“Sí, tus hermanas me mantienen informada.”
“¿Y tú? ¿Tienes novio?”
“Ya te he dicho que no.” Y Victorina tensó la espalda, cada vez más desafiante.
“No te creo. Pero me da igual, la verdad, si tienes novio o no.”
“A mí tampoco me importa que me creas o no.”
“Bien, pues entonces estamos igual.”
“Sí, Luis, así es. ¿Ves que bien? Estamos igual.”
Y Victorina se cruzó de brazos.
Luis la miró unos instantes, y ella no le apartó la mirada.
“Tú no sabes lo que he sufrido, Victorina. Cada minuto, cada segundo pensaba en ti; cada día que me metía en aquel catre asqueroso con otros tres hombres rogaba para no morirme por la noche, como tantos, para poder veros a todos otra vez. Para poder verte y pedirte que te casaras conmigo. Estuve a punto de matarme, Victorina, cuando supe que no me aceptabas. Yo…”
Victorina se echó hacia adelante en su silla, apoyando los brazos aún cruzados sobre la mesa.
“Espera un momento… espera que te voy a contar dos o tres verdades, para que te enteres de una vez. Mientras tú estabas en Francia, y ya sé que sufristeis mucho, ¿acaso te crees que esto fue un lecho de rosas? Tú no sabes lo que pasó aquí después de que se acabó la guerra, cuando Franco se hizo con el poder absoluto del país. Hasta tus hermanos, todos yo creo, estaban asustados, pero no decían ni *mu* porque ya sabes lo que admiran a Franco. Ellos fueron falangistas desde el principio, lo sabes bien. Pero cuando Falange se convirtió en el brazo político de Franco, no te puedes ni imaginar cuánta gente se sacó el carné para medrar, para disipar cualquier duda de afección al

régimen, o para llevar a cabo venganzas personales. Estos fueron los peores de todos. No había día en el que no oyeras que fulano o mengano había sido paseado, o le habían dado una paliza, o que lo habían echado de su casa. Esa gentuza actuaba impunemente, tenía carta blanca. Tenías que andarte con mucho cuidado con lo que decías, con quién ibas, o con quién te habían visto. Aquí todos saben que tú y yo fuimos novios antes de la guerra, ya sabes, y si no llega a ser por mi amistad con tus hermanas, yo creo que estaría en la cárcel ahora mismo. Luis, este país está en paz, pero es un infierno, un infierno asfixiante, y…

"Entonces, ¿por qué no viniste a Francia conmigo?"

Luis se había derrumbado sobre la silla, con las manos sobre los muslos, los hombros caídos. Era como si se le hubiera echado encima, de una vez, el peso de toda la guerra, de las dos guerras, en aquellos últimos dos minutos.

"Luis, yo no podía dejar aquí a mi madre sola. Ella depende de mi trabajo. Yo me tragué mi orgullo, bajé la cabeza y me sometí; no me quedó más remedio. Por eso…"

Sonó el timbre de la vivienda. Victorina miró el reloj que había en la pared.

"¿Quién podrá ser?" Lo dijo con apenas un hilo de voz, con un tono de sorpresa, y algo de miedo.

Se levantó y se asomó a la ventana. Se quedó helada.

"Ahora bajo a abrirle. Espere que me calce", gritó a la calle.

Cerró la ventana. Había perdido el color.

"Luis, es la policía."

Luis se levantó como impulsado por un resorte. Se metió la mano en la chaqueta y sacó una pistola. Victorina dio un gritito y se llevó las manos a la boca. Inmediatamente se agarró a la silla, mientras se tambaleaba.

"Victorina, escúchame… ¿Cuántos son?"

"Solo uno… Creo que solo había uno."

"Nunca van solos. El otro estará cerca… Tal vez sea una equivocación. Toma… Bebe."

Victorina apuró la copa de quina y se pellizcó los pómulos. Se estiró la falda. Luis se colocó tras la puerta, la pistola en una mano. Con la otra, se llevó el índice a los labios. Ella abrió la puerta dejando a Luis escondido tras la hoja y bajó las escaleras, agarrándose al pasamanos con ambas manos. Al llegar ante la puerta se irguió y abrió.

"Buenas noches, señorita."

El policía se llevó la mano a la gorra a modo de saludo. Llevaba el capote empapado.

"Perdone que le molestemos a estas horas. Ayer por la noche hubo un robo en la chatarrería de enfrente y queríamos saber si habían ustedes

visto algo sospechoso.”
Victorina sentía que le temblaban las piernas, pero sintió el calor de la quina subírsele a las sienes, que estaban a punto de explotarle.
“No… no señor, no hemos oído nada. Mi… mi madre se acuesta muy pronto y yo me quedo a coser, pero suelo tener las contras cerradas… ya sabe… con esta lluvia.”
El policía miró hacia arriba guiñando un poco los ojos al sentir la lluvia en la cara.
“Pues ahora las tiene usted abiertas.”
“Ya… estaba a punto de cerrarlas cuando usted llamó.”
“Entonces, ¿no oyó o vio nada raro ayer?”
“No, no señor. Lo siento no poder ayudarle. ¿Y se llevaron mucho?”
“Algo de dinero, un poco de cable de cobre, alguna herramienta.”
“Vaya por Dios… Lo siento. Pues no sabía nada.”
“Bueno, el dueño no nos avisó hasta esta tarde…Y aquí estamos… con la que cae.”
El policía sonrió y levantó los hombros.
“Bien, no la molesto más, señorita. Que tenga usted una buena noche.”
“Usted también… Adiós.”
Victorina cerró y subió las escaleras lentamente. Entró en la casa, cerró la puerta y apoyó su espalda sobre ella, resoplando. Luis bajó la pistola, tomó a Victorina por la cintura y la besó.

XXXI

Blimea (San Martín del Rey Aurelio, Asturias), diciembre de 1949

La rectoral era un caserón sólido, de planta baja y primer piso, con una cuadra y un hórreo a un costado. Por la parte de atrás, al estar situada en terreno tan montañoso, tenía un *prao* todo en cuesta. En él, el cura, don Félix, tenía una triste vaca y un burro melancólico. En una minúscula huerta pegada a la parte trasera del robusto edificio, orientada al sur, su cuñada, Aurora, que era quien lo atendía, tenía plantadas lechugas, patatas, berzas y zanahorias. La casa estaba junto a la carretera, al otro lado de la cual se encontraba la iglesia de Santa María de Blimea. Por el otro costado de la casa, arrancaba un camino que conducía al castillo de la Cabezada, una mansión construida a finales del siglo XIX y de la que solo quedaban las ruinas. Siguiendo carretera arriba se llegaba a la casa de los Paxumales, donde Luis había estado retenido por los guerrilleros a su llegada a Asturias. El cura párroco, Félix Pastor, era natural de Logroño. Había llegado a Asturias como sacerdote en 1935, y a Blimea en 1936. Durante la guerra había estado escondido, y cuando cayó el Frente Norte, en octubre del 37, se enteró de que sus hermanos y su padre habían muerto todos a manos de los franquistas en Navarra. En Blimea lo apodaban el Cura Rojo por sus sermones, en los que acusaba de malos cristianos a los ricos y poderosos que iban a misa, y siempre predicaba la caridad, pero a veces se iba por las ramas y sus sermones sonaban un poco como mítines políticos. A la salida de la iglesia alguno se le acercaba y le decía: “Tenga usted cuidado, don Félix, no se meta tanto.” Había entrado en contacto con los guerrilleros en el 41, a través del hermano de Manolo Caxigal, Aurelio, al que la Guardia Civil eliminó en febrero del 48 junto a otros 15 hombres. Aurelio había oído hablar de don Félix y su repugnancia hacia el franquismo y las clases pudientes, y pensó que sería un buen aliado, del que la policía no sospecharía. A la primera reunión que se celebró

en la casa rectoral acudieron los dos hermanos, armados hasta los dientes, y el cura les convenció de su apoyo a la causa. Don Félix comenzó a actuar como enlace, primero con trabajos insignificantes, de poca monta, pero según iba pasando el tiempo, se implicaba más.

Aquella tarde de primavera llamaron a la puerta, y Aurora, delgada como un silbido, salió a abrir. Vio de quién se trataba, dio un paso atrás, con el pestillo en la mano haciendo entender al visitante que entrara y gritó a las entrañas de la casa:

"¡Félix!... ¡Es *pa'* ti…! ¡Sal!"

Desapareció en la oscuridad del zaguán por una puerta. El visitante se quedó en pie, con el sombrero en la mano, esperando a que don Félix saliera. Por fin se abrió una puerta y asomó la cara del cura, regordeta, enmarcada en un fuerte pelo negro cortado a cepillo pero que ya enseñaba muchas canas.

"Pasa, Sabugo." Y el cura abrió la puerta de su despacho de par en par iluminando la sombría estancia. Antes de cerrar le gritó a la oscuridad del zaguán:

"¡Aurora…! ¡Dos cafés solos!"

Don Félix cerró la puerta tras de sí y le indicó a Luis que se sentara en una silla estilo castellano de recias patas y brazos, y con el asiento y el respaldo de cuero, claveteados con grandes tachuelas de bronce dorado. Él caminó hasta el otro lado de la mesa y se sentó en otra silla idéntica, pero mucho más desgastada. La mesa, colocada en el centro de la estancia, era también de estilo castellano, y sobre ella había un atril con una enorme Biblia abierta, un tintero, varios lápices y papeles, pero todo muy ordenado. El despacho del cura tenía una ventana, frente a la puerta, que daba a la huerta y desde la cual se divisaba la curva de la carretera que llevaba a Sotrondio y el camino que subía hacia las ruinas del castillo. A la espalda de la silla del cura, sobre el dintel de la ventana, un crucifijo; y en la pared donde estaba la puerta, un retrato de Franco que quedaba casi oculto al abrirse esta. En una de las paredes tenía una pequeña biblioteca, con algún libro. En la pared contraria había un armario de dos cuerpos, y en una de las puertas don Félix había clavado un calendario. En una esquina, un paragüero contenía un bastón para caminar y dos paraguas. El suelo, de losetas blancas y negras que hacían figuras geométricas, estaba bien barrido. La habitación estaba limpia y ordenada, lo cual no era difícil debido a las escasas cosas que contenía. Don Félix se colocó unas gafas de pasta negra que descansaban sobre unos papeles. Después, tomo esos mismos papeles en la mano y se los lanzó a Montero a través de la mesa.

"Si llego a saber que la imprenta era tan grande, no acepto."

"Don Félix, yo le agradezco mucho que nos haya permitido usar su casa para el envío."

"Ya… pero tenías que haber visto la cara del cartero… cuando llegó el bultito… Dos cajas de treinta kilos cada una. ¿Cómo las vais a llevar a casa de Paxumal? Si os ve la Guardia Civil con semejante cargamento os para fijo… A ver cómo lo solucionáis… Yo cada vez estoy más incómodo realizando estas misiones."
"Don Félix, no se preocupe… Algo se nos ocurrirá. Las iremos sacando poco a poco; cada día una parte, hasta que lo hayamos subido todo."
"Hijo, yo… yo… Sabéis que tenéis toda mi admiración… y que os apoyo por todo lo bueno que estáis haciendo para los oprimidos; pero cada vez se está poniendo la cosa más peliaguda."
"Ya entiendo, don Félix, no se apure. Pero ha de saber usted que queda una entrega más, que llegará en cuestión de un mes. Piense que está usted ayudando a una causa de los trabajadores."
"Mira, yo no sé nada de política, pero", y bajó la voz e hizo lo mismo con la cabeza, mirando a Montero sobre la montura de sus gafas, "pero las injusticias y los crímenes de Franco son los que me llevan a colaborar con vosotros. Vosotros, los trabajadores, los obreros, los mineros… los campesinos, incluso ellos, sí… sois las personas más sinceras y a la vez las más denigradas."
En ese momento entró Aurora, la cuñada, con dos cafés y dos trozos de bizcocho de nata. La mujer dejó la bandeja sobre la mesa y salió sin decir ni una sola palabra. El cura tampoco dijo nada. Montero hizo ademán de levantarse, pero el cura extendió su brazo sobre la mesa haciéndole entender que no era necesaria la galantería.
"Mi cuñada, Aurora. Hija de la miseria y de origen obrero, igual que yo. Se casó con mi hermano antes de la guerra. Él murió en Logroño, fusilado. Ella se vino aquí, cuando se quedó sin nada. Es fuerte y rebelde. Tiene dos hijas que están con las monjas en León." Mientras hablaba, don Félix partía un trozo de bizcocho con sus dedos regordetes.
"Parece enferma."
"¿Enferma?" Y el cura soltó una pequeña carcajada. "¡Qué va! Es fuerte como una mula y trabaja como una esclava. No te dejes engañar por las apariencias, hijo mío… Mírame a mí… ¿Quién iba a decir que este cura iba a estar implicado con los comunistas? No creo que haya otro como yo que arriesgue tanto por los pobres y los oprimidos, siguiendo las auténticas enseñanzas de Cristo." Montero notó cierto tonillo de satisfacción en las palabras de don Félix, incluso de soberbia. Ya había notado más veces en aquel páter cierta ambición por hacerse notar, incluso por ser alguien, que bien podía ser otra de las razones por las que ayudaba a los guerrilleros. Le daban ganas de repetir lo que siempre le había dicho su madre: *"Contra la soberbia, humildad."*
"Don Félix, eso mismo, luchar por los pobres y los oprimidos, es lo

que intentan hacer los comunistas y…"
"Ya, ya… pero yo de política no sé nada. Solo he leído algo de *Mundo Obrero* que me dio Caxigal y poco más. Pero para mí, lo que hacéis vosotros, vuestra doctrina de la lucha de clases resulta toda una revelación, el paso de las tinieblas a la luz. Es como… como si estuviera perdiendo la vocación, hijo mío. Me gustaría poder ayudar a los pobres, pero de verdad. Aquí no hay nada que hacer, porque la Iglesia esta corrompida, con los obispos, que los nombra Franco a dedo y luego el Papa los ratifica en Roma, y ellos se convierten automáticamente en los mayores amigos del franquismo… Aquí, mientras viva ese monstruo, no hay nada que hacer; solo hay miseria y pobreza."
"Entonces, don Félix, ¿qué haría usted? ¿Colgaría los hábitos? ¿Y de qué iba a vivir?" Luis sospechaba desde hacía tiempo que, aunque don Félix llevara más de veinticinco años de cura, le interesaba más tener un trozo de tocino para el puchero que la vocación.
"Si yo me viera en el trance, sería capaz de trabajar de barrendero o de lo que fuera, con tal de salir adelante; no te creas que se me caen los anillos, pero llevo una temporada pensando en salir a Venezuela, salir de este nido de víboras y poder vivir, sustentar a mi familia, salir adelante."
"Pero, usted conoce la situación política en ese país, ¿no…?"
"No, hijo mío… Yo tengo allí un primo, que vive muy bien y que me ha dicho que me puede emplear de contable. Además, hay muchos españoles entre los cuales podría trabajar, mostrándoles lo que es el franquismo."
"Aquello, don Félix, es un lugar dominado por el imperialismo, es un puerto donde van todos los que renuncian a la lucha de clases, donde van a enriquecerse. Allí el obispado no va a tolerarle a usted una actividad política dirigida contra el franquismo…"
"Ah, eso no lo sabía, hijo mío." Y se quedó unos segundos mirando a Montero con cara de auténtica admiración.
"Me quedo maravillado con todo lo que sabéis los comunistas, teniendo en cuenta que no habéis pasado por centros de educación superior… Yo, en cambio, que me considero un hombre avanzado, soy amigo de comunistas, no porque conozca vuestra doctrina, sino porque… porque así me lo dicta el corazón, sin más. Yo sé que sois enemigos de la Iglesia, pero mira, hijo mío, resulta que yo, de alguna manera, también lo soy."
"Pero cómo va a ser usted enemigo de la Iglesia, Don Félix." Montero no salía de su asombro, y asistía a aquella conversación divertido. Se sentó hacia atrás en su silla y le dio un buen mordisco al bizcocho.
"Sí, efectivamente… enemigo de la Iglesia. Ya me lo habrás oído decir más veces: el mayor enemigo del cura es el obispo, ¿sí o no?, y

Leopoldo Eijo Garay es un criminal. Eso me lo habrás oído decir miles de veces…”
“Sí, padre… pero eso no lo dirá usted desde el púlpito, ¿no?” Y se le puso una sonrisa en la boca.
“No, hijo mío… Hasta ahí podíamos llegar. Eso os lo digo a vosotros, o en el chigre, si hay mineros… En el púlpito ni hablar.” Don Félix negaba con la cabeza.
“¿Y qué me dice de la resignación que predica la Iglesia?”
“Bueno, yo ya sé que vosotros, los comunistas, decís que la religión es el opio del pueblo, ¿verdad?” Y miró a Montero al otro lado de la mesa para ver si ponía cara de sorpresa ante sus conocimientos marxistas. “Bien, y la fe cristiana, efectivamente, predica la resignación, la mansedumbre, la promesa del reino de los cielos frente a la realidad de la explotación en la Tierra, ¿no es cierto?” De nuevo dirigió una mirada que suplicaba admiración por parte de su interlocutor. “Y yo lo entiendo, lo entiendo perfectamente, pero soy más de la caridad, de predicar la caridad entre estos ricachones y grandes señores que vienen a la iglesia. Va más con ellos y con su manera de vivir, o, mejor dicho, contra ellos.” Y sonrió bonachonamente.
Montero dio un último sorbo a su café, con una sonrisa en la boca. Ambos hombres habían terminado su merienda.
“Bien, volvamos a lo que me ha traído aquí, padre; la imprenta dichosa.” Y en ese momento entró Aurora, silenciosa como un ratón.
“¿Cómo vais a sacar esas dos cajas de aquí?, Montero.”
“¿Qué cajas?”, dijo secamente la mujer.
“Las que llegaron ayer, Aurorina. Son de Caxigal y de este señor.”
“¿Las que metí yo en la cuadra?”
“Esas mismas.”
“¿Dónde hay que llevarlas?”
Montero miró a don Félix, con cierto aire de preocupación.
“No te preocupes, hijo, ella está al corriente de todo.”
“Hay que llevarlas a casa de Paxumal.”
Aurora miró a su cuñado con cara de incredulidad.
“Yo las llevo. Ahora mismo, si hace falta.”
“¿Usted?”
“¿Tú?”
La mujer salió del despacho del cura sin decir nada y dejó la puerta abierta. Atravesó el zaguán con paso decidido y abrió de un fuerte golpe de cadera la puerta que daba a la cuadra. A los pocos instantes salía con una de las cajas subida en la cabeza, calzada con unas madreñas. Luis y don Félix se miraron. Al cabo de unos minutos vieron, por la parte alta del *prao*, desde la ventana del despacho, a la mujer caminar *caleya* arriba camino de la casa de los Paxumales.

“Coser y cantar”, dijo don Félix.

XXXII

Barrio de Lay (Blimea, Asturias), 29 de enero de 1950

"¿Estás seguro?, Angelín."
"Que sí, joder, Manolo. Tan seguro como que te tengo delante."
Manolo dio un puñetazo sobre la mesa.
"¿Y quién más cayó?"
"Luis el Largo, el enlace de Sotrondio."
"¡Me cago en Dios y en la Virgen!"
"Los dos; primero Montero y luego el Largo, que no estuvo listo, porque no llevaba nada encima y podía haber dicho que era un cliente de la carpintería, pero no tuvo reflejos."
Salvadora oyó pasos y se asomó a la ventana de la cocina. Los hombres se aferraron con más fuerza a las armas que llevaban.
"*Ye* Manuel, *el mi* marido."
La puerta de la vivienda se abrió, y entró el dueño de la casa. Se quitó las madreñas y las dejó junto a la puerta. Sacudió el capote y saludó a los presentes.
"¿Qué hacéis todos aquí? ¿Por qué esas caras?"
"Ayer detuvieron a Sabugo y al Largo en Gijón", dijo el cura don Félix, con voz solemne.
"Me cago en... hasta en mi madre… ¿Y qué vamos a hacer?" El recién llegado se apoyó contra la pared para sujetarse, por la impresión.
"Yo, desde luego, poner tierra por medio", dijo el cura. "No sé lo que vais a hacer vosotros, pero yo, mañana mismo, cojo el primer tren a la frontera." El cura se retorcía las manos nerviosamente. "Me voy a casa de un primo mío, que vive en San Sebastián. Ya me dijo mil veces que fuera cuando quisiera, que conoce bien al general Ortega, de la Guardia Civil, y que me puede extender un pase de veinticuatro horas para visitar Bayona, en Francia. No pienso volver. Vosotros haced lo que queráis, pero yo os aconsejo que salgáis todos de aquí, cuanto antes." Don Félix le dio un largo trago al vaso de vino que le habían

servido y se miró las manos nerviosamente.
“Pero, ¿qué pasó? Explicádmelo. ¿Qué pasó?” Manuel el Paxumal miraba a todos los presentes con una clara sombra de angustia en la cara.
“Ayer por la tarde tenía una cita con Montero y el Largo en Gijón, en mi taller”, comenzó a relatar Angelín, sentado en una silla, iluminado por la lámpara de aceite que había en un lado de la larga mesa, con un brazo extendido sobre ella sujetando el vaso de vino, el otro apoyado sobre el fusil ametrallador que llevaba colgado. “Yo subía por la calle, llegaba tarde a la cita, venía de mi casa, y al dar la vuelta a la esquina vi dos coches de la Guardia Civil en la puerta, y siete u ocho polis en la calle.” Se detuvo para dar un trago al vino. “Vi a Montero apoyado contra la pared, las manos en alto, lo estaban cacheando. Al Largo lo tenían agarrado de un brazo y un guardia lo estaba cacheando a él también; luego puso las manos en alto y decía *Por favor, no disparen*, entre sollozos… Aminoré la marcha y entonces se me acercó un guardia, joven, no podía tener más de veintidós años, y me preguntó que si conocía a un tal Ángel Martínez, Angelín, el dueño de la carpintería. Le dije que lo acababa de ver en el chigre tres puertas más abajo. Él fue a avisar a un superior o algo, supongo. Yo crucé a la acera de enfrente, di la vuelta a la esquina y empecé a correr. Me fui a Oviedo, a buscar a Eduardo, al otro enlace que acaba de llegar de Francia, y los dos subimos hasta aquí dando muchos rodeos; casi hemos tardado veinticuatro horas en llegar. Montero está detenido, claramente. Hoy llegó una nota de Medina, que está en Gijón, que dice *Montero está ingresado en el hospital. No sabemos si es grave*… Manuel, eso es lo que te puedo contar.”
Manuel el Paxumal se quedó en silencio unos segundos, intentando asimilar todas aquellas noticias. Miró a los presentes: Caxigal, Angelín, Eduardo, Juan, Eloy y don Félix. Por fin Caxigal rompió el silencio.
“Yo me fío de Montero cien por cien. Os aseguro que ese no abre el pico.”
“¡Caxigal, no seas animal! Tú sabes cómo las gasta la Guardia Civil. Tenéis que salir de aquí, rápido, llevaos toda la documentación. No creo que tengáis mucho tiempo.”
“Manuel, Montero ya ha pasado por manos de los alemanes, estuvo en el campo de concentración. La Guardia Civil al lado de lo que hacían esos hijos de puta de los nazis son unas hermanitas de la caridad… No creo que debamos preocuparnos.”
“¡Caxigal! ¿Pero tú te estás oyendo? Resulta que ahora vas a defender a esos cabrones de la Benemérita.”
“Hostias, Manuel… hasta ahí podíamos llegar. ¡No me jodas! Yo no dije eso. Lo que digo es que Montero está curtido ya de llevar palos. Antes de hablar lo hacen picadillo.”

Por fin intervino don Félix.
“El propio Montero nos lo dijo miles de veces: *Si hay una detención, desapareced, no acudáis a ninguna cita, no volváis a los puntos conocidos, hasta que todo esté claro.* Yo no me quedo. Mañana mismo me subo en el tren de San Sebastián. Haced lo que queráis, pero yo creo que deberíais salir a León o a Galicia.”
“Allí no conocemos a nadie, don Félix… ¿Dónde vamos a ir?” Por fin Eloy se animó a intervenir.
“¿A quién conocías tú cuando te fuiste a Moscú?, Ruso”, le contestó el cura impaciente.
“Oiga, don Félix, allí me mandó mi padre; me cago en su estampa… Podía haber ido él. Yo no fui por gusto. De buena gana me habría quedado por aquí y…”
“Bueno, ya está bien”, intervino Juan. “Yo creo que debemos tener en cuenta que Montero no es el único detenido… ¿Qué sabéis del Largo? ¿Es de fiar?”
“Es uno de Sotrondio. Se afilió al partido antes de la guerra, pero no se significó mucho. Minero. No está fichado. Lleva varios años a nuestro servicio. Últimamente Montero lo había implicado más, al faltar los tres que cayeron en diciembre… Sabe muchas cosas, no tanto como nosotros, pero mucho, en cualquier caso. Conoce todos los puntos de apoyo y los refugios, pero pocos nombres.” Caxigal dio un trago a su vaso después de hablar.
“No podemos fiarnos… Si solo fuera Montero el detenido, llevarías algo de razón, pero de este enlace no sabemos mucho… Yo creo que debemos irnos.” Juan se fiaba totalmente de Caxigal, que al fin y al cabo había resistido y sobrevivido en aquellas montañas en esas mismas circunstancias más de diez años, pero el sentido común le dictaba que salieran de allí.
“Juan, hazme caso… Montero no va a hablar, ya verás. En cuanto al otro, lo matarán a palos antes de que diga nada. La Guardia Civil siempre lo hace así. A los que no aportan nada los eliminan a la primera de cambio, *pa’* que cunda el pánico entre la población.”
“Pero, Caxigal, ¿y si esta vez es distinto?” Angelín también dudaba.
“Hacedme caso. Mira, Medina y Eduardo, si quieren, que se vayan a Valladolid para avisar a los que están allí que estaban pendientes de venir. Podemos montar una cita con ellos el 14 de febrero. Juan, ¿cómo lo ves?” Juan, al otro lado de la mesa, con solo media cara iluminada por la tenue luz de la lámpara de gas, asintió en silencio. Caxigal prosiguió. “Los demás subimos al refugio de La Peña, en La Ferrería. El 10, que baje Juan a Oviedo para arreglar el viaje a Valladolid. Ya veréis cómo no pasa nada. Además, ahí arriba nos movemos mejor que ellos; conocemos eso como la palma de la mano. No hay cuidado.”

"Caxigal, estáis locos si no salís de aquí. Yo no puedo marchar, ya sabes, con la mujer y los hijos… es imposible. Si te cogen a ti estamos todos perdidos."
"A mí no me cogen vivo, descuida."
"Pero ¿y la documentación que guardáis? Las facturas con el nombre de don Félix, la dirección de mi casa, esos estadillos que te empeñas en guardar con nombres… ¿Los has destruido, como te dijo Montero?"
"No, joder, Manuel, pero los tengo a buen recaudo en una caja en el refugio de La Peña. Ahí no entran si no es sobre mi cadáver."
Manuel Paxumal empezaba a perder la paciencia. Caminaba arriba y abajo por la amplia cocina de su casa. Por fin se acercó a la mesa, apoyó sus brazos y miró a Caxigal fijamente a los ojos.
"¿Y crees que la Guardia Civil va a tener algún problema con pisar tu cadáver?"
"Para eso tendrán que encontrarme primero." Y Caxigal se levantó.
"Eres demasiado confiado, Caxigal… No entiendo cómo es que no te han *pillao* aún los civiles… Lo malo es que nos arrastras a todos detrás y…"
Caxigal pegó un fuerte puñetazo en la mesa.
"¡A callar…! Ángel, el Ruso y yo subiremos al refugio. Los demás podéis hacer lo que queráis."
Juan miró a los presentes; la tensión casi se podía cortar. Por fin dijo:
"Yo subo con vosotros, Caxigal. Y apoyo tu idea de que Eduardo y Medina salgan inmediatamente para Valladolid. Yo enlazaré con ellos el 14."
Ambos hombres le lanzaron una mirada de aprobación, pero guardaron silencio.
"Yo ya os dije al principio de esta reunión que me iba a San Sebastián mañana, y no he cambiado de idea. Caxigal, yo creo que…"
"¡A callar! No necesito su consejo, deje los sermones *pa'* los que van a misa. Yo sé lo que me hago. Allí arriba no nos encuentran, te lo digo yo. Solo Montero conoce el refugio, bueno, y el enlace de Sotrondio sabe de su existencia pero nunca subió."
"Hombre, Caxigal… si el refugio está a cien metros de la casa de tu madre. Todo el mundo lo conoce, aunque no hayan estado allí." La voz del Paxumal era una mezcla entre sorna y preocupación.
"Ya, pero nadie de la zona va a decir nada; los tengo *amenazaos*."
"Y cuando te maten, ¿quién va a cumplir la amenaza…? Te lo digo, Caxigal. Tenéis que salir. Yo ya no lo repito más veces."
"Y yo ya no te digo más veces que te calles." Y Manolo Caxigal puso la mano en su fusil ametrallador sin quitarle ojo a su interlocutor. Salvadora se llevó una mano a la boca y se pegó instintivamente a la pared, junto a la puerta de la cocina, donde había permanecido en pie todo el rato. Aquello eran cosas de hombres y ella no iba a intervenir,

nadie le había dado vela.
Juan, al ver que aquello estaba escalando y podía acabar mal, se levantó y cerró la sesión.
“Ya está decidido entonces. Don Félix, buena suerte con su viaje mañana. Eduardo, puedes quedarte a dormir por aquí y mañana bajas a informar a Medina. Nosotros vamos a salir ahora hacia El Condado.”
“Aquí no se queda nadie”, terció Manuel el Paxumal.
Juan miró a Caxigal.
“Bien, que se quede en el pajar del Castañeu; mañana puede coger el tren. Vamos.” Sin decir una sola palabra más los hombres salieron. Al abrir la puerta entró una bocanada de aire gélido, que enfrió súbitamente el ambiente, tan caldeado. Todos, incluido don Félix, salieron de la casa en silencio. Paxumal cerró la puerta de la vivienda.
“Me cago en Dios, Salvadora… Espero que Caxigal tenga razón; si no, estamos perdidos…”

XXXIII

Cuartel de la Guardia civil de los Campos Elíseos (Gijón), 1 de febrero de 1950, por la mañana

Cuando entró el coronel Blanco Novo, delegado de Orden Público y jefe del Tercio de la Guardia Civil en Asturias, los tres guardias que estaban en la puerta se cuadraron. El coronel, un hombre de unos sesenta años con una calva incipiente, no muy alto, avanzó a largos y rápidos pasos hasta un despacho. Allí le esperaba el comandante Flores, un sevillano que llevaba tres años en Gijón, y no veía el momento de que pasasen los dos años que le quedaban para volver a Andalucía. El coronel se quitó el tricornio y lo dejó sobre la mesa, junto a la máquina de escribir.

"¿Hemos progresado algo?"

"No, mi coronel, no mucho", respondió el comandante con retintín trianero.

Flores ya llevaba a sus órdenes casi tres años y el coronel Blanco no acababa de acostumbrarse a aquel acento tan cerrado que no se le terminaba de quitar, y que seguramente no desaparecería nunca.

"Sigue sin hablar el detenido, ¿eh?"

"Sí, mi coronel; no suelta *ná*."

Al coronel le apetecía reírse. ¿Qué tenía el acento andaluz que te daban esas ganas de sonreír cuando lo oías? Si llega a ser el sargento Fernández el que le dice "Sí, señor; no dice ni mu", seguro que no le habría hecho ninguna gracia. Y, bien pensado, aquello no tenía nada de gracioso. Habían recibido un chivatazo, habían cogido a dos tipos, uno de ellos un pez gordo, y no le podían sacar nada.

"¿Interrogatorio convencional?"

"Sí, mi coronel. Más palos que a un pelele. Pero el hombre no quiere colaborar."

"¿Y el otro?"

"El otro ya sabe usted, mi coronel, que cantó la Traviata desde el

primer minuto, pero dice que es el otro el que lo sabe *tó*, que el otro es el jefe supremo.”
El coronel Blanco estaba cansado. “Este dice que el otro lo sabe. Aquel cuenta que se lo contó uno de más allá.” Estaba harto. Llevaba demasiados años luchando contra la guerrilla, que era como un cáncer que no moría nunca. Y, lo peor de todo, contaban con el apoyo de algunos incautos. La población estaba amenazada de muerte si ayudaba a los guerrilleros, literalmente; pero siempre que pillaban a uno, aparecía toda una red de casas y de puntos de apoyo detrás. ¿Quiénes eran aquellos que los ayudaban? ¿Románticos? ¿Locos? ¿Idiotas? No tenía sentido. Estos dos no eran menos en cuanto a apoyos. El que ya había cantado les había prometido darles tal información a cambio de protección, pero tenían que jugar las cartas bien, porque el que sabía más era el otro, el que no quería hablar. Eran tipos cabezones los guerrilleros, y, desde luego, este que tenían en el cuartel desde hacía casi tres días era duro de pelar. Pero hacía tiempo que no daban con un espécimen de este calibre, si lo que contaba el otro detenido era verdad. No podían perder esta oportunidad, tal vez la definitiva, para asestar el golpe de gracia a los bandoleros. Desde lo de Bójer, en el 48, sólo habían llevado a cabo detenciones insignificantes, alguna eliminación. Nada, en definitiva. Sabían que estaban en baja forma, pero que seguían en pie. El otro detenido, el que había cantado, les había dado el nombre de este pájaro: Luis Montero Álvarez. Efectivamente, comunista, que había desaparecido al terminar la guerra en el norte, en el 37, y había sido capitán y, además, juez instructor de un tribunal popular durante la guerra. Su familia, en el 39, había recogido informes de buena conducta pero nunca fueron usados. Los habían recibido del Gobierno Civil de Oviedo la tarde anterior. Los familiares no tardarían en aparecer por el cuartel. Siempre era así. Alguien del Gobierno Civil soltaba la noticia que llegaba inmediatamente a oídos de la familia. Nunca fallaba. Para la Guardia Civil la colaboración de los allegados era vital, para quebrar la voluntad del encartado.
“Flores, dígale al teniente Ramírez que voy a bajar a ver al detenido. Que prepare la inyección de pentotal.”
“Mi coronel, el detenido hace una hora seguía inconsciente de la última tunda...”
“Pues que lo despierten con cubos de agua fría.”
“Sí, mi coronel.”
Flores desapareció. El coronel empezaba a desabrocharse la guerrera cuando llamaron a la puerta.
“¿Da su permiso?, mi coronel.”
“Adelante, Díaz.”
“Mi coronel, acaban de llamar de Oviedo. Según parece el detenido es

miembro de una familia muy adepta al régimen."
"¿Saben que está aquí?"
"Sí, mi coronel. Uno de sus hermanos está en camino."
"Avise a Flores y a Ramírez que dejen lo del pentotal para luego, que voy a bajar a hablar con el detenido. En cuanto llegue el familiar, me avisa y me lo trae al despacho."
"Sí, mi coronel."
Con un largo suspiro, el coronel Blanco se volvió a abotonar la guerrera. Lo que él quería era estar poniéndose el batín en su casa, con sus zapatillas y sus notas sobre medicina legal para el artículo que estaba preparando; pero el deber le llamaba. Resopló, sacudió la cabeza y giró los hombros. Salió del despacho con paso decidido hacia los calabozos.

XXXIV

Cuartel de la Guardia Civil de los Campos Elíseos (Gijón), 1 de febrero de 1950, por la tarde

Se miraba las manos extendidas ante él, temblorosas. ¿Qué le pasaba? Levantó la vista y vio a dos hombres que no reconocía. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían de él? Uno tenía una jeringuilla en la mano. Entonces se acordó. Estaba en la comisaría de París; le habían sacado sangre para hacerle un análisis. Pero estos no hablaban francés, hablaban español. ¿O era francés? ¿Por qué querían saber quién era? Ya se lo había dicho mil veces; él era Luis Montero y se veía en aquella habitación con una mujer a espaldas de su marido. Lentamente, con un movimiento en el que notaba cada gota de sangre correr por sus venas, cada músculo de su cuerpo en acción, cada terminación nerviosa mandar un impulso, giró la cabeza. En la pared había un cuadro con una foto de Franco. ¿Qué hacía ese ahí, en París? No vio llegar la bofetada que le tiró al suelo y le dolió mucho más que otras veces. Había sido el hijoputa de Popeye. "Ya veras, cabrón, cuando liberemos este campo, te vamos a dar candela", gritó. "Te vamos a matar y te vamos a colgar de la alambrada. Se oyó a sí mismo decir aquello a pleno pulmón. Llamó a su madre, pero no quiso llorar, no delante del malnacido de Popeye. Sintió cómo lo levantaban del suelo. Veía doble, no era capaz de enfocar. Era el vino que se habían tomado Cagancho y él en Burdeos. Tenía el brazo extendido sobre la mesa, alguien se lo sujetaba. ¿Por qué dudaban si le iban a dar otra dosis o no? ¿Pero no le estaban curando el mordisco del perro de los SS en el hospital del campo? Ahora veía perfectamente la cara del doctor Bonifaci, del hospital Varsovia de Toulouse. Sí, el estómago, los dientes, los pulmones. Recomendaba reposos. "Pero el partido quiere que vaya a España, doctor, me necesitan." Se oyó a sí mismo perfectamente decir esas palabras, y el doctor Bonifaci prestaba mucha atención. "¿Quién te manda a España?", le preguntó el doctor.

“¡Coño, usted lo sabe bien! El partido, ¿quién si no?” “¿A qué?”, le preguntaba el buen doctor. “¿Cómo que a qué?” Pero los párpados le pesaban mucho, no los podía mantener abiertos. Sintió bofetadas en la cara, golpes en la cabeza. Pero él solo quería dormir. “¡Déjeme dormir, Madre! No quiero ir; hace mucho frío. ¡No me pegue, Padre!” Se sintió paralizado, vio pasar ante sus ojos el lobo que les había salido al camino a Paco y a él, y al SS que había matado a Pérez de un tiro en la frente, y oyó las canciones de los soldados borrachos, a su madre cantarle una nana a Manolín recién nacido, a su padre rezando con el rosario en la mano, vio las montañas de Austria alejarse suspendido en el cielo, el rugido de los motores, los perros de los SS del campo ladrando ferozmente allá abajo. Sentía frío. Luego nada.

El coronel Blanco apoyaba sus codos sobre la mesa del despacho, con la cabeza en las manos dándose un pequeño masaje circular para disipar el terrible dolor que le taladraba las sienes. Flores, de pie ante la puerta, por fin se atrevió a hablar.

“¿Me da su permiso?, mi coronel.”

“Adelante, Flores. Pase. A ver, ¿qué tenemos ahí?”

“La transcripción de lo que dijo el detenido, mi coronel, parece un diálogo de besugos. Ya lo ha visto usted, que mencionó a su madre y a Franco, pasando por Popeye...” Flores, con su acento sevillano, parecía que estaba cantando por bulerías.

“Flores…”

“Usted perdone, mi coronel, pero el brebaje ese que le inyectaron no vale *pa ná*.”

“Léame la parte donde dice que el partido lo manda a España, hágame el favor.”

“A sus órdenes.” Y Flores pasó varios papeles hasta que encontró lo que le pedían que leyera.

“Detenido: *Doctor Bonifaci, ¿qué hace usted aquí?* Coronel Blanco: *Estamos charlando tú y yo tranquilamente, Montero. Dime, ¿Qué haces tú aquí?* Detenido: *Vengo a que me saque sangre con esa jeringuilla que tiene, para que me diga si puedo ir o no a España*. Coronel Blanco: *¿Quién te manda a España?* Detenido: *¡Coño, usted lo sabe bien! El partido, ¿quién si no?* Coronel Blanco: *¿A qué?* Detenido: *¿Cómo que a qué? ¡Déjeme dormir, Madre! ¡No quiero ir; hace mucho frío!* El teniente Flores levantó la cabeza de los papeles y añadió:

“Y aquí fue donde el guardia López le arreó una colleja y él le echó la culpa a su padre.”

Flores tenía razón. Aquel método de inyectar pentotal sódico no estaba dando los resultados esperados. Todos conocían el gran interés que el coronel Blanco Novo sentía por la Radiofonía y la Fotografía, pero la Química y la Medicina eran, en realidad, sus

grandes pasiones. Cuando el pentotal sódico había caído en sus manos por primera vez, y tras haber estudiado su composición, las características químicas y farmacológicas con gran interés, creyó en el potencial de la droga en usos clínicos relacionados con la *medicina legal*, como suero de la verdad. La droga, con una dosis controlada, producía depresión de las funciones corticales superiores del cerebro humano, responsables de mantener la voluntad del sujeto y, por tanto, este contaría la verdad. Esa era la teoría. Solo habían usado el pentotal en un puñado de ocasiones con la esperanza de que los detenidos cantasen todo lo que sabían. Al coronel Blanco Novo le gustaba estar presente, si le era posible, en los interrogatorios donde se utilizaba el pentotal; incluso lo inyectaba él mismo. Hacía unos años habían usado por primera vez la droga en un sujeto que había cometido un asesinato múltiple; contaban con muchas pruebas, pero no tenían una confesión. La administración del suero no había funcionado, ya que el sujeto entraba y salía de la inconsciencia. Llegó a delirar, a repetir las mismas frases una y otra vez, acompañado todo ello de violentos episodios de apnea y vómitos En otros casos, los sujetos se habían quedado totalmente dormidos; en otros, al desencadenar la droga una depresión cardiorrespiratoria, aquello había producido en el sujeto hipotensión y apnea. El coronel recordaba bien aquel caso en el que el sujeto creía que se ahogaba y había creado tal guirigay en los calabozos que hubo que aplacarlo entre tres de los guardias más fuertes. Otros habían vomitado y se habían desmayado sin decir nada.

La visita del familiar del detenido hacía unas horas, además, le había desconcertado. Estaba claro que era un hombre que no se andaba por las ramas. Apareció con su uniforme de Falange, y colgada de la pechera la Laureada de San Fernando; era un Defensor de Oviedo. Insistió en que quería ver a su hermano antes de empezar ningún tipo de conversación. Cuando se lo enseñaron, tirado en el suelo de la celda, inconsciente, notó cómo se le tensaba la yugular, de rabia. El coronel Blanco oyó perfectamente el comentario que hizo entre dientes: “¿Y ustedes van a misa y se llaman a sí mismos cristianos?” Luego pidió que le avisaran cuando el detenido volviese en sí. Anunció que le traerían ellos la comida de casa. A continuación pidió permiso para usar el teléfono. El guardia Díaz informó luego puntualmente de que el familiar había llamado a Oviedo, a la Estación del Norte, y después se había dirigido a poner un telegrama a Palencia, a un tal Francisco Montero Álvarez, su hermano, seguramente. Dos horas después, el detenido había vuelto en sí y el propio coronel había estado presente en la entrevista de ambos hermanos. Él no se consideraba un blandengue ni mucho menos; había sido testigo de incontables encuentros como este, entre familiares en

un calabozo, y este caso no era diferente: lágrimas, promesas, abrazos, palabras entrecortadas por la emoción. Pero en esta ocasión se podía palpar la determinación. Como si estos hermanos ya se hubieran visto en otras ocasiones en estas mismas circunstancias, o parecidas, y, al menos uno, supiera que las cosas iban a ser diferentes. Ni él mismo podía explicarlo. Después del encuentro, el detenido se quedó en el calabozo, solo; y su hermano fue conducido a un despacho. A puertas cerradas, el hermano del detenido prometió que haría todo lo posible para que su hermano colaborase, pero que ellos tenían que cumplir la promesa de ablandar la mano. El coronel Blanco no le dijo que querían usar el suero de la verdad, así que hizo su promesa a medias. En cuanto se marchó, dispuso todo para inyectar el pentotal, que no había surtido efecto. ¿Seguiría con vida?

"Flores, ¿cómo va el detenido?"

"Sigue inconsciente, mi coronel."

Esta era la vida que le había tocado vivir. Si hubiera querido, habría ordenado matarlo aquella misma tarde. No habría sido la primera vez. Él dibujaba la delgada línea entre la vida y la muerte, casi como un dios y eso, en el fondo, le jodía. Pero sobre ellos había recaído la responsabilidad de acabar con aquellos bandoleros, que no vendían la vida barata. Cuando habían empezado con aquel asunto de dar caza a los *fugaos* hacía más de diez años, le había entusiasmado la idea. A pesar de que la guerra propiamente dicha había terminado, en lugares como Asturias la lucha continuaba, ya que aquellos forajidos no habían depuesto las armas y seguían amedrantando a la población civil, arruinando la economía del país, interrumpiendo las comunicaciones, y desprestigiando al régimen ante el mundo entero. Habían llamado a la Infantería, a los mismísimos Regulares, a la Policía Armada, sin grandes éxitos. Pero la creación de las brigadillas de la Guardia Civil, que con vestimenta de paisano y armamento parecido al de los *fugaos* se infiltraron entre el enemigo y sembraron la confusión y el terror en su propio terreno, había resultado todo un éxito. Desde el año 46 hasta entonces los *fugaos* habían sufrido una derrota tras otra, y su final ya estaba cercano. Él lo sabía. El ejército había fracasado con sus tácticas de guerra a gran escala. Pero él se había asegurado de que la Benemérita hiciera honor, hasta las últimas consecuencias, a lo que decían de ella: *Guardia Civil caminera*. Él no había llegado a coronel sentado en un despacho, siempre intentaba estar presente durante los interrogatorios de sujetos importantes, hacía todos los posibles por acudir a las redadas donde intuía que iban a sacar algo en limpio, aunque fuesen en el monte más recóndito. Sus guardias se conocían los caminos de sus cabeceras como la palma de la mano; él había puesto especial empeño en ello, y se habían ganado los afectos de las contrapartidas locales. Además, se rodeó de hombres

de gran valía, inquietos, pertinaces, que no tuvieran miedo a disentir si era necesario: no soportaba a los lameculos. Los integrantes de las brigadillas eran tipos que conocían bien el terreno, eran astutos y no carecían de valor; su efectividad era mortífera. El ejército nada había podido contra aquellos hombres del monte que habían salido ilesos de cientos de batidas, pero para eso estaba la Guardia Civil. Ellos eran los que habían salvado a España de aquella lacra, y para cuando acabaran con ella definitivamente, el coronel Blanco Novo esperaba su ascenso a general, en cuanto hubiera una vacante. Se lo merecía, se lo había ganado a pulso. Este podía ser su último gran golpe.

“Flores, llamen a un médico. Asegúrense de que no lo perdemos. Yo me voy a mi casa. Si surge cualquier cambio, avíseme inmediatamente.”

“Sí, mi coronel.”

XXXV

La Ferrería (Campo de Caso, Asturias), 8.15 de la mañana, 7 de febrero de 1950

Juan tenía la cara en el barro. No se podía mover. El balazo, pensó, le habría seccionado la espina dorsal. No sentía nada, solo la fría viscosidad en el rostro. Oía gritos, y más balazos, pero no podía levantar la cabeza para mirar. Los habían sorprendido recién levantados. Sintió algo de vergüenza al acordarse de que había salido corriendo del chamizo al ver la cara de un guardia civil por encima de la cueva, y estaba en paños menores. Había llegado a Asturias en noviembre, llevaba allí apenas tres meses, y ya se había enamorado de aquella tierra. Cuando Uribe le propuso en París ir al interior, es decir, entrar en España clandestinamente, no estaba muy seguro de si quería ir a las guerrillas en Asturias. Había hablado con otros camaradas y le habían contado cómo de inhóspito era el clima; cuán dura era la vida del *fugao* que le tocaría vivir: sin dormir dos noches seguidas en la misma cama; desplazarse a pie por las veredas más recónditas y enlodadas; sin saber dónde ni cuándo iba a ser la próxima comida. Pero nadie le había hablado de las montañas, esas paredes de caliza, esos prados tan verdes, esos bosques impenetrables que, con hoja, debían de ser de una frondosidad abrumadora; ni del mar, nadie le había contado cómo era aquel mar a veces de plata, otras de azabache, otras… otras verde, como los prados. Él, que había nacido en Hellín, en la estepa manchega, como le gustaba decir a él, se había enamorado perdidamente de aquellos paisajes. La guerra lo había pillado estudiando Medicina en Valencia, donde le quedaban dos años para terminar. Un día llegaron unos milicianos de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), le pusieron una pistola en la barriga y le dijeron: "Puedes venir con nosotros al frente, o quedarte aquí.". Sin tener otra opción, los siguió, y estuvo trabajando como médico detrás de las líneas, en los hospitales de campaña. Aprendió más Medicina en tres años de guerra que durante toda la carrera. Allí también se llevó a

cabo su educación política. Su superior, un médico catalán, comunista, le dio toda la literatura revolucionaria que tenía, que no era poca, y él, en su catre, cuando no estaba cosiendo, o cauterizando, o vendando o amputando, o empalmando un trozo de intestino con el estómago, leía ávidamente. En 1939 se afilió al PCE, dos días antes de que cayera Barcelona. Pasó la frontera caminando, por La Junquera. Luego, los campos de internamiento; primero en Francia y después en Alemania: Buchenwald; la liberación y París, donde se puso de nuevo al servicio de los suyos. Quiso terminar sus estudios de Medicina, lo cual hizo con ayuda del partido. De nuevo, a punto de terminar, fue cuando Uribe le propuso el viaje al interior, que sería cuestión de tres o cuatro meses. Se debía al partido, no podía decir que no.

El olor del barro en su cara le recordó la travesía por los Pirineos. Iba con dos guías; un tal Martínez, un tipo poco hablador, y otro chico, al que llamaban Pelayo, pero que no se llamaba realmente así. Habían salido de Perpiñán, y en un coche habían sido llevados hasta el punto desde el que la aventura comenzaba, al punto de no retorno. Recordó el sonido del motor del coche, alejándose. Había tenido que reprimir, a duras penas, el impulso de salir corriendo detrás de él, gritándole al chófer que parase, que le esperara, que le sacara de allí. Fue la segunda noche de caminata cuando Martínez le anunció que ya estaban en España. Todo estaba muy oscuro y no sintió nada especial, porque todos los gatos son pardos en la oscuridad. Pero cuando amaneció y encontraron un sitio en el que esperar a que llegase otra vez la noche para seguir caminando, y miró a su alrededor, sintió que aquellos paisajes montañosos llevaban un marchamo especial, que habría podido saber, incluso si Martínez no se lo hubiera dicho, que aquel era su país, su querida España. Tal vez la luz, o la textura de las montañas, la tierra, más blanda bajo sus pies, más acogedora, como una madre. Algo le decía que estaba en su tierra, de la que había salido hacía diez años. En la cuarta noche tuvieron que cruzar un río que bajaba muy crecido por la lluvia que no había dejado de caer desde hacía más de cuarenta y ocho horas; no se habían deshecho del olor a tierra húmeda desde hacía dos jornadas. Martínez consiguió tender una cuerda a la que agarrarse mientras pasaban. Primero se tiró al río el propio Martínez, que, a pesar de ser un hombre fibroso y fuerte, llegó con dificultad al otro lado. A continuación, los petates, atados a la cuerda con una suerte de tirolina. Cuando Juan levantó el de Martínez para atarlo a la cuerda, calculó que aquello debía de pesar más de veinticinco kilos. Después, era su turno. Cuando el agua gélida del torrente le mordió las piernas desnudas casi se quedó sin respiración. Martínez le apremiaba desde la otra orilla, y Pelayo le daba palmaditas en la espalda de ánimo y le contaba chistes sobre el agua fría y los testículos entre grandes

risotadas. El agua le llegaba casi a la cintura, llevaba las botas colgando del cuello para que no se mojaran, y los pantalones, doblados, atados a la cabeza con un cordel. Las piedras eran muy resbaladizas, aunque él casi no sentía los pies. Se cayó en un par de ocasiones, pero iba bien agarrado. Consiguió llegar al otro lado, agotado, empapado, pero de una pieza. Era el turno de Pelayo. Mientras Juan se ponía los pantalones y las botas, sentado en la orilla, miraba a Pelayo cruzar. Casi no se distinguía su figura, al otro lado, con la oscuridad de la noche, pero cuando estuvo a mitad de río se le veía mejor. Venía atado a la cuerda, como un malabarista, con los brazos extendidos intentando mantener el equilibrio para no caerse. De repente, Pelayo desapareció bajo el torrente. Martínez, que sujetaba la cuerda, fue impulsado hacia delante. Juan se levantó y corrió en ayuda de Martínez, para ayudarle a tirar, pero no veían a Pelayo. La fuerza del agua lo impulsaba corriente abajo. No veían su cuerpo, pero estaba claramente atado a la cuerda, pues el peso era considerable. Ambos hombres tiraban con todas sus fuerzas, hasta que de repente sintieron cómo el peso desaparecía. Tiraron a toda prisa para descubrir que el nudo se había desatado. Pelayo había desaparecido. Regresaron corriendo donde tenían las mochilas, las metieron entre unos matorrales y echaron a andar corriente abajo. Caminaron durante casi una hora, hasta que una enorme caída les impidió seguir. Martínez se asomó, pero no se veía nada. Se ató la cuerda a la cintura y le explicó a Juan cómo tenía que hacer para ayudarle a descender. Se descolgó por la pared junto a la cascada de agua y Juan sintió cómo Martínez había llegado abajo. La espera en la oscuridad fue interminable. Por fin, tres tirones; la señal. Empezó a tirar hasta que vio la cabeza de Martínez aparecer. Cuando se hubo desatado farfulló: “Pelayo está muerto. Descalabrado. Vamos.” Dieron la vuelta, cabizbajos, hasta el lugar donde habían dejado las mochilas. Martínez no volvió a hablar en todo el viaje, hasta que llegaron cerca de donde deberían subirse al tren que les llevaría a Barcelona.

Sí, aquella había sido una travesía terrible, una pequeña dosis de lo que le esperaba. Martínez solo se quedó en Asturias quince días en aquella ocasión, para hacer las presentaciones, dejar una maleta con dinero y poco más. Se llevó consigo de vuelta a Francia a otro enlace que llevaba un mes en el país, un tal Julio del que Montero, se enteró después, no se fiaba por encontrarlo acobardado, impresionado incluso por la dureza del trabajo, con poca madera de líder. Juan pronto se sintió como en casa. No sabía muy bien por qué. Era como si toda su vida hubiera estado esperando a este tipo de misión. Montero le pareció un tipo cabal desde el principio. Caxigal, un luchador. Los tres se llevaban estupendamente y nunca tenían ninguna desavenencia. Algunos guerrilleros dejaban bastante que desear:

bebían demasiado y no tenían seriedad en el trabajo. Montero los aleccionaba, los dejaba en el monte una temporada, pero siempre recaían en el vicio que fuera. Eran peligrosos para la agrupación, y Montero insistía en que tendrían que salir, a Francia, a descansar. Pero el partido no quería ni oír hablar de aquello. Montero no se andaba con chiquitas, no era de los lameculos que solo le contaban al partido lo que quería oír, y seguía insistiendo. Su teoría era que si el partido se hacía una idea equivocada de lo que ocurría en el interior, seguirían mandando gente sin ton ni son. Su mayor preocupación era poder salir de allí para contarle al partido exactamente lo que estaba ocurriendo; y su salud. Montero se alegró cuando supo que Juan era casi médico, como le gustaba decirle para tomarle el pelo. Su salud era bastante precaria. Los pulmones, siempre cargados; el estómago, seguramente ulcerado; y la dentadura, que le daba también bastantes disgustos. Pero aguantaba como un jabato, o eso aparentaba.

Aún tirado en el suelo, mordiendo el barro, oyó pasos. Seguía sin poder moverse. De repente se vio boca arriba, aunque no había sentido nada, solo que la luz le cegó por un instante. Por fin distinguió la cara de un guardia civil, de mediana edad. Se le quedó mirando. Juan abrió y cerró los ojos para demostrar que estaba vivo; pensó que sería mejor. El guardia, sin quitarle ojo, gritó: “Este está muerto, mi teniente, le voy a dar el tiro de gracia.” Juan intentó levantarse, mover los brazos, gritarle a aquel salvaje que estaba vivo, que no disparase, que no quería morir. Solo sus ojos le respondían, abriendo y cerrando los párpados lo más rápido que podía. Sintió cómo se le llenaban las cuencas de lágrimas. Si hubiese podido, se habría levantado a ahogar con sus propias manos a aquel cabronazo. El guardia sacó su pistola de la cartuchera y se inclinó ligeramente para acercar su arma a la frente de Juan mientras le decía: “Adiós, hijoputa.” Juan no cerró los ojos. Vio el arma acercarse a su frente; luego, nada.

XXXVI

El Condado (Campo de Caso, Asturias), 5 de la madrugada, 7 de febrero de 1950

"Si escapa Caxigal, que pague el servicio el detenido."
El coronel Blanco Novo había dado su última orden antes de que la partida formada por casi treinta hombres saliera del pequeño pueblo de El Condado, monte arriba, hacia la minúscula aldea de La Ferrería, donde, según Montero, estaba el refugio de los *fugaos*. Se quedó mirando hasta que desapareció de su vista el último hombre. Había tomado como cuartel general para la operación la casa de un falangista del pueblo, que se había ofrecido gustoso a proporcionarle, además, tres o cuatro guías locales que irían con la Guardia Civil y el propio detenido para orientarlos más acertadamente por el laberíntico entramado de caminos, de manera que rodeasen el campamento sin ser vistos y cortar todas las posibles vías de escape. Todo parecía estar preparado. El coronel estaba satisfecho. Por fin Montero había hablado. El otro detenido, ¿cómo se llamaba? El Largo, Luis el Largo, les había ayudado con valiosa información y Montero había mordido el anzuelo. Le habían hecho creer que el cura era un confidente de la policía. Al principio Montero no les había creído, pero cuando le soltaron unas cuantas verdades que habían obtenido del otro detenido, Montero acabó contándoles lo que querían saber. Sin duda la insistencia de sus hermanos, que fueron a hablar con él todos los días, también tuvo su peso. Él por fin cedió y les dijo que les indicaría dónde estaba el refugio a cambio de la promesa de que respetarían la vida de Manolo Caxigal, Ángel Martínez y Eloy el Ruso… Las promesas se las llevaba el viento, y más si se las hacían a estas alimañas, que tampoco tenían palabra.

El coronel había dado la orden muy clara la noche anterior a sus hombres: los quiero a todos muertos. A Montero lo quería con vida, porque todavía quedaban cosas por desmantelar. De eso estaba

seguro. A no ser, claro está, que todo fuera una farsa y una tomadura de pelo. Se metió en la casa, donde se le ofreció un café con unas gotas de coñac. Ya era el tercer o cuarto café, desde que habían salido de Gijón a altas horas de la noche rumbo a El Condado. Ya no tenía edad para andar por los montes, pero esto no se lo perdería por nada del mundo, aunque le costara la salud con tanto café y tanto alcohol… Un día era un día.

La madrugada era fría y, de momento, no llovía. Luis subía esposado a un guardia de Infiesto, al que todos llamaban Giménez. Era un hombre joven, de cara amable, e iba cantando en voz queda asturianadas. Algunas, Luis ya las había oído en los chigres, otras cuando iban a la siega de pequeño en La Frecha.

Dime xilguerín parleru,
dime qué comes;
como arenines del mar,
del campu flores.

Era la preferida del Ruso. Montero no creía en Dios, no creía. Hacía mucho que había dejado de creer. Pero le rogaba a la Virgen y a todos los santos para que ninguno de los hombres estuviera en el refugio. No se creyó lo del cura; era imposible que fuera un confidente de la policía. Pero estaba claro que había un chivato. Alguien se había ido de la lengua. La policía sabía muchas cosas que solo conocían algunos. El Largo había muerto en un interrogatorio. Tampoco podía ser él. Él solo les había dicho lo del refugio, pero con toda seguridad Caxigal ya no estaba allí. Angelín había escapado de milagro de la redada. Él les habría avisado. En los diez días que él había tardado en hablar habían tenido tiempo más que de sobra para desmantelar el refugio y poner tierra de por medio. Lo matarían a él en su lugar. No le importaba; estaba preparado para morir. Giménez seguía cantando:

Tienes unos ojos negros
y unes pestañes,
y una lengua parlera
con que me engañes.

Paula lo esperaba, y también Victorina. Se rió pensando que, si lo mataban, al menos no tendría que enfrentarse con ese problema. Paula no sabía nada de Victorina aún; no era algo que se pudiera comunicar por carta. Se lo tenía que decir en persona. Era de ley. A Victorina le había contado que tenía una novia en París, y que estaba dispuesto a dejarla si ella lo acompañaba al otro lado de la frontera, si se casaban, a lo que ella había accedido. Él solo quería envejecer junto a Victorina en una casa en el campo, tranquilo, lejos de todo. Pero, ahora que iba a morir, ¿para qué ponerse a pensar en eso? Empezó a caer una fina lluvia y el guardia levantó el brazo al que estaba esposado Luis para que este pudiera ponerse la capucha del capote que le habían dado.

Caminaban en silencio. Era un contingente de unos treinta hombres, entre los que iban un solo oficial, un teniente, y veinticuatro guardias, los mejores de toda la comarca, elegidos a dedo. También iba el somatén de Soto de Agües, que había ido a visitar a Luis a la comisaría de Gijón por petición del coronel Blanco, para saber si los montes de los que hablaba y la posible situación del refugio eran tal cual contaba el detenido. El somatén, que había eliminado a decenas de *fugaos* y era la bestia negra de la lucha antiguerrillera, certificó que todo aquello parecía ser cierto. A cambio, pidió acudir él también a la redada. Caminaba delante de Luis, clavando sus madreñas en las piedras y el barro del camino con tal maestría que no hacían absolutamente ningún ruido. Los otros cuatro muchachos eran chavales locales, que se conocían bien los caminos. Además, llevaban varios mulos, un poco más rezagados. Llegaron a una encrucijada y los guías nativos propusieron dividir el contingente en tres, para rodear el campamento en todas sus vertientes. Luis y el guardia al que iba esposado, el somatén, uno de los guías, el teniente y dos guardias más tiraron por el camino de arriba. El joven guardia ya había dejado de cantar, solo se oía el roce de los gabanes al caminar y la lluvia, algo más fuerte, repicar sobre las capuchas. Tras caminar durante apenas veinte minutos más, el guía se paró en una parte del monte al abrigo de unos matorrales y unos troncos gruesos de castaño, y los otros hicieron lo mismo. Todos formaron un círculo a su alrededor para oír mejor. En un susurro dijo:
“Son las siete y media. Vamos a tirar por aquel ramal y a caminar un poco más despacio para esperar a que amanezca y así tener más luz y asegurarnos de que no escapa ninguno. Vamos a situarnos en la parte alta del refugio, literalmente sobre el tejado de la cueva. Luego, queda la operación a cargo de ustedes, que son los que entienden.”
Todos miraron al teniente. Este afirmó con la cabeza, y se llevó la mano nerviosamente al cinto, donde llevaba el revólver.
“¿Queda mucho *pa’* llegar?, chaval”, se decidió a preguntar el somatén ante la falta de iniciativa por parte del oficial de la Guardia Civil.
“Unos quince minutos. Hay que llegar a un *cercao*, y luego, ladera abajo, son unos cien metros.”
“Teniente, ¿qué hacemos?”
“Fumen el último cigarrillo y seguimos.” El oficial no miraba a los hombres; dio la orden mirando hacia las montañas cuyas siluetas se perfilaban con el sol naciente, que estaba dando inexorablemente la curva del planeta, iluminando aquel día aciago.

Luis sintió un nudo en el estómago. ¿Y si estaban allí? ¿Y si no se habían ido? No, era imposible. Aquello estaría desierto. Caxigal habría salido de allí y se habría llevado toda la documentación; eran las normas básicas de la lucha guerrillera: si había una detención,

había que cancelar todas las citas y desaparecer de los puntos conocidos. Aquellas precauciones de andar en silencio que estaban tomando le parecieron inútiles. Respiró hondo. ¿Cuándo lo matarían a él, entonces? ¿Le harían bajar hasta el pueblo y lo matarían allí, o le pegarían un tiro en el camino?

El guardia Díaz tiró la colilla al suelo y se cargó el fusil al hombro. Lo habían elegido para aquel servicio porque había estado en varias batidas de guerrilleros y era bueno tirando. Lo que no entendía era por qué habían elegido al teniente Argüelles, que prácticamente no salía del despacho de la comisaría de Gijón. Allá penas. Por fin comenzaron a andar de nuevo. Ya había amanecido. Llegaron al cercado, como había dicho el chaval. A Díaz le dio la risa al ver cómo el teniente se había subido a la puerta hecha de jóvenes troncos y se había sentado a horcajadas sobre ella en lugar de apoyarse en una de las traviesas y saltar al otro lado, como todo el mundo. A juzgar por la cara de dolor se había pillado un huevo al pasar una pierna al otro lado… Menudo inútil. Cuando todos hubieron entrado en el *prao* que bajaba en pendiente, en voz baja el chaval les indicó que la cueva estaba ladera abajo, pero que se podían asomar por detrás de unos matorrales que crecían sobre la parte de arriba de la misma. El teniente dio la orden de que dos hombres esperasen allí, en la puerta, y el somatén, el detenido y el guardia al que iba esposado, López y él mismo, Díaz, debían bajar a asomarse. Pues bien. Díaz se quitó el fusil del hombro y lo tomó entre sus manos. Bajaron en silencio absoluto hasta donde les había dicho el chaval. El teniente miró su reloj. Ya eran casi las ocho y cuarto, la hora convenida. López se agarró al tronco de uno de los jóvenes árboles que crecían al borde de la parte de arriba de la cueva, para asomarse y ver si veía algo.

“¡Está aquí el enemigo!”, gritó una voz bajo sus pies.

De la cueva salió corriendo un hombre en paños menores, a los pocos segundos salieron tres más. El somatén se subió el fusil al hombro y derribó al que había salido primero. Entre Díaz y López abatieron a los otros tres. Provenientes de la parte de abajo, a la derecha, se oyeron varios disparos. Díaz supo que uno de los tres grupos de guardias que se habían separado en la encrucijada hacía más de media hora estaba allí apostado. El otro estaría en la otra vertiente, cortando la última vía de escape posible. Del interior de la cueva salieron disparos de fusil ametrallador. Pasados unos segundos, Díaz vio aparecer al hombre que realizaba los disparos, de espaldas a ellos, lanzando ráfagas y caminando con paso decidido ladera abajo; otro más salió tras de él de la cueva cubriéndolo. El guardia Díaz se subió el fusil al hombro apuntando al primero, y oyó la voz del detenido a sus espaldas.

“¡No! Ese es Caxigal; y el otro, Angelín. Eso no era lo que habíamos

convenido.”
El guardia Díaz desvió los ojos del punto de mira y miró al teniente, que tenía el revólver en la mano pero no había efectuado ni un solo tiro. Estaba pálido y se había quedado mudo.
“Yo tengo órdenes de matarlos a todos”, dijo el guardia Díaz tras unos segundos de silencio. Alcanzó a Caxigal en un hombro; otro disparo le rozó una pierna, pero el *fugao* seguía disparando su ametralladora como un autómata. El que había salido detrás de él ya había sido abatido. Un disparo proveniente de la derecha por fin lo derribó. Díaz, por último, le acertó en la cabeza. Otro hombre más salió de la cueva con su arma en la mano, corriendo ladera abajo. Solo logró avanzar unos metros antes de que el fuego de un fusil ametrallador de la Guardia Civil lo acribillase. Luego reinó el silencio. En total, siete cuerpos estaban tendidos monte abajo. Díaz vio a dos guardias asomar por detrás de unos setos en la parte baja del cercado. Con un silbido y moviendo los brazos avisaban a los demás de su presencia en aquel punto. López y Díaz bajaron por la derecha y se plantaron en un costado de la boca de la cueva. Con los fusiles en la mano, entraron.
“¡No queda nadie!”, gritó López. De repente oyó gritar a un guardia de los que venían subiendo por la ladera: “Este está muerto, mi teniente; le voy a dar el tiro de gracia.” Con su pie le había dado la vuelta al cuerpo del guerrillero abatido, el que había salido primero en paños menores, y se giró como un muñeco de trapo. El guardia sacó su pistola de la cartuchera y se inclinó ligeramente para acercar su arma a la frente del hombre. Sonó un disparo cuyo eco resonó en todo el valle. Por fin apareció el teniente Argüelles ladera abajo. Había recobrado el color, pero aún tenía el revólver en la mano, del que no había salido ni una sola bala. Tras él apareció el detenido, con la cabeza baja, caminando junto al somatén. El teniente por fin guardó el revólver y se dirigió al detenido:
“¿Los reconoces?”
No dijo nada. Solo levantó la cabeza con una mirada desafiante en el rostro, esposado al guardia. Argüelles le cruzó la cara de una bofetada.
“¡Te he preguntado que si los reconoces!”
“Mira qué valiente es ahora el teniente con un detenido esposado y desarmado”, pensó Díaz.
“Sí, reconozco perfectamente a Manuel Díaz, a Ángel Martínez y a Eloy Álvarez, que ustedes me habían dicho que no iban a matar.”
“El detenido tiene más cojones que el teniente”, pensó Díaz. “Ya tengo historia para el chigre.”
El teniente le soltó otra bofetada a Montero.
“¿Y los demás? ¿Los reconoces o no?”
“¡Que los reconozca su puta madre!”
El teniente sacó el revólver de nuevo y se lo puso al detenido en la

frente. Díaz tragó saliva. El somatén hizo ademán de intervenir pero el teniente lo fulminó con la mirada.
“¿Los reconoces o no?, hijo de puta”, repitió el teniente.
“No, no sé quiénes son”, dijo el detenido tras una larga pausa en la que no le quitó la mirada al teniente.
Entonces un guardia, que no había visto nada, gritó desde la parte baja del *prao*,
“Ya están aquí los mulos, mi teniente. ¿Empezamos a cargar los cuerpos?”
Díaz vio con alivio cómo el teniente regresaba el martillo del revólver a su sitio y se lo guardaba en la cartuchera. “Si llega a ser el coronel Blanco”, pensó, “le mete el plomo en la cabeza. Por eso Argüelles nunca pasará de teniente. Le faltan huevos.”

Cuatro guardias con los cuatro mulos que transportaban los cadáveres iban delante. Los demás, incluidos Luis y el hombre al que estaba esposado, caminaban detrás. El joven guardia ya no cantaba; seguramente notaba la desazón de Luis, que caminaba con la cabeza baja. Cada bestia cargaba con dos hombres, menos una, que llevaba uno solo y todo de lo que se incautó la Guardia Civil en el refugio; los brazos y las piernas de los guerrilleros muertos iban balanceándose a cada paso del animal, dando fuertes sacudidas en algunos tramos más empinados. El pelo de los cadáveres chorreaba sangre; uno de ellos, el que había salido corriendo en calzoncillos del refugio y había sido alcanzado el primero, llevaba la espalda desnuda y quedaban a la vista los agujeros de bala, por los que manaba un hilillo de sangre. Varios guardias habían salido delante y habían avisado del éxito de la operación. Cuando la comitiva llegó al pueblo, se dirigieron hacia la plaza del Ablanero, un costado de la cual daba a la carretera principal, y por los otros tres, se alineaban una vivienda con cuadra, una casa con hórreo y un muro de una huerta. En medio de la plaza había otro hórreo. El coronel Novo estaba en pie, con los brazos cruzados, las piernas abiertas y una enorme sonrisa de satisfacción en la cara. Cuando vio aparecer al teniente Argüelles abrió los brazos, y le dio una efusiva bienvenida con un apretado abrazo y fuertes palmadas en la espalda cuando lo tuvo cerca.
“Éramos veinticuatro guardias y un teniente, y no escapó ninguno. Si llegan a subir veinticuatro tenientes y un guardia, escapan todos”, le dijo Díaz a López en voz baja, con el fusil al hombro.
Luis solo identificó a Angelín, a Caxigal y a Eloy. A los otros cuatro dijo no conocerlos. ¿Pero qué hacían allí aquellos? ¿Por qué no se habían marchado? Estaban todos: Caxigal, Angelín, Eloy, Cantinflas, Ovidio, Simón, incluso Juan. “Juan, Juan.” Todos muertos. ¿Qué iba a hacer él ahora? ¿En qué situación le dejaba aquello? A todas luces, de traidor.

Lo habían dejado en pie junto a los cuerpos de los guerrilleros en la plaza del pueblo para que todos lo vieran bien. Habían sacado fotos a todos los cadáveres, alineados en el suelo embarrado de la plaza, con las cabezas contra un poste tendido en el suelo. Le habían ordenado a uno del pueblo que aparejase dos vacas a un carro para llevarse los cuerpos al cementerio, donde ya estaban cavando una gran fosa. Habían llamado al juez de Laviana para levantar las actas de defunción de los siete hombres. Habían pasado por allí decenas de personas a ver el macabro espectáculo de los siete guerrilleros tendidos en el suelo, acribillados. Solo se oían las órdenes gritadas de los guardias, los motores de los autobuses y autos de la Guardia Civil. Algunos de los que miraban se hacían cruces, algunas mujeres lloraban quedamente. Varios grupos de niños se daban codazos y señalaban los cuerpos sin vida, ensangrentados, tendidos en línea en el suelo. Todos se quitaban la boina y se encogían de hombros, con la mirada sombría.

Se había abierto ante Luis un enorme abismo. Allí, esposado, ante los cadáveres de los hombres a los que había venido a ayudar desde Francia y a los que, tras su detención, había contribuido a masacrar, los maldijo, a los siete.

XXXVII

Comisaría de los Campos Elíseos (Gijón), 11 de marzo de 1950

ILSMO. SEÑOR
DON JUAN JIMÉNEZ VILLÉN, COMANDANTE DE INFANTERÍA (E.C.), JUEZ MILITAR PERMAMNENTE DE LA PLAZA DE OVIEDO E INSTRUCTOR NOMBRADO PARA LA TRAMITACIÓN DEL PRESENTE PROCEDIMIENTO, A.V.S.I. TIENE EL HONOR DE EXPONER:

Que se inició la presente por orden de proceder del Excmo. Señor General Gobernador Militar de Asturias con motivo del atestado instruido por fuerzas de la Guardia Civil a consecuencia de la detención de MANUEL RODRÍGUEZ TORRES, AMELIA RODRÍGUEZ VALLINA, SALVADORA VALLINA ORVIZ Y CEFERINO RODRÍGUEZ VALLINA, como presuntos cómplices de bandoleros, y de lo actuado resulta:

Que según las declaraciones presentadas en el atestado instruido por la Guardia Civil, MANUEL RODRÍGUEZ TORRES, padre de AMELIA Y CEFERINO y esposo de SALVADORA VALLINA, desde hace más de dos años se venía dedicando a auxiliar y a servir de enlace a diferentes partidas de bandoleros, especialmente a la capitaneada por el conocido CAXIGAL, auxilios que prestaban toda la familia, consistentes en el suministro de víveres, noticias, lavado de ropa y enlace con elementos relacionados con los bandoleros; al ser detenidos fue hallada a unos cien metros de la casa, en terreno propiedad del detenido, un refugio que, según manifestó, fue construido por los bandoleros con su consentimiento, y dentro del mismo había una máquina de escribir marca ROYAL de carro grande que hace tiempo le hubiera entregado para guardar el conocido por ALADINO; también en la casa fueron halladas dos cajas con tipos de letra de imprenta que estaban destinadas al CAXIGAL y que había recibido por conducto del cura de Blimea DON FÉLIX PASTOR; igualmente la Fuerza Instructora se incautó de un aparato de radio

marca INVICTA de cinco lámparas, N. 82.838, que según manifestó el detenido le había sido comprado por los citados bandoleros como recompensa a sus auxilios. Por todo ello fue detenida la familia antes referida la que ante este juzgado se afirma y ratifica en sus anteriores manifestaciones, salvo la AMELIA que manifiesta que su anterior declaración la firmó obligada por la Fuerza Instructora, añadiendo que ignoraba que su casa sirviese de refugio por los bandoleros, y que si prestó un servicio a un individuo designado por el calificativo de EL LARGO lo hizo ignorando si se trataba o no de un bandolero, ya que en su casa, donde le vio un par de veces, se hacía pasar por viajante de comercio. También SALVADORA VALLINA ORVIZ dice que ignoraba la existencia del refugio que los bandoleros tenían construido en la finca de su propiedad. Por lo que se refiere a CEFERINO RODRÍGUEZ VALLINA, declara haber servido de enlace entre EL CAXIGAL y el cura de Blimea DON FÉLIX PASTOR.

Por la fuerza instructora se procedió a sí mismo a la incautación de una máquina de imprimir marca BOSTON, de sobremesa, a palanca, tamaño interior de rama de 23 por 32 centímetros, sin tintero, con plato circular para la tinta que dentro de su correspondiente embalaje venía consignada al ya citado sacerdote pero con destino al CAXIGAL.

Por lo que se refiere al sacerdote, DON FÉLIX PASTOR MURO, no ha podido prestar declaración por haberse ausentado de su parroquia sin autorización Superior para trasladarse, según parece, a VENEZUELA vía FRANCIA; declara en cambio su cuñada, la que manifiesta que ignoraba por completo que su cuñado tuviese relaciones con bandoleros cosa de la que por otra parte no le cree capaz no habiendo visto nunca por la rectoral persona alguna sospechosa. Dice igualmente que la máquina de escribir que venía consignada a nombre de su cuñado lo fue por corresponder con un favor al que a él le había hecho un individuo de Gijón al arreglarle los pasaportes para ausentarse al extranjero, pero que no tuvo arte ni parte en la adquisición, ignorando además su destino, limitándose sólo a facilitar su nombre como consignatario por haberle manifestado el individuo que le pidió el favor que, por no tener residencia fija, según le manifestó, no podía venir a su nombre propio.

Se encaminaron diligencias a la busca de dos individuos apodados EL LARGO y EL SABUGO, mencionados a través del procedimiento como enlaces de los bandoleros sin haber dado resultado las gestiones practicadas para la detención de ambos.

Por lo expuesto en los folios anteriores, se dictan autos de procesamiento contra los individuos citados al principio que prestan declaración indagatoria y a la que nada nuevo añaden al procedimiento.

Los procesados carecen de antecedentes penales y judiciales que de los mismos facilitan la Guardia Civil y Alcaldía de su residencia, si bien se añade que últimamente se dedicaban a auxiliar y proteger a los bandoleros.

Y creyendo el Juez que suscribe haber practicado todas las diligencias propias del caso se honra en elevar a V.S.I el presente procedimiento listo para la resolución que proceda.

Oviedo, 11 de marzo de 1950.

(firma) EL COMANDANTE JUEZ PERMANENTE

"Esto lo ha firmado esta mañana el juez en Oviedo. Como ves, se han borrado las huellas de tu existencia en la medida de lo posible, como que nunca te hemos tenido detenido", dijo el coronel Blanco, "…según convenimos", añadió.
Luis soltó los papeles, bajó el rostro y se pasó la mano por el pelo. Había pactado con el diablo, pero no le habían dejado otra opción. Sin embargo, un segundo de alegría, dentro de aquella enorme tragedia, le invadió cuando se acordó de lo que acababa de leer sobre Amelia en el texto; la enmienda en su declaración. El 15 de febrero pasado, Amelia había sido conducida, esposada, a la celda donde se encontraba Luis. La detención de su propia familia no le había pillado por sorpresa. Sabía que tarde o temprano ocurriría, después de la emboscada donde habían muerto Caxigal y sus hombres. La Guardia Civil había tardado una semana desde lo de La Peña en ir a buscarlos a ellos. Primero habían ido a por don Félix, que ya había escapado a los dos días de la detención de Luis. Lo supieron por su cuñada, que fue interrogada en la comandancia de Langreo, y luego puesta en libertad. Cuando el padre de Amelia se enteró, llegó a casa pálido, preguntando si había pasado por allí la Guardia Civil. Al ver que no era así, Manuel el Paxumal tenía la esperanza de que Caxigal se hubiera deshecho, como tantas veces le había pedido, de los papeles que le comprometían a él y a su familia; las dichosas listas que con tanto detalle le gustaba confeccionar. Lo maldijo por enésima vez, por no haber escapado como le había repetido tantas veces. Caxigal no habría tenido problema en marcharse, era un hombre libre, soltero. ¿Pero dónde iba a ir él, con dos hijos aún en casa, de dieciséis y doce años, y la mujer? No podían echarse al monte. Solo les quedaba esperar, y rogar para que Caxigal hubiera destruido cualquier evidencia que los comprometiese. No hubo suerte. A Manolo Paxumal y a su mujer, Salvadora, los fue a buscar la Guardia Civil a su casa el 14 de febrero por la mañana temprano. A Amelia la fueron a buscar al cementerio

una hora más tarde, de donde salía del entierro de su suegro. A su hijo mayor, Ceferino, lo fueron a detener a su casa. Los cuatro fueron llevados a la comandancia de Langreo, donde fueron interrogados. Allí Amelia, presa de los nervios y la rabia, declaró que conocía a los guerrilleros, que habían pasado por su casa y que eran todos unos desgraciados y que ojalá los hubiera matado ella misma. Lo dijo entre sollozos, entre gritos; la tuvieron que sujetar entre dos guardias. Por fin se calmó. Firmó la declaración con pulso tembloroso, entre hipidos, despeinada por el forcejeo, sudorosa, cansada. Esa misma tarde los cuatro miembros de la familia fueron trasladados a la cárcel central de Gijón, y al día siguiente los llevaron a declarar ante el juez y a identificar a Luis. Cuando abrieron la puerta de la celda donde estaba, Amelia tuvo que apartar la mirada. Luis estaba sentado ante una mesa, con ambas manos esposadas y apoyadas sobre el tablero, los dedos entrelazados, vendados. Miraba hacia abajo. Un guardia le gritó: "¡Que levante la cabeza el detenido para que se pueda efectuar su identificación!" Luis obedeció. Levantó la cabeza y su mirada se topó con la de Amelia, pero solo pudo sostenerla apenas un segundo. Los ojos de Amelia se llenaron de lágrimas. Luis tenía la cara deformada, los ojos hinchados y amoratados; La frente era el doble de su tamaño normal. Tenía cortes en la cara y en las manos.
"¿Qué te han hecho?, Dios mío…", murmuró.
"¿Reconoce usted al detenido?", le preguntó el guardia que la acompañaba.
Luis la volvió a mirar y asintió con la cabeza, y le dijo: "Amelia, recuerda lo que hablamos."
Amelia rebuscó en su cerebro. "Lo que hablamos… Hablamos de tantas cosas… Sí, ya… lo que hablamos en caso de detención. *Reconoce físicamente a los que te muestren para evitarte malos tratos y torturas, pero niega que estuvieras implicada; siempre declara que veías a gente por tu casa pero que desconocías las actividades. De esa manera te salvarás. Da la menor cantidad de datos posibles. Recuerda: puedes reconocer a cualquiera físicamente pero nunca digas que hiciste servicios sabiendo lo que estabas haciendo. Prométeme que lo harás, prométemelo. Yo sé lo que me digo. Hazme caso.*"
"Sí… lo reconozco. Es Luis Montero."
"¿Está usted segura?"
"Sí señor, estoy segura." Se la llevaron.
Luis recordó, con el documento firmado por el juez, el sonido de sus pasos por el pasillo, alejándose. Sí, había sido una chica valiente y lista.
"Hubiera preferido morir a palos, como el Largo", le dijo al coronel Blanco, con las manos sobre el documento firmado por el juez.
El coronel apretó los labios. No dijo nada.

“Y ahora, ¿qué va a ser de mí?”
“Ahora te vamos a escoltar hasta Madrid. Allí te interrogarán una vez más y después serás libre.”
“¿Cumplirán lo que pactamos sobre la familia del Paxumal?”
“¿Reducir las penas...? Sí. Te doy mi palabra.”

XXXVIII

Asturias, abril de 1950

El guardia Fernández era natural de Llanos de Somerón, en plena montaña asturiana, en la ladera opuesta del mismo valle donde está Pajares. Pero por Llanos no pasaba el tren, que solo se divisaba al otro lado del profundo valle, con la pluma de vapor dejando una estela tras de sí como la de un barco en el mar. Los pocos habitantes del pueblecito se dedicaban desde tiempo inmemorial a arrancarle a aquella ingrata tierra sus frutos con gran trabajo, y a la ganadería. Los padres del guardia Fernández tenían plantados en su pequeña huerta los famosos *arbeyos* azules, unos guisantes muy apreciados, y bajaban al mercado de Pola, incluso al de Oviedo, a venderlos. Al guardia Fernández, de niño, antes de ser el guardia Fernández, cuando solo era Miguelín, le encantaba bajar al mercado con su madre. Iban hasta Puente de los Fierros andando; su madre con una cesta de hermosos *arbeyos* en la cabeza, y allí se subían en el tren, que los llevaba a la capital. La primera vez que el guardia Fernández, o Miguelín, visitó Oviedo con su madre, tendría ocho años. La guerra había terminado en el norte hacía menos de doce meses y Oviedo estaba arrasada, pero los habitantes de la ciudad mostraban una gran actividad, y el mercado de El Fontán, los jueves y los sábados, era un hervidero de gente y animales, y si era cualquier otro día de la semana, en el mercado del Progreso siempre acababan vendiendo todo el contenido de la cesta. Si iban a Oviedo en invierno, a veces, cuando tenían que esperar a que saliese el tren, les cogía la noche y la ciudad, escasamente iluminada, ofrecía un aspecto fantasmagórico, con los palacetes de la calle Uría todavía en ruinas y sus jardines abandonados en los que habitaban lechuzas y, según decían algunos, los fantasmas de los que habían muerto durante el asedio. Los padres de Miguelín hicieron grandes esfuerzos económicos y, al ser el único hijo, consiguieron que acabara sus estudios de bachiller interno en un

seminario. Entonces Miguelín, a su vuelta, un día anunció que quería ser guardia civil. Sus padres se miraron y no dijeron nada; después de todo él sabría lo que hacía, era el que tenía estudios, y tenía dieciocho años. En septiembre del año 47 Miguelín se despidió de sus padres desde el vagón de tercera. Qué viejos se les veía, de pie en el andén, despidiéndolo solo con su presencia, sin grandes aspavientos, sin lágrimas, sin agitar sus manos, inmóviles al borde de la vía. Más de medio año estuvo en Úbeda, en la Academia de Guardias. Cuando llegó la hora de elegir destino pensó que echaba de menos su Asturias, verde, jugosa, tierna, aterciopelada. A la vuelta solo su padre lo esperaba en la estación.

"Madre ha muerto de unas fiebres. No te avisé para no molestarte y porque, en cualquier caso, no sé escribir." El guardia Fernández subió a Llanos a visitar la tumba de su madre, de uniforme; se quitó el tricornio y se arrodilló ante la lápida, que tenía flores frescas. No lloró porque a su madre no le habría gustado.

"Padre, mi destino es en Gijón y me voy a instalar allí. ¿Quiere usted venir a vivir conmigo?" El guardia Fernández le hablaba a su padre sentado en la cocina de su casa, con una sopa de ajos caliente ante él, con la guerrera colgada en el brazo del banco corrido y las manoplas en una esquina de la chapa de la cocina de carbón.

"Hijo, yo, de momento, me quedo aquí."

El guardia Fernández se fue a vivir a Gijón, a la casa cuartel de Aboño. En los días de lluvia, cogía el tranvía cerca de El Musel y lo llevaba hasta la puerta misma del cuartel. Si no llovía, iba caminando. Eran unos siete kilómetros, tardaba casi una hora si iba a buen paso; al guardia Fernández le gustaba caminar y también madrugar. Al amanecer, cuando el día empezaba a despuntar, una vez pasado el puerto comercial, le llegaban bocanadas de aire fresco con olor a mar.

Poco después de su incorporación al cuartel, llevaba allí poco más de un mes, fue cuando detuvieron a Montero. El guardia Fernández era callado y discreto, pero muy observador. Le habían destinado a la oficina, de momento, porque era ordenado, sabía mecanografía y no cometía faltas de ortografía. Le tocó estar presente cuando le tomaron declaración a Luis. *Primer apellido: Montero. Segundo apellido: Álvarez. Natural de: Oviedo. Provincia de: Oviedo. Fecha de nacimiento: 30 de abril de 1908. Hijo de: Francisco. Y de: María. Estado civil: soltero. Otros nombres: el Sabugo.* Y al otro detenido. *Nombre: Luis. Primer apellido: Menéndez. Segundo apellido: Prieto. Natural de: Sotrondio. Provincia de: Oviedo. Fecha de nacimiento: 2 de junio de 1913. Hijo de: Asunción. Y de: - . Estado civil: casado. Otros nombres: el Largo.*

Pasado un día le tocó estar presente en el segundo interrogatorio del Largo. El coronel Blanco quería que se tomase nota de todas las

conversaciones, palabra por palabra, porque había recibido un chivatazo de que estos dos eran peces gordos y no quería perderse nada. A Fernández y a otro guardia también rápido con la pluma los sentaron en una mesa en un rincón de la sala de interrogatorios.
Detenido: "¡No me peguen más, por mi madre se lo pido! ¡Les contaré todo! ¡Colaboraré en lo que quieran!"
Guardia Cueto: "Mira… tenemos un valiente. ¿Qué hacemos?, mi teniente."
Teniente Argüelles: "Ya está bien de solfeo… ¡Habla! ¿Quiénes sois?"
Detenido: "Está bien, está bien… ¿Pero me dan su palabra de que a cambio me van a proteger?"
Teniente Argüelles: "Puedes estar seguro de ello. Sabes que no eres el primero y seguramente no serás el último."
Detenido: "Yo soy un enlace, un enlace del grupo de Manolo el Caxigal. Yo hago servicios para los *fugaos*, como pasar notas y avisar de detenciones o de movimientos de las fuerzas del orden… pero les juro por mi madre que nunca he *matao* a nadie, nunca he *estao* en una emboscada y…"
Teniente Argüelles: "Está bien, te creemos… Sigue."
Detenido: "Él, Luis Montero, él es el que les interesa. Es un cuadro venido de Francia. Lo manda el partido a organizar lo que quedó deshecho después de lo del Bójer. Es un pez gordo; es, seguramente, lo más grande que haya caído en manos de las fuerzas del orden nunca en esta región. Más que Ferla… Lo sabe todo, todo. Yo no sé nada. Yo soy un *mandao*."
Teniente Argüelles: "¿Tú sabes dónde está el Caxigal?"
Guardia Cueto: "¡Contesta, *desgraciao*!"
Teniente Argüelles: "Ya está bien, Cueto… Habla, Largo… ya sabes que estás entre amigos… Cueto, puede irse. Déjeme aquí y tráiganos un café y un coñac, que vamos a hablar."
Detenido: "¿Y esos dos?"
Teniente: "Esos dos, hazte a la idea de que no están ahí."
Detenido: "¿Qué escriben con tanta rapidez?"
Teniente: "No te preocupes… Imagínate que estamos solos."
Detenido: "Está bien…. Sí….Caxigal tiene un refugio cerca de El Condado, más *p'arriba* en la montaña, cerca de La Ferrería. Yo no lo conozco, pero sé que existe porque me hablaron de él en muchas ocasiones. Montero lo sabe todo. Estuvo ahí muchas veces. Pregúntenle a él."
Teniente Argüelles: "Ya… ya le estamos preguntando, pero no es tan inteligente como tú y no nos quiere decir nada… En una de estas no sale del interrogatorio. Pero tú eres mucho más listo que todo eso y estás haciendo muy bien en ayudarnos; te vas a salvar. Y, dime, ¿el Caxigal suele estar solo en ese refugio?"

Detenido: “No; van todos sus hombres por allí, unos ocho o nueve de cada vez. Pero ya le digo que yo no sé cómo llegar…”
Teniente Argüelles: “¿Y quién le apoya? ¿Tiene muchos ayudándole? Cueto, ponga los coñacs aquí.”
Detenido: “Hay un par de familias de la zona de Langreo que los ayudan.”
Teniente Argüelles: “¿Y tú conoces a esas familias?”
Detenido: “Sí, señor… He estado en sus casas en varias ocasiones… Pero no quiero seguir hablando sin que me asegure una cosa…”
Teniente Argüelles: “¿Qué cosa?”
Detenido: “Quiero que me certifiquen que van a sacarme a mí y a toda mi familia de Asturias si sigo hablando. No diré ni una palabra más hasta que no vea a mi familia a salvo en Madrid en casa de una prima mía. Luego quiero que nos lleven a todos a una gran ciudad y nos cambien los nombres, cartillas nuevas, documentos nuevos, todos con nombres nuevos. Les aseguro que no se arrepentirán.”
Teniente Argüelles: “¿Cómo puedo saber que lo que vas a contar merece la pena?”
Detenido: “Se tiene que fiar de mí, igual que yo me fío de usted.”
Guardia Cueto: “Tú eres un *desgraciao* y tienes que dar gracias que estás vivo, así que no vengas con esas…”
Teniente Argüelles: “Cueto… Cueto… déjelo.”
Detenido: “O le dice a este que salga o yo no sigo hablando.”
Guardia Cueto: “Me cago hasta en tu…”
Teniente Argüelles: “Cueto, basta. Salga de aquí.”
Cueto: “Sí, mi teniente”.
Detenido: “Le voy a dar un dato para que Montero hable. Díganle que fue el cura el que se fue de la lengua. Hágame caso, eso lo va a desarmar.”
Teniente Argüelles: “El cura… ¿Está seguro de que funcionará?”
Detenido: “Mano de santo, ya verá. Y ya no voy a contarles más hasta que no cumplan su parte del trato… Ya verá cómo no se arrepiente.”
Teniente Argüelles: “Veo que te estás animando y, ¿sabes?, creo que haces muy bien; haces muy bien en ayudarnos porque esas alimañas tienen sus días contados. Y tú estás ahora en el bando de los vencedores. Eres un tipo listo. Se ve enseguida. Si nos cuentas todo lo que sabes te daremos a cambio una identidad nueva, una vida nueva, para empezar de cero, para ti y para tu familia.”
Detenido: “Entonces, ¿me asegura que nos sacarán a todos de aquí? A toda mi familia, digo.”
Teniente Argüelles: “Sí, te doy mi palabra.”
Detenido: “¿Y a Montero? ¿Qué le va a decir a Montero?”
Teniente Argüelles: “No te preocupes… Le diremos que moriste como un valiente en el interrogatorio.”

El guardia Fernández pudo ver la cara del Largo después de las palabras de despedida del teniente tras levantarse de la mesa, antes de salir de la sala de interrogatorios. El detenido se quedó mirando a la puerta, como mascando aquellas últimas palabras que el teniente le había dicho con la manilla en la mano… *Le diremos que moriste como un valiente*. Fernández vio cómo el Largo se encogía de hombros, sonriendo, y cómo se pasaba las manos por la cara y luego por el pelo. Se lo llevaron a su calabozo.

El guardia Fernández se tomaba su café de la mañana en la pequeña cocina de su piso de la casa cuartel. La ventana daba a un patio interior y se oían las voces de los demás moradores de aquel edificio. Algún llanto, alguien que cantaba, un cagamento que otro, la rutina diaria. Pensó que en aquel edificio se sentía como en una colmena; cada celdilla habitada por un ser humano, cada inquilino con una historia, una vida independiente de las demás, aunque íntimamente ligadas. ¿Era culpa suya la falta de contacto humano? Sus padres nunca habían sido de mucho hablar; ambos personas de pocas palabras, pero sociables. En su casa se podían pasar horas sin abrir la boca. Ni en el desayuno ni en la comida ni en la cena se cruzaba una sola palabra a no ser que hubiera algo que contar, que era casi nunca. Largos silencios a los que estaba acostumbrado, con los que había crecido y que no le molestaban. En el pueblo todos los conocían; siempre había un saludo, una despedida. Pero se trataba, decididamente, de una familia callada. En el internado de curas había conocido a varios chicos, pero había perdido el contacto con ellos tras acabar allí los estudios. En la Academia de Guardias de Úbeda había hecho algún amigo, y habían ido alguna vez a los bares del pueblo, a tomar un trago o a dar paseos. Él era de los que se quedaba al margen de la conversación, de los que escuchaba atentamente lo que los demás tenían que decir, pero sin intervenir, sin dar su opinión, sólo observaba y escuchaba. Si uno le decía "Y tú, Fernández, que estás tan callado, ¿qué opinas?", él siempre contestaba lo mismo: "No sé… Es una cuestión que tendría que pensar algo más." Se había convertido en un gran experto de los patrones de comportamiento, del lenguaje corporal, de lo que las expresiones faciales, en realidad, delataban del interlocutor. Podía desenmascarar al exagerado, al mentiroso, al lameculos, al falso, al tímido, al que decía la verdad, al histriónico, al narcisista, al antisocial. Pero eso solo lo sabía él, porque a nadie le había contado su habilidad especial, desarrollada durante años de silenciosa observación, perfeccionada en los lugares donde había estado en contacto con individuos cuyas personalidades diferían enormemente, lugares que eran un crisol de especímenes humanos a los que estudiar en silencio.

Al guardia Fernández no le importaba el hecho de que llevase

ya en aquella casa cuartel de Gijón casi dos meses y aún no hubiera hablado con nadie de los que allí moraban. Siempre salía temprano por la mañana, y regresaba por la noche, y nunca se encontraba con nadie, salvo grupos de chiquillos que jugaban en el descampado que había al otro lado de la carretera. Desde la detención de los dos bandoleros iba al cuartel con paso más ligero, con la esperanza de que hubiera interrogatorio ese día para poder poner a prueba sus conocimientos sobre las múltiples personalidades, sobre los diferentes patrones de comportamiento, que él había aprendido con la simple observación. Estaba encantado de que le hubiesen ordenado estar presente en las conversaciones, cosa que le pareció facilísimo, porque era lo que siempre había hecho: escuchar y estar callado, pasar inadvertido.

Él había sido el transcriptor de todos los interrogatorios de los dos detenidos principales. El Largo había pasado de ser sumiso como un cordero al principio de los interrogatorios, a verse en una situación de cierto poder, donde sus conocimientos sobre los guerrilleros podían valerle la libertad a él y a los suyos. Era una personalidad que no estaba exenta de algo de narcisismo, ya que se creía más importante de lo que en realidad era, pero no quería perder el favor del coronel Blanco ya que, al fin y al cabo, su vida dependía de él, así que, cuando tuvo más confianza y se vio fuera de peligro, le reía las bromas a los guardias y a los cabos, casi como si fuera uno más de ellos, y decía amén a todo lo que salía de boca del coronel Blanco, o de cualquier oficial. Al principio hablaba del otro detenido en tono neutro, pero en cuanto se dio cuenta de que su colaboración, efectivamente, estaba dando sus frutos y las palizas habían cesado y su familia estaba a salvo, se volvió resentido hacia él, incluso envidioso cuando supo que se le iba a perdonar la vida también, aunque se le dijo que había sido por la intervención de su familia. El guardia Fernández, sentado en la minúscula cocina de su casa, recordó la cara del Largo cuando por fin fue puesto en libertad y fue a recoger sus cosas: las nuevas cartillas y los nuevos carnés para toda la familia, los pasajes del tren a Madrid, al anonimato. No había arrepentimiento en su rostro, ni vergüenza. Recibía aquella vida nueva, aquella segunda oportunidad sin remordimientos, como algo que le era debido. ¿Cómo podría aquel hombre, el Largo, cargar con su conciencia? Había delatado a los hombres con los que había luchado por una causa en la que, claramente, no creía. Y, además, no había pestañeado al ser informado, a todas luces a propósito, por el coronel Blanco, de las desgracias que le acaecían al otro detenido gracias a su colaboración. El otro detenido, el Sabugo, había recibido unas palizas que le habían dejado inconsciente en varias ocasiones. Era un hombre abatido, derrumbado, desorientado, que no sabía por dónde tirar.

Efectivamente, la noticia de que la delación había salido de la boca del cura lo había desconcertado, y había causado más efecto en él que el hecho de que le arrancaran las uñas o le inyectaran el suero de la verdad. La confusión lo había desarmado, y el coronel Blanco lo sabía. Era un viejo zorro ese coronel. También habían llevado a dos de sus hermanos a la comisaría, quienes le habían dicho que estaban haciendo todo lo posible para que no lo mataran, pero que él tenía que colaborar. Nunca había visto tanta pesadumbre en la mirada de un hombre, ni tanta congoja. Le habían quitado, a base de engaños, todo lo que tenía: la libertad de elegir y la cordura.

Fernández le dio el último sorbo a su taza, en el fondo de la cual vio las minúsculas partículas de café, el poso negro que la leche no había logrado disolver. Volver a aquella comisaría de la que ya habían salido el Largo, con nueva identidad, y el otro detenido, escoltado a Madrid; volver allí, de repente, se convirtió en una tarea repugnante para el guardia Fernández. ¿Qué era aquel lugar? Un sitio donde las peores personalidades afloraban, donde se premiaba a los mezquinos, a los mentirosos, a los delatores; donde los guardias iban a trabajar todos los días a sabiendas de que se iban a encontrar escenas duras, difíciles de digerir. No era un trabajo fácil; desde luego, no era lo que él se esperaba. ¿Y qué era lo que él esperaba? No recordaba en qué momento había decidido meterse en el cuerpo de la Guardia Civil, ni por qué. ¿Había creído, tal vez, que podría aprender más sobre el comportamiento humano, sobre las diferentes personalidades, observando a los variopintos personajes que pasarían por allí? No se había equivocado del todo. Pero las escenas eran demasiado duras; la mezquindad humana, agobiante; el odio, palpable; la mentira, moneda de cambio; la violencia, una herramienta de trabajo más. El ser protagonista de todo aquello sin poder pararlo era demasiado para él. En la comisaría estaba condicionado por su circunstancia como guardia. Efectivamente podía elegir cómo pensar, pero no cómo actuar en cada momento; no era libre, estaba atado a la estricta cadena de mando. ¿Cómo no lo habría pensado antes? Sintió que debía tomar las riendas de la situación antes de que fuera demasiado tarde.

Una mañana, en que ya iba muy avanzada la primavera, el padre del guardia Fernández estaba quitando las malas yerbas a las plantas de guisantes, que estaban muy crecidas. Vio a alguien subir por el camino de la casa. Le pareció que era su hijo, pero no… No llevaba uniforme. La figura levantó una mano, en ademán de saludar. El padre del guardia Fernández se apoyó en la *fesoria* a esperar, en silencio.

“Padre, he dejado el cuerpo. Vengo con usted al pueblo.”

No dijo nada. Pensó que su hijo, que era el que tenía estudios, sabía lo que hacía.

“¿Y por qué no me avisaste antes?”
“Porque usted, Padre, no sabe leer.”

XXXIX

Toulouse, febrero de 1950

Queridos camaradas:

Estoy viviendo momentos horribles. No tengo por qué ocultaros que estoy luchando contra una crisis y un abatimiento imposibles de describir. Vuestras palabras me golpean como martillos produciéndome un dolor profundo. Pero gracias a ellas mi conciencia, aunque tarde, se libera.

Hoy reconozco que no he tenido la valentía de ser sincero con el Partido y me doy cuenta de lo que ello representa en un comunista de mi experiencia, que ha contado con la confianza del Partido y ha ocupado cargos responsables. Conmigo mismo no he sido sincero, porque me he esforzado en adormecer mi conciencia. De todo ello queda en pie un hecho que ninguna consideración puede ocultar: no le he dicho la verdad al Partido. La falta de sinceridad y el orgullo me han podido.

Todo lo que me pasa hoy, por mucho que me atormente, lo veo razonable y justo. Me lo he merecido para mi vergüenza. No podíais proceder de otro modo ante mi actitud, porque la conducta de un militante comunista, máxime si ocupa un puesto responsable, debe ser en todo momento transparente. Los camaradas tenían el deber de alarmarse y no cejar hasta que las causas de mi conducta sean debidamente aclaradas. Así pues reconozco que vuestra actitud conmigo es la que corresponde a verdaderos dirigentes comunistas.

Sé que las palabras tienen poco valor y que las mías, después de lo sucedido, no se les puede dar mucho crédito por cuanto he mostrado mi falta de sinceridad. No obstante, en estos momentos críticos de mi vida, permitidme que antes de empezar diga unas pocas cosas. Siento una necesidad imperiosa de decirlas, no sólo porque me sirven de consuelo, sino porque cualquiera que sea mi suerte no quiero que mi partido dude de mí. Y, al ver mi conducta, ha llegado a dudar.

Ingresé en el Partido hace 18 años. Me he esforzado por ser un buen comunista y vosotros no me habéis regateado vuestra ayuda. He vivido para el Partido, porque el Partido ha sido y es mi vida. He cometido

faltas y errores graves, y ha habido veces en las que no he estado a la altura de la responsabilidad y de la confianza que se me otorgaba. De ello me he arrepentido y me arrepiento. Pero durante toda mi vida he amado al Partido con lo mejor de mí mismo y me esforzado por darle lo mejor que tenía. De esto me enorgullezco.

No es ningún mérito permanecer fiel al Partido cuando no se ha pasado la prueba suprema. Pero he tenido siempre la convicción de que ni las torturas ni la muerte me habrían arrancado mi honor de comunista. Por ello, con un sentimiento de orgullo legítimo, acepté las misiones que el partido me confió. Sabía que en la empresa podía perder la vida y más de una vez he pensado en ello, pero siempre estuve seguro de que llegado el momento sabría ser fiel al Partido y a mi pasado, sabría morir como corresponde a un comunista.

Nunca he abandonado la fe en nuestra causa y en la victoria. He sentido el orgullo de pertenecer al Partido y de luchar por una causa tan grande. Vosotros habéis hecho todos los posibles por forjarme y educarme y habéis sido no sólo maestros, sino también hermanos. Me habéis rodeado de todo vuestro afecto.

Al cabo de todo este tiempo, me encuentro en la situación de un hombre del que se duda y al que se suspende en sus funciones. Todo ello por culpa mía, porque no he sabido hacer honor con mi conducta a la confianza que el Partido me ha otorgado. Me doy cuenta de la importancia que tiene para el Partido el poner en claro las causas de mi conducta. Para mí, ello es decisivo. Dadas mis tremendas faltas sé que no puedo ser considerado como en el pasado y que solo el porvenir dirá si seré o no capaz de merecer la confianza del partido. Pero quiero merecer hasta la muerte el honor de ser considerado como miembro del Partido comunista.

Por ello, y para empezar, me desembarazo y renuncio a todas las explicaciones dadas hasta ahora, porque reconozco que ninguna de ellas es el origen de mi conducta. Así pues, acepto todas vuestras críticas.

El camarada Santiago ha dicho que después de mi viaje a Asturias no soy el mismo. Me encontraba cansado, con ganas de acostarme y, aunque trataba de impedirlo, poco a poco me iba ganando un estado de ánimo desmoralizador. Esto tenía repercusiones en mi estado físico: el dolor de estómago renacía a veces alternándose con el de muelas. Pero más importante eran los vahídos que últimamente y de forma repentina se sucedían con frecuencia hasta casi desvanecerme. Esto empecé a sentirlo en la época del hambre, pero ahora no podía ser esa la razón. Fui al médico para que me dijera las causas de esos síntomas pero para él era el cansancio y preocupaciones. En efecto, esto es el sistema nervioso, esto procede de la cabeza, de mi estado de ánimo.

Lo que yo estaba haciendo era tratar de tranquilizar mi conciencia, tratar la forma de ahogar mi malestar, originado por mi responsabilidad en lo ocurrido en Asturias, tratar de ocultar mis

debilidades al partido no contándole la verdad. Poco importa si he tenido o no plena conciencia de mi falta y de mi conducta posterior. Lo que de ellos queda en pie, sin lugar a dudas, es que engañé al Partido y no sé cómo he llegado a cometer esta felonía. Si hoy confieso las causas de mi situación es gracias a vosotros que habéis llegado al fondo de la cuestión y me habéis hecho ver la situación a la que he llegado.

El camarada Uribe me encomendó la tarea de Asturias. Recuerdo que no sentí la misma alegría que en ocasiones anteriores. Tengo cierta experiencia del trabajo en la ciudad, donde creo que puedo desenvolverme. No es lo mismo en el monte. Del monte no conocía más que las fatigas físicas del paso de los Pirineos a pie, que me sumen a veces en un estado lamentable y que las remonto a fuerza de voluntad. Además, esta sería la primera vez que iba a las guerrillas, donde la lucha tiene un carácter abierto y se arriesga la vida cada día. Junto a esto la misión era complicada. En los pocos días que tuve desde que el camarada Uribe planteó la cuestión hasta mi salida, pensé que la tarea era más difícil que las anteriores, pero me mostré dispuesto a marchar, y no sólo por amor propio, sino también porque me creía capaz de cumplir la misión con honor.

A Montero lo conocí aquí en Francia en una reunión, así que me extrañó su recelo cuando por fin logré enlazar con él en Gijón. Acababa de ocurrir lo de "El Marico" cuando se habían perdido tres hombres que él consideraba buenos, y no sabía qué repercusión podía haber tenido aquello en los otros, que estaban en el monte, y de los cuales no tenía noticia. Decidimos salir a Santander y luego a San Sebastián, para mayor seguridad, hasta recibir información de cómo había quedado la cosa. Mi estado de ánimo no era malo pues me sentía con facultades, quizá porque me encontraba en la ciudad. Yo esperaba la comunicación del Buró, y confieso que abrigaba cierta confianza de que me llamara sin tener que subir al monte, cuya perspectiva me impresionaba. En este orden mi estado de ánimo no era pues el que necesitaba.

La primera cuestión que me planteó Montero fue su ferviente deseo de salir. Yo le expliqué qué es lo que el Partido exigía de él y cómo su rápida salida estaba condicionada a que se enderezara la situación. Aparentemente aceptó la responsabilidad y me sorprendió que tuviera que luchar tan poco para convencerle. Cuando le pedí números, me di cuenta de que del Partido sabía poco. Daba una cifra general aproximada, pero se veía que, orgánicamente, en la mayoría de los lugares no estaba debidamente estructurado y no funcionaba propiamente como tal. De los cuadros, me dio la impresión de que en su mayoría no los conocía. Esto trataba de ocultarlo diciendo que era muy delicado dármelo sin que la dirección del Partido me revistiera de autoridad, que era la comunicación que estábamos esperando del Buró. No obstante quedamos que como no lo tenía en la memoria me enviaría las características de los hombres

principales y los datos más precisos de organización, en clave, bien al Buró, bien a mí. Como me dijo que había olvidado las claves y la forma de escribir, yo le indiqué algunas formas que podía emplear. Hablamos de los elementos provocadores o dudosos, de acuerdo con las instrucciones que tenía. Él no estaba de acuerdo porque consideraba que había que traerlos a Francia para quitarse ese peso de encima, pero aceptó. Hablamos de sacar a algunos buenos que se estaban descomponiendo, no le parecía muy acertado, pero también aceptó. Hablamos de las medidas que se debían tomar para limpiar la agrupación y para asegurar en el monte el trabajo de la Dirección del Partido.

Pasaba el tiempo y seguíamos sin noticias. Al final volvió a plantear su problema. Dijo que sabía que iba a morir como un perro, que no podría aguantar el invierno, que el Buró, sabiendo su situación, le había prometido volver en 5 o 6 meses. Aquí insistió mucho con mal ánimo, diciendo y dando a entender que el Buró le había engañado. Yo le amenacé con destituirle en ese momento y dio marcha atrás. Pero su ánimo no era bueno. Quedó más tranquilo después de conversar bastante y de decirle que los hombres que tenía el Buró para Asturias podrían sustituirle pronto si se enderezaba la situación. Y así quedó. Pero yo tenía que haber procedido enérgicamente y con plena responsabilidad al ver su estado de ánimo que no podía ofrecer garantías. ¿Qué debería haber hecho? Dejar montado un enlace con el Buró y marchar con Montero al monte, que me presentara a la gente y sustituirle hasta recibir nuevas instrucciones, procediendo con toda responsabilidad. Pero no me consideraba capaz de ello.

Él volvió a enlazar con la agrupación y yo me quedé en San Sebastián esperando vuestras noticias. Montamos citas en Asturias y San Sebastián. Al poco tiempo llegó Martínez con Juan y con las nuevas instrucciones del Buró, las vuestras. Fuimos a Asturias y puse a Juan al corriente de la situación, de las discusiones con Montero y de su estado de ánimo. Le dije que confiaba ahora más que Montero nos ayudaría a resolver los problemas porque su presencia le daría la perspectiva de salida rápida. En Oviedo decidimos separarnos. Juan se quedó allí, y Martínez y yo fuimos a Gijón, para enlazar allí con Montero. Yo sabía que mi deber era subir al monte, ver a los camaradas, discutir con ellos, darme cuenta exacta de la situación, no sólo porque era una necesidad del Partido, sino porque yo había aceptado y merecido esa misión, aunque era evidente que eso me impresionaba. Yo no tenía una idea clara de las condiciones en las que tendría que trabajar en el monte y calculé que tendría que quedarme allí quince días. Me alegré cuando Martínez anunció que subiría conmigo. Subí con las cosas que creía indispensables para ese tiempo. Si yo pensaba en un periodo tan breve, limitándomelo yo de hecho, era porque me imaginaba que el trabajo habría de realizarlo en medio de probables encuentros con la Guardia Civil. Me cuesta trabajo y hasta vergüenza

reconocerlo, pero esto se parece mucho al miedo.

Subimos y estuvimos reunidos con Montero, Cagigal y El Ruso. La situación se había agravado aún: El Gitano había desertado de la Agrupación y se había pasado a los socialistas donde, con toda evidencia, iba a realizar una actividad de provocación. El Peque y Quintana habían desertado. Uno o dos compañeros estaban en malas condiciones físicas. En esa situación la agrupación corría grandes riesgos. Les dije que las medidas a tomar eran alejarse de los puntos de apoyo conocidos y rehuir de encuentros con la Guardia Civil. Aquí discutimos mucho. Decían que no había zonas tranquilas, que las zonas campesinas, además de alejarles del centro principal, la cuenca minera, ofrecían menos condiciones de seguridad porque los campesinos no tenían la misma predisposición que los mineros, etc. En realidad no quedaron muy convencidos de buscar nuevas bases, porque eso les dificultaría la vida, los suministros, etc. Pero quedaron en prescindir de los puntos de apoyo más peligrosos y en esforzarse por abrir otros nuevos. Gran parte de la noche nos llevó este problema.

Con Montero hablé de encontrar puntos de apoyo también en las ciudades, casas donde en caso extremo los camaradas pudieran refugiarse. A pesar de todo no vi gran entusiasmo en abandonar los lugares conocidos. Lo que había que plantearse con plena responsabilidad era si había o no condiciones para continuar. Me daba cierta confianza la presencia de Juan pues pensaba que la actitud de los demás se debía, en parte, a las fallas de Montero como dirigente. La presencia de Juan en el monte me daba esperanzas.

Todos los camaradas se opusieron a que nos quedáramos en el monte expresando cada uno un montón de inconvenientes. Que ya con Juan serían hasta demasiados para protegerse y suministrarse en las condiciones en las que estaban, teniendo que huir y andar de la Ceca a la Meca, porque había mucho movimiento de fuerzas, que la nieve se les echaba encima y podía paralizarles por mucho tiempo permaneciendo aislados, que no podíamos vernos con otros camaradas porque estaban en la otra margen del río Nalón y no podía pasarse, y otros andaban por la zona de Peña Mayor. Insistimos, pero reconozco que no insistí como debiera, y no estuve a la altura de mi responsabilidad y misión. Con mi autoridad habría podido imponerme sin muchas dificultades, a condición de tener la moral bien dispuesta, a correr todos los riesgos que esa decisión comportaría. Pero lo que sucedió de hecho es que me plegué a esos argumentos justificando con ello en mi fuero interno mi propia debilidad, tranquilizando con ellos mi conciencia. Esto es lo que se me ha dicho. Cubrí las formas. Yo creo, por vergonzoso que sea, que cogí miedo. Sólo así puede explicarse mi conducta, porque es mezquino e impropio de un comunista pretender justificar el incumplimiento de una misión tan importante usando la impotencia física en la montaña como excusa.

Primero porque, por mucho que sufra, mi estado físico no es tan deplorable, y segundo, porque un comunista de mi responsabilidad no puede arredrarse por ese género de dificultades cuando está en juego algo tan importante y tan sagrado.

Así pues, no haciendo honor a la misión que se me confió, bajamos al día siguiente Martínez y yo dejando allí a Juan, cuando lo que tenía que haber hecho es meditar la situación con Juan sin precipitarme. Pero yo ya había perdido el sentido de la responsabilidad. Así, sin el tiempo necesario, hablé con Juan rápidamente sobre la situación, que Montero, ahora que veía la posibilidad del relevo, tendría mejor ánimo. Le dije que lo fundamental era dejar de usar los puntos de apoyo conocidos, etc., y que esperaba noticias suyas. Que yo me quedaría más tiempo si los demás lo juzgaban necesario. Pero ni Juan ni los otros camaradas consideraron mi presencia necesaria. Y es lógico: no tenían ninguna necesidad de un responsable comunista que no sabía estar a la altura de su misión. Montero bajó y no nos dio cuanto nos había prometido: los informes precisos y concretos sobre el Partido en Asturias. Así pues no cumplí mi misión en ningún sentido.

El primer latigazo es cuando Santiago me dijo que no había tenido sentido de la responsabilidad al responder a su pregunta diciendo que había condiciones para estar en el monte. Y yo respondí eso porque en el fondo no tenía confianza de que pudieran ser tomadas todas las medidas que les pusieran a resguardo. No me plantee evitar la subida de Juan ni la evacuación de los camaradas principales, quizás tuve miedo a decidir una solución semejante, sin agotar todas las posibilidades. Los camaradas han dicho con razón por qué no me quedé yo a correr la misma suerte que los compañeros, a ayudarles a remontar la situación con mi presencia y capacidad. Ahí ha tenido que decidir que tuve miedo.

Pero si yo no tenía el coraje de quedarme, ¿por qué permití la subida de Juan? Todo eso me vuelve loco, camaradas.

Camaradas, reconozco y acepto toda mi responsabilidad. Me doy cuenta de que me he hecho merecedor de las más severas decisiones y que el Partido debe sancionar mi orgullo, mi falta de responsabilidad, porque no he hecho honor a ello. A pesar de ellos, camaradas, juro por todo lo más sagrado que no soy capaz de traicionar, que en cambio soy capaz de quitarme la vida cien veces antes de manchar el nombre del Partido, y mi honor de revolucionario. Mi vida es del Partido.

Después de todo lo ocurrido no tengo derecho a pedir nada. No obstante os diré que confío que me concedáis el honor de luchar por la causa sagrada del Partido hasta el último suspiro de mi vida. En mi puesto responsable no he sido capaz de hacer honor a vuestra confianza, en la base del partido, modestamente, concederme ese honor. Desearía entrar de nuevo en España no como castigo sino a trabajar como simple militante entre los trabajadores. Si ello no es posible dejadme aquí en la base. Ello

me ayudará a ser más modesto y a aprender a tener una conciencia proletaria más firme.

Sé que vuestra decisión será no solamente la más justa, sino también aquella que me ayude en estos momentos críticos de mi vida.

Camaradas, perdonad el retraso. He necesitado de todas mis fuerzas para escribir esta carta y si mi conciencia se ha ido liberando, la responsabilidad de mi falta me enloquece. A vuestra disposición, recibid cordiales saludos comunistas.

Julio.

“¿Qué dices?, Uribe.” Santiago miraba fijamente a su interlocutor, que había bajado los papeles en claro signo de haber acabado con su lectura.

“Bueno, esta autocrítica nos sirve para quitarnos parte de la responsabilidad ante el resto del buró. En ese sentido es un documento cojonudo, y lo mejor es que Julio lo escribió *motu proprio.”*

“Sí. Casi no hizo falta presionarle. Una pequeña reunión y salió todo. Claramente era un inútil, no valía para la misión. Nos equivocamos con él.”

“¿Seguimos sin informes de lo que queda en Asturias, entonces?”

“Ya ves, Montero no quiso soltar la mosca… Menudo pájaro. Nos estaba haciendo chantaje. No quería darnos esas cifras más que en persona. Era su salvoconducto para salir del país. Y ahora todo se ha desmoronado.”

“¿Solo quedó él?”

“Así es, Uribe. Solo queda en pie Montero, que en estos momentos está en manos de la Guardia Civil en Gijón.”

“Él lo sabe todo.”

“Todo”, contestó Santiago mientras apagaba el cigarrillo con una mano en un cenicero lejano y con la otra buscaba su cajetilla en un bolsillo de la chaqueta, adoptando una postura que recordaba a un saltador de vallas.

“Lo necesitamos con vida”, dijo Uribe, mirando al infinito.

“De momento sigue con vida, lo cual nos extraña. Parece ser que su familia está mediando. Pero no sabemos nada con seguridad. Hay que esperar. Tenemos un enlace que tiene contactos con el cuartel de la Guardia Civil de Gijón. Esperaremos a ver si nos dice algo.”

“¿Y Julio? ¿Qué vamos a hacer con él?”

“Enterrarlo.” Y Santiago soltó una sonrisa de medio lado. Al ver la cara de alarma de su compañero añadió: “Ha aparecido muerto en su casa esta mañana. Su viuda nos entregó esta carta. Se colgó de una viga del desván.”

“Bueno. De nuevo eso nos facilita las cosas.”

“Sí, porque con esta carta que ha dejado se echa la culpa, en parte, al haber fracasado en su misión, que era sacarle a Montero las cifras y

los nombres del partido en Asturias. Y, al estar muerto, no se puede ahondar más en la investigación. Así que debemos estarle agradecidos. Ahora tenemos que asegurarnos de que Montero sale con vida de esta. Tenemos que traerle a Francia a cualquier precio.”

Uribe se quedó en silencio un rato, apenas tres segundos, mirándose las uñas de la mano derecha, como procesando aquella información. Por fin dijo: “¿Tienes hambre?”

“Sí. Estas situaciones siempre me abren el apetito. Vamos a ver qué tienen en el menú de Chez Gaston hoy.”

XL

Oviedo, 10 de marzo de 1950

Juanín tiraba de la falda de su tía Victorina y levantaba sus brazos para que esta lo aupase. Nunca le habían gustado los niños demasiado. No era de las mujeres que cuando aparecía un bebé en escena se moría por tenerlo en brazos. Ni de las que tenía paciencia para mantener tediosas conversaciones con niños en edad de ir a la escuela. Pero sus sobrinos eran otra cosa. Su cariño hacia ellos sobrepasaba cualquier sentimiento hacia ningún otro miembro de la familia. No le molestaba tener al tierno bebé en brazos, ni cantarles canciones a los otros dos, o contarles un cuento. Tal vez cuando tuviera los suyos propios también sería diferente. Sonrió.

“Ven, Juanín, vamos a limpiarte esa boca, que la tienes llena de churretes.”

“Victorina, mira a ver si las gasas de los pañales de Mino ya están secas. Con tanta humedad no se seca nada… Están colgadas encima de la cocina.” Su hermana le gritaba desde la habitación, donde Mino, recién nacido, no dejaba de llorar.

¿Cómo se tomaría su hermana su decisión de marcharse? Dejarla así, con todo el trabajo que tenía… Tres hijos, y un marido de los que aparecía por casa para cambiarse después del trabajo y bajar al bar a echar la partida hasta altas horas de la noche, y volver cuando ya todo estaba en orden en el hogar. Era un marido responsable, trabajador y bueno. Pero nada de tareas de casa, ni tan siquiera ponerse las zapatillas; Aurorina siempre dispuesta a arrodillarse para calzárselas. Toda la carga de la casa era para ella. Pero era feliz, estaba contenta con su vida. ¿Y su madre? Ella no la entendería. Seguramente pensaría que era una egoísta y que no pensaba más que en su felicidad. ¿Acaso no era así? ¿Acaso no pensaban todos a su alrededor en su propia felicidad? Su hermana, una mujer casada con un buen marido y tres hijos: lo que siempre había querido. ¿Por qué iba a ser ella la que se

sacrificase? Ya lo había hecho durante quince años, desde el estallido de la guerra. Cuando regresó el marido de Aurorina del frente, que entonces era su novio, rápidamente se anunció la boda y se casaron. Ya por entonces, acordado tácitamente, Victorina se fue a vivir con su madre, y Aurorina con su flamante marido. Era su responsabilidad filial, y además al estar soltera, su misión era cuidar de la anciana. Su madre era una mujer exigente. Victorina trabajaba para las dos, de costurera. La madre de Victorina se había quedado sorda antes de la guerra, y había sido una desgracia tan grande para ella que se había sumido en una depresión que casi la llevó a la tumba. Debido a su estado depresivo, sus hijas se volcaron en ayudarla: se convirtieron en cabeza de familia, además de llevar la casa y atender a la mujer, que se metió en la cama y solo salía para ir al refugio antiaéreo. Victorina, durante aquellos terroríficos momentos en los que las bombas llovían sobre la ciudad, pensaba que era casi mejor estar sordo, y que su madre debía dar gracias a Dios. Al acabar la guerra, la anciana, poco a poco, se fue recuperando de su depresión, pero nunca más hizo nada en casa. Victorina le planchaba, le lavaba, le cocinaba, le zurcía, le limpiaba y le servía, además de llevar el dinero a casa para sobrevivir. El matrimonio de su otra hija marchaba bien, pero Aurorina había tenido grandes problemas para quedarse en estado. Cuatro años después de la boda, por fin, Aurorina anunció que estaba encinta. El nacimiento del niño coincidió casi con la llegada de la carta de Luis, febril, desesperada, casi agónica, pidiéndole que se casara con él por poderes, a su regreso de la deportación. Cuando la leyó, su primer impulso fue echarse a llorar histéricamente. La volvió a leer. Entonces le daba la risa. La leyó una vez más, lo cual le trajo de nuevo lágrimas a los ojos, pero de una manera queda, casi inaudible. Sentía la carta en sus manos como una bomba a punto de explotar, como si alguien la hubiera puesto ahí, entre sus dedos, sin su permiso. La besó, luego la tiró sobre la cama y la observó desde lejos, detrás de la silla, como si fuera a cobrar vida. La tomó en sus manos y salió de su habitación sin saber qué hacer. Victorina le tendió la carta a su madre, como hipnotizada, en un estado de total desconsuelo; ella la leyó rápidamente mientras su hija lloraba junto a ella. El anuncio de la irrupción repentina de Luis en la vida de Victorina, tras años de silencio, no cayó nada bien. Victorina y su madre vivían en una casa que no era muy grande: una habitación para cada mujer, un cuarto de estar y una salita, el baño y la cocina. No se podía pedir más. Si Victorina se marchaba, su madre se quedaría sola o, peor aún, tendría que ir a vivir con Aurorina, y ayudarla en casa con su bebé, y los que vinieran después. No lo podía permitir. Ella se había sacrificado toda su vida por sus hijas, desde que habían nacido, enseñándoles a coser, a bordar, llevándolas a la escuela, trabajando para que no les faltara de

nada desde que había faltado su esposo. Ahora les tocaba ellas sacrificarse. Viendo que Victorina no estaba del todo convencida, sabiendo que su hija no era de las más decididas, hizo todo lo posible para incitarla a que se quedase en Oviedo, para que ignorase la petición de matrimonio. Victorina nada pudo contra las lágrimas de su madre, a la que se encontraba llorando a veces en la sala diciendo quedamente, pero en un tono lo suficientemente alto para que su hija le oyera: "¿Qué va a ser de mi… de esta pobre viuda?"; o más alto otras veces, desesperadamente, sin consuelo. Pero no era solo eso; no era simplemente el chantaje emocional al que se veía sometida Victorina. Cada día su madre le traía una historia diferente, de mujeres que habían salido del país a buscar a sus novios exiliados y acabaron en el arroyo, solas, abandonadas, lejos de los suyos y con la imposibilidad añadida de no poder entrar otra vez en España. Aquellas historias eran sacadas a colación en cuanto la oportunidad se presentaba con la intención de minar, de destruir, de aniquilar, de apagar, en definitiva, la pequeña llama que había surgido en el pecho de Victorina, la casi imperceptible intención de plantearse darle el *sí quiero* a Luis y dejar a su madre. Por eso, tras pensárselo mucho, había decidido contestarle a Luis con una negativa haciéndole además creer que se había casado, porque su madre la había convencido, porque su madre le había hecho creer que era lo mejor para ella, porque su madre sabía muy bien lo que se decía, porque ella, mejor que nadie, sabía lo que le convenía a su hija.

Para intentar que Victorina borrase a Luis de su mente, la había animado a que aceptara la petición de aquel viajante de Alicante de salir con ella. Aquel chico, Antonio se llamaba, era bajito, regordete y tenía la cabeza como una bola de billar. Tenía la manía de secarse la calva, cuando sudaba, con un pañuelo que llevaba en el bolsillo, hecho un gurruño, y de sorber el café. Siempre le traía algún regalo: unos bombones, o una naranja confitada, o flores. Era un hombre muy atento. Un día quiso besarla. Después del cine la acompañó a su casa. Llovía, y al subir por Gil de Jaz se metieron bajo los soportales para guarecerse del chaparrón. Estaba oscuro y Antonio se paró a secarse la cara con el pañuelo. Victorina también se paró, esperando a que terminase. Entonces él aprovechó para rodearla por el talle y acercarla hacia él. Al principio Victorina dejó que sus labios tocaran los suyos, un poco sorprendida. Pero entonces sintió cómo su lengua intentaba hacerse sitio entre sus labios, y, sobrepasada esa primera barrera, entre sus dientes; Victorina no pudo evitar sentir repulsión al notar el músculo mojado, tenso y fuerte abriéndose camino en su boca como un intruso. Se separó de él con un empujón inmediatamente, y con un escueto "Llévame a mi casa, por favor" se terminó la conversación hasta que se dieron las buenas noches quince minutos después con un

afable apretón de manos ante el portal de Victorina. Al cerrar la puerta tras de sí en su casa, decidió que no iba a aceptar más regalos ni más invitaciones de Antonio. Él sabía perfectamente cuál había sido su fallo y asimiló su derrota sin plantar cara a la posible negativa de Victorina de que se vieran de nuevo, sin intentar reparar su tremenda metedura de pata al forzar la marcha de las cosas, sin pedir disculpas, ni una segunda oportunidad para enmendar el daño. Victorina interpretó aquella capitulación sin condiciones como una falta de interés por ella. Lo aceptó sin pena ni melancolía, sin reproches, incluso contenta. Se refugió en su recuerdo de Luis, de su Luis, al que había sido fiel durante más de una década y al que siempre amaría.

Aquella tarde de noviembre, cuatro años más tarde, Anita había llegado a su casa toda acalorada, a pesar del frío intenso. Le dijo que se arreglase lo más rápido posible, que tenía una sorpresa para ella en casa de Angelines. Por fin, mientras se estaba poniendo los zapatos, Anita confesó: "Luis está aquí." Victorina no olvidaría nunca ese momento. Un pie calzado, el otro a punto de deslizarse dentro del zapato, de cara a la pared. *Luis está aquí.* Luis siempre había estado aquí, con ella, en sus sueños, en sus pensamientos, en su imaginación. Siempre había acudido a ella el recuerdo del roce de su piel, del olor de su cuerpo, del tacto de sus manos. Hacía cuánto ya de aquel encuentro: diez años, decenas de cartas y alguna foto. Luis siempre había estado presente. Nunca se había ido de su pensamiento. *Luis está aquí.* "Eso quiere decir que lo voy a ver después de todo este tiempo. ¿Ahora? ¿Así? ¿Por qué hoy? Hoy, ese día del que no esperabas nada, ese día en el que te levantaste por la mañana y una lluvia fina y constante cubría la ciudad. Ese día en el que fuiste a visitar a las clientas a probarse y unas se quedaron satisfechas, como siempre, y no tuviste que hacer grandes cambios. Pero otras no. Hoy, que no sabías si poner unas lentejas que habías escogido la noche anterior después de hacer ojales medio dormida, o unas patatas rellenas de col. Hoy, que la lechera había llegado en el tren como siempre y que habías rellenado, por fin, una taza de natas entera para hacer un bizcocho. Hoy, un día como otro cualquiera, en el que nunca habrías imaginado que tu sueño más imposible, tu deseo más ferviente, la contestación a todas tus plegarias iba a materializarse un día como hoy." Pasaron unos segundos hasta que el pie estuvo finalmente dentro del zapato.

"¿Qué quieres decir?"

"Ven conmigo a casa de Angelines y lo verás."

Eso había sido hacía cuatro meses. Ahora estaba convencida de que quería estar con él el resto de su vida. Cuando Luis la fue a ver a casa de su madre y la había besado de espaldas a la puerta, habría querido que ese momento durase toda la vida. El brazo de Luis rodeando su

cintura y acercándola hacia él, la sangre corriendo por sus venas a gran velocidad después de su inesperada conversación con el policía, Luis aún con la pistola en la mano. Se habían besado apasionadamente, un beso largo, intenso. Sin dejar de besarse se acercaron al sofá de la sala e hicieron el amor en silencio, sin decirse nada.

"Cásate conmigo, Victorina. Ven conmigo a Francia. Yo te cuidaré."

"¿Y tu novia?, Luis."

"Yo hablaré con ella. Si tú me dices que sí, yo la dejo. No estamos casados… Yo no sabía que tú me querías, Victorina… Yo no sabía que… Ven conmigo, te lo ruego. Yo te cuidaré."

"¿Y el partido?, Luis."

"Esta misión está a punto de terminar. Te juro que si me aceptas lo dejo todo."

"¿Por qué no lo dejas ya?"

"No puedo, Victorina… Ahora no. Pero pronto me sacarán de aquí. El partido me lo ha prometido. Regresaré a Francia, arreglaré todo para que vengas conmigo… hablaré con Paula.

Victorina recordaba cómo le acariciaba la cabeza, y él le besaba el pecho desnudo, liberada de sus ropas de cintura para arriba. Llegaron varias cartas de Luis reiterándole su decisión de casarse con ella, pero no lo volvió a ver. Luego se enteró de que lo habían detenido. Fue a verlo al cuartel de la Guardia Civil de Gijón pero, al no ser familia, no la dejaron entrar. Anita convenció a Mariano para que le pasara una nota de Victorina en una de las visitas. Anita no le contaba toda la verdad; no le quiso decir si lo habían maltratado o no en la comisaría, aunque ella sabía perfectamente la contestación a esa pregunta. Luego se enteró de que se lo llevaban a Madrid, y Anita le dio una nota de Luis. *"Cásate conmigo. Yo lo arreglaré todo. No me dejes. Ahora no."*

XLI

Madrid, 14 de marzo de 1950

El sol se asomaba sobre las cúpulas, los campanarios y los tejados de Madrid sin encontrarse una sola nube en el cielo. Era una mañana fresca; más aun, fría, pero que prometía temperaturas agradables al mediodía, cuando los edificios no proyectasen sus largas sombras sobre el cemento y el sol se irguiese triunfante una vez más. Algún coche circulaba por las desiertas calles; los tranvías llevaban ya su cargamento humano rumbo a las oficinas, las tiendas, las cafeterías, los ministerios. Aún era temprano en el centro de la ciudad y el bullicio no había comenzado, todavía no.

Pepe entró en el edificio de la Dirección General de Seguridad a buen paso. Llevaba su uniforme de aviación, la Laureada de San Fernando, y la Cruz de Hierro en la pechera de la guerrera. Se quitó la gorra, la puso debajo del brazo y preguntó por el teniente Ordaz. Le indicaron que siguiera el pasillo y entrara por la segunda puerta a la derecha. Llamó sobre el cristal y una voz desde dentro dijo: “¡Adelante!” Cuando el guardia civil vio entrar al hombre uniformado y condecorado, con un fino bigote, el pelo negro perfectamente engominado hacia atrás, no pudo evitar levantar las cejas en ademán de sorpresa.

“¿Es usted José Antonio Montero?”

“Sí, señor.”

El teniente Ordaz se levantó y extendió su mano sobre la mesa. José Antonio dio unos pasos y la apretó entre la suya. El guardia civil se quedó mirando apenas un segundo la mano de Pepe.

“Lo perdí en la defensa de Oviedo.”

“Eso sí que fue una verdadera hazaña.”

“Una gesta, sí señor, un milagro.”

“Hombre, no se quiten ustedes importancia, que aunque Dios estaba de su lado, desde luego el heroísmo les sobraba a ustedes…”

"Sí, teniendo en cuenta la cantidad de bajas que hubo, perder un dedo no es nada…"
"¿Y esa cruz de hierro?"
"Esta fue en Rusia… con la División Azul…"
"La *Blau Division*", dijo el teniente con las manos detrás de la espalda, poniéndose de puntillas un segundo, como orgulloso de su conocimiento de la lengua teutona.
"Pero siéntese, siéntese por favor." Y le mostró una silla al otro lado de la mesa, frente a la suya.
"Muchas gracias, teniente. Ha sido usted muy amable de recibirme."
"No se preocupe, a los héroes de nuestra gloriosa cruzada hay que tratarlos bien." Y mostró una amplia sonrisa.
"He venido aquí, como sabrá, a interesarme por mi hermano, Luis."
"Sí, ya me hago cargo. Aquí lo tenemos a buen recaudo; puede estar seguro de que está recibiendo un buen tratamiento por nuestra parte, como fue acordado."
"Estoy seguro, teniente, y le estamos muy agradecidos por ello."
"Sí, se encuentra en un calabozo de este edificio. Ayer mismo fue interrogado. Lleva aquí apenas dos días."
Pepe no dijo nada, solo sonrió de medio lado mientras buscaba una pitillera en un bolsillo del pantalón.
"¿Fuma usted?"
"No, pero adelante. Aquí tiene." Abrió un cajón y sacó un cenicero de cristal que puso sobre la mesa ante Pepe.
"Gracias." Pepe inhaló una primera calada. "Y ahora, ¿qué va a ser de él?"
"Montero, su hermano ha colaborado con nosotros ejemplarmente. Gracias a él ha caído el último grupo importante de bandoleros de Asturias; y eso, además, ha precipitado el desmantelamiento de una red de apoyos que incluía, según parece, al propio párroco de un pueblo minero."
"Mi hermano Mariano me lo contó todo. Me alegro de que todo haya salido bien y poco a poco vayan terminando con esas alimañas. Luis… el pobre Luis fue absorbido desde joven por esas corrientes marxistas y comunistas tan peligrosas… Fíjese usted, el único de mi casa. Todos los otros siete hermanos somos adeptos al régimen; uno caído por España en la batalla de Teruel, otro de cura misionero en Formosa… En fin, que Luis, siendo como es una buena persona, no sabemos cómo ni por qué se equivocó estrepitosamente y…"
"Montero. No se preocupe, ya está todo en orden. Le dejaremos en libertad, pero todavía no. Sin embargo, se le permitirá salir diariamente con usted, si usted está dispuesto a hacerse responsable y si nos da su palabra de que regresarán todos los días a las ocho de la noche."

"Por supuesto, tiene usted mi palabra." Pepe casi no podía esconder su emoción.
"El comandante Pérez de Lema quiere interrogarle en persona antes de que le soltemos definitivamente. No sabemos muy bien cuáles son sus planes, aunque por experiencias anteriores suelen salir del país, casi todos a América."
"Ya veo… No se preocupe, yo respondo por él." Pepe cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y ladeó ligeramente la espalda con una expresión de dolor en la cara.
"¿Se encuentra bien?, Montero."
"Perdone… La metralla soviética que me metieron en Leningrado que no me deja estar sentado en la misma posición mucho tiempo."
"Vaya por Dios."
"No se apure; con cambiar de posición se me pasa… ¿Y cuándo lo podré ver? A mi hermano, digo. Perdone mi insistencia, pero no nos vemos en persona desde el 36…Comprenderá mi anhelo…"
"Ahora mismo, Montero. Puede verle ahora mismo."
El teniente Ordaz levantó el teléfono y apretó una tecla.
"Sargento, pásese por mi despacho para acompañar al subteniente Montero a la sala de visitas del calabozo a ver al detenido que llegó de Asturias." El teniente regresó el auricular con delicadeza a su sitio y miró a Montero con una amplia sonrisa.
"Enseguida le van a acompañar."

Pepe estaba sentado en la sala de visitas a la que lo habían conducido, y se abrió la puerta. Se puso de pie. Cuando el guardia se retiró del umbral para dar paso a su acompañante, tras él apareció la figura de un hombre pequeño, delgado, con profundas entradas, una mano agarrando los dedos índice y pulgar de la otra ante su abdomen. Iba vestido con un traje azul marino que le quedaba un poco grande, no llevaba corbata. Los ojos muy hundidos, la mandíbula afilada. Desde luego no se parecía en nada al hombre con el que había parlamentado en octubre del 36 en el frente. En la posición de El Pando, donde Pepe defendía la ciudad de Oviedo de los ataques del enemigo, le habían avisado de que un hermano suyo, otro Montero pero que estaba con los rojos, quería hablar con él. Le pidió permiso al capitán Janáriz, el cual concedió que se llevase a cabo el parlamento entre hermanos. Se anunció el alto al fuego y en tierra de nadie se encontraron los dos hombres. Pepe contaba entonces veintidós años; Luis, veintiocho. Pepe iba vestido con el uniforme de Falange. Se había dejado un fino bigote, llevaba el gorro del uniforme ligeramente ladeado. Luis iba vestido de miliciano, con un cinturón de piel marrón del que habría ido colgado su revólver, que había dejado en su puesto de mando. La camisa remangada dejaba a la vista unos brazos fuertes y musculosos. No llevaba la cabeza cubierta. Tenía un aspecto

saludable, un aire de euforia de estar luchando por algo en lo que creía. Pepe nunca lo había visto así. Ambos hermanos caminaron su trecho de tierra de nadie mirando al suelo, hasta que estuvieron a apenas un metro el uno del otro. Los rodeaba la guerra con sus trincheras, sus árboles quemados, sus edificios derrumbados en el horizonte, sus laderas fortificadas, sus estallidos de disparos aislados de rifle y mortero en sectores más apartados, su olor de pólvora y muerte en el ambiente. Se miraron en silencio unos segundos, sin saber qué decir. Por fin Pepe habló.
“Luis, Madre está en el puesto de mando y te pido en su nombre y en el de toda la familia que te pases a nuestro bando… Vais a perder la guerra y…”
“Yo te digo que estáis locos si creéis que vais a ganar esta lucha.”
“Vas a morir, Luis, pásate.”
“No… vosotros sois los que vais a pagar con la vida. Te ruego que lo pienses, Pepe. Dile a Madre y a Padre que pueden pasarse, que yo cuidaré de ellos. Y de vosotros también.”
“No, tú eres el que te tienes que pasar. Escúchame, hay una posición por la que se han pasado ya muchos, para luchar con la verdadera España, la que va a ganar esta guerra. Te puedo dar la consigna, la hora y el día. Puedes pasarte con todas las garantías, Luis. No seas loco.”
Pepe miraba a su hermano, quien no le quitaba ojo. Luis se puso en jarras y movió su cabeza de derecha a izquierda.
“Pepe, una vez más te lo ruego. Escúchame… Estamos rodeando la ciudad con todo tipo de fuerzas. Vamos a lanzar un ataque feroz que os será imposible de aguantar.”
Luis, que se había acercado a su hermano, le había agarrado suavemente por el antebrazo.
“Escúchame, Pepe, si logramos romper el cerco no quedaréis ni uno con vida. Son las órdenes… Es… es una locura lo que ese fascista de Aranda está haciendo… No podréis ganar.”
Pepe retiró su brazo para que su hermano le soltara. Se le veía tan fuerte, tan seguro de sí mismo… Pero estaba tan equivocado…
“No… Moriremos por España, entonces. Y Madre y Padre y todas tus hermanas también. Una vez más te lo pido, Luis, pásate con nosotros. Si vamos a morir, como crees, que sea todos juntos.”
El semblante de Luis, de repente, se llenó de pánico. No se podía creer que no pudiera convencer a su hermano.
“Se nos acaba el tiempo, Pepe… Vamos, os puedo sacar a todos de esa ratonera. Podréis quedaros en la retaguardia y…”
“No. Hermano, lo siento.” Ambos hombres se agarraban por los brazos, en un último intento desesperado de convencerse el uno al otro, inmóviles, en silencio. Por fin sonó una corneta, ambos miraron

en la dirección de la que venía la señal. Se miraron y se fundieron en un fuerte abrazo, acompañado de fuertes palmetazos.
“Adiós, Pepe. Diles a Padre y a Madre que siempre los querré… a pesar de todo. Y a vosotros.”
“Luis, por favor. Entra en razón.”
“Los que tenéis que entrar en razón sois vosotros, Pepe.”
Alguien silbó desde el parapeto republicano.
“¡Luis…!” Pepe gritó su nombre.
Pero Luis ya se alejaba, con la espalda erguida; parecía más alto, más fuerte de lo normal. Pepe se dio la vuelta y subió a grandes zancadas hasta alcanzar los sacos terreros.
“¿Ha habido suerte?, Pepe. ¿Lo has convencido?”
“Lo siento, Madre… No ha podido ser.”
Pepe no olvidaría jamás la cara de desilusión de su madre, de angustia. Para él, fue el momento más duro de la guerra, decirle a su madre que su hermano Luis no había querido pasarse al bando que todos los demás defendían.
El hombre que tenía ante él ahora en Madrid parecía treinta años mayor, aunque solo habían pasado quince años desde aquella última vez que se habían abrazado, que se habían visto cara a cara. Ambos hermanos se miraron, sin moverse del sitio. Por fin, Pepe avanzó y Luis se dejó abrazar. No se podían separar. Cuando uno hacía ademán de soltarse, el otro lo abrazaba con más fuerza. Solo se oían fuertes palmetazos, y resoplidos de emoción. Luis parecía tan frágil en los brazos de Pepe, casi como un hermano pequeño, como un niño. Pepe logró soltarse del abrazo, pero sin dejar de asir a su hermano por el brazo. Lo miraba de arriba abajo, y abría y cerraba los ojos intentando inútilmente parar las lágrimas. Luis tenía a Pepe cogido por el antebrazo, como aquella tarde ante el cerco de Oviedo, y lloraba en silencio mirándolo.
Pepe logró dominar sus emociones y consiguió decir:
“Luis, tenemos hasta las ocho. Vámonos de aquí.”
Los dos hermanos salieron del edificio.

Luis, con un cigarrillo en la boca, miraba la copa de coñac que tenía en la mano. Con la otra mano desmenuzaba unas migas de pan que habían quedado sobre el mantel blanco y limpio del restaurante. Tras dar un largo paseo, habían entrado a comer en una casa de comidas que estaba en la parte baja del Arco de Cuchilleros, en la Cava de San Miguel. Era una típica taberna de Madrid, con el bar abajo, la barra de nogal, con pila y lebrilla de estaño, y el comedor en el piso de arriba. Se habían sentado en una mesa junto a la ventana, desde la que se veía, de vez en cuando, pasar un coche, y a la gente caminando por la calle, y a los inquilinos entrar y salir del portal de la fonda de enfrente.

“Constante vendrá el año que viene a España de visita; la primera vez desde que se embarcó a las misiones en el año 30.”
Luis sonrió al oír el nombre de su hermano, el cura, y expresó su sorpresa y su agrado al enterarse de la noticia.
“El año 30… Ya llovió, ¿eh?, Pepe. ¿Te acuerdas?”
“No me voy a acordar… la República, y el bombazo que cayó en la casa de Padre y Madre en el 34, en la cuadra. No nos esperábamos lo que llegó después; no, señor. Lo pasamos mal, ¿eh? No se lo deseo a nadie.”
“No… ni yo.”
“¿Y cómo pasaste la guerra mundial en Francia?”
Luis sonrió sin levantar la mirada del mantel ni de las migas de pan.
“No estuvo mal, mientras estuve en Francia, hasta que me detuvieron.”
“Lo pasarías mal…”
“Tú también pasaste lo tuyo en Rusia…”
“Sí, y tú lo tuyo en el campo…”
Los dos hermanos se miraron. Habían evitado durante todo el día sacar aquel tema, que a los dos les resultaba tan doloroso. Sabían lo que el otro estaba pensando. Habían luchado en bandos opuestos en la guerra civil y también en la guerra mundial.
“Nunca conseguí convencerte de que dejaras tus ideales… Nunca me lo perdonaré.”
“No te mortifiques, Pepe. No había manera de convencerme.”
Pepe miró a su alrededor y bajó la voz: “Habrías sido un falangista estupendo, de los de antes. De los de José Antonio. Falange era antimonárquica y anticapitalista.”
“Y anticomunista, Pepe.”
“Ya, pero eso lo habrías superado tú muy fácilmente si te hubieras dejado. ¿Qué es eso de que todos los hombres son obreros? A mí me horroriza solo pensar que somos todos como animales inferiores en los hormigueros, produciendo, produciendo, produciendo. Con el comunismo, Luis, se pierde la individualidad; se pierde, además, el sentido de nación, única, libre. El internacionalismo que vosotros queréis no tiene sentido. Se pierde la noción de España como una.”
Luis miraba a su hermano fijamente sin decir nada. Por fin, acercándose a él, le dijo:
“¿Y qué me dices del capitalismo?, Pepe. Vosotros erais enemigos del capitalismo y ahora Franco está aceptando ayudas de los Estados Unidos… ¿Qué me dices a eso?”
Pepe miró a su alrededor y, bajando la voz a casi un susurro, sin quitarle el ojo de encima a su hermano mayor, dijo:
“Franco ha traicionado a Falange, Luis. Eso ya lo sabes. Pero es o Franco o el caos. A veces los políticos tienen que hacer sacrificios…”

Luis, que había echado su cuerpo ligeramente sobre la mesa para escuchar las palabras quedas de su hermano, se echó para atrás sobre su respaldo, con un "Ya" nada convencido.
El silencio que planeó sobre la mesa por unos segundos, sin ser incómodo, tenía sin embargo ligeros tintes de rencor, de un rencor casi imperceptible, de un rencor entre hermanos que dura eso, unos segundos, hasta que se disipa, como la niebla, con el calor del amor fraternal. Pepe sonrió.
"Estamos empatados, Luis."
"¿Qué quieres decir?"
"Yo gané una guerra y tú ganaste otra..."
"Qué más da, Pepe. Si algo he aprendido en todos estos años es que las guerras son odiosas. En el año 30 éramos felices, Pepe, y mira ahora... Estamos aquí de milagro."
"Pero seguimos queriéndonos, Luis... Eso es lo que cuenta."
"Supongo que sí... Eso es lo importante."
"Madre y Cesáreo ya no están, pero tenemos que dar gracias a Dios, porque los demás seguimos vivos y unidos."
"Veo que sigues igual de beato que siempre." Y Luis le lanzó una minúscula miga de pan a su hermano con una sonrisa en la boca. "Yo he perdido la fe, Pepe... hace mucho... Y no la echo de menos."
"Pues le pediremos a Constante cuando venga que te haga un exorcismo, a ver si te saca el demonio que llevas dentro." Y Pepe le guiñó un ojo a Luis mientras se llevaba la copa de coñac a los labios.
"Ahora que lo pienso... Pepe, ¿te das cuenta de que hubo un Montero en cada frente de la guerra mundial?"
"No entiendo..."
"Sí, hombre... Tú, en Leningrado; yo..." y miró a su alrededor con suspicacia, "...ya sabes dónde; y Constante, con los japoneses."
"¡Coño, tienes razón...! A ver cuántas familias pueden presumir de lo mismo." Y ambos hombres se echaron a reír.

Constante había ingresado en las Escuelas Dominicas de Olmedo en 1921, y había estudiado Teología y Filosofía. Su mayor deseo siempre había sido ser misionero, y para cumplirlo había salido para Estados Unidos en 1930. María, su madre, le había ido a despedir al convento de Ocaña, donde había terminado sus estudios, antes de salir hacia una nueva vida, tan lejos de la que conocía, y tan diferente. En la foto que se sacaron de recuerdo aparecen los dos, madre e hijo, cogidos del brazo, junto al auto que debía de llevarse a Constante a la estación, minutos antes de que este partiera. María sonríe ligeramente. Está orgullosa de que su hijo hubiese decidido abrazar la vocación dominica y tomar el santo hábito. Sin embargo, tiene su brazo entrelazado con el de su hijo, que cuenta veinte años, la mano apoyada sobre su otro antebrazo, formando un eslabón que parece que

no quiere que se abra, como para impedir que su hijo se separe de ella para siempre. Constante posa con ojos sonrientes, detrás de sus gafas de montura de alambre, su mano sobre la de su madre, ambas descansando sobre el codo de María. Aunque le apenaba separarse de su madre y del resto de la familia, Constante se sentía libre; por fin salía rumbo al destino con el que había soñado siempre: extender la palabra de Dios por el mundo. No lo muestran en sus miradas, pero sobre ambos, sobre madre e hijo, planea la sombra de la inquietud ante la posibilidad de no volverse a ver jamás, y los dos intentan ahuyentarla sonriendo a la cámara. Ninguno de los dos lo sabía entonces, pero, efectivamente, así fue: no se volverían a abrazar nunca. Aquella última foto de los dos juntos fue uno de los grandes tesoros de María.

Los novicios llegaron de madrugada a La Coruña, con el tiempo justo para formalizar su salida del país en las aduanas, facturar sus pertenencias, enviar una última postal a casa dando cuenta de su llegada al muelle coruñés y, por fin, escalar la pasarela del gigantesco trasatlántico. Desde el muelle, infinidad de pañuelos se agitaban al viento de aquella hermosa mañana de mediados de agosto deseando una feliz travesía a los seres queridos que partían rumbo al continente americano. Tras casi veinte días de viaje por el Atlántico, el buque llegó a La Habana. Allí Constante apenas tuvo dos días para recorrer la hermosa ciudad y buscar a los antiguos conocidos de su tío Manolo, de sus tiempos en la isla. Casi todos habían fallecido. Pudo enviarle una postal de la hermosa fortaleza del Morro, que se asomaba al mar, coronada de lustrosas palmeras que tanto gustaban a su tío. Después, un día de travesía en un buque norteamericano hasta Nueva Orleans con los otros nueve novicios, todos igual de asustados y entusiasmados que él. Pasaron la cuarentena obligada en aquella maravillosa ciudad a orillas del poderoso Misisipi, donde los estilos arquitectónicos español, francés e inglés convivían en un crisol de razas y de nacionalidades: italianos, negros, chinos, criollos, irlandeses, hispanos. En Nueva Orleans fueron recibidos por los padres dominicos de Rosaryville, que estaba a unos ochenta kilómetros de la ciudad, junto a Ponchatoula. En aquel convento poblado por hermosos y gigantescos árboles, aprendió inglés, profundizó sus conocimientos de Teología y Filosofía, e hizo la profesión solemne; fue ordenado sacerdote en 1934. En ese mismo año, llegó la orden de sus superiores de embarcarse con otros jóvenes rumbo a Manila. El tren que lo llevó a San Francisco, tirado por una enorme locomotora ante la que se sacó una foto en una de sus paradas del viaje de casi cuatro días, atravesó el país de este a oeste. En la foto que envió a casa, aparecía Constante posando muy contento ante la enorme rueda de la locomotora americana que medía unos cuatro metros de diámetro, sabiendo que

iba a impresionar a su padre y a sus hermanos. En la parte de atrás escribió: *"Igual que esta locomotora no cabría en el Depósito de Máquinas de Oviedo, tampoco cabe en mí la admiración hacia este país, por sus paisajes, por su gente y por su industria. Todo es obra de Dios, en última instancia. El Paso, Texas, mayo de 1934."* El buque partió de San Francisco, como estaba estipulado, en junio de 1934. Pero cuando llegaron a Kobe (Japón), Constante se encontró con que su orden tenía otros planes para él: fue destinado a las misiones de la isla de Formosa. Muy contento escribió de nuevo a casa: *"Esto es lo que había deseado desde que entré en la escuela de La Mejorada, para mí la alegría más grande de mi vida, y contentísimo llegué a Formosa, a Kilung, el 13 de noviembre de 1934. Allí nos esperaban los venerables padres y nos dieron la Paz y el primer abrazo misionero."* Hasta el estallido de la guerra en España, Constante escribía a casa al menos una vez al mes, contando cómo era aquella isla: verde, fértil, acogedora. Narraba acontecimientos de su vida diaria, lo que hacía, en qué ocupaba su tiempo. Su madre le escribía contándole cosas de casa, de sus hermanos, animándole a que siguiera escribiendo. Le encantaba recibir las cartas de su hijo, reunía a todos los que anduvieran por casa y les leía:

> *"A mí me destinaron a la Misión de Lo-Chuchung. He empezado a estudiar la lengua de Taiwán, con todo ahínco e interés, con más ganas de hablarla que de aprenderla. El padre José María Arregui me compró una bicicleta, que enseguida he aprendido a manejarla, y los domingos me desplazo a las Misiones secundarias a dar la Misa. La lengua no es un obstáculo ya que oficio en latín, y hay un catequista que la va explicando y traduciendo, y los cristianos siguen la Misa con recta devoción."*

Pero lo que más le gustaba a María, su madre, era leer los pequeños milagros de los que su hijo era testigo. Aquellos hechos casi tenían más valor, eran más creíbles si ocurrían en tierras lejanas, como las vidas de los santos.

> *"Hace unas semanas un cristiano pescador, japonés, se me presentó en casa, muy cabizbajo, con el Rosario al cuello del que era muy devoto, y me contó que la Virgen le había salvado. Estando mar a dentro, se levantó una tormenta que volcó la lancha. Sus compañeros murieron, y él se encontró en la orilla sano y salvo, con sólo el Rosario al cuello y muy agradecido a la Virgen. Ofreció una Misa de Gracias y el pobre lloraba emocionado."*

Constante contaba a su familia sobre las mejoras que iban introduciendo entre sus gentes, a manera de escuelas, hospitales, iglesias, noticias que eran siempre bien recibidas. Desde casa, incluso

durante los duros años de la guerra y la posguerra, su madre se aseguraba de que salían hacia el Pacífico paquetes con ropa, con libros, con periódicos, alguna foto. Unos meses después del fin de la guerra en España, empezó la guerra de Europa. Las comunicaciones eran cada vez más difíciles, pero Constante seguía escribiendo y recibiendo cartas de casa, y paquetes, que enviaban a través de otros religiosos que iban a la isla. En un paquete que le enviaron cinco meses después del estallido de la guerra mundial su madre le decía:

> *"En este paquete te enviamos unos libros y periódicos, media docena de pañuelos bordados por Angelines, y yo también te mando unas estampitas para las chinitas y una de nuestra Señora de Covadonga para ti. Y dos gorras, una de Luis para que le tengas más en la memoria y pidas por él y Dios le dé suerte y le traiga a nuestra compañía. Ya sabrás que estaba en Francia pero hace más de 4 o 5 meses que no tenemos carta suya .No te digo más, que pidas por todos en particular por Luis."*

La guerra mundial comenzó en el Pacífico con el ataque sorpresa de los japoneses a Honolulu, el 8 de diciembre de 1941. Formosa, por su posición, tenía una gran importancia estratégica para los japoneses, que llevaban meses desplegando armas y hombres en la isla. Constante nunca dejó de escribir a casa, contando los pormenores de su situación, aunque algunas cartas llegaron casi con un año de retraso.

> *"El mismo día en que se declaró la guerra del Pacífico, se personó en casa la policía militar japonesa a darnos órdenes tajantes de aislamiento completo. Quedamos en casa reclutados, y ni los cristianos pudieron venir a Misa ni nos pudimos comunicar con nadie, y un policía a la puerta. Pero parece que ahora se están ablandando estas medidas tan radicales, y si queremos salir de casa tenemos antes que pedir permiso, fijando el lugar, la hora y el transporte, y siempre con un policía detrás de nosotros."*

A estas alturas María empezó a enfermar. Primero fueron catarros incurables, pequeños golpes que dejaban marcas en la piel que no desaparecían. Sufría dolores, aquí y allá, que intentaba calmar con friegas, sin quejarse jamás. Pero cada vez se hicieron más fuertes. Luego vinieron fuertes jaquecas, que no desaparecían. Empezó a consumirse.

Resultó ser un cambio bastante radical para Constante cuando, apenas unos meses después del principio de la guerra, se le destinó a otra parte de la isla, al sur, donde la mitad de su congregación era japonesa. Allí estudió japonés y se afanó en dar la misa en aquel idioma. La casa parroquial que ocupaban los padres era bastante

grande, y estaba bien amueblada, tenía agua fría y caliente, una sala común muy grande con cómodos sofás y una biblioteca bastante bien surtida. La casa se encontraba al lado de la iglesia; todo el complejo construido en la parte alta de una colina, por lo que, incluso desde la planta baja, que acogía todas las zonas comunales, las vistas sobre la ciudad y sobre las montañas a lo lejos eran magníficas. Constante pasó allí tres años, afianzando sus conocimientos de japonés y aprendiendo a comprender mejor a aquella raza de hombres y mujeres tan sumisos, tan callados, tan ceremoniosos, tan fanáticos.

Tres meses antes del final de la guerra en Europa, tras la misa de la mañana, se le acercó un joven. Lo saludó marcialmente y Constante pensó que sería algún soldado con alguna queja, pero enseguida se dio cuenta de que el uniforme era diferente; las insignias, distintas. Era un uniforme de la marina. El soldado era muy joven, no podía tener más de veintidós o veintitrés años. Primero se dirigió a Constante en alemán, y el cura sintió su desazón cuando le contestó en japonés que no hablaba aquella lengua. Ambos hombres se quedaron un rato mirándose. Tenían aproximadamente la misma altura, y ambos llevaban lentes, aunque las de Constante eran mucho más gruesas. El joven iba bien afeitado, y llevaba el pelo negro cortado casi al cero, la gorra en la mano. Constante se cambió la Biblia que llevaba de la mano derecha a la izquierda, y por fin le preguntó qué se le ofrecía. El joven miró a su alrededor. La congregación se había dispersado, y le señaló un banco que había unos cuatro o cinco metros a la derecha de la puerta de la iglesia, un poco escondido tras unos helechos arborescentes enormes, y a la sombra de unos plátanos. Ambos hombres caminaron hasta el banco en silencio, y el soldado le indicó a Constante que se sentara, a lo que el cura, alisándose las faldas de la sotana, obedeció. El soldado se sentó a su lado, y mirando al frente le preguntó si hablaba francés. Constante, aún confuso, pidió disculpas de nuevo diciendo que sólo inglés, mandarín y español, por supuesto, y algo de japonés. El soldado se volvió hacia él.

"Ya me habían dicho que los padres de esta iglesia eran casi todos españoles… europeos. Lo siento, pero no conozco nada de su idioma. Tampoco de su literatura; solo el Quijote."

"Pues debería usted leer a Santa Teresa de Jesús, una de nuestras mejores poetisas."

"¿Una mujer?"

"Sí, una mujer. Una mística. Una Santa. Claro que a usted el cristianismo no le interesará."

"Yo me crié cristiano… católico. Mis padres eran… Son muy devotos."

Constante lo miró fijamente.

"¿Y ha abandonado usted la fe?"

"Sí. Hace tiempo ya. Antes de ingresar en la Universidad de Tokio."

El sol, que había alcanzado casi su cenit, picaba, a pesar de que era solo el mes de febrero, y a lo lejos, alrededor de las verdes montañas, empezaban a acumularse enormes nubes blancas, cuyos bordes se iban oscureciendo, augurando las lluvias torrenciales que llegaban cada tarde.
“Me destinaron aquí hace ya unos meses, pero hasta hace poco no supe de la existencia de esta misión. Tampoco se me permitía salir de la base. Ahora que soy alférez, ya sí.”
“¿Es usted marino?”
“Me alisté en la marina, sí.” Y el joven se tocó una insignia que llevaba en el brazo; dos anclas cruzadas, rodeadas por unas hojas de laurel, y abajo una flor.
Constante se ajustó las gafas y se acercó para ver mejor la insignia.
“¿Qué flor es esta?”
“Es una flor de cerezo.”
“¿Qué representa?”
“Representa lealtad hacia el emperador.” Y el joven marino desvió la mirada hacia otro lado, tratando de ocultar algún pensamiento, tal vez. Hubo un largo silencio.
“¿Así que ha leído usted a Cervantes?”, dijo Constante, llevando la conversación a un terreno neutral.
El joven alférez asintió: “Sí, pero Don Quijote me pareció un viejo loco. Tirarse así contra los molinos, creyendo que eran gigantes... ¿Qué podía representar eso? Por más vueltas que le di, no lo pude entender. Cervantes era ferviente católico. ¿Qué intentaba representar? ¿El hombre luchando contra Dios? Usted que es español, y católico, a lo mejor lo sabe.”
La conversación, en japonés, transcurría con muchas interrupciones por parte de ambos hombres intentando asegurarse de que el otro entendía lo que quería decir. No era fácil para Constante buscar términos en japonés que indicaran exactamente lo que deseaba transmitir. El joven marino había sacado una libretita y un lápiz y escribía palabras en francés, sabiendo que las dos lenguas eran primas hermanas. *“Moulin á vent”,* había escrito el joven, y luego su traducción al japonés: “*kazaguruma”.*
“Yo creo que se trata de una parodia.” Y Constante escribió la palabra “parodia”, que en japonés sonaba exactamente igual o muy parecido. “Parodia de los libros de caballeros, que ya estaban tan vistos en la época, y que se habían pasado de moda. No creo que haya otra intención por parte del escritor. Desde luego esas teorías que corren sobre el erasmismo, sobre Cervantes como un hipócrita…”
“¿Erasmo?”, repitió el japonés.
Y Constante escribió “*Erasmus*” en la libreta. El japonés sonrió afablemente. “*Purotesutanto”*, le dijo en japonés, y escribió en francés:

“*protestant*”. Constante sonrió encantado.
“No creo que Cervantes conociera las teorías de Erasmo de Róterdam de primera mano… y si las conocía, no está claro que las aceptara. Era un guerrero, que había luchado por la fe verdadera, la de su rey, y, por tanto, un católico.”
“Incluso los reyes, que defendieron al papa, luego renegaron de él. El rey de Inglaterra, Enrique VIII, por ejemplo.” Y escribió: *“Henri VIII”*, en la libreta. “Fue el caso más famoso. El papa le dio el título de *defensor fidei”*, lo cual escribió en otra hoja, ya que la anterior estaba toda garabateada, “y creó su propia Iglesia unos años después.”
“Una de las muchas herejías. Usted como católico, aunque ya no crea, seguro que lo sabe.”
“Y usted, padre, ¿no ha leído a ningún escritor japonés?” El joven suboficial no quería entrar en una discusión religiosa.
“Desgraciadamente mi conocimiento de la lengua es muy pobre, y de la escrita no sé prácticamente nada. ¿Tiene usted un escritor favorito?”
“Sí, me gusta mucho Sato Haruo. Es un novelista moderno.”
“¿Modernista?”, preguntó Constante, mientras escribía en la libreta.
El japonés dudó al ver la palabra modernista escrita en español, y por fin dijo:
“No y sí… Es a la vez revolucionario y conservador, optimista con el futuro de Japón basado en la modernidad y nostálgico por el pasado del país.”
Constante empezó a sentir interés por este joven que se había presentado ante él en busca de solaz intelectual, más que espiritual.
“No me he presentado. Soy el padre Constantino.” Y se puso en pie, inclinándose con ambas manos en el abdomen. El joven marino se levantó e hizo lo mismo.
Luego, extendió su mano derecha, sabiendo que era el saludo occidental, y dijo: “Alférez Hachiro Shigeo.” Constante le tomó la mano en la suya con una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza.

Las visitas del joven suboficial japonés a Constante se volvieron diarias, como la salida y la puesta del sol. Aparecía por la misión siempre a la misma hora, y al principio se sentaban en aquel mismo banco donde habían hablado por primera vez, pero Constante pidió permiso para celebrar sus reuniones con el joven en la sala común, lo cual le fue permitido. Mantenían largas conversaciones sobre literatura, filosofía, arquitectura, música. A pesar de contar solo veintitrés años, aquel joven había leído ávidamente a infinidad de escritores, casi todos alemanes y franceses, pero no solo ellos. Sócrates, Platón, Descartes, Rousseau, Oscar Wilde, Dilthey, Engels, Feuerbach, Fichte, Hegel, Erich Maria Remarque, Kant, Marx, Isaac Newton….

Shigeo venía de una familia de clase alta de Tokio. Las relaciones con su familia habían sido muy cerebrales, desde niño. Siempre había habido poco contacto físico, y su madre, una mujer bastante fría, rara vez expresaba sus sentimientos hacia él. Shigeo anhelaba su afecto, su aprobación, su amor. Pero ella siempre se mostraba distante, y no daba muestras externas de cariño a ninguno de sus hijos, como correspondía a una mujer de su posición. Le encantaba la música clásica. Uno de los primeros recuerdos que Shigeo tenía de su madre era cuando se preparaba para irse a escuchar un concierto. La seguía por la casa, una vez que había salido de su habitación, arreglada y vestida según la moda occidental. El olor que desprendía a perfume de jazmín lo impregnaba todo y tardaba en desaparecer. Shigeo no se iba a la cama, a pesar de las protestas de su ama de leche, hasta que el aroma no se había disipado del todo, hasta que el recuerdo del brillo de las joyas, y del sonido de sus pasos era lo único que le quedaba de ella. Cuando Shigeo tenía ocho años se le ocurrió que si se acercaba a la música, tal vez le serviría para acercarse a su madre. Le pidió a su padre que le pusiera un tutor para aprender a tocar el piano. Su madre seguía los progresos de su hijo mayor, aunque siempre distante. Shigeo sabía cuáles eran sus piezas favoritas y se afanaba por interpretarlas impecablemente; los nocturnos de Chopin, las sonatas de Liszt, las variaciones de Beethoven. El día que cumplía dieciséis años, le tenía guardada una sorpresa. Ensayó durante semanas y cuando llegó la fecha la esperó en casa toda la mañana, asomándose a la ventana cada poco hasta que la vio llegar a bordo del coche de la familia que conducía un chófer. Corrió al piano y se sentó en el taburete, de espaldas a la puerta de entrada, ante el brillante piano de cola. Cuando oyó la puerta principal abrirse y luego cerrarse, y los tacones de su madre quedamente avanzando hacia las escaleras, puso las manos sobre el teclado y comenzó su interpretación con el fa mayor del *Claro de luna* de Debussy. Oyó los pasos pararse, de repente, y se la imaginó inmóvil en medio del vestíbulo bajo la enorme lámpara de araña, tal vez mirando el hermoso arreglo de ramas de cerezo en flor recién cortadas, escuchándole. Cuando llegó a los primeros crescendos, oyó crujir el suelo bajo el umbral de la puerta de la enorme estancia donde se encontraba el piano, sintiendo la presencia de su madre, sabiendo que lo miraba; el aroma de jazmín la delataba. Shigeo tocaba aquella música con la espalda recta, tenso, esperando sentir las manos de su madre en cualquier momento posarse ligeramente sobre sus hombros, sabiendo que tenía que ocurrir, que debía ser así. Sus dedos se deslizaban por el teclado interpretando aquella música que parecía que iba a abrir el cielo, que las nubes iban a separarse y la luna iba a iluminar un paisaje, cualquier paisaje, derramando su mortecina y

suave luz sobre el mundo, sacándolo de las tinieblas. En los arpegios finales el suelo volvió a crujir, y cuando Shigeo hubo terminado, se dio la vuelta. Su madre había desaparecido. De nuevo, solo quedaba el olor a jazmín, el único vestigio de su presencia. Al día siguiente por la tarde se encontró sobre su cama un traje de etiqueta, con chaleco cruzado, camisa de puños, guantes y corbata de lazo blancos, un sombrero de copa de seda, y gemelos y broche de perlas. Por la noche el chófer los llevó a él y a su madre a la ópera. Estaba radiante con un hermoso vestido hasta el suelo, de seda negra como la noche, que se pegaba a su esbelta figura, con la espalda completamente desnuda, la abertura en pico, muy baja y rematada con una enorme lazada; un collar hasta la cintura de perlas grises, guantes blancos altos, y un abrigo de piel de zorro blanco. En la cabeza, un sombrero cloché con redecilla de croché, bordado con perlas grises. Ese día, para salir del coche, su madre le tendió la mano; y él la ayudó a salir y le colocó el abrigo sobre los hombros. "*E lucevan le stelle*", cantaba el tenor. Su madre era la estrella que más brillaba en el teatro.

Las relaciones con su padre habían sido siempre muy difíciles. Era un hombre de negocios que nunca estaba en casa, un extraño para toda la familia. El día que Shigeo pasó los exámenes de ingreso en la Universidad de Tokio, vio en los ojos de su madre un brillo de orgullo, cuyo recuerdo, ahora que estaba solo en Formosa, lejos de ella, le emocionaba. Su padre le había felicitado por teléfono, ya que estaba fuera de Tokio, en algún punto del país. Nunca le fue a ver, ni se interesó más allá de lo puramente necesario por la vida de su hijo una vez estuvo fuera de casa. En los cuatro años que pasó en la universidad antes de alistarse, se podía contar con los dedos de una mano el número de ocasiones en que se habían visto, generalmente para comer en algún restaurante elegante de la capital. En una de ellas, salió a relucir el tema de la guerra, y su padre alababa a la juventud japonesa, a su espíritu guerrero, a su valor e integridad por ir a luchar por el emperador. Tras ingresar en la universidad, el sentimiento de indiferencia de Shigeo hacia su padre se tornó en odio. Comenzó a leer a los escritores anticapitalistas Marx y Engels; pero no solo a ellos. También encontró consuelo en Nietzsche y en Bakunin, que denunciaban el hedonismo y el optimismo de la burguesía. Él consideraba a su padre como un burgués corrupto; peor aún: un capitalista. Los capitalistas estaban muy mal vistos en los círculos idealistas de alumnos recién llegados a la universidad. Cada vez se radicalizó más, cada vez detestaba más el mundo del que venía, con la figura de su padre y de hombres como él como artífices de todo, como culpables de todo. El capitalismo era un cáncer que estaba corroyendo al país y había que acabar con él, y su padre era uno de sus representantes. La lucha contra los estadounidenses era legítima, era

necesaria. Pero los políticos japoneses llevaban al Imperio del Sol Naciente a la ruina, siguiendo los ejemplos de las economías de países burgueses, como Francia y Reino Unido, decadentes. Había que defender a Japón. Era absolutamente necesario derrotarlos. El padre de Shigeo montó en cólera cuando se enteró de que su primogénito se había alistado a la marina, mediado el otoño de 1944. Shigeo entonces le mandó una carta airada, donde le acusaba de tener una doble moral: cuando eran otros los que se alistaban, le parecía una decisión acertada; pero si era su propio hijo, entonces la cosa cambiaba; porque él, su padre, necesitaba a alguien que le cuidase cuando fuese un anciano. Poco después de llegar a Formosa se enteró de que su padre había sufrido un ataque al corazón, y le escribió desde la base para pedirle disculpas, y para reconocer que, a pesar de todo, siempre había trabajado muy duro para la familia, pero le reiteró su obligación de ir a defender su país.

Era un día totalmente primaveral de calor húmedo y pegajoso. Shigeo llegó a la hora acostumbrada y Constante lo recibió con una gran sonrisa, que contrastaba con el aspecto tristón y preocupado del joven, y le anunció que tenía una sorpresa para él. Lo llevó a la sala común de la casa parroquial. Los dos hombres entraron en ella a buen paso. Y de repente Shigeo lo vio. La visión fue como una aparición. El alférez se quedó inmóvil, saboreando aquel espectáculo, algo incrédulo, mirando el gramófono como si fuera algo sobrenatural. Constante tuvo que empujarlo ligeramente, agarrándolo por el codo, hacia el aparato. La caja de roble descansaba sobre una mesita entre dos sofás. Tenía la tapa cerrada, y en la parte delantera, bajo el plato, dos puertezuelas semiabiertas dejaban adivinar varios álbumes. El joven alférez, aún conmocionado, se acercó dando pequeños pasos. Miró a Constante aún con la boca abierta.

"Padre Constantino… ¿funciona?"

"Claro que funciona", dijo Constante alegremente. Se acercó al aparato y levantó la tapa. Shigeo seguía cada movimiento del cura, sin perderse detalle, en posición casi de firmes, pero con una ligera sonrisa en la boca. Constante subió la tapa, que quedó sujeta por una bisagra plateada. Abrió las portezuelas del todo y sacó la colección de discos, perfectamente guardados en unos álbumes de piel. Constante abrió unos de los álbumes y sacó un disco con gran cuidado, lo colocó sobre el plato del gramófono, tomó la aguja y la dejó reposar sobre las pistas exteriores. Tras un leve chisporroteo se oyó un piano, cuyos acordes parecían el toque de campanas a muerto pero con una cadencia más lenta, *in crescendo*, y luego los violines, entrando como el mar y el viento en plena tormenta. Inconfundible Rachmaninov. Shigeo cerró los ojos, dejándose envolver por unos segundos por la música torrencial, con el álbum en la mano. Sus piernas cedieron. Se

tuvo que sentar en uno de los sofás. Con el álbum apoyado sobre las rodillas, extático, clavó su mirada en la ventana, más allá de los árboles del jardín, más allá de los edificios, más allá de las montañas que se divisaban a lo lejos. Los recuerdos se revolvían en su cabeza, su corazón se contrajo con un espasmo, casi de dolor; el torbellino de la música lo envolvió.
“Es como volver a Tokio. Casi puedo oler mi casa, a mis hermanas”, dijo en un susurro. Cerró los ojos y tragó saliva. El olor de perfume de jazmín, de repente, lo inundó todo. La imagen de su madre, aquella noche en la ópera, le vino a la retina, clara, concisa, casi como si la tuviera delante. Su prominente nuez subió y bajó. Tenía los hombros caídos, las manos acariciando la cubierta del álbum. Shigeo de repente bajó la cabeza; seguramente quería ocultar las lágrimas, haciendo como si buscaba entre los discos.
“¿No hay Shostakovich?”, preguntó por fin.
“No sé…. No recuerdo haberlo visto. Elija lo que quiera escuchar.”
“Shostakovich…” Y Shigeo miró a su alrededor para comprobar que estaban solos… “Shostakovich compuso en el 42 su séptima sinfonía. Se titula *Leningrado*, el objetivo no alcanzado de Hitler, su tumba…” Constante se llevó un dedo a la boca instintivamente, y miró a su alrededor.
“Padre Constantino, no me gustaría morirme sin escuchar *Leningrado*… Representa el valor de un pueblo, la capacidad de luchar a pesar de estar casi vencidos, y, finalmente, la victoria.” Constante lo miraba en silencio, presentía que el joven suboficial necesitaba hablar.
“¿Sabía usted, padre, que durante el sitio de Leningrado se reunió lo que quedaba de la orquesta sinfónica de la ciudad, que incluso el general al mando del Ejército Rojo hizo ir a buscar a músicos competentes al frente hasta que reunió suficientes instrumentos para interpretar la sinfonía, que fue transmitida por enormes altavoces para que rompiera el silencio de la tierra de nadie…? ¿Se imagina, padre, el poder de la música en aquel momento? Más que cualquier arma, minando la moral del enemigo.” Shigeo se quedó en silencio una vez más.
Constante lo escuchaba, pero no sin cierta preocupación. Si les oían…
“Padre, no se apure. Mi amor por Japón es grande, es inmenso. Pero el país está corrompido…”, dijo, y en voz baja completó: “…por el capitalismo. Esta guerra, dentro del desastre que representa para el pueblo, es un acontecimiento afortunado, padre.” Constante de nuevo le rogó con un gesto que bajase la voz. “Si destruimos a los americanos, destruiremos el capitalismo, y será posible el resurgimiento de un nuevo Japón que, como un fénix, se levantará triunfante de sus cenizas. Necesitamos hombres fuertes como Lenin y Stalin, que lleven al país a la victoria y que no se arrastren ante el

materialismo capitalista, como nuestros dirigentes de ahora.”
Constante, presa de los nervios, ya no prestaba atención a Shigeo.
“Alférez Hachiro, le ruego mida usted sus palabras… Nos pueden oír.”
Constante no encontraba las construcciones adecuadas, no encontraba el tono en el que dirigirse al miembro del ejército de ocupación con quien, aunque había alcanzado una cierta amistad, sin embargo, nunca había dejado de tratar como a un superior, como a un miembro del ejército de dominación. Durante sus encuentros, Constante escuchaba más que hablaba; no solo porque hablar es la destreza lingüística más complicada cuando se aprende un idioma, sino también porque sabía que su dominio del japonés no era lo suficientemente bueno y le podía jugar una mala pasada; pero sobre todo porque su instinto le decía que siempre concediera al joven suboficial la victoria intelectual apoyada por la dialéctica.
“Padre, no quiero morirme sin escuchar *Leningrado*.”
“Alférez Hachiro… no piense usted en esos términos…” Constante hablaba en un susurro.
“Mañana mismo salgo en una misión. No se lo había dicho, padre, pero soy un *tokkotai*… un piloto voluntario, un *kamizaze.* He venido hoy, padre, a que me escuche en confesión.”
Constante se quedó helado. Los padres sabían que desde la base aérea que había en la ciudad salían esas misiones de pilotos suicidas desde enero de aquel año. A veces, entre los miembros de la congregación, se hacían comentarios sobre aquellos hombres, tildándolos de valerosos patriotas que salían a morir y a matar. Ahora tenía ante él a un hombre que quería recibir el perdón de Dios en la víspera de su suicidio. Pensó en todos los años de estudios teológicos, de práctica misionera. Nada le había preparado para un momento así. Le rogó a Dios que le diera fuerza para ayudar al joven soldado. Shigeo había sacado del álbum el primer movimiento de la *Sonata nº 8* de Beethoven, *La Patética*; miró a Constante a los ojos fijamente y le tendió el disco, como quien se rinde y tiende sus armas al comandante enemigo. Constante lo tomó, retiró el que había en el plato y con pulso firme colocó el disco elegido por el suboficial y lo pinchó. Tras el chisporroteo inicial, sonó el grave del primer movimiento de *La Patética*, apuntalando el sentimiento de dolor.
“Alférez… hijo, me vas a permitir que te trate así, ya que ahora vienes a mí en busca de ayuda espiritual, que yo estaré encantado de darte.”
Shigeo asintió con la cabeza. Constante respiró aliviado. Este vocabulario de su oficio lo dominaba mejor, y dio gracias a Dios.
“No sé si es tu amor a la patria o al emperador, o a ambos, lo que te ha empujado a tomar esta decisión de ser un piloto. La guerra representa, por su mera naturaleza, lo opuesto al cristianismo, al amor entre hermanos que nos enseñó Cristo. Y si nos parásemos a pensarlo,

los cristianos nos negaríamos a ir a ella como corderos. Pero cuántos reyes, cuántos gobernantes han empuñado las armas en nombre de Dios, desde hace siglos…” El suboficial japonés se puso tenso, apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Los acordes más luminosos de la sonata animaron a Constante a seguir.

“Tú hoy me dices que mañana vas a lanzarte contra un buque en medio del océano y vas a perder tu vida… pero también vas a matar a otros… que tal vez sean cristianos… o no; no importa si lo son, son hijos de Dios en cualquier caso. ¿Vas a tu muerte con este conocimiento?, hijo mío. ¿Te das cuenta de lo que eso representa para un cristiano?” El *allegro molto e con brio* de la composición casi asustó a Constante y lo desconcentró con su dramatismo. El religioso intentó no perder detalle de las palabras del joven suboficial.

“La muerte, que me va a ser dada mañana, no es por mi propia elección…”

La manera de enunciar la llegada de esa muerte, como algo que se le iba a dar, que no había elegido voluntariamente, tomó por sorpresa a Constante.

“Pero hijo, tú puedes tomar la decisión de no ir, de no lanzarte mañana a… al suicidio.”

“La vida en sí es un suicidio, padre. Cuando nacemos sabemos que vamos a morir. Nadie va a vivir por siempre. Nadie es inmortal. ¿Qué más da cómo y cuándo?”

“Sí, pero es Dios el que decide cuándo y cómo, hijo mío… Nuestra vida está en sus manos. Nosotros no somos los dueños de nuestras vidas, ni de las de otros seres humanos.”

“¿Entonces, padre, me sugiere que regrese a la base y le diga a mis superiores que he decidido comportarme como un cobarde y no salir mañana?” La melodía, igual que la discusión, tomaba más brío.

“Vas a matar a decenas de personas, hijo… Eso va en contra de lo que nos enseñó Dios.”

“Pero es mi deber, padre. Es lo que he decidido hacer y no puedo dar marcha atrás.”

“¿Y las vidas de esas personas? ¿Acaso no has pensado en ello?”

“Sí, padre… pero estamos en guerra.”

“Tienes razón, hijo mío. Estamos en guerra; pero eso no nos da derecho a quitarles a unas mujeres sus esposos, a unas madres sus hijos, a unos niños sus padres… Solo vas a generar sufrimiento, más sufrimiento del que ya hay…”

“Ya no puedo rectificar, padre… Es demasiado tarde.”

“Si tú crees que hay alguna razón por la cual la decisión que has tomado no es correcta, puedes cambiar de opinión… ¿no…? Es de sabios rectificar…”

“También de cobardes, padre Constantino. Yo me alisté

voluntariamente a la marina, y la decisión de convertirme en *tokkotai* fue personal, la tomé voluntariamente hace unos meses.”
“¿Fue una decisión madurada? ¿Se te dio tiempo suficiente para decidir? ¿Cuántos días? ¿Cuántos meses?” El alférez miró al frente y se quedó en silencio unos segundos.
“Minutos… Se nos dieron tres minutos para tomar la decisión. Los que quisieran ir debían dar un paso al frente en la formación.” De nuevo, el tema del principio de la pieza musical que invitaba al patetismo. El piano lo dominaba todo, lo envolvía todo. Tres minutos para decidir entre la vida y la muerte.
“¿Se os dieron tres minutos? ¿Cuántos eráis?, hijo.”
“Toda la compañía. Más de cien hombres…”
Constante cayó en la cuenta de la imposibilidad, o la dificultad enorme, al menos, de negarse a presentarse voluntario a semejantes misiones. Se imaginó por un momento a los jóvenes soldados, tras haber sido arengados por un oficial sobre la necesidad de sacrificarse por la patria y por el emperador, decidiendo si debían o no dar un paso adelante, como se les pedía, si estaban dispuestos a morir como hombres. Qué pensamientos pasarían por las mentes de aquellos jóvenes, al ver al primero de sus compañeros, al más fanático, o al más asustado, o al más imbécil, dar un paso al frente; la presión de ver que había más que se precipitaban al fondo del precipicio. Pero, ¿y si alguien no daba ese paso? ¿Y si alguien reunía el valor suficiente para no moverse, a pesar de que todos los demás habían demostrado su amor a la patria, su decoro al desear morir por el emperador? Todo estaba perfectamente calculado por los altos mandos. Sabían que la presión de su grupo de pares iba a ser suficiente para que los hombres diesen ese paso, para tirarse al abismo. Qué animal tan asquerosamente sutil, calculador y mezquino era el ser humano. La guerra estaba perdida para Japón. En Okinawa el ejército estadounidense avanzaba implacablemente. Sin embargo, los políticos en Tokio no se rendían, y seguían mandando a muchachos jóvenes a la muerte, ya no en un buque de guerra o en una compañía de infantería en alguna isla del Pacífico, de donde había alguna posibilidad de salir con vida, sino así, en una misión suicida, en un viaje sin retorno, en una misión a la que no mandarían a sus propios hijos, a la que no irían ellos mismos. ¿Qué posibilidad había de que el joven alférez se retractara ante sus superiores y decidiese no ir? Ninguna. Aquel joven había tomado la decisión hacía meses, y si lo hubiesen mandado, en aquel momento, minutos después de tomar la decisión, en caliente, si le hubiesen acompañado a la cabina del avión, le hubiesen dado un apretado abrazo con fuertes palmetazos en la espalda, y le hubieran despedido con una marcha militar y pañuelos blancos al viento desde la pista, eso habría sido un acto de piedad por parte de sus superiores.

Pero llevar esa congoja durante meses, preguntarse qué día iba a ser su día, cuándo una mano en el hombro iba a anunciar que a la madrugada siguiente tendría que lanzarte a la muerte, eso era tortura. El acto de aquellos oficiales superiores era doblemente criminal. Ahora Constante no podía intentar convencer a aquel joven de la inutilidad de su muerte al día siguiente. ¿Para qué hacer el proceso más doloroso para él? ¿Qué sentido tenía sembrar la semilla de la duda, de la incertidumbre a estas alturas? Constante sintió rabia.

"Todos vamos a morir, tarde o temprano, padre; mejor hacerlo de una forma honorable como los demás *tokkotai* que salieron antes y que murieron por nosotros y por un nuevo Japón."

Constante tuvo que morderse la lengua. El argumento del patriotismo, esgrimido por un suboficial del ejército de ocupación era irrevocable. La docilidad del joven podía convertirse en furia en un instante. Podría costarle la vida no solo a él; también a los demás padres. Aquel joven necesitaba ayuda espiritual, y él estaba allí para eso. Quería recibir el perdón, Constante se lo tenía que conceder. Cualquiera que viniera a él con la intención de aceptar a Cristo en aquellos momentos de dificultad tenía que recibir su bendición. ¿Quién era él para negárselo? Era un pecador, igual que el soldado, era un hijo de Dios perdido en aquel valle de lágrimas. ¿Cómo podía mandar a aquel hombre a la muerte sin su bendición, sin la bendición de Dios?

"Hijo, ahora vamos a compartir el cuerpo y la sangre de Cristo, tú y yo. Dios Padre Todopoderoso te perdonará y te aceptará en su seno. No te quepa la menor duda. Has hecho lo correcto al venir a mí; me alegro mucho de que hayas tomado esta decisión."

El joven suboficial sonrió aliviado.

Shigeo ya había muerto hacía un par de semanas, cuando Constante y los demás curas tuvieron que mudarse al campo. Siempre que veía el gramófono y los discos pensaba en él. Había llegado a sus oídos que su avión se había estrellado en el mar, apenas unas millas antes de alcanzar su objetivo. Tal vez en el último momento había reunido el suficiente valor para no cumplir las órdenes de sus superiores. Quiso pensar que había sido así, que había decidido ahorrarle más sufrimiento a la humanidad. Los bombardeos estadounidenses sobre Formosa, que habían comenzado a principios del año 1945, se intensificaron en la primavera, y el gobierno dio la orden de salir de las ciudades. Constante, a pesar del traslado, no abandonó sus obligaciones. Todos los días, para poder llevar a cabo su trabajo, tomaba primero un tren y después caminaba dos horas, por la noche, para evitar los bombardeos, que ocurrían durante el día. Las comunicaciones con el mundo exterior quedaron prácticamente cortadas.

"Querido hijo:

Espero que la presente te encuentre en buen estado de salud, y sobre todo sano y salvo. Llevamos tanto tiempo sin saber de ti, pero desde la central dominica nos aseguran que estáis bien. Aquí nos llegan noticias de la guerra en aquellas tierras lejanas, y no son muy buenas. En Europa la guerra parece que va a llegar a su fin. No tenemos noticias de Luis tampoco desde hace tiempo, que está prisionero en algún lugar. Al menos tengo la posibilidad de escribirte a ti y sé que mi carta te llegará tarde o temprano. Le pido al Altísimo que os proteja a los dos y que os tenga bajo su ala. Mi salud sigue igual, aunque cada día estoy más fatigada y me cuesta más salir de simples catarros, pero si es la disposición divina, hijo mío, tú mejor que nadie sabes que sus designios son insondables. Siempre os llevo en mi pensamiento y os recuerdo a los dos en mis rezos. No te olvida tu madre que te quiere y siempre te querrá."

La carta de María había llegado a Formosa dos meses después del final de la guerra en Europa, y ella había fallecido tan solo un mes antes de la rendición alema, unos días después de escribir aquellas líneas. Constante había recibido, apenas unos días antes que la de su madre, una de un tío segundo suyo, fray Florentino, dominico también, que era quien le había metido a él la vocación, y que le había dado la extremaunción a María en su lecho de muerte. *"Hijo mío, tu madre murió cristianamente el 1 de abril pasado. Yo la confesé y la acompañé en su último suspiro y te puedo asegurar que nunca hubo una mujer más santa y más buena. Puedes estar seguro, Constantino, de que tu madre entró en el Cielo de zapatos."* Constantino lloró como un niño recordando a su madre, a su padre, a sus hermanos. Sintió, de un solo golpe, la añoranza de estar en su tierra con los suyos. Recordó los verdes valles de Asturias, los bosques comunales a los que iba con sus hermanos a recoger castañas en el otoño, la voz de su madre llamándolos a rezar el rosario, las risas de sus hermanas, el ulular de la lechuza por las noches, el olor a madera húmeda humeando en el fuego, los golpes secos del hacha de su padre, el sabor de la leche recién ordeñada con pan migado en la cocina de su casa, el olor de la cocina colándose por las tablas que llegaba hasta su cama, las sábanas y la ropa blanca extendidas a secar sobre la hierba recién lavadas. Había salido de España hacía quince años y le pareció que habían sido hacía unos minutos, que había sentido el beso último de despedida de su madre, instantes después de tomarse aquella fotografía al pie del automóvil que lo llevaría del convento a la estación de tren.

Los dos hermanos apuraron las copas de coñac. Pepe pidió la cuenta y se levantaron. Bajaron las angostas y oscuras escaleras hasta la planta baja del restaurante madrileño. Al final de la barra, junto a

la puerta de salida Luis notó que un hombre lo miraba. Este, sin quitarle el ojo de encima a Luis, dobló el diario *ABC* que tenía ante él y se lo puso bajo el brazo izquierdo, tomó el sombrero con la mano derecha y esperó a que los dos hombres salieran del restaurante, y salió tras ellos. Los dos hermanos continuaron caminando calle arriba. Pasaron por delante del mercado de San Miguel y Luis notó que el hombre los seguía. Cruzaron Mayor y por una callejuela siguieron hasta Arenal. Giraron a la izquierda y se encaminaron hacia Ópera. Calle abajo pasaron por un quiosco de prensa y Luis compró el *ABC*. Tras recorrer unos cincuenta metros, se volvió a su hermano.
"Pepe, ¿te importa si nos sentamos en este banco, que da el sol? Me gusta ver pasar los coches y la gente y me siento algo fatigado."
Ambos hombres se sentaron en un extremo del banco. Luis colocó el diario recién comprado a su lado. A los pocos minutos el hombre que les había seguido desde el restaurante se acercó a ellos.
"¿Les importa que me siente?"
"En absoluto; adelante.", dijo Pepe.
"Hoy hace un día estupendo. Por fin parece que va a llegar la primavera." Y el hombre dirigió su rostro hacia el sol y dejó su diario junto al de Luis.
"Sí, así parece", contestó Pepe. "La mañana era fría, pero el sol ya calienta bien a estas horas."
"Así es. ¿Son ustedes de aquí?"
"No, somos de Asturias. ¿Y usted?"
"Yo soy de Cartagena, pero estoy aquí de viaje de negocios. Se harta uno de estar solo tanto tiempo. Perdonen si les molesto."
"No, no… No se apure. No molesta usted nada. ¿Verdad?, Luis."
"No, en absoluto", contestó Luis, aprovechando la ocasión para mirar al hombre con detenimiento. Podía ser perfectamente un hombre del partido. Él mismo había ido así vestido antes: de traje, corbata y sombrero; viajante de profesión, el diario *ABC* en la mano izquierda, el sombrero en la derecha… La consigna. De repente se dio cuenta de qué fácil era distinguir los hombres del partido entre la población. Si la policía supiera... Casi le daban ganas de reírse.
"¿Y lleva usted mucho tiempo en Madrid?" Por fin Luis se animó a preguntar, buscando una señal, con todos los sentidos alertados.
"Pues en principio venía para solo unos días, pero a mi compañero lo ingresaron de urgencia en el hospital y…"
"Vaya por Dios", dijo Pepe, cambiando de postura en el duro banco con un pequeño gruñido de dolor.
"Sí, una cosa inesperada…"
"Los hospitales son sitios muy aburridos. Habrá ido usted a visitarle, ¿no?" Luis no le quitaba el ojo de encima al hombre.
"Sí. Hoy le voy a ver por primera vez desde que le ingresaron. He

pensado que le gustaría leer la prensa, y le he comprado el diario. Seguro que encuentra alguna noticia interesante en él.” El desconocido tampoco le quitaba ojo a Luis.
“¿Y su familia? ¿Sabe de él?”
“No, su familia está impaciente por tener noticias suyas. Es más, están deseando verle.”
“Vaya… ¿Y es muy grave lo que tiene…? Y perdone mi curiosidad.” Pepe empezó a sentirse un poco violento ante las preguntas de su hermano al desconocido, pero se veía que el hombre tenía ganas de hablar.
“No, fue un accidente. Ya le digo, una cosa inesperada. Es cuestión de curas y de reposos…”
Luis, deliberadamente, tomó el ejemplar que acababa de comprar en el quiosco y se lo tendió al hombre.
“Este era su ejemplar, ¿verdad?”
El hombre miró al banco y vio que Luis había tomado el periódico que él acababa de comprar.
“Sí, este es, sin duda.” Y sonrió levemente, casi de modo imperceptible.
“Pues no tarde usted en ir a llevarle su prensa, que estará impaciente.”
“Sí, será mejor que continúe mi camino y le lleve el *ABC* a mi amigo. Sé que está deseando leer las noticias sobre la inauguración de la temporada taurina. Teníamos entradas para la corrida, y ya ven ustedes…”
“Pues sí que es un fastidio, desde luego.” Pepe miró al hombre, que ya se ponía de pie, poniéndose la mano de visera para que no le deslumbrara el sol.
“Espero que se mejore pronto su amigo”, dijo Luis.
“Sí, muchas gracias. Estuvo entre la vida y la muerte, pero ya va saliendo. En fin, perdonen que les haya molestado y buenas tardes.” Y el hombre, mientras se tocaba el ala del sombrero, echó a andar.
“Buenas tardes”, dijeron los dos hermanos. Y se quedaron mirando cómo se alejaba calle abajo.
“Cada vez hay gente más sola en esta sociedad… No sé a dónde vemos a llegar”, dijo Pepe mirando al hombre alejarse con pena.
“Bueno, al menos ahora tiene a alguien con quien hablar, en el hospital.” Luis pasaba las hojas del diario, haciendo como que leía. El corazón le palpitaba de tal forma que parecía que se le iba a salir del pecho, las sienes le iban a explotar. Sentía tal presión que creía que su cabeza iba a estallar como una caldera de vapor. Bajó el diario y dejó que el sol le acariciara el rostro.
“¿Te encuentras bien?” Pepe miraba a su hermano algo alarmado y le puso una mano en el hombro.
“Sí, gracias Pepe, es solo fatiga. Ya sabes… Tantas emociones.”

“¿Quieres un pitillo?”
“Sí, eso me vendría bien.”
Pepe se llevó la mano al bolsillo y sacó una pitillera. La abrió y la puso ante su hermano.
“Solo te quedan dos.”
Pepe levantó la cabeza.
“Por ahí viene un cigarrero… ¡Eh…! ¡Chaval!” Pepe le hizo señas con la mano. El chico, que estaba al otro lado de la calle, lo vio y cruzó. Pepe se levantó y avanzó unos pasos para ponerse ante él y comprar el tabaco. Entonces Luis tomó el diario de nuevo en las manos y buscó la sección taurina, al final del diario, a toda prisa. “Temporada taurina… Tiene que estar aquí, después de los deportes… *Resultados Primera División… Segunda…* ¡Aquí está…! *Comienza la temporada taurina…”* Ojeó rápidamente la página pero no había nada. Entonces notó que la esquina estaba ligeramente levantada. En la siguiente página, al doblar la esquina por el pliegue del papel, se podía leer: *“Sociedad Textil en Barcelona desea nombrar representante en esa plaza”*. El anuncio venía marcado con un círculo hecho con lápiz. Escrito bajo al anuncio, también en lápiz, decía *“22 de marzo, estación de Sants, 17 horas. Sr. Apolinar Tolívar.”* Luis cerró los ojos y el periódico. Eran ellos, era el nombre de la consigna. Lo querían ver. Miró rápidamente a su alrededor buscando al hombre que le había dejado la señal. Ahí estaba, mirándolo fijamente, apoyado contra la barandilla de la boca de metro de Ópera. Sus miradas se cruzaron. El hombre le sonrió y Luis le miró asintiendo con la cabeza. El hombre se tocó el ala del sombrero y bajó a buen paso las escaleras del metro, desapareciendo. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Se le nubló la vista ligeramente y vio acercarse a su hermano que le tendía una mano.
“¿Te encuentras bien?, Luis.”
“Sí, sí… gracias, Pepe… ya se me pasa. Es que a veces me dan bajadas de tensión. Esto se arregla con un coñac o una quina.”
“En cuanto te repongas tomamos un taxi para ir a casa de Maruja y de Pedro, que están deseando verte. No saben nada de que te han dejado salir ya. Les daremos una sorpresa.”
“Me parece estupendo, Pepe. Sí, me encantará ver a Maruja. Es a la única a la que no he visto desde…” Y se quedó callado. Un nudo en la garganta le impedía continuar. Su querida hermana Maruja, tan valiente, tan vital. Pepe se sentó junto a él y los dos se quedaron en silencio, cara al sol, dejando que sus rayos secaran las lágrimas.

XLII

Madrid, 16 de marzo de 1950

Victorina, en cuanto supo que Luis iba a ser trasladado a Madrid, se puso en contacto con Maruja, que vivía en la capital desde hacía cuatro años. Se había casado con un hermano de Severino, el marido de su hermana Angelines. Dos hermanas casadas con dos hermanos. Todo quedaba en familia. Pedro era un hombre tranquilo, bueno, afable, al que le gustaba tocar el violín. Había estado represaliado, por haber trabajado en Gijón para Socorro Rojo durante la guerra. Tras cumplir unos meses de cárcel en San Marcos de León, regresó a Asturias, a su antiguo empleo de la Estación del Norte, pero sentía que el ambiente ya no era el mismo; no se fiaba de sus compañeros, no sabía si alguien más iría con otra acusación a algún superior. Salieron unas plazas para auxiliar en la Estación del Norte de Madrid, se presentó, fue aceptado y, con el contrato en la mano, fue a casa de don Francisco a pedir la mano de su hija Maruja, a la que cortejaba desde hacía tiempo. A los dos meses se casaron y en 1946 ya estaban instalados en la capital, en un piso de nueva construcción cerca de la Puerta del Ángel.

Maruja no daba crédito cuando llegó el telegrama de Victorina anunciándole su llegada. Victorina… que no se atrevía a ir sola en tren hasta Gijón. Fue a esperarla a la Estación del Norte, ya de noche, acompañada por su marido, Pedro. Ambas mujeres se fundieron en un abrazo, y cogidas del brazo salieron por la puerta principal. Tomaron un autobús y a los diez minutos estaban ante el portal de la casa del matrimonio. Subieron los dos pisos de escaleras y entraron en la vivienda.

“¿Tienes hambre?”

“No, no mucha. Traje comida en el tren, pero ni la probé, de puros nervios.”

“Yo os dejo solas. Voy a leer el diario a la sala.”

Cuando Pedro hubo salido y las dos mujeres estuvieron solas, Maruja cerró la puerta de la cocina.
"Tengo una gran noticia que darte. No quería decirte nada hasta que llegásemos a casa ¿Estás preparada?"
Victorina se puso pálida y se agarró a la mesa.
"Dime… ¿Qué es?"
"Victorina… Luis ya es libre." Y Maruja se quedó mirando a su amiga con una gran sonrisa.
"¿Qué quieres decir?" Victorina se llevó ambas manos a la boca, con una expresión de sorpresa en la cara.
"Bueno, es casi libre. Hace dos horas salió de aquí… Estuvo aquí, Victorina, en mi casa…" Maruja se acercó a su amiga y la cogió por las manos. "Cuando lo vi casi no me lo podía creer. Según parece, en cuanto lo interrogue uno de los gerifaltes de la Guardia Civil lo sueltan definitivamente… De momento lo dejan salir acompañado por Pepe."
"¡Ay, Dios mío…! ¡Ay, Dios mío…!" Fue lo único que alcanzó a decir. El pecho de Victorina subía y bajaba, ahogada por la emoción que le producía la noticia. "Entonces… será antes de lo que esperábamos."
"¿Y qué vas a hacer?, Victorina. ¿Qué vais a hacer?"
Victorina dudó un momento, y por fin dijo:
"Luis me ha pedido que me case con él…"
Maruja se llevó ambas manos a la boca, sensiblemente emocionada.
"¿Y vas a aceptar?"
"Sí, Maruja… Ya le he dicho que sí."
Maruja le dio un fuerte abrazo a Victorina. Se alegraba tanto por su amiga. Sabía lo que sentía por su hermano Luis, y le parecía increíble que aquella historia de amor, que ya casi había cumplido dos décadas y que había sobrevivido dos guerras, llegara por fin a buen puerto.
"Pero, ¿cómo vais a hacer entonces…? ¿Y os quedaréis aquí en España?"
"No… Luis no quiere quedarse aquí. Está empeñado en volver a Francia…"
"¿Y qué vas a hacer?"
"Ir con él, Maruja, vivir mi vida, vivir nuestra vida, la que nos quede, pero juntos."
"¿Os casaréis aquí?"
"De eso no hemos hablado aún. Él tiene que ir a Francia; ya sabes que tiene allí una… una novia."
"¿Y el partido?"
"Lo va a dejar. Esa es la condición que le puse."
"¿Y la va a cumplir?"
A Victorina se le borró la sonrisa de la boca.
"No sé…"

"¿Y vais a poder salir del país así como así?"
"No sé, Maruja. Me dijo que él se encargaría de todo."
"Ay, hija, perdona que sea tan preguntona…"
"No… si es natural. No te apures. Yo también tengo muchas preguntas, y todas sin respuesta."
"No tienen contestación de momento", le dijo Maruja con una gran sonrisa, una sonrisa triunfal, "pero todo llegará… Ya verás."
"Bueno, ¿y cuándo lo podremos ver otra vez? ¿Se le pueden hacer visitas?"
"Pepe me dijo que no sabrían nada hasta mañana, cuando vaya a verlo al cuartel o donde sea que lo tienen retenido."
"¿Dónde está Pepe?"
"Él se queda en el cuartel del Ejército del Aire de Getafe. Mañana me avisará. Yo no les dije nada de que ibas a venir. Ya sabes cómo es Pepe… de beato…" Las dos mujeres se echaron a reír. "Pepe dijo que nos viéramos mañana en La Mallorquina, un café en Sol, en el centro, por la mañana, a eso de las diez y media, que ya sabría algo. Hay un tranvía que nos deja a la puerta."

Una sensación de nerviosismo invadió a Victorina. Se metió en la cama que le había preparado Maruja con una tila sobre la mesa. A pesar de que estaba agotada tras el largo viaje en el que no había pegado ojo, no se podía dormir. Le invadieron cientos de memorias, de recuerdos, que, como flashazos, aparecían ante ella. Luis en el depósito de máquinas; Luis vestido de miliciano; Luis en casa de sus padres, escondido; Luis mirando de lado en una foto que le había mandado desde París durante la guerra mundial. No podía borrarlas de su mente. ¿Y cómo sería París? ¿Qué sería de ella allí? ¿Cómo sobreviviría? La asaltaron todas las historias que su madre le había contado cuando Luis le pidió que se casara con él por carta desde Francia. De repente sintió que se ahogaba. Se incorporó en la cama. Se levantó y se bebió la tila que ya estaba tibia, casi fría. Se volvió a meter en la cama. Intentó pensar en algo agradable. Pensó en sus sobrinos. ¿Y si no los volvía a ver? Sacudió la cabeza sobre la almohada. Oyó el reloj de la sala dar las doce. Por fin se durmió. Cuando se despertó ya había amanecido en Madrid. Maruja la esperaba en la cocina con un café caliente y el pan, que Pedro había ido a buscar.
"¿Descansaste bien?"
"Sí… más o menos… Maruja, estoy nerviosa."
"Es normal… No te apures. Ya verás cómo todo va a ir muy bien."
"¿Cuánto tiempo tenemos antes de salir?"
Maruja miró el reloj.
"Calcula una hora."
Victorina no probó bocado. Tenía un nudo en el estómago que le

impedía comer. No se podía creer que por fin iba a ver a Luis, otra vez. No podría vivir ni un día más sin poder estar junto a él, aunque fuera con Pepe y Maruja.
"Anda, Victorina, come algo."
"No puedo, Maruja."
"Tómate el café, aunque sea. Te va a dar un vahído. Sabe Dios cuánto tiempo llevas sin comer."
Victorina bajó la cabeza y empezó a llorar. Maruja se levantó y le puso una mano sobre el hombro.
"Anda, niñina, que ya no te queda nada para ver a Luis. Pero tienes que comer algo, o no vas a poder levantarte de la silla a darle un abrazo."
Victorina se secó las lágrimas con un pañuelo que llevaba en el bolsillo de la bata. Lo volvió a guardar y se bebió el café. Se lo acercó a los labios y dio un sorbo. Volvió a dejar la taza y respiró hondo, estirando su espalda y arqueándola ligeramente. Le dio unas palmadita a la mano de su amiga, que aún descansaba sobre su hombro. Por fin dijo:
"Ya se me pasa. Solo son nervios, no te apures."
Al cabo de una hora ambas mujeres estaban sentadas en el tranvía, que iba casi vacío. Cruzaron el Manzanares, al que se había pegado una neblina que no quería levantarse a pesar de que el sol ya brillaba con cierta fuerza. Comenzaron el lento ascenso por la calle Segovia. Pasaron bajo el puente de la calle Bailén, a través de cuyas curvas bóvedas y rectos nervios se colaba la luz del sol de la mañana proyectando unos haces luminosos en el aire frío de la ciudad. Por fin coronaron la colina sobre la que descansa desde hace siglos el casco viejo de Madrid. El tranvía dio la curva sobre Mayor y se paró a la entrada de Sol. Maruja se levantó, Victorina la imitó y ambas mujeres descendieron del tranvía. Cruzaron la calle y entraron en el café. El olor de los bollos frescos y el pan ya se percibía desde la calle. Al entrar, varios camareros con chaquetilla blanca y pajarita las miraron desde detrás de la barra que corría a lo largo de todo el local y solo se interrumpía en las dos puertas de entrada y las escaleras. Victorina, al sentirse observada, bajó la cabeza. Su amiga la cogió del brazo y tiró de ella. Ambas mujeres subieron rápidamente hasta el piso de arriba. El salón superior tenía varias mesas cuadradas con cuatro sillas, todas iguales, repartidas por toda la estancia, con impecables manteles blancos en cada uno de los cuales descansaba una jarra de agua. A lo largo de dos de las paredes corrían amplios ventanales que daban mucha luminosidad al salón, con vistas sobre Sol y Mayor. De pie había tres camareros, dos de ellos hablando en voz baja en una esquina, otro mirando disimuladamente un periódico apoyado sobre una estantería. En una mesa, dos señoras un poco gordas tomaban un

café con un cruasán. En otra mesa, al fondo, en la esquina más soleada, un hombre leía el *Arriba* con un café y unos churros. Las otras mesas estaban libres. El hombre que leía bajó el periódico y, tras él, apareció la cara de Pepe. Maruja, que se había parado al borde de la escalera, arrancó a andar al ver a su hermano. Victorina la siguió. Pepe se levantó.
“Buenos días, Pepe. ¿Te acuerdas de Victorina?”
“¡Cómo no me voy a acordar!” Y Pepe extendió su mano hacia la mujer, que le dio la suya.
“Hola, Pepe… Me alegro mucho de verte. Hacía ya tanto tiempo…”
“Mucho, Victorina… Yo diría la guerra… Sí, la guerra. Fue la última vez que nos vimos. Permíteme que te diga que sigues igual que siempre.”
“Gracias, Pepe”, alcanzó a decir Victorina, que se ruborizó un poco y bajó la cabeza. Pepe movió dos sillas para que las mujeres se sentaran. Ellas se quitaron los abrigos, los colocaron en la silla que quedaba libre y Pepe las ayudó a ambas a sentarse. Primero Victorina, luego su hermana. Aún de pié, se volvió hacia los camareros, uno de los cuales ya sorteaba mesas para llegar hasta él.
“¿Qué van a querer las señoras?”
“Un café con leche para mí. ¿Tú?, Victorina.”
“Lo mismo.”
“¿Algo para comer?”
“Para mí nada.”
“Yo tampoco quiero nada.”
El camarero, de chaqueta blanca y pajarita negra, hizo una pequeña reverencia y se marchó.
“Victorina ha venido a ver a Luis.”
“Ya me imagino.” Pepe hablaba mirando a su hermana, ligeramente incómodo con la presencia de la mujer soltera que sabía que era, o había sido al menos, la novia de su hermano Luis. Creía que esa historia se había acabado, pero no le pareció correcto soltar aquel comentario ante ella.
“Bueno, esta mañana a las nueve vine aquí, a la Jefatura Superior.” Y se volteó ligeramente, para dirigir la atención de las mujeres hacia el edificio del reloj de Sol, mientras señalaba con su pulgar derecho hacia atrás sobre su hombro. “Y me comunicaron que Luis iba a ser trasladado esta misma mañana a otras dependencias, donde será interrogando por un alto mando de la Guardia Civil. No me han dicho cuánto tiempo estará allí. Pude hablar con él, y está bien, de buen humor y contento. Me dijo que lo pondrían en libertad pronto y que iba a pedir que lo llevaran a Barcelona. Es lo único que os puedo decir.”
Las dos mujeres se miraron. Maruja notó la cara de desfallecimiento

de Victorina, que retiró las manos, que descansaban sobre el mantel, y las puso sobre el regazo, un poco temblorosas.
“Entonces… ¿No se le puede visitar?”, preguntó Maruja, con un tono algo alarmado.
“Hoy, desde luego, no.”
“¿Y mañana?”
Pepe se quedó callado un instante y miró al mantel. Por fin levantó la vista, mirando a Victorina esta vez.
“En la Jefatura se fían de mí porque soy militar, pero yo me voy esta noche en el tren a Valencia. Se me acaba el permiso. Lo siento.”
“¿Y si volvemos esta tarde? Tal vez podamos… puedas preguntar, Pepe… Por favor.” Maruja miraba a su hermano con cara suplicante.
Pepe levantó la barbilla y desvió la mirada para anunciar a las dos mujeres la llegada de los cafés. El camarero los situó ante ellas con gran maestría y profesionalidad, los talones juntos, los pies haciendo una v perfecta, el torso ligeramente inclinado sobre la mesa.
“¿Desean alguna cosa más los señores?”
“No, muchas gracias.”
Maruja esperó a que el camarero se hubiera alejado. Puso su mano sobre la de su hermano, que descansaba, mutilada, sobre la mesa. “Te ruego que hagas un esfuerzo para que podamos ver a Luis esta tarde, aunque solo sea un rato. Pásate por la Jefatura o como se llame después de comer… Tal vez Luis ya esté de vuelta entonces y le permitan salir un rato… Te lo ruego, Pepe. Victorina ha venido desde Oviedo solo para ver a Luis.” Su tono era serio, pero no estaba exento de patetismo. Pepe no estaba seguro de querer complacer a su hermana en esta petición. No por ella, no. Solo era que no quería darle alas a esta mujer que había venido a meter sus narices en un asunto de familia donde nadie le había dado vela. Además, ¿quién era ella? ¿Cuál era su relación con Luis? ¿Acaso no sabía que Luis tenía una novia en París con la que, además, vivía? Le apetecía decirle tres verdades. Las mujeres decentes tenían más dignidad y no se arrastraban de esa manera, no se ponían en evidencia, sin ningún pudor, cantando a los cuatro vientos sus sentimientos por un hombre en la delicada situación en la que se encontraba Luis, ya no solo con la ley, sino sentimentalmente. Lo que no entendía era cómo su hermana Maruja, que era bastante juiciosa, se había mostrado dispuesta a intervenir y a mediar. Si hubiera estado sentada ante él Anita, en aquella misma conversación, lo entendería. ¡Pero Maruja! No se lo habría esperado de ella nunca.
“Está bien”, dijo por fin, “lo intentaré… Pero no puedo prometer nada.” Las dos mujeres se miraron y Maruja sonrió. Luego soltó la mano de su hermano para tomar su taza y él aprovechó para retirarla del mantel. Se dio cuenta de que Victorina no había abierto la boca ni

había probado el café, y evitaba que sus miradas se cruzasen. Tal vez estaba, después de todo, avergonzada. No era para menos, pensó Pepe. Desde luego había que tener valor para presentarse sin avisar y sin haber sido invitada, en unos momentos tan difíciles para la familia. Su presencia estorbaba, esa era la verdad, si a alguien le interesaba saber cuál era su opinión.
“Tengo que realizar unas gestiones antes de volver a Valencia esta noche. Si os parece, podemos vernos a la puerta de la Jefatura a las seis de la tarde. Si Luis está de vuelta para entonces es posible que le den permiso para salir otra vez hasta las ocho, como ayer. ¿Qué me decís?” Y entrelazó los dedos ante sí, sobre la mesa.
“A mí me parece muy bien, Pepe. ¿Tú qué dices?, Victorina.”
Victorina levantó la mirada del mantel, irguió la espalda y miró a Pepe, por fin, cara a cara.
“A mí también, Pepe. No sabes cómo te lo agradezco…”
De repente a Pepe aquella situación le pareció de lo más patético. Estas cosas de los novios y los encuentros entre amantes eran cosas de mujeres, de la psicología femenina, más proclive a verse afectada por esos asuntos del corazón y del romanticismo. Él, desde luego, había venido a Madrid desde Valencia, abandonando sus múltiples obligaciones en aquella plaza, para ayudar a su hermano, pero en lo puramente burocrático, en lo relacionado con su situación legal y de bienestar personal. Esta no era la razón por la que había venido: favorecer un encuentro entre amantes. Además, a lo mejor Luis no quería verla. Él no podía traicionar así a su hermano, apareciendo con esta mujer sin más.
“Mira, Victorina, yo no sé cuál es la relación entre Luis y tú pero…” Notó cómo Maruja se ponía tensa. Sin embargo, decidió continuar: “…pero tú sabes que tiene una novia en París, me imagino.”
“¡Pepe!” Maruja se puso colorada hasta la misma raíz de los cabellos. Victorina abrió mucho los ojos. No se esperaba eso de Pepe. O tal vez sí. Así eran estos Montero; no se andaban por las ramas ni, desde luego, se mordían la lengua; desde siempre, todos, desde que los había conocido, tanto los hombres como las mujeres. Pepe tenía casi seis años menos que Luis, por lo que mientras habían sido novios en Oviedo, antes de la guerra, Pepe y ella se habían tratado poco. Siempre iba acompañado por Mariano y Cesáreo; eran los tres mosqueteros, como se les conocía en Los Pilares. De los tres, Pepe era el que siempre había sentido más admiración hacia Luis. Siempre se prestaba a hacerle recados, a llevarle notas a alguna chica guapa. Ella misma le había abierto la puerta de su casa en varias ocasiones y había recibido de sus manos, con un escueto “de parte de mi hermano Luis”, infinidad de notas y cartas, y alguna flor también, para luego salir escopetado Argañosa abajo. Cuando Luis se negó a alistarse a

Falange, Pepe no lo había entendido; y cuando la guerra les separó, Pepe sufrió casi tanto como su madre al ver que Luis se alejaba de ellos. Pero si Pepe había decidido hablar claro, ella no iba a ser menos.

“Sí, Pepe, lo sé. Luis y yo hemos estado en comunicación últimamente. Me ha pedido que me case con él y he aceptado.” Entonces fue el turno de Pepe para enrojecer.

XLIII

Barcelona, 20 de marzo de 1950

Siguió camino de la estación a buen paso. Estaba seguro: nadie lo seguía. Le quedaban solo tres pitillos. Antes de entrar en el gran edificio, se metió en un café. No había nadie sospechoso. Era casi la hora de la merienda y había varias familias, ningún hombre solo. Luis se sentó en un extremo de la barra, desde donde divisaba bien la puerta principal de la estación. Pidió un café negro y llamó al chaval del tabaco, que le tendió las tres cajetillas de largos con unas manos pequeñas pero fuertes y duras. Miró sus propias manos. Aún llevaba algún dedo cubierto con vendas. Bajo aquellos guantes había unas manos recias, grandes, de anchos dedos, acostumbradas al trabajo desde la niñez. Cuando vivía con su familia en Campomanes, en la estación del tren, por las mañanas, él y su hermano Constante, un año menor, iban caminando hasta La Frecha para dar de comer al cerdo y ordeñar las vacas y luego llevar la leche de vuelta a casa para desayunar. Si se daban prisa, podían subirse en el tren de la línea Gijón-León, agarrándose a los topes y así ahorrarse los cuatro kilómetros de vuelta a casa, cargados con las lecheras llenas a rebosar. Una vez, con Paco, se subió en el tren que hacía la línea a la inversa. El convoy acababa de salir de uno de los túneles y ya casi llegando a una curva que describía el tramo, empezó a aminorar la marcha. Paco aprovechó para saltar dentro del vagón que transportaba el carbón sin ser visto.

"¡Corre, Luis!" Paco, agarrado a una cadena atada a la puerta del vagón, tendió una mano a su hermano. Luis, que apenas había cumplido los diez años, logró por fin subirse al tren, justo antes de que este saliera del primer túnel. Cerraron la puerta y esperaron a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad reinante. Las canastas con el carbón estaban perfectamente ordenadas. En el suelo había infinidad de trozos del negro mineral esparcidos alrededor de los canastos, que

con el traqueteo del tren, tal vez, o por descuido de los que habían cargado el carbón, se habían caído de los cestos. Los niños sacaron de debajo de sus chaquetas unos trozos de arpillera hechos hatillos y a toda prisa empezaron a rellenarlos, pero solo aprovechando el carbón que se había caído al suelo del vagón. Trabajaban rápido, pues sabían que el siguiente túnel estaba ya cerca. Oyeron el silbato del tren. Recogieron los paquetes de carbón que habían logrado reunir y los tomaron entre sus brazos.
"¡Ahora!", gritó Paco, y tiró de la cadena, que con un gran estruendo abrió la puerta del vagón. Entró gran cantidad de humo y hollín; casi les cegaba. Los niños se colocaron peligrosamente al borde del vagón, con los ojos medio cerrados, esperaron unos segundos, y con el tren aún dentro del túnel, tiraron los hatillos de carbón al borde de la vía. Esperaron a que el convoy disminuyera la marcha, aproximándose a Campomanes. Entonces, a la altura de unos castaños enormes que crecían al borde de la vía, saltaron. Nadie los había visto. Esperaron a que el tren se alejase, deshicieron el camino recorrido por el tren en dirección al túnel y entraron en él. Recogieron los hatillos de carbón y, caminando por la vía, se dirigieron de nuevo hasta Campomanes. Cuando se divisó el edificio principal de la estación, bajaron por el talud, atravesaron un campo y entraron en el pueblo. Se dirigieron a la tienda-chigre de Leandro Cienfuegos, que vendía de todo y era, además, una de las cantinas de Campomanes. Paco empujó la puerta con decisión. Se quitó la boina al entrar. Luis hizo lo mismo. Del techo colgaban cestas, calderos de latón, madreñas, herramientas y enseres de cocina. Detrás del mostrador, en las vitrinas y estantes que corrían de arriba abajo y a lo largo de toda la pared, había sifones, cajas de clavos, alpargatas, botellas de vino y de sidra, telas, enormes botes con azúcar, harina y otros alimentos. Y de las paredes colgaban ristras de chorizos, jamones, morcones, ajos y cebollas.
"Aquí traemos carbón, a ver si don Leandro nos quiere dar algo por él", le dijo Paco a Juanín, el mozo que tenían allí trabajando, un par de años mayor que él. No había nadie más en el establecimiento.
"¡Don Leandro!", gritó Juanín, "aquí están los hermanos Montero con carbón para usted."
Entonces salió don Leandro de la trastienda, gordo, con un bigote muy poblado que contrarrestaba con su brillante calva. Avanzaba con un caminar cansino, los pies enfundados en unas zapatillas de lona viejas y cubiertas por una costra de suciedad de años. Apoyó el puño y el antebrazo con fuerza sobre el mostrador, inhaló con dificultad, como si su enorme barriga le impidiera hablar, y soltó un "a ver, ¿qué traéis ahí?", seguido de una tos llena de miasma, arrancada de sus cavernosos pulmones. Los niños pusieron los hatillos sobre la barra. Bajo la atenta mirada de Juanín, don Leandro, con lentos movimientos

que exasperaban a cualquiera, abrió los paquetes. Entró un parroquiano; don Leandro hizo una señal con la cabeza a Juanín, que, de un salto, se plantó ante el cliente.
“Un tinto… ¿Qué hay?, Leandro.” Juanín se lo sirvió en un periquete, y el recién llegado dio la espalda a la escena llevándose el vaso a los labios, con el tacón de una de sus madreñas apoyado sobre la punta de la otra, la mano derecha sobre el mostrador, con el brazo extendido, como queriéndolo apartar de sí.
Don Leandro apoyó los codos sobre el mostrador para poner su cara a la altura de la de los niños, que le miraban desde el otro lado de la gruesa tabla de castaño, y soltó:
“Dos pesetas.” Y se irguió sacando pecho, como una morsa enorme, para mostrar su superioridad al menos en cuanto a corpulencia, y así desmoralizar a los chavales y evitar posibles regateos.
“Bien, trato hecho”, soltó Paco, y don Leandro comenzaba a dibujar una sonrisa, lentamente, en su boca cuando el niño, poniendo la mano sobre el carbón rápidamente añadió: “Si nos da un vaso de vino blanco caliente con azúcar y galletas a cada uno.” Juanín, rápido como una ardilla, miró primero a su jefe, y luego a los niños, sin poder evitar una sonrisa maliciosa. A ver en qué terminaba aquello. El parroquiano, con el vaso vacío en la mano, se dio la vuelta, esta vez para mirar la escena.
“Coño, Leandro, *da-y os* a los *rapacinos* lo que piden, que no te van a desfalcar el chigre por dos vasinos de vino y *unes galletines*… y tú, *nenu,* ponme *otru* vinín, anda, que *esti* evaporose.” Y se rio de su propia gracia.
Luis miró a su hermano Paco, que a su vez miraba fijamente a los otrora azules ojos de don Leandro, que ya estaban empañados con una membrana blanca, enmarcados en legañas, y rematados por unas boscosas cejas canas. Hubo un silencio prolongado, que dejó incluso que se oyera el tictac del reloj que había colgado en la pared. Incluso el hombre que se tomaba su vino y que se había dado la vuelta para intervenir contuvo apenas un segundo la respiración, inmóvil, con el vaso de vino vacío en su mano, a ver en qué acababa aquello. La escena se quedó quieta apenas un instante, como si fuera un cuadro costumbrista de Piñole. Don Leandro, por fin, sin quitarle ojo a Paco, dijo:
“Juanín, calienta un poco de vino blanco *pa’* estos dos pájaros, y saca unas galletas de anís.”
Luis sonrió encantado acercándose al mostrador. Aquella mirada de Paco podía hacer que el mismísimo don Leandro te invitara.

Luis salió del café y dio un par de vueltas a la estación, para asegurarse de que nadie lo seguía, antes de entrar. Compró el *ABC* y se situó bajo el gran reloj del vestíbulo principal de la estación. Encendió

un cigarrillo y se apoyó contra la columna. Veía pasar la gente entre el humo del tabaco, alerta. Por fin se le acercó un hombre bien vestido, de traje azul oscuro y sombrero. Llevaba unos paquetes del mercado bajo el brazo. Se quitó el sombrero con la mano que le quedaba libre, la derecha. Era la señal.
"¿Es usted Apolinar?"
"Sí, Apolinar Tolívar."
"Nos vemos en Manlleu." El hombre volvió a cubrirse y echó a andar hacia los andenes. Luis, entonces, fue a la taquilla y compró un billete de segunda a Manlleu. Se subió al tren, no sin antes asegurarse de que el hombre se había subido también. Se sentó, se quitó la gabardina, la dobló cuidadosamente y la colocó en el portaequipajes junto al sombrero. Encendió un cigarrillo y se sentó junto a la ventana a leer el periódico. En la portada había una foto de la falla ganadora de Valencia de aquel año de 1950. Hojeó el diario. El tren se puso en movimiento. Entró el revisor, que le pidió su billete. Poco después, una pareja de la Guardia Civil. Luis intentó adivinar en sus ojos cualquier trazo de sospecha. Les entregó su documentación, que le habían devuelto en Madrid, después de los interrogatorios. Los guardias de la comandancia de Vallehermoso habían comentado que con una documentación falsa tan bien hecha era imposible detener a nadie. Estos guardias del tren también mordieron el anzuelo y se la devolvieron inmediatamente. Se quedó solo en el compartimento.

El tren avanzaba lentamente. Pasaban ante sus ojos los edificios de las afueras de Barcelona, algunos aún con cicatrices de la guerra fratricida, con sus muros picados de viruela; sobre un puente vio una gran pintada: *"¡Viva el Duce!"* Los edificios fueron desapareciendo y dando paso a los arrabales por donde fluían arroyos de agua sucia en los que las mujeres lavaban ropa a la puerta de sus chabolas, de las que salían columnas de humo, y alrededor de las cuales correteaba una chiquillería mugrienta y desaliñada; después, fábricas con altas chimeneas de ladrillo, que también escupían humo, pero de otro color, de otro grosor, de otra naturaleza; y por fin el campo. Estaba cansado. Pensó en Victorina. Aquella tarde en Madrid, Pepe, con su gravedad habitual, le anunció con cara de preocupación que Victorina lo esperaba fuera. Al ver la sonrisa en la cara de Luis, la expresión emocionada, y al sentir la fuerza con la que le agarraba el brazo para salir a verla, se disipó aquella preocupación. Casi corriendo salieron del edificio, y ahí estaba ella, de espaldas, con Maruja; las dos mujeres ligeramente inclinadas para leer la placa que había sobre la acera, en la que se indicaba que aquel punto era el kilómetro cero, del que partían las carreteras que surcaban el país. Pensó que aquello era un presagio, un augurio de lo que les esperaba. Empezarían de nuevo, escribirían su historia en una hoja en limpio, y su nueva vida en

común empezaba en aquel preciso punto, el cero, una nueva oportunidad, volver a empezar. Victorina, al sentir una mano sobre su espalda se dio la vuelta y le dedicó una amplia sonrisa a Luis, luego miró a Pepe, y este dirigió su mirada hacia otro lado. Luis la abrazó rodeándola por los hombros, y Victorina metió sus brazos por debajo de los de Luis, y situó las palmas de sus manos sobre su espalda, la mejilla derecha apoyada sobre su hombro, ambos balanceándose ligeramente. Ojalá ese momento hubiera durado por siempre. Los cuatro echaron a andar, sin rumbo; subieron por Preciados y llegaron a la Gran Vía. Ir del brazo de Victorina, de su novia, algo que a cualquier hombre le habría parecido tan natural, era para él un milagro. Casi no podía respirar de la emoción. Después de tantas cartas desde Francia, de tanto pensar en ella, de imaginársela, de repetir su nombre, de preguntarse qué estaría haciendo, con quién estaría, si aún pensaba en él; después de quince años… ¡Quince años, Dios mío! Por fin, iban del brazo, como dos novios normales, casi como marido y mujer. Todo lo que había sufrido, lo que le habían arrebatado las guerras, lo que le había robado la lucha entre hermanos, y luego la lucha entre naciones, todo, absolutamente todo, sería capaz de olvidar, había olvidado ya, gracias a este gesto tan sencillo de ir por la calle de Alcalá, como un hombre libre, a la vista de todos, sin miedo a ser identificado, del brazo de la mujer que amaba, a la que había amado siempre, y a la que siempre amaría.

Al cabo de dos horas llegaron a su destino. Luis sabía que tenía que bajarse del tren porque el hombre de la estación pasó por el pasillo, con los paquetes bajo el brazo, y se paró apenas dos segundos delante de la puerta del compartimento de Luis para asegurarse de que este lo había visto y que quedaba enterado de que llegaba el momento de apearse.

Una vez en el andén, Luis se puso el sombrero y la gabardina. El sol estaba cayendo. Disimuladamente, buscó con la vista al hombre, al que por fin localizó saliendo de la estación. Por un camino que salía a la izquierda, echó a andar. Luis lo siguió. Se alejaban cada vez más del pueblo. Pasaban por delante de alguna granja, desde donde les ladraba a lo lejos un perro. Por fin el hombre se metió por una senda, que iba ascendiendo y metiéndose en una zona de árboles. En un promontorio a la derecha del camino Luis vio al hombre pararse e internarse en el bosque. Por fin Luis le dio alcance. Detrás de unas piedras rodeadas de maleza sacó una enorme mochila medio vacía.

“Espero que te valga esta ropa, y las botas. Me llamo Antonio. Hay que empezar a caminar.” Mientras le decía esto, el hombre se despojaba de su ropa de ciudad y se ponía unos pantalones gruesos de lona, y un jersey de lana. Guardó sus objetos en el macuto. Se echó la

mochila a la espalda. Era una mochila americana. Sacó un capote y se lo puso también. “Va a llover. Vamos.” Y arrancó a andar.

Luis ya había cruzado los Pirineos clandestinamente, dos veces, pero nunca por este punto. La ropa le valía, las botas también. Se sentía fuerte. En la comandancia de Gijón, tras la detención, no le habían dado muy bien de comer. Además, había pasado mucho tiempo entrando y saliendo de la inconsciencia, por culpa de las palizas y el suero que le habían inyectado. Sí recordaba que, pasados unos días, después de que la familia hubiera sido alertada, recibió todos los días comida casera, hecha por su hermana Angelines, y por Marcelina, la esposa de Mariano. Luego, cuando llegó a Madrid, tras la segunda noche, después de la entrevista con Pepe, lo dejaron salir y comer fuera de la jefatura. En esos días había recuperado las fuerzas. Cuando el partido contactó con él en Madrid se había alegrado de saber que Santi quería verlo, que quería explicaciones. Si el partido hubiera querido eliminarle, lo habría hecho en España. Esta oportunidad que le daba la dirección era lo que había anhelado. Él le haría ver al partido que no había podido obrar de otra forma; que no se esperaba que Caxigal y sus hombres siguieran en el refugio después de su detención; Santi lo comprendería, el partido le perdonaría, no podía ser de otra manera.

Ya llevaban tres horas de caminata y aún no había aparecido la lluvia. Era noche cerrada y Montero apenas distinguía la silueta de Antonio, a un metro y medio delante de él. Antonio caminaba rápido; se notaba que era un hombre fuerte, acostumbrado a cruzar por aquellas montañas en plena oscuridad. “Vamos a parar a comer antes de que empiece a jarrear.” Antonio era un hombre hosco y brusco de movimientos. Abrió su macuto, sacó una pequeña linterna y desató uno de los paquetes con los que se había presentado en la estación. Sacó un trozo de tocino y queso, también pan. De uno de los bolsillos de su pantalón sacó una navaja rusa. Luis la reconoció enseguida porque las había visto tras la liberación del campo, cuando habían entrado en la armería. Los soldados rusos quisieron recuperar las que los SS les habían quitado. La hoja tenía una forma especial, muy curva. También había advertido la rapidez con la que Antonio había desmontado y vuelto a montar la metralleta alemana que llevaba en el macuto, al principio del viaje. Montero en seguida supo que había sido un hombre de acción, que había pasado la guerra en Europa luchando, probablemente con el Ejército Rojo. Antonio cortó varios pedazos de las viandas y le tendió parte a Montero. Los dos hombres comieron en silencio. Montero supuso que Antonio conocería su historia. Hasta que se demostrase lo contrario, él era un traidor, un provocador; seguramente a Antonio le repugnaba su presencia, y se lo hacía ver con su indiferencia. Después de comer, Montero le ofreció un

cigarrillo a su guía. El hombre movió la cabeza en ademán negativo, y sacó un paquete de un bolsillo del macuto. Apagó la colilla, la metió bajo una piedra y dijo: “Vamos.” Empezaron a caminar. Ya no pararon hasta el amanecer, hasta que llegaron a una zona al pie de unas peñas en las que había unas cuevas naturales semiescondidas por la maleza. Luis se sentía desfallecer y se alegró de que, por fin, se parasen a descansar. La lluvia era muy intensa y Antonio escogió una de aquellas cuevas. Comieron algo y fumaron, siempre en silencio. “Duerme. Yo montaré guardia. Te despertaré dentro de unas horas para que yo pueda descansar. Tienes un saco en el macuto.” Luis se metió en el saco y se durmió rápidamente.

Cuando Antonio lo despertó era mediodía. La lluvia era fina pero persistente. Hacía frío. Antonio sacó unas latas de conserva del fondo de la cueva. Estaban escondidas detrás de unas rocas. Comieron aquellas sardinas con lo que había quedado del pan fresco del día anterior. “Despiértame cuando el sol haya bajado. Si tienes hambre hay galletas saladas en tu macuto.” Montero se sentó a la entrada de la cueva, con la espalda apoyada contra la roca, protegido de la lluvia por unas zarzas que crecían en la parte alta de la caverna. Desde allí dominaba el profundo valle cuando se abrían las nubes, que eran espesas y estaban pegadas a la pared de la montaña. Encendió un cigarrillo. Cuando Santiago le había propuesto entrar en España con una misión, más de dos años atrás, nunca se imaginó que iba a terminar así. Con la muerte, sí. Pero no en esta situación, en la que el partido, para quien había vivido y matado, lo tomaba por un traidor. Cagancho había sido más listo que él. Incluso después de que Santiago lo amenazara con la expulsión si no entraba en el país, se mantuvo firme en su decisión de no ir. Había conocido a Louisette en el 45, en la Federación de Deportados de París y, por primera vez en mucho tiempo, era feliz. Le dijo a Montero que uno no era comunista porque lo dijera un carné, o por estar en una lista de afiliados. Uno era comunista porque lo sentía, y porque lo había demostrado. Y él, Cagancho, sentía que ya había inmolado demasiados años de su vida en la pira del martirio. Y seguramente, pensó Montero en aquella tarde, fumando un cigarrillo tras otro, sentado montando guardia en aquellas montañas desconocidas, su amigo tuviera razón. Hacía ya cuatro años desde aquella conversación y, en su última visita a París, parecía que Cagancho se hubiera arrepentido de haber dejado el partido. Lo había encontrado irascible, mohíno, como tantos exdeportados, consumido por la depresión. Le resultaba difícil encontrar un trabajo, y si lo encontraba, duraba poco porque no era capaz de centrarse.

Intentó no pensar en nada. Trató de dejar la mente en blanco. Durante aquel puñado de horas que pasó solo, cesó la lluvia, y el cielo

azul se dejó ver entre los nubarrones, como una premonición de tiempos mejores. Montero cerró los ojos y dejó que el sol de aquella tarde de marzo lamiera su rostro. No hizo falta despertar a Antonio. Montero, aún con los ojos cerrados, disfrutando de la caricia del sol, sintió cómo una sombra interrumpía su solacio. Abrió los ojos y se lo encontró, de pie ante él, mirándolo fijamente en silencio. Cuando ya casi era de noche los dos hombres habían emprendido de nuevo la marcha tras haber comido algo. Aquella jornada fue la más dura. Las montañas no parecían terminarse nunca. Cuando parecía que ya tocaba llanear, otra mole se presentaba ante ellos.
A mitad de la cuarta noche, Antonio le anunció que estaban en territorio francés. Los dos hombres habían cruzado las montañas en tiempo récord. Luis estaba acostumbrado a caminar y, además, aunque se había sentido muy cansado en la segunda noche, en la que había sufrido un ataque de tos que le postró de rodillas por su virulencia, su amor propio le impedía suplicar al guía que fuera más despacio. Durante dos horas caminaron cuesta abajo; Antonio delante, con paso firme, seguramente deseoso de llegar. Atravesaron un bosque y llegaron a una cabaña. Antonio empujó la puerta. Amanecía. Dentro les esperaba un hombre, tirado en un catre sucio, que en cuanto entraron los dos hombres se sentó y se rascó la grasienta cabeza mientras soltaba un sonoro bostezo. Se incorporó y saludó a Antonio. Cambiaron impresiones sobre la travesía. A Montero lo ignoró por completo.
"Hay agua en la parte de atrás, en el corral, para que os lavéis si queréis. Podéis dormir hasta la tarde. Yo os despertaré."
Los dos hombres durmieron profundamente; las jornadas en la montaña habían sido agotadoras. Tanque, que así se llamaba su anfitrión, los despertó. Cuando salieron hacia Prats de Molló, a apenas dos horas más de camino, se sentían bastante más despejados. Antonio se despidió de Tanque. No le había gustado ese hombre: sucio, desordenado y zafio. Les tenía preparado un buen puchero con abundante pan y buen café. También les dio vino, de excelente calidad. Sabía cuidarse bien, y también se veía que atendía muy bien a los guerrilleros. Tanque hablaba como si Montero no estuviera delante, como si no existiera, dirigiéndole la palabra lo mínimo y con un aire de desprecio que no trataba de esconder. A Montero no le importó.

Antonio no se despidió de él. Cuando llegaron a la casa que el partido tenía a las afueras del pequeño pueblo francés, simplemente lo dejó a la puerta con un "hemos llegado", dio media vuelta y se fue. Luis pudo oír el crujido de la gravilla bajo sus botas alejándose por el camino que había ante la casa, mientras él era introducido a su interior. Una mujer, que se presentó como Carmen, le indicó que le

siguiera por unas escaleras hacia el sótano. Al final de un largo pasillo, con puertas a ambos lados, Carmen le guio hasta la última, a la izquierda del corredor. La abrió. En el interior había una pequeña cama, una silla y un lavamanos. Por un ventanuco con tres barrotes verticales pegado al techo de la habitación se veía la lámpara de una de las farolas del camino que llevaba a la casa. "Hay un váter justo enfrente. Mañana te vendrá a visitar Eduardo García. Espero que descanses, camarada Montero." Carmen salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Luis se quitó el macuto y lo dejó junto al lavamanos, se sentó en la cama, encendió un cigarrillo que apagó enseguida; se recostó en la cama con la idea de asearse antes de irse a dormir, pero se durmió con la espalda contra la pared sobre la escueta cama, con las botas llenas de barro aún puestas.

Por la mañana le despertó el ruido de pisadas en la planta de arriba. Miró el reloj. Eran casi las siete, aún era de noche. Se incorporó. La cabeza le iba a estallar. Se aseó y buscó el traje que había guardado en el macuto casi siete días atrás en Vich. Decidió no ponerse la corbata, pero sí la chaqueta. Sintió frío. Subió las escaleras hasta la planta de la calle. En el recibidor de la casa se tropezó con Carmen. "Buenos días, camarada Montero, espero que hayas dormido bien. Hay café y pan fresco en la sala. Eduardo te espera." Luis había conocido a Eduardo García en Toulouse, después de la deportación, en la reunión plenaria de diciembre de 1945. Después, en la de octubre de 1948, celebrada en París, donde les dieron las órdenes de comunicar a los guerrilleros en España que debían abandonar la lucha armada y meterse en los sindicatos verticales de Franco. Eduardo era el brazo derecho de Carrillo en la Escuela Guerrillera y en aquella reunión había tenido mucho protagonismo. Ahora lo esperaba a solas en el salón.

Cuando Luis entró, Eduardo estaba fumando y leyendo el diario de la mañana, con una taza de café solo en la mesa. "¡Ah, Montero! Te estaba esperando." No hizo ademán de levantarse ni de ofrecerle la mano. Simplemente dobló el periódico, lo dejó junto al café y apagó el cigarrillo. Señaló una silla que había en la mesa. Montero se sentó. "¿Café?" Luis se sirvió una taza y tomó un trozo de pan. Tenía hambre.

"¿Has tenido buena travesía? El camarada Antonio es uno de nuestros mejores hombres. Estuvo detrás de las líneas alemanas en la guerra, ha sido condecorado por el glorioso Ejército Rojo. Una máquina de matar nazis."

"Sí, no ha estado mal. Algo de lluvia la primera noche. Creo que he aguantado bien." Luis dio un sorbo al café y partió un trozo de pan.

"Sabes por qué estás aquí, ¿verdad? ¿Sabes que el partido quiere saber qué pasó en Asturias?"

“Camarada García, tengo que agradecerle al partido el que me haya dado la oportunidad de volver a su seno y…” Pero Eduardo lo interrumpió.
“No entiendes, Montero. Tú, para el partido, eres un provocador, un traidor. Tengo órdenes estrictas de Santiago de asegurarme de que escribes un informe completo con todo lo que ocurrió en Asturias, sobre la caída y después, mientras estuviste detenido, hasta que el partido enlazó de nuevo contigo en Madrid. El partido no te ha aceptado de nuevo. No somos las Hermanitas de la Caridad, Montero, y tú no eres el hijo pródigo que vuelve a la casa paterna para ser perdonado. El partido quiere saber qué les has contado a ellos y, entonces, el partido decidirá sobre ti.”

Luis se esperaba algo así, aunque lo de traidor le había herido. Él había aguantado las torturas de la Guardia Civil para asegurarse de que los hombres salían del refugio, y de cualquier sitio que él, Luis, conociera. Habían ignorado las normas básicas de seguridad y habían pagado con la vida. Sabían que caminaban sobre el filo de la navaja. El partido también lo sabía. ¿Por qué no lo mató la Guardia Civil a palos? ¿Por qué no lo juzgó un tribunal militar y lo condenó a pena de muerte, como a tantos otros? Él sabía perfectamente por qué. Sabía que sus hermanos habían intercedido por él. Sabía que, para salvar su vida, habían pagado favores, visitado despachos en Oviedo y en Madrid, removido Roma con Santiago para encontrar a alguien que intercediera por él, por esta víctima de la revolución, la oveja negra, otra vez el hijo pródigo. Y el partido también era conocedor de eso, de esa intercesión familiar, casi milagrosa. La justicia franquista era inmisericorde con los comunistas y con los *fugaos*. No conocía la paz, la piedad ni el perdón. Sin embargo, él había sido puesto en libertad, sin más. Pero Luis no iba a dar excusas al partido. Querían saber la verdad sobre la caída, pues la iban a tener. “¿Y cuándo empiezo a escribir?, camarada García.” Se había terminado el café, ya no tenía apetito, pero tenía la cabeza a punto de estallar. Encendió un cigarrillo.
Eduardo sacó de una cartera que había en el suelo, pegada a su silla, unos pliegos de papel y un lápiz y se los lanzó sobre la mesa.
“Ahora mismo, Montero. Asegúrate de completar todos los apartados que aparecen en el formulario. ¿Más café?”

Luis trabajó toda la mañana. El camarada García no se movió de su silla. Cuando terminó el informe sobre la caída de la Peña, se lo entregó. García lo miró por encima.
“El partido necesita saber qué fuerzas exactamente quedaron en Asturias. Eduardo, el cuadro que fue desde aquí, no ha sido capaz de darnos una cifra aproximada. No pasó suficiente tiempo en el país. Cuando supo que habías sido detenido, y tras la caída de los hombres

de Caxigal, salieron él y Medina para Valladolid, y de ahí para Barcelona. Eduardo volvió a aquí desde Barcelona. Medina regresó a Asturias. Él fue detenido poco después que tú, en Gijón. Lo mató la Guardia Civil, seguramente en un interrogatorio. Se ve que tú has tenido más suerte.” Luis pudo adivinar el sarcasmo en este último comentario de García. Sintió mucho lo de la muerte de Medina. Era un buen camarada, un poco descuidado en cuanto a las medidas de seguridad, demasiado confiado en su buena estrella.

Le resultó fácil escribir el informe sobre los números de Asturias: había pocos, casi todos en las cuencas mineras, muy pocos en Gijón y Oviedo. Había mucho trabajo por hacer hasta que el partido entrase en los sindicatos. En Asturias, la mayor parte de los militantes que había aún tenían el concepto de la lucha armada. Él les había intentado convencer, y muy pocos lo entendieron; casi ninguno tomó la iniciativa. Eran casi todos viejos guerrilleros. Hacía falta sangre nueva, sangre joven. Pensó en Avelino Antuña, el Roxu, como se le conocía, por el color de su pelo. Se habían visto el día antes de la detención. Era un buen camarada, tenía mucha decisión. Era picador, de los mejores, decían. Alto, fuerte, vigoroso, joven. Lleno de ilusión. Montero hablaba mucho con él. Cuando montaban guardia juntos, en medio de la noche, Avelino le preguntaba por sus años de lucha en la guerra de Europa, su vida en París, su estancia en el campo de concentración. En los mítines políticos que Luis daba a los militantes en La Hueria, allí estaba Avelino, siempre en primera fila, siempre atento a lo que decía Luis, siempre dispuesto a hacer preguntas para mejor aprovechamiento de lo que allí se había hablado. Sí, definitivamente, pensó Montero, eran camaradas como Avelino lo que necesitaba el partido. Él ya no tenía fuerzas para hacerles ver a los que estaban en Francia que no era cuestión de meses, sino de años. Que él solo no podría hacer cambiar el rumbo de los viejos guerrilleros de la noche a la mañana, como pretendían ellos. Montero estaba cansado. Ya nada importaba. Entregó los papeles al camarada García; este los metió en la cartera que descansaba intacta junto a la silla y se puso de pie. “La camarada Carmen tiene orden de no dejarte salir del recinto de la casa hasta que yo regrese con nuevas órdenes. El partido decidirá”, dijo mientras cerraba la puerta tras de sí.

Por la tarde, después de comer y de estirar las piernas en el jardín de la casa, se presentó Eduardo García. Luis lo vio desde el salón llegar en un coche conducido por un chófer, con otros dos hombres. Lo esperó de pie, en el salón, ante la ventana. Con la mano derecha se llevaba un pitillo a la boca; la mano izquierda, en el bolsillo de su pantalón. La puerta se abrió y Luis se giró. Eduardo traía la misma cartera que ya había visto por la mañana. Se acercó a la mesa y se sentó, sin saludar, sin levantar la vista, dejando la cartera de

nuevo en el suelo junto a la silla. Luis se separó unos pasos de la ventana y, de pie, ante el silencio de García, por fin dijo:
“¿Y bien…? ¿Cuál es la decisión del partido?”
García seguía sin mirarlo. Se ladeó sobre la silla para sacar una cajetilla de tabaco americano de su bolsillo. En ese mismo instante entró la camarada Carmen.
“Un café con leche para mí. ¿Montero?”
“Solo”, contestó sin dejar de mirar a García. Parecía que tenía el corazón dentro de la cabeza, tronando como un tambor; estaba a punto de perder la razón, se ahogaba de impaciencia.
“García… ¿qué decisión ha tomado el partido?”, dijo en un tono de clara irritabilidad.
García por fin lo miró, anodinamente, pero siguió en silencio, buscando papeles en su cartera, con desgana. Luis dio un paso al frente y se situó a apenas cuatro zancadas de García. Si aquel hijo de puta no hablaba, él no respondía.
“Montero, hemos leído los informes. Hemos leído los informes y el partido ha decidido. Esta noche saldrás para el país. Prepara tu mochila. Se te darán las consignas en el camino.”
“¿Por qué no puedo quedarme en Francia? ¿Cuánto tiempo me va a tener el partido esta vez en el interior? ¿Por qué no se me permite hablar con Santiago?”
“Montero, Santiago está enterado de todo; son sus órdenes las que estás cumpliendo.”
“Yo entré en España porque él me lo ordenó. Fue él quien me dijo que iba a ser cuestión de cuatro o cinco meses, y he estado en el interior casi dos años”, gritó Luis, no pudiendo contener la rabia. “Santiago tiene que entender que...”
Pero García no lo dejó continuar. Dio un puñetazo sobre la mesa y dijo: “Montero, acata las órdenes o se te someterá a un consejo y se te expulsará del partido”. Luis, como impulsado por un resorte, saltó sobre García y lo agarró por las solapas. Lo levantó de la silla y le acercó la cara a la suya.
“Escúchame bien, García. Yo no me muevo de aquí hasta que venga Santiago a hablar conmigo. Así se lo dices. ¿Me has entendido bien?”
García, que no se esperaba la reacción de Luis, no dijo nada. En ese momento entró Carmen con los cafés. Al ver la escena dio un grito y a los pocos segundos entró el chófer de García corriendo. “¿Me has entendido bien?, repitió Luis gritando con todas sus fuerzas, con su cara a apenas un centímetro de la de García, con las solapas del otro hombre aún en sus manos, los nudillos blancos. El chófer los separó y agarró a Luis por un brazo, y se lo retorció en la espalda para que no se moviese. García se limpió con un pañuelo la cara, salpicada de la saliva de Luis. Se acercó a él, con el labio inferior temblando de ira. Le

hizo un gesto al chófer, que aferró a Luis más firmemente. García le dio un puñetazo en el estómago, y Luis se dobló, pero a los pocos segundos logró incorporarse y miró desafiante a García, jadeando por el dolor. El chófer, de nuevo, le retorció el brazo, y Luis se elevó ligeramente arqueando la espalda. "Tú harás lo que el partido te diga. Esta noche vendrá un camarada a buscarte y puedes hacer dos cosas: acompañarlo a España por los pasos o negarte, en cuyo caso ya sabes lo que te espera." Luis se le quedó mirando fijamente; entonces García le escupió en la cara. Intentó revolverse para zafarse pero el chófer era mucho más grande y corpulento que él.

"Bájalo a su habitación. Carmen, cierra la puerta con llave. Esta noche, a las nueve, vendrán a buscarlo. Te dejaré a dos hombres en la casa hasta que se lo lleven. Que te acompañen para llevarle la cena, a las siete de la tarde, ni antes ni después." Se agachó para tomar su cartera del suelo, y sin decir nada salió. Montero llenó sus pulmones de aire.

"¡García…! ¡Dile a Santiago que esto no era lo que habíamos pactado…! ¡Quiero hablar con él…! ¡Díselo…! ¡No iré a ningún sitio…! ¿Me oyes bien?" Pero García ya había desaparecido. Se oyó el ruido de un portazo.

"Andando", le dijo el chófer. Carmen siguió a los dos hombres en silencio hasta la habitación de Luis, que dócilmente se sentó en la cama. El chófer la dejó salir a ella primero, y cerró la puerta tras de sí. Las vueltas del cerrojo fueron su despedida.

Luis se maldijo por no haberlo visto venir. ¿Qué podía hacer? Se puso de pie sobre la cama, abrió el ventanuco y comprobó los barrotes. Estaban firmemente aferrados. El camino estaba desierto, no se veía a nadie. Anochecía, debían de ser cerca de las seis. Solo tenía que esperar un poco más para la llegada de Carmen con la cena. Parecía una buena chica; tal vez la podría convencer, aunque García había dicho que dejaría a dos hombres. Se tendió en la cama a esperar. Oyó pasos en el pasillo; eran varias personas. Carmen no iba sola. Ya era casi noche cerrada. Se puso una chaqueta gruesa y se sentó en la cama, aunque luego decidió levantarse y esperar a que se abriese la puerta, de pie. Sonó el cerrojo, la hoja se abrió hacia el pasillo y apareció Carmen, que traía una bandeja en las manos. Semioculto, tras la puerta, había un hombre, esperando pacientemente con la manilla en la mano a que la operación se terminase. Al otro lado, la figura de otro hombre, tocado con un sombrero, en el oscuro pasillo, iluminado por la tenue luz de la bombilla de la habitación. Luis notó un bulto bajo la chaqueta del segundo hombre; al otro casi no lo veía pues se había quedado prácticamente detrás de la puerta. Carmen entró en la habitación con la bandeja, dejando a Luis a sus espaldas. Entonces, de un rápido movimiento, Luis se abalanzó sobre

el hombre, sacó la pistola limpiamente de su chaqueta mientras con la pierna sujetaba la puerta aprisionando al otro, que empujaba y gritaba para liberarse. Con la pistola en la mano, agarró al hombre por el cuello y soltó la puerta. Carmen, del susto, había tirado la bandeja al suelo y con las manos sobre la boca miraba la escena paralizada. Luis puso la pistola en la sien del hombre y por fin habló.
"¡Tú… las manos en alto, que yo las vea…! ¡Vamos…! Entra en la habitación." Luis se quedó en el pasillo, con su rehén aún agarrado por el cuello; ambos hombres iluminados por el ancho haz de luz mortecino que salía del cuarto donde Luis había estado prisionero.
"Ahora, muy despacio, vas a quitarte la chaqueta… Vamos. Y vas a darle la vuelta para que yo vea bien el interior."
El hombre obedeció y Luis vio que no llevaba armas en la mitad superior del cuerpo. La chaqueta parecía vacía.
"Ahora los pantalones… ¡Vamos!"
El hombre miró de reojo a Carmen, pero esta no le quitaba ojo a sus zapatos. Se desabrochó el cinturón y luego un botón. Los pantalones cayeron limpiamente al suelo. En uno de los calcetines llevaba una navaja pequeña.
"Tírame la navaja por el suelo… Con cuidado… Si haces un solo movimiento en falso le vuelo la tapa de los sesos a tu amigo."
El hombre, con la mano derecha, sacó la navaja del calcetín y la tiró por el suelo. Esta aterrizó limpiamente a los pies de Luis.
"¿Quién tiene las llaves?"
El hombre que se había quedado en paños menores, con ambas manos en alto, le indicó con la cabeza que era el otro quien las tenía. Luis apretó su brazo alrededor del cuello de su presa, quien hizo un ruido ahogado con la garganta.
"Escúchame bien. ¿Dónde tienes las llaves?" Con un hilo de voz casi imperceptible el hombre logró decir:
"…en el bolsillo derecho del pantalón."
"Vas a meter tu mano derecha en el bolsillo, vas a sacar las llaves y las vas a sujetar en alto, donde yo las vea. Si haces un solo movimiento en falso, ya sabes…" El hombre hizo lo que le dijo Luis, y este vio aliviado que se trataba de una sola llave. Si hubiese sido un manojo habría sido todo mucho más complicado.
"Carmen… acércate." La mujer dio un pequeño respingo al oír su nombre, y por fin levantó la vista del suelo. Estaba blanca como el papel. No se movió del sitio.
"¡Acércate, he dicho!" La mujer dio tres pasos y se plantó ante Luis y su presa, temblando.
"Extiende la mano… Y tú, ponle la llave en la palma… donde yo la vea." Ambos obedecieron sin rechistar. Aquello estaba durando demasiado, pero Luis tenía que asegurarse de que salía de allí.

“Échate a un lado, Carmen, da un paso hacia tu izquierda… otro más… así… pero deja la mano extendida, donde yo vea la llave.” Entonces Luis dio dos pasos, con el hombre ante él bien agarrado, y entró en la habitación, y se puso a la altura de Carmen. Tenía la llave a unos treinta centímetros del brazo con el que apuntaba al hombre en la sien. El hombre, entonces, hizo un movimiento brusco creyendo que podría zafarse de Luis, pero este lo tenía firmemente sujeto. Entonces le dio un culatazo con la pistola y el hombre cayó desplomado ante él; la sangre brotaba de su frente. El otro intentó abalanzarse sobre Luis, pero este, más rápido, le apuntó con la pistola.
“¡Ni se te ocurra!” Luis miró a Carmen, que aún sujetaba la llave en su palma, pálida, con los pies juntos, la espalda recta. Luis tomó la llave y, caminando marcha atrás, salió de la habitación. Cerró la puerta y echó el cerrojo; dejó a Carmen y a los dos hombres encerrados. Se agachó para coger la navaja y echó a correr escaleras arriba. Comprobó que estaba solo y rápidamente buscó la cocina. Entró en la despensa y encontró un salchichón, medio queso, algo de pan; también tres latas de sardinas. Lo metió todo en una bolsa de red de la compra y miró por si veía algo más que pudiera servirle. Sobre una repisa había un monedero negro, lo abrió y encontró algo de dinero. Se lo guardó todo en el bolsillo. Luego fue al salón y abrió rápidamente algún cajón; no encontró nada. En el vestíbulo había un armario ropero. Lo abrió y encontró un abrigo grueso. Se lo puso. Antes de salir de la casa miró por la ventana. Todo parecía tranquilo. Miró la pistola. Era un revólver Webley, británico, con todas las balas en el tambor; seis. Abrió la puerta de la casa y salió al camino del jardín. Justo en aquel momento oyó el motor de un coche por el otro lado del muro de la casa. Se tiró al suelo, sobre el césped, a un lado del camino, y el coche entró; la gravilla crujía bajo los neumáticos. Debían de ser los guías. Llegaban pronto. Se quedó inmóvil, con el revólver en una mano, la bolsa con los alimentos en la otra, la cabeza pegada al suelo, oculto por la sombras. Oyó voces de hombres pero no se atrevió a moverse. Oyó dos portazos, uno primero y otro después, y luego cómo los hombres llamaban al timbre de la casa. Los prisioneros, que debieron de oír la llegada del coche, gritaban para llamar la atención de los hombres. Por fin oyó la puerta de la casa abrirse. Calculó que los hombres estarían entrando en ella, de espaldas al camino. Se levantó, como impulsado por un resorte, y echó a correr. Salió a la calle y corrió en dirección a la silueta de la montaña. Su instinto le decía que eso era lo que tenía que hacer; meterse en el bosque y desaparecer.
Dio gracias a Dios por el hecho de que los franceses fuesen un pueblo poco trasnochador. Las calles estaban casi desiertas, y Luis corría como el viento. Cruzó el puente sobre el río y vio la senda por la que

habían bajado de casa de Tanque. Decidió meterse por ella y subir hasta encontrar una zona de bosque penetrable. Los árboles empezaban a asomar sus tiernos brotes, pero aún no enseñaban ninguna hoja. La silueta de la ciudad, con su inmensa iglesia y la torre medievales, quedaban a su espalda. Casi sentía su presencia desvaneciéndose; eran los únicos testigos de su ruta de huida. Oyó un motor abajo, al pie de la ladera. Los sonidos reverberaban y subían, viajando monte arriba con facilidad por la falta de follaje. El motor del coche se paró y se oyó un solo portazo.

Luis cada vez iba más despacio; le costaba respirar. Se volvió y oyó al hombre subir detrás de él. Se paró, se dio la vuelta y apuntó. Pero su perseguidor lo vio apuntar y se tiró al suelo. Falló el tiro. Le quedaban cinco balas en el cargador. Luis siguió subiendo, corriendo en zigzag, intentando parapetarse detrás de los troncos de las hayas y los abedules, que con su blanca corteza lo convertían en una diana fácil para el otro hombre, como si corriera delante de una enorme pantalla de un cine. Se volvió a girar, ahora escondido detrás de una peña que afloraba en la ladera del bosque. Apuntó, pero no había ni rastro del hombre. Esperó, con la esperanza de que saliera de su escondite. Si iba a acabar con él tendría que darse prisa, antes de que llegaran los refuerzos. Entonces era hombre muerto. Cogió una piedra que había a su lado, miró a su derecha. Había un buen claro que quedaba bien iluminado. Tiró la piedra y acertó en aquel lugar, a unos veinte metros a su derecha. Esperó. Volvió a tirar otra piedra, esta vez un poco más arriba. De nuevo esperó sentado, sin moverse. Oyó un crujido monte abajo, a su derecha, luego silencio, luego otro crujido. El hombre había mordido el anzuelo y subía hacia donde estaba el claro, donde había oído el ruido. Tiró otra piedra más, esta vez más arriba, pero siempre a su derecha. Por fin vio al hombre, con la pistola en la mano, escondido detrás de un árbol, a su derecha, pero todavía demasiado retrasado, en un ángulo un poco difícil para acertar el tiro. Entonces el hombre avanzó, y Luis apuntó. Lo tenía en la línea de tiro. Disparó y la bala entró limpiamente en la cabeza del hombre, que cayó como un fardo. Le quedaban cuatro balas en el cargador. Luis se levantó y siguió subiendo, monte arriba; la pendiente era cada vez más empinada.

“¡Juan…! ¡Juan…!” Debían de estar buscando al hombre que acababa de matar. Eran los refuerzos.

Empezaron a aparecer algunos pinos, con los troncos más gruesos y oscuros, lo cual facilitaba el camuflaje. Los hombres eran rápidos; parecía que tuviesen alas en los pies. Sus pisadas se oían cada vez más cerca. Debían de ser los guías de montaña. Pensó que si él los podía oír a ellos, la cosa sería recíproca. ¿Qué hacer? Iba a vender su vida cara, de eso estaba seguro. Iba a luchar hasta el final. Ante él

apareció, de repente, un árbol inmenso, con un tronco que difícilmente dos hombres habrían sido capaces de rodear uniendo sus manos y que, además, en la parte que miraba al monte, presentaba una hendidura en la que cabía de pie, con sitio justo para sus hombros, como un ataúd vertical. Pensó que los hombres, aunque cerca, se habrían separado para peinar bien la zona. Se metió en el tronco del árbol para emboscar a su perseguidor. Oyó pasos, cada vez más cercanos. Apretó su cuerpo contra el tronco. Si el hombre se asomaba desde la parte del árbol que daba al valle para mirar si estaba allí agazapado al otro lado, no lo vería, al haberse encajado perfectamente en la hendidura. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, oyó pisadas, tan cerca que podían estar a apenas un metro de distancia; escuchó incluso la respiración del hombre. Debía de estar justo detrás del árbol. Luis casi podía oír las gotas de sudor resbalando por su cara. Se apretó más aún contra la corteza. Por fin el hombre se adelantó, tras comprobar que no había nadie escondido al otro lado del árbol, completamente desprevenido de la presencia de Luis, escasamente un metro a su espalda. Esperó a que el hombre avanzase algo más, semiagachado, mirando monte arriba, escudriñando la montaña buscando al fugitivo, buscándolo. Luis levantó el brazo derecho, en el que empuñaba la pistola; el hombre vio algo moverse detrás de él y se giró. Luis disparó y le acertó en un hombro; disparó otra vez y esta vez el tiro entró en el cuello. Le quedaban dos balas en el cargador. Oyó al otro hombre gritar. Debía de estar a apenas cien metros, hacia la derecha. Y luego oyó a otro más, algo más alejado. No tenía tiempo que perder. Siguió subiendo. No sabía dónde iba, pero tenía que seguir huyendo. De repente salió del bosque. Había subido tanto que los árboles habían desaparecido y ante él se abría una inmensa pradera. Era imposible volver atrás, tendría que correr, campo a través, cuesta arriba, para alcanzar unas peñas que se veían a la derecha. Soltó la bolsa de alimentos y echó a correr. Cuando estaba a escasos diez metros de las rocas oyó:
"¡Ahí está!" Apenas dos segundos después sintió el chasquido de la bala y una sensación de dolor. Le habían alcanzado en el hombro izquierdo. Con la mano derecha se agarró el brazo y oyó otro tiro, pero esta vez no le dio. Aún quedaba un trecho hasta las rocas. Se dio la vuelta y apuntó al hombre que le perseguía por la pradera. Este lo vio apuntar y también apuntó su revólver hacia Luis. Ambos hombres fallaron. Le quedaba una bala en el cargador. Por fin alcanzó las rocas que afloraban en la parte alta de la ladera. Presa del dolor, se metió detrás de una de las piedras más grandes y se asomó. Con la frente perlada de sudor y la mirada llena de pánico buscó al otro hombre. No había nadie. ¿Dónde se había metido? El muy cabrón sabía esconderse bien. Se llevó al hombro la mano en la que sujetaba el revólver.

Sangraba copiosamente y el dolor era muy agudo. Se sentó, con la espalda contra la roca. Se volvió a asomar. Otro hombre subía por la ladera. Aunque sabía que el otro andaba por ahí, pensó que más valía pájaro en mano que ciento volando. Apuntó y acertó de lleno al otro hombre en la pierna derecha, lo cual lo tiró al suelo. Abrió el cargador de su revólver, aunque sabía perfectamente que estaba vacío. Se maldijo por no haber cogido el revólver del hombre que había matado junto al árbol. Estaba perdiendo cualidades. La herida sangraba sin parar. Sentía la boca seca; lo que daría por un trago de agua. Iba a levantarse para seguir huyendo, cuando oyó el ruido del martillo de un revólver sobre él. Levantó la vista y, ante él, con las piernas abiertas, apuntándole con un arma desde una roca, a unos tres metros de altura, estaba el hombre que le había disparado en el hombro. La luna estaba colgada alta en el cielo y, aunque estaba tapada por las nubes, se encontraba justo detrás del hombre con el revólver.

Luis no dijo nada. Simplemente se quedó mirando cómo el hombre levantaba su brazo y le apuntaba con la pistola. Era verdad. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Acaso él mismo no lo había visto miles de veces? ¿Acaso no había escuchado las historias de otros camaradas que habían caído en desgracia y el partido los había depurado? Siempre llegaban, aquellas historias, como las olas del mar; te tocaban un segundo y luego se retiraban, volvían a las profundidades, de donde no salían otra vez. ¿Cómo llegó a creerse que él iba ser diferente? ¿Cómo se le habían borrado aquellas historias de la memoria? La memoria, esa gran embaucadora… Creemos que la memoria está, pasivamente, almacenando recuerdos en el cerebro; pero, en realidad, está confabulando, sin que nos demos cuenta, cambiándolo todo, sin descanso. No es un banco de datos sin más, se trata de una falsificadora de hechos, de una creadora de mitos, laboriosamente al servicio de la imaginación. Y él, Luis, se debió de imaginar que podría volver a su vida de antes de la guerra sin pagar por lo que había hecho. Pero… ¿qué había hecho, al fin y al cabo? Siempre había trabajado para el partido, siempre lo había dejado todo por el partido, y ahora el propio partido lo iba a borrar de la historia, de la memoria. Se vio caer en el abismo, negro, sucio, oscuro del que muy pocos salen. El tiro resonó entre aquellas peñas, en las que el cuerpo sin vida de Luis Montero quedó abandonado. Bajó por la pradera, inundó el bosque. Se perdió en la noche.

XLIV

Lardy, en las afueras parisinas, noviembre de 2005

Emilio había vuelto a caer en el sueño profundo que le producía la morfina. El dolor se había disipado, había desaparecido, una vez más; aunque sabía que volvería, una vez más. Llevaba ya tantos meses tomando esa droga, cada vez en dosis más grandes, que casi podía controlar sus pensamientos una vez el contenido del vial entraba en sus venas. Cada día parecía ser el último, y cada día la muerte se negaba a visitarle. Vivir, vivir, vivir. Ese había sido su castigo. Pero morir también le daba miedo. Morir y tener que enfrentarse a sus fantasmas. Al fantasma. ¿Tal vez era el día? Tal vez. Porque parecía que le asolaba, más que nunca, el pasado. Los rostros de los que ya se habían ido hacía tanto tiempo venían a visitarle en este día. Su padre. Su cara nítida, a pesar de que se había muerto hacía más de ochenta años; su voz, inconfundible. Su madre. Su tía acariciándole el pelo. Pilar y Pilarín, sin embargo, no tenían rostro. Como si nunca hubieran existido, pero eran ellas. Los recuerdos no llegaban en orden cronológico. Allí estaba su sobrino, Didier, el día que se graduó en la universidad de Perpiñán, y que se había matado en un accidente. Qué orgullosa estaba Louisette del mayor de su hermana, al que siempre habían tratado como a un hijo. Ellos habían perdido uno, en 1951. No olvidaría nunca la tristeza que inundó la casa cuando encontraron al bebé muerto, de apenas una semana. Una muerte súbita, habían dicho los médicos. Era bastante corriente. Para ellos fue devastador, especialmente para Louisette. Ahora sentía algo de angustia. Sería el medicamento, que le había caído mal al estómago. Ya nada le sentaba bien. Pero era algo más que eso, era algo más que náusea. Le pesaba la cabeza. Era Paula. Paula con su maleta, el día que se fue de París para siempre. Era una mujer decididamente fuerte. Él no la pudo mirar a la cara ese día que se marchó. Es como si sospechara algo. Solo le había preguntado una vez

por Montero, y él le había dicho que había desaparecido, que no se sabía nada más. Pero Paula… era como si sospechara algo. Solo les escribió una vez desde Cracovia, al poco de marcharse, para decirles que había llegado bien, pero no había indicado una dirección en Polonia, como si quisiera romper relaciones con ellos. Louisette no dijo nada, aunque seguro que le pesaba perder así a una buena amiga. Los dos sabían que tenía que saberlo, o sospecharlo. Nunca hablaron del tema. Nunca se mencionó a Montero ni a su familia, como si nunca hubieran existido. Hasta 1965 no supieron de ellos. Maruja y Pedro habían conseguido unos pasaportes y también su dirección en París. Tenían que recibirlos. Louisette estaba muy nerviosa, pero no tanto como él. Cuando por fin llamaron al timbre de la casa, a la hora convenida, Cagancho sintió pánico. Había rogado al dios en el que no creía que Maruja y Pedro se hubieran perdido por París, que el tren en el que viajaron hubiera sufrido un descarrilamiento, que se hubieran caído al Sena desde uno de los buques que van atestados de turistas. Pero no, ahí estaban. Maruja no había cambiado mucho, seguía igual de delgada, igual de nerviosa. Recordaron viejos tiempos, que para él fue muy doloroso. Maruja no parecía darse cuenta de que estaba incómodo, de que recordar aquellos años felices en España de antes de la guerra le dolía, le dolía más que a nadie. Todas aquellas personas a las que había dejado atrás sin saber que nunca las volvería a ver: su madre, su tía, su mujer y su hija, sus vecinos. La propia ciudad. Maruja se empeñó en recordar cómo Montero y él se habían despedido de Oviedo cuando habían salido en el tren acompañados por ella, y la madre de Cagancho le había preguntado al pie del tren: "¿Y qué voy a hacer sin ti? ¿Y si me muero y no te vuelvo a ver?" Todos habían muerto, y no había vuelto a ver a nadie, a nadie. A todos se los había llevado la vida por delante, la guerra de España, el exilio, la guerra en Europa. La vida. La puta vida. Y si los hubiera vuelto a ver, ¿qué reacción habrían tenido al verlo? En nada se parecía al Cagancho que había salido de España en el 39. No lo habrían reconocido después de la guerra en Europa. Físicamente, más encogido, menguado, delgado, los pulmones destrozados, el estómago siempre delicado, la dentadura inservible, encorvado y envejecido. Anímicamente, un gruñón, irascible, incluso violento. A menudo deprimido y huraño, taciturno. En nada se parecía al joven cordial, alegre, parlanchín y feliz que, a pesar de todo, había sido en Oviedo. Mejor que no lo hubiesen vuelto a ver. Mejor que se hubieran quedado con el recuerdo de antes de la guerra. Al final de la tarde, cuando Maruja y Pedro ya se iban, cuando ya llevaban sus abrigos abotonados, ya se habían puesto los guantes para protegerse del frío parisino, ella, que ya había incluso cruzado el umbral de la puerta, y estaba encarando las escaleras, se dio la vuelta bruscamente, avanzó unos pasos, y en el recibidor de la casa, de su

casa, se había puesto de rodillas ante él, pidiéndole que le jurara que no sabía nada de Luis, que aquella información escueta y pobre que le habían dado sobre su posible paradero era lo único que sabían. Habían evitado por todos los medios sacar el tema de la muerte de Luis a relucir, pero era inevitable. Louisette y él se miraron apenas un instante. No se podían quebrar. No sabemos más, Maruja. Por favor, levántate. Luis había desaparecido en un canje en la memoria de la familia. Maruja, con las manos de Cagancho entre las suyas, con las lágrimas que había luchado por no verter durante toda la tarde, le contó que la policía les había asegurado que lo habían puesto en libertad, pero ellos sospechaban que la policía lo había utilizado, tal vez para conseguir más información, tal vez lo habían matado sin cumplir su parte del trato. ¿Sabía tal vez él algo más? Cagancho no quería escuchar aquellas historias. Quería que Maruja y Pedro se marcharan lo antes posible. Quería que se callasen, que no hubieran existido nunca, que no lo hubieran encontrado, que no le hubieran llevado aquel recuerdo terrible. Nunca más supieron de Luis después de la detención. Ni Victorina tampoco. La pobre Victorina. Ella siempre sospechó que lo había matado el partido, recordó que le dijo Maruja, aún entre hipidos; pero todos la tomaban por una histérica, por una loca. Había sido Pura quien le había comunicado al matrimonio en París la muerte de Victorina, a principios de los noventa. Había muerto con el nombre de Luis en la boca, con su foto en las manos, esperándolo, siempre esperándolo. Qué innecesario le había parecido a Cagancho aquello de esperar. Esperar. Puedes esperar un año, tal vez dos, cinco como mucho. Pero, ¿qué sentido tenía esperar toda una vida? Ninguno. Él nunca había esperado nada. Solo a la muerte, sí, cuando lo habían torturado en las cárceles de París, y cuando lo habían sodomizado en el campo. Pero después de aquello, nunca esperó nada. Todo lo que tenía, lo tenía porque él había ido a buscarlo. Era geometría pura, era ir del punto A al punto B. No, en realidad era cinemática, era movimiento. Una persona que está estática, que no se mueve, que solo espera a que las cosas le lleguen llovidas del cielo, era pasto del tiempo. Él había aprendido que había que moverse. Al volver de la deportación quisieron echarlo del partido, acusándolo de que había caído en la mariconería y en la degeneración. Como no había ocupado puestos importantes en el campo, lo acusaron de lo que pudieron. Lo acusaron de las degeneraciones de otros, de los que lo habían atacado cuando apenas podía moverse, cuando era un cadáver, prácticamente un esqueleto. Nunca entendió cómo podían aquellos capos encontrar el placer en aquellos actos de los que él y otros fueron las víctimas. Y lo peor fue tener que aguantar las críticas del partido una vez de vuelta. Tardó tiempo en asimilarlo. No pudo aceptar las misiones que le encargaron,

en un principio, de entrar en España. Él no era perfecto, como Montero. Pero un día se dio cuenta de que si seguía esperando en casa a que se presentase una oportunidad, nada iba a ocurrir. Durante la guerra, en Francia, había aprendido, aunque tarde, que estar junto al partido le reportaría solo beneficios. Tal vez ahora en la posguerra sería igual. Montero estaba de clandestino en España, expiando sus pecados, pecados solo a los ojos del partido. Él podía hacer lo mismo. Sabía que el partido estaba llevando a cabo sus purgas, y decidió aceptar las misiones *de cocina*, como las llamaban. Solo así consiguió limpiar su nombre ante el buró y recuperar el carnet. En el verano de 1950 se ilegalizó el partido en Francia, y el buró salió de allí. No lo tuvo que seguir. Allí se acabaron para él los trabajos, para los que nunca, durante el año y medio que estuvo haciendo esos servicios del partido, tuvo que salir de Francia. Habían sido muy fáciles todas las misiones, menos una. Hoy la morfina le estaba afectando de manera diferente. De repente lo inundó el miedo. Sintió una presencia, pero no sabía quién era. Quería despertarse pero no podía. Intentaba abrir la boca para gritar, pero tenía los labios pegados. Lo inundó la angustia. Sentía un peso terrible sobre el pecho. Cuando parecía que lo iba a ver, algo se interponía entre ambos. No veía su cara; sin embargo ya sabía quién era. ¿Cómo lo iba a olvidar? Ahora, por fin, Montero lo miraba, sentado, con la cabeza apoyada contra la roca; en una mano la pistola, ya sin balas, y la otra ensangrentada, tapándose la herida del hombro. ¿Le habría reconocido antes de disparar? Eso era lo que le atormentaba cada noche. Más que el recuerdo de las palizas en las cárceles de París. Más que el recuerdo de las muertes y vejaciones en el campo de Ebensee. Más que el desprecio del partido cuando lo habían acusado de practicar la mariconería, y cuando lo habían expulsado por no querer entrar en el país. Luis había sido el único que no lo había juzgado, el único que no le había dado la espalda. Don Perfecto. Nunca un reproche al partido, nunca una misión sin cumplir, siempre el trabajo cabal, y siempre haciendo lo correcto, con todos y con todo. Menos al final, cuando el partido le había acusado de traición por lo de Asturias. Cagancho, en aquella misión en el Pirineo francés, nunca supo quién era al que tenían que eliminar hasta que lo tuvo delante. No reconoció a Montero hasta después de tirar del tambor del arma para alertar a aquel hombre vencido, acabado, de que estaba ya en las garras de la muerte, sentado en plena noche, con la espalda apoyada en aquella roca enorme; no supo quién era hasta que levantó la cara. Él mismo se quedó impresionado de su falta de titubeo cuando apretó el gatillo y terminó con la vida de su mejor amigo. Lo que siempre le había atormentado era saber si Montero lo había reconocido antes de morir. Pero ahora esa duda lo inundaba, lo ahogaba, más que nunca. ¿Qué le esperaba

tras la muerte? Someterse a juicio ante Dios todopoderoso nunca le había dado miedo. Pero encontrarse con Montero cara a cara… Eso le aterrorizaba. Tal vez si no lo había reconocido en ese último momento, en esa décima de segundo en la que estuvo a punto de bajar el arma y dejarlo escapar… Pero la mente había obrado más rápido que el corazón. No calculó, con el dedo en el gatillo, el daño que iba a causar. Tampoco sabía entonces que Montero era inocente. Habían salido a la caza de un traidor que se les había escapado, que había matado en la huida a tres hombres, y había que acabar con él. Cuando uno tiene un arma en la mano, la sangre caliente, el pulso acelerado, no hay sitio para la razón. Se actúa a golpe de instinto. Cuántas veces se había arrepentido de aquello. Cuántas veces había deseado que se pudiera dar marcha atrás en el tiempo. Cuántas veces le había pedido a Montero que le perdonase. En el metro, en las calles de París, ante el espejo todas las mañanas de su vida… Incluso había entrado alguna vez en alguna iglesia. Había conseguido aprender a vivir sin pensar en ello demasiado, tras los años, las décadas. Pero hoy le asolaban los recuerdos, y no se podía despertar. No se iba a despertar.

Epílogo

Esta novela está basada en la biografía de Luis Montero Álvarez, cuya vida he investigado a fondo. Su biografía ha sido publicada con anterioridad[2]. Pero con esta novela, al tratarse de ficción, me he permitido numerosas licencias, invenciones, historias de amor, personajes que no existen o que, si existieron, no se ciñen a la realidad porque nunca supe la verdadera identidad de esos hombres y mujeres, ni su verdadera historia. Tal es el caso de Juan, que es un estudiante de Medicina en la novela, que sí existió, que sí iba a reemplazar a Montero en la lucha clandestina en Asturias en 1950, pero del que desconozco todo lo demás; es decir, que aparte de su nombre y de su misión de sustituir a Montero, el resto es prácticamente ficticio. Ni siquiera sé a ciencia cierta que haya muerto en La Peña con Caxigal y sus hombres, pero estaría por asegurarlo. Amalia, de la familia conocida como los Paxumales, es otro personaje que también existió, que colaboró con la guerrilla, que fue detenida por ello, y que sentía mucha admiración por Montero, pero nunca se enamoró de él. Durante su estancia en la cárcel, tras la detención, nació su primer hijo. En los años sesenta emigró a Bélgica, donde vive con su familia. Sus padres y su hermano también existieron y también corrieron la suerte que narro en la novela, pero las conversaciones, obviamente, son inventadas. Salvadora, la madre, murió en prisión a los pocos meses de ingresar; su padre, Manuel, y su hermano, Ceferino, cumplieron las penas y salieron. Victorina también existió, y fue novia de Luis, y todo lo que cuento sobre ellos, sobre su historia de amor, salvo que se vieron en Madrid tras la detención de Montero, es cierto. La escena de los dos policías que llegan a la casa mientras Luis está de visita ocurrió de verdad, pero en casa de su hermana Angelines, no en la de Victorina. Cuando esta falleció en el hospital, en 1992, tenía en sus manos la foto de Luis donde aparece con los burros detrás, y su nombre en los labios. Siempre acusó a Carrillo del asesinato de Luis. Nunca lo olvidó. Paula, la ingeniera polaca, también

existió y sé que Luis y ella vivieron juntos en París durante un par de años tras la guerra de Europa. Es cierto que cuando se enteró de la desaparición de Luis abandonó París y se mudó a Cracovia a ayudar a levantar su país. Ahí se pierde su rastro para siempre. Me ha sido imposible averiguar más sobre ella. No he visto nunca una foto, ni me han dado una descripción física de esta mujer. Tampoco sé si hablaba español, o si había sido brigadista. Eso es todo inventado.

Existen, por otro lado, personajes que son completamente ficticios y que me han servido como hilo conductor del relato. Ramón, el compañero de seminario de Luis oriundo de Figueras del Mar (Asturias), no existió, ni tampoco los oficiales franceses que se reúnen para discutir sobre los trabajadores españoles. El padre Merac, sin embargo, existió de verdad, y de verdad intercedió por los españoles para que se les pagase lo que se les debía. También es inventado el compañero de Montero que fallece al norte de Burdeos después de ser liberados del campo de Meron, y Julio, el valenciano que conoce en Burdeos durante la ocupación alemana. El guardia Miguel Fernández que transcribe los interrogatorios, y los tenientes Flores y Argüelles del cuartel gijonés de los Campos Elíseos también son ficticios, pero no así el coronel Blanco, ni el guardia Díaz. Este último salió con la partida de hombres que atacaron a los guerrilleros en La Peña y los aniquilaron, y era un miembro veterano de La Brigadilla de Pola de Laviana.

Toda la familia directa de Luis son personajes reales. Pepe fue defensor de Oviedo y estuvo en la Unión Soviética con la División Azul, en Krasny Bor, durante exactamente el periodo que relata en su diario, y siguiendo esa misma ruta hasta llegar al frente. Pero los diarios son inventados. Los suyos se perdieron, efectivamente, junto con todas sus fotografías y otros efectos personales aquella fatídica mañana del 10 de febrero de 1943, cuando su posición saltó por los aires en el sitio de Leningrado. La historia de Constante también es cierta, y también reconstruyo su trayectoria vital tal cual fue, basándome en sus memorias, en documentos reales y en relatos familiares. El soldado japonés Hachiro Shigeo es fruto de mi imaginación, pero sí es verdad que Constante dio confesión en mitad de la noche a un kamikaze horas antes de salir en su misión suicida, y que mantenía largas conversaciones con un oficial del ejército japonés sobre diferentes temas relacionados con el saber. Maruja llevó a cabo todas las misiones familiares que se narran salvo la de ir a buscar a Manolín al frente con su padre, que es inventada, aunque sí es verdad que el niño se escapó de casa, se pasó al bando nacional y se coló por un punto del cerco y su hazaña salió publicada en un periódico ovetense con un dibujo que lo representa vestido de flecha de Falange, con el titular tal cual aparece en esta historia. Su hija, Esther, guarda

el recorte con gran mimo. Sus padres, sus otras hermanas y hermanos, sus tíos Manolo y Pilar también existieron.

Los hermanos de Luis corrieron diferentes suertes. Mariano se desmilitarizó después de la guerra, se casó y tuvo dos hijos, y trabajó primero como inspector en Renfe, y después, hasta su jubilación, como un alto cargo en una famosa compañía de transportes asturiana. Pepe siguió en el ejército y se jubiló con la graduación más alta concedida a suboficiales. Recibió multitud de condecoraciones durante la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial. Se casó y tuvo siete hijos. Vive en Gijón. Constante continuó con sus labores misioneras en Taiwán. Desde su partida en 1930, no regresaría a Asturias, a España, a Europa, hasta 1950. Después sus viajes se espaciaron cada vez menos, hasta que prácticamente regresaba a Asturias cada dos años. Murió en 2006 en Taiwán, a la que ya consideraba su segunda patria, donde está enterrado. Paco, el mayor, siempre trabajó para Renfe; tuvo dos hijos, de los cuales una niña murió de unas fiebres a los seis o siete años. Se jubiló como subjefe de división y jefe de seguridad de la 7ª zona de Renfe. Murió en 1987. Angelines se casó y tuvo una hija. Siempre vivió en Oviedo. Fue la primera en fallecer, tras Cesáreo y Luis, de un cáncer en 1959. Maruja vivió el resto de su vida en Madrid. Tuvo dos hijas. Falleció en 1986. Anita se casó y se separó casi inmediatamente. Vivió con su padre, Quin, hasta la muerte de este en 1964. Ella se mató en un accidente de coche en 1978. Pura se fue a vivir a Madrid, donde trabajó de telefonista de Radio Nacional de España hasta su jubilación. Tuvo una hija, que era la voz de doblaje de Sofía Loren y de la narradora en *Heidi*, la famosa serie japonesa de dibujos animados de la televisión, y falleció en el mismo accidente de circulación que Anita. Pura vivió toda su vida en Madrid hasta su muerte, en 1997. Adela se casó con un sargento de caballería y se fue a vivir a Canarias, luego a Madrid. Tuvo cuatro hijos. Murió en 1997. Matías se casó y tuvo cuatro hijos. Siempre trabajó para Renfe y llegó a jefe de estación en Vega-Magaz, Astorga, y falleció en 1990. Manolín tuvo varios empleos y se jubiló como representante de productos lácteos. Nunca dejó de seguir a su equipo de fútbol del alma: el Real Oviedo. Se casó y tuvo tres hijos. Falleció en 2004. María, la madre, murió en 1945 sin saber, efectivamente, si sus hijos Constante y Luis, cada uno en un escenario de la guerra mundial, estaban vivos o muertos. Quin murió en 1964 y siempre les decía a sus hijos varones: "Vosotros presumís mucho de que tenéis unas esposas formidables, pero ni todas juntas valen lo mismo que vuestra madre."

En cuanto a los documentos que utilizo en la novela, he de decir que todos son auténticos salvo las cartas que Luis envía a su

familia desde París tras el final de la guerra y, como ya he dicho, el diario de Pepe como divisionario en la Unión Soviética. El monólogo con el que empieza la novela y que está puesto en boca de Pura, está inspirado en las memorias inéditas de Luz Vázquez Cordero, que narró su experiencia durante la guerra con un estilo y una prosa muy característicos de la época, y que resultan muy interesantes porque exhiben una mentalidad de no pocas mujeres de entonces. También el telegrama que anuncia la partida de la estación de Oloron-Sainte Marie de la Compañía de Trabajadores 184 es auténtico, así como los extractos del discurso que pronunció Luis tras la liberación de Mauthausen en su calidad de secretario general del PCE dentro del campo. Asimismo cito palabra por palabra el informe que Luis escribió sobre su detención en París para el partido en julio de 1945. Son auténticos, textualmente reproducidos, el procedimiento de la causa firmado por el juez militar en 1950, los extractos de un informe que Carrillo cita en la reunión con Martínez -la reunión es inventada, pero Martínez no- y también son auténticos la carta que envía Julio tras la caída de La Peña, y el propio Julio, aunque desconozco cuál fue su final. El desenlace que aparece en esta novela es inventado.

El personaje que ciertamente desempeña un papel importantísimo –aviso, a quienes tengan la costumbre de leer los epílogos antes que la historia, de que voy a destripar la novela en las próximas líneas- y que al principio de la historia no lo parece, es Cagancho. Todo lo que cuento sobre él es cierto salvo dos cosas. La primera es que, ciertamente, estuvo casado, pero desconozco la relación con su primera esposa, aunque se sabe que su matrimonio, tras la guerra en Europa, se disolvió. No sé cómo era ella de carácter, ni físicamente. Tuvieron un hijo, del que tampoco sé nada. Todo lo que ronda en torno a esa mujer es invención mía, si bien ella existió. Lo segundo es que no fue él quien liquidó a Montero. Efectivamente, Montero fue purgado por el partido en Francia pero dónde, cómo y quién, solo Santiago Carrillo lo sabía, y se llevó el secreto a la tumba, a pesar de que se lo pregunté en dos ocasiones. He utilizado como verdugo a Cagancho, el mejor amigo de Montero, para darle más dramatismo a la novela. Él siempre defendió a su camarada después de que el partido lo marcase como traidor y lo arrojase al negro y profundo abismo de la historia, pero sus convicciones de comunista ortodoxo, yo creo, le impidieron reconocer que el partido lo había eliminado físicamente, cosa que nunca admitió, al menos no a los familiares de Montero cuando, efectivamente, fueron a visitarlo a París en los años sesenta. Él nunca habría apretado el gatillo para acabar con Montero, incluso si hubiera hecho *labores de cocina*, que tampoco es verdad. Espero que me sepa perdonar por esta licencia. En la vida real, Cagancho tuvo la trayectoria que sale reflejada en la

novela, hasta la vuelta de la deportación. Estuvo, efectivamente, en el campo de Ebensee, que era un campo anejo a Mauthausen, durísimo. No fue sodomizado, que yo sepa, aunque era una práctica muy habitual en los campos. A su vuelta a Francia conoció a Louisette, que trabajada en la Asociación de Deportados, y quien sería su compañera hasta la muerte, que lo encontró en París, donde residía, a los noventa y siete años de edad. Nunca regresó a España.

Este libro es un tributo a todos esos hombres y mujeres, de uno y otro bando, que lo dieron todo por un ideal, por unas creencias, por unos principios. Y no escatimaron en nada. Ni con los años de juventud que quemaron en los campos de batalla, en las cárceles y campos de concentración; ni con la vida que, en demasiados casos, les fue arrebatada antes de tiempo.

Los Ángeles (California), 23 de abril de 2015

[1] Cada noche te veo en mis sueños. Me despierto. No te veo a mi lado. Espero, espero, espero.

[2] Ribelles de la Vega, Silvia. *Luis Montero Álvarez "Sabugo" en los abismos de la historia. Vida y muerte de un comunista.* Pentalfa, Oviedo, 2014.